

NOE CASADO

NO TE PERTENEZCO

Lectulandia

«Obligada por las circunstancias políticas y económicas, en la primavera de 1800 tuve que abandonar mi Francia natal y trasladarme a Inglaterra, donde pasé mi juventud como la parienta pobre, rodeada de normas y convencionalismos asfixiantes».

No sé si por suerte o por desgracia, a una temprana edad aprendí dos verdades que me ayudaron a sobreponerme a las adversidades y que me convirtieron en la mujer que ahora soy.

La primera fue darme cuenta de que para nosotras, la vida no era sino una partida de cartas en la que los hombres siempre llevan ventaja, por lo que tuve que aprender a jugar de farol.

La segunda fue llegar a la conclusión de que para mí solo existía un camino: abrirme de piernas, ya fuera contrayendo un matrimonio aceptable o recibiendo unas míseras monedas, que disminuirían a media que mi edad avanzase.

Tracé mis objetivos sin permitir que me afectasen los sentimientos. No me importó ser el blanco de críticas. Dejé que mis encantos femeninos encandilaran a cuantos se cruzaban en mi camino para que jamás se preocuparan por mi inteligencia.

Y todo funcionó...

Hasta que cometí el peor de los errores...

Lectulandia

Noe Casado

No te pertenezco

ePub r1.0

Karras 03.05.18

Título original: *No te pertenezco*

Noe Casado, 2015

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Quiero dedicar esta novela a todas las mujeres
que nunca se conforman con lo que les cuentan
y piensan por sí mismas

Noviembre de 1799

Mientras regresábamos a casa, tras asistir al entierro de mi padre, noté la preocupación de mi madre; le daba vueltas a una cuestión de vital importancia, pese a que se mantenía en silencio. A mi edad ya era capaz de darme cuenta de lo que sucedía a mi alrededor.

¿Cómo íbamos a salir ahora adelante?

Teníamos a nuestra disposición una exigua renta que apenas cubriría nuestro estilo de vida, ya que la mayoría de las propiedades y los activos de la familia Chavanel habían sido confiscados por orden de las autoridades, al ser mi padre un acérrimo opositor del Directorio. Tras meses de acoso, escarnio público y prisión, había contraído unas fiebres que lo llevaron a la tumba con apenas cuarenta y cinco años.

Mi padre, Cyprien Chavanel, no había sabido dejar a un lado sus convicciones políticas, a pesar de los innumerables ruegos de mi madre, más preocupada por vivir con desahogo. Lo cierto era que desde que yo tenía uso de razón, en mi familia, a excepción de mi progenitor, el único objetivo era mantener las formas dentro de nuestro círculo social. Yo recibí una esmerada educación con el claro fin de que, cuando llegara la hora, dispusiera de un variado ramillete de ofertas matrimoniales, ya que el dinero de mi padre y el abolengo de mi madre me garantizaban un curioso pedigrí. Por alguna extraña razón, pese a los recientes cambios políticos, tener un pariente aristócrata británico seguía siendo un argumento positivo en el momento de concertar matrimonio. Y mi madre era la única hija de un noble. El título, marqués de Beldford, se lo había llevado un primo lejano, así que mi madre solo podía mencionarlo como complemento a la hora de presentarme. Menos mal que mi abuelo, previsor, le entregó una elevada suma como dote, dado que, por ley, ella no podría heredar el título. Aunque supuse que de esa cantidad ya quedaba nada, pues, en caso contrario, mi madre se hubiera mostrado menos silenciosa y preocupada.

Así que con apenas catorce años y siendo hija única, había perdido a mi padre. Y mi futuro, que *a priori*, por mi nacimiento, parecía prometedor, ahora simplemente era incierto.

En esos días opté por no molestar a mi madre con las típicas preocupaciones de una jovencita que empieza a dejar atrás la niñez.

Mi padre era un comerciante de Marsella afincado en París, que se había labrado un buen futuro y, antes de la confiscación, poseía las propiedades suficientes como para vivir con comodidad de las rentas de las mismas, ya que los arrendamientos le reportaban pingües beneficios anuales. Eso, entre otras cosas, le facilitó el

matrimonio con la hija de un marqués británico, con lo que obtuvo el prestigio social que el dinero no podía comprar.

Cierto que en aquella época, en la Francia revolucionaria un título de nobleza no tenía el valor de antaño entre la gente, pero en ciertos círculos, en especial entre los emigrados al Reino Unido, todavía podía suponer alguna que otra ventaja, por lo que mi padre, pragmático en ese aspecto hasta la médula, quiso asegurarse de que a mí, su única hija, no se le cerraran más puertas de las necesarias.

El problema era que ese camino idílico estaba salpicado de millones de espinas.

Mi madre me prohibió ir a visitarlo a prisión, dejándome muy claro que a una señorita como yo podían sucederle muchas calamidades en sitios tan sórdidos y mugrientos como una cárcel. Además, según su criterio, no necesitaba verlo en un estado lamentable.

Sin embargo, como venía siendo típico de mi proceder, no acaté sus órdenes y me disfracé de criada, algo tópico pero eficaz, para visitarlo.

Mi madre tenía razón; corría el riesgo de que algún patán uniformado quisiera divertirse con las visitas, aunque la suerte estuvo de mi lado y ese día había un superior haciendo una inspección, por lo que todos se comportaron de forma modélica.

Lo que no me ahorró la tristeza ni el sufrimiento de ver tras los barrotes al hombre que pensaba haberlo previsto todo para que yo fuera feliz. Cuando lo vi allí, acostado en el suelo, tapado con una manta raída y llena de mugre, en un ambiente insalubre... no pude articular palabra. Así que le dejé la cesta con las cuatro cosas que había podido hurtar de nuestra despensa y me despedí de él sabiendo que si no era una enfermedad serían sus malditas ideas políticas las que lo llevarían a la tumba.

Jamás mencioné mi aventura, ni a mi madre —no solo por no preocuparla sino también para ahorrarme el castigo—, ni a Camille, nuestra doncella.

Cuando detuvieron a mi padre, la mayor parte de la servidumbre, no dispuestos a trabajar sin tener garantizado el cobro de su salario, nos abandonó.

Tuvimos que malvender nuestra casa y alquilar otra muy por debajo de nuestro nivel de vida, pero se imponían las circunstancias económicas. Por esa razón en nuestro pequeño piso amueblado del centro de París ya solo disponíamos de una doncella, Camille, que vivía con nosotras como si fuera una más.

En aquellos días todos sospechaban de todos y en una ciudad en la que cualquier rumor, ya fuera por venganza, viejas rencillas o simplemente para ganarse unos francos, podía convertirse en una acusación, nadie iba a prestarnos ayuda, nadie iba a arriesgarse por nosotras.

Así que mi madre, dejando a un lado su orgullo, decidió escribirle una misiva a su familia británica con la esperanza de que nos dieran cobijo.

En otros tiempos, Amandine Chavanel jamás se hubiera rebajado a algo así, pero apenas teníamos con qué comprar alimentos, vestirnos o calentarnos y, tal como se decía o leíamos en los periódicos en los que venía envuelta la comida, la situación iba

a empeorar, pues toda Europa miraba con temor a una Francia que proclamaba a los cuatro vientos ideas que chocaban de plano con el orden establecido.

En las Navidades de 1799 llegó la ansiada respuesta de Austin Donaldson, un pariente lejano de mi madre que por una de esas carambolas del destino ahora ostentaba el título de mi abuelo y las propiedades vinculadas a él.

Nos ofrecía techo y ponía a nuestra disposición el dinero necesario para alquilar un carruaje que nos llevara hasta Calais para allí embarcar hacia Inglaterra.

El viaje no sería sencillo; los caminos desde París se encontraban plagados de milicianos locales dispuestos a hacer méritos, o de simples ladrones con ganas de obtener un botín fácil, por lo que debíamos contratar protección. Ese gasto mermaría nuestras posibilidades de llegar a Londres con un guardarropa que no revelara de inmediato que éramos las parientes pobres.

Mi madre no me contaba nada acerca de sus quebraderos de cabeza, se limitaba a poner buena cara y a llenarme la cabeza de pájaros sobre el brillante futuro que me esperaba en Inglaterra. En su mente ya estaba organizando mi presentación en sociedad, mi exitoso matrimonio y todo lo referente a mi buena suerte.

Yo era consciente de que para una viuda y su única hija solo existía una salida decente posible: una boda ventajosa que las librara de la mendicidad.

Pero yo solo tenía catorce años y todavía no podía entrar en el mercado matrimonial. Sin embargo, mi madre aún era joven y caí en la cuenta de que era ella quien iba a buscar un posible marido. Probablemente un viudo como ella, con hijos que garantizasen la herencia, liberándola así de la presión de una nueva maternidad.

A pesar de que mantenía silencio en mi presencia, yo me las arreglaba para escuchar a escondidas las conversaciones entre mi madre y Camille.

Oír la cruda verdad de nuestra situación me hizo darme cuenta de que, habiendo nacido mujer, mis problemas se multiplicaban por dos, ya que no podía ganarme la vida a no ser que me abriera de piernas.

Bueno, si me casaba por dinero el trabajo sería el mismo.

De ese modo, nos pasamos los siguientes meses preparando el viaje, disimulando ante las odiosas vecinas nuestras intenciones, con la idea de que no nos denunciaran, que si bien no tenían motivos para hacerlo, eso podría retrasar nuestros planes y menguar nuestros recursos, pues a nadie se le escapaba que tres mujeres solas deberían recurrir al soborno para poder salir de las dependencias policiales intactas.

Por otra parte, según nos recomendaba el señor Austin Donaldson, nuestro benefactor, en sus misivas, el factor climatológico también influía, y lo mejor era esperar a la primavera para atravesar el canal de la Mancha.

Así pues, en abril de 1800 conseguimos embarcar y dejar atrás las penurias de nuestro país natal, con la ilusión de vivir alejadas de tumultos, levantamientos y, en especial, de los codiciosos, capaces de delatar a su propia madre con tal de cobrar una recompensa.

En Dover nos aguardaba el cochero enviado por el señor Donaldson, con un

modesto carruaje, para trasladarnos a Londres. Una vez emprendido el viaje, pensé que por fin mi madre sonreiría; sin embargo, mantuvo la misma expresión resignada y triste que tenía desde que se habían iniciado los problemas con la justicia de mi progenitor.

También creí que regresar a su país de origen la ayudaría a sentirse mejor, pero al parecer no fue así.

Quería preguntar, pero Camille me hizo un gesto para que me mantuviera en silencio, tanto dentro del coche de caballos como durante nuestras silenciosas comidas en cantinas de bajo nivel.

Quise creer que el viaje la había agotado y que una vez instaladas en nuestra nueva residencia las cosas cambiarían a mejor.

El traslado hasta la casa que a partir de ese instante debía considerar mi hogar, estuvo salpicado de inconvenientes, ya que al mal estado de los caminos hubo que sumar la antigüedad del vehículo, por lo que sufrimos incontables averías que nos obligaban a parar en posadas, poco o nada recomendables debido a nuestro escaso presupuesto.

Por suerte nos acompañaba un hombre, el cochero, parco en palabras, pero atento y buen trabajador, lo que nos evitó problemas.

En todo momento me sorprendió la estoicidad con la que mi madre soportaba todo aquello. Quizá por eso yo misma me mantuve callada y no me atreví a protestar por tener que llevar varios días la misma ropa o por tener que dormir en un improvisado jergón, en las caballerizas, una noche en la que no encontramos acomodo en ninguna otra parte.

Fue durante una de esas noches en las que por las circunstancias nos vimos obligadas a pernoctar en lugares variopintos, cuando, al tener que buscar un rincón discreto para atender la llamada de la naturaleza, vislumbré por primera vez lo que ocurría entre un hombre y una mujer.

Debido al fallo de las ballestas de suspensión, habíamos estacionado junto al pajar del herrero que al día siguiente se encargaría de la reparación, cuando, tras avisar de que necesitaba privacidad, me dirigí hacia unos árboles que creí lo suficientemente alejados del pueblo. Al llegar allí, oí a mis espaldas unos extraños ruidos.

Debido a mi ignorancia, creía que se trataba de una mujer que estaba sufriendo grandes dolores, pues sus lamentos y quejidos daban esa impresión.

Estaba oscureciendo, por lo que en breve apenas se distinguiría nada y, si no me andaba con cuidado, podría terminar perdiéndome. Pero por alguna extraña razón, quizá mi curiosidad mezclada con mi ingenuidad, me arriesgué y, guiándome por los sonidos, avancé con sigilo para no alertar de mi presencia, hasta que pude ver con mis propios ojos toda la escena.

No podía dar crédito.

A una chica de mi clase, como tantas veces me repetían en casa, pese a que ya no perteneceríamos a esa «clase», siempre la mantienen alejada de cualquier mala

influencia, y cualquier hecho que pueda contaminar su inocencia es desterrado de forma automática. Por eso, ver a un hombre tumbado en el suelo, con los bastos calzones arrugados en los tobillos, y a una mujer encima de él, con el pecho desnudo y las faldas arremolinadas en la cintura, mientras cabalgaba al hombre, me provocó una extraña reacción.

Por un lado sentí repulsión, porque, tal como nos habían enseñado en la parroquia, estaban realizando un acto obsceno, entregándose a sus más bajos instintos.

Pero por otro, y eso fue lo que me abrió los ojos, mi cuerpo reaccionó de un modo hasta entonces desconocido, pues los jadeos de la mujer, combinados con los del hombre, me dieron a entender que aunque aquello podía contravenir todas las normas del decoro, sin duda resultaba enormemente placentero.

Los movimientos de ella cada vez se volvían más frenéticos, desesperados, al tiempo que él la embestía desde abajo. Sus gemidos me hicieron sentir escalofríos y percibí por primera vez una especie de excitación que por desconocimiento no entendí al cien por cien. Observé toda la escena hasta que ambos, tras aquel interludio, se abrazaron y se besaron durante varios minutos.

Tal vez debido al frío de la noche, los pezones se me endurecieron. No me arrepentía de haber presenciado aquello, pero debía retirarme con la mayor cautela y no dar señales de mi presencia. Aunque a partir de ese instante quise averiguar mucho más sobre aquello, en especial porque siempre me habían hablado de ello como de algo prohibido, y ya se sabe que cuanto más quieren esconderte algo, más indagas.

En ese momento regresé junto a Camille y mi madre deseando contarles mi experiencia, pero no sé muy bien por qué, quizá porque mi afición a escuchar y a observar a escondidas podía estar en peligro, no dije una sola palabra.

Eso sí, decidí que investigaría el asunto por mi cuenta.

Quedaba claro que todo lo interesante quedaba vetado a mis inocentes ojos u oídos, de tal forma que si no obtenía la información por mis medios, estaría destinada a vivir eternamente en la ignorancia, pues dudaba que alguien me aleccionara sobre ese tipo de cosas.

Me propuse que, una vez instalada en la casa, me mostraría todo lo obediente, sumisa y callada que mi posición exigía, de tal forma que, al no levantar sospechas, pudiera moverme con libertad y así hallar las respuestas que me dejaran satisfecha, no las que se suponía que se le debían dar a una chica que en breve cumpliría quince años.

Tras una semana de penurias, por fin llegamos a Londres. Lo primero que me llamó la atención fue el ambiente enrarecido, la suciedad y la gran cantidad de personas mal vestidas que se agolpaban en las calles, formando corrillos o simplemente allí parados, sin nada que hacer.

Claro que de haber descendido nosotras del carruaje nos habríamos confundido con la multitud sin problemas, pues nuestro deplorable aspecto y nuestra cara de

aburrimiento combinaban a la perfección con aquella estampa.

La única diferencia era que nosotras esa noche tendríamos un techo y comida. Nuestro viaje tocaba a su fin y ahora vendrían tiempos mejores.

Cuando vi por primera vez la casa donde a partir de ahora íbamos a vivir de la caridad de nuestro pariente, creí que se trataba de una broma de mal gusto. La fachada, bastante descuidada, era sin duda la mejor parte, pues al pasar al interior se nos cayó el alma a los pies.

Miré a mi madre y esta apretó los labios, consciente de que estábamos de prestado y que por tanto no podíamos exigir nada. Nos gustase o no, éramos las pobres francesas que deberían estar eternamente agradecidas por tener un techo bajo el que cobijarse. Aunque ese techo amenazara con derrumbarse en breve. Saltaba a la vista que las obras de caridad realizadas por el marqués dejaban mucho que desear.

Más tarde supe el motivo.

El «caritativo» señor Donaldson nos había cedido una de sus ruinosas propiedades para que nos instalásemos, ya que bajo ningún concepto quería perjudicar nuestra reputación al convivir con un hombre soltero. Esa era la versión edulcorada; sin embargo, escuchando a escondidas me enteré de la versión real: no quería que su reputación se resintiera por acoger a tres «muertas de hambre» venidas de un país donde no se respetaban las leyes.

—Hablaré con él —fueron las escuetas palabras de mi madre, justo antes de seguir a la mujer que se nos había presentado como el ama de llaves.

Por supuesto, me recordó que bajo ningún concepto hablara en mi lengua materna, ya que eso nos cerraría puertas.

A mí me instalaron en una amplia habitación, lo que en un principio me alegró, ya que esperaba un cuartucho. Lo cierto era que toda la casa daba pena debido a su falta de mantenimiento; sin embargo, si se hicieran las reformas apropiadas sería un hogar confortable.

De todas formas, no podíamos quejarnos nada más llegar, así que a la semana de instalarnos, mi madre organizó una especie de zafarrancho de limpieza para, al menos, dejar los suelos brillantes, las paredes encaladas y las cortinas sin olor a moho.

También nos ocupamos de las tapicerías; algunas las remendamos y las que no podían repararse las relegábamos a las dependencias menos usadas de la casa, para evitarnos el bochorno si teníamos visitas.

Así que un mes después de nuestra llegada, y sin haber recibido aún la visita de nuestro benefactor, la maltrecha vivienda que nos había asustado al llegar parecía otra, y nos daba, al menos, una sensación de dignidad.

Alguien, seguramente el administrador, que de vez en cuando se acercaba, lo había puesto al día de nuestros esfuerzos y nos envió una carta diciendo que por fin se dignaba honrarnos con su presencia.

Me fijé en que mi madre se ponía nerviosa. Una situación que me parecía muy extraña, ya que tarde o temprano tenía que llegar ese día, y por lo tanto no

comprendía su estado.

Nos explicó a Camille y a mí que, por cuestiones de protocolo, debía reunirse con él en privado, para después, una vez solucionados ciertos aspectos, presentarme a mí.

Que ante un familiar excluyera a Camille me pareció lógico, aunque injusto, pues yo la consideraba como una más. Pero yo seguía inquieta y quise saber, otra vez, los motivos reales de la decisión de mi madre, así que me las apañé para poder escuchar a escondidas, después de conocer al hombre que pagaba nuestros gastos.

La primera impresión que tuve al verle la cara fue de repulsión.

Austin Donaldson, a pesar de ir ataviado como un perfecto caballero, tenía una de esas expresiones que te hacen sospechar. Una sonrisa estúpida que quería aparentar cordialidad, pero que en realidad solo revelaba taimadas intenciones. Se veía mucho mayor de los cuarenta y nueve años que decía tener. Las marcas de viruela afeaban aún más su rostro mezquino.

Y tardé bien poco en confirmar mis sospechas.

—Buenas tardes, querida prima —saludó a mi madre con esa falsa sonrisa que empecé a odiar en ese momento.

Tuve que taparme la cara y contener las ganas de vomitar cuando se acercó a ella, le cogió la mano para darle un beso y después le acarició una mejilla. Demasiada confianza, pensé. Aunque aquello era solo el principio.

—Buenas tardes.

Mi madre mantuvo la compostura y no hizo ningún gesto de repulsión. Luego le indicó que pasaran a la sala de recibo y cerró las puertas tras de sí, limitando así mis opciones de escucha.

Sin embargo, durante nuestra operación de limpieza había descubierto que en la sala contigua había otra puerta para pasar de una estancia a otra sin salir al pasillo, por lo que me oculté allí y miré por el ojo de la cerradura.

Él examinó el estado de lo que había sido una deprimente sala cuando llegamos y asintió ante su aspecto actual. Después se sentó, a mi parecer, demasiado cerca de mi madre.

—Debo decir, querida, que lamento profundamente todo cuanto os ha sucedido. —Saltaba a la vista que mentía de forma descarada.

—Gracias —murmuró ella, sumisa, lo cual no comprendía.

—Por eso he querido pasar en persona a ver qué tal os habéis instalado.

—Nos vamos adaptando.

La resignación de mi madre empezaba a enervarme.

—Bien, bien. ¿Y has pensado ya en la propuesta que te hice en mi última carta?

Arrugué el cejo. Yo no recordaba nada de eso. Cuando mi madre nos mostró esas misivas, en ellas solo se hablaba del viaje y otros pormenores.

—Seré sincera. —Inspiró hondo y cerró los ojos antes de continuar—. Sabes que Ornela es mi única hija. Cumplirá quince años dentro de poco, es una niña y tú...

—Querida —Austin volvió a tocar a mi madre y yo no sabía si interrumpir aquel

despropósito, pero hice acopio de paciencia, ya que me habían mencionado y quería saber cuál era el motivo exacto—, a su edad otras ya están comprometidas. ¿Ya es mujer?

—Sí.

—Entonces no veo ningún impedimento.

—Austin, por favor.

Escuchar a mi madre dirigirse a él en ese tono suplicante encendió todas mis alarmas. ¿Qué pretendía ese degenerado preguntándole si ya menstruaba?

—Prima, tu hija será marquesa.

Se me cayó el alma a los pies. Ese malnacido había enviado los fondos para nuestro traslado no como ayuda a una pariente necesitada, sino como pago por adelantado. Un millón de ideas se me pasaron por la cabeza.

—Es muy joven —insistió mi madre—. Espera al menos tres años. Es una niña. Eres viudo, tienes un heredero, no necesitas tomar esposa de inmediato.

—Mi intención de casarme no se debe únicamente a esos motivos. Tú también eres viuda, sabes que existen otras muchas necesidades...

De nuevo se acercó a ella, solo que esta vez no se conformó con rozarle la mejilla. Acercó su asquerosa mano a la parte superior del pecho de mi madre y apartó la gasa que lo cubría.

El estómago se me revolvió ante lo que presenciaba.

—Austin, por favor... —murmuró ella, intentando apartarse, pero él la acorraló.

—Podría reconsiderar la idea si... —Recorrió con un dedo el borde de su vestido, separándoselo de la piel hasta que pudo tocarle un pecho.

Me aparté y dejé de mirar cuando vi la cara de sufrimiento de mi madre. Me quede sentada en el suelo. Oí los gemidos repugnantes de Austin mientras se ocupaba de sus «necesidades», tal como él mismo había dicho. Ella no emitió un solo sonido.

Secándome las lágrimas, esperé paciente a que ese malnacido acabara, para poder presentarme delante de ella y decirle que no era necesario que pasara por ese trance. Ese indeseable no tenía derecho a abusar de una mujer que por circunstancias de la vida se hallaba en una situación apurada. Ella había hecho todo eso por mí, pero sabiendo que únicamente lograba un aplazamiento, pues ese cerdo al final obtendría su premio, o sea, yo. Aun así no pude por menos de admirar a mi madre por su sacrificio al ceder ante un tipejo que por desgracia tenía su futuro en sus manos.

Me sequé las lágrimas con el bajo de mi vestido, el mismo que había remendado ya un par de veces. No podía salir de mi escondite, pues si me cruzaba con Camille y esta me veía la cara, terminaría por sonsacarme lo que ocurría. Quería recomponerme antes de buscar una alternativa a lo que me esperaba, porque alguna salida tenía que haber.

—Sabía que debajo de esa apariencia de viuda respetable había una mujer apasionada —dijo el asqueroso de Austin.

Supuse que tras sus gruñidos y jadeos estaría abrochándose la ropa para

marcharse. Nada lo retenía en aquella casa. No al menos hasta que considerase oportuno volver de visita.

—Espero que cumplas tu palabra.

—Tranquila, dejaré que tu querida Ornela crezca y florezca. Es más, ahora que lo pienso, tienes razón...

—Gracias.

—En un par de años será una belleza, ya apunta maneras. Seré la envidia de mis conocidos. Una esposa joven, guapa y a buen seguro educada, porque sé que te ocuparás de su aprendizaje.

Esas palabras, pronunciadas en un tono lascivo, terminaron por hacer que finalmente terminara vomitando.

—Será una buena esposa —concedió mi madre en voz muy baja.

Llegué a la conclusión de que no le convenía contradecirlo.

—Y mientras tanto podré disfrutar de ti. Te informaré de mi próxima visita.

Como pude, limpié mi vómito y me quité el vestido, quedándome en ropa interior. Lo quemaría a la menor oportunidad, pese a que no disponía de vestuario suficiente y, con la exigua ayuda, o mejor dicho, limosna, de aquel indeseable no podíamos permitirnos nada aceptable.

Me acerqué de nuevo hasta el ojo de la cerradura y vi a mi madre, ya arreglada, sentada, con la mirada perdida. Sola. Dentro de poco cumpliría treinta y ocho años y seguía siendo una mujer hermosa. Pero sin nadie que pudiera, de forma altruista, ocuparse de ella. Educada desde la cuna para servir a un esposo y criar a unos hijos, poco o nada podía hacer para mantenerse a sí misma. A no ser que terminara como dama de compañía de alguna anciana rica, consumiéndose en vida. También quedaba la opción más radical, prostituirse mientras su cuerpo y su cara fueran atractivos. En París más de una se había visto en esa situación, marchitándose día a día y rebajando la tarifa a medida que cumplía años, o ayudándose con algún aguardiente barato para no pensar.

Ironías del destino, mi madre se había prostituido por mí.

Regresé a mi alcoba y busqué algo que ponerme. Reprimí los deseos de entrar en la sala y hablar con mi madre. Ella no se merecía ese trato vejatorio, pero a pesar de las ganas que tenía de coger el atizador y darle en la cabeza a aquel hijo de perra, la comprendí. Entendí que utilizara el único recurso que tenía a su alcance.

¿Qué hubiera ganado oponiéndose?

Es triste tener que admitirlo, pero en ese momento empecé a comprender cómo funcionaban las cosas en este mundo. Sentada en la cama de mi habitación, llegue a una conclusión: aquellas eran las cartas que me habían tocado y no podía perder la partida.

Mi primer propósito fue aprender, aprender todo cuanto pudiera servirme. Empezando por las debilidades de los demás. Eso me daría la ventaja necesaria para al menos tener una oportunidad. Y a quienes primero debía observar, no lo que ellos

querían mostrarme, sino lo que me ocultaban, era a los hombres. Por nacimiento, estos disfrutaban de unas prerrogativas que se sostenían sobre la inferioridad femenina.

Perfecto, ese teorema me daría la clave.

Desde ese día no discutí con mi madre cuando se empeñaba en convertirme en una virtuosa jovencita. Caí en la cuenta de que su idea no era posponer un matrimonio a todas luces inevitable, sino intentar casarme con un buen partido, de tal forma que gracias a un anillo en mi dedo saliéramos de la pobreza.

3

A pesar de las dificultades económicas con las que tuvimos que lidiar al comienzo de nuestra aventura británica, fuimos creando un hogar. No tuvimos visitas hasta bien pasados los seis meses, por lo que no acudimos a ningún acto social de la temporada.

Mi madre sufría por ello, pues nuestro enclaustramiento significaba falta de oportunidades a la hora de ir escogiendo un buen marido para mí. Tenía que conseguir que me prometiera antes de los diecisiete, para librarnos del odioso compromiso con Austin.

Las visitas de nuestro benefactor, al principio esporádicas, fueron cada vez más frecuentes. Era un tipo precavido y nuestra existencia apenas era conocida por nadie. Nos limitábamos a subsistir con su limosna y él aparecía cuando le convenía, cuidándose muy mucho de que no lo vieran entrar o salir. Puso a nuestra disposición un mayordomo y una cocinera, que, a juzgar por su comportamiento, saltaba a la vista que le eran incondicionales, pues aparte de realizar sus tareas, no confraternizaban con nosotras.

Camille se ocupaba de las labores de doncella personal de mi madre y mía. Yo intentaba mantener alguna que otra conversación con ella, pero nunca lo conseguía. Siempre me repetía lo mismo: «Eso son cosas de mayores».

Mientras Donaldson y mi madre permanecían encerrados en la sala de recibo, yo quería que Camille me hablara, me explicara la situación, pues, a pesar de mi juventud, había empezado a madurar, obligada por las circunstancias.

Sabía muy bien a qué se dedicaban una vez que se cerraba la puerta. Según se iban repitiendo las visitas, dejaron de ser precavidos. Supongo que con un personal de servicio fiel y tres mujeres necesitadas, Austin podía permitirse ese capricho. Así que, tras las incomodidades iniciales en una estancia donde únicamente podían encontrarse muebles en mal estado, pasaron a encerrarse en la alcoba de mi madre.

Cansada de permanecer callada, yo me fui en busca de Camille con la idea de que de una vez por todas dejara de tratarme como a una niña. La encontré su dormitorio, sentada junto a la ventana, cosiendo.

—Deberíamos poner fin a esto —dije, al cerrar la puerta tras de mí.

Camille levantó la vista y frunció el cejo. Después se concentró de nuevo en su labor.

—No hables de lo que no sabes. Eres una niña. No sabes nada sobre las cosas de la vida.

—Y nunca las aprenderé si os empeñáis en ocultarme todo cuanto sucede a mi alrededor —protesté con énfasis.

Odiaba que me quisieran mantener entre algodones, al margen de todo. De continuar así, cuando tuviera que enfrentarme a problemas reales carecería de experiencia suficiente para afrontarlos, y no siempre iba a tener el respaldo de mi madre y de Camille para hacerlo.

—Ahora, ya que te encuentras tan ociosa, coge una aguja y ponte a coser. Tienes un par de vestidos a medio terminar.

—No sé por qué mi madre y tú os empeñáis en tratarme como si fuera tonta —refunfuñé, sentándome junto a ella. Cogí la tela de lo que debería ser un bonito vestido de paseo y enhebré la aguja para meterme en faena.

Odiaba las labores de costura. Nada podía parecerme más aburrido en este mundo. Cierto que era necesario tener ropa con la que cubrirse y cuando, como en nuestro caso, no disponíamos de recursos, nosotras mismas teníamos que hacérselo todo. Durante nuestra batida de limpieza habíamos encontrado en el sótano un baúl repleto de ropa vieja, cortinas, colchas y retales, que lavamos unas cuantas veces para eliminar el olor a moho y así poder aprovecharla. La tela que ahora tenía entre las manos había sido en su momento unas vistosas cortinas azules y doradas.

Sin embargo, los temas de indumentaria a mí me importaban muy poco. A diferencia de nuestra doncella, que insistía una y otra vez en que, como damas, nuestro aspecto debía ser siempre impecable.

Yo llegué a la conclusión de que era una buena forma de enmascarar nuestra desdicha y que nuestra pobreza solo fuera conocida por unos pocos. Pero lo cierto era que, aparte del marqués, ninguna otra visita recibíamos, por lo que, según mi punto de vista, carecía de toda lógica adecentarnos como si estuviéramos expuestas al escrutinio público.

En el vecindario cada uno parecía ir a lo suyo y, aparte de algún que otro rumor sobre las «francesas», como nos llamaban, nadie nos molestaba.

—Sé por qué lo hace —dije, dando las puntadas con bastante desatino.

Seguramente tendría que rehacerlo, pero en ese instante me importaba bien poco. Mis manos nunca servirían para las labores de aguja.

Camille me miró.

—Ornela, eres muy joven y no entiendes de estas cosas, así que, por favor, olvídate de ello y deja de escuchar a escondidas —me regañó.

No insistí más en el tema, pues Camille era aficionada a los silencios. A dejarte con la palabra en la boca. Pero lejos de desistir, le di vueltas al asunto, porque de alguna manera lograría encajar todas las piezas.

Puntada tras puntada fui pasando la tarde. Mi labor era un desastre, así que anoté mentalmente otro aspecto importante de mis objetivos vitales: que otras personas cosieran para mí.

Ahora bien, de momento acabaría mi vestido nuevo, ya que si quería salir al mundo e impresionar, nada mejor que llevar el atuendo apropiado.

Mi madre no se movió de su dormitorio hasta la hora de la cena. Como siempre, actuó con normalidad, como si la visita de su amante no hubiera tenido lugar. De esa forma quería hacernos creer, en especial a mí, que nada sucedía, que nuestro «benefactor» y querido primo lejano no la obligaba a mantener relaciones sexuales.

Debo reconocer que admiraba ese comportamiento. Desde luego, había que tener

un gran coraje para soportar aquellas vejaciones y no caer en una profunda depresión.

Los días fueron pasando. Mi madre seguía en sus trece y no cejaba en su empeño de conseguir que en la próxima temporada tuviéramos la oportunidad de acudir a algún que otro evento. Para ello, escribió multitud de misivas, haciendo hincapié en su ascendencia noble, y las envió a antiguos conocidos de su época de debutante.

No hace falta decir que todo esto lo hacía sin mencionarle una sola palabra al señor Donaldson. Yo no podía por menos de alabar la inteligencia de mi madre, pues no le había pedido permiso, obviando la cuestión de tal forma que luego él no podría echárselo en cara.

Durante el verano, la casa triste y anodina dejó paso a un verdadero hogar. Las dificultades con las que nos encontramos poco a poco se fueron convirtiendo en anécdotas con las que bromear durante nuestras largas horas sentadas, sin otro entretenimiento que coser o permanecer sumidas cada una en nuestros pensamientos.

Yo, a pesar de las advertencias de Camille y de mi propia conciencia, seguía con mi afán de investigar. Fingía bastante bien obedecer todas las indicaciones que mi madre me daba. Estudiaba literatura inglesa para perfeccionar mi acento, de tal modo que cuando llegara el momento de mi presentación en sociedad, mi dicción fuera lo más parecida a la de una nativa. Arañando de aquí y de allá, mi madre se las ingenió para que un profesor de baile me diera clases una vez a la semana, poniéndome al día de forma que pudiera deslumbrar, como decía Camille, a todo el mundo.

El señor Steinberg era un poco raro. Si bien sus movimientos resultaban gráciles y su paciencia infinita, yo, que siempre observaba todo cuanto me querían ocultar, llegué a la conclusión de que no se comportaba como el resto de los hombres.

Durante mis «excursiones» nocturnas, me acercaba a la zona donde dormía el servicio, que estaba vetada para mí, y espiaba cómo nuestro mayordomo se aliviaba con alguna que otra desconocida. El comportamiento de esas mujeres, bastante exagerado, me hizo reflexionar... ¿de verdad era tan excitante jadear y sudar entre las sábanas? ¿El placer es tan intenso como manifestaban? Descubrí que aquellas compañeras de cama no eran sino prostitutas. Mujeres que se ganaban la vida fingiendo, no solo con su cuerpo.

De ahí que la conducta de mi maestro de baile fuera rara. Debía de rondar los treinta, se lo veía sano y era bien parecido, por lo que me extrañaba que no reaccionara a ciertos estímulos.

Cuando algún repartidor nos traía mercancía, yo me había fijado en cómo miraba mi cuerpo. Cómo sus ojos se desviaban hacia la parte superior de mi recatado vestido o cómo observaba mis curvas.

Por supuesto, yo recibía buenas reprimendas, tanto de mi progenitora como de Camille, por atender a la servidumbre de ese modo, pero, siguiendo mi plan, supe que de ninguna otra manera hubiera podido obtener una lección tan valiosa.

De ahí que empezara a provocar al señor Steinberg con una actitud más sugerente de lo que se consideraría prudente y recomendable en una alumna.

En alguna ocasión mi madre nos acompañaba en las clases de baile para supervisar mis progresos, pero en otras muchas no, por lo que yo aprovechaba estas últimas para llevar a cabo mi investigación.

—Señorita Chavanel, si no presta atención de nada servirá su excelente figura, pues parecerá un pato desorientado —me reprendió él un día, cruzándose de brazos ante mi desastroso y ensayado comportamiento.

—Lo siento —me disculpé hipócritamente.

Mantuve el tono educado que toda alumna obediente debe tener, pero sin variar un ápice mi propósito.

He de reconocer que lo hacía aposta. Fingí entristecerme y estar acalorada. Para ello me deshice de la gasa que cubría mi escote, dejando a la vista una buena porción de piel. A mi edad ya tenía desarrollado el pecho y esa mañana me había ocupado de que mis senos se juntaran más de lo normal, para así resaltar mi escote. Como el pañuelo de gasa blanco que lo cubría disimulaba mi artimaña, no tuve que preocuparme por lo que dijera Camille a la hora del desayuno.

Mi profesor me miró a los ojos, pero, y he aquí mi sorpresa, en ningún momento se fijó en el escote de mi vestido. Había elogiado mi figura, pero del mismo modo que se hace con una pintura o una escultura: de forma fría, técnica. Nada apasionado, nada caliente... y me hizo sospechar.

Ni que decir tiene que mi mente curiosa e inquieta almacenó ese dato y me prometí indagar. Acabé la clase sin mayores contratiempos, lo que me ganó una amable sonrisa de mi profesor cuando realicé los movimientos con la gracia y elegancia que él siempre exigía.

—Serás una preciosa debutante —me dijo ese día a modo de despedida.

—Gracias, señor Steinberg —respondí casi susurrando. Incluso parpadeé coqueta, pero el resultado fue exactamente el mismo.

A la hora de la cena, reunidas las tres en torno a la mesa, esperé a que mi madre o Camille sacaran a colación el tema de la clase de baile. Había aprendido a no ser la primera en mencionar un asunto cuando me interesaba, ya que con ello solo conseguía que ellas se pusieran a la defensiva.

—Hoy no has dicho nada de tu clase de baile, Ornela —dijo mi madre con amabilidad, iniciando la conversación.

Yo intenté no sonreír. No solía quejarme de mis pies, o sobre las veces que había tenido que repetir el mismo paso porque al profesor no le parecía lo bastante elegante.

—Ha sido muy provechosa y el señor Steinberg es una delicia, siempre tan atento, tan educado... —murmuré en tono soñador y observé cómo Camille intercambiaba una mirada con mi madre.

—Me alegra oír eso —dijo aquella con cautela, sospechando sin duda.

—Debes prestar mucha atención a sus enseñanzas. Olvídate del resto.

—¿Por qué? —pregunté, fingiendo despreocupación ante la sugerencia de mi madre. Por su manera de decirlo, saltaba a la vista que no todo era tan ideal como me

hacían creer.

—No hagas tantas preguntas, Ornela.

Supe que tenía que callarme. Seguían considerándome poco menos que una taza de delicada porcelana que había que mantener entre algodones, ajena a todo lo desagradable o poco idóneo para mi esmerada educación, cortando de raíz cualquier influencia que estropeará mi destino.

No era la primera vez ni sería la última, así que decidí no ahondar en el tema y recurrir a mis habilidades investigadoras para satisfacer mi curiosidad.

Tracé un sencillo plan. Antes de cada clase, me mostraba ilusionada en exceso, sonreía de forma bobalicona y me esmeraba más de la cuenta en mi peinado y atuendo. Recurrí a los tópicos que algunas novelas muy de moda pregonaban. Así logré llamar la atención, aunque no del señor Steinberg, que, o bien era un profesional indiscutible o bien, por alguna razón que me moría por descubrir, era ajeno a mis, cada vez, más descarados coqueteos.

Para rematar mi actuación, después de terminar la clase me mostraba abatida, pensativa e incluso me quedaba sin comer para dejar más clara mi afección. Como era lógico, mi comportamiento no pasó desapercibido para nadie.

Mi profesor de baile me regañaba por no prestar más atención y, como su salario lo pagaba mi madre, fue a hablar con ella respecto a mi apatía en lo que a aprender se refería. Ese fue el detonante de la charla que soporté. Como siempre, Camille estaba presente, pero manteniéndose en segundo plano.

—Ornela, eres joven, influenciable, pero debes entender que tu modo de proceder es del todo inconveniente.

Me hice la tonta, claro está.

—Mamá, no sé a qué te refieres.

—Tu profesor se ha quejado de que últimamente no prestas atención a sus clases y parece estar soñando.

Bajé la mirada, como corresponde a una chiquilla avergonzada, y, como era de esperar, sacaron la conclusión equivocada, la que más me convenía.

—Se ha enamorado de él —murmuró nuestra doncella, negando con la cabeza.

No sé si logré sonrojarme para dar más crédito a todo aquello, pero por la cara que pusieron las dos, no estuve muy descaminada.

—Ornela, ¿es eso cierto?

Asentí y, la verdad es que, como sabía que mentir de forma tan descarada no estaba bien, sentí una especie de malestar. Quise arrepentirme en el acto, no obstante, la curiosidad ganó la partida y seguí adelante con mi plan.

—¡Cielo santo! —exclamó mi madre. Se sentó junto a mí, me cogió las manos y me levantó la barbilla para que la mirase a los ojos—. Escucha bien, mi niña, eres joven, inocente... —Suspiró como si recordara algo—. Entiendo que te hayas hecho ilusiones, pero debes sacártelo de la cabeza. No te conviene.

—¿Por qué? —pregunté en tono lastimero.

Mi madre intercambió una mirada con Camille antes de responder. Un silencioso entendimiento que me crispaba los nervios.

—Es un hombre muy mayor para ti.

—Y un don nadie —apostilló nuestra doncella.

La miré sin entender aquel arrebatado clasista. Al fin y al cabo, el espíritu romántico de que el amor vencía cualquier obstáculo debería primar, y más aún en una persona como Camille, que por nacimiento se encontraba muy lejos de la clase privilegiada. En realidad nosotras también, pero al tener un apellido, al menos podíamos optar a mejorar nuestra posición social.

—No lo entiendo... —balbuceé.

—Querida niña, se te pasará. Hazme caso.

Me acarició con ternura y, para que sosegara mis impulsos románticos, me recomendó acostarme un rato para descansar y de paso reflexionar sobre todo aquello que a su juicio no era más que una ilusión propia de la edad.

Debo decir que la reacción de mi madre me conmovió, su cariño y comprensión. No puso el grito en el cielo, ni empezó a hacer aspavientos como otras madres histéricas ante el inapropiado enamoramiento de su única hija y, en mi caso, además la llave para nuestra salvación económica.

Me fui a mi alcoba y esperé unos minutos antes de regresar a hurtadillas para escuchar la conversación entre Camille y mi madre. Como pasaba en cuanto se quedaban a solas, nuestra doncella incondicional se mostraba mucho más locuaz que en mi presencia.

Siempre que me escondía para escuchar, sentía una especie de excitación interior. El riesgo de ser descubierta, la emoción de las revelaciones y la satisfacción de obtener lo que buscaba eran sin duda algunas sensaciones que me gustaban. De ahí que perfeccionara mis métodos. Una de las ventajas de las clases de baile era que enseñaban a moverse como flotando y lo adapté a mis necesidades.

—Espero que se le pase muy pronto... —suspiró mi madre, mientras se acercaba a la ventana y, con las manos en los riñones, síntoma del cansancio, miraba fuera.

—De todas formas no deberías preocuparte tanto —apuntó Camille.

—No puedo evitarlo... Su comportamiento, aunque ahora es inocente, puede volverse más rebelde.

—Si elegimos al señor Steinberg, no fue solo por su excelente reputación como profesor.

Me mordí el labio, la cosa se ponía interesante. En cuanto supiera el motivo de la falta de interés de mi profesor, abandonaría mis arrebatos románticos, aliviando a mi madre y a Camille y regresando al redil.

—Ese aspecto no es importante, estoy de acuerdo. Su malsana desviación nos garantiza que nunca tocará a Ornela.

«¿Malsana desviación?», me pregunté en silencio, ansiosa por ampliar esa información.

—¿Entonces?

—Ornela es muy inteligente, demasiado para una mujer, e inconveniente. Eso la meterá en problemas, sin duda. Si no frenamos su mente, si no logramos que contenga sus impulsos, estará perdida. Los caballeros no quieren a su lado a una fémica que pueda hacerles sombra con su intelecto, que lleve la batuta, y mi hija por desgracia es así.

—¿Lo dices por cómo ha estado provocando al maestro?

—Sí —aceptó mi madre resignada.

—Tienes razón, en este caso estamos a cubierto, ya que el señor Steinberg y su afición por los hombres nos garantizan que Ornela seguirá intacta, pero debemos controlar...

No quise continuar escuchando. Con los ojos como platos y la boca abierta, me senté en el suelo a procesar las palabras de Camille. Cuando decían «desviación malsana» se referían a que le gustaban otros hombres... Eso me dio qué pensar y mucho.

Para alegría de todas, recuperé la sensatez que se me presuponía y yo misma dije en voz alta que aquella ilusión no era sino producto de un ofuscamiento. Vi sonreír aliviada a mi madre y me esforcé en aprender todo lo que mi maestro podía enseñarme... pero no solo en la pista de baile.

El señor Steinberg, todo hay que decirlo, no se mostró tan sorprendido como yo esperaba, pues al fin y al cabo para él no era sino otra mocosa de casi dieciséis años con aspiraciones, en una sociedad controlada por una élite aristocrática.

Durante una de nuestras clases, cuando estábamos a solas, le pedí que hiciéramos un receso y me acerqué a él, sentándome en la desvencijada banqueta del no menos desvencijado piano que mi madre había conseguido comprar a precio de ganga en la parroquia. Cierto que habíamos pasado quince días cenando caldo y verduras del pequeño huerto trasero, pero valía la pena.

El profesor había empezado también a darme clases de piano, lo cual me desesperaba, pues yo tenía muy claro que no poseía un talento innato para ello.

Había ensayado un montón de frases elegantes para llegar al meollo de la cuestión, pero en ese momento me di cuenta de la inutilidad de todas ellas.

—Joseph —lo llamé por su nombre de pila y me miró perplejo; hasta la fecha siempre habíamos utilizado nuestros apellidos para referirnos el uno al otro—, ¿alguna vez me has visto como a una mujer?

Lo vi tragar saliva. No solo por mi cercanía, sino también porque, tras mis repetidas insinuaciones, ahora ya innecesarias, él se mostraba esquivo.

—Señorita Chavanel, yo...

Le sonreí antes de continuar.

—No intento ponerte en un aprieto y mucho menos comprometer tu carrera como compositor. —Había tocado para mí partituras de su creación, dejándome impresionada—. Sin embargo, creo, que a pesar del tiempo que pasamos juntos, no

puedo llamarte mi amigo, pues apenas nos hacemos confianzas.

—Soy tu profesor —alegó él con toda lógica, manteniendo las distancias.

Volví a sonreírle.

—Lo sé y debo agradecerte no solo las valiosas lecciones que me das, sino también que seas una agradable compañía.

No era ningún secreto que las tres vivíamos como monjas de clausura, y cualquier visita, exceptuando la de Donaldson, nos distraía.

—Eres una de mis mejores alumnas —me confió—. Ya te he dicho en más de una ocasión que brillarás, destacarás y seducirás como muy pocas.

—Vaya, gracias. —Sus palabras me complacieron, pues eran sinceras.

Desde el principio me había reñido con severidad cuando me equivocaba, pero de igual modo me felicitaba cuando acertaba.

—De nada y, créeme, no se lo digo a todas.

—¿Y a todos? —le pregunté rápidamente. Me había dado un pie excelente para seguir.

Arqueó una ceja, quizá expectante acerca de lo que pudiera decir a continuación, pero para nada molesto.

—Ornela... ¿adónde quieres llegar?

Por fin me llamaba por mi nombre de pila y, sin pensarlo dos veces, lo cogí de la mano y le di un apretón.

—Evitemos circunloquios, dime cómo es.

Joseph se puso de pie y dio unos pasos hasta la ventana. No me miró y supe que intentaba eludir la cuestión.

—¿El qué? —inquirió finalmente.

No lo dudé. Me acerqué hasta él y me puse delante, como si esperase que me sacara a bailar. No me decepcionó y me agarró de la cintura; sin embargo, no dio un solo paso.

Me miró, negó con la cabeza y suspiró. Yo no dejé de sonreír.

—Tu curiosidad te traerá problemas, señorita Chavanel.

—Lo sé. Pero prefiero tener problemas a dudas. Prefiero que me llamen sabihonda antes que ignorante, y en el caso que nos ocupa no es mera curiosidad, te lo aseguro.

—Eres muy joven para estas cosas.

—A mi edad algunas ya están prometidas. Apenas me queda tiempo de soltería.

—Lo dices como si fuera desagradable.

—A ti no quieren casarte con un viejo.

—A mí no me dejan vivir como quiero —admitió al final.

Me acerqué a él, más concretamente hasta su oreja, y le susurré:

—No te juzgo, no te condeno. Solo háblame de ello...

Se acercaba mi decimoséptimo cumpleaños. A pesar de los intentos del marqués de Beldford de mantenernos ocultas, mi madre había conseguido lo imposible: ser aceptada en pequeños círculos de amistades que poco a poco se fueron ampliando hasta lograr que nos invitaran a bailes, recitales, veladas teatrales y otros eventos sociales durante la temporada. Todas las privaciones y todos los esfuerzos al fin se veían recompensados.

Eso causó no pocos quebraderos a mi madre, pero consiguió apaciguarlos mintiéndole a su amante, prometiéndole por activa y por pasiva que yo sería su esposa, pero que para ello nada mejor que presentarme en sociedad y seguir los cánones establecidos. Se las ingenió para hacerle creer que si contraía matrimonio con una desconocida, las habladurías acabarían con su reputación, por lo que nada resultaba más idóneo que fingir un cortejo tradicional para que la buena sociedad fuera aceptándome.

Ante la amenaza de verse excluido por un matrimonio inconveniente para él, Donaldson se mostró más proclive a nuestras salidas. Claro que no todo fue un camino de rosas.

Impaciente por tenerme en su cama, mantuvo una interesante conversación con mi madre, que yo oí. En esta ocasión por accidente.

—Hace ya tres años que os saqué de la miseria y he cumplido mi parte del trato —dijo Austin rabioso.

Yo sabía que estaba a medio vestir tras el interludio amoroso de media tarde con el que «obsequiaba» a mi madre. No me hacía falta mirar por el ojo de la cerradura para comprobarlo y prefería no tener que esforzarme después por borrar esa imagen de mi memoria.

—¿Y no merece la pena haber esperado? —preguntó mi madre—. No tienes más que verla, se ha convertido en una mujer espectacular. Serás la envidia de tus pares.

—Sí, sí, de eso no me cabe duda —farfulló él impaciente.

Como cada vez que escuchaba a ese malnacido, tuve que contener primero las ganas de entrar y gritarle cuatro cosas, y luego mi ardor de estómago.

—Por eso es conveniente dejar que termine su formación. Será tuya, Austin, y serás el primero.

Cerré los ojos. Sentía un dolor interno al imaginarme estando a menos de un metro del marqués, por lo que ya no digamos acostarme con él. Desde luego, lo que quedaba bien patente era la astucia de mi madre al halagar a aquel miserable para librarme de sus garras.

—Lo cual está costando una suma considerable.

Ahí tuve que sonreír. Mi puesta de largo estaba siendo la excusa perfecta para sacarle los cuartos. Atrás habían quedado los días en los que cosía hasta caer rendida para tener un vestido decente. Se acabó el racionar los alimentos para poder pagar

otros gastos. Nuestro personal de servicio había aumentado y ahora disponíamos de un jardinero, un chófer y dos sirvientas para los quehaceres de la casa.

—Nada que no vayas a recuperar después —le dijo mi madre zalamera.

—Debería convertirla en mi amante —refunfuñó Donaldson—. Al fin y al cabo, me casaré con ella. Tú y yo estamos siendo discretos, por lo que si tenemos el mismo cuidado, nadie tiene por qué saberlo.

—Ornela cree en el matrimonio por amor, su ilusión es entregarse a su esposo la noche de bodas.

No resoplé, pues delataría mi presencia. Aún no había tenido relaciones con ningún hombre, pero lo que sí tenía meridianamente claro era que mi boda solo sería un mero trámite para vivir como yo quisiera.

¿Por amor? Bonita excusa para los pobres. Yo no podía permitirme ese lujo.

—Patrañas —masculló él, sin estar convencido del todo.

—¿Y si la dejases embarazada antes de la boda? —apuntó ella con total acierto.

—Amandine, no seas ingenua. Tú y yo llevamos follando más de dos años. Podrías aplicarle a Ornela los medios que te proporciona tu sirvienta para no quedarte embarazada.

A pesar de que aquella conversación trataba asuntos muy relevantes para mi futuro, hubo algo de todo aquello que me llamó poderosamente la atención y que hasta el momento había pasado por alto...

Camille era aficionada a las hierbas y remedios medicinales naturales, lo que suponía un considerable ahorro en botica y galenos, ya que en nuestra despensa siempre se podían encontrar multitud de ungüentos y preparados para un simple resfriado o para dolores más serios. Pero en ningún momento llegué a pensar en su utilidad para evitar un embarazo.

Lo cierto era que yo hasta la fecha no lo había precisado, pero a medio plazo podría serme de interés. En mis planes no contemplaba casarme y tener una recua de críos que me hiciesen envejecer antes de tiempo y estropear mi figura, así que debía investigar ese asunto.

Sin embargo, en la primavera de 1802 lo que a todas nos traía por el camino de la amargura era mi inminente presentación en sociedad. Habíamos sido invitadas a una cena con baile posterior, donde yo podría demostrar mis habilidades y amortizar las clases del señor Steinberg.

Era todo un acontecimiento, pues la temporada, aunque ya iniciada, empezaba a ponerse interesante tras los tibios comienzos invernales. Mi vestido era de color marfil. Ceñido al pecho para seguir la moda francesa, lo que me hacía añorar mi patria. «Pero de añoranzas no se vive», me recordé.

Camille se ocupó de mi pelo, moldeándolo y recogíéndomelo en lo alto de la cabeza y, a diferencia de lo que se acostumbraba, no dejó ningún mechón suelto. Según ella, nada debía tapar mi rostro ni mis expresivos ojos azules.

Mi madre también se había acicalado para la ocasión. Hacía mucho que no la veía

tan radiante. Para ella, regresar a su entorno natural era algo más que una mera invitación a cenar. Suponía ser aceptada y tratada como una más. Pero, consciente de que esa partida no se jugaba en igualdad de condiciones, prefirió un atuendo más modesto para no hacerme sombra. He de reconocer que a sus cuarenta años se mantenía guapa y esbelta, pese a todas las adversidades sufridas.

Yo, como era lógico, me mostré inquieta durante el trayecto en carruaje. Cabe destacar que el motivo no era ir a conocer a otras jóvenes en mi misma situación, ni establecer lazos de amistad con matronas para obtener mejores alabanzas. Para mí aquella oportunidad era lo que había estado esperando desde hacía mucho para progresar en mi proyecto vital.

Cierto que tendría que soportar tediosas charlas de aquellos que se erigían en pilares de la sociedad, sermones moralizantes sobre comportamiento, que escucharía, no para acatarlos, sino para encontrar el resquicio que me permitiera burlarlos.

—No estés nerviosa —dijo mi madre cuando el coche de caballos, cortesía de su amante, se detuvo junto a la mansión de unos condes a los cuales saludaría amistosamente, pero a los que dejaría de lado a la menor oportunidad, pues, según los pocos comentarios que se le habían escapado a mi madre, eran unos pelmas de solemnidad.

—Lo intentaré —murmuré en respuesta, sonriendo para tranquilizarla.

Cuando accedimos al salón principal, me di cuenta en el acto de que las otras debutantes se miraban entre sí como rivales; allí no había espacio para las amistades. Por supuesto, yo era quien partía en la última posición, pues carecía de las patrocinadoras adecuadas que llegado el momento hablaran de mis virtudes y alabaran mi persona.

Debutar en inferioridad de condiciones sociales no significaba estar también en inferioridad en otros aspectos. Pude comprobar cómo algunas de las chicas de rancio abolengo disimulaban bastante mal sus imperfecciones en la piel con polvos de arroz.

Supongo que mi ascendencia francesa evitaba los defectos típicos de las jovencitas lechosas y pecosas. En mi aspecto también jugaba un papel determinante la obsesión de Camille por protegerme del sol y utilizar uno de sus muchos remedios sobre mi piel. Así que tenía que aprovechar la ventaja que la madre naturaleza me había otorgado, dado que en el reparto de herencia y títulos debí de llegar la última.

Me paseé por el salón de baile, consciente en todo momento de las miradas que seguían mis pasos. Como bien me había advertido mi madre, no miré por encima del hombro ni me mostré orgullosa en exceso, simplemente me limité a dejar que me observaran, sonriendo con amabilidad y mostrándome todo lo callada que exigía el protocolo de las debutantes.

Esperé sentada junto a mi madre a que algún caballero de los presentes se decidiera a pedirme un baile. Tenía muy claro que por mucho que el galán de turno insistiese, no podía bailar más de dos piezas con él y, por supuesto, ni loca acceder a mantener una conversación privada fuera de la supervisión de las matronas.

Con esas reglas bien asentadas en mi cabeza, solo necesitaba encontrar el modo de burlarlas. Mientras, sentada y recatada como mandaba la norma, me limité a observar a la concurrencia, al tiempo que unas amables y parlanchinas señoras no paraban de cotorrear.

Debo reconocer que, pese a la insustancial conversación, de vez en cuando sonreía ante las ocurrencias de esas mujeres, casadas y con la prole bien colocada, dispuestas a jugar el complicado juego de los matrimonios con las hijas de los demás.

No llevaba ni diez minutos sentada cuando el primer caballero se acercó a mí y, con exquisita educación, me tendió su mano enguantada.

Sonriendo de forma discreta, me puse en pie.

—Vaya suerte, el primogénito de un conde... —dijo una de las mujeres a mi espalda—, aunque no me extraña, la chiquilla es espectacular.

—Solo espero que Charles no la pise —apuntó otra—, nunca ha sido un buen bailarín.

Quise reírme, pero me controlé y seguí al caballero hasta la zona de baile, donde nos unimos a las otras parejas.

—Te pido disculpas —murmuró Charles a mi lado—, mi tía es conocida por su afición a desvelar los secretos de la familia.

—Oh.

Debo reconocer que Charles, aparte de tener buena planta, se comportaba en todo momento de manera correcta. Lo observé con detenimiento, aprovechando que estábamos tan cerca el uno del otro. Alto, más bien delgado, ojos claros como los míos. Pelo castaño claro, muy diferente a mi melena oscura. Sonrisa afable, nada pretenciosa pese a ser un codiciado heredero, y modales exquisitos; solo miró una vez mi escote y después mantuvo la vista fija en mis ojos. No me pisó ni una sola vez y cuando acabó la pieza me acompañó a la mesa de los refrigerios, donde se ocupó de servirme uno, todo ello sin salirse del protocolo, lo cual me empezaba a aburrir.

Mantuvimos la típica pero insulsa conversación de quienes acaban de conocerse. Me habló de sus responsabilidades como heredero, me dijo que acababa de cumplir veintiún años y que yo era la chica más hermosa de la fiesta.

En los asuntos del coqueteo yo andaba muy verde, pues, aparte de alguna que otra mirada lasciva de Donaldson cuando inevitablemente nos cruzábamos, o de algún operario que pasaba por casa, no había tenido contacto con hombres, pero tras la reveladora charla con el señor Steinberg entendí muchas cosas. Puede que a los ojos de toda aquella gente su elección fuese un pecado contra natura, pero por cómo me lo explicó, la manera de referirse a los asuntos carnales o al poder de tan solo una mirada, entendí que todo eso podía considerarse una partida de cartas en la que no gana el que mejores naipes recibe. Del mismo modo que si no controlaba mis emociones perdería sin remedio, y yo no podía permitirme ese lujo.

Joseph me habló de las reglas del flirteo y de que, a pesar de que él nunca le guiñaría un ojo a una mujer con intención de seducirla, yo podía dar por hecho que

ese tipo de gestos y sus consecuencias podían servir para ambos sexos.

Y allí estaba yo, junto al primer hombre que se acercaba a mí, siendo muy consciente de que mi madre aprobaría la elección sin dudarlo. Charles y yo no podíamos volver a bailar esa noche ni seguir hablando, así que me escoltó junto a mi madre y las matronas y se despidió de mí con educación.

—Ornela —susurró mi madre en cuanto tuvo ocasión—, parece que has congeniado con el hijo del conde de Seldon.

—Sí, eso parece —murmuré sin desmentirla. Al fin y al cabo tenía derecho a emocionarse, pese a que aquello no fuera a llegar a ningún puerto.

—Espero que mañana nos llegue una tarjeta solicitando una visita.

No quise decir en voz alta que si de mí dependiera preferiría que no fuera así. No porque Charles me cayera mal, sino porque de fraguar cualquier asunto en mi primera velada, la posibilidad de disfrutar de más noches quedaría reducida. Y no solo eso, sino también que mi idea de aprender, de observar se diluiría.

Tuve suerte y a la mañana siguiente no hubo ninguna tarjeta de Charles.

Lo que sí llegó fue un enorme ramo de flores, con una tarjeta en la que solo ponía:

Espero ansioso volver a verla.

Sin firma.

Yo no supe qué decir.

Mi madre sonrió.

La tarjeta sin firma nos tuvo revolucionadas y expectantes durante más de quince días, ya que en ese periodo de tiempo esperamos a que mi admirador secreto hiciera acto de presencia. Sin embargo no fue así.

A cada evento que acudíamos, mi madre aguzaba el oído por si a alguien se le escapaba cualquier comentario. Por supuesto, vigilaba a todos los caballeros solteros, confiando en que alguno cometiera la más mínima indiscreción y así ponerle rostro y nombre al misterioso hombre.

No hubo suerte en ese aspecto, pero tras cada una de mis apariciones en público, nos llegaba al día siguiente el ramo de flores correspondiente, con la pertinente tarjeta y el mismo mensaje:

Espero ansioso volver a verla.

Conciso y atrevido.

Aquello empezaba a divertirme y, lo confieso, me esmeraba en cada una de mis salidas para deslumbrar a quienquiera que fuera ese hombre, porque, y no era para menos, elevaba mi autoestima y me hacía sentirme deseada.

Hasta el momento, a pesar de mis observaciones, seguía sin experimentar de primera mano lo que era el contacto físico, y mi cuerpo y mi mente lo deseaban con ahínco. En más de una ocasión me despertaba acalorada, excitada sin saber cómo afrontar esos anhelos. Espiar a los criados me daba alguna pista de cómo proceder, pero presentía que me faltaba algo.

Empecé a tocarme, a indagar con las manos, a posarlas sobre aquellas partes de mi cuerpo que me parecieron más oportunas. Disfrutaba enormemente apretándome los pezones; la sensación curiosa, extraña, de notar una pizca de dolor, cuando lo que ordenaba la lógica era acariciarlos con ternura.

A veces sentía cierto temor a que en medio del silencio de la noche alguien oyera mis gemidos, pues muchas de esas veces en las que mis manos sustituían a las de un amante imaginario, mis jadeos superaban el volumen de lo prudente.

Estaba decidida a encontrar al hombre que me introdujera en los placeres del sexo. Era verdaderamente increíble lo que se llegaba a oír susurrar entre las damas, casadas o no, durante algunas veladas. Descubrí que muchas de esas respetables señoras tenían amantes y cómo se las apañaban para burlar la vigilancia de sus posesivos maridos.

El caso más curioso era el de una baronesa que, harta del encierro al que era sometida, se encargó ella misma de buscarle una amante a su esposo, y así, sabiendo de antemano cuándo y dónde iban a reunirse, ella podía planificar con total seguridad los encuentros con su amado, sin arriesgarse a la ira de su cornudo marido. Puede que a los ojos de los que presumían de rectitud y decencia eso no fuera más que otro

síntoma de la depravación importada de la Francia revolucionaria, pero desde luego resultaba muchísimo más entretenido que aquella sarta de encorsetadas veladas nocturnas, en las que tocarse sin los guantes podía suponer un compromiso matrimonial y una etiqueta de comportamiento indecoroso de por vida.

—Buenas noches, Ornela.

Me volví con una sonrisa en los labios al oír la siempre bien modulada voz de Charles.

—Buenas noches —respondí con un leve gesto de cortesía.

—Te veo espectacular —añadió él.

—Gracias —murmuré coqueta, pero lo justo.

Desde nuestro primer encuentro, Charles y yo habíamos establecido una especie de amistad, que poco a poco se iba afianzando, pues él, a pesar de tener una inmejorable presencia y, por supuesto, contar con la aprobación de mi madre en caso de un hipotético compromiso, no me hacía ninguna insinuación. Y yo se lo agradecía, pues me sentía muy cómoda con él. Me relajaba que charláramos de forma amigable y, a medida que pasaban los días y muchos dejaron de especular sobre nosotros, empezamos a tener conversaciones alejadas de las banalidades propias de bailes y veladas musicales.

Yo lo escuchaba encantada cuando me hablaba de arte y de música, una de sus mayores pasiones. A pesar de la oposición de su familia a que siguiera manteniendo esa amistad conmigo, él acudía a nuestra casa y tocaba el piano para mí. También intentaba sin éxito enseñarme, pero si un maestro como Steinberg había desistido, no iba a tener Charles mejor suerte.

Lo que sí logró fue hacerme disfrutar de las notas. A veces, antes de tocar para mí, me sugería que cerrara los ojos y yo, aunque me reía ante su ocurrencia, terminaba obedeciendo y me sorprendía de la diferencia.

En otras ocasiones no escuchaba, solo lo miraba a él, sus expresiones de placer mientras acariciaba las teclas. Sería tan fácil elegirlo...

Lo pensé muchas veces. Charles siempre se comportaba de manera correcta e incluso me corregía cuando en público me dejaba llevar y me comportaba con la misma confianza que nos teníamos en privado. Él todo el tiempo se ocupaba de mantener las formas para, como decía, preservar mi virtud.

Aun así, circulaban rumores sobre nuestro inminente compromiso a final de la temporada, hecho que a mi madre la entusiasmaba y que a la familia de Charles los horrorizaba. Al fin y al cabo, era el heredero de un conde.

Por supuesto, quien más rabiaba con ese rumor era Donaldson, aunque mi madre se encargaba de apaciguarlo.

—¿Sabes ya quién es tu admirador secreto? —inquirió Charles en tono cómplice, mientras me ofrecía el brazo para acompañarme hasta el comedor donde nos servirían la cena.

Al ir tan estupendamente acompañada no tendría que estar en las mesas más

alejadas de la principal, como en principio me correspondería, ya que debido a mi falta de abolengo casi debería sentarme junto a la servidumbre. Pero Charles, mi paladín, siempre me adelantaba varios puestos, lo cual sorprendía a los presentes, pero no a mí. Estaba donde me correspondía, ni más ni menos.

—Siempre he pensado que eres tú —le respondí, caminando a su lado con paso sosegado y dejando que los demás se nos adelantaran.

Llegar los primeros no causaba ningún efecto; sin embargo, acomodarse los últimos te garantizaba la atención del resto de los comensales.

—Ornela querida, me encantaría atribuirme ese honor, pero lamentándolo mucho, hubo alguien que se me adelantó.

Al principio sí pensé que se trataba de Charles, pero él mismo me lo había desmentido una y otra vez, por lo que no tenía sentido seguir considerándolo mi proveedor oficioso y anónimo de flores y tarjetas.

—Si te soy sincera, nada me gustaría más que fueras tú —murmuré, ya sentada a su lado.

Él me sonrió con cariño y yo fingí que me moría de hambre, aunque detestaba las cenas copiosas e insoportables con las que nos agasajaban los anfitriones, pues era como si pensaran que estábamos famélicos.

Yo había aprendido a picotear; no hay nada más incómodo que una digestión pesada para mantener una conversación o bailar. Además, había decidido prescindir del corsé, pese a que ello supondría, de saberse, un gran escándalo, pero el talle alto de mis vestidos y mi figura me permitían tales lujos. Las que seguían usándolo pasaban malos ratos, pero claro, no se atrevían a desafiar a los tiranos de la moda y las buenas costumbres, o bien no disponían del físico adecuado.

Durante la cena conversaba con otros invitados, poniendo especial cuidado en no dar muestras de mis conocimientos ni, mucho menos, expresar en voz alta opiniones sobre asuntos que se presuponían poco o nada adecuados para la delicada mente femenina. Eso lo reservaba para mis conversaciones privadas con los dos hombres de mi vida: Charles y Joseph, con quienes pasaba horas y horas aprendiendo e intercambiando opiniones. Ellos fueron quienes me abrieron los ojos y con los que podía hablar de todo.

Tras la opípara cena, los señores se marcharon a beber sus licores y a fumarse sus cigarros. Charles siempre me decía que prefería quedarse con las damas y evitar el humo y las estupideces masculinas, pero ninguna de las señoras lo toleraría.

Yo, en esos momentos en que las gallinas cluecas se ponían a cacarear sin control, aprovechaba para escaparme. Mi afición por escuchar a escondidas iba en aumento y, ayudada por mi fiel amigo, tenía la intención de asistir a una más que probable sesión de arrogancia masculina, o al menos eso era lo que opinaba Charles.

Pero cuando me disponía a escabullirme, hubo una especie de conmoción general que me obligó a quedarme quieta. Lamenté no poder avisar a Charles, que me esperaba en una sala contigua, y me acerqué a enterarme de lo que ocurría al fondo

del comedor.

Como era de prever, me encontré un corrillo de damas alborotadas alrededor de la afectada y disimulé el malestar por ver frustrados mis planes. Sin embargo, me comporté como se esperaba de mí y pregunté qué ocurría.

—Creo que es la señora Chavanel —me respondió una joven.

De inmediato me puse en guardia y empecé a apartar mujeres hasta llegar a mi madre.

Se hallaba recostada en su silla, mientras un par de señoras la abanicaban. Tenía los ojos cerrados.

—Estaba tranquilamente conversando y de repente se ha desmayado... —me dijo con amabilidad y cara de verdadera preocupación una de las damas.

—¿Mamá? —Le puse una mano en la frente y no me dio la sensación de que tuviera fiebre. Su respiración era apenas perceptible pero constante—. Llamen a un médico, por favor —rogué.

Algunos de los criados me ayudaron a trasladarla a una sala donde podían atenderla en privado. El médico se presentó con rapidez y me pidió que saliera mientras la reconocía. Cuando abandoné la salita al menos ya había recuperado la conciencia.

Yo no podía imaginar cuál era el motivo de ese repentino desfallecimiento, pues hasta la fecha nunca antes había sufrido uno. Me mordí el labio, impaciente.

La noticia había traspasado el ámbito femenino y junto a mí estaba Charles, el cual, saltándose a la torera las normas del decoro, me pasó un brazo por el hombro y me mantuvo a su lado mientras esperábamos noticias.

El sufrimiento no se alargó demasiado, pero para mí aquellos minutos se hicieron eternos. Oí los murmullos de quienes nos miraban, abrazados, a Charles y a mí y los maldije en silencio. Sus estúpidas normas del decoro se podían ir a hacer puñetas.

Por fin se abrió la puerta y salió el médico. Su expresión serena no logró que respirase tranquila, así que, acompañada en todo momento por mi mejor amigo, me dirigí a él.

—Tranquila, señorita Chavanel —se adelantó el hombre al ver mi cara de preocupación.

—Doctor, por favor, dígame cómo se encuentra su madre, se lo ruego —intervino mi paladín.

Me sorprendió que Charles, siempre tan sereno y apacible, tomara la palabra en mi nombre. Todo ello sin separarse de mí. Su carácter afable y reservado pocas veces hacía que llevara las riendas de la situación. Era uno de esos hombres a los que no les importaba quedarse en segundo plano.

—La señora Chavanel se encuentra perfectamente —comenzó el médico—, pero en su estado debería empezar a cuidarse.

Parpadeé intentando comprender sus palabras, pues mi madre no era una jovencita, pero tampoco una anciana a un paso de la muerte.

—¿Podemos pasar a verla? —preguntó Charles y me conmovió su verdadera preocupación. En ese momento supe que siempre estaría a mi lado, y si alguna vez había pensado que sería el hombre adecuado para convertirse en mi primer amante, desterré de inmediato esa insensatez, pues de ningún modo estropearía mi amistad con él.

—Por supuesto, pero como le he recomendado a la señora Chavanel, debería retirarse cuanto antes a descansar.

—Muy bien, así lo haremos —murmuré, sin poder respirar aún con normalidad.

Las cotorras allí congregadas querían enterarse hasta del último detalle, pero agradecí al buen doctor que las apartara para que entrase.

—Te espero aquí fuera —me dijo Charles en una demostración más de su saber estar.

Sin importarme las más que probables habladurías, me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla. Un beso fraternal, pero que esas arpías envidiosas interpretarían a su conveniencia.

Él me miró perplejo y yo le sonreí con timidez antes de entrar en la sala donde estaba mi madre. A buen seguro al día siguiente recibiría una reprimenda por su parte. No me importaba lo más mínimo.

La encontré recostada en un diván, mirando hacia la ventana, a pesar de que las cortinas estaban echadas y poco podía ver.

Fui a sentarme junto a ella y le cogí la mano.

—Ornela... lo siento tanto...

Yo no entendí a qué se refería, por qué se lamentaba. Estar enferma no justificaba su actitud. Entonces me alarmé.

—Mamá, no pasa nada. Vámonos a casa, tienes que descansar.

Ella negó con la cabeza.

—Antes tenemos que hablar.

Que se mostrara tan terca no ayudaba; sin embargo, no la contradije esperando que al final aceptara los consejos del médico.

—Te escucho.

—Vas a pensar que soy una cualquiera —comenzó, y mi inquietud por sus palabras no disminuyó. Permanecí en silencio, a la espera de que continuara—. Desde que llegamos aquí he intentado mantenerte al margen. Sé que algunas cosas las habrás adivinado y por ello mi vergüenza es aún mayor.

—Mamá, sea lo que sea, puedes confiar en mí —dije en voz baja, intuyendo de qué quería hablarme.

—Mi relación con el señor Donaldson no es lo que parece. Tienes edad suficiente para entender que los hombres no dan nada gratis. Este es un buen ejemplo de ello. Ornela...

Vi cómo tragaba saliva y apartaba la mirada. Decidí ponérselo fácil. No se merecía ese sufrimiento. Yo sabía los motivos.

—No tienes que justificar nada. Has hecho lo correcto. Conseguiste sacarnos del infierno de París y traernos a un país donde tenemos cobijo y una vida. Y también sé que intentabas protegerme.

Mi madre se echó a llorar y la abracé. Para ella suponía un grave conflicto interior todo aquello y yo no quería verla padecer de ese modo.

—Ornela, te juro que esto no entraba en mis planes —continuó llorando—, te juro que he utilizado todos los medios a mi alcance para no...

—Sea lo que sea, estaremos juntas.

—Estoy embarazada... —dijo finalmente y entendí la tragedia que se nos avecinaba.

Mi madre era una mujer viuda, a las que se les supone una vida aburrida, condenadas a amargarse y a vivir dentro de los cánones establecidos para ellas, sin derecho a las necesidades normales de una mujer adulta. Tenían ciertos privilegios, como acudir en solitario a las fiestas sin ser criticadas, pero no podían sentirse amadas ni deseadas y mucho menos caer en los brazos de un amante. Solo podían esperar volver a casarse o bien vivir una vida de soledad.

—Sé lo que estarás pensando, que yo...

—Olvídate de eso. Ahora lo importante es que te cuides —la interrumpí—. Voy a pedirle a Charles que nos lleve a casa.

—Ornela, escucha bien lo que te voy a decir. A mi edad, un embarazo significa que tengo muy altas posibilidades de morir en el parto. No puede arriesgarme a que te quedes sola. He intentado retrasarlo al máximo, pero Donaldson te desea. Por ello debes comprometerte lo antes posible con un buen hombre. Uno que te garantice una seguridad económica y una posición social. Esto es muy importante. Puede que aún no lo comprendas, pero debes intentarlo con todas tus fuerzas. Eres joven y hermosa, no te costará mucho.

Mi madre hablaba con una sinceridad que otros tacharían de mera frialdad. Si alguien oía esa conversación, de inmediato nos calificaría de oportunistas, arribistas, pobretonas dispuestas a cazar al mejor partido. Pero ¿no se trataba de eso?

¿Acaso todas aquellas etéreas damiselas no lucían sus mejores galas para atrapar al heredero de turno?

La diferencia era que mi madre había expresado sin tapujos una realidad.

—Charles... —murmuró ella—. Por cómo te mira, por cómo te trata... creo que está enamorado de ti.

No quise disgustarla en su estado y sonreí.

Ahora tendría que esforzarme mucho más por encontrar un marido.

6

—¿Cómo ha podido suceder? —gritó Austin sin la menor consideración.

Camille y yo estábamos sentadas esperando que mi madre saliera de su alcoba, donde se había reunido con su amante. Al saber la noticia, nuestra doncella no se sorprendió tanto como yo imaginaba. Se limitó a negar con la cabeza y a consolar a la embarazada.

—¡Te lo advertí! —continuó él, elevando aún más el tono de voz—. Me aseguraste que esos remedios eran eficaces y, sin embargo, mírate ahora, preñada ¡y a tu edad!

La tentación de entrar y soltarle un par de impertinencias era cada vez más difícil de controlar. Miré de reojo a Camille, que mantenía el gesto adusto, sin duda pensando lo mismo que yo.

Era humillante tener que morderse la lengua ante semejante energúmeno, pero mi madre nos había pedido, rogado más bien, que no interviniéramos a no ser que las cosas se pusieran muy violentas. Quería ser ella quien manejase la situación, por eso nosotras esperábamos a la puerta.

—Austin, tranquilízate, por favor.

—¡Es una locura, una jodida locura! Mírate, por Dios. ¿Qué edad tienes?

—Sé los riesgos que asumo a la perfección —adujo ella y se le notaba la fatiga en la voz.

—Pues no lo parece. Eres vieja, Amandine. Y una complicación, además.

—No voy a pedirte responsabilidades, solo los recursos necesarios para salir adelante.

—¡Maldita sea!

Oímos un golpe, como si algo hubiera caído al suelo. Las dos nos pusimos inmediatamente en pie, dispuestas a entrar.

—Será mejor que me retire, no me encuentro bien —dijo mi madre.

Era evidente que no podía seguir aguantando más humillaciones, por lo que prefería marcharse y esperar que a él se le pasara el injustificado enfado.

—¡Espera!

—Austin, por favor, me encuentro débil. —El tono de súplica y de servilismo utilizado por mi madre me hacía hervir la sangre.

Allí, escuchando esa humillante conversación, aprendí otra valiosa lección sobre cómo funcionaba el mundo en que vivía. Sin recursos y a merced de un hombre, siempre estaría sometida a sus caprichos. Y, si surgía un imprevisto, como había sido el caso de mi madre, además tendría que sufrir en mi propio cuerpo las consecuencias, quedando él impune.

—Esto altera todos mis planes, pero no me queda otra alternativa.

Se me encogió el corazón. Nos veía en la calle, sin posibilidad de salir adelante, privadas de una vida cómoda. Abandonadas a nuestra suerte. Tragué saliva, hice un

rápido inventario de mis posesiones, que en su mayor parte eran vestidos, y de mis habilidades para subsistir.

También repasé la lista de conocidos a los que recurrir y solo encontré en ella a Charles. Su familia nos consideraba poco menos que unas arribistas peligrosas, de ahí su firme oposición a nuestra amistad. Pero si las cosas se ponían cuesta arriba, tal como preveía, tendría que suplicarle si era necesario.

En ese caso, la confianza entre nosotros dos podría resentirse; yo sabía que era rico, pero yo no conocía el estado de sus finanzas, la asignación de la que disponía ni sus inversiones. Sin embargo, no podía permitir que nos quedásemos desamparadas y en la calle, ahora que la familia iba a aumentar.

—Hablaremos en otro momento —murmuró mi madre y se abrió la puerta.

Agarré de la mano a Camille y nos apartamos, por si aquel desalmado salía de forma brusca y se nos llevaba por delante.

—No, no vamos a perder el tiempo —graznó él, deteniéndose en la entrada—. Estos asuntos hay que solucionarlos cuanto antes.

—Austin, ¿no pretenderás...?

—No será capaz —murmuró Camille a mi lado, enfadada—. Eso la mataría.

Yo me la quedé mirando a la espera de que ampliara esa información.

—Camille, te lo pido por favor, dime qué pretende ese hijo de perra —imploré mientras la zarandeaba.

—Quiere llevarla a un curandero para que se deshaga del crío.

Eso fue definitivo. La dejé con la palabra en la boca y entré en la alcoba de mi madre. La encontré sentada en una esquina de su cama, con la espalda encorvada. Derrotada. Corrí hacia ella y la abracé, antes de enfrentarme a Donaldson.

—No vas a volver a tocarla. —Escupí las palabras con toda la rabia acumulada—. ¿Me oyes? No voy a permitirlo. Tu asqueroso dinero no te da derecho a abusar de ella.

—Ornela... —suspiró mi madre, agarrándome la mano con fuerza.

Me puse en pie para que mi arenga fuese más efectiva.

—Eres una deslenguada —me acusó Austin, mirándome con la arrogancia característica de quienes pueden permitírselo.

No obstante, iba listo si pensaba que iba a achicarme.

—Deslenguada o no, me tiene a su lado. Es mi madre y a partir de ahora me voy a ocupar personalmente de que no vuelvas a acercarte a ella.

—Deja esos arrebatos infantiles. Eres una descarada y ya me ocuparé de ti en otro momento. Ahora, si no te importa, quiero fijar una fecha con ella. Y que conste que no debería ni molestarme en decírtelo.

—¡Eres un monstruo! —exclamé y me acerqué a él con la intención de dejar mi mano marcada en su mejilla—. Nunca, ¿me oyes?, nunca me someteré a ti.

—Deja de decir insensateces. Aunque tenga que lidiar contigo, no me queda más remedio que casarme con tu madre.

Abrí los ojos de forma desmesurada al escucharlo. Me volví y observé a mi madre, que tenía una expresión similar a la mía. Era lo último que esperábamos.

—¿Matrimonio? —balbuceó ella insegura. A retorcido no lo ganaba nadie.

—Eso he dicho —confirmó Austin, sin disimular que le desagradaba la idea, pero que estaba atrapado—. Mi hijo mayor es débil, enfermizo, y a mi hija no puedo dejarle el título, así que solo me queda la esperanza de que me des un hijo sano.

—Austin...

Vi cómo se levantaba y se acercaba a aquel déspota para acariciarle la mejilla.

En ese momento no sabía dónde meterme. Pero lo que verdaderamente me dejó anonadada fue el cambio de expresión en el rostro de él. Nada más recibir la caricia, se dulcificó. Le cogió la mano y se la besó.

—Controla ese temperamento —dijo Austin, refiriéndose a mí—. A partir de ahora, no pienso tolerar ni una sola salida de tono más. ¿Entendido?

Asentí sin otra cosa mejor que hacer y me marché sin decir ni pío. Me encontré con nuestra doncella; en su cara se reflejaba la misma perplejidad que yo sentía. Cerré la puerta despacio.

—Nunca imaginé que ese tirano fuera capaz de hacer una cosa así —dijo Camille.

—Ni yo —convine.

A partir de ese instante, las cosas se precipitaron, pues el tiempo jugaba en nuestra contra. Si bien todo el mundo sospecharía de la rapidez de una boda entre dos personas que en público nunca habían mostrado el más mínimo interés la una por la otra, lo realmente importante era organizar el enlace y esperar que los comentarios maliciosos fueran remitiendo.

La ceremonia se celebró un mes más tarde, en la pequeña capilla de la residencia del marqués. Yo pensé que los asistentes podrían contarse con los dedos de una mano, sin embargo, la noticia del casamiento atrajo a varios conocidos de ambos contrayentes.

—Solo han venido por el morbo —musité junto a Charles, que había accedido encantado a ser mi acompañante.

Estábamos sentados en el comedor, dando cuenta del banquete nupcial. Yo miraba con atención a los asistentes, pues había vuelto a recibir aquellas misteriosas tarjetas y, por alguna extraña razón, me sentía observada todo el tiempo.

—No te lo niego, pero lo importante es que tu madre esté bien.

Así era Charles: cariñoso, un amor.

—Por cierto, ¿qué tal va tu cortejo? —le pregunté con interés, ya que me había hablado de la joven que a sus padres les gustaría que fuera su prometida y ahora se hallaba inmerso en una serie de citas con ella.

—No sirvo para estas cosas —me confesó y vi su resignación.

—Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Lo sé, Ornela, gracias.

Saltaba a la vista que Charles no quería comprometerse con una chica a la que

solo había visto dos veces. Y lo comprendía, pues para él, que creía en el amor y demás sentimientos románticos, era imprescindible sentir algo por una mujer a la que se iba a unir de por vida.

Durante nuestras charlas, se horrorizaba al escuchar mi versión tan pragmática del matrimonio. Intentaba explicarme las bondades del enamoramiento, incluso me regaló novelas que ensalzaban tales sentimientos, pero si bien admitía lo hermoso de todo eso, yo no podía permitirme tales lujos.

Al parecer, Charles tampoco, y de ahí su estado melancólico.

Pero al fin y al cabo era un hombre, y joven. Yo intentaba sonsacarlo sobre sus correrías, aunque él siempre se mostraba esquivo y desviaba la conversación. Al final terminó confesándome que, junto con otros jóvenes, acudían a un burdel donde podían ocuparse de sus necesidades físicas.

—Es solo sexo, Ornela —me decía a modo de justificación.

Por supuesto, yo ni lo juzgaba ni lo condenaba, más bien lo envidiaba por tener una alternativa que a las mujeres se nos negaba.

—Al menos tienes una forma de consolarte —le dije y Charles sonrió de medio lado, disculpándose.

No negaré que todas estas confidencias podían poner en peligro nuestra amistad, pues cada vez era más evidente su interés por mí. Para evitarlo, no me quedaba más remedio que instarlo a que conociera a otras jóvenes, con la esperanza de que alguna despertara en él esos sentimientos amorosos que tanto anhelaba. Nada me alegraría más que verlo feliz junto a una mujer que le correspondiera.

Tras la boda, Austin insistió en que, para evitar habladurías, solo se trasladara mi madre con él, dejándonos a Camille y a mí solas en la vieja casona. Con «evitar habladurías» supongo que se refería a su antiguo interés por mí, ahora frustrado. Acatamos su decisión, pese a que mi madre lloró e incluso le suplicó que nos llevase con él, pero todo fue inútil.

Pensé, y no andaba muy descaminada, que mantenerme alejada de mi madre era el castigo por mis hirientes palabras de aquel día. Donaldson sabía que privarme de los lujos de su mansión era algo baladí en comparación con ser una simple visitante cuando lo que quería sería estar junto a mi progenitora. Por no mencionar el escándalo social de no aceptar a una hijastra, lo que desembocaría en toda una serie de especulaciones sobre mi carácter, perjudicando así mis expectativas matrimoniales.

Una jugada maestra, sin duda alguna.

Por supuesto, para mí eso no representaba más que otro obstáculo en el camino. En absoluto insalvable. Siempre me recordaba a mí misma que cuando lograra mis objetivos, todo eso solo sería un buen recordatorio de mi esfuerzo, haciendo que el triunfo fuera más satisfactorio.

Medité con detenimiento esa eventualidad, buscándole el lado positivo. Caer en el desánimo no era una opción viable y llegué a la sorprendente conclusión de que ahora

dispondría de mayor libertad, pues solo Camille podría supervisar mis idas y venidas.

Una tarde, mientras paseaba junto a mi madre por el jardín de la finca de su nueva residencia, mantuvimos otra de aquellas charlas trascendentales que a mí me asustaban un poco. Ya se le empezaba a notar el embarazo y, por lo tanto, sus apariciones en actos sociales quedaban reducidas al mínimo. Por suerte estábamos en agosto y el final de la temporada hacía más llevadero todo el asunto.

—¿Estás bien, mamá? —le pregunté, al verla suspirar.

El calor apretaba y tuvimos que buscar un asiento a la sombra para que ella descansara.

—Todo lo bien que se puede estar —me respondió con una sonrisa triste—. ¿Y tú, cariño?

Yo sonreí abiertamente, no quería darle ni una sola muestra de preocupación.

—Estupendamente. Continúo con mis clases de baile y piano. Y preparo con ilusión la fiesta campestre de Donaldson.

En esto último mentía. Ni muerta deseaba acudir, pero no podía hacerle ese desprecio a mi madre en su primera fiesta oficial como marquesa.

—Insistí para que te invitara —me confesó—. ¿Y Charles te acompañará?

Noté su tono esperanzador, sin duda seguía pensando que acabaríamos juntos. No tenía corazón para negarle esa ilusión. Al menos mientras estuviera embarazada, pues en su estado no quería darle ningún disgusto.

—Sí, ya sabes que sí. Te manda recuerdos y te desea lo mejor.

Vi cómo se colocaba una mano sobre el vientre abultado y yo puse la mía encima; aquello era sin duda una experiencia irrepetible. Yo tenía claras mis prioridades y la maternidad no entraba en mis cálculos a largo plazo, pero no por ello quería dejar de vivirla a través de mi madre.

—¿Qué se siente? —pregunté.

—Es inexplicable, Ornela. Para saberlo tendrás que vivirlo, cariño.

No quise contradecirla.

—Algún día —murmuré.

—Y yo espero estar junto a ti para verlo.

Dos días antes del gran acontecimiento, recibí la consabida tarjeta, junto a un espectacular ramo de flores, lo que no hizo sino aumentar mis nervios. Era justo lo que no necesitaba en esos instantes. Si bien me moría por averiguar de una vez quién era ese misterioso caballero que por lo visto me observaba a distancia sin darse a conocer, no quería asistir a la fiesta, pero estaba obligada a ello. Por otra parte, deseaba estar lo más deslumbrante posible y evitar cualquier enfrentamiento con mi padrastro. Por suerte no lo había vuelto a ver desde que visité a mi madre, por lo que nuestra enemistad se limitaba solo a un recorte de mi asignación y a mi odio eterno.

Pero la escasez de recursos no se notó en mi vestido. Si algo habíamos aprendido era a salir adelante con el dinero justo, por lo que, si bien uno de mis objetivos era vivir cómodamente y dejarles los trabajos manuales a otros, retomé las labores de aguja.

Entre Camille y yo confeccionamos un espectacular traje de día de color azul celeste, y yo pude aprovechar para hacerle el escote como yo quería sin tener que discutir con mi doncella, que, de haberlo sabido, hubiera puesto el grito en el cielo. Solo se daría cuenta el día de la fiesta y entonces ya sería demasiado tarde para intentar taparme.

Me había afanado en bajarlo de tal forma que mis pechos se elevaran, una vez que me atara la cinta por debajo, consiguiendo un efecto impresionante. Por supuesto, me pondría encima una fina gasa que ya me ocuparía de apartar cuando lo considerase necesario.

—Estás radiante —me piropeó Charles nada más verme.

—Gracias —le respondí, y me cogí de su brazo mientras me conducía hasta el carruaje.

Si mi vestido estaba a la altura de las expectativas, mi cabello no iba a ser menos. Siguiendo los consejos de Camille, me lo recogí sin dejar ningún mechón suelto, como dictaba la moda a la que todas se apuntaban. Uno de los puntos clave para triunfar era diferenciarse y, puesto que yo carecía del diferenciador monetario, recurría a lo que la naturaleza tan generosamente me había otorgado.

Durante el trayecto, aproveché para bromear con Charles y hacer que me contara los planes casamenteros de su familia, ahora que esta ya se mostraba más proclive a nuestra amistad, al darse cuenta de que no iba a engatusar a su hijo ni a fingir un encuentro ilícito para obligarlo a casarse conmigo.

Como siempre, entramos en la fiesta cogidos del brazo y saludamos a los anfitriones. Como era de esperar, Austin y yo nos miramos y fingimos cordialidad delante de todos aquellos espectadores. No sé cuál de los dos era mejor actor.

Una vez cumplidas las exigencias del guion, nos fuimos a la parte trasera de la propiedad, donde estaban dispuestas las mesas, para disfrutar de la comida campestre. Mi idea no era llenarme el estómago, sino ver y dejarme ver. Aún sentía aquella

inquietud interna, de la que no le hablé a Charles para que me dejara libre, sobre si mi admirador se encontraría allí.

Siguiendo el protocolo, yo podía tener un asiento en la mesa de los anfitriones; sin embargo, descarté ese regalo envenenado, ya que comer con Austin podría producirme sarpullidos. Elegí sentarme junto a los jóvenes de mi edad y así poder mantener una insulsa charla sobre cotilleos varios, pero que me proporcionaba información. Con solo observar los sonrojos de algunas damas, sabía de quién andaban enamoradas.

Advertí que una joven de pelo castaño, de aspecto corriente, se puso como la grana cuando Charles se despidió de mí para reunirse con un grupo de caballeros. Presté atención; se llamaba Rosalyn, tenía dieciocho años y un problema con los dulces, a juzgar por su plato.

Durante la comida me había limitado a observarla. La muchacha apenas hablaba. Respondía en voz baja y con monosílabos. Y quise saber más de ella.

Puede que me moviera el afán egoísta y que uno de mis objetivos, que Charles se enamorase, fuera la excusa para, una vez finalizada la comida, me acercara a ella.

Con el pretexto de dar un paseo y así hacer ejercicio tras el banquete, aunque yo apenas había picoteado lo justo para no desmayarme, le sugerí a la muchacha que me acompañara.

Tras presentarnos como debe ser, enfilamos uno de los senderos que conducían a un templete, donde podríamos hablar sin que nos molestaran.

—Y dime, Rosalyn, ¿estás ya comprometida? —pregunté tuteándola, ya que nos habíamos autorizado a hacerlo.

Ambas teníamos edades parecidas, no rompíamos ninguna norma.

—No —me respondió y noté su falta de esperanza—. Y no creo que eso suceda en breve.

—Bueno, ahora acaba la temporada, supongo que en la próxima serás afortunada.

—Lo dudo. A pesar de mi dote, los caballeros jóvenes no se fijan en mí —admitió con pesar.

Su resignación me enfadó y, pese a que tal vez causaría un buen conflicto, decidí hablar sin tapujos.

—¿Puedo serte sincera? —pregunté, antes de lanzarme. Rosalyn asintió y continué—: Los hombres solo se fijan en lo que tú les muestras.

Su vestido a buen seguro había costado una suma considerable, pero era horrible, infantil incluso.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, abriendo los ojos. Por lo visto, nadie antes debía de haberle hablado en ese tono.

—Haz que se fijan en ti, que quieran conocerte, ofréceles algo que nadie más tenga —sugerí, repitiendo mis reglas.

—Pero yo... bueno, hay alguien que...

—¿Lo conozco? —Formulé la pregunta sabiendo que jugaba con ventaja.

Se sonrojó hasta la raíz del pelo antes de murmurar:

—Sí.

—Confía en mí, seré una tumba —prometí, consciente de que me sería muy fácil mantener la promesa.

Rosalyn empezaba a caerme bien, no se mostraba en ningún momento enfadada por mi curiosidad y no perdía las formas. Todo un hallazgo.

—Es... —se mordió el labio—... Me da vergüenza...

—Juguemos a las adivinanzas; yo te hago una pregunta y tú solo me respondes sí o no.

Ella aceptó y empecé con cuestiones tontas, ya que no quería ofenderla. Me caía realmente bien. Poco a poco fui estrechando el cerco y al final confesó que Charles, mi mejor amigo, era el hombre por el que suspiraba.

—Prometo hablar con él y hacer todo lo que pueda.

—¿De verdad? —Se le iluminó el rostro, que por cierto debería cuidar un poco más para no parecer una niña, sino una mujer, antes de volver a su expresión taciturna—. Yo creía que tú y él... Bueno, se os ve siempre juntos, no quisiera...

Le cogí la mano y le di un cariñoso apretón.

—Charles es mi mejor amigo, no hay nada más. Te lo aseguro.

Ella respiró tranquila al escucharme y sonreímos como tontas. Pasamos un buen rato más hablando de nuestras cosas, en especial de nuestras novelas favoritas, hasta que oímos una voz masculina.

—Te estaba buscando —dijo Charles.

De inmediato, Rosalyn apartó la vista y se puso como un tomate. Yo sonreí con disimulo. La suerte estaba de mi lado.

Él ni la miró, supongo que, como el resto, no apreciaba sus encantos; claro que estos se encontraban a buen recaudo bajo aquel horrible atuendo, hecho que me propuse modificar. Empezando en ese preciso instante.

—Rosalyn me hablaba de su afición por la jardinería y ya sabes que no es mi fuerte; ¿serías tan amable de acompañarla a ver los jardines? —le sugerí a mi amigo, que me miró extrañado antes de darse cuenta de mi jugada.

La miré a ella esperando que no me desmintiera y que adivinara mis intenciones, pues no habíamos dicho una sola palabra sobre botánica.

La pobre muchacha no sabía dónde meterse ante el silencio de Charles, pero afortunadamente la educación de este ganó la batalla a la estupefacción.

—Por supuesto. —Le ofreció el brazo y la joven, más torpe de lo que se considera necesario, se puso en pie y se lo cogió.

Por la mirada que me dirigió Charles, estaba claro que se vengaría de mí, aunque, conociéndolo, se limitaría a darme una extensa charla sobre el cuidado de alguna exótica planta de esas que tanto lo apasionaban y a mí me aburrían hasta la saciedad.

Los vi recorrer despacio el camino de regreso a la finca, siempre prudentes y a la vista de todos, para que nadie pudiera criticarlos. Así era Charles.

Me quedé allí sola, sentada en el banco de piedra, observando a lo lejos el gentío que asistía a la fiesta sin tener muy claro si me apetecía unirme a ellos. Mi asistencia era solo por guardar las apariencias y hasta la hora convenida no podía marcharme.

Además, el sol calentaba y allí, bajo el tejado del templete, me protegía de sus rayos, pues estaba sudando bajo mi sombrero de paja, y me estropeaba el peinado. Me dediqué a relajarme, a pensar en lo que me depararía el futuro en los próximos meses y en lo que me gustaría que sucediera... Cerré los ojos, con la idea de que así fuera más relajante aún...

—Querida, es toda una injusticia privarnos de tu intensa mirada.

El susurro a mi espalda me hizo dar un respingo. No contaba con la presencia de nadie y menos aún de un caballero. Miré hacia atrás y me encontré con la sonrisa más burlona y peligrosa que nunca había tenido el gusto de ver.

—¿Cómo se atreve? —Fingí escandalizarme, porque es lo que se aconseja en estos casos, pero lo cierto es que estaba intrigada.

Era la primera vez que lo veía, de eso estaba cien por cien segura. Ninguna mujer olvidaría un rostro así. Y no solo su cara, sino también su apariencia al completo. Lamenté no tener mi abanico a mano para jugar con él y controlar mi nerviosismo.

Sí, estaba nerviosa. Por primera vez un hombre conseguía llevarme a ese estado. Quizá porque su mirada, intensa, perversa, me hacía temblar, y porque su actitud no presagiaba nada bueno.

—Creo que no nos conocemos.

—Siento contradecirla, *mademoiselle* Chavanel. Yo sí sé quién es usted.

La pronunciación de mi apellido con acento francés no hizo sino inquietarme aún más. Hacía mucho que nadie utilizaba ese tratamiento.

—Pues debería al menos tener el detalle de decirme su nombre, *monsieur*. —Recurrí al mismo tratamiento, salvo que en mi caso no necesité fingir el acento, ese que me había esforzado tanto por ocultar para evitar críticas.

—Ah, mi querida Ornela, ¿aún no lo sabes?

Abandoné mi asiento y me puse en pie. Él permanecía fuera del templete, apoyado en la balaustrada, sin apartar los ojos de mí. Desde esa distancia no pude averiguar su color, pero algo me decía que ese era el detalle más insignificante de todos.

—No le he dado permiso para llamarme así —dije en tono altanero, pese a que toda aquella escena estaba sofocándome, y no debido a la temperatura exterior. No, el calor provenía de mi interior.

Él decidió acortar distancias y subió los tres escalones para estar cara a cara. Mi estatura me permitía mirar a los hombres sin hacer demasiados esfuerzos, pero con ese desconocido tuve que esforzarme.

—Deberías prestar más atención, *querida*.

Ese «querida» sonó íntimo, obsceno, adictivo y yo deseé no llevar la gasa que me cubría el escote.

—¿Va a decirme su nombre o tendré que vivir eternamente con la duda? — murmuré, recuperando un poco de calma y practicando el juego del coqueteo, ahora que por fin parecía tener un digno rival.

—Eso, querida, sería ponértelo demasiado fácil —respondió él y, sin una sola palabra más, levantó una mano y me acarició los labios.

Nunca antes nadie se había atrevido a tanto, en especial porque yo nunca daba pie a ello y porque, por desgracia, los hombres que me rodeaban se comportaban con decoro.

—Y tú, mi bella Ornela, necesitas estímulos diferentes, excitantes... No te conformas con lo evidente.

Volvió a acariciarme, a rozar mi piel, y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no gemir allí, bajo aquel templete. Me sentía del mismo modo que cuando por las noches me tocaba a mí misma pensando que mis manos eran las de un amante imaginario que por fin me hacía experimentar los placeres que solo él sabría extraer de mi cuerpo.

Di un paso atrás, asustada de mi propia reacción. Ahora que por fin se producía, no tenía muy claro cómo lidiar con ella.

Él sonrió y de nuevo sentí un cosquilleo entre las piernas. Así resultaba muy difícil mantenerse firme. Deseaba conocer su nombre, saberlo todo sobre él, y para ello debía, por el momento, aparcas las traicioneras reacciones de mi cuerpo.

—Juega usted con ventaja —repliqué.

—Lo dudo, Ornela.

Intentó volver a tocarme, pero no se lo permití. Además de injusto, pues yo mantenía las manos quietas, me desconcentraba.

—Entonces, esta conversación ha tocado a su fin.

—Eres perseverante, eso me gusta... —dijo. Luego dio un paso atrás y me hizo una reverencia de lo más exagerada, antes de añadir—: Agnus West, vizconde de Genhard, a tu entera disposición.

Por fin conocía a mi admirador secreto, porque no me cabía la más mínima duda de que él era quien durante todo ese tiempo me había observado, espiado e intrigado con sus notas anónimas.

—Encantada —murmuré, devolviéndole el gesto—. Ahora que ya hemos salvado un importante escollo, ¿podrías escoltarme de vuelta a la fiesta?

Agnus se echó a reír y negó con la cabeza.

—No, mi *querida* Ornela. El tipo de fiesta a la que yo acudo es mucho más... excitante, divertida... entretenida...

—Supongo entonces que deberé regresar sola. —Fingí desilusión por su falta de modales, pero en realidad solo deseaba continuar allí, junto a él.

—Me temo que sí. —Me cogió la mano y me besó la muñeca—. Volveremos a vernos, pero...

—Adiós —lo interrumpí. Aquello era un juego, de acuerdo, tenía unas cartas y debía jugarlas a mi favor.

Descendí los tres escalones y no miré atrás.

—La próxima vez —continuó él—, no tendremos testigos.

Caminé con tranquilidad de vuelta al redil de la sensatez, en vez de darme la vuelta y hacer una estupidez. Tenía claro que acabaría haciéndola, pero antes debía informarme. Pues algo sabía de él, pero resultaba a todas luces insuficiente.

A partir de ese momento, solo contaba los minutos que faltaban para poder marcharme a la seguridad de mi alcoba, desnudarme e intentar recrear en mi mente las mismas sensaciones que Agnus me había provocado, para así dar rienda suelta a mi imaginación.

Encontré a Charles hablando animadamente con Rosalyn y, al verme, ambos me saludaron con la mano. A ella se la veía feliz, extasiada más bien, y a él, tras su máscara de esmerada educación, se lo veía relajado.

Yo fui en busca de mi madre, para ver si con un poco de suerte podía hablar con ella a solas. Quería saber qué tal se encontraba y, de paso sonsacarle algo sobre

Agnus West, vizconde de Genhard.

La vi tranquila, relajada, sentada en una cómoda butaca de madera. Miré si Austin andaba cerca y al verlo entretenido con sus invitados, me fui directa hacia mi madre.

—¡Ornela! Ven, siéntate conmigo.

—Hola, mamá. —Me incliné para abrazarla, con cuidado de no hacerle daño.

—¿Lo estás pasando bien?

—Más o menos. Ha venido mucha gente. Está siendo todo un éxito.

—He visto a Charles con esa muchacha; ¿va todo bien entre vosotros? —Su pregunta no me sorprendió, aún albergaba esperanzas de que contrajéramos matrimonio.

—Mamá, Rosalyn es una conocida mía, comparten un interés mutuo por la jardinería —le aclaré en tono suave.

—No te fíes de las mosquitas muertas. Dios me libre de los mansos, que de los bravos me encargo yo —me advirtió en tono maternal.

Yo sonreí.

—Escucha, no debes preocuparte ahora por eso. Lo que importa eres tú y el bebé que llevas dentro.

—Espero que sea un chico... si no...

—¿Crees que te repudiará o algo peor si nace una niña?

—No, pero me puede poner las cosas muy cuesta arriba. Ornela, cuando te casas, un esposo dispone de todos los recursos para hacer y deshacer a su antojo. Contra su palabra yo nada puedo hacer. Sé que ha tomado una amante por miedo a que si me toca...

—¡No puede ser!

—Los hombres son así, querida niña. Egoístas hasta el fin. Recuérдалo.

No hacía falta que me señalase un detalle que tenía muy presente desde hacía tiempo, de ahí mi firme convicción de encontrar un marido acorde a mis necesidades, es decir, que estuviera a mi servicio y no al contrario. Charles sería, y por eso el interés de mi madre, el candidato ideal, pero yo lo quería, no era capaz de hacerle ningún daño.

Permanecimos un rato juntas, en silencio, hasta que el causante de mis hormigueos pasó por delante de nosotras. Saludó a mi madre con una refinada educación, tanto que ella le respondió con la misma cordialidad. Cuando desvió la vista hacia mí, supe que se estaba divirtiendo, y no dudó en mirarme del mismo modo que lo había hecho estando a solas.

—No te acerques a él —me dijo mi madre cuando Agnus ya no podía oírnos.

—¿Por qué? —pregunté inocentemente. Quería saberlo todo de él y esa advertencia resultaba un poderoso imán para mí.

—Es más pobre que las ratas. Ha heredado el título hace poco y sigue la estela familiar. Su padre fue un vividor y él va por el mismo camino. Es peligroso, Ornela. Va en busca de la mujer que le resuelva la vida, pero no le hace ascos a ninguna que

se cruce en su camino.

Sus palabras, lejos de desanimarme, me hicieron darme cuenta de que Agnus sería el hombre ideal para mí. Solo era cuestión de encajar todas las piezas.

Cuando por fin pude regresar a la vieja casona, tuve piedad de Charles y lo invité a cenar, con Camille presente, en nuestra casa. Se lo debía por haberlo obligado a atender a Rosalyn. Por supuesto, me moría de ganas de averiguar si se había sentido atraído por ella más allá de la cortesía de rigor.

Ahora ya sin su máscara de educación, Charles me confesó que la chica era modesta e inteligente, pero aburrida. Titubeaba en las respuestas. Se le notaba falta de confianza en sí misma y por lo tanto él había tenido que esforzarse para mantener viva la conversación.

Tras la acertada descripción de Charles, llegué a la conclusión de que solamente era cuestión de dar cuatro consejos y animar un poco más a Rosalyn.

—Creo que ya es hora de que me vaya —murmuró él.

Tras la cena, Camille, que conocía nuestra amistad, nos había dejado a solas en el saloncito y así habíamos podido disfrutar de un buen licor y de una charla amena. Incluso me obsequió con un breve pero emocionante recital de piano.

—Charles, si quieres puedo ordenar que dispongan una habitación para ti —le dije, ya que estaba a gusto en su compañía y, a pesar de ser tarde, podíamos quedarnos charlando un rato más.

—Ornela, nunca aprenderás a ser prudente, ¿me equivoco?

—Ya me conoces.

Él me sonrió, me dio el beso en la mejilla al que ya me tenía acostumbrada, y se marchó. Sin otra cosa mejor que hacer, me dispuse a acostarme. No llamé a ninguna doncella y me ocupé yo misma de desnudarme y quitarme las horquillas. Hacía una noche calurosa y abrí un poco la ventana. Me quedé allí de pie, desnuda, cepillándome el pelo y mirando la parte trasera de la propiedad, un pequeño pero bien cuidado jardín.

Me pareció ver algo, como si alguien estuviera rondando, pero no le di mayor importancia, ya que seguramente el mayordomo habría recibido a una de sus prostitutas e intentaba meterla en las dependencias del servicio de forma discreta. De haber querido, podría habérmelas apañado para observarlos, como otras tantas noches, pero en esa ocasión preferí quedarme en mi cuarto y acariciarme mientras recordaba la voz de Agnus y las advertencias de mi madre.

Oí un silbido y me extrañé. Ese no era un síntoma de discreción en absoluto. Así que presté atención para enterarme de los movimientos de mis criados. Permanecí un buen rato atenta para ver algo, pero tras unos cuantos minutos de infructuosa espera, me di por vencida y me alejé de la ventana. Al darme la vuelta, se me cayó el cepillo al suelo por la impresión.

No estaba sola en mi dormitorio.

—Buenas noches, querida, siento el retraso. Un pequeño desacuerdo entre lo que me costaría la discreción del cochero y el contenido de mi bolsa de monedas.

—¿Cómo te atreves? —Corrí en busca de algo para cubrirme y Agnus me ofreció mi propio camisón, que estaba sobre la cama.

Cuando fui a cogerlo, el muy descarado hizo una bola con él y lo tiró despreocupadamente a un rincón de la estancia.

—No necesitas adornos. La noche es calurosa y yo deseo contemplarte.

Su despliegue de arrogancia masculina me molestó y me excitó a partes iguales.

—¿A qué se debe el honor de tu visita? —pregunté, escudándome en el sarcasmo para poder superar aquello.

Él se acercó a la ventana y la cerró. Echó las cortinas y después, con paso lento, se situó frente a mí.

—Estabas esperándome, no lo niegues.

Y, sin más, bajó la cabeza y, mientras me sujetaba de la nuca, posó sus labios sobre los míos. Yo los mantuve cerrados y él me los lamió con delicadeza, al tiempo que me instaba a separarlos.

Yo no había besado nunca a ningún hombre, así que tampoco tenía muy claro cómo proceder. Cierto que durante mis observaciones del acto vi cómo las lenguas de los amantes se unían, pero yo solo conocía la teoría, nunca había utilizado el método empírico.

—Ábrelos para mí, Ornela... —jadeó y yo me dejé llevar. Literalmente.

Me rodeó con un brazo y me pegó a su cuerpo. Como si bailáramos por primera vez, me llevó a la cama, donde me sentó.

Ese breve lapsus me hizo recuperar la cordura.

—¿No pretenderás...?

—Lo pretendo todo, querida. Todo.

Para mi más completa estupefacción empezó a desnudarse delante de mis curiosos ojos. Lo deseaba, lo temía. Pero debía poner límites a todo aquello si no quería salir malparada.

—Antes tenemos que hablar de las condiciones. —Mi interrupción le hizo gracia y terminó de desnudarse antes de sentarse cómodamente en la cama, dar unas palmaditas en el colchón y decir:

—No voy a mentirte; te deseo, Ornela. Desde la primera vez que te vi, rodeada de esa corte de pasmarotes imberbes que no sabrían complacerte ni aunque les hiciera un mapa.

Me quedé mirándolo como si no me lo creyera. Su seguridad aplastante podía interpretarse como un signo más de prepotencia; no obstante, creo que en el fondo me estaba halagando. ¿El motivo? Saltaba a la vista: me deseaba y cualquier palabra que abogara en su favor no la desperdiciaría.

—Y tú me deseas a mí —concluyó sin un ápice de modestia.

Me puse cómoda en la cama, frente a él. Ya no me importaba mi desnudez; al fin y al cabo, nos encontrábamos en igualdad de condiciones.

Agnus se cruzó de brazos y, con aquella media sonrisa pícara tan típica suya, esperó a que yo hablara. Agradecí que no se mostrara impaciente, que no me tirase sobre la cama dispuesto a salirse con la suya y que al menos me diera la opción de rebatir sus argumentos.

—No voy a negar la evidencia, pero ¿me conviene tu propuesta? —pregunté—. Piénsalo bien antes de responder.

—Ornela, si no me quisieras aquí ya habrías gritado para que tu mayordomo me sacara a empujones de la casa, interrumpiendo su interludio con una puta que se ha traído. —Yo arqueé una ceja ante su alarde de conocimiento del medio, pero caí en la cuenta de que, para un hombre como él, estar bien informado era primordial—. Y si quieres que te sea sincero, sí, me pareces la mujer más excitante que he conocido en mucho tiempo. Y no, por cuestiones prácticas, no puedo ofrecerte un compromiso.

—No necesito un compromiso formal —dije, segura de mí misma.

Y no mentía. Ni lo pretendía ni lo necesitaba.

—Entonces ¿qué te impide venir hasta aquí y dejar que te toque como yo quiera? Negué con la cabeza.

—No quiero ser una más en tu larga lista de conquistas. No quiero limitarme a yacer bajo tu cuerpo y esperar a que acabes para poder dormir.

—Dime qué deseas y lo tendrás.

Sus palabras sonaban a promesa. Era mi gran oportunidad y no pensaba dejarla pasar.

—Quiero pasión. Quiero aprender, ser deseada, desear. Sentir en mi cuerpo todo lo imaginable. Sin ataduras, sin cortapisas. No busco un marido, busco un amante capaz de satisfacerme... —declaré con absoluta sinceridad. No merecía la pena jugar a la damisela tímida y andarse con rodeos.

Por su expresión deduje que no encontraría oposición.

—Querida... las ataduras pueden ser imprescindibles, llegado el caso —musitó, impregnando sus palabras de misterio.

Sé que no había utilizado el término con el mismo significado que yo y contuve un jadeo.

Lo observé. Lo observé bien, encantada de contemplar a tan poca distancia el cuerpo masculino. Tan distinto al mío...

Agnus se acercó a mí y me acarició la cara. Me recostó sobre la cama y se colocó de lado junto a mí.

—¿Podrás hacerlo? —pregunté en voz baja.

Su sonrisa fue la respuesta que obtuve y que interpreté como una promesa.

—Abre los labios... —murmuró, acercándose cada vez más.

Reconozco que me tensé. Sin duda, mi inexperiencia jugaba en mi contra, pero

con él a mi lado aquello solo podía ir a mejor.

No me hizo sufrir más.

Me besó. Con lentitud, dejando que me fuera acostumbrando a su sabor mientras sus dedos acariciaban mis pezones. Por primera vez era la mano de un hombre y no la mía la que me tocaba. Percibí la diferencia. Respiré junto a su boca, arqueé la espalda y me ofrecí por completo a sus deseos, ya que sabía que también eran los míos.

Sustituyó sus expertas manos por su boca y cuando sentí la humedad de sus labios sobre mi pezón, di un grito que él inmediatamente silenció.

—Baja la voz, querida —dijo burlón—, no hemos hecho más que empezar. ¿Qué harás cuando te penetre?

Volvió a besarme sin darme opción a réplica y poco a poco me fui amoldando a sus exigencias. Sintiendo el calor de su cuerpo sobre el mío.

Mis manos no podían estar ociosas y comencé a acariciarlo, clavándole los dedos cada vez que su boca encontraba un punto sensible, que exprimía y lamía sin el menor pudor.

Había sentido antes la excitación entre mis piernas, pero nada comparable a la de aquel instante. Me separó los muslos y empezó a darme suaves besos en la cara interna de los mismos. Permanecí quieta, con las rodillas separadas, atenta a todo cuanto Agnus quería hacerme, incapaz de negarme. Incapaz de articular palabra. Experimentando por vez primera los placeres del sexo.

—¿Eres virgen? —inquirió mientras insertaba un dedo en mi interior.

Me tensé, fue una reacción natural, y él se percató de ello.

—Espero dejar de serlo en breve —le respondí, y tragué saliva ante mi propia desfachatez.

—Me alegra oírlo —murmuró, moviendo ese dedo en el interior de mi sexo con cuidado. Dejando que mi cuerpo lo fuera aceptando.

Yo no deseaba otra cosa, pero también me sentía nerviosa ante la experiencia. Temía lo que muchas describían como un dolor que te partía en dos.

Agnus sabía lo que hacía, cada toque era seguido de un beso sobre mi piel y un gemido de mi garganta. Me mantuvo así, abierta, receptiva, jadeante, hasta que añadió un segundo dedo, que me dilató y me hizo disfrutar como nunca habría imaginado. Ni en mis más ardientes sueños pensé que pudiera ser de ese modo.

Volvió a situarse encima de mí, sin dejar de meterme los dedos, y buscó mi boca. Sentí cierto temor al recordar que hacía tan solo unos segundos había besado mi sexo; sin embargo, invadió mi boca sin ambages.

—Eres dulce, Ornela, tan dulce que quiero compartirlo contigo.

Sonreí. Su actitud cariñosa a la par que perversa le confería un aspecto mucho más adictivo a la situación. Sería fácil caer rendida a sus pies y jurarle amor eterno; no obstante, solo debía unirnos el placer mutuo. Los sentimientos no entraban en esa ecuación.

—Estás mojada, excitada... cachonda, como dirían algunos. ¿Me deseas?

Al estar él arrodillado entre mis piernas, no había tenido oportunidad de tocarlo donde más curiosidad me daba. Su miembro se frotaba con descaro contra mi muslo y metí la mano, decidida de una vez por todas a recorrer su cuerpo.

—¿Y si te digo que no?

—Demasiado tarde —susurró, mordiéndome la oreja cuando empecé a acariciarlo.

Suaves movimientos. Arriba y abajo. Agnus seguía con su cuerpo el balanceo de mi mano, encantado con mis atenciones. Yo no tenía muy claro si esa era la forma correcta, pero por los sonidos que emitía, vi que no andaba muy descaminada.

—Humedécete la palma de la mano... —sugirió en tono ronco y obedecí.

Impregné de saliva toda la superficie de mi palma y de nuevo comencé a tocarlo. Aquello mejoró considerablemente, pues con la lubricación el deslizamiento resultaba más fácil.

—¿Te gusta? —pregunté, haciendo un poco más de presión.

—No diré que no, pero aún te queda mucho que aprender, querida. Para complacer a un hombre y volverlo loco hay que hacer mucho más que manosearle la polla.

—Tú dirás entonces.

—Me temo que eso será en nuestro próximo encuentro. Hoy nos libraremos de tu condición virginal.

—De acuerdo —convine tras reflexionar unos segundos.

Quería aprender, pero no podía ponerme al día en un único encuentro. Agnus prometía ser un excelente profesor y yo una alumna aplicada.

—Bien. Una última cuestión antes de pasar a mayores... —Sacó los dedos con los que me estaba dilatando y volvió a introducirlos con más brusquedad. Me mordí el labio para no gritar y alertar a los criados. Aunque cada vez me resultaba más complicado contenerme—. ¿Cuándo menstruaste por última vez?

Parpadeé ante la pregunta. ¿Había oído bien?

De esas cuestiones, cien por cien femeninas, no se hacía partícipes a los hombres. Bueno, en general ningún asunto privado de ese calibre salía del restringido ámbito femenino. Por lo que la cuestión me dejó sin saber qué decir.

—Ornela, vamos a ser amantes, necesito conocer esa información —insistió él con tono impaciente, mientras continuaba jugando entre mis piernas.

—Es algo que... bueno, privado, ¿no crees?

—Si te sirve de consuelo, no pondré un anuncio en el periódico. Pero mi curiosidad no es en vano. Supongo que tu intención no es darme un heredero antes de tiempo, ¿verdad?

Me aclaré la garganta. Por mucho que me avergonzase hablar de ese asunto, Agnus tenía razón.

—La semana pasada —murmuré.

Me sonrió, me besó y, recostado a mi lado, continuó mi preparación.

—Entonces no me correré dentro de ti —dijo finalmente, al colocarse encima.

Sentí la punta de su erección presionando sobre mi sexo. Iba a suceder. Quería que sucediese. Hasta el momento, todo había sido placentero y aquello solo podía ir a mejor.

Agnus tanteó. Frotó la cabeza de su miembro, impregnándose de mi humedad.

Me miró a los ojos antes de decirme:

—No puedo garantizarte nada. No sé si te dolerá. Cada mujer es distinta, pero en teoría no deberías sufrir. Te he preparado con los dedos, estás lubricada y tu cuerpo puede aceptarme sin problemas.

A esto último no podía decir nada en absoluto, aunque el tamaño de su polla, como él la había llamado, me había impresionado.

—Hazlo —gemí, levantando las caderas.

—Agárrate a mí. Clávame las uñas si así lo deseas. Y mírame, Ornela, mírame —jadeó, tan excitado como yo.

Sin parpadear, sentí cómo de un empujón entraba hasta el fondo. Mi cuerpo lo aceptó. No noté dolor, pero sí una sensación desconocida. Respiré. Me humedecí los labios y no aparté la mirada de Agnus ni un solo segundo.

—Es... —jadeé en busca de aire.

Él comenzó a moverse sobre mí. Entrando y saliendo de mi cuerpo. Creando una fricción indescriptible. Cada vez me costaba más esfuerzo mantener los ojos abiertos. Aferrada a sus antebrazos, solo podía dar gracias por aquello.

—Increíble. Sentir cómo su precioso coño me aprieta, me calienta... Es para volverse loco —apostilló él, mientras utilizaba términos vulgares, de esos que yo tenía entendido que solo las rameras usaban.

Pero lejos de sentirme ofendida, descubrí que en el fondo me excitaba ese vocabulario. El componente vulgar, casi sucio, prohibido, de todo aquello nos iba como anillo al dedo, pues nuestro primer encuentro, y los que a buen seguro le seguirían, irían por el mismo camino.

Agnus iba aumentando la velocidad. Su pelvis y la mía chocaban de forma constante. Él giraba las caderas y yo arqueaba las mías, saliendo al paso de cada una de sus embestidas.

Se nos fue de las manos. Agnus imprimió un ritmo violento, desesperado, forzándome a seguirlo, mientras nuestros cuerpos unidos, sudorosos, calientes y anhelantes se movían al compás. Desconocía el nombre de lo que se estaba forjando en mi interior, pero se acercaba cada vez más a un estado al que nunca había llegado, al que él me arrastraba y al que yo, encantada, me dejé llevar.

Grité y mis gritos fueron rápidamente silenciados por la boca de mi primer amante. Me acalló con un beso profundo, que me robó el aliento. Sentí con desilusión que salía de mí para ponerse de rodillas y agarrar su miembro antes de derramarse sobre mi vientre.

Estiré piernas y brazos y sonreí. Agnus se recostó encima de mí y me abrazó.

—¿Sabes? Una de las primeras normas de los amantes es no dormir juntos... —murmuró, acariciándome la cara con expresión risueña—. Para evitar complicaciones.

—No te preocupes —respondí en voz baja, sin dejar de sonreír—, no esperaba menos de ti. Eres un profesional.

Él se rio.

—Gracias. Pero en este caso voy a hacer una excepción, ya que es tarde, estoy cansado y puedo acogerme a un supuesto muy muy especial.

Arqueé la ceja ante su forma de decirme las cosas, como si me estuviera hablando del tiempo. Yo lo agradecía, qué duda cabe.

—¿Ah, sí? Me parece que voy a tener que redactar un contrato y apuntarme todas esas reglas —bromeé divertida.

—Primero tengo que asegurarme de que estás bien... ¿Molestias? —Negué con la cabeza—. Excelente. También debo ocuparme de esto. —Señaló mi estómago pringoso—. Llamémoslo efecto secundario...

Me eché a reír y me tapé la boca para que mis carcajadas no alertaran a los criados.

—¡Deja de decir tonterías!

—Ornela, no te rías. Bien, sigamos.

Puse cara de alumna aplicada, esforzándome para no reír, aunque por su tono guasón resultaba complicado.

—Eres, eras virgen y, por tanto, no estás al corriente de que los amantes, en el poco rato de que disponen en cada encuentro, aprovechan al máximo y no follan una sola vez, no al menos si él hombre se precia de serlo.

—¿Vamos a repetir? —pregunté, entusiasmada con la idea.

—Hoy no. —Me besó y me supo a disculpa—. Hoy ya has tenido bastante para ser el primer día. Ahora te limpiaré, nos acostaremos y me iré al amanecer.

—De acuerdo —musité con una sonrisa de oreja a oreja.

No sé si fue un sueño, pero cuando despuntaba el día noté una suave caricia sobre mis labios. Me moví en la cama y oí algo parecido a: «Ornela, eres única», pero mi agotamiento y somnolencia no me ayudaron precisamente a discernir lo real de lo imaginario.

Tan pronto como me desperté, no pude hacer otra cosa que estirarme en la cama y sonreír. Y a buen seguro, aquella sonrisa me duraría toda la jornada. Moví un brazo y comprobé que Agnus había seguido a rajatabla una de sus estrambóticas normas sobre los amantes.

No podía ponerlas en duda, porque al fin y al cabo yo era una recién llegada, pero dudaba que entre compañeros de cama hicieran falta tales consideraciones.

A pesar de mis deseos de no levantarme en todo el santo día y recrearme en lo sucedido, terminé haciéndolo. Había dormido desnuda, sintiendo el tacto de las sábanas sobre mi piel, y ahora me costaba cubrirme. Me acerqué hasta el espejo de pie y me observé con detenimiento. Quería ver si algo en mí había cambiado, si existía alguna diferencia. Me miré por delante, por detrás, y no, nada delataba mi cambio interior.

Con las manos en las caderas, sonreí a mi reflejo y me di cuenta entonces de un pequeño detalle... Sí, mi piel reflejaba un cambio. Me volví y vi una marca junto a mi pezón izquierdo. Justo en el lado del corazón. Agnus y sus dientes se habían encargado de firmar su obra.

«Bueno —pensé—, al menos de esa manera no dudaré de si fue real». Porque lo que sentí, lo que gocé, lo que experimenté era demasiado bueno como para haber sido solo un sueño.

Ese día no tenía ningún compromiso. La gente pudiente abandonaba Londres y se refugiaba en sus casas de campo hasta el final del verano, así que tenía por delante unos cuantos días tediosos. Solo esperaba que las noches me fueran más propicias.

No habíamos fijado una nueva cita; sin embargo, eso no me preocupaba, ya que las palabras de Agnus dejaron bien claro que pronto volveríamos a vernos.

Antes de salir de mi alcoba, comprobé que en mis sábanas no hubiese rastros delatores, como por ejemplo manchas de mi sangre virginal. Me sorprendió, pues esperaba encontrar algo de eso, pero no le di mayor importancia.

Mientras desayunaba, recibí un mensaje de Charles comentándome que estaría un mes fuera debido a unos compromisos familiares. También me decía que nada le gustaría más que pasar el verano conmigo, pero que había recibido instrucciones muy concretas de su padre, por lo que eso quedaba descartado.

—Ornela, parece que estés en otra parte —murmuró Camille, mientras cambiaba las flores del jarrón.

No teníamos recursos, ni un jardín neoclásico, ni un paisajista encargado de su mantenimiento, pero al menos nos abastecía de flores para decorar la casa y darle un

aire más alegre, que falta le hacía.

Me hice la tonta y me encogí de hombros al tiempo que me terminaba el desayuno.

Camille no insistió. Siguiendo con su estilo parco en palabras, me miró y se mordió la lengua. Yo la conocía bien, no en vano era como una segunda madre para mí, pues me había cuidado desde que nació. Pero no podía confiarle el motivo de mi alegría. Ni a ella, ni de momento a nadie.

Si se me ocurría comentarlo con Charles, este pondría el grito en el cielo ante mi osadía y además se sentiría decepcionado, puesto que él, no era ningún secreto, deseaba que entre nosotros hubiera algo más que una sólida amistad.

Decidí pues guardar el secreto como mi más preciado tesoro, ya que si todo salía según mis planes, nadie averiguaría jamás lo ocurrido.

Confiaba, por supuesto, en que se repitiera, y para ello solo debía esperar a que mi amante diera el siguiente paso...

Tardó más de una semana en suceder. A pesar de que había finalizado la temporada, tuve que acudir a una velada de poesía. *A priori* se me antojaba aburrida, pero sabía que Agnus asistiría, ya que él mismo, mediante sus crípticas notas, me lo había hecho saber.

Desconocía los planes que se llevaba entre manos, pero ese detalle carecía de importancia. También dudaba de que tuviéramos cualquier tipo de contacto allí, rodeados de personas, la mayoría desconocidas, sentados por orden de importancia y escuchando al poeta de turno declamar sus versos hasta oír los aplausos finales.

Para ese tipo de actos, nada mejor que un recatado atuendo, a pesar de que iba a ser observada, ya que no era muy frecuente acudir sola a esos eventos.

Yo no tenía la experiencia de Agnus, pero la intuición me ayudaba, así que ser precavida en estos asuntos podía considerarse una regla no escrita.

Por mi posición y sin el respaldo de Charles, ocuparía las últimas filas, lo que resultaba de lo más alentador.

Cuando llegué, encontré en la sala donde tendría lugar la velada a todos los asistentes ocupando ya sus asientos y solo unos pocos conversaban. Me importaba bien poco quiénes asistían, pero me mantuve en silencio hasta que me indicaron cuál era mi silla. Desde allí no tenía buenas vistas del poeta, pero esa era la menor de mis inquietudes. Con disimulo, examiné a todos los presentes para localizar a Agnus. No hubo suerte, y cuando el bardo comenzó su recital, me resigné a soportarlo.

Al estar en la última fila y junto al pasillo, podía retirarme sin que prácticamente se notase mi huida; sin embargo, opté por disimular los bostezos y al menos otorgarle unos minutos de cortesía a la velada, antes de alegar que tenía jaqueca y regresar a mi casa para dormir desnuda y sola entre mis sábanas.

Mientras me comportaba como una atenta oyente, continué mi repaso visual por si se me había despistado algún asistente, pero el resultado fue el mismo: Agnus no estaba allí.

Vi cómo algunos de los caballeros se tapaban la boca para disimular un bostezo, lo cual no me sorprendía. Lo sentía por ellos, que no podrían alegar dolor de cabeza y marcharse.

Cuando el público aplaudió al poeta al final de su primera lectura, aproveché para escabullirme sin llamar la atención.

Una vez fuera del salón, le pedí amablemente a uno de los lacayos que me consiguiera un transporte para regresar a mi casa. Los anfitriones tuvieron a bien poner a mi disposición un coche cerrado, ahorrándome así llamar a uno.

—Señorita, si lo desea, mientras enganchan el carruaje puede tomar un refrigerio en la sala —me indicó una doncella, señalándome la estancia.

—Gracias —murmuré y hacia allí me dirigí.

Entré y me acerqué a la mesa para echar un vistazo. La verdad era que todo tenía una pinta estupenda, pero yo no quería atiborrarme de comida. Más tarde, ya a buen recaudo en mi casa, tomaría cualquier cosa. Odiaba comer en público y que algún desastre pudiera ocurrir, como que me cayera una mancha, o, lo que sería peor: que tuviera una digestión difícil.

—Has tardado más de la cuenta.

Me di la vuelta rápidamente al oír esa voz burlona y allí estaba Agnus. Apoyado junto a la puerta. Vestido de forma impecable, me miraba como si yo también formara parte de las viandas.

Una vez recuperada de la impresión y dominando mi entusiasmo, pude responderle mientras intentaba estar a la altura de su ingenio:

—Lo mismo puedo decir de ti.

Sonrió. Miró hacia fuera y cerró la puerta sin echar el pestillo, antes de acercarse a mí, rodearme la cintura y pegarme a su cuerpo.

—Escucha, tenemos apenas unos minutos antes de que alguien nos interrumpa. No pueden encontrarnos aquí solos...

—Lo sé.

Por supuesto que no podía darse tal circunstancia, ya que eso desembocaría de inmediato en un compromiso forzado que ninguno de los dos deseábamos.

—Sube a ese carruaje y no te asustes, pues el cochero tiene instrucciones de llevarte a mi mansión. Pero, y aquí viene la parte más difícil, ¿puedes enviar una nota a tu casa explicando que vas a pasar la noche fuera?

Iba a decir que lo intentaría, cuando él me besó. Sin advertencia previa. Avasallándome con la misma pasión y desenfreno que yo me moría por demostrar desde la noche que habíamos pasado juntos.

—¿Podrás, Ornela? —jadeó junto a mi oído, mordisqueándome la oreja.

—Sí —aseveré, sin medir las consecuencias.

Se apartó de mí con renuencia y volvió a abrir la puerta para desaparecer sin decirme ni siquiera adiós.

Tal como había pronosticado, un lacayo se presentó apenas treinta segundos

después. Le pedí que por favor me facilitara papel y pluma, garabateé unas líneas antes de doblar la hoja y solicitarle que llevaran la misiva a mi residencia. Su expresión no cambió al recoger el encargo. Se limitó a anunciarme que mi transporte estaba listo. Me escoltó hasta el mismo y yo, una vez sentada, me mordí el labio. Nerviosa, excitada y ansiosa por que el carruaje me llevara a mi destino. A Agnus.

No tenía la menor idea de en qué clase de mansión vivía, pues si como todos decían estaba arruinado, podía ser un lugar desolador. Sin embargo, no le di importancia a ese detalle, ya que solo quería estar con él, avanzar en mi tarea de aprenderlo todo sobre el placer y pasar una noche más entre sus brazos para luego volver, sin ataduras, a mi vida.

Cuando me apeé del coche, me esperaba un sirviente que ni siquiera me miró a los ojos. Se limitó a guiarme hasta la alcoba de su señor. «Bueno —me dije—, un sirviente discreto y obediente es lo que en estos casos debemos considerar imprescindible».

Nada más poner un pie en la estancia, me vi rodeada por unos brazos fuertes, un cuerpo caliente y un más que evidente deseo de devorarme por completo.

—Ornela... —jadeó Agnus, apretándose contra mi trasero.

Frené un poco sus avances, no porque me parecieran incorrectos, sino porque yo prefería otro tipo de encuentro.

—Tienes muchas cosas que explicarme —dije mientras me separaba, para volverme y mirarlo a la cara.

Saltaba a la vista que me esperaba. Ya solo llevaba el pantalón y la camisa abierta. Olía tan bien... Le pasé una mano por la mejilla y le sonreí con picardía.

—Espero que tu afición por la poesía no haya apagado tu pasión por desnudarte.

—Si te soy sincera, no recuerdo ni un solo verso —confesé—. Olvidémonos de eso. Ahora necesito que sigas explicándome las reglas de los amantes.

Agnus se echó a reír.

—Te noto impaciente.

—Hace una semana que no te veo.

—Querida Ornela, la prudencia, aunque pueda parecer lo contrario, es fundamental.

—Por supuesto —convine y me acerqué a la enorme cama.

Estiré el brazo y acaricié la madera tallada como si fuera el cuerpo de mi amante. Después empecé a desnudarme, sin esperar a que Agnus me lo pidiera. Una vez sin nada de ropa encima, me senté en la cama y le hice un gesto para que siguiera mis pasos.

—Y, cómo no, la paciencia. Así que... —Se quitó la camisa y a mí se me hizo la boca agua—. Hoy nos divertiremos aprendiendo a disfrutar de nuestros cuerpos... despacio... dejando que nuestra excitación vaya poco a poco... explorando cada punto...

—Me parece perfecto.

Me puse cómoda en la cama y adopté una pose sugerente a la espera de recibir una nueva lección.

Él no alargó la espera. Enseguida lo tuve junto a mí en la cama. Nos recostamos y empezó a besarme en la boca. Pero sus manos permanecían pasivas. Lo sentía a mi lado, su calor corporal que me encendía, y tomé la iniciativa.

—Espacio —sugirió cuando agarré su erección y, siguiendo las instrucciones que me había dado en nuestro primer encuentro, me humedecí la palma y procedí a acariciarlo. Agnus colocó una mano sobre la mía y marcó el ritmo. Se quedó tumbado, y dejó que jugara con él.

—Esto es algo que no deja de sorprenderme —comenté distraída, sin detenerme.

—En algún momento tendrás que sustituir la mano por la boca.

Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿La boca?

—Eso he dicho. Tus labios rodeando mi polla... No he pensado en otra cosa desde que te vi la primera vez.

Me acarició los labios, me los separó con un dedo, para introducirlo después en mi boca y jugar a meterlo y sacarlo. De esa forma tenía un adelanto, un sucedáneo, de que lo que realmente quería.

Gemí con fuerza. Ahora que podía, no iba a contenerme. A pesar de que todavía no me había tocado donde yo más lo necesitaba, mi excitación me empujaba a hacerlo.

Lamí sus dedos uno por uno, disfrutando de aquel sencillo acto cargado de erotismo, que me calentó y me hizo acatar sus sugerencias de inmediato.

—Eres una excelente alumna —murmuró besándome y movió una mano con rapidez para colocarla entre mis piernas y penetrarme con un dedo.

Arqueé las caderas encantada y gemí contra su boca.

—¿Vas a hacerme sufrir? —susurré, cerrando los ojos para disfrutar con mayor intensidad cada una de sus caricias.

—Por supuesto —confirmó con su tono más canalla, mientras se desplazaba hacia abajo y situaba la cabeza entre mis muslos.

—Entonces, hazlo bien —suspiré, y le facilité el acceso.

—Hoy aprenderemos a utilizar nuestras bocas para algo más. Como intuyo que nadie hasta la fecha te ha ofrecido una demostración práctica, seré yo el primero en mostrarte las bondades de una lengua aplicada. Presta atención, Ornela... —La última frase la pronunció con su característico aire pícaro que tanto me atraía.

Abrí los ojos y capté una sonrisa perversa antes de que bajara la cabeza y yo sintiera la primera pasada de su lengua sobre mi sexo. Aunque me la hubiesen descrito los mejores novelistas, jamás se habrían acercado a la verdadera sensación, que me llevó casi al borde del placer.

Repitió, recorriendo cada uno de mis pliegues, y cuando añadió los dedos, pensé que no aguantaría ni medio minuto. Sin embargo, se las apañó para tenerme en un

constante ciclo de ascenso y descenso.

—Agnus... —suspiré, enredando los dedos en su cabello y tirando de él sin demasiada delicadeza. Una forma de sentir algo tangible, ya que su boca me volvía loca.

—Deberías ver esto. Tu clítoris hinchado... —musitó, mientras succionaba ese punto de nuevo.

Yo desconocía los términos exactos y me prometí ponerme al día. Con la ayuda de mi amante, claro está, que a buen seguro me aleccionaría sin problemas.

—Sigue...

—Ornela... Tan caliente, tan dilatada...

Sus palabras, combinadas con sus acciones, resultaban un potente afrodisíaco. Escuchar la descripción de los actos al mismo tiempo que se producían, incrementaba considerablemente mi grado de excitación, ya de por sí elevado.

—Oh, Dios... —gemí desesperada, preguntándome una y otra vez si aquello tan sublime que sentía era real o de nuevo mi mente creaba falsas sensaciones.

—Siente, querida. Disfruta de esto. Deja que mi lengua te lleve al orgasmo. Saborear tu coño es todo un placer. Córrete en mi boca... Vamos, Ornela, dámelo...

¿Quién podía negárselo?

Descontrolada y entregada por completo me restregué sin contemplaciones contra su boca hasta que alcancé el clímax. Intenso, desgarrador, irrepitible...

Me quedé quieta, recostada, incapaz de mover un dedo, mientras Agnus prodigaba suaves besos alrededor de mi sexo. Evitaba justo el centro, ahora tan sensibilizado tras el roce de su lengua.

—Creo... —me aclaré la garganta— que estaré en deuda contigo eternamente. — Al final suspiré, incorporándome sobre los codos para mirarlo.

Despeinado, canalla y provocador hasta el fin de los días. Así era Agnus.

—No hace falta hipotecarse de por vida, querida. En cuanto estés dispuesta, me devuelves el favor. Esta noche, tus labios y muchas más partes de tu pecaminoso cuerpo me pertenecen.

Si no tuviera claro lo que nos unía, podría terminar amando a un hombre como él. Sabía manejar como nadie el lenguaje y utilizarlo a su conveniencia. Su última frase podía malinterpretarse y hacerme creer que de verdad sentía algo por mí más allá del deseo que ambos compartíamos. El sentimiento de posesión, tan característico del romanticismo, pero tan peligroso entre los amantes, no era bienvenido, por lo que bajo ningún concepto debía hacer acto de presencia.

Saqué la lengua con timidez y me recorrí el labio superior, humedeciéndomelo. Sin palabras, le daba a entender que, tal como me había pedido, estaba más que dispuesta a complacerlo.

—Dime cómo debo hacerlo —murmuré sugerente.

Acumular experiencia era una de mis motivaciones, a la par que disfrutar, obviamente, pero para ello nada mejor que dejarse guiar en los comienzos.

Agnus gateó sobre mi cuerpo y buscó mis labios. Me besó trayendo a mi boca mi propio sabor, mientras sentía su erección entre mis piernas. Tuve un ramalazo de egoísmo y me froté contra él pensando que ambos quedaríamos satisfechos si me penetraba.

—No, querida. A pesar de tu estimable ofrecimiento, el cual agradezco, no podemos arriesgarnos, y además tu formación exige que sea inflexible. Quiero sentir tu boca sobre mi polla. Que me succiones hasta el final.

—De acuerdo —accedí.

Se recostó en la cama y se agarró el pene con una mano, mientras yo cambiaba de postura, arrodillándome ante él. La melena me acariciaba los pezones y, a medida que me situaba entre sus piernas, me di cuenta de que a él no le desagradaría sentir su tacto sobre su piel. Siempre había considerado un engorro el tiempo que dedicaba a cuidar mi cabellera para que luciera brillante, pero ahora empezaba a recoger los frutos.

Rodeé su polla con mi pelo y me entretuve masturbándolo de esa curiosa manera unos minutos.

—Quiero tu boca —exigió, y entonces enredó la mano en uno de mis mechones y tiró de él.

Me hizo daño y más aún cuando, aprovechando su agarre, me acercó hasta su boca para besarme. El dolor pasó a un segundo plano de inmediato, pues la presión que ejercía al mismo tiempo que me metía la lengua en la boca, combinaban a la perfección, de tal forma que la humedad entre mis piernas aumentó.

—Faltaría más —musité, y me agaché para acercar mis labios a su miembro.

No lo dudé, no sentí repulsión, solo un pequeño temor de no hacerlo bien. Me excitaba la sola idea de tener así a un hombre; acogerlo en mi boca y darle placer de ese modo aumentaba mi calor corporal y no perdí más el tiempo.

—Ornela... maldita sea... qué boca, querida...

Sonreí sin apartarme y continué mi aprendizaje. No tenía claro si debía introducirme su miembro hasta el fondo, así que me limité a chuparlo hasta donde me sentía cómoda.

Agnus, aún con la mano en mi pelo, me daba pequeños tirones a modo de incentivo, a la par que arqueaba las caderas.

Yo me atraganté y sentí arcadas.

—Tranquila —murmuró—, es cuestión de práctica. Succiona con más fuerza el glande. —Al ver mi cara, aclaró—: La punta. En otra ocasión te encargarás de los testículos.

Obedecí y, como si estuviera disfrutando de una fruta sabrosa, tal como me indicaba Agnus, atrapé solo la punta, ejerciendo presión con los labios.

Él reaccionó de inmediato y percibí su lucha interna para controlarse y no embestir en mi boca como un poseso. Sus gruñidos y jadeos desacompañados aumentaron de intensidad, así como sus palabras obscenas. Yo disfrutaba tanto o más

que él en esa postura en apariencia tan servil, pero al mismo tiempo tan dominante, pues estaba en mis manos. La parte más sensible de su cuerpo quedaba a mi merced.

—Estoy a punto, Ornela... —gimió, intensificando los tirones de mi pelo.

Yo deseaba conducirlo al mismo estado al que él me había transportado. Empleé para ello las manos y le acaricié la base del pene mientras mi boca continuaba lamiéndolo.

Sentí que algo se movía debajo de mi cuerpo y de repente percibí el roce de su muslo entre mis piernas, que buscaba mi sexo, hasta que comenzó a presionar, procurándome una inesperada caricia que me hizo gemir sobre su polla con más ahínco.

Friccionó mi parte más necesitada y sensible, y me desestabilizó, pero no me importó, pues cogí el ritmo con rapidez, ya que era yo misma quien lo mantenía entre mis muslos sin dejar de lamerlo como me había pedido.

Se restregó sin piedad y, al mismo tiempo que él gritaba, inundándome la boca con su semen, yo jadeé al sentir otro orgasmo, tan inesperado como placentero.

—¿Vamos a dormir juntos? —le pregunté cuando me acosté a su lado, una vez recuperada.

Agnus estiró el brazo y permitió que me acurrucara junto a él.

La noche era calurosa, pero se estaba muy bien así.

—Debes aprender lo que un buen amante es capaz de hacer a primera hora de la mañana.

Nuestros encuentros se hicieron cada vez más frecuentes y, todo hay que decirlo, arriesgados. Por alguna extraña razón, no teníamos suficiente el uno del otro. Tarde o temprano podían acabar descubriéndonos, lo que supondría un gran escándalo. Además, en el caso de Agnus se verían truncados sus planes de cazar una rica heredera y en el mío, de elegir un marido rico y maleable.

Sin embargo, en cada ocasión que nos encontrábamos parecía que llevásemos un millón de años sin tocarnos. Algunas veces ni siquiera llegábamos a desnudarnos del todo. Simplemente me levantaba el vestido, rasgaba mis calzones y, bajándose lo imprescindible los pantalones, me estampaba contra la pared para penetrarme con furia. Puede que aquello no tuviera nada de erótico, pues prescindíamos de los preliminares, de la provocación, solo follábamos de una forma casi animal. Eso sí, admiraba su control, porque siempre se preocupaba de no eyacular dentro de mí, cumpliendo así su promesa de no dejarme embarazada.

No negaré que a mí, con el ímpetu, las prisas y la excitación, ese detalle de vital importancia para mi futuro y el suyo se me pasaba por alto. De hecho, los días en los que según Agnus no existía peligro, gozábamos mucho más cuando él alcanzaba el clímax sin retirarse.

—Ni te imaginas lo delicioso que es tu coño, querida, lo bien que me acoge y lo mucho que me gusta dejar ahí mi marca —me decía, adoptando cierto aire poético para adornar la vulgaridad de sus palabras. Cosa que, por cierto, no me molestaba lo más mínimo.

Su franqueza siempre me había parecido una de sus principales virtudes.

Nos quedábamos un buen rato unidos, incluso repetíamos sin siquiera hacer una pausa. Notar cómo se relajaba en mi interior para luego volver a empalmarse me producía una sensación curiosa a la par que excitante y, por supuesto, reveladora, pues mi cuerpo lo acogía gustoso y se mostraba reacio a perderlo.

Con Agnus todo eso del sexo fue tomando una nueva dimensión. Con él resultaba extremadamente sencillo hablar de lo que *a priori* se nos ocultaba a las mujeres. Él, en cambio, era un firme partidario de que, junto a la costura, el piano y la etiqueta, se nos impartieran clases de cómo complacer a un hombre, pues eran muchos los que palidecían en el tálamo conyugal al tener que cumplir sus obligaciones. Según mi amante, y debía confiar en su palabra, había muchas ocasiones en las que excitarse ante una mujer suponía un gran esfuerzo y nunca venía mal un estímulo.

—Resultaba obvio lo que contigo nunca pasaría tal penalidad —aseveró él, riéndose—; me refería, como habrás deducido por ti misma, a las menos agraciadas.

—¿Nunca te has acostado con una fea?

Agnus reflexionó acerca de mi pregunta y, tras meditarlo con detenimiento, me contestó:

—Cuando has bebido más de la cuenta, no le haces ascos a nada. Sí, he follado

con feas.

—¿Y no son todas las mujeres iguales?

—La teoría de que solo buscamos un agujero, en mi caso hace mucho tiempo que dejó de ser cierta. No quiero meterla en caliente y punto, quiero esto... —señaló mi cabeza—, esto... —señaló mi corazón— y, por supuesto, esto. —Me insertó un dedo en la vagina, dándome una valiosa lección.

—Pues no entiendo por qué se nos educa para ser unos simples floreros.

—Por miedo, Ornela, por miedo.

—¿A qué? —pregunté, mientras jadeaba a causa de sus lecciones prácticas.

—Miedo a que cambie el equilibrio de poderes. A que una mujer sea capaz de destacar. A que numerosos inútiles se queden sin respaldo social. A eso, Ornela, a eso tienen miedo muchos hombres.

—¿Y tú... no?

—Ninguno. Nada es más reconfortante que tener a tu lado a una mujer capaz de satisfacerte tanto física como intelectualmente. Y tú, querida, eres una de ellas.

Me tumbó en la cama y procedió a follarme de esa forma brusca, animal y desesperada que me dejaba con una sonrisa en los labios y agotada.

En otras ocasiones en las que nos mostrábamos más serenos, o bien tras un interludio apasionado, nos quedábamos relajados, desnudos, conversando, Agnus se empeñaba en ciertos aspectos que yo no consideraba necesarios, teniendo en cuenta mi situación actual.

¿Para qué iba a ocuparme de mi propio placer si contaba con él como compañero de cama? Agnus no opinaba de ese modo y me explicó que si yo no era capaz de satisfacerme a mí misma, para lo que tendría que conocer al dedillo mi cuerpo, ¿cómo iba hacerle saber a un amante si iba por el buen camino?

Su lógica resultó aplastante. Estudié mi propio cuerpo, llamando a las cosas por su nombre y aprendiendo a darme placer a mí misma, mientras mejoraba ostensiblemente la calidad de mis orgasmos, tanto en solitario como acompañada; si le indicaba cómo se desarrollaban los hechos, Agnus podía variar o continuar, adaptándose perfectamente a las circunstancias. De ese modo lográbamos compenetrarnos casi al cien por cien.

Lástima que en el aspecto sentimental no pudiéramos hablar con la misma sinceridad.

—Eres la mujer más sensual del mundo...

Yo continuaba jadeando, mientras mis propias manos me conducían al clímax bajo la atenta mirada de mi instructor.

—Tócame —rogaba desesperada.

Yo podía haber aprendido a acariciarme, pero nada era comparable a sus manos. Verlo allí, sin quitarme ojo al tiempo que se masturbaba frente a mí, me provocaba y me tentaba a abandonar mi cuerpo para ir en busca del suyo, y que aquello acabara de una forma más tradicional.

No obstante, Agnus se empeñaba en hacer cuantas variaciones fueran precisas para que no cayésemos en la desgana. Según sus propias palabras, nada adormecía más la pasión que la rutina. Lo que en un principio resultaba excitante, ilícito y novedoso podría volverse en nuestra contra cuando empezáramos a dejar de sorprendernos.

—Voy a correrme... sobre ti... —gruñó un día.

Yo no había oído nunca antes nada tan erótico. Sujetaba su erección dentro del puño. El glande desaparecía y aparecía, causando un efecto devastador en mi libido.

—Hazlo —casi supliqué.

Mis dedos entraban y salían de mi sexo. Sentía el calor de forma muy diferente y toda la escena me volvía loca.

Agnus fue el primero en explotar y su cara, al derramarse sobre mi vientre, me vino a confirmar que como amante iba a ser muy difícil de superar.

Con él jadeando, culminé yo también. Cerré las piernas y sentí cómo alcanzaba el clímax. Una lección que pondría en práctica muchas noches en las que el sueño me fuera esquivo.

Después, como siempre, terminamos abrazados. Riéndonos, comentando lo que habíamos sentido. Divagando... Hablando de mil cosas, incluso haciéndonos confidencias.

Agnus me contó la verdadera historia de su familia, el motivo real por el que estaban en la ruina. Me admitió que hasta no hacía mucho él se había comportado como el típico aristócrata despreocupado. Mujeriego, jugador e irresponsable. Solo hacía menos de un año, al morir su padre y heredar el título de vizconde de Genhard, tomó conciencia de lo que un título conllevaba. Ahora, a sus veintisiete años se había topado de golpe con un montón de problemas derivados tanto de su mala cabeza como de la de su progenitor. De ahí que su única salvación pasara por un matrimonio ventajoso, económicamente hablando, ya que las cuestiones como el amor, la belleza o la pasión quedaban en un plano secundario.

—Supongo que ambos buscamos lo mismo por razones diferentes, pero al fin y al cabo podemos decir que estamos en el mismo barco.

—Pero tú, mi hermosa Ornela... —me acarició con ternura en la mejilla—... juegas con ventaja.

—¿Tú crees? —pregunté, mezcla de curiosidad y, por qué negarlo, coquetería femenina.

—Yo mismo me casaría mañana mismo contigo.

Sentí una especie de inquietud al escucharlo. El peligro de acabar enamorándonos se acentuaba en cada encuentro y no quería tener que cortar por lo sano antes de tiempo. Buscarme otro amante me daba muchísima pereza.

—Pero si bien tendría a mi lado a una mujer excepcional —continuó él—, bella e inteligente, seríamos pobres como ratas y al cabo de un año, si no antes, terminaríamos odiándonos. El amor y toda esa palabrería no dan de comer ni paga

rentas, Ornela. Recuérdalo bien.

No dije nada. Suscribía lo que había dicho al cien por cien.

El verano llegó a su fin. Fueron pasando los días y, cuando quise darme cuenta, estábamos en plenas Navidades. Dos días antes de Nochebuena fui a visitar a mi madre. La encontré acostada, sufriendo el último mes de embarazo en silencio. Según me confesó, no se parecía en nada al primero. Ella lo achacaba a su edad y eso me hizo reflexionar.

Si bien era cierto que la maternidad no entraba en mis planes a corto plazo, tampoco podía posponerse indefinidamente, ya que no era nada agradable ver las penurias físicas por las que una mujer debía pasar cuando se encontraba encinta.

—Ornela, cariño... Te veo estupenda —dijo ella con afecto, forzando un poco la sonrisa. Tenía ojeras y sus movimientos se asemejaban a los de una anciana.

—No te levantes, yo te traeré lo que necesites.

—Tranquila, me viene bien moverme un poco.

Juntas nos dirigimos al saloncito, con la idea de tomar un té mientras charlábamos. Por suerte, mi padrastro estaba de viaje y no molestaría.

—Ya falta poco —murmuré para animarla.

—No veo el momento... —suspiró.

—¿Te trata bien? —pregunté, refiriéndome a su esposo.

—Los hombres, cariño, en estos casos se mantienen alejados. Como se dice vulgarmente, que quieras comer un filete, no significa que debas conocer a la vaca.

Parpadeé ante la franqueza de sus palabras.

—No sabría decirte.

—Para ellos solo cuenta el resultado. Si es varón tirará la casa por la ventana, me hará estupendos regalos y proclamará a los cuatro vientos lo buena esposa que soy. Eso en caso de que sobreviva, ya que, de no ser así, tendré que conformarme con la tumba más ostentosa.

—Mamá, no digas eso.

—Hay que ser realista, cielo. En caso de que nazca una niña, fingiré alegría ante sus amistades, pero la relegaré a un segundo plano. Y a mí me quedarán por delante años de silencio. Por eso es muy importante que estés atenta, Ornela. Si tienes una hermana y yo no sobrevivo, por favor, ocúpate tú de ella.

Me lo pedía con tal devoción que asentí, casi llorando ante la que se me avecinaba.

—De todas formas tienes al mejor cirujano, no tiene por qué ocurrir nada —repetí con insistencia, confiando en que fuera de ese modo.

Mi madre aún era joven, no se merecía un final así. Además, una de mis mayores ilusiones era que, una vez yo consiguiera mis objetivos, poder tenerla a mi lado y separarla de ese malnacido.

—Dios te oiga —susurró ella y, teniendo en cuenta que Dios nos había abandonado hacía mucho a nuestra suerte, era toda una revelación que mi madre lo

mencionara.

Aunque no me apetecía en absoluto, tuve que acudir a las consabidas cenas y comidas navideñas. No podía defraudar a mi madre y por eso tenía que morderme la lengua cada vez que Austin sonreía complacido ante su próxima paternidad. Alardear de un hecho que le podía costar la vida a una mujer, previo abuso de ella, sencillamente me parecía nauseabundo. Nada me hubiera gustado más que poder decir en voz alta, ante sus encorsetadas amistades, la clase de persona que realmente era y cómo mi madre se había tenido que someter a sus caprichos con el fin de frenar sus retorcidas ideas.

Por suerte, tenía a Charles a mi lado, aportándome la serenidad y el buen juicio que necesitaba para no cometer una estupidez. Esa parte de mi vida, la de cometer estupideces, era exclusiva de Agnus, que en cada ocasión en que nos juntábamos se superaba.

Las fiestas por fin acabaron y todo el mundo se preparaba para el inicio de la nueva temporada. Iba a ser la segunda para mí y en la que cumpliría dieciocho años.

Estábamos a mitad de enero cuando uno de los criados de Donaldson me trajo un mensaje. Nada más leer la escueta nota, Camille y yo nos arreglamos a la carrera para ir junto a mi madre. Ni Austin ni nadie me impediría darle la mano y mitigar con mis palabras de ánimo aquel duro trance.

Mandé recado a Charles, que desde el primer día había mostrado sus ganas de colaborar, y además manifestaba abiertamente su desprecio por un tipo como mi padrastro.

Camille y yo fuimos las primeras en llegar. Subí de dos en dos los escalones que conducían a la alcoba y entramos sin llamar.

El panorama que me encontré fue desolador. Mi madre yacía en la cama, medio recostada, con el sufrimiento reflejado en su bello rostro. La comadrona, a sus pies, hurgaba entre sus piernas. Tenía el camisón manchado de sangre y el médico estaba lavándose las manos en una palangana.

Corrí junto a ella, le limpié la frente perlada de sudor con la manga de mi vestido y la besé.

Mi madre me cogió de la mano y me la apretó con fuerza.

—¿Hay alguna complicación? —preguntó Camille, al ver la cara del médico.

Aquello no pintaba nada bien.

—No, pero está tardando más de la cuenta. Lleva desde el amanecer, debería haberlo expulsado ya.

—Eso es porque no empuja con fuerza —gruñó la comadrona.

—¡Aparte de ahí! —exclamó nuestra doncella, situándose a los pies de la cama. Miró y acto seguido negó con la cabeza.

De inmediato, tomó el mando y empezó a darles órdenes a todos para que aquello llegara a buen puerto.

Yo no podía por menos de admirar la determinación de Camille y el valor de mi

madre. Gritaba, se retorció presa del dolor, pero obedecía sin cuestionar nada. Yo no sabía qué hacer, me limitaba a sostenerle la mano y a murmurarle palabras de aliento. Cualquier cosa para que aquel trance fuera más llevadero.

Camille se encargó de todo, mientras la inepta de la comadrona rezongaba y porfiaba, insistiendo en que lo mejor era subirse encima de la parturienta y presionar para que el bebé pudiera salir. Hasta el médico corroboró tal bestialidad. Pero nuestra fiel doncella los mandó salir del cuarto y poco después oímos los gritos del energúmeno de Austin maldiciéndonos por inmiscuirnos.

—No le hagáis caso —suspiró mi madre con la voz rota—. Y haz lo que debas hacer —le indicó a Camille.

Esta no perdió el tiempo. Me ordenó cerrar la puerta con llave para que nadie entrara y después me pidió que me ocupara de ir pasándole lo que me pidiera.

Yo aparté la vista y sentí un mareo... Nunca había imaginado que dar a luz fuera un proceso tan agresivo para el cuerpo femenino. No me extrañó que mi madre gritara y se revoliera, presa de un sufrimiento indescriptible.

Camille, en cambio, actuaba con seguridad. Nada de aspavientos ni de lamentaciones. Mantenía la calma.

—Grita cuanto quieras, Amandine. No temas que te oigan. Ellos no están en tu situación. Grita y empuja —la exhortó Camille, mientras metía la mano entre sus piernas.

Yo intentaba no desmayarme y, como siempre que me encontraba en una situación peliaguda, traté de verle el lado positivo. Porque tenía que haber alguno.

—Empuja con fuerza, ¡empuja! —repitió Camille.

Mi madre hacía lo posible por obedecer. Yo corría de un lado a otro, limpiándole la frente, cogiéndole la mano, acercando toallas limpias... cualquier cosa que me mantuviera ocupada y me evitara pararme a pensar en lo que ocurría en el cuerpo de mi madre.

—Ya casi está, vamos, querida, un empujón más...

Se me escaparon las lágrimas cuando Camille me pidió que cortase el cordón. Lo hice con las manos temblando, pero lo hice. Luego cogí al bebé, a mi hermano, y lo envolví con una toalla para limpiarlo y dárselo a mi madre, que a pesar del calvario que había pasado se incorporó y alzó los brazos para acoger al recién nacido.

Las dos nos echamos a llorar mientras observábamos la carita del niño. Camille, por su parte, terminó de asistir a mi madre. Le cambió el camisón y luego las sábanas sucias.

—¡Abrid de una maldita vez! ¡Brujas! —gritaba Austin, aporreando la puerta.

—Que espere, primero tenemos que adecentar todo esto —dijo Camille, mientras nos ocupábamos de ello.

—¡Brujas del demonio! ¡Voy a echar la puerta abajo!

Pese a la presión, concluimos nuestro trabajo y cuando por fin mi madre estuvo cómoda y la habitación limpia y presentable, me ocupé de abrir.

Austin casi se cayó al suelo del ímpetu con que golpeaba la madera, y Camille y yo sonreímos divertidas. Nos miró como si fuéramos demonios y se acercó a mi madre. Por su expresión, saltaba a la vista que tomaría represalias contra nosotras.

—Es un niño —murmuró ella, mostrándole al recién nacido.

Mi padrastro lo cogió en brazos y, como si no se fiara de su palabra, apartó la tela para comprobarlo por sí mismo. Solo entonces cambió su semblante y se mostró cariñoso y preocupado por el estado de salud de la madre.

Camille me agarró del brazo y me sacó de allí.

A pesar de tener un padrastro con título, no recibía muchas invitaciones relevantes. Al fin y al cabo, para la mayoría de las señoras no era sino otra francesa que había huido de lo que ellos consideraban un horror. Y eso sin haberlo vivido, únicamente porque hacía tambalearse los pilares sobre los que se asentaba su estructura social.

Pero supe que la razón principal era que eliminándome de la lista de invitados descartaban a otra candidata del mercado matrimonial. Empezaba la temporada y muchas madres deseaban que, antes de que esta finalizara, sus hijas lucieran ya un enorme anillo de compromiso y *The Times* publicara un rimbombante anuncio para que todo el mundo estuviera al tanto, por si la familia de la novia no le había dado ya suficiente bombo al futuro enlace.

Esa noche, con Charles como acompañante, acudí a un baile organizado por una de esas viudas a las que su fortuna les permitía ser excéntricas. Se hacía llamar señorita Meyer, a pesar de que tenía más años que Matusalén. Yo no iba a contradecirla, por supuesto.

Era conocida por ejercer de casamentera, lo que me hizo pensar que la denominación de excéntrica no era sino una etiqueta, pues todas las damas se dedicaban a eso, una vez que tenían a sus retoños colocados. Fuera como fuese, a mí lo que me importaba en realidad era disfrutar, bailar, ver cómo estaba el panorama y las opciones de ese año desde el punto de vista matrimonial. Durante la anterior temporada había tenido la suerte de conocer a dos hombres excepcionales: Charles y Agnus.

—Y dime, ¿qué tal tus progresos con Rosalyn? —le pregunté a mi amigo, tras bailar con él una pieza. Nos dirigíamos a la mesa de los refrescos y, al no ver a la joven, me interesé por ella.

De pasada, me observé reflejada en uno de los grandes espejos que decoraban la sala y disimulé una sonrisa. Estaba perfecta con mi vestido azul intenso, mi color favorito. Un modelo del año anterior debidamente retocado para evitar críticas. Puede que este arrebató narcisista estuviera fuera de lugar, pero disfrutaba contemplándome; no en vano para estar así hacía enormes esfuerzos, empezando por las horas de costura y los sacrificios a la mesa.

—Ornela, deja de emparejarnos —me pidió Charles con amabilidad.

—¿Por qué? Ella está loca por ti y es una chica apropiada —murmuré, al tiempo que remarcaba «apropiada», ya que no era ningún secreto que bajo el punto de vista de su familia yo no lo era.

—No insistas, Rosalyn es una buena chica, sí, pero aparte de eso no me despierta ningún interés.

—Eres un rompecorazones, Charles —bromeé.

Ese epíteto pareció gustarle. Al fin y al cabo, halagar la vanidad, por mucho que

digán, se inventó para mantener a los hombres tranquilos.

Mientras conversaba con él, advertí la presencia de otro hombre en la sala. Me miraba, disimulaba y sonreía de medio lado. Sabía calentarme sin siquiera tocarme y allí, rodeada de gente, sentí la humedad entre mis piernas cuando Agnus levantó su copa e hizo un silencioso brindis en mi honor.

De mutuo acuerdo, apenas manteníamos contacto en público. Es más, yo tenía permiso para difamarlo delante de otras damas. Según mi amante, eso incrementaría su fama de casanova y de calavera. Por supuesto, yo tenía pruebas fehacientes de lo canalla que podía llegar a ser. Lo cual venía a confirmar otra de mis teorías: nada mejor para despistar que decir la verdad.

Además, la buena sociedad se relamía cual gato goloso en cuanto una oveja negra recaía o mantenía su estatus. Nada parecía desagradar más que un mujeriego rehabilitado, dispuesto a integrarse.

Sentía la mirada de Agnus mientras me movía por la sala. Cuando charlaba con alguna invitada, cuando aceptaba bailar con algún caballero...

Sabía excitarme, tentarme... Me tenía en sus manos y yo me dejaba provocar. Pese a que aún no habíamos fijado una nueva cita, pues él, en su encomiable intento de cortejo, andaba tras la hija única de un acaudalado empresario de la minería. Me había puesto al corriente de sus avances y yo esperaba sinceramente que su empeño llegara a buen puerto.

—*Mademoiselle* Chavanel, ¿me concede este baile?

Me volví al oír su voz burlona, teñida de cortesía, y me encontré ante el rostro del canalla que ocupaba mis pensamientos.

Miré a la matrona que estaba a mi lado, esperando su aprobación. Me importaba un pimiento, pero en el juego social aparentar que se acataban las estúpidas normas lo era todo.

—Vizconde de Genhard, ¿sabrás comportarse como corresponde a su título con esta inocente joven? —inquirió la mujer.

No me atraganté de milagro y reconozco que mi actuación de «joven inocente» convenció hasta a Agnus.

—Por supuesto, señora. Puede usted vigilar mi comportamiento.

Me ofreció el brazo y nos encaminamos hacia la zona de baile.

Una vez en la pista, esperamos junto a otras parejas a que comenzara una nueva pieza. Nos manteníamos recatadamente separados, pese a que conseguirlo teniéndolo tan cerca, suponía un gran ejercicio de autocontrol por mi parte. Por sus miradas de soslayo, intuí que a él le ocurría tres cuartos de lo mismo. En ese instante deseaba ser una de esas a las que llaman «ligeras de cascos», que se aventuraban a dar un paseo nocturno por los jardines sin supervisión. Entendía a la perfección tal práctica, pues no había nada más soporífero que mantener las formas cuando hierves por dentro.

—Si pudiera, bailarías un vals contigo —murmuró Agnus a mi lado, sin mirarme.

—¿Un vals? —susurré, sin mover apenas los labios.

—Sí, por lo visto es el baile más indecente que se puede practicar. Podría rodear tu cintura con un brazo, pegarte a mi cuerpo y dar vueltas por la pista delante de todo el mundo.

Yo no tenía ni idea de aquello, así que en cuanto tuviera ocasión me pondría al corriente sin dudar. Ahora solamente quería saber dónde estaba mi abanico.

Comenzó una nueva pieza y me dispuse a colocarme en la fila de las mujeres; enfrente, junto a los otros caballeros, mi amante destacaba como el que más. Intercambié una mirada con Charles, que por lo visto se había animado a participar también en el baile, invitando a una jovencita no muy agraciada. Nunca dejaba de sorprenderme el saber estar de mi amigo, que cumplía a rajatabla todos los preceptos sociales.

Cuando acabó la contradanza, Agnus me acompañó como un perfecto caballero hasta la mesa de la comida. Yo no tenía hambre, bueno sí, un poco, pero nunca comía nada en ese tipo de actos. Supe que sus intenciones no eran otras que poder hablar conmigo sin levantar sospechas.

—Me muero por meter la mano entre tus piernas —me susurró, manteniendo un semblante indolente, como corresponde a un noble que, pese a haberse arruinado, dispone de un título que le hace estar por encima de una mujer como yo—. Y por posar allí mi boca también.

—Y yo porque lo hagas.

Observé su sonrisa contenida.

—Finge un desvanecimiento —me sugirió.

Arqué una ceja.

—Llamaremos la atención.

—No te preocupes, con mi reputación de canalla, todos entenderán que, con mis secretas dotes de seducción, bailar conmigo sea difícil de soportar para una dama tan inocente como tú.

Me llevé la mano a la boca para reprimir una carcajada.

—De acuerdo. ¿Suspiro y me dejo caer o me caigo y listo?

—Suspira, eso dará más credibilidad a la escena.

Me abaniqué con la mano y puse cara de aburrimiento, como si estar junto a Agnus fuera un castigo. En realidad lo era, pues permanecer a su lado y mantener las distancias no podía llamarse de otra manera.

Miré a mi alrededor y le hice una señal; no quería acabar cayéndome de culo y siendo el hazmerreír de la fiesta. Él asintió y yo obedecí.

Cerré los ojos y sentí cómo sus brazos me rodeaban. Por supuesto, el griterío de los que estaban cerca, preguntando qué había pasado, fue inmediato, mientras Agnus me mantenía bien sujeta.

—Dejen paso, damas y caballeros, *mademoiselle* Chavanel necesita descansar.

Si yo era buena actriz, él no andaba muy lejos. Sentí cómo se movía, llevándome a Dios sabe dónde, hasta que una de aquellas voces preocupadas me hizo

sobresaltarme.

—Aparta las manos de ella.

Supongo que el enfrentamiento entre dos gallos de corral desvió la atención y nadie se fijó en que la «desvanecida» reaccionaba.

Charles, mi querido Charles, estaba allí, furioso porque un tipo tan poco recomendable como Agnus osaba tocarme.

—He dicho que la sueltes.

—Creo que... —decidí intervenir—, creo que ya me encuentro mejor —murmuré, cual tierna jovencita ajena al enfrentamiento de mis dos hombres.

—No, ni se te ocurra —sentenció Charles, y fue él quien me cogió en brazos, apartándome de mi amante y desbaratando nuestro plan secreto.

Agnus levantó ambas manos en señal de rendición; así dio a entender que le importaba un pimiento lo que me sucediera, como si yo no fuera más que otra inocente a la que impresionaba, y a la que ni loco se molestaría en tocar a no ser que fuera imprescindible.

Charles me llevó en brazos hasta uno de los saloncitos anexos, donde me dejó con ternura sobre un diván para que me repusiera de mi dolencia.

Me hubiera gustado poder echarle una reprimenda por haber estropeado mis planes y también besarlo por ser como era. Sin embargo, ninguna de las dos posibilidades era factible, pues me arriesgaba a hacerle daño por duplicado.

Nos permitieron quedarnos a solas, pese a que los dos éramos solteros, pero a esas alturas era de sobra conocida nuestra amistad.

—¿Has cenado algo? —inquirió preocupado.

Me puso una mano en la frente y yo continué con mi actuación.

—Sí, he picado un poco —murmuré, todavía en mi papel.

—Ya me extraña. Nos conocemos, Ornela, comes como un pajarillo. No puedes sobrevivir de esa forma y menos aún si pretendes bailar durante toda la noche.

Sentado a mi lado, preocupado por mí, me daban unas ganas terribles de abrazarlo; sin embargo, quería que me dejara sola. Estaba segura de que Agnus sabía en qué estancia me recuperaba de mi falso desfallecimiento, por lo que estaría esperando a que yo me «recuperase».

—Déjame sola unos minutos, por favor, Charles. Descansaré y te prometo que después comeré todo lo que tengas a bien ponerme en un plato.

—No me fío de ti. Voy a llamar a un médico. No quiero arriesgarme.

—Estoy bien, de verdad. Y tienes razón, apenas he probado bocado y por eso me he desmayado. No te preocupes. Aquí, sola, sin el bullicio de la fiesta, me recuperaré enseguida.

—Me quedo contigo —contestó él, obstinándose en llevarme la contraria—. O si no, espera, llamaré al cochero. Nos vamos a casa.

Terminé poniéndole mala cara y accedí a mi petición. Permanecí recostada en el diván y en penumbra. Me llegaban ecos del salón de baile, pero ya poco me

importaban. Yo solamente quería oír una voz.

Agnus se hizo de rogar. Morderse las uñas, aparte de mala educación, te dejaba los dedos horribles, pero en ese instante, mientras aguardaba la aparición estelar de ese sinvergüenza, me mordí la del pulgar.

Estaba atenta a cualquier sonido por si aparecía por el jardín y entraba por la ventana. O por si le daba por llamar a la puerta, haciéndose pasar por un criado.

Cuando más desesperada me encontraba, oí unos suaves golpecitos. Giré la cabeza hacia el sonido, pero no vi a nadie. De nuevo ese ruido, como si alguien golpeará con el pie en el suelo. Caminé a ciegas, pues las tres velas del candelabro apenas iluminaban la estancia, y empecé a sentirme nerviosa.

Una tos burlona me hizo poner los ojos en blanco.

—¿Has estado aquí todo el rato? —pregunté, poniéndome en jarras cuando él se acercó hasta que fue visible.

—¿Acaso lo dudabas?

—Eres de lo que no hay.

—Y tú una actriz excelente. Tu representación ha sido conmovedora. Pobre hombre, está loco por ti.

—Deja a Charles al margen de esto, por favor —le pedí.

—¿Tienes algún plan secreto que lo incluye y que no me has contado?

—No —respondí, algo molesta por su insinuación.

—Mejor, ya que su familia es, por decirlo de una manera elegante, una panda de cabrones.

—¿Perdón?

—Ahora no tengo tiempo de contarte toda la historia —dijo Agnus rodeándome con los brazos y atrayéndome hacia su cuerpo.

Me besó con fuerza, con la celeridad que exigía el momento. Le respondí del mismo modo, pese a que ahora, en mi cabeza, se había instalado la curiosidad por saber algo más del árbol genealógico de mi mejor amigo.

Agnus me llevó hasta el diván y se arrodilló a mis pies. Metió las manos bajo mi ropa y, sin dudarlo, rompió mi ropa interior, me separó las piernas y bajó la cabeza para meter la lengua entre mis labios vaginales.

Me puse el puño en la boca para no gritar como una loca. Al estar tan excitada y dispuesta, aquello duró apenas cinco minutos. Cuando pude enfocar la vista de nuevo, él se relamía, con su media sonrisa particular.

—Me debes un orgasmo —fue su despedida, antes de escabullirse por la ventana.

Yo me quedé allí recostada, con los calzones destrozados y con ganas de resarcirlo.

Los meses fueron pasando y por fin llegó el día de mi decimoctavo cumpleaños. Mi padrastro, ahora más calmado tras el nacimiento de un hijo que aseguraba su linaje si el mayor moría, se mostraba más atento con mi madre y por ende conmigo. Supongo que no quería enfadar a una esposa que a pesar de considerarse una gallina vieja a los ojos de la sociedad, le había dado lo que otras con su juventud solo prometían.

Aun así, mi relación con él todavía era distante, es decir, por más que Austin se mostraba dispuesto a comportarse de manera amistosa, yo seguía en mis trece y lo evitaba a toda costa. Sus miradas continuaban siendo sospechosas y por alguna razón no terminaba de fiarme de él. Hubo un par de ocasiones en las que mi madre tuvo que ausentarse y mi padrastro, en vez de mostrar una falsa amabilidad, se comportó como el rastrero que yo conocía. Insinuándose, lo cual ya de entrada me provocaba un asco tremendo, pero si a eso le sumaba que era el marido de mi madre, solo me daban ganas de escapar.

Tuve tentaciones de contárselo a ella, pero en el fondo sabía que eso le causaría dolor y que no era necesario hacerla sufrir más. Ahora tenía la posición que siempre deseó y no quería enturbiar aquello. Aunque ella andaba al tanto de los escarceos extramatrimoniales de Austin, sabía que optaba mirar para otro lado, ya que era lo que toda esposa respetable debía hacer en esos casos.

Como siempre, yo extraía una lección valiosa de todo lo que me sucedía, y supe que yo también miraría para otro lado si mi esposo tuviera una querida. La diferencia era que yo miraría a mi propio amante y mitigaría mi sufrimiento en brazos de otro hombre.

Me habían preparado una fiesta de cumpleaños, la más espléndida que el dinero pudiera pagar y que las influencias pudieran organizar para atraer a invitados de postín; por fin era yo la anfitriona, por decirlo de alguna manera. Toda aquella buena sociedad que tanto me ninguneaba, ahora tendrían que cambiar de actitud, pues el respaldo del marqués de Beldford iba a ser público y notorio.

Al finalizar la primavera de 1803, yo, Ornela Chavanel, por fin iba a tener una presentación como era debido. Nada de ir de prestado, nada de ser la pariente pobre.

Gracias a mi madre y a sus sufrimientos, ahora podía brillar sin que nadie me hiciera sombra.

Por supuesto, ella era la primera interesada en que todo saliera a la perfección. Por fin, uno de sus sueños, verme destacar, tener lo que consideraba imprescindible y que por circunstancias de la vida me había sido negado, iba a cumplirse. Por supuesto, también estaba en juego su prestigio como marquesa. Era, por así decirlo, su otra puesta de largo y yo me sentía feliz por ambas.

Al principio, todos esos preparativos me tuvieron entretenida y desatendí otros asuntos, como por ejemplo a Agnus. Mientras la modista insistía en dar cien mil

retoques, Charles me acompañaba hasta donde era moralmente recomendable. A veces el pobre se moría de vergüenza, pues, por muy comprensivo que un hombre sea, hay cosas, en especial de carácter femenino, que lo ponían en un aprieto. Por supuesto, nadie lo dudaba, él sería mi acompañante.

Yo no podía poner ni una sola pega a esa elección, pero en el fondo me habría gustado que Agnus tuviera ese derecho; al fin y al cabo, también podía considerarlo un buen amigo.

Cuando todo parecía estar más o menos organizado, sentí que necesitaba relajarme, liberar la tensión que todos manifestaban a mi alrededor y me contagiaban a mí, que siendo la principal implicada debería estarlo mucho más que el resto.

Solo existía una forma de lograrlo, o al menos era la única que a mí me servía.

Arriesgándome a ser descubierta, y sin anunciarme con antelación, como dictaban las buenas costumbres, me escabullí de mi residencia y fui a la de Agnus. No sabía si esa noche en concreto se encontraba allí, pero envuelta en una sobria capa, me presenté delante de la puerta principal y golpeé la aldaba. Temblé por el frío de la noche y los nervios.

Por suerte, no se demoraron mucho en abrirme. El lacayo me reconoció al instante y me hizo pasar. Eso sí, no me condujo a las estancias privadas del vizconde, sino que me hizo esperar en el vestíbulo de entrada a que su señoría decidiera si quería recibirme.

No era plato de gusto sentirse como una cualquiera, pero ahora ya no tenía remedio. Oí pasos y alcé la vista. Agnus en persona, con semblante inexpresivo, bajaba la escalera seguido de su criado.

Tragué saliva. Estaba guapísimo con su aspecto de aristócrata aburrido a medio vestir. Seguramente su sirviente le había informado de quién lo visitaba y había considerado innecesario arreglarse para recibirme.

—Retírate, por esta noche no te necesito más —le indicó Agnus al hombre y este procedió a obedecer, tras hacerle una pequeña reverencia.

—Buenas noches —dije en voz baja. Me mantuve erguida, sin dar muestras de mi nerviosismo, esperando al menos que no se enfadase por mi atrevimiento.

Él, con las manos en las caderas, me miró de arriba abajo. Dio una vuelta a mi alrededor, examinándome, y sentí ganas de salir huyendo de allí. De esa forma solo se miraba al ganado en una feria.

—¿Me apruebas como yegua de cría? —pregunté al final, cansada de su escrutinio indolente.

Había ido a buscarlo; si no me quería allí, solo tenía que haber recurrido a una de las mil excusas de las que disponen los de su clase para no recibirme. De acuerdo, tendría que haber avisado, pero esa no era una razón válida para tratarme con aquella desconsideración.

—¿O quizá como mula de carga? —añadí.

Me dio un azote en el culo antes de reírse y responderme:

—No, tú nunca serás una vulgar yegua de cría. Eres una purasangre, Ornela.

De repente me rodeó con los brazos y buscó mi boca para besarme con la pasión con la que siempre me hacía olvidarme de todo. Yo me aferré a él y le respondí con la misma entrega.

Los nervios, las dudas se diluyeron con rapidez, mientras Agnus me calentaba por dentro y por fuera. Estábamos allí, en la entrada de su residencia, comportándonos como dos amantes desesperados. Yo aproveché su escasa ropa para poder tocarlo. Primero acaricié su torso con mis manos aún enguantadas, lo que lo hizo gemir y besarme con más ahínco. Enseguida noté cómo me tocaba entre las piernas, presionando contra mi sexo y frotándolo por encima de la ropa, mientras me procuraba una buena dosis de excitación previa. Justo lo que necesitaba para poder relajarme después: el cuerpo de un amante dispuesto a hacerme gozar, para luego volver a mi casa sin complicaciones de ningún tipo.

—Ven, acompáñame o acabaremos follando en el recibidor.

—¿Y eso es malo?

—Querida, estoy intentando comportarme como un caballero y dejar atrás mis días de depravado.

—Una pena, la verdad —murmuré mientras sonreía.

Me llevó a sus aposentos, donde me desnudó con mimo antes de tumbarme en la cama y volverme loca, tocando cada fibra de mi cuerpo como a mí me gustaba que lo hiciese. Después, saciada y sintiéndome atrevida, le devolví el favor, y para ello solo utilicé los labios.

Y llegó el gran día...

Todo tenía que salir perfecto. Ver a mi madre revisar cada detalle me hizo sonreír. Era lo que ella siempre había deseado, ser la señora de la casa y recibir a todas las amistades y conocidos. Verdaderamente, estaba en su salsa.

Charles fue mi acompañante, como estaba previsto, y a cada minuto que pasaba junto a él me sentía un poco más inclinada a romper mi autoimpuesta norma de no dar un paso más. Él disimulaba cada vez peor sus sentimientos hacia mí y, si bien yo oía algún que otro chisme sobre sus salidas nocturnas, no podía juzgarlo, tenía todo el derecho del mundo a desfogarse con quien considerase oportuno. Era una lástima que no fuera como Agnus, despreocupado, porque sin duda lo habríamos pasado muy bien los dos juntos.

Toda la celebración giró a mi alrededor y yo, como protagonista absoluta de la velada, me sentí en la gloria.

—Has nacido para esto, Ornela —susurró Charles a mi lado.

—Gracias —respondí, sin rastro de modestia.

Lo cierto era que mi vestido de color marfil se adhería a mi cuerpo como una segunda piel. Llevaba la cinta que me pasaba por debajo de los pechos bien tensa, de tal forma que me los elevaba, realzando mi escote.

Entre los invitados sentí varias miradas de esas que logran aumentar tu orgullo, en

especial las procedentes del sexo masculino, que no solo incrementaban mi autoestima, sino que además me desnudaban.

Entre ellas, cómo no, la de mi amante, que había sido invitado no por gusto, sino por compromiso. La que con toda probabilidad sería su esposa pertenecía a una familia con influencia suficiente como para modificar una lista de invitados.

Quería tener la oportunidad de hablar con Agnus en privado y debo confesar que verlo junto a otra mujer me produjo un amago de celos. Mi cabeza aceptaba sin reservas que tarde o temprano lo nuestro acabaría, pero mi corazón no saldría tan indemne.

Atendí a mis invitados, bailé, reí, disfruté de una noche espectacular en la que le demostré a todo el mundo quién era yo y que deberían empezar a tenerme en cuenta. Muchas de las matronas, esas que decidían qué joven era considerada apta o no, me dieron su aprobación.

—Ornela, cariño, estoy tan orgullosa... —dijo mi madre a mi lado, emocionada y llorosa a causa de la felicidad—. Si tu padre pudiera verte...

Me sorprendió que lo mencionara, pues hacía muchísimo tiempo que parecía haberlo desterrado de su memoria. De él daba la impresión de no quedar nada, aparte de mi apellido, que ella ya se había cambiado. Yo siempre lo llevaría con orgullo, aunque estaba destinada a buscarme un marido con el que lo perdería.

En un momento dado, conseguí acercarme a Agnus. Al fin y al cabo, era la protagonista y por educación debía interesarme por todos los invitados.

—Ese vestido que llevas es para arrancártelo a mordiscos —me dijo él a modo de saludo, nada más detenerme a su lado. Por supuesto, manteniendo la compostura, como si hablásemos del tiempo.

—Gracias —murmuré con una sonrisa cortés, antes de añadir—: Espero impaciente que esa posibilidad sea una realidad.

Me alejé de él moviendo convenientemente las caderas, dándole una excelente panorámica de mi trasero enfundado en seda de color marfil. Mi vanidad hizo que me volviese un segundo para contemplar su mirada y no me defraudó. Prometía un buen revolcón, eso como poco. Me excité y no veía el momento de quedarme a solas en mi alcoba.

El resto de la velada transcurrió sin nada reseñable, todo se desarrolló según lo previsto y no pude hacer otra cosa que felicitar a mi madre por todo su esfuerzo y dedicación. Ni que decir tiene que mi padrastro, ejerciendo su papel a la perfección, sonrió a diestro y siniestro y recibió los cumplidos de rigor por tenerme como hijastra.

Si toda aquella gente supiera la verdad...

De todas formas, si era pragmática, a mí tampoco me convenía que la supieran. Ahora todo empezaba a encajar y no podía permitirme el lujo de que por un orgullo mal entendido mis planes se fueran al carajo.

De cara a la galería éramos una familia feliz y unida y eso debía bastar para que

yo lograra un buen matrimonio.

Eso sí, la definición de buen matrimonio difería dependiendo de quién opinara. Para todas aquellas mujeres entradas en años y en carnes conseguir que algún noble segundón pidiera mi mano se consideraría todo un logro. Para mí solo sería un inconveniente, pues siempre dependeríamos de su asignación, y en la mayoría de los casos muchos de esos hombres no tenían ni oficio ni beneficio, por lo que se dedicaría a la vida contemplativa y yo lo tendría que soportar la mayor parte del tiempo. No, de ninguna manera podía ligar mi vida a la de un hombre ocioso.

Un enlace con un heredero era una posibilidad remota, pues a pesar de todo aquel paripé, yo no tenía todas las credenciales necesarias. Bueno, alguno habría, pero lo más probable es que fuera un botarate aburrido y anodino o bien un caso perdido, feo hasta decir basta y con unos cuantos años más que yo.

—¿En qué piensas? —inquirió Charles con una sonrisa amable, deteniéndose junto a mí.

Prácticamente ya no quedaba nadie y la verdad era que deseaba retirarme a la privacidad de mi dormitorio.

—En que todo ha salido perfecto —respondí, bostezando con delicadeza, a ver si pillaba la indirecta.

—Te he visto con el vizconde de Genhard. No deberías ni dirigirle la palabra. Es peligroso, Ornela —me advirtió en tono paternal.

Estuve a punto de gemir. A mí me lo iba a decir...

—No te preocupes. —Me agarré a su brazo y me acerqué para responderle en tono inocente—: Sé lo que me conviene.

Charles arqueó una ceja, quizá contrariado con mi tono. Me conocía y sabía que cuando aceptaba algo sin más es que mentía. Pero de haber querido intervenir, no habría llegado a tiempo, pues las cosas se precipitaron.

A pesar de los esfuerzos de mi madre por verme prometida antes de que finalizara la temporada, no fue posible. La razón, muy simple: ninguna de las ofertas recibidas me parecieron aceptables.

Como yo esperaba, solo hijos menores o bien pretendientes inadecuados me interesaron por mí. Yo sabía muy bien que algún que otro heredero había puesto sus ojos en mi persona, pero aunque las novelas románticas que nos hacían suspirar hablaran de finales felices, en la vida real encorsetada y anacrónica que me había tocado vivir eso no era posible. Quienes, y se podían contar con los dedos de una mano, se atrevían a salirse del redil, pagaban las consecuencias de inmediato, pues dejaban de ser invitados a fiestas, eran criticados sin piedad o sencillamente eran ignorados. Y lo peor es que esa etiqueta de escándalo quedaba adherida a su descendencia.

Por eso pasó un año más y yo seguía soltera. Pero no me importaba, tenía a Agnus a mi lado para los momentos de pasión y a Charles para los instantes de serenidad, en los que necesitaba pasear, conversar y relajarme.

Pese a los intentos de mi madre de que me trasladase a la mansión que compartía con su esposo, yo me obstiné en permanecer en la vieja casona que consideraba mi hogar. Sabía que si Austin cerraba el grifo, me vería obligada a mudarme, pero mientras tanto, retrasaría lo máximo posible estar bajo el mismo techo que aquel indeseable.

Durante el último año, mi vida se había desarrollado dentro de una cómoda rutina, sin grandes sobresaltos y con una única espinita: no ver más a mi hermano, Austin *junior*, que crecía sano y era la alegría de mi madre. En las pocas ocasiones en que me quedaba con él a solas, disfrutaba teniéndolo en brazos y meciéndolo. Puede que se me despertase el instinto maternal que a todas nos atribuían, pero al recordar los sufrimientos de mi madre me lo replanteaba. Además, todavía no había cumplido los veinte y, aunque a esa edad muchas ya eran madres, yo deseaba vivir de otra manera.

Por fin llegó la primavera y con ella algunos días soleados. Yo me encontraba sentada a la mesa del desayuno, con un ejemplar de *The Times* en las manos, leyéndolo con tranquilidad. Enfrente de mí, Camille organizaba los asuntos domésticos de los que yo jamás me preocupaba. Ambas vivíamos cómodamente instaladas en una mansión con un ejército de sirvientes, pero nos unían muchas cosas, en especial nuestro rencor hacia mi padrastro.

—Deberías interesarte por estas cosas —murmuró Camille, mientras hacía anotaciones en su libro—. Cuando te cases, tu marido esperará que sepas llevar una casa.

—Eso si me caso... —murmuré en respuesta.

Era uno de mis objetivos, pero a veces empezaba a perder la paciencia ante tanto candidato inadecuado.

—Ornela, el vizconde de Genhard nunca se casará contigo.

Di un respingo. ¿Había oído bien? ¿Qué sabía ella de lo mío con Agnus?

—¿Perdón? —pregunté, al tiempo que controlaba los nervios para no hablar más de la cuenta.

Camille, siguiendo su tónica habitual de no malgastar palabras, me quitó *The Times* y buscó en las páginas de sociedad hasta encontrar la noticia que me lo aclararía todo.

Un extenso reportaje con grabado a carboncillo incluido, en el que, por cierto, Agnus no salía nada favorecido, anunciaba el compromiso matrimonial del vizconde con la señorita Mary Ann Smith. Dicho enlace se celebraría en la primavera de 1805.

Miré bien la reproducción de los novios. Ella parecía una buena chica, a pesar de su vulgar apellido y él, mi amante, estaba como siempre, orgulloso y altanero.

Disimulé una sonrisa. Por fin lo había conseguido.

En la noticia se hablaba de lo típico. Un enamoramiento que ha florecido bajo la discreción, unas familias encantadas con el prometedor futuro de los jóvenes y un sinfín de buenos deseos para la pareja.

Decidí felicitarlos yo también.

—¿Me prestas lápiz y papel? —le pedí a Camille y esta, sin comprender, me lo entregó—. Voy a ponerle unas letras felicitándolo por su compromiso y deseándole lo mejor.

—Ornela... —me advirtió Camille, mirándome con los ojos entrecerrados—, deja de fingir. No he querido decir nada antes, ni tampoco mencionárselo a tu madre, pero tu enamoramiento y ahora esta rabieta de niña consentida...

—¿Cómo dices? —pregunté mientras parpadeaba.

¿Camille pensaba que estaba enamorada de Agnus e intentaba torpedear su boda?

—No es lo que piensas —dije, sintiéndome más tranquila.

Era infinitamente mejor que creyera que yo era una mujer despechada, que una mujer que se había acostado con el novio solo por placer y para aprender.

—¿Ah, no? Te he observado. Cada vez que te cruzas con él disimulas. Miras para otro lado, pero sé que lo deseas.

Eso era bien cierto, lo deseaba y esperaba tener una despedida digna.

—Déjame escribirle una felicitación —protesté—. ¿Qué regalo sería apropiado?

Mi tono burlón y cínico consiguió que Camille se diera por vencida y me dejara a solas.

Pensé qué podría escribirle algo elegante y neutro, por supuesto, para que si la novia veía la tarjeta no sospechase nada, pero al mismo tiempo quería darle ese matiz personal que solo él entendería. Sin embargo, desistí. Escribiría una nota educada tipo «Mis mejores deseos para la feliz pareja» y otra personal para Agnus.

Recibí la respuesta del vizconde, dos días después. Como siempre, jugaba a ser mi admirador secreto y firmaba con iniciales al azar, pero junto a la letra elegida no ponía un punto, como haría otro y que pudiera confundirme, sino que trazaba una

elegante equis.

En el mensaje yo le había dicho que había llegado el momento de la despedida. Tras casi dos años juntos, ahora ya no tenía sentido seguir viéndonos. En menos de seis meses, Agnus sería un hombre casado, y yo deseaba concentrarme en mis planes. Lo cierto era que al estar viéndome con él descuidaba un poco a mis otros admiradores.

Nos encontramos en su residencia, la que a no mucho tardar recobraría el esplendor de antaño, al poder invertir en ella el capital que su familia política ponía a su disposición.

Una transacción comercial como otra cualquiera.

Subí a los aposentos del vizconde y allí lo encontré, sentado en su sillón orejero. El mismo que habíamos utilizado en una ocasión para follar y comprobar su resistencia.

Lo observé. Con una copa de licor en la mano, no parecía el canalla vividor y casanova que todos decían.

Me acerqué y, deshaciéndome de mi capa, que dejé caer al suelo sin preocuparme, me detuve delante de él. Agnus separó las piernas y me situé entre ellas. Me rodeó la cintura con un brazo y apoyó la cabeza en mi vientre. Yo le sostuve la copa y entonces sentí sus dos manos sobre mi cuerpo.

Aquello no se parecía en nada al abrazo de dos amantes dispuestos a pasar un buen rato entre las sábanas. Me dio reparo verlo así, porque implicaba mucho más y quise apartarme.

—Ornela...

—Dime.

Se puso en pie y me acunó el rostro con las manos. A veces tenía esos gestos cariñosos conmigo y yo procuraba no darles mayor importancia. Al fin y al cabo, manteníamos una relación amorosa, y de todos es sabido que el roce hace el cariño.

No pronunció ni una sola palabra mientras me llevaba a la cama y me desnudaba. Noté cómo mantenía a raya su impaciencia por tenerme debajo de él, sin embargo, se mostraba atento y delicado. Cuando por fin me tuvo sin nada encima, apartó los brazos para que yo lo despojara de todas las prendas que ocultaban su magnífico cuerpo.

A medida que descubría su piel, iba besándosela y disfrutando de sus gemidos, sus ronroneos y sus imprecaciones cuando además de los labios utilizaba los dientes.

Me puse de rodillas. Como en otras tantas ocasiones, deseaba tener su polla entre mis labios, disfrutar de sus arremetidas y verlo perder la cabeza.

—No, Ornela, hoy no.

No discutí, me tumbé en el lecho como me indicaba y esperé a que se reuniera conmigo.

Su sonrisa de vividor, mujeriego y canalla había desaparecido. Me miró fijamente a los ojos antes de besarme. Ese beso no me gustó. Ni los que le siguieron. Agnus se

mostraba melancólico, abatido, muy diferente del hombre que me hacía reír y perder el sentido.

A pesar de todo, mi cuerpo reaccionó a sus manos, a su boca, y cerré los ojos mientras entraba en mí. Me concentré única y exclusivamente en el placer. En las sensaciones físicas, en mi cuerpo acogiendo el suyo...

Sí, alcancé el orgasmo, pero fue triste.

Como muchas otras veces, nos quedamos abrazados, en silencio.

No tenía por qué marcharme, pero me incorporé para hacerlo. Era lo mejor.

—No te vayas...

Lo miré por encima del hombro y le sonreí.

Tuve que hacerlo pese a contemplar a mi amante enfadado consigo mismo, mirándome de forma distinta a lo que me tenía acostumbrada.

—No te vayas... —repitió y su amargura me puso en alerta.

—Está bien —cedí, para no empezar una discusión. Esperaría a que se quedase dormido.

Pero Agnus tenía otros planes...

—Ornela, dímelo. Pídemelo y ahora mismo tú y yo nos fugaremos y nos casaremos.

Respiré hondo. Eso no podía ser. Me volví entre sus brazos, le acaricié la cara y negué con la cabeza.

—Tú no me quieres.

No pareció gustarle mi respuesta.

—Te quiero mucho más de lo que puedes llegar a imaginar. Todo este juego que nos traemos no ha sido más que una excusa para tenerte.

—Agnus... no...

—Dejemos ya de darle vueltas. Los dos lo sabemos desde hace tiempo. Hemos sido amantes, sí, pero te juro que hasta que te conocí era incapaz de permanecer más de tres meses con la misma mujer.

Sonaba sincero, pese a que mencionara otras relaciones ya pasadas.

—Por favor, no digas eso. Sabes tan bien como yo que solo es sexo. No hay nada más.

—¿A quién pretendes engañar, Ornela? De haber sido así, te garantizo que haría tiempo que te hubiera abandonado o sido infiel. Pero desde que te tuve por primera vez no he podido tocar a otra.

—Vas a casarte, ¿recuerdas? Hemos hablado infinidad de veces sobre este asunto. No puedes tirarlo todo por la borda por un simple capricho.

Con un rápido movimiento, se situó encima de mí y me besó. Con desesperación, al menos yo así lo sentía. Su fuerza me obligaba a mantenerme quieta, pero también las ganas de creerle. De ver el lado positivo de toda aquella locura.

—¿Crees que seré feliz con ella? ¿Crees que podré tocarla sin acordarme de ti?

—Escucha... —lo besé suavemente antes de continuar—, tú y yo somos iguales.

Egoístas hasta la médula. Has aceptado un compromiso porque te conviene.

Él negó con la cabeza antes de enfocar la vista en mí, fulminándome con la mirada.

—No, no me conviene hacer de una chica inocente una pobre desgraciada a la que engañaré antes de un mes. Despilfarraré su dinero sin consideración y llamaré a tu puerta. Ornela, mandémoslo todo a paseo y cástate conmigo.

Estaba loco, sin duda alguna. Su arrebató romántico jamás llegaría a buen puerto.

¿Lo amaba? Era posible, pero no estaba segura, pues nunca antes me había sentido así con ningún hombre. Mis sentimientos, al igual que los suyos, podrían crear un espejismo y luego no seríamos capaces de dar marcha atrás.

—Escucha, Agnus, yo no puedo casarme contigo.

En respuesta, él metió la mano entre nuestros cuerpos y al comprobar que aún estaba lubricada me penetró.

—¿Qué me dices de esto? ¿Sentirás lo mismo con otros hombres? ¿Les darás lo que yo he tenido?

Su alarde posesivo me irritó, pues el asunto de mi virginidad hacía tiempo que había sido relegado al baúl de los recuerdos.

—Podría dejarte embarazada, ¿sabes? Entonces tendrías que aceptar mi propuesta por obligación.

Sus palabras sonaron a amenaza, pero también a desesperación. No podía enfadarme por que se ilusionara con algo que no podía ser.

Llevábamos dos años juntos y siempre habíamos tenido cuidado. Además, unos meses después de conocernos, me presentó a una amiga suya, prostituta, que me explicó al detalle todos los trucos para no quedarme embarazada, que yo seguía a rajatabla. De hecho, en todo este tiempo no había tenido ni un solo retraso.

—Agnus, por favor —gemí, molesta por cómo se estaba desarrollando todo aquello y por sus movimientos sobre mi cuerpo.

Yo no deseaba una despedida tan agrídulce. Esperaba que, tras nuestra intensa relación, pudiéramos seguir viéndonos como dos amigos. Me disgustaba, y mucho, la idea de perder el contacto con Agnus.

—Vas a ser mía, Ornela, tienes que serlo. Te quiero, maldita sea. No voy a permitir que otro te toque.

—Estás prometido —insistí, aferrándome a él y a los hechos, para poder salir de allí sin ceder a la tentación.

—Mañana mismo lo anularé. Pediré disculpas... les diré la verdad. Haré lo que sea necesario para que estés conmigo.

No había manera de hacerlo desistir.

—Yo... yo no te quiero, Agnus. Yo siempre he querido casarme con Charles...

Me sentí rastrera por utilizar así a mi amigo, pero no veía otra escapatoria.

Él me embistió con más ímpetu, dando rienda suelta a toda su rabia.

—Mientes... —gruñó, antes de caer desplomado sobre mí.

En esa ocasión no alcancé el orgasmo, sin embargo, no me importó. Agnus tenía derecho a expresar su frustración.

Ya libre, me levanté y no me detuve a mirarlo. Busqué mi ropa y me vestí apresuradamente. Cuando estaba a punto de salir por la puerta, sentí su presencia a mi espalda.

Me volví y le rocé los labios. Él me sonrió de medio lado antes de decirme:

—Espero que encuentres el verdadero amor, Ornela. Que lo encuentres y después lo pierdas para que entiendas lo que es sufrir de verdad.

Me besó con dulzura, mientras me abría la puerta invitándome a marcharme, y por primera vez me hizo sentir como la amante de turno que, tras prestar sus servicios, debe abandonar la cama sin levantar revuelo.

Oí cómo cerraba a mi espalda y erguí los hombros.

Algún día, Agnus comprendería que tenía que ser así.

Tras ese episodio, me refugié en la vida frívola y sin sentido que se espera que lleve una joven casadera. De fiesta en fiesta, sin otro objetivo que pasar el rato. Tenía cierto miedo a coincidir con mi hasta entonces único amante, pero supe que Agnus, ya casado y con un heredero en camino, se había ido de Londres para dirigir los negocios de su suegro.

Ni que decir tiene que me alegré por él. También tenía la vaga esperanza de que con el tiempo me recordara como yo lo recordaba a él, sin rencores, sin dolor, que pensara únicamente que habíamos disfrutado de una preciosa relación que a los dos nos sirvió para experimentar muchas e intensas emociones.

Mi tercera temporada se acercaba a su fin. Organicé otra magnífica fiesta de cumpleaños para celebrar mis veinte primaveras y un nuevo amante con el que gozar. O al menos lo intenté. Conocí a Herbert en una fiesta de disfraces y la verdad es que me pilló con la guardia baja. Era uno de esos momentos en los que añoraba a Agnus y me dejé llevar.

Cometí un error, lo reconozco, y a punto estuvo de salirme muy caro, ya que Herbert, aparte de mediocre en la cama, tenía la fea costumbre de airear sus conquistas. Nuestro romance, por denominarlo de alguna manera, apenas duró tres meses, hasta que por suerte se cruzó en nuestro camino otra mujer y él se desentendió de mí para realizar una nueva conquista.

Yo dejé morir la relación; inventaba excusas de lo más peregrinas para no acudir a nuestras citas y cuando ya no me quedaban recursos, me mostraba todo lo desapasionada que una mujer puede mostrarse. Tampoco tuve que esforzarme mucho, pues Herbert nunca dio la talla.

Si una mujer le roba el amante a otra delante de sus narices se arriesga a oír unos cuantos improperios, pero en mi caso estuve a punto de enviarle un ramo de flores a la nueva amiga de Herbert agradeciéndole el favor. Sin embargo, como todo en esta vida, aquello merecía una reflexión y, si bien en esa ocasión permití que me robaran un amante, supe que en el futuro podía volver a presentarse una situación similar en la que yo no estuviera tan dispuesta a mirar para otro lado y en la que tendría que luchar por lo que consideraba mío.

Debido a las indiscreciones de Herbert, Charles se enteró de mi desliz, lo que supuso un gran enfado por su parte, pues me seguía considerando poco menos que como una joven pura e inocente. Le aclaré que no habíamos pasado a mayores y que solo me había dejado deslumbrar por su apariencia física. Porque Herbert sería un pésimo amante, pero era muy atractivo para las mujeres.

Hasta el momento, yo no me había preocupado lo más mínimo de cuestiones tales como la política, la economía o lo que ocurría en Europa. Había salido de un país inestable y solo pretendía vivir sin contratiempos de acuerdo con mis ideas. Charles era quien me hablaba de todos esos temas y a veces confieso que me aburría, ya que

no las consideraba relevantes.

¿Qué me importaba a mí que Napoleón se hubiese coronado emperador en Francia el año anterior? Pues, según mi amigo, ese hecho que *a priori* no debía afectarnos, tendría consecuencias inesperadas para nosotros, como la entrada del país en guerra y la consecuente movilización de tropas. En abril, Reino Unido había firmado un acuerdo de colaboración con Rusia para luchar con Francia, por lo que ahora se vivía pendiente de las noticias que llegaban del continente.

Así que en el verano de 1805 me disponía a asistir a una fiesta organizada para animar a las tropas, antes de que estas se trasladasen a los campos de batalla europeos. Ni que decir tiene que con mi ascendencia francesa era el blanco de todas las miradas, por lo que si no apoyaba de manera clara al ejército británico, quedaría socialmente excluida para siempre.

Estar rodeada de militares no me apetecía en absoluto, pero accedí. Como siempre, Charles fue la voz de la razón y mi acompañante.

—No solo te conviene, Ornela, sino que además puede ser una oportunidad única para dejar clara tu posición.

—¿Cuál? ¿Que me importa un pimiento?

Él se echó a reír ante mi franqueza.

—No, que eres inglesa por los cuatro costados.

Explicarle a Charles que aceptar eso era enterrar a mi padre de nuevo fue difícil, pero lo entendió y hasta se disculpó por sus palabras. Él conocía la trágica historia de mi progenitor, así que, dejando al margen estúpidas consideraciones nacionalistas, yo debía aparentar ser una mujer feliz y apoyar al bando «correcto».

Pero cuando llegamos a la fiesta, cambié de opinión. Allí, rodeada de uniformes, me animé. Hasta la fecha nunca me había interesado por la milicia, pero debo reconocer que, en comparación con los endebles hijos de la nobleza, ociosos y aburridos, aquellos hombres resultaban más interesantes.

—¿Ornela?

Me detuve al oír mi nombre y me volví. Un atractivo y sonriente soldado rubio era quien me había llamado. Lo miré fijamente, intentando reconocerlo, pero no recordaba que me hubieran presentado a nadie del ejército.

—¿No te acuerdas de mí? —Sonreí educada, pues quería ganar tiempo o que él me informase de su nombre—. No has cambiado nada... Soy Adam Steinberg.

—¡Adam! —exclamé emocionada. Hacía una eternidad que no lo veía. Nos habíamos conocido hacía tres años, cuando su hermano era mi profesor de baile—. Debes perdonarme, pareces otro...

Nos fundimos en un caluroso pero inapropiado abrazo. Desde que Joseph me lo presentó siempre nos habíamos llevado bien. Adam era un hombre educado pero alegre, de los que hacen reír a una chica sin ser groseros. Y en esos años había mejorado de modo sustancial. Ya no tenía aquella cara tan infantil, ahora su expresión se parecía más a la de un hombre maduro.

—No sabía que te habías alistado —comenté, mientras me acompañaba a tomar un refresco.

—Fue por casualidad, lo reconozco, pero he encontrado mi sitio y, dado que mi familia no posee títulos, me los he ganado yo solo.

Yo no estaba al tanto de los grados militares, así que inquirí con cierta coquetería:

—¿Capitán?

—No, Ornela, de momento solo teniente —me respondió sonriendo.

Le devolví el gesto y me sentí a gusto. Por supuesto, le pregunté por Joseph, al que también echaba de menos, y supe que se había trasladado a Viena para trabajar en el conservatorio como profesor. Me alegré de que le fueran tan bien las cosas, pues si bien mis cualidades musicales nunca se desarrollaron, gracias a él aprendí a apreciar la música, por lo que sabía que Steinberg llegaría lejos.

—¿Bailas? —me preguntó Adam tras charlar durante más de una hora, contraviniendo las normas sociales de conducta.

—Por supuesto.

Me llevó a la pista y enseguida conectamos. Me resultaba extremadamente fácil moverme junto a él. No en vano los dos habíamos aprendido con el mismo maestro.

Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una velada. Lo cierto era que estar entre amigos facilitaba las cosas. Sin embargo, por desgracia tuve que separarme de él y volver junto a las matronas, para no dar más que hablar.

Allí sentada, escuchando cotilleos que me aburrían sobremanera, empecé a pensar, no en lo que escuchaba, sino en que quizá, por falta de conocimientos, había una posibilidad que no había contemplado a la hora de contraer matrimonio.

Tenía claro que no podría ser un segundón y un heredero aceptable quedaba descartado, un vividor sin recursos me recordaría a Agnus y un don nadie no me convenía; pero ¿por qué no un militar?

Si lo pensaba bien, era una solución perfecta. Tendría un prestigio bien ganado, pues nadie cuestiona el uniforme. Por supuesto, una buena asignación, ya que los altos mandos estaban bien pagados; posibilidades de ascender y hasta de obtener un título y, sobre todo, lo que más me convenía: que él perteneciera al ejército me daría la libertad para ir y venir a mi antojo, ya que sus obligaciones lo mantendrían fuera de casa la mayor parte del tiempo.

También se me ocurrió que un capitán de barco podría funcionar, pero no tenía tantos incentivos.

A partir de ese instante, estuve más pendiente de los acontecimientos políticos. A Charles, por supuesto, le encantó mi repentino interés, ya que así podía explayarse conmigo. Incluso se mostraba conforme cuando invitaba a Adam a compartir con nosotros esas tertulias, pues este, como militar, aportaba un punto de vista interesante.

Durante alguna de esas charlas temí que mi amigo se alistara o que lo llamaran a filas; por suerte, la influencia de su familia y un importante desembolso obraron el milagro y Charles continuó siendo civil.

Me volví asidua de muchos eventos a los que asistían oficiales, lo que me ayudaba a proseguir mi búsqueda. Debo aclarar que esta cada vez resultaba más infructuosa, pues los que estaba de buen ver pertenecían al escalafón más bajo, lo cual tiraba por tierra una de mis aspiraciones.

—Esta noche estás preciosa, Ornela —me dijo Adam mientras bailábamos.

—Gracias, lo mismo digo —contesté, intentando no coquetear con él, algo que me resultaba difícil, pues era obvio que entre ambos había surgido una atracción.

Adam no se había insinuado directamente, pero si yo me mostraba mínimamente interesada, a buen seguro que él daría el siguiente paso.

Dudaba si debía arriesgarme, pero llevaba mucho tiempo sola, satisfaciéndome a mí misma, y debo reconocer que el placer, si bien resultaba agradable, no era ni de lejos comparable con el que obtenía con un amante.

Dejé que Adam me llevara afuera, pese a que refrescaba, y una vez allí, nos alejamos lo suficiente de las miradas de quienes podrían fastidiar aquel momento.

—Quiero besarte —murmuró él, casi pegado a mis labios—, pero temo estropear nuestra amistad. Eres importante para mí, Ornela.

Cerré los ojos y esperé. Primero con una caricia y después con dulzura, recorrió mis labios y poco a poco yo fui abriendo la boca para recibirlo. Agradecí en silencio que no se sorprendiera de que supiera besar a un hombre y Adam profundizó aún más.

Gemí y me pegué a él hasta que noté sus manos en mi trasero, sujetándome, y su erección presionando contra mi cuerpo.

—Tenemos que parar —jadeó, y me miró fijamente a los ojos.

—¿Por qué? —murmuré.

—Porque no tengo nada que ofrecerte. Dentro de poco partiré hacia el continente y...

Lo besé para que no continuara hablando y de nuevo me sentí viva. De nuevo mi cuerpo reaccionó como hacía tiempo que no lo hacía. Solo pensaba en poder estar a solas con Adam y sentirlo por completo.

Sin embargo, él no pensaba lo mismo.

—Regresemos —dijo, separándose de mí y ofreciéndome el brazo.

Yo lo acepté, aunque no disimulé mi desconcierto.

—Adam, ¿por qué no...?

—Porque te respeto, Ornela. Y no voy a levantarte la falda en un jardín a oscuras para satisfacerme y después dejarte sola. Me importas.

—Vaya... no sabía que...

—Tranquila —dijo, y me besó la mano.

Volvimos a la fiesta y, al parecer, mi indiscreción no fue objeto de comentarios, por lo que dejé de preocuparme. Lo que me seguía dando vueltas en la cabeza eran las palabras de Adam. ¿Sentía algo por mí?

De ser así, tendría que proceder de forma diferente. Si bien lo deseaba, no podía

arriesgarme. De nuevo me encontraba ante la misma disyuntiva.

¿Por qué Adam no podía ser como los otros hombres y pensar solo en sí mismo?

Su confesión lo honraba, pero tiraba por tierra mis ilusiones de encontrar un amante decente.

De nuevo en la fiesta, acepté bailar con él por segunda vez esa noche. No pude negarme y lo seguí hasta la zona de baile.

Apenas habíamos dado unos pasos, cuando nos interrumpieron.

—¿Teniente?

Nos detuvimos y Adam me soltó para dirigirse al que parecía ser su superior.

—Capitán, ¿ocurre algo?

El recién llegado me miró como si yo también fuera uno de sus subordinados y, con gesto serio, añadió:

—Me gustaría bailar con la dama.

Por lo visto, en el ejército había que obedecer, fuera cual fuese la orden, tuviera o no sentido, pues Adam se disculpó rápidamente y se retiró, dejándome con el desconocido al que había llamado «capitán».

Este me ofreció la mano para iniciar la cuadrilla, pero yo me crucé de brazos.

—¿No quiere bailar? —preguntó él.

—Supongo que es mucho pedir, pero en el ejército, entre asalto y asalto, ¿no les enseñan buenos modales?

El desconocido hizo un amago de sonrisa, pero se mantuvo serio. Parecía poco o nada acostumbrado a que cuestionaran sus órdenes y menos aún a que le llevaran la contraria.

Me lo quedé mirando. La observación era una de mis virtudes, o uno de mis defectos, según se viese. Era alto, me sacaba casi una cabeza. Moreno y de piel curtida, estaba claro que no se pasaba el día en los salones de té. Delgado, pero no con aire débil ni enfermizo. Mirada dura, de las que no admiten tonterías. Ojos oscuros, quizá denotaban cansancio.

Se diría que no era atractivo, pues no tenía ninguno de esos rasgos que los poetas describían como imprescindibles. Sin embargo, no podía dejar de mirarlo.

¿Me estaba evaluando él también a mí?

—No —respondió finalmente y volvió a ofrecerme la mano.

Negué con la cabeza.

—Lo mínimo que puede hacer, si pretende bailar con una dama, es presentarse como es debido.

—Por cómo se mueve y vuelve locos a mis hombres, dudo que usted sea una dama.

Abrí los ojos como platos ante aquel descarado insulto.

—Señor, sepa usted que no voy a tolerar ni una sola palabra más.

Hice amago de marcharme, pero él me sujetó del brazo.

—Ornela, baila conmigo.

Sabía mi nombre...

Pero lo que me hizo aceptar su proposición no fue la orden implícita, sino la forma en que lo pronunció.

Ningún otro había dicho así mi nombre.

Bailé con el desconocido, que, por cierto, se movía de forma correcta y poco más. Nada de florituras, nada de pasos elegantes. Técnicamente perfecto, pero eso era todo.

Cuando la pieza terminó, en vez de presentarse me acompañó hasta la zona de asientos libres y, con una brusca reverencia, más parecida a un saludo militar, me dejó allí. Con la duda y sin posibilidad de moverme.

—¿Estás bien, Ornela?

Tardé más de la cuenta en fijarme en Charles, que a mi lado me observaba con cara de preocupación.

—¿Ornela? —insistió.

—Perdona, estaba distraída —murmuré como disculpa.

Entre tanta gente de uniforme me era muy complicado fijarme en aquel que me interesaba, pero por suerte su altura lo hacía bien visible. Allí sentada, podía levantar el cuello y seguir la costumbre de fisgonear sin disimulo.

—Eso parece —masculló Charles, dándose cuenta de que no estaba muy conversadora.

Una de las amables matronas sentadas a mi lado, al ver que estiraba el cuello se ofreció encantada a sacarme de mis dudas.

—¿Puedo ayudaros?

—¿Conoce a todos los asistentes? —pregunté con cautela, antes de llegar al fondo de la cuestión.

Si algo había aprendido allí sentada durante tantas interminables horas era a dar conversación, a tener paciencia y a esperar a que la mujer de turno quisiera soltar la lengua. Y, la verdad, a todas les gustaba aquello de hablar del prójimo, y a ser posible mal.

—Me enorgullezco de poder conversar con cualquier invitado y dirigirme a él con corrección; no hay nada peor que errar en el tratamiento —me explicó la buena señora.

—Y, dígame, ¿conoce a aquel caballero? —Señalé uno al azar. Un hombre casi calvo, pero como comienzo podría servir.

—Si la vista no me engaña, es el comandante Swenson.

—Ah. ¿Y ese?

La mujer me miró como si estuviera mal de la cabeza, pues no entendía, y con razón, cómo una joven como yo se interesaba por vejestorios, por mucho uniforme que llevaran.

Me fue dando los nombres de quienes yo señalaba, hasta que le tocó el turno a quien en realidad me interesaba.

—Tiene buena planta, ¿verdad? —inquirió ella—; si yo tuviera veinte años menos... —Treinta o más, pensé yo, pero fingí una sonrisa cómplice para obtener lo que pretendía—. Es el capitán Gardner-Taylor.

Por educación aguanté unos minutos más la cháchara de la buena mujer, contestando con monosílabos, hasta que apareció otra matrona dispuesta darle más palique.

Ahora que sabía cómo se llamaba, solo debía averiguar el resto.

Y resultó mucho más sencillo de lo que esperaba. Al día siguiente recibí una tarjeta, sin flores, sin un presente. Solo unas letras que parecían haber sido escritas con rapidez. Nada de florituras, nada de retórica. Solicitaba una entrevista conmigo.

—No debes acceder —rezongó Camille, que andaba pululando a mi alrededor.

Como cada mañana, se ocupaba de revisar cualquier asunto relativo al buen funcionamiento de la casa, entre los cuales por lo visto me incluía, pues estaba al tanto de todo. Por suerte, solo me regañaba y no iba a ver a mi madre para advertirle de mis andanzas.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque los hombres como él son igual que los marineros, tienen una mujer en cada puerto.

—Pareces saber mucho del asunto... —dejé caer con segundas.

Lo cierto era que hasta la fecha a mi fiel doncella no le había conocido ningún amante y me parecía extraño.

—Lo suficiente para no dejarme arrastrar —concluyó ella.

Medité esas crípticas palabras y llegué a la conclusión de que lo que precisamente necesitaba yo era un hombre sin ataduras. ¿Qué me importaba lo que hacía mientras estaba fuera?

Si lo analizaba con detenimiento, la situación era perfecta para mí.

Me esmeré en mi atuendo, poniendo especial cuidado en mi vestido. Debía ser recatado, debido a la hora del día en que iba a recibirlo, y al mismo tiempo tentador. Elegí un traje de gasa verde oscuro que sumaba los dos objetivos y además tenía uno extra: era ligero. Si el capitán me proponía dar un paseo, podría, cuando lo considerase oportuno, simular que tenía frío. Nada halaga más la vanidad de un hombre que resultar útil.

Él se presentó a la hora del té. Yo lo aguardaba en la salita de recibo, sentada con la espalda recta y expectante por lo que ese encuentro podía depararnos a ambos.

Camille lo anunció y yo me puse en pie antes de hacer la consabida inclinación de cabeza. Disimulé mi impaciencia por quedarme a solas con él, pero mi doncella opinaba lo contrario.

—Ya sirvo yo, gracias —le dije a Camille.

Esta me miró entrecerrando los ojos. No se fiaba de mí o de mis modales, a saber. Y no andaba muy descaminada.

—Buenas tardes, Ornela.

De nuevo aquella voz, aquel tono que me hacía vibrar, y de nuevo aquellas confianzas. Y, por supuesto, nada de formalismos, pues no había utilizado mi apellido, como correspondería en ese caso.

Mientras cerraba la puerta, Camille se percató de ello y yo, para asegurarme de que no aparecía de improviso, me ocupé de echar la llave.

El capitán me miró con curiosidad, sin duda no esperaba semejante atrevimiento.

—Siéntese, por favor —dije.

Podría haberle indicado el cómodo sillón, pero opté por señalar el sofá en el que yo también iba a acomodarme. Lo quería cerca.

A pesar de ir ataviado de civil, seguía manteniendo su aspecto sobrio, práctico, carente de adornos. Mientras servía las tazas, lo observé convenientemente y casi

derramo el té al sentir que él no solo me miraba, sino que además lo hacía con una media sonrisa burlona.

Le entregué una taza que en sus manos desentonaba, pero al parecer tenía suficiente estilo como para saber qué hacer con ella.

—Bien... —murmuró, dejando la taza a un lado—, como comprenderás, no he venido a tomar el té.

—¿Prefiere otra cosa?

—Que me tutees, para empezar —me interrumpió.

—Teniendo en cuenta tu obsesión por el anonimato, poco más puedo hacer.

Esa respuesta hizo que sonriera abiertamente y que yo sintiera un escalofrío.

—Capitán Stephan Gardner-Taylor; ¿algún dato más? —Su pregunta iba con guasa.

Negué con la cabeza.

—Muy bien, ahora ya nos hemos presentado de un modo formal —dije, y captó mi tono irónico.

—Perfecto, entonces vayamos a lo que me ha traído hasta aquí.

Su estilo conciso podía resultar irritante, pues yo estaba acostumbrada al trato gentil, incluso zalamero; sin embargo, no me desagradó.

—Te escucho.

—Mañana por la noche —puso mala cara antes de continuar—, debo asistir a un recital. Un compromiso ineludible. Quiero que me acompañes.

Me quedé pasmada, pues no esperaba algo de esa índole.

—¿Perdón?

—Te confesaré que me aburren mortalmente todo ese tipo de actos en los que la gente va a lucir sus galas, pero es una orden y tengo que acatarla.

—¿Por qué yo?

—Porque eres la única a la que me apetece invitar. Pareces inteligente, tienes buena presencia y, al no pertenecer de una forma directa a la aristocracia, nos ahorramos los inconvenientes que eso conlleva.

Yo no salía de mi asombro. No solo por lo que me estaba diciendo, sino también por cómo, ya que sonaba pragmático a más no poder, incluso me atrevería a decir que desapasionado. Daba a entender que yo era la única opción aceptable para cumplir con una obligación. Así, sin más, me había rebajado poco menos que a una acompañante.

—Creo que no puedo aceptar tan atractiva oferta.

En vez de disgustarse ante mi negativa, Stephan sonrió como si mis palabras fueran un reto.

—¿Podrías darme un motivo de peso? —preguntó con sarcasmo.

Saltaba a la vista que a ese hombre nadie le llevaba la contraria. Pues bien, ya iba siendo hora. Me puse de pie para que se entretuviera observando mi figura y así poder dar más solidez a mis argumentos.

—No voy a acudir a un evento con un completo desconocido. No voy a arriesgar mi reputación por una invitación que ni siquiera me apetece aceptar. No, no puedo aparecer contigo en un acto público.

Había enumerado las razones por las que era una mala idea, aunque también existían unas cuantas por las que aceptaría con los ojos vendados.

Él también se puso en pie y se acercó a mí. Sin miramientos, me agarró la muñeca y me miró como si fuera hacerme un consejo de guerra o algo peor.

—Escucha, si el problema es tu reputación, te garantizo que nadie podrá reprocharte nada.

—Para ti es fácil decirlo —repliqué, y la verdad es que me sentía ridícula, pues hasta la fecha siempre había encontrado la forma de acatar las normas para después burlarlas a mi conveniencia—. A ti no te señalarán al día siguiente.

—De acuerdo, tienes toda la razón del mundo. —Tiró de mí hasta quedar casi pegados y, sin la menor vergüenza, se inclinó para susurrarme al oído—: Cenaremos los dos solos, sin testigos.

Como correspondía a una chiquilla bien educada en la modestia y el pudor, abrí los ojos como platos, pese a que los motivos de mi asombro eran bien distintos. En mi caso, lo que me sorprendió fue el descaro con que me hablaba, dando por hechas demasiadas cosas.

Solo existía una forma de pararle los pies...

Volver a comportarme como correspondía a una mujer decente.

Mi negativa surtió el efecto deseado. Puede que mi apariencia resultara contradictoria, pero el capitán Gardner-Taylor se empeñó, como todo hombre que recibe una negativa, en cortejarme, y eso me dio la oportunidad de conocerlo.

Dejando a un lado mis intereses, tuve la ocasión de saber más de él. La tradición militar le venía de familia, pues su padre, ya fallecido, había sido coronel. Su madre, viuda, vivía retirada en el campo, junto a su hermana y el marido de esta. Los veía solo en ocasiones especiales o cuando sus obligaciones castrenses se lo permitían.

También supe que tenía diez años más que yo, lo cual en principio era una información irrelevante. Según me contó, vivía solo en una modesta casa y poseía varios intereses comerciales en una empresa naviera. Deduje que sus rentas no provenían únicamente del ejército y que por tanto tenía el riñón bien cubierto.

Nunca estaba de más conocer ciertos detalles. Podían ser de utilidad en un futuro.

Puede que para muchas unir apellido y fortuna fuera imprescindible, pero en mi caso, consciente de mis limitaciones, prefería centrarme en la posición económica y esperar que su comportamiento dentro de la milicia le valiera algún que otro reconocimiento público.

Mi querido Charles, como era de esperar, no veía con buenos ojos esa relación, hasta el momento platónica, ya que por lo visto Stephan tenía reputación de donjuán. Yo no lo ponía en duda; al fin y al cabo, mi amigo podía frecuentar establecimientos y locales de buena o mala reputación y estar al tanto de las correrías del capitán.

—Se comenta que tiene una amante instalada en su propiedad —me confió Charles una tarde, mientras tomábamos el té—. No lo oculta. Dicen que es una viuda amiga de la familia.

—¿Y?

—¿No te parece escandaloso?

—De momento no, pero si quieres darme los detalles más sórdidos... —La confianza entre ambos me daba carta blanca a la hora de hablar sin restricciones, cosa que a Charles no siempre le agradaba.

—Por Dios, Ornela, tienes que cuidar más tus relaciones.

—Hasta el momento no he hecho nada escandaloso. Tranquilízate, por favor —murmuré calmada, ante el disgusto de él.

Pero lo cierto es que me moría por dejarme llevar, por no comportarme como la reprimida que nunca antes había sido.

Anhelaba sentir de nuevo las manos de un hombre sobre mi cuerpo, desnudarme ante él, desear y ser deseada, pues llevaba ya varios meses sin otro consuelo que mis propias manos. Desde luego era seguro, pero muchísimo menos placentero.

Desde que había conocido a Stephan me costaba fijarme en otros hombres, lo cual limitaba mis posibilidades de encontrar a ese amante que me proporcionara el placer que buscaba. De vez en cuando echaba de menos a Agnus, por todo lo que habíamos

vivido, pese a que al final se truncase nuestra amistad. Ese era el principal motivo por el que me mostraba tan reacia a procurarme un nuevo amante.

—Pero de seguir así pagarás las consecuencias —me advirtió Charles—. Ya he empezado a oír algún comentario malintencionado, en especial cuando te empeñas en rechazar a otros pretendientes mucho más fiables.

—Hablemos de ti. Te obstinas en buscarme un marido aceptable y sin embargo tú huyes despavorido del compromiso —contraataqué, ya que el interés de Charles era obvio. Todos los hombres que me presentaba eran, sencillamente, inadecuados, por ser hombres aburridos, feos o segundones.

—Sabes muy bien el motivo: mi familia escogerá por mí.

Sí, ese era un motivo, pero no el verdadero. Creo que los dos éramos conscientes, aunque no nos atrevíamos a mencionarlo. Yo por prudencia y él, lo más probable, por miedo a mi reacción.

Tenía en cuenta sus opiniones, pero en este caso estaba del todo confundido, pues mis intenciones no eran, ni de lejos, tener una aventura con Stephan.

Unos días más tarde, me encontraba en mi alcoba, preparándome para asistir a una velada teatral con el capitán, cuando Camille vino a verme. Sus intenciones eran claras: hacerme desistir.

Según ella, estaba poniendo en peligro mi reputación por un don nadie.

—Hablaré con tu madre si es preciso, Ornela, pero esto debe acabar.

—Sé lo que hago —respondí, con la intención de hacer oídos sordos a sus palabras.

De todas formas, era curioso cómo durante mi relación con Agnus, mucho más escandalosa en todos los sentidos, no tuve mayores contratiempos, pero cuando procedía de forma correcta, asistiendo a eventos donde estaba rodeada de público, me llovían las críticas.

—Tienes veinte años, Ornela, ese hombre te lleva unos cuantos —prosiguió Camille—; sabe mucho más de todo esto y no tendrá reparos en arruinar tu reputación para después largarse con viento fresco.

Estuve a punto de gritar «¡Ojalá!». Pero me contuve, ya que de ese modo solo echaría más leña al fuego.

Terminé de arreglarme y me miré en el espejo de cuerpo entero. Mi vestido rojo era espectacular, lástima que tuviera que llevar una capa para abrigarme. Hasta llegar al teatro, Stephan no podría admirar mi figura.

Se presentó puntual, como siempre. Me esperó en el vestíbulo y yo bajé la escalera despacio, para observarlo y ser observada por él.

—Debería ordenarle al cochero que diera un rodeo para poder tocarte —murmuró a mi lado, mientras nos instalábamos en el coche.

Me limité a corresponderle con una media sonrisa. Ni negaba ni confirmaba, pero pareció bastar. Me dio un apretón en la mano y no cambió la ruta.

Una vez en el teatro, me paseé de su brazo delante de sus compañeros y, cuando a

vi a Adam, me solté con la intención de ir a saludarlo.

Nadie podría objetar nada, pues conversar amigablemente durante unos minutos con un viejo conocido no suponía romper ninguna norma.

Adam se mostró, como siempre, encantador, pero lo que más me llamó la atención fue su distanciamiento. No sonreía como en otras ocasiones, ni me cogía de la mano, ni mucho menos dejó que lo abrazase.

—¿Qué ocurre? —le pregunté sorprendida y algo molesta por su actitud.

—Nada, querida Ornela. —Mentía con descaro y, al volverme, comprendí el motivo.

A pocos metros Stephan nos vigilaba y no parecía nada contento. Estaba junto a otros invitados, pero no les hacía caso, solo parecía tener ojos para nosotros.

Volví a dirigirme a Adam.

—Somos amigos, no entiendo por qué reaccionas así —protesté.

Ese comportamiento posesivo por parte de Stephan me pareció absurdo y ridículo.

—Será mejor que nos separemos, no quiero problemas.

—¿Problemas? —pregunté, haciéndome la ingenua.

Sabía la afición de algunos hombres, casi todos, por marcar su territorio y decirle al mundo en voz alta que algo les pertenecía. Pues bien, yo no era un objeto inanimado ni un animal, era una mujer que decidía por mí misma y no iba a consentirlo.

—El capitán Gardner-Taylor no es de los que repiten algo dos veces. Y su interés por ti salta a la vista.

—Adam, ¿no habrá sido capaz de utilizar su puesto para...?

—No le hace falta.

Me despedí de él y, para remarcar mi postura, lo besé en la mejilla, lo que me valió una mirada de asombro por su parte y otra amenazadora de parte de Stephan.

Regresé junto al capitán, que se inclinó para murmurarme al oído:

—No juegues conmigo, Ornela, o se acabó mi buen comportamiento.

Estuve a punto de gemir.

—Adam es amigo mío y no juego, solo soy amable.

Me mordí la lengua para no mencionar lo obvio, que si quisiera tener algo con él, encontraría el modo de vernos sin ojos indiscretos, pero opté por seguir en mi papel de mujer ingenua que nada sabe de esas cosas, y dejar que Stephan se sintiera como el típico hombre dominante.

Los episodios de celos no entraban en mis planes y nunca me habían gustado. Denotaban inseguridad. Además, en nuestro caso ¿qué motivos había?

Nos avisaron para que ocupáramos nuestros asientos y Stephan me sujetó de la muñeca de tal forma que nos quedamos los últimos. Al ser los rezagados de la cola, tuvimos que aguardar a que todo el mundo ocupara su sitio antes de acceder al palco, pero cuando estábamos a punto de hacerlo, él dio un paso atrás y me condujo hacia

una salita exterior.

—No puedo más, Ornela...

Sin darme opción a réplica, me apretó contra la pared y bajó la cabeza para besarme.

Me pilló tan desprevenida que por poco no terminé cayéndome. Me sujeté a él y dejé que poco a poco mi boca se fuera abriendo para recibirlo. Lo deseaba allí mismo. Su forma de ser, tan expeditiva, tan carente de florituras, me excitaba. No había delicadeza, nada de titubeos...

—Separa los labios para mí —me ordenó, pues yo intentaba controlarme, que creyera que era inocente en esas lides—. Más —gruñó impaciente.

Le di acceso total a mi boca, pero mantuve las manos quietas, a pesar de que anhelaba tocarlo y que, por supuesto, me tocara. Tuve que conformarme con palparlo de manera modesta a través de la ropa, aunque estaba segura de que cuando llegara el momento de estar frente a frente, desnudos, sería increíble.

Pero debía ser prudente. Dejarme llevar en aquel momento solo me acarrearía problemas. Cuando sentí su mano metiéndose por debajo de mi vestido, tuve que ponerle freno.

—No —gemí, retorciéndome. Me tenía aplastada contra la pared y mis movimientos se veían coartados, pero insistí—: No, por favor.

Stephan me miró un instante, como si no se creyera mi rechazo. Volvió a devorar mi boca, como si así pudiera convencerme. Permití que me besara, pero al final lo empujé.

—Yo no soy de esas —dije entre jadeos, exagerando mi disgusto, el cual era producto de mi frustración, no de su comportamiento.

Stephan pareció reaccionar. Me abrazó y sentí sus latidos acelerados, así como su erección.

Qué fácil hubiera sido ceder a la tentación, pues estaba segura de que me proporcionaría lo que buscaba. No obstante, de permitírsele podría volverse contra mí y terminar abandonada, tal como me advertían en casa.

—Lo siento, Ornela, cada vez me es más difícil apartar las manos de ti —confesó con una sonrisa triste, acariciándome la mejilla.

Yo, que aún respiraba con dificultad, no veía el momento de regresar a la privacidad de mi alcoba y ocuparme yo misma de aquella excitación tan inoportuna. Sonreí un poco, como correspondía a mi condición supuestamente virginal.

Él dio unos pasos atrás y lo vi nervioso, enfadado consigo mismo. Se pasaba la mano por el pelo, dando muestras de su malestar. Y todo por mí.

—Te pido disculpas —repitió—, yo pensaba que tú...

La acusación estaba implícita. Por mi forma de vestir, de hablar o de comportarme, Stephan había llegado a la conclusión de que caería en sus brazos al primer intento.

Mantuve un prudente silencio, pues cualquier palabra podía malinterpretarse.

Corregirlo sería tirar piedras contra mi propio tejado.

—Ornela... te deseo, te deseo desde el primer día. He intentado contenerme, mirar hacia otro lado...

No hice una mueca ante sus palabras, pues sabía lo que significaban: que me deseaba pero se había consolado con otra.

—Yo... —titubeé, era lo único que podía hacer.

—Dentro de poco tengo que partir al continente, no sé cuándo o si regresaré. Aquello es un infierno. —Volvió a situarse frente a mí, imponiéndose con su cuerpo y tocándome con delicadeza. Un contraste perfecto—. Pero tengo una cosa clara... — Recibí un suave beso, casi casto en los labios—: Quiero casarme contigo...

Ahí estaba la proposición que yo tanto esperaba.

Cerré los ojos y respiré profundamente.

—No sé qué decir... —susurré.

—Di que me esperarás, que en cuanto regrese aceptarás ser mi esposa.

Tenía ganas de gritar «¡Sí!».

—Tengo miedo...

—Lo sé, cariño, pero hazme feliz, déjame llevarme tu promesa.

Le sonreí.

—¿Estás seguro? —pregunté en voz baja. Ahora que había sucedido, tenía cierto temor a que no fuera real o que se echara atrás.

—Mañana mismo hablaré con tu familia. Daré orden de que dispongan los medios necesarios para que todo esté preparado. Te mantendré al corriente y, en cuanto me sea posible coger unos días de permiso, vendré a tu lado. ¿Me esperarás, Ornela?

Como era de esperar, mi madre se alegró por mí. También creo que se sintió aliviada, ya que al contraer yo matrimonio, se libraba de cierta responsabilidad. Ya no sufriría más pensando que algún desalmado se pudiera llevar mi honra impidiéndome hacer una boda ventajosa.

Puede que al principio la sorprendiera la noticia, pues no le había dicho nada al respecto; a veces incluso bromeábamos sobre mi futuro, ya que yo no mostraba ningún interés por los caballeros que me rondaban. Por eso se mostró encantada de que por fin fuera a abandonar la soltería y, por las miradas que echaba al artífice de aquella situación, supe que lo aprobaba. En cambio, mi padrastro mostró una fría cortesía hacia Stephan, lo consideraba poco menos que un advenedizo, pues carecía de un título nobiliario que lo respaldara como persona. Lo cual era cuestionable, pues él, aun siendo marqués, era uno de los seres más despreciables que yo había tenido la desgracia de conocer. Sin embargo, mi prometido le dio toda una lección de saber estar al insinuarle que pocos hombres tenían el valor de alistarse y vivir de su valía, en vez de refugiarse tras un título.

Algún día le contaría que mi padrastro lo había obtenido debido a una extraña carambola del destino en la que la principal ninguneada había sido mi madre al nacer mujer y no hombre. Una injusticia más de tantas con las que nos tocaba vivir.

Nuestro compromiso se hizo oficial y Camille, ahora más tranquila, nos dio su aprobación, por lo que ya no insistía en advertirme sobre los peligros. Aunque no dudó en avisarme de nuevo acerca de los riesgos de casarme con un hombre que pasaría la mayor parte de nuestra vida conyugal fuera de casa, exponiéndose así a la tentación.

Charles, en cambio, pese a alegrarse por mí, se excusó con un ficticio viaje de negocios para alejarse, y eso que yo hubiera querido saber el paradero de la supuesta viuda amante de mi prometido. Aunque imaginé que Stephan, como todos los hombres, sabría poner fin a esa relación. Otro cantar era que luego la retomara, una vez que se cumplieran los objetivos, como tener descendencia.

Tras anunciar nuestro próximo enlace ya podíamos asistir juntos a eventos, eso sí, con la debida supervisión. Yo hubiera podido gritar a los cuatro vientos que no se preocupasen, pues yo era la primera en comportarme con la decencia exigida, pero al final acatamos las normas.

Hecho que a él lo hacía refunfuñar como a una vieja, ya que, como siempre me decía: «Te quiero para mí solo». Yo lo entendía, aunque a la menor oportunidad me tocaba o me provocaba con palabras calientes.

—Ornela... me tienes en perpetuo estado de excitación.

—Contrólate —le respondía, sin mencionar que yo andaba en un estado parecido.

Sus caricias hacía mucho tiempo que habían dejado de ser fortuitas, pues no solo me tocaba siempre que la ocasión lo requiriera, sino que además aprovechaba cualquier

oportunidad para dejar las manos sobre mi cuerpo más tiempo de lo necesario. Cuando me acompañaba a mi asiento en el teatro, la posaba sobre la parte baja de mi espalda, y si no había nadie detrás, terminaba en mi trasero. Cuando me acompañaba a casa, tras una salida vigilada, se las arreglaba para que fuéramos solos en el carruaje y así podía besarme a su antojo.

El día que visité por primera vez la residencia de Stephan no vi ni rastro de presencia femenina, a excepción de las dos alcobas acondicionadas para cuando lo visitaban su madre o su hermana. Me mostró toda la propiedad diciéndome que ya podía considerarla como mía. Puede que fuera modesta en comparación con otras casas, pero estaba bien diseñada, equipada con lo más moderno y disponía además de un estupendo terreno posterior. El servicio lo constituía un matrimonio que se ocupaba de las labores de la casa en general, un jardinero y una asistenta. A pesar de que tenía vía libre para contratar más personal si lo consideraba necesario, decidí que solo Camille se uniría a nosotros.

—¿Qué te parece? —inquirió Stephan, al detenernos en el que sería mi dormitorio, anejo al suyo, por supuesto, tras un largo recorrido por todas las estancias—. Cambia lo que quieras, siéntete cómoda, por favor, Ornela.

Su preocupación era conmovedora, pues estaba a punto de embarcarse sin saber la fecha de regreso. Yo no quería ni pensarlo. Eran muchos los que no volvían, o peor aún, los que lo hacían mutilados.

La segunda probabilidad me quitaba el sueño.

—Me gusta —murmuré con sinceridad.

Puede que, al trasladarme, yo hiciera algún retoque, pero en general me gustaba todo. Además, mis prioridades no eran dedicarme a la decoración, sino a vivir la vida con el estatus de mujer casada, lo que me permitiría una libertad de movimientos y de decisión de la que ahora no disponía.

Stephan sonrió, me rodeó la cintura con un brazo y me pegó a él. Saltaba a la vista que su intención era adelantar la noche de bodas, pero yo no podía consentirlo.

Me besó como siempre, con aquella mezcla de fuerza y pasión que me encendía como nunca antes. Le permitía tal atrevimiento, pese a que después me sintiera frustrada.

—Ornela... —gimió, buscando cada punto sensible de mi cuello y oreja.

—Ya falta menos —respondí.

Estábamos en un dormitorio y teníamos la tentación en forma de cama a menos de dos metros.

—No veo el momento de hacerte mía.

Esa frase nunca me había sonado bien, pues implicaba la posesión que tanto me desagradaba. Las personas no son propiedad de nadie.

En vez de corregirlo, fui yo quien lo sorprendió tomando la iniciativa. Busqué su boca y lo besé, dejando claro que también deseaba que nuestro primer encuentro se desarrollara cuanto antes.

—Stephan... —gemí, convencida de que el tiempo pasaría volando y que él regresaría sano y salvo.

Me acarició la cara y, a sabiendas de que no avanzaríamos más, se separó y me ofreció el brazo, con la idea de abandonar la alcoba y la tentación.

Una semana más tarde, Stephan partía hacia el continente. Yo me quedé en mi casa, con la única compañía de Camille. Tenía por delante toda una serie de preparativos para que el día de mi boda fuera perfecto, pero las noticias que llegaban de lo que ocurría en Europa no resultaban halagüeñas. Faltaba poco para finalizar el año y los periódicos hablaban de la batalla de Austerlitz como un gran revés para la coalición que luchaba contra Bonaparte.

Yo no recibía noticias de Stephan, pues él no había querido darme datos concretos sobre sus actividades, así que tenía que morderme las uñas esperando que nunca llegara una carta del Estado Mayor comunicándome una desgracia.

Pese a que estaba en desacuerdo con mi boda, pude contar con el apoyo incondicional de Charles, que al parecer había dejado a un lado su rencor personal para dar paso al sentimiento patriótico. No quedaba bien entre su círculo social desprestigiar a un capitán.

—Todo es un sinsentido —murmuré con rabia, tras la explicación que él me había dado sobre movimientos tácticos y otros detalles—, una pérdida de tiempo y de dinero. ¿Qué más les da a las potencias europeas lo que haga Napoleón en Francia?

—Si se quedara dentro de sus fronteras, hasta se podría pasar por alto, pero pretende mucho más.

—¿Por ejemplo?

—Aparte de la excusa de expandir sus ideas revolucionarias, lo que se juega es la hegemonía en el continente y por ende los ingresos comerciales que de ello se derivan.

—O sea, que nada de romper con las antiguas tradiciones; ¿solo busca el dinero?

—Sí, así de simple. Controlando el Mediterráneo, tiene a su disposición todo el comercio y lo que eso genera. Después está la Europa central y su riqueza manufacturera y por último el comercio con América. No te confundas, Ornela, un emperador que ha dado un golpe de Estado no busca liberar a su pueblo, busca el poder económico y no duda en llevarse por delante a quien haga falta.

—Visto así...

—Además de sus aires megalómanos, por supuesto. ¿O crees que a las familias de los miles de soldados franceses les gusta la idea de mandar a sus jóvenes al frente?

—Supongo que no —admití y empezaba a tener dolor de cabeza.

No quería pararme a pensar en todo aquello. Mi egoísmo solo pretendía que Stephan regresara cuanto antes, sano y salvo.

Hasta después de Año Nuevo no recibí correspondencia de mi prometido. La carta había sido enviada a mediados de diciembre, por lo que lo que en ella se contaba había perdido toda vigencia. Sin embargo, la abrí presa de la impaciencia por

saber algo de él.

Querida Ornela:

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien. No dejo de pensar en ti y en el momento en el que por fin podamos reunirnos.

No voy a aburrirte con los detalles de esta horrible y estúpida contienda en la que me veo atrapado. Solo recordarte cada día me hace más llevadero el cansancio.

Por fortuna, hasta el momento no he tenido grandes contratiempos, lo cual me hace pensar que a no mucho tardar me darán ese permiso que tanto ansío.

Confío plenamente en ti para que todo esté dispuesto. No pienso perder ni un segundo. En cuanto regrese a tu lado, iremos directos ante el sacerdote.

Me gustaría explicarte más cosas en mis cartas, pero el don de la elocuencia no es lo mío. Solo decirte que pienso en ti, que te deseo como nunca he deseado a ninguna otra y que conocerte es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Tuyo,

Stephan

No sé las veces que releí ese papel. Miraba la fecha, 15 de diciembre de 1805, y después el calendario. No volví a recibir ninguna otra misiva hasta finales de marzo. En ella me explicaba que por fin le habían concedido el permiso. Eso significaba que antes de cumplir los veintiuno sería una mujer casada.

Todo estaba listo. Mi madre, al disponer de los fondos que mi futuro marido había dejado para la boda, se encargó de todos los detalles, porque a mí, a medida que pasaban los días, se me hacía más cuesta arriba.

Mi impaciencia me hacía responder de mal humor o no acudir a las pruebas del vestido.

Deseaba estar como nunca en ese día tan especial, pero el desánimo iba haciendo mella en mí, pues estábamos a mediados de abril y no tenía ninguna noticia de él.

No me atrevía a anunciar una fecha por temor a que Stephan no pudiera llegar a tiempo y hacer el ridículo más espantoso. Pero cuando más desesperada estaba, recibí una visita inesperada.

Se trataba de William Perlman, que se me presentó como el mejor amigo de mi prometido. También era militar y me anunció que sería su padrino de boda. Yo no quise desconfiar, pero me extrañó, ya que Stephan nunca me había hablado de él.

—Toma, es de Stephan. —Me entregó unos documentos, en los que reconocí la letra y comprobé que las palabras del hombre eran ciertas.

—Tengo el dudoso honor de ocupar su puesto hasta que desembarque.

—¿Su puesto? —pregunté sin comprender.

Por lo visto, tenía ante mí a otro canalla dispuesto a tomarme el pelo.

—Efectivamente. Somos de constitución parecida y supongo que serviré a la hora de que el sastre dé los últimos retoques.

Fruncí el cejo. No me gustaba nada la idea de que otro ocupara su lugar, aunque fuera en un asunto tan nimio.

El señor Perlman no me quitaba ojo, sin duda alguna, estaría adaptando la descripción que le habría dado Stephan de mí a sus propias conclusiones. Yo hice lo

mismo. Sin duda tenía buena planta. Quizá su aspecto general era más refinado que el de su amigo, pero lo que en otro tiempo me hubiera parecido atractivo, ya no lo era tanto. Prefería la rudeza de mi capitán.

—Muy bien —accedí finalmente—, avisaré al sastre para concertar una cita con él. ¿No tiene ningún otro mensaje para mí?

—Creo que mi querido amigo se ha mostrado más reservado en ese punto de lo que debería. Aunque ahora entiendo su impaciencia. Y por qué, después de tanto tiempo, desea caer en las garras del matrimonio.

—¿No lo aprueba? —repliqué, alzando la barbilla.

No me apetecía lo más mínimo tener a alguien contrario al matrimonio tan cerca del que sería mi marido, metiendo cizaña o alentándolo a comportarse de forma inapropiada.

—Sí —murmuró sin rastro de burla—. Solo espero que sepa entenderlo y hacerlo feliz, querida señorita Chavanel.

Su falta de respeto no me sorprendió. Pronunció mi apellido a sabiendas de que en breve dejaría de usarlo.

—¿Y cree que no seré capaz de satisfacerlo?

—Me temo que en ese punto solo él tiene a su alcance los medios para comprobarlo.

Con una inclinación de lo más burlona y un guiño provocador, se despidió de mí no sin antes darme otro buen repaso con la vista.

Poco después, recibí la visita de Charles, al que pedí, con el estómago encogido, que fuera él quien me acompañase al altar. Nada me haría más feliz, pero me arriesgaba a causarle cierto dolor. Sin embargo, la sola idea de ir del brazo de Austin me revolvía por dentro.

Como yo esperaba, Charles se tragó su orgullo y aceptó encantado.

Ahora que todo estaba resuelto, solo fallaba un pequeño detalle: el novio.

Mi prometido no dio señales de vida hasta mediados de abril de 1806.

Cada día que pasaba sin recibir noticias, mi nerviosismo se acrecentaba, al tiempo que mi mal humor. Me mostraba irascible y reconozco que mis contestaciones y mi comportamiento dejaron mucho que desear. Sin embargo, no podía con aquella incertidumbre.

Estábamos en la última semana y con todo a punto... y por fin apareció. No obstante, Stephan volvió cansado, desmejorado. Según me informó William, había perdido bastante peso, y quería reposar unos días antes de verme. Entendí sus deseos a la perfección y los respeté. Mientras tanto, me ocupé de fijar la fecha definitiva para nuestro enlace, el 30 de abril.

Aunque fue Stephan quien interrumpió su necesario descanso y me mandó una nota pidiéndome vernos a solas. Reconozco que sentía cierto temor a que en esos meses separados hubiera cambiado de idea, o que su carácter, debido a las consecuencias de la guerra, se hubiese agriado. Pero no me refugié en excusas inútiles y accedí.

Camille insistió en acompañarme. Para ella, guardar las formas lo era todo, y me repetía frases como: «Da igual que sea tu prometido, puede suceder lo inesperado y quedarte compuesta, sin novio y con la reputación cuestionada».

Desde luego, a pesimista no la ganaba nadie. Lo cual me hacía preguntarme por la clase de vida que habría llevado. Al fin y al cabo, tenía una edad similar a la de mi madre, por lo que alguna que otra experiencia habría tenido. Un día tendría que sentarme con ella y hablar, aunque seguramente no abriría la boca.

Podría recurrir a mi madre y preguntarle y de paso saber qué era lo que tanto las unía a ambas, que pese a mil y una vicisitudes siempre se mantenían juntas. Puede que a veces estuvieran en desacuerdo, pero nunca se enfadaban ni mucho menos rompían su relación. De ahí que mi padrastro castigase a nuestra amiga no permitiéndole vivir junto a mi madre, como seguramente sería el deseo de ambas.

La tenía yo a mi disposición, cortesía de mi padrastro, que por lo visto no deseaba que lo tildaran de avaro. Pero esa situación tenía los días contados, pues en breve sería obligación de mi esposo procurarme tales comodidades.

Llegué a la residencia que pronto constituiría mi nuevo hogar y me atendió el ama de llaves, con la que ya había entablado cierta amistad. Durante mis visitas para ir trasladando mis cosas o comprobar detalles, siempre me acompañaba y poco a poco me fue demostrando su confianza. Ni que decir tiene que me alegré; no sería la primera vez que el servicio hacía la vida imposible a la nueva señora al considerarla inapropiada para el señor.

—Buenas tardes, señorita Chavanel, ¿cómo le va? —preguntó con amabilidad, mientras sujetaba la puerta para que yo entrara.

—Estupendamente, gracias. ¿Puede avisar al señor de que he llegado?

—¿Le apetece un té?

—No, gracias, muy amable.

—La está esperando. Suba, por favor.

No hizo falta que me acompañara, pues conocía al dedillo la distribución de la casa.

Llamé con suavidad a la puerta y esperé.

Al no obtener respuesta, dudé durante unos segundos si debía entrar. Al fin y al cabo, seguía siendo un hombre soltero y, aunque solo estuviera el personal de servicio, nunca estaba de más observar las normas.

Empujé la puerta y entré con cuidado para no sobresaltarlo, en caso de que estuviera despierto. Todas las cortinas estaban recogidas, por lo que difícilmente podría dormir con tanta luz en la estancia. Me relajé; no me apetecía verlo en la cama, ni comprobar si dormía desnudo.

—Ornela, ¿eres tú?

Lo oí llamarme y sonreí. Su tono sugerente me gustó. Sí, definitivamente me estaba esperando. Y yo a él...

Miré a mi alrededor, aquel era su espacio. Fue inevitable fijarme en la puerta que comunicaba su dormitorio con el mío. Ya me había encargado de comprobar que no tenía pestillo por ninguno de los dos lados.

—Sí, soy yo —dije, al darme cuenta de que no le había respondido y que llevaba allí unos minutos sumida en mis pensamientos.

Me senté en un silloncito y esperé a que apareciera, con toda probabilidad se encontraba en el excusado. Me pareció ridículo, pero opté por no mirar más de la cuenta, pese a que en breve lo compartiría todo con él.

—¿Qué haces que no vienes?! —gritó.

Por lo menos su tono era el de siempre. Alegre, provocador. Bueno, eso podía considerarse una noticia agradable.

—Mejor espero a que acabes —respondí toda modosa, como corresponde. No alcé la voz, simplemente dije lo más razonable.

Stephan tardó unos segundos en responder.

—Preferiría que me echases una mano.

Entonces pensé lo peor. ¿Qué le había ocurrido? ¿Ese era el motivo de querer verme a solas? ¿Por esa razón aún no se había dejado ver en público?

Con un nudo en la garganta, me puse en pie. Resultaba absurdo pero seguía con la capa, el sombrero y los guantes puestos, así que, con manos temblorosas, me los quité, para enfrentarme a lo que tuviera que ver. Lo dejé todo sobre el sillón y me armé de valor. Iba a necesitarlo.

Respiré hondo y fui poniendo un pie delante de otro hasta traspasar la puerta que daba acceso a la zona privada.

Me preparé para lo peor.

Abrí los ojos como platos.

Con una sonrisa perversa y burlona, Stephan me miraba desde una enorme bañera en la que la espuma brillaba por su ausencia y desde donde me ofrecía una privilegiada vista de lo que a no mucho tardar podría disfrutar.

No pude apartar la mirada y él se dio cuenta.

Tragué saliva y me di la vuelta, un poco tarde, la verdad, pues me había quedado pasmada. Un comportamiento poco o nada aceptable para una señorita que está a punto de casarse y que supuestamente no tiene conocimiento carnal.

—Ornela, no seas tímida —dijo, sin esconder su regocijo por verme en tal aprieto.

—¿Para qué me necesitas? —pregunté sin volverme, pese a que lo deseaba.

—¿Tú que crees? —replicó en el mismo tono guasón y yo salí escopetada de allí, o acabaríamos adelantando los acontecimientos—. Después de tantos días en los que un baño era un sueño, ahora me apetece disfrutarlo y si además me frotas la espalda...

Su sugerencia resultaba toda una invitación que aceptaría con sumo gusto, pero que de nuevo debía rechazar con la mejor de mis sonrisas tímidas.

—Te espero aquí fuera a que termines.

Sus carcajadas fueron una puñalada, sin embargo, me mantuve firme.

Regresé a un lugar más o menos seguro, convencida de que aquello solo eran pruebas a las que debía enfrentarme antes de poder vivir tal como deseaba. Mi boda me proporcionaría el estatus que buscaba y, con un poco de suerte, Stephan, tras los primeros meses, me dejaría tranquila, como hacen la mayoría de los esposos una vez que la novedad ha dejado de serlo. Entonces yo podría dedicarme a los placeres que considerase oportunos, manteniendo las formas y evitando escándalos. Por supuesto, él tendría las mismas prerrogativas y yo no me enfadaría por ello.

Él tardó bien poco en abandonar su baño para seguirme.

—Nunca pensé que fueras una mujer tan tímida, querida —dijo a mi espalda.

Me di la vuelta, porque quería que hablásemos cara a cara, y de nuevo contuve un gemido al verlo ante mí, solo con una toalla alrededor de las caderas; despeinado y húmedo.

Qué difícil se me iba a hacer lo de no implicarme emocionalmente con él.

—Así es como debe ser —respondí y me sentí estúpida.

—Pues ya puedes empezar a variar ese punto de vista —replicó, riéndose a mi costa.

Hecho que, por otra parte, no parecía enfadarlo. Para Stephan, con toda seguridad, la timidez e ingenuidad que mostraba solo venía a confirmarle sus expectativas de que se casaba con una mujer dócil a la que podría moldear y yo no quería salirme de ese guion.

Sobre la cama habían dispuesto su ropa y yo rezaba para que se cubriera cuanto antes. La única ventaja de toda aquella situación era que, aparte de deleitarme la vista, podía comprobar por mí misma que no tenía ninguna herida.

Él, actuando como siempre, me rodeó con un brazo para atraerme hacia su cuerpo y, tras sonreírme y acariciar mis labios con los dedos, me instó a que los abriese antes de besarme.

Cerré los ojos y durante unos minutos me permití dejarme arrastrar por aquella estupenda sensación. Si algo me gustaba de él era su forma de llevar la voz cantante, de hacerse con las riendas de la situación sin que yo apenas me diese cuenta. Sabía lo que quería e iba directo a por ello.

—Será mejor que me vaya... —gimoteé, encantada de poder tocar su piel desnuda.

La sensación me gustó mucho y me demoré todo lo que pude antes de interrumpir el contacto.

—No. Tú y yo tenemos algo pendiente... —murmuró él, empujándome con su cuerpo hacia la cama, o, dicho de otro modo, hacia la perdición.

Con aquella habilidad de la que ya había dado muestras, metió una mano por debajo de mi fino vestido de muselina hasta llegar a la unión de mis muslos, rozándome por encima de la ropa interior de algodón. Si no se detenía en breve, mi excitación traspasaría la tela, él se sentiría victorioso y cualquiera le decía entonces que aquello debía parar.

—Por favor... —jadeé.

Era tan injusto. Lo deseaba con todo mi ser, pero era del todo contraproducente, pues mi comportamiento debía ser todo lo recto que se esperaba de una mujer como yo. No podía permitir que él se hiciese una idea equivocada de mí.

¿Qué pensaría si descubría que no era virgen?

Pocos hombres, o ninguno, aceptarían tal circunstancia de una mujer soltera, así que mi única opción era detenerlo.

Pero besaba tan bien... sabía qué zona presionar para tenerme rendida. Parecía poseer un sexto sentido a la hora de tocar cada resorte que me encendía más y más, hasta tal punto que cuando me quise dar cuenta, estaba acostada en la cama, con él a un lado. Eso sí, por suerte aún vestida.

—Stephan, para, por favor —supliqué, aunque mi voz sonaba más a otro tipo de ruego.

—No me pidas eso, Ornela. Te deseo, no sabes la de noches que he soñado que por fin te tenía desnuda en mi cama, con tu dulce cuerpo a mi disposición... —musitó, mientras sus labios atrapaban el lóbulo de mi oreja.

Volví a gemir, excitada al máximo.

—No puede ser —insistí, esperando que él mostrara un poco más de sentido común que yo, pues el mío me había abandonado nada más verlo desnudo.

—Eres tan deliciosa... —beso hambriento y desesperado—, tan adictiva. —Su mano entre mis piernas, frotando mi sexo sin compasión—. Quiero desnudarte, sentir cómo tu cuerpo reacciona a mis caricias...

Aquello era injusto y a la vez tan excitante...

—Recorreré con la boca cada poro de tu piel y te saborearé, querida Ornela. Disfrutarás en mi cama, me suplicarás que pare, que siga, que vaya más allá...

Yo no tenía ninguna duda al respecto.

—Me clavarás las uñas en la espalda mientras entro en ti, mientras me acoges en tu dulce sexo, que, por supuesto, lameré encantado...

A ideas no lo ganaba nadie...

—Estás húmeda, lo noto. Me deseas. Tus pezones, que me muero por chupar, están duros, para mí, solo para mí...

Apartó la tela del escote, decidido a cumplir sus promesas, y yo no pude más.

Sintiéndome miserable por ello, me concentré en lo más triste que recordaba para que las lágrimas acudieran a mis ojos. Giré la cabeza a un lado y dejé mi cuerpo inerte. No emití ni un murmullo.

Stephan tardó bien poco en percatarse. Se apartó de mí y me sujetó la barbilla para que lo mirase; vi su cara de angustia ante lo que parecía un terrible sufrimiento.

Se apresuró a acariciarme las mejillas, a darme un suave beso en los labios y me ayudó a incorporarme. La culpabilidad que se reflejaba en su rostro aumentó mi sentimiento de mezquindad, sin embargo, no podía proceder de otro modo.

—No llores, Ornela...

Su mano, áspera, me acariciaba con una delicadeza sorprendente.

Y yo, como la rastrea número uno que era, dejé que me consolara.

Nuestra boda supuso un gran revuelo, ya que mi padrastro, sin perder la oportunidad de llamar la atención, hizo todo lo posible para que el número de asistentes superase con creces mis expectativas. Lo cierto era que no conocía a la mayoría, pero dejé que todos me felicitaran por mi enlace.

Cuando alguna matrona susurraba algo así como «Tendrán unos niños preciosos», yo fingía, primero ignorancia, pues no debía saber nada al respecto, y después emoción, ya que era otra de las obligaciones conyugales a las que debía someterme con sumo gusto. Por supuesto, mi recién estrenado marido esbozaba al oírlo una sonrisa de oreja a oreja.

Solo hubo una nota triste en todo aquello y fue ver a mi mejor amigo distante, observándome como si no se lo creyera. A pesar de todo, Charles cumplió su papel a la perfección y fue realmente emocionante caminar hacia el altar cogida de su brazo.

—No veo el momento de que todo esto acabe y podamos retirarnos —susurró Stephan a mi lado, mientras estrechaba manos y recibía felicitaciones.

Yo me limité a sonreír y eso pareció complacerlo.

Busqué a Charles con la mirada y, cuando lo localicé, me disculpé un instante dejando solo a mi esposo, que se mostró extrañado por mi interés hacia mi padrino.

—Eres una novia preciosa, mi querida Ornela —me dijo Charles con una sonrisa triste.

—Espero que pronto seas tú quien pase por el altar. Nada me gustaría más que verte pronunciar el «sí quiero».

—Me temo que esa posibilidad es bastante remota. Me gustaría bailar contigo una última vez antes de que tu esposo te reclame.

Acepté bailar con él y le murmuré que nada ni nadie me podrían impedir volver a hacerlo.

Una vez finalizada la pieza, Charles me acompañó hasta donde se encontraba Stephan y se despidió de nosotros. Ambos hombres se dieron un frío apretón de manos y, la verdad, me sentí molesta. No era el momento, pero más adelante Stephan tendría que entender que yo no podía dar la espalda a quienes consideraba amigos.

Cuando Adam se acercó a felicitarnos, noté la tensión en mi marido. No entendía el motivo, ya que nuestro comportamiento distaba de ser impropio y, desde que se anunció nuestro enlace, Adam solo se había dirigido a mí con educación, sin ninguna muestra de confianza que pudiera molestar a su capitán, o insinuar que entre ambos hubiese otro tipo de relación.

En cambio, cuando fue Joseph quien nos deseó lo mejor y me besó en la mejilla, Stephan ni se inmutó, ya que por alguna extraña razón conocía el secreto de mi antiguo profesor de baile. Lo cual llevó a establecer una teoría sobre los celos infundados o ese ridículo sentimiento de propiedad que se habían instalado en mi esposo.

—¿Qué te ocurre? —inquirió al verme con semblante serio, mientras me acompañaba a la zona donde se celebraría el banquete.

—Has sido descortés y maleducado con Adam Steinberg. Somos viejos amigos y no entiendo tu comportamiento —le recriminé, aunque debería haber mantenido silencio para no estropear el ambiente. Sin embargo, debía dejar clara mi postura para el buen funcionamiento de nuestra relación en el futuro.

A Stephan no le gustó nada mi comentario y frunció el cejo.

—Vaya, qué pronto sacamos las garras —gruñó, manteniendo una falsa sonrisa para que los invitados no se dieran cuenta de nuestra primera desavenencia.

—No tenías motivos.

—Steinberg está acostumbrado a que todas las damas habidas y por haber se rindan a sus encantos, y tú, desde tu ingenuidad, puedes ser una de ellas.

—Estás completamente equivocado —murmuré, sin dar más detalles pues, de hacerlo, sospecharía.

—Olvidemos este asunto, ¿de acuerdo? —propuso y yo asentí.

No tenía ningún sentido discutir por algo así en nuestro primer día de casados.

Luego ya veríamos cómo podría explicarle que no iba a permitir que me controlase de ese modo.

El resto del día lo pasamos de aquí para allá, atendiendo nuestros compromisos y hablando con la mayor parte de los asistentes. A medida que algunos empezaban a marcharse, mi inquietud se hacía más palpable, pues debía afrontar la noche de bodas.

Cierto que deseaba acostarme con él, estar de una vez bajo su cuerpo y disfrutar de los placeres del lecho conyugal, pero tenía clara una cosa: no podía mostrarme tal como me sentía, pues si no, Stephan se preguntaría cómo había aprendido tales actitudes una mujer virgen.

—Ornela, cariño, hablemos un momento a solas —me pidió mi madre, apartándome de mi esposo.

Intuí el motivo; no obstante, me hice la despistada para que ella pudiera cumplir su papel de madre.

—Sé que nunca hemos hablado de esto, pero también sé que no eres una mujercita impresionable y débil. Ornela, cariño —me acarició con la ternura que solo una madre puede ofrecer, antes de continuar—, espero de todo corazón que seas feliz. Entiendo que por tu carácter te costará asimilar ciertos aspectos del matrimonio, pero procura ser paciente con tu marido y no enfadarlo. Estoy segura de que sabrás adaptarte.

—Gracias, mamá...

—Y una cosa más... Esta noche... sé tú misma. Olvídate de lo que hayas oído por ahí. No tengas miedo. Una mujer jamás debe acudir al lecho de su esposo con miedo.

Me besó y me abrazó, dejándome impresionada. Yo esperaba la típica conversación incómoda, plagada de dobles sentidos, y en cambio mi madre me había

sorprendido hablándome con madurez.

Respecto al asunto de ser paciente, ahí sí intuía que me sería complicado. No quería convertirme en la marioneta sin voluntad de un hombre. Y en relación con el aspecto íntimo que conllevaba el matrimonio, tenía muy claro cómo asumirlo. No sentía un miedo propiamente dicho, pero sí el convencimiento de que sorprender a mi esposo en la noche de bodas solo me traería complicaciones.

Antes de irse, Austin se me acercó para hacer el paripé y demostrar lo encantado que estaba con mi matrimonio. Y no mentía, pues casándome se quitaba de encima una incómoda responsabilidad y un gasto anual.

Cuando quiso darme un abrazo «paternal», yo me aparté con discreción. Todos los presentes se percataron de mi maniobra, en especial mi marido, que arqueó una ceja. Ya tendría tiempo más adelante de ponerlo al día sobre la clase de persona que se escondía bajo el título de marqués de Beldford. Aunque, por lo poco que lo había tratado, Stephan ya se había hecho una idea.

—Amigo mío, espero que la noche te sea propicia —fue el jocoso comentario de William al despedirse de nosotros.

—La duda ofende —respondió Stephan con una sonrisa radiante.

Por supuesto, pasó por alto el tono insolente de su amigo, cosa que de haber sido otro, habría supuesto un duelo al amanecer.

Yo había aceptado bailar con William para no enfadar a Stephan, pero mientras ejecutaba los pasos con él, no pude relajarme, ni mucho menos divertirme, pues no dejaba de mirarme como si mi marido no estuviera presente. Al parecer, confiaban plenamente el uno en el otro, puesto que Stephan no dio muestras en ningún momento de malestar, y eso que William se me comía con los ojos sin disimular un ápice.

Durante el trayecto de camino a nuestra casa, noté las miradas constantes con las que Stephan intentaba caldear el ambiente. Se deshizo de mis guantes para jugar con la palma de mi mano. Me acarició la cara interna del brazo y me besó en el cuello, justo donde latía mi pulso, el cual, como era inevitable, estaba más acelerado de lo habitual.

Cuando llegamos, nos esperaba el servicio para darnos la enhorabuena. Les sonreí a todos con afecto, pero la impaciencia de Stephan hizo que no pudiera agradecerles el detalle cómo debería.

Él literalmente tiró de mí hasta llegar a la puerta de mi alcoba. Allí, en vez de cogerme en brazos, como manda la tradición, me aprisionó contra la madera para besarme de forma expeditiva, dando a entender que no admitía más demoras. Me deseaba y esperaba que yo me comportase como una esposa complaciente.

—Diez minutos —gruñó junto a mi oído—, tienes diez malditos minutos para prepararte.

Me lamió la oreja como adelanto de lo que iba a suceder, después accionó el picaporte y me miró, dejando claro que no admitiría ningún retraso, y con gesto

insinuante me empujó dentro, cerrando a mi espalda.

Respiré hondo. Estaba nerviosa, no como otras recién casadas, en mi caso la razón era bien distinta. Por todos los medios debía controlar mis impulsos y fingir lo que no era.

En ese instante llamaron a la puerta con un suave golpecito.

—Adelante —murmuré.

Camille entró. Nos miramos y ella procedió a desvestirme.

Sobre la cama tenía dispuesto todo mi vestuario, que consistía básicamente en el camisón más horrendo que una se pueda imaginar. Abotonado hasta el cuello y largo hasta los pies.

Nunca antes había utilizado una prenda como aquella, a pesar de que en mi ajuar disponía de unas cuantas. Me limitaba a ponérmelo delante del servicio y después, una vez sola, me desnudaba. No hay nada como dormir sin ninguna prenda sobre el cuerpo, disfrutar del tacto de las suaves sábanas y prescindir de esos antiestéticos camisones.

—¿Tienes alguna pregunta? —inquirió Camille, mientras me cepillaba el pelo.

—No —respondí, pues no me apetecía escuchar una disertación sobre mis obligaciones conyugales—. Además, mi madre ya me ha hablado de ello.

—Ornela, eres como una hija para mí.

—Lo sé... —susurré, sonriéndole a través del espejo.

—Por eso quiero que tengas presente una cosa. Esta noche, cuando recibas a tu esposo, procura ser sincera con él. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Es un hombre y a veces los hombres, buscando su propio placer, lo atropellan todo. Pero si hablas con él y le explicas lo que tu cuerpo siente, todo será más fácil.

Sus consejos llegaban un poco tarde, aunque analicé sus palabras y me di cuenta de que Camille, pese a haber pretendido tranquilizarme pensando en mi inocencia, me había facilitado sin querer la manera de hacer todo aquel trámite más llevadero.

Hasta el momento, Stephan se había mostrado bastante comprensivo, así que en esta situación no tenía por qué ser diferente, aunque, la verdad, su impaciencia por desnudarme podía jugar en mi contra.

—Gracias —dije.

Me puse en pie y la abracé. Puede que en el día a día Camille fuera una especie de madre superiora dispuesta a corregirme en todo cuanto hacía, pero a la hora de la verdad sabía estar a la altura de las circunstancias.

—Y... ¿Ornela?

—¿Sí?

—Disfrútalo.

Con ese último consejo, salió de mi dormitorio con el mismo sigilo de siempre. Suspiré. Si todo fuera tan sencillo...

De nuevo a solas, me ocupé de otro asunto de vital importancia. Estaba segura de que a Stephan no le haría ninguna gracia y por ello decidí no mencionárselo. Busqué

entre mis efectos personales y saqué el pequeño estuche donde guardaba las esponjas que había empezado a utilizar durante mi relación con Agnus. Él fue quien, a través de su amiga prostituta, me explicó cómo debía usarlas para evitar el embarazo. Me las coloqué y, tras comprobar que estaban en su sitio, apagué las velas y me metí en la cama. Me arropé hasta la barbilla y me quedé allí tendida, con las manos sobre el pecho, a la espera de que apareciera mi esposo, atenta a cualquier ruido de la alcoba contigua.

Oí el suave chasquido de la puerta, seguido de un fuerte golpe que me sobresaltó. Tragué saliva y en el acto caí en la cuenta de lo que había ocurrido.

—Pero ¿quién cojones ha apagado todas las velas? —refunfuñó Stephan de mal humor.

En la oscuridad solo distinguía su silueta y vi cómo se movía a tientas por la estancia hasta llegar a la chimenea y encender una vela. Se frotó la espinilla y frunció el cejo.

Nos miramos.

Él se había quitado su magnífico traje de gala y ahora solo llevaba una bata de color burdeos. No hacía falta comprobarlo, a buen seguro debajo estaba desnudo.

—Esto parece un velatorio —murmuró, mirando a su alrededor.

Y lo cierto era que tenía razón. La tenue luz de una única vela proyectaba extrañas sombras en mi dormitorio y a eso había que añadir mi postura rígida.

—Sal de la cama —exigió sobresaltándome.

Yo esperaba a que él se metiera bajo las sábanas y procediera.

—¿Perdón?

Ante mi vacilación, caminó hasta detenerse junto al borde y apartó las mantas. Me recorrió con la mirada e hizo una mueca. Su decepción al ver mi camisón fue evidente.

—Ornela, no escondas tu cuerpo ante mí. Desnúdate.

Negué con la cabeza.

—Apaga la luz —dije, en mi papel de tímida mujercita impresionable.

—Te he imaginado cien mil veces desnuda, en miles de posturas a cuál más escandalosa, y estoy completamente seguro de que al natural superas cualquiera de mis fantasías. Desnúdate —ordenó de nuevo, con su tono castrense.

Volví a negar con la cabeza. Su exigencia me había excitado, pero no podía obedecer.

—O lo haré yo.

Como una joven asustadiza, me senté en la cama por el lado opuesto a donde estaba él y empecé a desabrocharme uno por uno y con odiosa lentitud la hilera de botones.

Lo oí renegar, sin duda presa de la impaciencia.

Era cierto que el camisón no estaba pensado para seducir a un hombre, pero si además quien lo llevaba se aprovechaba de esa circunstancia, de allí no podía salir

nada bueno. Oí sus pasos furiosos, acercándose. Stephan se plantó delante de mí, me hizo ponerme en pie y me miró burlón.

—Se acabó —gruñó, antes de agarrar la parte superior de la prenda y rasgarla, dejándome sin mi escudo y exhibiendo uno de mis pechos.

Intenté cubrirme de inmediato con las manos, pero él me lo impidió al sujetarme de las muñecas y separármelas del cuerpo.

Mi pecho sobresalía. Su vista se dirigió de inmediato hacia él y me lo acarició. Tenía los pezones duros y cerré los ojos mientras me recorría toda la areola.

Gemí, lo deseaba.

Con sus fuertes manos, terminó de destrozar aquella prenda que yo jamás hubiese elegido y me dejó ante él sin nada. Bajé la vista fingiendo vergüenza, cuando lo que realmente sentía era un grado de excitación enorme.

Apreté los puños. Quería tirar del cordón que a él le cerraba la bata y deleitarme el sentido de la vista antes que el del tacto. Pero me contuve.

—Mírame —exigió, y me levantó la cara. Yo continué mirando hacia otro lado, al tiempo que me mordía el labio ante la que se avecinaba.

—Por favor, apaga la luz —suspiré y él negó con la cabeza.

Me acarició los labios y fue acercando los suyos hasta rozarme y besarme.

—Ornela, lo que va ocurrir esta noche te gustará, te lo prometo.

Yo no lo ponía en duda. Escuchar aquella voz sugerente... provocadora... cargada de promesas sexuales, excitaría a cualquier mujer con sangre en las venas.

—Yo...

—Déjame enseñarte, déjame mostrarte los placeres que podemos compartir... —dijo, mientras me acariciaba la espalda, bajando hasta rodear mi trasero y pegarme a él.

Sentí la suavidad del tejido de su bata contra mis pezones y deseé frotarme como una gata mimosa. Mi pelo suelto me hacía cosquillas en las nalgas, igual que las manos masculinas, que no cesaban de rozarme y de erizar cada nervio de mi piel.

Sentí un escalofrío. Gemí cuando Stephan se apartó un instante para desatarse la bata. Con media sonrisa, deshizo el nudo y dejó que resbalara por su cuerpo, quedándose tan desnudo como yo.

Y a mi entera disposición...

Respiré hondo e inhalé su aroma. Estaba recién aseado. Pero por encima de ese detalle, lo que más despertó mis instintos fue el calor que emanaba de su cuerpo junto a al mío.

Posé la mano en su pecho y, con la timidez que debía caracterizarme, recorrí sus pectorales. Despacio y sin mirarlo a los ojos en ningún momento, pese a que me hubiera gustado hacerlo, ya que de esa forma memorizaría sus reacciones ante mis caricias. Stephan se mantuvo quieto, dándome el tiempo necesario para acostumbrarme al contacto carnal.

Me gustó, y mucho, la sensación que experimenté, el tacto de su piel, los latidos de su corazón. Intenté mantener la mirada baja y eso me dio la oportunidad de observar su polla, que se levantaba orgullosa a la espera de que hiciera algo. Caer de rodillas y metérmela en la boca como hubiera sido mi deseo, quedaba descartado, pues revelaría mi pasado. Detuve las manos a la altura de su ombligo y después me aparté y dejé caer los brazos inertes a los costados.

Sentí el roce de sus dedos en mi barbilla, obligándome a levantar la cara.

No quería mirarlo, pero lo hice.

—Tócame —pidió con voz ronca.

Me agarró la muñeca y dirigió mi mano hacia su erección. Me sujetó de tal forma que no me quedó más remedio que acariciarlo. Volví a inspirar y mantuve la mano quieta sobre su pene. Pero mi pasividad empezó a desesperarlo, por lo que se hizo con las riendas de todo.

Me pasó un brazo por la cintura y me sujetó con fuerza antes de inclinar la cabeza y saquear mi boca. Intenté no sucumbir a sus demandas, pero Stephan sabía muy bien cómo ir despertando mi apetito y yo la verdad es que estaba muerta de hambre.

Me recostó en la cama y de inmediato se tumbó encima de mí, me separó las piernas con una rodilla y se acomodó entre ellas.

—Ornela... —murmuró, mientras me recorría el cuello con los labios y dejaba un rastro de humedad muy difícil de obviar.

Gemí con moderación, mordiéndome el labio ante las sensaciones que iban creciendo en mi interior y que debía procurar no tener en cuenta.

Stephan se afanaba por excitarme, por hacer que poco a poco me sintiera partícipe de todo aquello, pero yo seguía poniendo palos en las ruedas. Se movía de tal forma que su boca iba posándose sobre diferentes puntos de mi cuerpo. Cuando llegó a la altura de mis pechos, de forma inconsciente arqueé la espalda en busca de sus labios. No me defraudó, pues succionó el primero con avidez.

—Delicioso... —musitó, sin apenas separarse de mi cuerpo.

Me puse aún más cómoda, al tiempo que disfrutaba de ese efímero placer, con los ojos cerrados, pues quería evitar a toda costa la visión de él lamiéndome.

Sabía cuál era su siguiente paso y no me falló. Dedicó a mi otro pecho el mismo

tratamiento. Tragué saliva. Qué cuesta arriba se me presentaba la noche, pues su pericia a la hora de estimularme resultaba muy difícil de pasar por alto.

Sus manos empezaron a vagar entre mis piernas, buscando mi sexo. Debería haberme dado vergüenza estar tan húmeda, pero lo estaba. Me concentré en reaccionar como se suponía que debía hacerlo. La primera de mis respuestas sin duda debía ser cerrar las piernas; sin embargo, él me lo impedía al estar encajado entre ellas.

—Deja que te toque... deja que te sienta...

Yo no podía hablar y me limité a gemir con delicadeza, mientras continuaba con mi papel.

Separó mis pliegues con suavidad hasta llegar al punto más sensible y presionarlo. Di un respingo e intenté apartarme, pero de nuevo Stephan, con su peso, me lo impidió.

Aunque su dedo no se quedó en ese punto, ya de por sí sensible, sino que avanzó un poco más. Me penetró con él con delicadeza y yo contraí los músculos internos ante la sensación. Hacía mucho que nadie me tocaba así. Él pensó que mi reacción se debía a la incomodidad de la primera vez y exageré un poco.

—Tranquila, deja que tu cuerpo se vaya acostumbrando a mis caricias...

Alcé las manos y las puse sobre sus hombros, intentando apartarlo, pese a que él sentía mi humedad, lo cual lo invitaba a continuar.

Yo deseaba que todo aquello sucediera deprisa. Había oído tantas historias sobre lo que algunas habían soportado en su noche de bodas... Hombres que sin ninguna consideración se tumbaban sobre su esposa y la penetraban sin más. Otros que, tras un comienzo prometedor, se impacientaban y dejaban insatisfecha a la novia... Pero ninguna mencionaba a un esposo delicado y experimentado, dispuesto a hacer de aquel trance un momento inolvidable.

Stephan comenzó una cadencia lenta, persuasiva de penetración con el dedo, aprovechando la humedad de mi sexo. Cada vez me era más complicado contener los gemidos. Deseaba mover las caderas al ritmo de sus manos y dejarme llevar.

—Ornela... —musitó, un segundo antes de besarme.

Aquella combinación me conducía, sin yo quererlo, al orgasmo, pues su mano sabía muy bien qué puntos tocar para que mis respuestas fueran cada vez más intensas.

Tenía que encontrar el modo de evitar disfrutar de todo aquello...

Acepté sus besos y sus caricias, pese a que creía que si gozaba sería obsceno, teniendo en cuenta mis planes. Pero dejé que al menos un instante mis objetivos pasaran a un segundo plano.

Eso pareció animar a Stephan, que cambió de postura; agarró su erección con la mano y empezó a tantear la entrada de mi cuerpo, impregnándose de mis fluidos. Sentí el primer empuje y me tensé, pero no porque me hiciera daño. Me mordí el labio y él, atento a todas mis respuestas, me besó de nuevo antes de penetrarme por

completo.

Tarde dos segundos más de la cuenta en gritar.

Eso pareció alarmarlo y, mientras se apoyaba en los brazos, se incorporó para mirarme.

Yo mantuve una expresión de dolor. Como si aquello me hubiera partido en dos. Stephan me acarició la mejilla. Se lo veía preocupado de verdad y se retiró.

—Creía que ya estabas preparada —adujo con pesar y yo cerré los ojos para continuar con mi farsa.

—Lo siento... —me disculpé en un susurro, como se suponía que había de hacer una mujer inexperta que no sabe complacer a su esposo.

Su reacción no se hizo esperar.

—Será mucho mejor la próxima vez —dijo, con los dientes apretados, al tiempo que me penetraba de nuevo.

Su lentitud resultaba odiosa a la par que desesperante, estaba a punto de gritarle algo así como «¡Más fuerte!», pero apreté los dientes y me mantuve todo lo inerte que pude.

—Acaba... —gemí, sin atreverme a mirarlo a los ojos.

Y no solo por la situación en la que nos encontrábamos, sino también porque desde el primer día me quedaba hipnotizada con su mirada. Algunos hombres la tenían penetrante, pero Stephan, además de esa característica, poseía unos ojos capaces de derretir a cualquier mujer, de un azul oscuro peligroso e intenso que te hacía muy complicado razonar.

—No, Ornela, no, esto tiene que ser tan placentero para ti como para mí...

Continuó moviéndose sobre mi cuerpo, tratándome con una delicadeza que dejaba mi comportamiento a la altura del barro, ya que, a pesar de estar justificado en pro de mis intereses, no por ello me hacía sentir bien.

—Acaba, por favor... —insistí con un gemido lastimero, mientras le clavaba las uñas en los hombros.

Me hubiera gustado que el motivo de ello fuera el placer y no el fingimiento que estaba llevando a cabo, pero una vez hubiera superado aquel odioso trance, y pasado un tiempo, ambos podríamos llegar a un acuerdo satisfactorio que nos permitiera vivir cómodamente sin recriminaciones ni malentendidos. Ese había sido mi deseo desde el principio y lo más probable era que a Stephan, la libertad que todo eso entrañaba, le pareciera más que aceptable, puesto que pocos maridos contaban con la aprobación de su esposa para sus aventuras. Por supuesto, al igual que las mías, esas deberían ser discretas del todo. Eso sí, la discreción no iría reñida con la satisfacción.

Él, ajeno a mis maquinaciones, seguía sobre mí, embistiéndome y jadeando. Por sus gemidos deduje que debía de estar muy cerca del orgasmo y yo deseaba que así fuera.

No me hizo sufrir mucho más, pues noté cómo se estremecía y caía sobre mí.

Se aferró a mi cuerpo y permanecimos así, unidos durante unos instantes que se

me hicieron eternos. Percibí cómo se relajaba y poco a poco salía de mi interior. Me besó en la frente con una ternura que no merecía y se hizo a un lado.

De inmediato me volví y adopté la posición fetal, dándole la espalda y cubriéndome hasta la barbilla.

Noté su malestar y al poco se levantó de la cama. Quise darme la vuelta y verlo desnudo antes de que abandonara mi alcoba, sin embargo no lo hice. Me quedé cual novia asustada a la espera de estar sola para derramar mis lágrimas.

Oí un ruido, estaba vertiendo agua en la palangana, seguramente quería asearse antes de volver a su cama. Ahora que ya había cumplido con sus obligaciones y el matrimonio estaba consumado, nada lo retenía allí.

—Ornela, por favor, date la vuelta —me dijo en tono suave, sorprendiéndome—. Sé que todo esto te puede parecer incómodo y hasta desagradable, pero confía en mí.

Apartó las sábanas y, sin ningún pudor, hizo que me pusiera boca arriba para separarme las piernas y limpiar mi sexo con delicadas pasadas. Yo no podía sentirme más mortificada por esas atenciones.

—No es necesario...

—Yo creo que sí —aseveró sin detenerse.

Me mantuve con la mirada fija en la pared hasta que acabó y volvió a cubrirme. Esperaba que regresara cuanto antes a sus aposentos y así poder dormir, pero no hubo suerte. De reojo vi cómo también se aseaba. Después apagó la vela y se acostó junto a mí, rodeándome la cintura con un brazo y pegándose a su cuerpo.

—Buenas noches, Ornela.

—Buenas noches —acerté a decir, molesta ante la intimidad que ese gesto representaba.

Si algo había aprendido era a no implicarme emocionalmente con un hombre. Con Agnus esa lección quedó grabada en mi cabeza, pero claro, a mi primer amante podía ponerle mil excusas para dormir sola, mientras que a un esposo era difícil mandarlo a paseo.

Cerré los ojos y me concentré en respirar hasta caer rendida. Había sido un día intenso, el primer paso hacia la vida que siempre había buscado, y, si bien no todas las etapas serían un camino de rosas, al menos me servirían como parte del aprendizaje.

Era agradable, pensé como consuelo, sentir a Stephan a mi espalda, respirando junto a mí. Noté que su agarre se iba debilitando y que por tanto se había dormido.

Poco después hice lo mismo.

Me desperté tarde y, como siempre, remoloneé en la cama. Comprobé con alivio que estaba sola, lo que me facilitaba enormemente la tarea de seguir adelante. Por si acaso Stephan andaba cerca y decidía darle una sorpresa a su recién estrenada esposa, me cubrí con el camisón rasgado y la bata, en vez de pasearme desnuda por mi dormitorio.

Me arreglé de forma sencilla con la idea de desayunar y empezar mis funciones

como esposa, es decir, ocuparme de las tareas domésticas y dar las instrucciones precisas al servicio.

Me sorprendió que Camille no hubiera venido a interesarse por mi estado, pero tampoco le di mayor importancia; con toda probabilidad estaría familiarizándose con el entorno.

Con un vestido de día en tonos violeta salí de mi alcoba y bajé al comedor. Me crucé con una de las doncellas, que a buen seguro esperaba que yo abandonara el dormitorio para realizar sus tareas. Le dirigí una sonrisa amable y continué mi camino.

—Gracias, señora Bonnet.

Me quedé inmóvil al oír a Stephan dirigirse a Camille de esa forma; nadie la llamaba así.

—De nada, capitán. ¿Necesita algo más?

Y el tono excepcionalmente amable de mi fiel doncella también me dejó sin habla. Dirigirse así a un extraño no era su tónica habitual.

—No, todo está perfecto. Agradezco su interés.

Me acerqué un poco más para así poder atisbar cómo se desarrollaba la escena. Pegada a la puerta y sin delatar mi presencia, observé a Stephan sentado a la cabecera de la mesa, mientras, por su parte, Camille se afanaba por servirle.

¿Mi fiel Camille también había caído bajo el embrujo de mi señor esposo?

—¿Puedo hablarle de un asunto, señor? —preguntó ella con educación.

Él apartó la vista de su lectura, esbozó una media sonrisa, la misma que me hacía anhelar lo imposible, y le señaló una de las sillas.

Ella negó con la cabeza.

—La escucho.

—Vera, sé que es un atrevimiento por mi parte decirle esto, pero...

Él arqueó una ceja, sin duda interesado por las revelaciones que iba a hacerle.

—Continúe.

—Es sobre Ornela...

Abrí los ojos como platos. ¿Quería hablarle de mí? ¿Por qué?

Stephan se mostró igual de sorprendido. Se irguió en su asiento, adoptando una postura menos despreocupada. Yo, por mi parte, me aseguré de que nadie pasaba por ahí y me pillaba escuchando a escondidas. Era una lástima que el comedor pequeño no tuviera una salita anexa donde esconderme.

—¿Está preocupada por ella? —inquirió él.

—Sí y no.

—Tiene mi palabra de que me ocuparé de ella. No le faltará de nada e intentaré que sea feliz.

Bueno, con esa respuesta se merecía una esposa mejor, sin duda.

—Sé que así será. Pero lo que me preocupa de verdad no es usted, sino ella.

De nuevo las palabras de Camille nos dejaron a los dos sin saber qué hacer.

—¿A qué se refiere?

—Ornela es... joven, pero no tan inmadura como otras chicas de su edad. Ha pasado por ciertos contratiempos que... bueno, no vienen al caso, baste decir que su vida no ha sido fácil desde que nos vimos obligadas a salir de Francia.

—Comprendo...

—No, no le digo esto para que la tenga entre algodones. Ornela es una mujer fuerte, luchadora y dominante...

Vaya, a cada palabra que utilizaba para describirme me confundía aún más. ¿Adónde quería llegar?

Por lo visto, a Stephan también le picaba la curiosidad, pues esperaba, como yo, el discurso típico de quien protege a su amiga.

—Por eso necesita alguien a su lado que la vea como una igual. Que le permita expresarse tal como es y que no se deje obnubilar por sus encantos.

Eso último lo dijo en tono acusatorio. Al fin y al cabo, se lo estaba mencionando a un hombre, y no era ningún secreto que en ese punto todos pecaban de lo mismo.

—¿Sugiere que tenga mano dura con ella?

Camille negó con la cabeza.

—No, Ornela se rebelaría. Es... inteligente, muy inteligente. Está acostumbrada a que los hombres hagan lo que ella desea.

—Interesante...

La cara de Stephan era un poema y no era para menos, pues intentaba conciliar la imagen que de mí daba Camille y lo que había sucedido en la alcoba.

—Ha rechazado a más de un pretendiente por motivos absurdos, de ahí mi extrañeza cuando aceptó casarse con usted.

—¿Y qué propone que haga?

El comportamiento de mi marido era admirable. Cualquiera otro se hubiera enfadado y exigido respuestas más claras con tal de salvar su hombría, pues con las palabras de Camille se podía pensar que yo lo había escogido por tonto, o algo peor. Aunque no anduviera muy descaminada.

—Que se esfuerce por conocerla, por entenderla y por ver la mujer que realmente es. Resultará difícil, pues Ornela es complicada.

Stephan meditó sus palabras antes de murmurar:

—Gracias. Agradezco su sinceridad, señora Bonnet. Es un gesto que no olvidaré.

«Yo tampoco», pensé con desagrado.

Me di cuenta de que la conversación había llegado a su fin, por lo que debía esperar al menos unos minutos antes de aparecer. Así que retorné hacia la escalera y, una vez arriba, empecé a bajarla deliberadamente despacio. Camille salía del comedor. La saludé con un gesto y continué mi descenso para encontrarme con mi esposo.

Confieso que estaba algo temerosa de su reacción por lo ocurrido la noche anterior, pues no casaba en nada con la descripción que de mí había hecho Camille.

—Buenos días —murmuré, entrando en el comedor, con una sonrisa tímida.

—Buenos días, querida. ¿Cómo has dormido?

—Bien, gracias.

La educación y cortesía que ambos manteníamos podía ser un mal presagio antes de que se desatara la tormenta y por ello me mantuve en silencio. Prefería que él iniciase las hostilidades y yo limitarme a defenderme. Estaba segura de que deseaba hacerme un millón de preguntas.

Maldita Camille, vaya forma de preocuparse por mí.

Pero a pesar de mis dudas, Stephan no mencionó nada, simplemente me hizo compañía y, tras el desayuno, me invitó a dar un paseo a caballo, algo que no suponía ningún peligro.

O al menos eso pensaba yo.

Cuando apenas habíamos ensillado los caballos, apareció William, sonriente, provocador y con ganas de meterse donde no lo llamaban.

Sin ningún tipo de reparo, preguntó:

—¿No es muy temprano para salir de la alcoba?

Yo miré hacia otro lado. No me gustaba nada tenerlo en casa como invitado, pero no podía objetar nada.

—Me gusta hacer ejercicio —respondió Stephan, invitándolo a que pensara en el doble sentido de la frase.

—Por esa misma razón, insisto: ¿para qué salir tan temprano del dormitorio?

Las carcajadas de ambos hombres me enervaron. Entendía su complicidad, pero al menos podían mantener las formas delante de mí.

De nuevo solos, mi marido me miró y, lejos de pedir disculpas, solo se preocupó de ayudarme a montar, algo que yo odiaba, pues nunca se me había dado bien eso de ir sentada de medio lado sobre un caballo. Prefería hacerlo a horcajadas, como los hombres.

Él aprovechó para besarme, antes de comprobar por última vez los arneses y montar él también.

El paseo fue lento y aburrido y sirvió para que la buena gente de Londres disfrutara de la visión de los jóvenes esposos. Por compromisos del novio habíamos pospuesto nuestra luna de miel, y así al menos dábamos la imagen de matrimonio feliz.

A partir de ese día, tuve que acostumbrarme a la vida en pareja. El único consuelo que me quedaba era que toda esa situación era temporal. Sabía que Stephan se reincorporaría al ejército en quince días, lo cual no suponía mucho esfuerzo.

Un hombre como él, acostumbrado a la actividad, a veces se mostraba inquieto por estar encerrado entre las cuatro paredes de la casa, lo que hacía que, además, compartiéramos más tiempo del que yo tenía inicialmente previsto.

Lo cierto es que eso nos permitió hablar de muchas cosas y, tal como deduje cuando lo conocí, vi que no era un hombre dado a dominar porque sí, sino que más bien intentaba convencer, persuadir. Le gustaba razonar y también mantenerme informada de sus asuntos comerciales.

Así que una semana después de mi boda, me hallaba en el despacho de Stephan, poniéndome al día sobre balances y otros asuntos financieros.

Él pretendía que en su ausencia yo me encargara de supervisar todo aquello. Si bien tenía contratado a un contable que hacía esa función, me explicó que la última palabra siempre debe tenerla el dueño. Que a más de un hombre de negocios, un asesor poco fiable le había dado un buen susto y que él no estaba dispuesto a que todo su esfuerzo se fuera por el retrete debido a las malas prácticas de los empleados, o por

descuido suyo.

También se ocupó de acompañarme a los eventos y las fiestas que consideraba oportunos, pero antes me preguntaba mi opinión. En esas salidas siempre se mostraba posesivo conmigo, lo cual, junto a mi recatado vestuario para no llamar la atención, me irritaba sobremanera.

Por supuesto, contábamos con la inestimable presencia de William, que no contento con vivir bajo nuestro mismo techo, se ocupaba de hacer los comentarios más desafortunados y provocadores que se pudiera imaginar. De haber estado soltera, sin dudarlo mis respuestas habrían sido contundentes, pero delante de mi esposo no podía sacar las garras ni dar muestras de mi malestar, aunque creo que Stephan intuía que mi animadversión hacia su mejor amigo iba en aumento.

Sin embargo, lejos de hacer algo al respecto, aquella disparatada situación lo divertía. Menos mal que faltaba muy poco para que fuera una respetable dama casada, con su marido a cientos de leguas.

Durante las cuatro primeras noches, Stephan no acudió a mi dormitorio a reclamar sus derechos conyugales, como yo esperaba. Me extrañó, desde luego, pero agradecí evitarme tener que actuar y fingir.

Cuando comprobaba que él ya estaba acomodado en su propia cama, daba rienda suelta a mis fantasías valiéndome de las manos. Disfrutaba en soledad de los placeres del sexo, eso sí, mordiéndome los labios para no gemir y alertar a mi esposo.

Incluso llegué a fantasear con él. Que eran sus manos las que separaban mis muslos. Sus labios los que dejaban un rastro húmedo en mis piernas hasta llegar a mi sexo y allí lamerme con auténtica devoción.

Me apretaba los pezones pensando en que él, y no mi mano, se ocupaba de causarme ese pequeño dolor previo al intenso placer. Nada me gustaría más que sentirlo al completo y ser yo quien, satisfecha, me ocupara personalmente de lamerlo. Lo había visto desnudo y ese recuerdo ayudaba a dar forma a mis fantasías.

De esa manera me consolaba por las noches, sabiendo que en breve podría disfrutar de un amante de carne y hueso que hiciera realidad mis deseos sin comprometer mis sentimientos.

A la quinta jornada recibí la visita de Stephan. Durante la cena me lo indicó. Me pareció algo ridículo eso de advertirle a una esposa, pero así debía ser en un matrimonio convencional como el nuestro, en el que los asuntos íntimos se trataban de forma tan prosaica como el menú de la semana. Todo corrección y distanciamiento, como si después no fuéramos a estar desnudos. Una forma de dejar a un lado la pasión para solo centrarse en una función biológica y reproductiva. Por suerte, nos hallábamos sin compañía y me libré de los comentarios sarcásticos de William, que debía de tener alguna cita.

Pese a que me caía mal, lo envidié; deseaba ser yo quien estuviera en su situación, pensé, recordando los buenos tiempos junto a Agnus.

Esperé sentada en la cama a que Stephan llegara. No apagué todas las velas, sino

que dejé una de tal forma que iluminase la estancia, pero creando la penumbra necesaria para no tener que vernos la cara. En otras circunstancias me hubiera parecido un escenario sugerente, pero ahora era simple necesidad.

Accedió por la puerta que comunicaba ambos dormitorios. En esa ocasión procuraría mostrarme un poco menos tímida, lo justo para que él pensara lo correcto: que su mujer iba soltándose.

Stephan se acercó a la cama y se quedó allí de pie, mientras me evaluaba con la mirada. Yo hice lo mismo, disfrutando del trozo de piel que me dejaba ver su bata entreabierta. De nuevo venía hasta mí recién bañado, un detalle a tener en cuenta. Nadie podía acusarlo de ser poco o nada delicado, tal como algunas tildaban a sus maridos.

—Pongámonos cómodos... —murmuró, y soltó el cinturón que mantenía cerrada su bata, para quedarse desnudo ante mí.

Supuse que a modo de incentivo, pero las esposas tímidas no cambian de un día para otro. Me quedé sentada en la cama, a la espera de que él tomara la iniciativa, y tardó bien poco en hacerlo. Me destapó y, tras hacer una mueca al ver mi modelito, siguiendo lo que podría llamarse un patrón de comportamiento, me rompió el camisón y me dejó tan desnuda como él.

—No va a haber costurera que pueda arreglarlo —comenté, intentando sonar simpática.

—Eso espero.

Se metió en la cama y, con el dorso de la mano, me acarició el brazo sin dejar de mirarme a los ojos. Después pasó a mis pechos, que reaccionaron de inmediato ante su contacto.

—Tan suave... —musitó con voz ronca.

Observé de reojo lo excitado que estaba y mis deseos de satisfacerlo iban en aumento. Stephan se percató de ello y me cogió la mano para dirigirla a su erección, instándome a que lo acariciara.

Lo hice de forma renuente, pues mi implicación no debía pasar de la mera curiosidad. Él cerró los ojos, encantado al sentir mis manos sobre su polla, pese a que mi caricia dejaba mucho que desear. Procuré que fuera torpe, forzada, muy diferente a lo que podría llegar a ser si me lo propusiera.

Acaté sus deseos y permanecimos así un buen rato. Mi mano sobre la parte más sensible de su cuerpo, sujeta por la suya para evitar que abandonara.

—Ornela, puedo ser todo lo paciente que necesites, pero tienes que poner algo más de tu parte —murmuró.

No aprecié enfado, pero sí algo de resignación en sus palabras.

Se inclinó hacia mí y sus labios empezaron a recorrerme el cuello, mientras me iba recostando hasta acabar tumbándome de espaldas, a merced de su cuerpo y sus caricias.

Suspiré, más por relajarme que por otra cosa, y me rendí a lo inevitable. No podía

desatar la pasión que llevaba dentro, pero al menos podía ser dulce. Un acto sencillo para que mi marido se quedase tranquilo.

Stephan se empeñó en excitarme, en tocar todas las teclas que activasen mis instintos femeninos. Con la boca trazó insinuantes besos por mi piel, deteniéndose donde consideraba preciso, como en mis pezones, que chupó. Intuí que, de haberme mostrado más colaboradora, esas atenciones se tornarían más atrevidas y excitantes.

Me obligué a no responder ni a arquear la espalda. Él levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Frunció levemente el cejo... ¿Sospechaba? Puede que sí, pero no dijo nada. Continuó tocándome y descendiendo por mi cuerpo. Lo deseaba, sin embargo no me lo iba a permitir.

—¿Qué haces? —pregunté, y mi voz se tiñó de pánico cuando su boca se situó por debajo de mi ombligo.

—Besarte —respondió sin más.

La sonrisa pícaro con la que me obsequió me resultó muy difícil de pasar por alto. Quería abrir las piernas, doblar las rodillas y ofrecerme a él por completo. Pero me negué uno de los mayores placeres de los que una mujer puede disfrutar en la cama.

—Ornela, todo cuanto quiero hacerte te gustará. Ya no sentirás dolor, únicamente placer.

Negué con la cabeza y él suspiró resignado.

Stephan debió de pensar que era muy pronto para instruirme en los placeres menos convencionales del sexo y cedió. Se colocó sobre mí y de nuevo desvié la vista.

Se agarró la polla con la mano y se restregó entre mis pliegues, impregnados de mis fluidos. Toda una contradicción, dadas las circunstancias.

Con la punta, presionó sobre mi clítoris y me mordí el labio para no gemir. Después, con lentitud para no asustarme, me fue penetrando poco a poco, dándole tiempo a mi cuerpo a adaptarse a su tamaño, algo que no me suponía ningún esfuerzo. Lo que en realidad me llevaba por el camino de la amargura era mantenerme fría y distante.

Mientras él jadeaba y arremetía encima de mí, yo solo pensaba una y otra vez en mis razones para actuar así. Era lo mejor. Un matrimonio por amor se podía acabar, podría llegar la desilusión y los enfrentamientos, pero uno en el que los sentimientos quedaran al margen y solo nos ocupásemos de cubrir nuestras necesidades, podría funcionar toda la vida.

Apreciaba a Stephan, no lo amaba, pero sí lo respetaba y admiraba por su forma de ser; por eso mi proceder no era sino una garantía para no hacerlo sufrir en un futuro.

A pesar de mi pasividad, noté cómo poco a poco él se acercaba al orgasmo. Puse las manos en sus hombros. Me permití ese tibio contacto para que llegara hasta el final. Al menos uno de los dos quedaría satisfecho aquella noche.

Sentí sus empujes y jadeé suavemente, como debe hacerlo una esposa y dama que

se precie, hasta que él se estremeció y enterró la cara en mi cuello mientras alcanzaba el clímax.

Cerré los ojos. No fingí un orgasmo, al fin y al cabo, se suponía que nosotras no debemos disfrutar; me limité a abrazarlo mientras sentía cómo los latidos de su corazón iban recuperando poco a poco la normalidad.

En unos días se incorporaría a su unidad militar y entonces ambos retomaríamos la rutina de nuestras vidas con plena libertad.

—Hoy te dejaré dormir sola —dijo, apartándose de mí.

Observé cómo se sentaba en el borde de la cama. Yo me tapé de inmediato y él se quedó allí unos segundos, con la cabeza gacha. Antes de ponerse en pie, me miró un instante como si siguiera sin estar seguro del modo en que debía comportarse conmigo, o, mejor dicho, ante mi desapasionada actitud en la cama.

Demostrándome una vez más que pensaba que el pudor entre esposos es ridículo, cosa que yo compartía, se puso en pie y, con la bata en una mano, se dirigió hacia la puerta que separaba nuestros dormitorios. Antes de salir, me miró de nuevo y yo me sentí la más rastrera de las mujeres ante su cara de tristeza, porque a buen seguro pensaba que ambos podríamos pasarlo muy bien entre las sábanas, pero que, como a una cantidad importante de hombres casados, le había tocado la esposa timorata y sin interés, que te empuja directamente hacia los brazos de una amante solícita y efusiva.

Yo no podía decir nada al respecto.

Me acerqué al lavamanos, me aseo, apagué la luz e intenté conciliar el sueño.

Stephan solo me visitó una noche más. Y todo siguió la misma tónica. Primero un discreto comentario cuando nos encontrábamos a solas y después, antes de acostarse, una visita a mi alcoba. Pareció entender mi comportamiento y nuestra última vez se desarrolló de manera rápida. No hubo preliminares, ni insinuaciones, ni mucho menos caricias destinadas a que una mujer se sintiera en el cielo. Se limitó a tocarme lo imprescindible para prepararme y así poder penetrarme. No me dedicó ni una sola sonrisa y tampoco se molestó en mirarme a los ojos. Fue un acto mecánico, carente de emoción.

Tras ese intercambio breve e insulso de fluidos él se limitó a murmurar un buenas noches igual de desapasionado que el resto de nuestro encuentro.

Cuando cerró la puerta, supe que, a pesar de haber descartado la posibilidad de conocer a un hombre excelente, recorreríamos un camino en paralelo y, si disfrutaba de una larga vida, terminaríamos siendo grandes amigos. Además de que, por supuesto, su posición en el ejército, de seguir así, le reportaría importantes reconocimientos económicos y también públicos y yo estaría a su lado, como una buena esposa.

Los días pasaron y nuestros encuentros se limitaron a los inevitables entre dos personas que conviven, mientras «disfrutábamos» de la compañía de William, poco o nada deseada por mi parte, pero sí por la de Stephan. Incluso llegué a pensar que entre ellos existía algo más que una excelente camaradería.

Y esa idea se instaló en mi cabeza mientras los observaba, ahora más atenta a cualquiera de sus gestos, por si me aclaraban las dudas.

Tras la cena, y puesto que al día siguiente ambos se reincorporarían a sus puestos en el ejército, me despedí de los dos.

—Creo que debo dejar a la parejita a solas —dijo William, levantándose de su cómodo asiento con la intención de ofrecernos esa intimidad que todo matrimonio a punto de separarse precisa.

—No —lo corregí—, si me disculpáis, estoy cansada y me gustaría retirarme.

Con una sonrisa suave, me acerqué a la puerta y, teniendo la precaución de no cerrarla del todo, salí y los dejé allí, a la espera de que hablaran lo suficiente como para que pudiera averiguar algo.

Al principio solo comentaron asuntos relativos a sus obligaciones; de esa manera supe que William era médico militar, que cortejaba a una belleza llamada Claire Dansk y que ambos se conocían de la academia. Datos nada concluyentes, pues con seguridad serían de dominio público.

Una par de copas de licor después, supuse que se habrían puesto más cómodos, estirando las piernas y liberando sus cuellos de aquellos abultados e intrincados pañuelos.

—¿No deberías acudir a la alcoba de tu esposa en vez de estar aquí, parloteando

conmigo? —preguntó William con retintín.

Stephan suspiró exageradamente.

—No sé cómo comportarme con ella...

—Hum, ese tono no presagia nada bueno. ¿Intuyo problemas?

Esperé impaciente la respuesta de mi esposo, mirando a mi alrededor por si algún sirviente se acercaba, pero confiaba en que a esas horas, con los señores ya servidos, optaran por no molestar.

—Yo no diría problemas, más bien una falta de entendimiento —respondió Stephan, dando muestras de su desconcierto—. Cuando la conocí, pensé que, además de hermosa, era...

—Que es hermosa salta a la vista —lo interrumpió William con admiración.

De nuevo me sorprendió lo bien que Stephan se lo tomaba; pocos maridos aceptarían un cumplido así sobre su esposa sin ponerse a la defensiva.

—Da la impresión de ser una mujer llena de vida, inquieta, curiosa... No tenía el aspecto de una de esas tímidas debutantes que apartan la vista cuando un hombre se acerca... pero parece ser que no es oro todo lo que reluce... —apostilló mi marido decepcionado.

—No, no lo tenía —convino William.

—Por ese motivo no sé qué hacer. No quiero obligarla, pero me temo que si nuestra vida conyugal continúa por estos derroteros, terminaré siéndole infiel antes de seis meses.

—Veo que la cosa es seria.

—Puedo ser paciente, entender que ha recibido una educación conservadora en muchos aspectos, pero joder, soy un hombre. No puedo dedicarme a suspirar por los rincones cual enamorado impenitente, para después, cuando por fin consigo a la dama, quedarme insatisfecho y sentirme poco menos que un violador siempre que estoy con ella.

Se me hizo un nudo en la garganta. Mi proceder era injusto pero necesario, me recordé una vez más para no sucumbir.

—Tendrás que ser más persistente. No será la primera que, una vez que haya gozado de las bondades del sexo, cambie por completo de parecer.

—Maldita sea, si hasta he preferido quedarme en mi cama y que mi mano se ocupara del asunto antes que acercarme a ella.

—Sí que es grave, sí.

—No te haces una idea. Evita mirarme. Se comporta como si estuviese haciendo un gran sacrificio... nunca he conocido a una mujer así.

—Es lo que tienen las tímidas. Las aterroriza disfrutar de lo que creen que es pecado. Recuerda que es lo que han oído desde que tienen uso de razón.

—Ya, pero si al menos mostrara interés, curiosidad... ¡Nada! —exclamó exasperado.

«Si él supiera», me dije, negando con la cabeza.

—Me dejas perplejo...

—Y eso no es todo; con otros hombres se comporta de forma diferente. Con desparpajo y descarado.

—¿Cómo es eso?

—La conocí mientras bailaba con el teniente Steinberg...

Las conjeturas a las que había llegado sobre mi relación con Adam carecían de solidez, pues yo había sido rechazada por este como amante, pero en estos aspectos los hombres parecían mostrarse siempre ciegos, con una venda de inseguridad en los ojos.

—¿Crees que tuvo algo con él?

—Ya lo conoces. Incluso he llegado a pensar que, teniendo en cuenta la fama del teniente, aceptó casarse conmigo al sentirse despechada. Con él se muestra amable, cariñosa, ¡y en público! Cuando se lo hice notar, se enfadó por mis insinuaciones, y me dejó claro que seguiría comportándose de igual modo.

No podía entrar en la estancia y sacarlo de su tremendo error. ¿Cómo había llegado a esa conclusión tan disparatada?

—La cosa se complica por momentos...

—Hablé con Steinberg y le dejé muy claro que Ornela era mía.

Eso me confirmaba lo que yo ya sospechaba, pues Adam se había vuelto distante y cortés, con una actitud muy alejada de nuestra complicidad habitual.

—Bien hecho, desde luego.

—No te alegres antes de tiempo; también hay otro hombre...

—No me digas...

—Por eso no doy crédito. Entiendo que una mujer como Ornela, hermosa y deslumbrante, atraiga las miradas de todo el género masculino, pues yo fui el primero en caer bajo su hechizo. Pero ella, lejos de mostrarse recatada, creo que los alienta. Su mejor amigo, por ejemplo, Charles Seldon, bebe los vientos por ella, de eso no me cabe duda; creo que lleva enamorado desde hace mucho, aunque se comporta de manera impecable.

—Bueno, pero no veo dónde está el peligro, si Ornela no le ha dado alas hasta ahora...

Vaya, iba a resultar que William tenía más lucidez que Stephan.

—Puede que no, pero son amigos, confidentes, y ahora que Ornela estará sola, ¿quién crees que la consolará?

Que pensara mal de Charles me enervaba. Siempre había sido un caballero, atento e incluso más preocupado que yo por guardar las formas. De ninguna manera iba a consentir que rompiera mi amistad con él, como tampoco lo haría con Adam.

—¿Has hablado con ella?

—Me temo que resulta complicado llegar a ese punto de confianza tan pronto. Además, su actitud no es muy proclive a profundizar en ciertos aspectos.

Que comentase con su mejor amigo nuestras intimidades no me hacía ninguna

gracia; sin embargo, pensándolo bien, me venía de perlas, pues si me etiquetaban como mojigata, mi reputación podría verse reforzada.

—Amigo mío, no puedo darte ningún consejo válido, y lo siento, pues nada me gustaría más que verte animado y loco por tu esposa; no obstante, creo que deberías concederle el beneficio de la duda.

—¿Ah, sí? Mañana nos incorporamos a nuestro regimiento, y sabe Dios cuándo regresaremos, con lo que está ocurriendo en el continente. Allí se va a desatar el caos de nuevo y no quiero ni imaginar que si no regresamos... se quedará sola.

Me mordí los labios, apesadumbrada por las palabras de Stephan. Como todo hombre que iba a enfrentarse a un peligro, se ponía en lo peor y, a pesar de mi comportamiento, aún pensaba en mí, en mi bienestar.

—Ni lo menciones, por favor —replicó William—. Mira el lado positivo. Puede que estar separados os venga bien. Así ella tendrá tiempo de reflexionar y de adecuarse a su nueva faceta como casada. Tienes que tener en cuenta que a las mujeres se las educa en la más absoluta ignorancia, así que no esperes gozar de los placeres conyugales a las primeras de cambio.

—No sé... Ornela es... diferente, parece como si no quisiera aprender —murmuró Stephan e imaginé que estaba recordando las palabras de Camille.

—Dale tiempo —insistió William—. Además, no hay mejor aliciente para que un soldado regrese sano y salvo que pensar en su esposa.

—No te lo niego, pero...

Su desilusión y desánimo quedaban patentes en cada palabra. No quise escuchar más y, con discreción, me aparté de la puerta para retirarme a mi dormitorio.

Allí me preparé para acostarme. Me coloqué las esponjas y el camisón de los horrores, por si aquella última noche él acudía a mi alcoba.

Esperé despierta un buen rato, pero no hizo acto de presencia.

Reconozco que me sentí algo decepcionada, pese a que ese era mi deseo. Sin embargo, mi orgullo estaba un poco resentido. Había preferido tocarse a sí mismo antes que a mí. Aunque no podía culparlo. Tenía todo el derecho del mundo a buscar la satisfacción como creyera conveniente.

Aproveché y reflexioné sobre la conversación que había escuchado y llegué a la conclusión de que entre ambos no existía ningún tipo de relación sentimental. Confieso que la idea me había producido morbo. Desde que supe, a través de mi profesor de baile, el señor Steinberg, que había hombres con esas inclinaciones, siempre me pregunté cómo sería y, por supuesto, deseaba observar un encuentro entre dos varones.

A la mañana siguiente, cuando bajé al comedor pequeño, donde tomábamos el desayuno, me encontré únicamente a Camille recogiendo dos servicios y disponiendo uno más.

—Ha dejado esto para ti.

Cogí el sobre que me entregó y, mientras me servía, saqué la hoja que contenía.

Reconocí la letra de inmediato. Stephan se despedía de mí por carta. Nada de hacerlo en persona, como hubiera sido menester.

15 de mayo de 1806

Ornela:

Como ya sabes, cumpliendo mi deber he de incorporarme a mi regimiento.

Procuraré mantenerte al corriente a través de los cauces oficiales.

Atentamente.

Capitán Gardner-Taylor

Leí la misiva y llegué a la conclusión de que la había escrito a la carrera, para quedar bien. Ni una palabra cariñosa. Todo corrección, más propio de un mensaje institucional que de la correspondencia entre dos recién casados.

Entendí el motivo y procuré no darle más vueltas.

Revisé la correspondencia del día y separé las invitaciones de los actos a los que me apetecía asistir en los próximos días.

Ahora que por fin era una respetable mujer casada, no tenía que sufrir la vigilancia de las matronas y eso me permitiría la libertad de movimientos que siempre deseé.

También me ocupé de concertar una cita con la modista, pero en vez de acudir yo a su establecimiento, dejé muy claro que ella era quien debía visitarme. Por supuesto, ninguna costurera que se preciara iba a rechazar mi propuesta, pues desairar a la esposa de un capitán podía suponer un considerable descenso en su lista de clientas.

Después mandé recado a Charles y le solicité el placer de su compañía; no quería acudir sola a los eventos y me apetecía verlo. Hacía días que no sabía nada de él y deseaba que mantuviéramos de nuevo una de aquellas conversaciones con las que intentaba hacerme mejor persona.

—No deberías acudir tan pronto a un acto social —me recriminó Camille, cuando me vio redactar unas notas.

—¿Pretendes que me quede en casa?

—No, pero sería mejor que respetases un poco a tu esposo. Él se está jugando la vida.

—¿Y crees que encerrándome entre estas cuatro paredes le irá mejor? —pregunté molesta.

Me mordí la lengua para no echarle en cara lo que le había dicho sobre mí a Stephan, pues delataría mi afición a escuchar conversaciones a escondidas.

—Le debes obediencia y respeto, Ornela, recuerda eso. Tu comportamiento ha de ser impecable. Eres una mujer casada, no lo olvides.

—Soy joven, no una anciana seca que vive de sus recuerdos —respondí con insolencia.

—Yo solo te doy un consejo.

—Tengo veintiún años, por el amor de Dios. ¿Qué quieres que haga?

Pero Camille no me respondió. Por su actitud, llegué a la conclusión de que había tomado partido por el capitán Gardner-Taylor y que si no me andaba con cuidado, hasta podría contarle mis andanzas.

Por supuesto, no iba a renunciar a acudir a los festejos que considerase oportunos.

Y así lo hice.

Con un vestido nuevo de color burdeos y del brazo de un Charles cabizbajo, me presenté en el teatro donde tendría lugar el concierto. Como siempre, este era lo de menos, y recordé los enormes esfuerzos que tanto mi acompañante como Joseph habían hecho para instruirme musicalmente. Apreciaba la música, faltaría más, pero la disfrutaba en *petit comité*, no en los grandes eventos donde lo primordial era ver y dejarse ver.

Nada más llegar del brazo de Charles, me di cuenta de que muchos nos observaban con más atención de la habitual. Sabía el motivo y no me molestó, aunque sí a mi acompañante, que se mostró incómodo y, una vez que nos dirigimos a nuestros asientos, procuró distanciarse, hablando con los demás ocupantes del palco en vez de conmigo.

Aguanté la primera parte sin rechistar y, en cuanto llegó el primer descanso, me disculpé con educación y salí a dar una vuelta y a charlar con los demás.

Como era de esperar, recibí un sinfín de parabienes por mi reciente enlace. Soporté los consejos de mujeres casadas que creían saberlo todo al respecto. Me mordí la lengua cuando mencionaban la posibilidad de que ya estuviera encinta y conseguí sonreír cuando me recordaban lo afortunada que era por haber pescado, palabras literales, a un hombre como Stephan.

Bueno, con eso último no podía mostrarme en desacuerdo, pero no hacía falta que me lo recordaran.

Mientras conversaba con aquellas amables personas sobre asuntos que solo a mí me concernían, me di cuenta de que alguien me observaba de una forma muy peculiar.

Con la práctica de quien se ha visto en otras ocasiones en situaciones similares, me volví con el disimulo suficiente para fijarme bien en el hombre que se me comía con la mirada.

Sonreía de medio lado, con los brazos cruzados y apoyado de forma indolente en una de las columnas.

Hice un gesto casi imperceptible ante su impertinencia y solo logré ensanchar su sonrisa. De acuerdo, se estaba divirtiendo a mi costa, pero yo no podía dejarlo estar. Me despedí de la matrona que en esos instantes decía no sé qué sobre jardinería, con la promesa de visitarla para que acabara de contarme las bondades de echar cáscaras de huevo a los rosales, y pasé deliberadamente despacio delante del desconocido hasta llegar a la mesa de los refrigerios y coger una copa.

Luego caminé hacia él con toda la arrogancia de que fui capaz y casi gemí al comprobar cómo se enderezaba cuando apenas faltaban unos pasos para que me detuviera a su lado. Pero para elevar aún más mi ego femenino, cambié de rumbo en el último segundo, dejándolo desconcertado.

Estaba casada con un militar, así que, como él diría: No hay mejor defensa que un buen ataque.

Regresé a un punto seguro junto a Charles, que continuaba mostrándose esquivo e incómodo, pero yo confiaba en que poco a poco volviéramos a nuestro entendimiento habitual. Tarde o temprano él tendría que aceptar mi condición de mujer casada, más aún cuando él mismo, a no mucho tardar, pasaría por la vicaría. La única diferencia era que en su caso la decisión estaba en manos de su familia.

Seguí sintiéndome observada por el desconocido, algo que me satisfacía, y, mientras intentaba estar pendiente de la conversación en la que Charles se hallaba enfrascado, lo miraba de reojo. Su mirada no solo podía considerarse peligrosa, sino también toda una declaración de intenciones.

Pero antes de dar cualquier paso, precisaba tener toda la información disponible a mi alcance; no quería un nuevo fiasco, como me había ocurrido con Herbert.

Con la confianza suficiente, pero con la precaución debida, llamé la atención de Charles para que se apartase de sus conocidos y así poder sonsacarle lo que quería saber.

Para no alertarlo sobre mi repentino interés, comencé haciendo comentarios inocuos sobre los asistentes, mencionando de pasada que había caras nuevas. Por supuesto, primero me referí a los rostros femeninos, con lo que Charles sospechó que mi interés se debía a la idea de buscarle novia. Procuré que mis preguntas no fueran demasiado indiscretas para que no se pusiera en guardia.

Odiaba que todos, incluida yo, le buscásemos pareja. Conocía el motivo y, pese a tener siempre la precaución de no mencionarlo, no me rendía. Estaba segura de que existía la mujer perfecta para Charles. Esa idea podía suponer toda una contradicción, teniendo en cuenta mi escasa inclinación al romanticismo; no obstante, mi mejor amigo era una de esas personas a las que no se les podía aplicar el pragmatismo en cuestiones sentimentales.

En el fondo lo envidiaba. Tenía que ser bonito eso de amar en silencio, sufrir el rechazo con el único aliciente de un quizá, un tal vez... un brote de esperanza endeble, pero que te ayudaba a seguir adelante.

Me volví para ver de frente al desconocido y constatar que proseguía su descarada observación. No iba a culparlo por ello, faltaría más, pero mi curiosidad iba en aumento.

—Charles, ¿quién es ese?

Él, que no solía hacer hincapié en su pertenencia a una clase privilegiada, me sorprendió al adoptar esa actitud indolente de quienes desde la cuna tienen lo que otros jamás alcanzarán.

—Es Jonathan Banks —respondió con disgusto—, un nuevo rico. De esos que han hecho una fortuna comerciando.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Lo es cuando muchos de sus negocios están bajo sospecha. Se rumorea que

parte de su éxito se debe al contrabando —me informo.

—¡Qué interesante! —exclamé intrigada.

—Querida Ornela, cómo se nota que no entiendes de estos asuntos. La idea del contrabandista romántico no es más que una invención novelesca. En la vida real son gente peligrosa que no dudan en hacer lo que sea preciso para salvaguardar sus intereses.

—¿Y no lo hacemos todos? —pregunté, con toda la lógica a mi favor.

Quienes pertenecían a la aristocracia hacían todo lo posible para mantener sus privilegios, así que no veía la diferencia.

—No es lo mismo. Banks tiene a sus espaldas acusaciones muy fuertes. Se libra porque su dinero es lo suficientemente disuasorio como para salir indemne, pero tarde o temprano caerá.

—Vaya...

—Procura no acercarte a él bajo ningún concepto —me advirtió muy serio, lo que hizo que aumentara mi interés.

Adopté una expresión inocente mientras Charles ejercía de protector. En ese caso, además de su consabido motivo para ello, se había despertado en él un instinto especial: salvar a la inocente dama de los peligros que un caradura podía causar.

Todo un aliciente extra, desde luego.

—Se rumorea que, ahora que ha logrado una fortuna, intenta conseguir una imagen pública decente —prosiguió Charles—, alcanzar respetabilidad y, por supuesto, la mano de una señorita de bien que le dé todo eso.

—Qué pena que no tengas hermanas —bromeé.

Como era de esperar, mi comentario no le hizo ninguna gracia. Siendo hijo único, Charles tenía sobre sus hombros toda la responsabilidad y, además, él se lo tomaba muy en serio.

—Solo espero que ninguna señorita de bien tenga la tentación de caer en su trampa.

—Bueno, todo depende del estado financiero de la familia, ¿no crees? —comenté de manera frívola, pues no sería la primera boda en la que se intercambiaba apellido por dinero.

De todas formas, por suerte y gracias a mis esfuerzos, yo no entraba dentro de la categoría de señoritas casaderas inocentes y, aún menos, en la de ricas herederas.

Ahora podía desenvolverme con la tranquilidad que mi apellido de casada me otorgaba. Me garantizaba esa inmunidad, así que solo quedaba averiguar qué tipo de hombre era Jonathan Banks y si en privado sería tan insolente como en público.

Esperaba que así fuera.

No iba a saberlo esa misma noche. Mantener un poco la intriga nos vendría bien en caso de que al final llegásemos a conocernos.

De ahí que continuara distante el resto de la velada y procurase indagar a qué otros actos tenía previsto asistir, con el fin, lógicamente, de coincidir y que poco a

poco surgiera la oportunidad de hablar con él.

Como siempre, supe disfrazar mi verdadero interés y lograr que Charles ejerciera de acompañante en todas esas ocasiones. Si se sorprendió por acudir conmigo a una exposición de pintura renacentista, que había patrocinado Banks, no dio muestras de ello y recorrimos la sala disfrutando, él más que yo, de las telas expuestas.

Charles era un entusiasta del arte y se mostró emocionado. Creyó erróneamente que su entusiasmo sería contagioso, pero no fue así. Yo me limité a escucharle. Si lo pensaba con detenimiento, mataba dos pájaros de un tiro: por un lado complacía a mi amigo y por otro continuaba mi investigación.

Nadie salía perjudicado.

Vi a Jonathan rodeado por asistentes a la exposición, deseosos de felicitarlo por su obra filantrópica, pese a que podía apostar cualquier cosa a que su gesto solo pretendía comprar esa respetabilidad de la que carecía.

Era curioso observar la cantidad de caballeros que se mostraban corteses con él por el mero hecho de que tenía una abundante cuenta bancaria, aunque les escociera a no poder más tal circunstancia. Había quienes pensaban que solo unos pocos tenían el derecho de labrarse un porvenir de éxito, de ahí que fuera el doble de costoso aceptarlo.

Y también quienes tenían el poder en sus manos y no movían un dedo para cambiar leyes anacrónicas e injustas, ahora se inclinaban ante el dinero. Una buena dosis de hipocresía, sin duda alguna.

Puede que nunca pudiera compartir mis pensamientos, pues, debido a mi país de nacimiento, corría el riesgo de ser condenada por expresar ideas que ponían en peligro sus encorsetadas vidas; sin embargo, era libre de pensar como considerase conveniente. Y, en lo que a mis asuntos personales se refería, no aceptar ridículas normas impuestas, aunque para ello tuviera que disfrazarme de respetable dama.

—Estás muy callada —murmuró Charles a mi lado.

Le sonreí con afecto.

—Intento disfrutar de todo esto. —Disfracé una vez más la verdad.

Iba a disfrutar, desde luego, pero no de lo que allí se exponía.

Charles se paró a saludar a unos conocidos y como yo me aburría soberanamente, me dediqué a pasear por la galería, teniendo en todo momento constancia de dónde se encontraba Banks. Mi atuendo de mañana, de color azul marino, no invitaba a observar mis curvas, pero mis movimientos sí, por lo que abandoné la estancia principal con la idea de pasar a una menos concurrida y esperar que la suerte estuviera ese día de mi lado.

Atenta a cualquier ruido, deambulé por la galería, fijándome en las vitrinas allí dispuestas aunque ignorase el contenido de su interior. Lo que en realidad me interesaba era comprobar y ver si algún visitante había decidido seguirme y, en caso de que así fuera, si se trataba de quien yo esperaba.

No me defraudó.

Vi su reflejo junto a la puerta, de nuevo con su pose más arrogante. Puede que su atuendo fuera el más sofisticado que el dinero pudiera pagar, pero no conseguía ocultar al cien por cien al hombre que se encontraba debajo.

¿Era atractivo?

La pregunta no necesitaba respuesta, pues sus rasgos físicos no eran tan concluyentes como en otros casos, pero lo que realmente funcionaba en Jonathan era su actitud. Carecía de ese aire de cansancio que muchos hombres de postín mostraban. Sus rasgos físicos podían embelesar a una jovencita, desde luego, pero una mujer apreciaría mucho más otras cualidades.

Compararlo con Stephan era una desfachatez, pero en ambos casos me sentí atraída de inmediato. El peligro, la seguridad en sí mismos que demostraban y, sobre todo, que mostraran sin ambages su deseo por mí, inclinaban la balanza a su favor.

Continué mi recorrido, dándole la oportunidad de observarme a placer, pero su impaciencia, al igual que la mía, precipitó todo.

—Dudo mucho que aquí, en esas vitrinas, encuentre lo que está buscando.

Ese fue su comentario, a modo de saludo, que me hizo detenerme y darme la vuelta para mirarlo a la cara antes de responder.

Su insolencia me excitó, su mirada me calentó y su media sonrisa casi me hizo caer de rodillas.

No jugaría a la damisela débil que se sonroja ante el primer requiebro, aunque podría hacerlo. No, de ninguna manera, a un «caballero» como Banks eso solo lo haría reír. Estaba segura de que si buscara una chica impresionable, habría escogido un salón de té, así que yo no podía defraudarlo.

—¿No le parece una pieza exquisita? —murmuré, señalando una de las vitrinas.

—¿Se sentiría decepcionada si confesara mi deplorable gusto en cuestiones artísticas? —inquirió, manteniendo las distancias.

Me hizo sonreír.

—No, en absoluto —respondí.

Jonathan caminó hasta detenerse a mi lado. Me repasó de arriba abajo con la mirada, pero no hizo amago de tocarme.

—¿Deduzco entonces que su interés por el arte es mera apariencia? —pregunté coqueta, solo con la intención de provocarlo y ver cómo se desenvolvía en el juego del flirteo.

—No, por supuesto que no. Pero dejemos a un lado mis intereses en el mundo del arte, que, y no me importa reconocerlo, es simplemente un negocio como otro cualquiera. Invierto con la idea de obtener un beneficio, nada más.

—Vaya, pensé que era usted un mecenas.

Su diversión saltaba a la vista.

—Ambos sabemos que todo son apariencias.

Estiró el brazo y me cogió la mano con la intención de tener un gesto galante. Yo se lo permití, pero tal como yo esperaba, no se limitó al casto saludo de rigor, sino

que me apartó el guante y posó los labios sobre mi muñeca, justo donde mi pulso delataba mi excitación.

Esperaba una típica reacción de superioridad masculina, aquella sonrisa que pone de manifiesto que uno cree que tiene atrapada a la mujer. Pero no, Jonathan se comportó de manera diferente. Se mostraba tan interesado en mí como yo en él. Esa simplicidad me gustó.

—¿Sería inapropiado invitarla a un almuerzo?

Dada mi escasa afición a comer acompañada, lo rechacé, negando con la cabeza. No deseaba una invitación a comer precisamente.

—Entonces, teniendo en cuenta su inclinación por el arte, deduzco que sería más de su agrado una visita a mi colección privada —añadió sarcástico.

Agradecí que evitara un tono de falsa cordialidad. Su sugerencia, lejos de parecer una invitación formal, se asemejaba más a una proposición en toda regla. No teníamos por qué esconder nuestro mutuo interés. Otro asunto muy distinto era quedar a salvo de las miradas indiscretas.

—Me encantaría —respondí.

—Muy bien. Daré orden de que vayan a recogerla. ¿Le parece bien mañana por la noche?

—Yo me ocuparé de los detalles —dije, dejándolo desconcertado por un momento. Y para dar la puntilla, le ofrecí la mano, como si de un asunto de negocios se tratara—: ¿Trato hecho?

Jonathan acabó riéndose y aceptando mi ofrecimiento, y selló el trato con un contundente apretón de manos.

Con uno de mis objetivos cumplidos, regresé a la sala principal, a lo aburrido y seguro, y busqué con la mirada a Charles. Lo encontré ensimismado delante de un cuadro y caminé hasta él en silencio. Esperé paciente que acabara de contemplar la obra pictórica y, cuando se volvió y me vio, me obsequió con una sonrisa.

—Siento no haberte podido prestar atención. Para una vez que me acompañas a algo así, tengo la poca delicadeza de abandonarte.

—No pasa nada —dije.

Charles era siempre así, atento, preocupado por mí.

Me ofreció el brazo y yo lo acepté encantada. Luego se ocupó de dejarme sana y salva en mi casa y, pese a que Camille insistió en que se quedara a comer con nosotras, él no aceptó, algo que me extrañó.

—Ornela, antes de irme, debería ser sincero contigo.

—Tú dirás, Charles.

—Es solo un rumor, pero se dice que Jonathan Banks se ha fijado en ti.

—Vaya... —murmuré, haciéndome la despistada.

—Debes andarte con ojo, querida. Y los encuentros como el de hoy, a escondidas, no te benefician.

—Pensaba que no hacía daño a nadie siendo amable con él —argumenté en mi

defensa.

Creía que había sido discreta y que Charles, absorbido por la contemplación artística, no se percataría de mi ausencia, pero por lo visto estaba atento a todo.

—Eres muy ingenua, Ornela. Para hombres como él eres una presa fácil.

—Lo tendré en cuenta.

—Rechaza cualquier invitación que te haga, por inocua que te parezca.

Puse cara de no haber roto un plato.

—¿Aunque sea en un lugar público?

—Para tipejos como él, cualquier espacio es bueno para arruinar la reputación de una dama —sentenció.

«¡Qué interesante!», pensé, mordiéndome el labio ante el sinfín de posibilidades que eso entrañaba.

Su advertencia, además de inútil, solo añadía más expectación a todo el asunto.

Camille insistió de nuevo en que se quedara a comer, pero de repente, a Charles le entró una repentina prisa por acudir a saber adónde.

A mí no me importaba, pues entendía que tuviera sus secretos inconfesables. Al fin y al cabo era un hombre y podía ir y venir sin dar explicaciones.

Lo que menos me gustó de aquella conversación fue que mi doncella se había percatado de cada palabra y, a diferencia de Charles, Camille no se dejaba engañar.

Por mi parte, yo dediqué el resto del día a organizar mi encuentro. Camille me miraba con el cejo fruncido, pues si normalmente comía lo justo, en esa ocasión comí aún menos, lo que levantó ciertas suspicacias por su parte.

—Tramas algo —murmuró a mi espalda, mientras me desenredaba el cabello.

Lo cierto era que yo había revuelto de arriba abajo mi vestidor con la idea de encontrar el atuendo perfecto. Al final escogí uno de color gris perla que me pareció el más apropiado.

—Sigue peinándome —contesté, sin prestar atención a sus palabras.

El problema era que el vestido en cuestión estaba arrugado, por lo que llamé a una doncella y le di instrucciones precisas para que estuviera listo antes de veinticuatro horas. Supongo que la forma de decirlo alertó a la siempre atenta Camille.

—Hasta donde yo sé, mañana no tienes ningún compromiso.

—¿También supervisas los eventos a los que acudo? —pregunté, volviéndome para encararme a ella.

Ella me obligó a mirar al frente para continuar su labor.

—No es la primera vez que te hago saber mi total disconformidad con tus apariciones en público. No es decente y no me ha quedado más remedio que, a causa de la ausencia de tu esposo, hablarlo con tu madre. A ver si ella consigue hacerte ver las cosas tal como son.

—¿Que has hecho qué? —gruñí, respirando hondo para serenarme.

—Solo lo correcto —contestó.

Me puse en pie y me aparté de ella, controlando la rabia.

—No tienes derecho a inmiscuirte en mi vida.

—Alguien tiene que hacerlo, Ornela —replicó.

Por su tono advertí que no estaba dispuesta a ceder y dejarme a mi aire.

—Te lo repito, es mi vida.

—¡Eres una mujer casada! —exclamó, resaltando lo obvio—. Le debes un respeto a tu marido. Te repito que se está jugando la vida.

—¿Y? Por lo que me dice en sus cartas está bien. ¿Por qué iba a preocuparme?

—Por su reputación.

—No he hecho nada incorrecto —aduje, omitiendo un «todavía».

—Pero vas a hacerlo. Te conozco, Ornela. Cuando se te mete algo en la cabeza...

—Si lo dices por Charles... —murmuré, en un vano intento de desviar la atención.

—Sabes perfectamente que ese pobre infeliz bebe los vientos por ti, pero es todo un caballero y te respeta.

—Entonces no entiendo a qué viene todo este alboroto —protesté exasperada.

Una de las razones de casarme había sido precisamente esa, evitar que se juzgara lo que hacía.

—Puede que engañes a los demás, pero yo te conozco desde niña. Siempre has sabido hacer de tu capa un sayo. El capitán Gardner-Taylor no se merece ser objeto de murmuraciones por tu comportamiento inapropiado.

—¡Será posible!

—Piensa en él, por favor, Ornela. No hagas nada de lo que vayas a arrepentirte.

Sus palabras no hicieron sino ponerme más a la defensiva. Yo solo veía un punto de vista, el mío, y no estaba dispuesta a ceder ni un milímetro.

—¿Piensa él en mí? ¿Tanto se preocupa, que quince días después de casarnos se marcha? ¿Tanto le importa su esposa que manda escribir sus cartas a un secretario?

Camille se quedó callada por un momento tras hacer yo esas preguntas. Puede que fueran injustas, y en mi caso me resultaban convenientes, pero como al parecer ella lo defendía a muerte, solo esperaba ver cómo reaccionaba.

—Es su obligación —dijo al final.

—¿Me tomas por tonta? Podría haber pedido un permiso, quedarse aquí conmigo, pero no, fue recibir la llamada de su superior y salir corriendo sin importarle nada más. —Recurrí al juego sucio para salirme con la mía.

Noté la desaprobación en la mirada de Camille, pero yo no iba a cambiar mi forma de proceder.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —me recriminó enfadada—. Tu esposo no se ha ido a pasar unas vacaciones o a tomar las aguas.

—Ya lo sé —refunfuñé—, pero ha hecho su elección.

—¿Crees que le resulta agradable dejarte sola?

La defensa a ultranza de Stephan por su parte me crispaba. No solo por el hecho

de que iba en contra de mis deseos, sino también porque seguía sin entender cómo ella, que siempre había estado a mi lado, de golpe y porrazo se aliaba con él, manifestando su adhesión de manera tan inquebrantable.

—Pues no se lo pensó dos veces.

—Niña ingrata... Sabías cuál era su profesión antes de casarte. Ahora no hay sitio para las lamentaciones.

—Haré lo que estime oportuno y ni tú ni nadie me lo vais a impedir.

—Estás desperdiciando una oportunidad única. Vas a herir de forma deliberada a un hombre que se preocupa por ti, que te quiere.

Ni Stephan ni yo habíamos hablado de eso, así que no entendí la obstinación de Camille por hacerme ver lo que solo ella parecía ver.

—Ya que tanto lo defiendes, ¿crees que mi marido tendrá un comportamiento ejemplar? —pregunté con ironía.

—Sabes que no tengo la respuesta a esa cuestión, aunque confío en él. Pero llegado el caso, su proceder no te da vía libre.

Tanta fe ciega me enervaba.

—Me duele la cabeza —murmuré finalmente, frotándome las sienes.

—Ornela, por favor te lo pido, no hagas ninguna estupidez.

—Sé bien lo que hago —mascullé, y me puse el camisón que más tarde tiraría al suelo, una vez metida en mi cama.

Camille salió de mi alcoba mascullando algo entre dientes. Bueno, contaba con tenerla como vigilante de la decencia y las buenas costumbres, pero debía impedir que le fuera con más cuentos a mi madre.

En primer lugar, porque entonces se empeñaría en que me trasladase a vivir con ella y eso, aparte de causarme pavor, supondría una merma de mi libertad de movimientos. Y, además, ahora vivía como siempre había querido, puede que con un esposo aborrecible, pero ocupando su lugar en la buena sociedad y ejerciendo sus funciones de marquesa a la perfección.

Por si acaso, decidí que al día siguiente por la mañana me presentaría en su residencia y así de paso vería al pequeño Austin, al cual no prestaba la atención que me habría gustado. Hablaría con mi madre y desmentiría cualquier estupidez que la controladora de Camille le hubiera metido en la cabeza.

Cuando apagué la luz, me puse a pensar dónde se encontraría Stephan en aquellos instantes, pues sus cartas solo me indicaban que estaba bien. Al venir sin matasellos, vía Ministerio de la Guerra, poco podía averiguar.

Seguramente, con el canalla de William como acompañante, disfrutarían de la libertad que a los hombres se les otorga por su simple condición, y más aún encontrándose ambos fuera de su casa.

Nadie los podía juzgar, ni mucho menos debían dar cuenta de sus correrías. No era ningún secreto que la milicia se desahogaba en cualquier taberna; eran sin duda alguna los clientes más buscados por las prostitutas: jóvenes con dinero y sin ganas

de complicaciones.

Era un hecho que había asumido y que por tanto no me dolía.

Cierto que el presumible mal comportamiento de Stephan no me daba carta blanca, pero sí al menos la justificación necesaria para pensar que le pagaba con la misma moneda.

Mi madre me recibió encantada, a pesar de que no había avisado de mi visita, como era mi costumbre, para así evitar incómodos encuentros.

Mi padrastro se hallaba en la casa y vino a saludarme a la entrada. No disimuló su desagrado, ni yo el mío. Ya no tenía sentido andarnos con hipocresías. Ahora ya no estaba bajo su yugo y era responsabilidad de mi marido. Me miró como siempre, primero con altanería y después con aquel descarado interés por mi cuerpo que me causaba náuseas.

Me había puesto un modesto traje de falda y chaquetilla marrón oscuro, de paño. De mi guardarropa, era sin duda el conjunto más anodino. Atuendo que sin duda alguna aprobaría la matrona más exigente para una visita diurna.

—¡Ornela, cariño! —exclamó mi madre nada más verme entrar.

Dejé que me rodeara con sus brazos y permanecimos así un momento. La echaba mucho de menos. Las circunstancias que nos había tocado vivir nos impedían pasar más tiempo juntas, pero desde luego, aprovechábamos los pocos ratos que teníamos.

—Tenía tantas ganas de verte, mamá —murmuré, y a punto estuve de echarme a llorar.

—Y yo, mi vida, y yo —dijo, abrazándome con más fuerza.

Luego nos sentamos en la salita donde siempre me recibía y pidió que nos trajeran té. Yo deseaba quedarme a solas con ella y, mientras la doncella se ocupaba de disponer el servicio, solo intercambiamos comentarios inocentes.

—¿Qué tal la vida de casada? —inquirió, mientras hacía un gesto para que nos dejaran a solas.

—Me estoy adaptando.

—Mi querida niña... —musitó con cariño—, es una pena que tu esposo no haya podido quedarse.

—Sí —suspiré.

Reconozco que exageré un poco mi actuación de mujer sola a la espera de volver a reencontrarse con su marido.

—Ya verás, el tiempo pasa volando. Y el capitán Gardner-Taylor pronto estará de nuevo con nosotros.

No me sorprendió que en vez de mencionarlo por su nombre de pila lo hiciera por su rimbombante apellido, el cual ahora también era mío. Por alguna razón, tanto a mi madre como a Camille les gustaba recordármelo a todas horas, al tiempo que añadían, por supuesto, el grado que ostentaba en el ejército. Como si yo no fuera consciente de ello.

—Eso espero.

—Bueno —dijo, dándome unas palmaditas cariñosas—, ahora lo que tienes que hacer es pensar en él. Ser una esposa ejemplar y conducirte con prudencia.

—Mamá, ya lo sé. Pero no puedo quedarme todo el día en casa, de brazos cruzados...

—Eres muy joven, lo sé, y te comprendo. Pero muchas jóvenes de tu edad ya tienen hijos y viven dedicadas a ellos. Ya verás, en cuanto seas bendecida con el regalo de la maternidad, te sentirás más a gusto.

Temblé solo de pensarlo...

—Si te soy sincera, me aterroriza esa posibilidad —contesté, intentando que esa verdad a medias distrajera a mi madre.

—Ornela, no puedes negarte a ello. Tu obligación es darle hijos a tu marido.

—Pero mientras él está por ahí... —De nuevo recurrí al suspiro.

—Sé que te apetece ir a fiestas, pero Camille dice que no siempre te relacionas con las mejores compañías. Debes tener cuidado, hija. Cualquier rumor puede causar un daño irreparable.

—No hago nada malo, mamá —insistí, adoptando mi pose más ingenua—, solo bailo y hablo con otras mujeres. Incluso le he pedido a Charles que me acompañe —añadí para convencerla.

—Ay, cariño, ya sé que puedo pecar de sobreprotectora, pero en el fondo eres una chiquilla sin experiencia... joven e ingenua... Cuánto me recuerdas a mí cuando tenía tu edad...

—¿Ves? Nada por lo que debas preocuparte. Estate tranquila.

Mis palabras, o más bien mi tono sereno, firme y, sobre todo, humilde, convenció a mi madre, por lo que el resto de la mañana pudimos dedicarnos a conversar de temas menos preocupantes.

Regresé a mi residencia y ordené que me preparasen un baño. Camille pareció captar el mensaje y me dejó tranquila. O al menos eso pensé, hasta que apareció Charles. Sin duda, ella lo había avisado y allí estaba, dispuesto a llevarme por el buen camino.

—Dime que no vas a cenar con ese hombre.

—Por favor, ya te he dicho que es solo una invitación. No le busques tres pies al gato —respondí, exasperada ante su tono paternal. Tenía que librarme de él o me perdería mi cita.

—Ornela, te acompañaré.

—Ni hablar —repliqué rápidamente—. No puedo ser descortés y presentarme con un acompañante.

—¡Claro que puedes! Banks no es más que un nuevo rico.

—Charles, por favor, creía que tú no eras tan clasista.

—Ni tú tan ingenua.

—Ahora vas a dejarme sola, porque quiero darme un baño, arreglarme y así poder cumplir con mi obligación.

—¿Obligación?

—Pues sí. Este encuentro no es más que un compromiso. Quiero que apoye una causa en la que me he comprometido y si tengo que cenar con él para que colabore, lo haré. —Recurrí al sentimiento de solidaridad para que Charles se ablandara.

—No me gusta... —masculló él.

En el fondo daban ganas de abrazarlo y besarlo. Su irritante preocupación solo tenía un objetivo: cuidar de mí. Y se lo agradecía de veras, pero no era necesario. Lo que sucediera a partir de que me encontrara con Jonathan dependía única y exclusivamente de mis decisiones y, para tomarlas, me basaba en un principio muy claro: lo que a mí me convenía.

Disfruté de la soledad mientras me relajaba en la enorme bañera de cobre. Había que reconocerlo, Stephan sabía rodearse de lo mejor. Por ejemplo, aquella enorme bañera. Se me pasó por la cabeza que quien la había fabricado sin duda había pensado que en ella podrían caber dos personas con comodidad. Cuando Stephan regresara, tendría que pedirle permiso para usar sus cosas, pero de momento, en su ausencia, disfrutaría de las ventajas de tener un marido sibarita.

Me arreglaría yo sola para mi cita. Hacía tiempo que había aprendido a hacerlo, no solo por necesidad, sino también por comodidad. Desde mi relación con Agnus, tuve que ingeniármelas para regresar a casa en un estado medio decente, que no delatara la naturaleza de mis encuentros.

Me miré desnuda, con la piel húmeda, en el espejo de cuerpo entero ante el que, a buen seguro, Stephan se vestía cuando estaba en casa, y sentí un atisbo de culpabilidad, pero se fue tan rápido como había venido.

Cogí uno de los frascos de perfume y me puse unas gotas en los puntos de mi piel que me parecieron más importantes. Empezando por los pezones. No olvidé el ombligo, ni tampoco el vello púbico, debidamente recortado. Por supuesto, en las zonas donde mi pulso sería evidente, también deposité una gota.

Antes de vestirme, me coloqué las esponjas. No sé si al final de la noche me serían necesarias, pues no tenía muy claro qué tipo de encuentro sexual mantendríamos. Aunque una cosa estaba clara: Jonathan me deseaba y yo esperaba que no solo se preocupara de satisfacerse a sí mismo.

No soportaría una decepción, aunque mi instinto femenino me decía que no sucedería. Además, por lo que sabía de él a través de los comentarios de algunas damas, Banks no era uno de esos jovencitos impacientes. Le faltaba poco para cumplir los treinta y ya había experimentado bastante como para echarse encima de una mujer y terminar en menos de cinco minutos.

No, por su forma de mirarme, Jonathan tenía otros planes para mí.

Llegué a la dirección que me había indicado quince minutos más tarde de la hora acordada. Fue premeditado. La falta de puntualidad crea más expectación y yo podía permitírmelo.

Me había citado en un hotel, no de lujo, pero sí respetable. Supuse que en él garantizaban al máximo la confidencialidad de los hospedados. Ni a él ni a mí nos convenía el escándalo.

Sin pasar por recepción, como me indicaba en su nota, fui directamente a la *suite*. No tuve que llamar a la puerta, pues la encontré entornada. Así que inspiré hondo, aplaqué mis nervios y di un paso adelante.

La habitación me pareció demasiado lujosa en comparación con el resto del hotel.

—Buenas noches, querida Ornela —me saludó con voz ronca y una media sonrisa. Tenía una copa en la mano e hizo un brindis en mi honor.

Supongo que, debido a mi tardanza, ya no confiaba mucho en que acudiera.

No respondí. Cerré la puerta a mi espalda y caminé con tranquilidad por la estancia, observando cada detalle. Tal como me había prometido, allí había piezas de arte. Pequeñas esculturas de marfil, eso sí, todas con un motivo muy determinado.

Me quedé parada junto a una de ellas, fijándome en la exuberante mujer que representaba. Desnuda y recostada parcialmente, mostrando sus atributos con expresión placentera.

Sentí la presencia de Jonathan a mi espalda y me excité.

Me excité... Por todo, por la situación ilícita, por lo que estaba a punto de suceder, por su presencia, que no dejaba de inquietarme, por el ambiente, íntimo y personal...

Llevó las manos a mi capa y me la quitó. Me sentí casi desnuda ante su mirada, pese a ir con mi fino vestido gris perla.

Me volví y, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, sentí sus labios sobre los míos, que me robaban el aliento. Cerré los ojos y permití que me

transportase a donde quisiera.

—Llevo días deseando esto, anhelándote... —me confesó, cuando apartó solo un segundo su boca antes de volver a besarme.

Me rodeó con sus brazos y yo elevé los míos, pegándome a él.

Continuamos besándonos como locos desesperados. A medida que se caldeaba un ya de por sí caliente ambiente, era consciente no solo de la humedad entre mis piernas, sino también de su miembro, que se endurecía contra mi cuerpo.

—No perdamos más tiempo —dije al fin.

Me condujo a través de la estancia hasta la alcoba. Allí no había ni una sola luz, solo la sombras que ambos proyectábamos con la iluminación procedente del salón.

Continuó tocándome por encima de la ropa y yo tampoco perdí el tiempo. Metí las manos por debajo de su casaca y se la quité. A continuación hice lo mismo con su pañuelo y, cuando por fin vislumbré piel a través de su camisa abierta, posé los labios sobre su garganta.

—Cielo santo, Ornela...

Jonathan buscó el cierre de mi vestido y, con la habilidad que le suponía, me lo quitó. No se sorprendió al encontrarme sin corsé. Mis pezones, erectos, se marcaban perfectamente bajo la fina tela que los cubría.

—Tengo que verte... —murmuró, apartándose de mí—. No voy a permitir que las prisas estropeen este primer encuentro.

Por su tono, deduje que todo aquello era tan importante para él como para mí. Jonathan podía estar mintiendo con la intención clara de halagarme sin más; sin embargo, algo me decía que no era así, pues ante mi manifiesta disponibilidad, solo tendría que haberme tumbado en la cama, abrirme de piernas y penetrarme.

Por supuesto, de suceder así las cosas, no volvería a verlo.

Regresó con un candelabro en la mano; se había descalzado y se acercó, pero manteniendo la distancia precisa para contemplarme a placer.

—Desnúdate despacio, por favor.

Sonreí. Pedirlo por favor debía de ser algo extraño para él. Banks no parecía un hombre acostumbrado a tales delicadezas. Me conmovió y me ayudó a sentirme mucho más segura.

Dejé caer la fina gasa de la camisola y me quedé ante él tal como me había sugerido, aunque pensé que podía añadir algo de mi cosecha. Levanté los brazos y busqué el pasador que me mantenía sujeta la melena, para soltármela y dejar que cayera sobre mi cuerpo, creando un efecto que a buen seguro Jonathan agradecería.

Sentí la caricia de mi pelo en el trasero y en especial sobre mis pezones, más sensibles que nunca. Deseaba que él hiciera algo al respecto, pues hacía mucho que ningún hombre me tocaba. Ansiaba sentir la aspereza de unas manos masculinas. Más fuertes, menos delicadas que las mías.

—Ahora sí que hay aquí una verdadera obra de arte —musitó con verdadera admiración.

Dejó el candelabro sobre una repisa y se situó frente a mí. Apartó el pelo que me cubría los senos y, con el dorso de la mano, trazó una delicada e invisible línea desde mis hombros hasta mi cintura. Todas mis terminaciones nerviosas reaccionaron al contacto, ligero pero contundente de su mano.

Solo pude pensar en cuál sería el siguiente paso.

Dio una vuelta a mi alrededor, sin apartar la mano, produciéndome el mismo escalofrío al tocarme la espalda. Su calculada seducción incrementaba de forma considerable mi deseo. Estaba desnuda ante Jonathan. Si él profundizaba un poco más en sus caricias, entre mis piernas más concretamente, comprobaría la abundante humedad de mi sexo, síntoma inequívoco de mi grado de excitación.

—Jonathan... —musité, girando la cabeza para mirarlo.

Él se acercó a mí, se inclinó y me acarició la mejilla antes de darme un beso brusco, que contrastaba con la delicadeza de sus manos.

—Quiero que pronuncies mi nombre de nuevo, pero esta vez gimiendo mientras te poseo.

Tuve que morderme la lengua para no decirle que ningún hombre me poseería. No quería estropear el momento y preferí dejar que así lo creyera.

Me di la vuelta hasta quedar frente a él y acerqué las manos a los botones de su camisa. Me dejó desabrochar el primero; el resto salieron volando cuando él agarró con brusquedad la prenda y se la quitó.

Posé las manos en su torso. Establecer comparaciones en ese instante no podía llevarme a buen puerto, no obstante, lo hice. Recordé la primera vez que había tocado a un hombre. Agnus no tenía tanto vello, solo una fina capa. En cambio, Stephan apenas tenía. Un detalle para almacenar en mis recuerdos.

Me deleité recorriendo con la mano su ensortijado vello pectoral, mientras sentía los latidos de su corazón y el calor de su piel.

—Desnúdate —exigí, parafraseándolo.

Llevé una mano a la cinturilla de sus pantalones y le di un tirón. Jonathan se apresuró a obedecer, y se mostró por fin ante mí gloriosamente desnudo y excitado.

No me reprimí y agarré su erección, sujetándosela con firmeza mientras empezaba a masturbarlo. Él cerró los ojos un instante antes de poner la mano sobre la mía y hacerlo juntos.

Permanecemos así unos minutos, no sabría decir cuántos, supongo que la intensidad de todo aquello hacía imposible concretarlo.

—Ornela... —Su voz sonaba suplicante cuando me detuvo.

Tiró de mí, me sujetó por la nuca y, mientras me daba otro de aquellos besos devastadores, llegamos hasta la cama. Caímos sobre ella, él debajo, sin soltarme.

Con rapidez se puso encima. Separé las piernas sin que me lo indicara y recibí una sonrisa de aprobación. Noté su mano moviéndose hacia la parte interna de mis muslos. Cogí aire. No me hizo esperar más. Sus dedos fueron directos a mi sexo, y separaron mis labios vaginales hasta encontrar mi clítoris, tenso y necesitado, que

procedió a estimular. Jadeé nerviosa, expectante...

—Eso es, Ornela, siéntelo... He soñado varias noches con tenerte así. Abierta y dispuesta para mí, para lo que quiera hacerte...

—Sigue...

—Mis manos recorriendo cada parte de tu cuerpo. Sentir cómo te estremeces mientras toco tu sexo. Cómo las yemas de mis dedos se impregnan de tus fluidos...

Apartó la mano un instante para llevársela a la boca y lamerse los dedos.

Cerré los ojos y me mordí el labio. Quería más, quería mucho más. Lo quería todo.

Jonathan pareció darse cuenta del punto de no retorno en el que nos encontrábamos y se colocó encima de mí. Me miró a los ojos y se quedó quieto mientras su polla esperaba dar un último empujón.

—Hazlo —gimoteé, presa de la excitación.

No recordaba haberme sentido nunca así, bueno tal vez en mi noche de bodas, pero aquello fue diferente, porque no podía ser yo misma. También pudiera ser que, debido a mi largo periodo de abstinencia, mis sentidos se encontrasen desorientados.

—Será un placer... —gruñó, impulsándose con fuerza hasta penetrarme por completo.

Solté el aire retenido y jadeé. Grité y clavé las uñas en sus hombros al sentirme colmada. Jonathan se retiró y, en vista de mi reacción, repitió el movimiento. Yo sonreí sin abrir los ojos, y doblé las rodillas, levantando la pelvis para que sus penetraciones fueran lo más profundas posible.

Al principio fue despacio, dándome el tiempo preciso para que me acostumbrara a su nada despreciable tamaño, aunque podría haberle dicho que no era necesario. Mi cuerpo se amoldaba a la perfección.

Le clavé las uñas aún con más saña y él interpretó que, lejos de querer delicadeza, le estaba pidiendo sin palabras que me follara sin contemplaciones. Sexo sudoroso, ilícito pero memorable. Que el placer borrara el mínimo resquicio de sensatez.

Jonathan cambió radicalmente. Pasó a ser salvaje, despiadado. Balanceándose sobre mí de tal forma que me hizo olvidar todas mis dudas, si es que alguna vez las había tenido. Se comportó tal como yo había imaginado. Rudo, implacable. Me trató como a una mujer, no como a una taza de porcelana china que solo sale de la vitrina en ocasiones especiales y a la que se cuida para evitar que se rompa.

Me folló con todas las letras. Sin ambages, sin medias tintas.

Obtuve lo que yo pedía.

Dormir junto a mi nuevo amante no entraba en mis planes. Sin embargo, tras ese primer e intenso encuentro, acepté su propuesta de quedarme a cenar, lo que derivó en otros dos apasionados revolcones.

Agotada y saciada, terminé durmiéndome junto a Jonathan. Él demostró tener un lado tierno y me abrazó posesivamente. Muy posesivamente para mi gusto. Hecho que pasé por alto, pues era la primera vez y supongo que aún nos quedaban condiciones que establecer.

Me desperté cuando amanecía, quizá debido a la falta de costumbre. Rara vez había dormido acompañada. Con mi primer amante procurábamos evitar tal intimidad para no caer en el sentimentalismo, aunque de nada sirvió.

Lo cierto era que me sentía de maravilla, arropada, calentita y satisfecha. Sin embargo, debía poner fin al encuentro y quedarme con el buen recuerdo, para así desear con más ahínco nuestra próxima cita. La sensación de bienestar podría desaparecer si abusaba, de igual modo que la necesidad de repetir.

Me resultaba incómodo levantarme, adecentarme y buscar un transporte, pero me obligué a ponerme en marcha. Me incorporé, aparté las sábanas y saqué las piernas de la cama. Suspiré mientras recordaba que mi ropa estaría por ahí tirada. Cuando hice amago de levantarme, sentí una mano agarrándome la muñeca.

—No te vayas... —me pidió Jonathan con voz somnolienta.

—Me temo que no puedo complacerte.

Él se movió hasta abrazarme desde atrás e intentó retenerme con besos traicioneros en el cuello y un manoseo incesante de mis pechos.

—Ornela... no puedes dejarme así.

Me volví en sus brazos y lo miré. Parecía otro. Despeinado, adormilado pero intentando despertarse, casi me convenció.

Le sujeté la cara entre mis manos y lo besé profundamente, para después, con una sonrisa pícara que prometía más momentos como aquel, separarme de él y caminar desnuda por la alcoba en busca de mi ropa.

Puede que muchos no lo considerasen un caballero, pero Jonathan se levantó y me ayudó a arreglarme para que pudiera salir de aquella *suite* pareciendo respetable. Él se cubrió con una bata que le llegaba hasta los pies y tiró de un cordón para avisar a un empleado del hotel, que apareció en menos de diez minutos.

—Encárgate de llevar a la señora a su casa —le ordenó al sirviente, recuperando su tono imperativo—. Asegúrate de que entra en su domicilio antes de marcharte.

No me despedí con un beso de amante ni con una inclinación formal, solo me di la vuelta y caminé orgullosa.

Mi regreso a casa fue rápido y seguro. Dije adiós al lacayo de Banks y agradecí que en ningún momento se hubiese mencionado mi nombre ni mi apellido, lo cual daba a entender que mi nuevo amante sabía muy bien cómo comportarse y además

tenía aleccionados a la perfección a sus subordinados.

Subí a mi alcoba, miré mi cama sin deshacer y de reojo la puerta que comunicaba mi cuarto con el de Stephan. Me negué a dejar entrar la culpabilidad.

Cansada pero muy satisfecha, me acosté y cerré los ojos.

Camille, decidida a mortificarme, irrumpió en mi cuarto a media mañana.

Yo hubiera dormido hasta mucho más tarde, pero ella se empeñó en no permitírmelo. Abrió las cortinas, que inundaron la estancia de luz, y comenzó a recoger las prendas que yo había dejado desperdigadas en mi afán por meterme en la cama.

—Camille, ¿podrías dejarme a solas, por favor?

Como era de esperar, me hizo saber su desacuerdo obviando mi petición y añadiendo una desaprobadora mirada.

—Por favor —insistí.

—¿Te apetece desayunar aquí? —inquirió con sarcasmo—. Supongo que estarás muy cansada para bajar al comedor.

—Pues ya que lo mencionas, sí, por favor, encárgate de que me suban una bandeja —respondí con una altanería impropia de mí.

Ella refunfuñó por lo bajo y, con mi vestido gris en las manos, salió del dormitorio. Me daba igual si me traían el desayuno o no, solo quería estar sola, descansar hasta la hora de comer.

Cerré los ojos, me estiré en la cama y sonreí como una niña pequeña. Aún sentía mi sexo húmedo tras todo lo vivido la noche anterior.

Sí, en definitiva había encontrado un amante por el que merecía la pena correr riesgos.

A partir de ese momento, entre Jonathan y yo se estableció una especie de rutina. Procuré espaciar nuestros encuentros, no porque no lo deseara, sino para mantener vivo su interés por mí y viceversa. Crear la expectativa suficiente para que ambos, al encontrarnos, fuéramos todo lo locos y desesperados que quisiéramos, sin cortapisas.

Me resultaba curioso, igual que me había pasado con Agnus, oír a las damas, yo creo que movidas por la envidia, despotricar sobre las supuestas maldades de Banks. Me reía disimuladamente y me mordía la lengua, ya que yo sí podía confirmar hasta qué punto era perverso.

Y así, entre una cosa y otra, fueron pasando los días. Procuraba seguir asistiendo a actos recomendables del brazo de Charles, para luego perder la cabeza en los brazos de Jonathan. Soporté las miradas reprobatorias de Camille y almacené sin leer un montón de cartas de Stephan. Pensé que si recibía misivas tuyas era que seguía vivo.

En algunas ocasiones estuve tentada de leer esas cartas y hasta de responderle, pero fui sincera conmigo misma y admití que no sabría qué decirle. Me resultó curioso que pensara más en el paradero de Adam Steinberg que en el suyo, y deseara que Adam siguiera vivo.

Este era un verdadero amigo, con el que, por circunstancias, no había llegado a

dar el siguiente paso.

Con mi marido era diferente. El interés provenía de mis objetivos particulares. Cuando a veces me decían palabras de ánimo y de apoyo, o halagaban su valentía, sonreía orgullosa, aunque por dentro me sentía una traidora. Yo no merecía tal consideración, pero lo cierto es que se hablaba del capitán Gardner-Taylor con admiración y respeto. Incluso se rumoreaba que su recompensa no solo sería en forma de medallas, sino también de algún título nobiliario.

Injusto o no, esas menciones añadían prestigio a mi persona y un estatus muy por encima del que tenía.

Aparte de mis actividades extramatrimoniales, también me hacía cargo de mis obligaciones. Tal como le prometí a Stephan, me entrevistaba cada mes con su administrador para repasar el estado de las cuentas. Al principio me perdía en aquel maremágnum de libros contables y me bailaban las cifras. Pero me obstiné y empecé a estudiar balances, a tomar pequeñas decisiones, aconsejada por el administrador, de tal forma que en poco tiempo me puse al día con las finanzas de mi esposo. Yo disponía de una generosa asignación mensual, por lo que todo lo que generaban sus negocios iba directamente a la cuenta bancaria de Stephan.

Una vez cubiertas, y con generosidad, mis necesidades básicas, no me movía el afán de amasar una fortuna. Siendo cuidadosa y administrando con prudencia lo que tenía, podía vivir con desahogo. Me permitía darme caprichos, gastar en ropa y residir con comodidad en una propiedad que ya consideraba un hogar.

Se acercaba el invierno y con ello las fiestas de Navidad. El último año había pasado en un suspiro y, echando la vista atrás, me di cuenta de que 1806 era uno de los más importantes de mi vida, pues en él había alcanzado algunas de las metas que me había fijado.

Aún quedaban caminos que recorrer, pero a mi edad, veintiuno, no podía quejarme de lo que había logrado. Había llegado a Inglaterra siendo una chiquilla huérfana, sin posición ni recursos, y ahora tenía una perspectiva interesante por delante.

Rompiendo un poco nuestro protocolo de encuentros, había aceptado acudir al hotel donde Jonathan vivía de manera permanente —de hecho era de su propiedad, de ahí las comodidades de que disponía—, a media mañana. Normalmente, solo nos encontrábamos por la noche, ya que entonces era más fácil pasar desapercibida. Procuraba asistir primero a algún evento respetable, donde me dejaba ver, para después escabullirme e irme con mi amante.

Ir a verlo de día me pareció un cambio arriesgado pero interesante, así que, ataviada con un traje de paseo de lo más recatado y abrigada con las pieles que hacía poco había adquirido, me presenté en su hotel. Los empleados, discretos y obedientes, solo me saludaron y mantuvieron la puerta abierta. Tenía plena libertad para moverme a mi antojo por las instalaciones, Pues Jonathan así lo había dispuesto. En más de una ocasión, acudía sola al salón de té del hotel por el simple placer de

disfrutar vestida con algo que pertenecía a mi amante. Incluso recomendé el sitio a algunas amistades.

A Charles nunca se lo mencioné, me parecía injusto.

Subí a la *suite* y entré sin llamar. Miré a mi alrededor. A plena luz del día parecía diferente. Seguí avanzando hasta que encontré a Jonathan sentado a su escritorio, con cara de pocos amigos, absorto en un montón de documentos. Sin duda estaba ante el hombre de negocios, no ante el amante perverso e imaginativo que yo deseaba en cada encuentro.

Levantó la vista y sonrió.

—Querida Ornela...

Le devolví la sonrisa. Hubiera podido aprovechar e informarme sobre sus actividades financieras. Sin embargo, me mantuve callada. Era de mal gusto e innecesario, pues a mí me interesaba él, no su patrimonio.

—Aquí estoy, tal como me pediste —dije, poniéndome cómoda y quitándome las pieles.

Él dejó su trabajo y se puso en pie. Iba vestido como más me gustaba, solo una cómoda camisa y calzones, nada de rebuscados pañuelos o chalecos bordados. Simplicidad absoluta.

—Una visión magnífica, por supuesto. Una inspiración perfecta para un día gris de invierno.

Hice una mueca burlona. Le había advertido en más de una ocasión que se ahorrara las frases rimbombantes, teñidas de la cursilería propia de los amantes de opereta. Lo nuestro era carnal, animal, no un idilio para componer un soneto.

—¿Sabes?, estoy tentada de mencionar tus intentos poéticos ante tus enemigos —bromeé, acercándome a él.

De inmediato recuperó su actitud natural, tosca y expeditiva, y me agarró por la cintura y me pegó a su cuerpo.

—¿Así que entonces debo tratarte como a una cualquiera? —preguntó, mientras ponía los labios sobre mi cuello y me lo mordisqueaba de paso.

—Sí, lo prefiero —respondí.

A partir de ese momento, todo se precipitó. Jonathan me subió encima del escritorio donde había estado trabajando, me separó las piernas posando ambas manos en las rodillas y rasgó mi ropa interior, dejándome expuesta ante su mirada. Temblé y reacomodé mi postura. Él cayó de rodillas y acercó la boca a mi sexo.

—Ornela, no me canso de comerte el coño... —jadeó, utilizando las palabras más vulgares de su repertorio.

Me conocía y por eso sabía el efecto que lo obsceno producía en mi libido.

Esa vez no fue una excepción. Levanté la pelvis, ofreciéndome con descaro, y obtuve mi recompensa. Estiré los brazos hacia atrás y cerré los ojos.

Alcancé el clímax y, mientras disfrutaba de los últimos coletazos, lo sentí penetrarme. Con la fuerza que acostumbraba, sirviéndose de mi cuerpo, ahora

satisfecho, para alcanzar su propio orgasmo.

Fue rápido, contundente y muy placentero.

La única nota negativa era que debía regresar a casa con la ropa íntima hecha jirones. No obstante, merecía la pena.

Jonathan me limpió con su pañuelo y después me ayudó a incorporarme. Buscó mi boca y, como si acabara de llegar, como si no hubiéramos follado sobre su mesa, me besó.

—Nunca dejarás de sorprenderme —dije al tiempo que le acariciaba los labios y lo ayudaba a vestirse.

—Te aseguro que es mutuo, querida mía.

—Y espero que siga siendo así —añadí con una media sonrisa.

Aún no estaba preparada para asumir una separación y por el momento no veía motivo para ello, aunque era consciente de que ese día llegaría.

Ya arreglada, fui a coger las pieles, pero él me detuvo.

—Espera, si te he mandado llamar es por otro asunto.

Su repentina seriedad me alarmó. Por su tono deduje que debía de ser grave.

—¿Qué ocurre? —me vi obligada a preguntar, pese a que no quería establecer ningún tipo de relación con él más allá de la sexual.

—Quería hablarte... —Se detuvo y me fijé en que parecía cansado, hastiado tal vez... Debo salir de viaje. Un asunto de negocios que no puedo retrasar por más tiempo.

—Ah —musité más tranquila—. De acuerdo, gracias por decírmelo.

—Ornela, yo... pasaré más de tres meses fuera y...

—Escucha, no debes preocuparte. A tu regreso te estaré esperando —dije; entendía que se sintiera inseguro. Al fin y al cabo, no habíamos hablado de fidelidad.

—No, no es solo eso. Quiero que sepas que desde que empezamos a vernos no he estado con ninguna otra mujer. —Levantó una mano para impedir que lo interrumpiera—. Como bien dijiste, entre nosotros no habría recriminaciones ni exclusividad y sé que tú no has estado con ningún otro.

Arqueé una ceja ante sus palabras.

—¿Me has investigado?

—Un poco —confesó—. Al principio no era relevante, pero ahora eres importante para mí.

—Soy una mujer casada —le recordé, por si se le ocurría pedirme un imposible.

—Lo sé, y lo acepté desde el primer día. Aunque ya que sacas el tema a colación, te diré que tu marido no te merece.

—Deja a Stephan al margen, por favor —exigí, muy molesta por el cariz que iba tomando todo aquello.

—No es fácil, pero lo haré. Lo que quiero pedirte es... que me acompañes en este viaje.

Abrí los ojos como platos. Busqué una silla donde sentarme y esperé que

ampliara la información, porque aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Verás, debo viajar a París. Como bien sabes, la situación en el país es inestable. No te puedes fiar de nadie. Aquí no son pocos los que me consideran su enemigo y allí la cosa no mejorará. Tú eres francesa, contigo a mi lado todo sería más fácil.

Podría haberme enfadado, pero no lo hice. Su petición, inconveniente por los cuatro costados, no era sino producto de su necesidad. Criticarla hubiera sido hipócrita, ya que yo utilizaba las oportunidades que se me presentaban del mismo modo.

—¿Qué me respondes, Ornela?

—No esperaba algo así.

—Te quiero a mi lado. No voy a decir en voz alta lo que no quieres oír, así que apelaré a tu sentido pragmático. Piensa en la posibilidad de estar juntos todo el tiempo, sin miradas indiscretas. Rodeados de lujos. Allí nadie nos molestará. Solos tú y yo.

—No puedo estar tanto tiempo ausente, se acerca fin de año y tengo compromisos que cumplir —expliqué, pensando en que con toda probabilidad Stephan regresaría.

—Lo entiendo, por eso he pensado en que me acompañes solo los primeros días. Te presentaría a mis amistades francesas para relajar el ambiente y después podrías volver para pasar aquí las fiestas. Todos lo entenderán. Una vez concluidas, podrías regresar a París.

—Veo que has pensado en todo —murmuré, sin descartar por completo su proposición. Volver a París, la ciudad en la que fui infeliz, podía ser un buen exorcismo. Ahora ya no era la pobre hija de un preso político—. ¿Y cómo justificaría mi partida?

—Di que quieres visitar tu país natal, que tienes una especie de nostalgia. La gente suele ser muy comprensiva con esos temas.

—Jonathan, no es tan sencillo. Las habladurías...

—No viajaríamos juntos. Yo partiría antes, dejándolo todo organizado para que pudieras salir de Inglaterra con la máxima seguridad.

—No lo veo claro... —titubeé, sopesando los pros y los contras.

Me apetecía y mucho. Como él decía, podían ser unos días increíbles y, dado que regresaría para las fiestas, no caeríamos en la rutina. Y después, si no me apetecía reunirme de nuevo con él, inventaría cualquier excusa para quedarme en Londres...

—Déjame pensarlo —dije, antes de ponerme en pie y salir de sus aposentos sin despedirme.

Diciembre de 1806

Hice partícipe de mis intenciones al servicio, para que preparasen mi equipaje. A Camille se lo conté, porque sería absurdo ocultárselo. Ni que decir tiene que mi doncella se ocupó de amargarme la existencia, intentando, en vano, hacerme desistir. Pero yo ya había tomado una decisión irrevocable, por lo que sus palabras carecían de sentido.

Mientras esperaba que una doncella ordenase mi ropa en la lujosa *suite* del hotel Embassador, en París, pensaba en lo diferente que había sido ese viaje del que hice con apenas quince años. En aquella triste ocasión, nuestros pasajes eran de tercera, llevábamos la ropa remendada y nuestras caras reflejaban resignación y cansancio.

En cambio, ahora, Jonathan se había preocupado de procurarme lo mejor que el dinero puede pagar. Me hizo sentir especial, pero al mismo tiempo, aunque tenía claro que no había sido su intención, como a una querida a la que se pasea y agasaja en público por lo que ella ofrece en privado.

Jonathan no estaba en la alcoba, únicamente encontré una nota suya en la que me daba la bienvenida y me pedía que me reuniera con él en un salón del hotel para la cena. Asistiríamos a una recepción no oficial pero sí importante, pues acudirían políticos y otros caballeros del mundo de los negocios con los que deseaba establecer buenas relaciones, y nada mejor que llevarme de su brazo para causar buena impresión.

Ese papel no me entusiasmaba, pero si pasaba por alto ciertas connotaciones, podría disfrutar de visitar París ahora de forma muy diferente a cuando vivía allí.

Dejé la nota tal como me la encontré y después pensé en cuál sería el vestido apropiado para ese encuentro tan especial. Había creído que, al ser nuestra primera noche juntos, Jonathan me querría para él solo, pero no me importó. Estaba segura de que después, una vez concluido el evento, podríamos estar como deseábamos.

Pedí que me peinaran y apenas intercambié comentarios con la chica que el hotel envió. No tenía nada en contra de ella, pero las aguas aún estaban revueltas en Francia y no quise hablar más de la cuenta. Incluso fingí no entender bien el idioma; mi apellido era la coartada perfecta.

Arreglada y dispuesta a disfrutar de una velada inolvidable del brazo de Jonathan, salí de la *suite*, como siempre unos minutos más tarde de la hora convenida.

Cuando llegué a las puertas del salón donde se celebraba la recepción, adopté una actitud altiva, levanté la barbilla y esperé a que el lacayo avisara a Jonathan de mi presencia.

Él no me hizo esperar ni medio minuto. Salió a mi encuentro y, nada más verme,

me dio su aprobación con una sonrisa provocativa, se inclinó, me cogió la mano y depositó un beso en ella. Lamenté que mis guantes evitaran el contacto directo sobre mi piel.

—Decir que estás bellísima es quedarse muy corto.

—Gracias. —Respondí a su piropo con un coqueto parpadeo, solo por el puro placer de practicar un poco el arte del flirteo.

Con Jonathan, esos gestos sobraban, pero supe, por su mirada, que lo había interpretado como una promesa.

Accedimos al salón y paseé de su brazo mientras me iba presentando a sus conocidos. Me sorprendió que utilizara mi apellido de casada, aunque también hacía referencia a mi origen francés. Noté que cada vez que pronunciaba «señora Gardner-Taylor» lo hacía con cierta reticencia.

Ese inocente detalle me hizo pensar si empezaba a sentirse celoso. Algo totalmente inoportuno en nuestro caso.

—No pienso más que en llevarte a la *suite* y quitarte ese vestido —me susurró, aprovechando un instante en que nos quedamos a solas.

—Me has leído el pensamiento —respondí, también yo en un susurro.

Hablar de lo que más tarde ocurriría, allí, delante de todos, confería un grado extra de excitación al juego.

La velada transcurrió según lo previsto. Conocí a incontables personas, cuyo nombre olvidaba a los pocos segundos. Escuché las conversaciones de mi alrededor, aunque la verdad era que la mayoría de ellas me aburrían. Puede que estuviéramos en otro país, pero algunas cosas no cambiaban. Para empezar, las clases con poder, bien económico o bien social, seguían controlándolo todo y además procuraban que continuara siendo así.

Nada nuevo.

La cena fue tan encorsetada como esperaba. Todo organizado al milímetro, sin margen para la improvisación. No me sorprendió ni lo pasé mal por ello. Sin cambiar mi rutina, probé los platos, pero apenas comí nada. Lo justo para no desmayarme, como hacía más de una. Prefería ser el centro de atención por mis propias cualidades. Además, comer frugalmente ayudaba y mucho a mi figura.

Después me disculpé y dejé a Jonathan solo con sus negocios para ir al tocador. No lo necesitaba, pues mi aspecto, que había observado de reojo en algunos espejos, no lo precisaba, pero supongo que mi ego quería tener controlado hasta el último detalle.

Muchas damas me miraron con curiosidad, supongo que era la novedad, y por tanto la suspicacia estaba a la orden del día.

—Ese lord inglés, ¿cómo se llama? —preguntó una de ellas, entrada en carnes, mientras se empolvaba en exceso la cara.

—¿Te refieres a lord Sterling? —inquirió otra, rubia, y percibí su sonrojo al pronunciar el nombre.

Supuse que un título británico siempre imponía y más a aquellas damas, que por lo visto no se codeaban a menudo con la aristocracia, o al menos eso imaginé, dado su comportamiento.

—El mismo que viste y calza. Por lo que sé... —se unió una tercera y con su tono captó aún más la atención de sus amigas.

—Cuenta, cuenta...

Fingí no interesarme, pero a falta de algo mejor que hacer mientras los caballeros arreglaban el mundo, presté atención. Al fin y al cabo, un cotilleo jugoso podría divertirme. Constaté que tales pasatiempos no tienen nacionalidad.

—Por lo que sé es un inglés que ha abrazado...

—¿A muchas mujeres? —sugirió la primera, interrumpiendo a la narradora.

—Los ideales de la nueva Francia.

Hice una mueca. Para mí el único acierto de Napoleón había sido abolir el calendario republicano. Un despropósito que nunca llegué a aprender.

—Ah —musitó la más entusiasta, ahora decepcionada.

—Y también se rumorea que es un amante de excepción.

Vaya, por fin una noticia interesante.

—Pues entonces habrá que asegurarse de ese detalle.

—No me extraña, está en la flor de la vida. Es guapo, con aire aristocrático, viste con sobriedad pero elegante...

—He oído que su amante habitual está indispuesta. Ha venido solo...

Vaya, otra buena noticia. Al menos esa noche aquellas tres tendrían algo para entretenerse.

—Si pudiera echarle el guante... —suspiró la rubia—, le demostraría que la fama de las mujeres francesas como amantes no es una leyenda.

Disimulé una mueca.

—Pues aprovecha esta noche. No tiene pinta de ser un hombre que disfrute durmiendo solo.

El trío de cotillas decidió pasar de las palabras a los hechos y abandonaron la sala de descanso dejándome intrigada. Yo tenía la perspectiva de una buena noche por delante, pero mi corazón femenino quería saber más de ese hombre.

Esperé unos minutos más hasta que me quedé sola. Debía ocuparme de la llamada de la naturaleza y nada me parecía más desagradable que tener gente cerca. No entendía por qué algunas no tenían esa consideración con el resto.

Cuando acabé, me miré por última vez en el espejo del tocador y me pellizqué las mejillas para darles un toque sonrosado.

De nuevo adoptando mi pose más elegante regresé al salón y busqué con la mirada a las tres cacatúas, pues estaba segura de que su comportamiento a la caza del lord inglés sería tan burdo como su lenguaje.

—Querida, te he echado de menos —dijo mi amante nada más verme, lo cual me desvió de mi camino.

—Exageras...

—No —aseveró.

Caminé junto a él y permanecí a su lado mientras departía con unos y con otros. Observé que su apariencia elegante era solo una fachada. Bajo su carísima ropa se encontraba el hombre que me cautivó desde la primera vez que lo vi. Aprovechaba cualquier oportunidad para arrimar el ascua a su sardina y no se dejaba impresionar.

Me sentí orgullosa de él y me alegraría que sus objetivos comerciales llegaran a buen término. Mientras permanecía a su lado, callada, como correspondía a mi condición femenina, no desatendí mi otro propósito de esa noche.

Cuando por casualidad nos quedamos a solas, aproveché para indagar.

—He oído que hay un lord inglés entre los invitados —murmuré de forma casual.

—Sí, lord Sterling. Tiene a las damas alteradas. ¿Debo incluirte en ese grupo? —preguntó con cierto tono celoso.

Me reí por lo absurdo y negué con la cabeza.

Me acerqué a él y le dije muy bajito al oído:

—Exijo una reparación por tan ofensivo comentario. —Estuve tentada incluso de quitarme un guante y abofetearlo con delicadeza en la mejilla.

—¿Al amanecer? —inquirió él, siguiendo el ritual de los duelos.

—Por supuesto.

—Seré todo tuyo —accedió y pareció relajarse.

—Te tomo la palabra.

No quise insistir, ya veía el modo de averiguar por mi cuenta de quién hablaban aquellas mujeres. Decidí que para ello nada mejor que separarme de Jonathan. Lo dejé enfrascado en una conversación con un naviero y me dediqué a deambular por el salón. Recibí no pocas invitaciones a bailar y otras menos decentes que rechacé con educación, aunque elevaron sin remedio mi autoestima. Por supuesto, hubo miradas de todo tipo. Las femeninas de sospecha, las masculinas de interés.

Nada nuevo para mí.

Saludé a algunas personas a las que Jonathan me había presentado y disimulé con pericia que no recordaba sus nombres. Me comporté con el refinamiento británico que se esperaba de mí y pude moverme sin más contratiempos.

Tuve suerte y localicé a dos de las tres cotorras en pleno apogeo. Miraban a alguien con anhelo, como se mira un imposible. Me situé junto a ellas y esperé que continuaran con sus quimeras y así señalaran al objeto de su deseo.

—Míralo, qué porte tiene. No me digas que no estás pensando lo mismo que yo —dijo la rubia mientras señalaba con disimulo a un hombre.

Desde donde estaba, yo lo veía de espaldas y, desde luego, no podía poner una sola pega a la descripción de aquellas mujeres.

Me quedé allí quieta, observando. Una de mis aficiones favoritas.

Ellas dos siguieron a lo suyo, hablando sobre el lord, y al final echaron a suertes cuál de las dos se acercaría a presentarse.

De esa forma pude enterarme de que, aparte de tener una amante, el inglés no rechazaba otras ofertas, siempre y cuando respondiesen a sus expectativas. Eso me llevó a pensar que aquellas dos iban a tener que esforzarse mucho si querían llamar su atención. Un parloteo incesante no creía que fuera una cualidad apreciable para un hombre como el que describían: un perfecto casanova en un país que quizá le ofrecía más libertad de movimientos. Aunque dudaba que los nobles adinerados encontraran limitaciones a sus caprichos.

Continué atenta, no tanto a aquellos balbuceos femeninos ante la presencia de un hombre de verdad, sino a él, a sus gestos y a sus movimientos, esperando que se diera la vuelta y poder verle la cara.

Uno de los que conversaban junto a él, también de espaldas, se volvió parcialmente y yo sentí la primera señal de alarma. Di un paso hacia atrás, buscando una posición más discreta desde la que observar, pues el pulso se me había disparado. Él se movió aún más y pude confirmar mis peores sospechas.

No cabía duda, era William; por lo tanto...

Con la mano en el pecho, al tiempo que intentaba controlar mi respiración, fui dando pasos hacia atrás hasta que tropecé y me caí, convirtiéndome de repente en el centro de atención.

William se volvió del todo, sin duda a causa del ruido, y fue el primero en verme; disimuló su sorpresa, mientras un amable desconocido me ayudaba a ponerme en pie. No podía salir huyendo y, en el momento en que soportaba las innumerables preguntas sobre cómo me encontraba, llamó la atención de su amigo. El «lord» se dio la vuelta, ignorando por completo a la mujer que se le había acercado, y clavó la vista en mí.

—¿Estás bien? —me preguntó Jonathan, quien me sujetó como solo un amante tiene potestad para hacer.

Me acarició la cara y me rodeó con sus brazos, pero yo no presté atención. Solo estaba pendiente de los ojos interrogantes de Stephan, que me miraban como si todo aquello fuera una pesadilla.

Cuando todo el mundo se desentendió de mí al ver que estaba bien, vi que William le murmuraba algo a Stephan al oído.

Este apretó los puños, aunque intentó mantenerse inexpresivo. Y yo salí del salón, con el brazo de Banks en mi cintura.

Durante las siguientes veinticuatro horas fingí estar enferma para evitar tener que salir de nuestra *suite*. Esperé la irrupción de un Stephan enfadado y pidiendo explicaciones en cualquier momento, pero no sucedió. Ni rastro de él.

Lo que me hizo ponerme aún más nerviosa.

Jonathan insistió en que me visitara un médico y pensó que quizá me había dejado embarazada, ya que, para un hombre, al ver a una mujer como yo postrada en la cama sin signos evidentes de enfermedad solo cabía esa explicación.

El médico confirmó lo que yo ya sabía y, para mi asombro, Jonathan pareció decepcionado. ¿Esperaba dejarme encinta y que así rompiera mi matrimonio?

No estaba yo en aquellos momentos para reflexionar sobre las implicaciones de todo eso, por lo que solo me propuse organizar las cosas para adelantar mi regreso a Londres.

Como era de esperar, Jonathan intentó convencerme de mil y una maneras; sin embargo, me mantuve firme y no le quedó más remedio que disponerlo todo para que viajara con las mismas seguridad y comodidad con las que había llegado.

Cuando llegué a mi residencia conyugal, nada más pisar el vestíbulo Camille salió a mi encuentro y se limitó a recoger mi capa, mis guantes y mi sombrero. Tenía la intención de refugiarme en mi dormitorio y me dispuse a ello, pero antes de poner un pie en el primer escalón, Stephan apareció. Camille se marchó y nos quedamos los dos solos. Frente a frente.

—Bienvenida a casa, «querida».

Acompañó su irónico saludo con una peligrosa sonrisa. Si algún lacayo contemplaba la escena, no sospecharía lo más mínimo.

—Estoy cansada, quiero retirarme —respondí altiva.

No tenía ni tiempo ni ganas de iniciar una discusión. Estaba consiguiendo solo un aplazamiento, pero deseaba recuperarme primero y así poder enfrentarme a él en igualdad de condiciones.

Yo también tenía muchas preguntas que hacer.

—Después de tantos días separados, ¿no vas a dedicarme ni unos pocos minutos? —inquirió en el mismo tono de burla, mientras me impedía el paso.

Entonces me fijé en que se apoyaba en un bastón. Clavé los ojos en el artilugio y me sorprendí. Él también dirigió la vista al mismo punto y noté su incomodidad.

—Por favor, me gustaría refrescarme después del viaje...

Él apartó el bastón y me di cuenta de que no lo llevaba por una cuestión estética, sino porque lo necesitaba. Percibí un gesto de dolor que intentó disimular.

Stephan se inclinó sobre mí, amenazante, pero sin perder la sonrisa burlona. Yo no me dejé amilanar y me mantuve firme cuando se acercó a mi oído para susurrar:

—Muy bien, deshazte del olor de tu amante.

Respiré, cuadré los hombros, levanté la barbilla y me agarré al pasamanos.

Comencé el ascenso sin mirar atrás, consciente en todo momento de sus ojos fijos en mi espalda.

Cuando llegué a mi alcoba, cerré la puerta y rechacé la ayuda de una sirvienta para desvestirme; solo ordené que me trajeran agua caliente. Mientras había estado sola, utilizaba la bañera de Stephan, pero supuse que no le haría mucha gracia que irrumpiera en sus dominios. Así que me conformé con asearme en mi limitado barreño, lamentando no poder hacerlo a placer.

No tenía ganas de bajar, así que me metí en la cama, cerré los ojos e intenté dormir. El problema era que, a pesar del cansancio, el sueño me esquivaba.

Camille vino a ver cómo me encontraba. Bueno, la excusa fue comprobar si mi habitación estaba caldeada. Ordenó que trajeran más leña y esperó a que nos quedáramos a solas para hablar conmigo.

Ni que decir tiene que no me apetecía lo más mínimo escucharla, principalmente porque sabía cuál sería el tema de conversación.

—Di lo que has venido a decir y déjame sola, te lo ruego —mascullé, sin levantarme de la cama.

Ella me miró como una madre severa y se limitó a recoger del suelo todas las prendas que yo me había quitado.

—Tu comportamiento ha sido deplorable, pero eso ya lo sabes. No voy a recalcar lo obvio.

—Pues entonces, ahórrame un dolor de cabeza y sal de mi alcoba —repliqué malhumorada.

Quizá lo estaba pagando con ella de forma injusta, pero que viniera a hacer leña del árbol caído me pareció insultante.

—Solo te voy a dar un consejo, Ornela. Haz el favor de asumir tu indiscreción e intenta minimizar las consecuencias. Aplaca tu orgullo y, por lo que más quieras, no te enfrentes a tu marido. Tienes las de perder.

—Gracias —farfullé con sequedad.

Conseguí que me dejara a solas, pero por supuesto, sus palabras hicieron mella en mí. Reflexioné sobre las opciones que tenía para enfrentarme a Stephan.

¿Qué conclusiones había sacado él sobre mi presencia en París?

Podía mentirle, afirmar que Banks era un viejo amigo de la familia al que ayudaba en sus negocios, pero, y era un pero muy grande, mi amante me había presentado precisamente así, como su querida, por lo que a buen seguro mi marido solo había tenido que prestar oído a las murmuraciones para saberlo todo sobre nuestra relación.

Negar los hechos carecía por tanto de sentido, por lo que no me quedaba más remedio que, como había dicho Camille, asumir las consecuencias.

Stephan era militar y el manejo de las armas no supondría ningún impedimento para que desafiara a Jonathan. Un duelo, la forma más absurda que tenían los hombres de salvar su honor, pues arriesgaban su propia vida. Todo el mundo se

enteraba del motivo de la disputa y si salías indemne quedabas marcado, pues nadie olvidaba la causa. Y si por desgracia fallecías, dejabas a la desconsolada viuda con la libertad suficiente como para echarse en brazos de su amante, el mismo que te había quitado la vida.

¿Quién fue el primer inútil que pensó en esa forma de recuperar el honor?

¡Hombres, criaturas insensatas donde las hubiera!

Conseguí dormir y me desperté a la hora de la cena. Me hice el propósito de no bajar la cabeza, ni tampoco mostrarme indefensa. Así que consideré que el primer paso era dejar de esconderme en mi dormitorio.

Me vestí y me acicalé para acudir al comedor. Preparada y ataviada con mis mejores galas, para así soportar lo que se me venía encima. Necesitaba no solo ser fuerte, sino también sentirme fuerte, por lo que mirarme al espejo y verme espléndida era un buen comienzo, sin duda alguna.

Lo encontré todo dispuesto para cena, todo salvo un detalle: ni rastro de Stephan.

No negaré que me quedé sin habla. Esperaba verlo allí, sentado a la cabecera, arrogante, indolente, dispuesto a hacerme pasar un mal rato con su sarcasmo y sus palabras hirientes.

Sin embargo, tuve que cenar sola. Lo hice y aguanté que los criados me sirvieran sin apenas mirarme; sin duda habían oído rumores o intuido problemas entre los señores de la casa y lo mejor en esos casos siempre era mostrarse discreto.

Apenas toqué la comida del plato, a pesar de que llevaba desde el desayuno sin probar bocado.

No pregunté a ninguno de los sirvientes por Stephan, no quería dar pie a situaciones incómodas o a respuestas forzadas con cara de circunstancias, así que salí del comedor y pasé por delante de la puerta del estudio donde mi marido trabajaba. No vi ninguna luz.

Llegué a la conclusión de que no estaba en casa y que lo más probable era que se hubiese ido por ahí a olvidar su frustración en algún club privado de lujo o en un burdel de mala muerte. Con los hombres adinerados nunca se sabía.

Entré en la biblioteca y cogí una novela al azar. Mi interés no era disfrutar leyendo, sino pasar el tiempo hasta volver a caer dormida.

Mi inquietud por no saber cuándo tendría lugar el enfrentamiento con Stephan empezaba a sacarme de mis casillas. Él, desde luego, estaba mostrando una faceta muy calculada sobre cómo poner nervioso al oponente.

Podía parecer incongruente, pero me sentí orgullosa de él. Lo fácil hubiera sido zarandearme, gritarme, insultarme, incluso pegarme, y dar un portazo antes de marcharse; nadie se lo recriminaría. Pero su plan, sin duda maquiavélico, me tenía en un constante estado de alerta, sin saber cuándo o cómo iba a suceder nuestro encuentro. Era, desde luego, para aplaudirle.

Lo cierto es que nunca pensé que Stephan reaccionaría de esa forma, pues hasta el momento lo tenía por un hombre rudo pero de buen corazón, sin la malicia de la que

ahora hacía gala. Aunque supongo que no se puede decir que se conoce a una persona hasta que se la ha visto en todas las situaciones.

Stephan tenía motivos para su enfado, pero ¿y los míos?

Tal como me había indicado Camille, yo no estaba en situación de exigir respuestas, pero las preguntas se agolpaban en mi cabeza.

Cerré la puerta de mi dormitorio tras marcharse la doncella, que realizó las tareas rutinarias de cada noche, como avivar el fuego y pasar el brasero de mano por las frías sábanas. Yo misma me ocupé de cepillarme el pelo, sentada a mi tocador, observándome. Mi cara reflejaba preocupación, pero no era ni la décima parte de lo que sentía en mi interior.

Con esa inquietud dejé el cepillado a medias, consciente de que al día siguiente pagaría las consecuencias, y me fui a la cama. Por supuesto, ni se me pasó por la cabeza ponerme un camisón; podía estar nerviosa, pero no por ello iba a estar incómoda. Me metí entre las sábanas, atenta a cualquier ruido de la alcoba adjunta por si él aparecía, e intenté leer.

La tarea me resultó del todo imposible. La vista se me iba constantemente hacia la puerta que separaba los dos dormitorios. Apagué las velas y me quedé con la única luz de la leña que poco a poco se iba consumiendo. Como yo de impaciencia.

Ni un solo ruido. Nada.

Cambié una vez más de postura en la cama e intenté conciliar el sueño. De nada serviría preocuparme antes de tiempo y si me pasaba la noche en vela quien pagaría las consecuencias sería yo con mis ojeras.

Cerré los ojos.

No habían pasado ni diez minutos cuando oí el chasquido de la cerradura. Pero no de la puerta que comunicaba nuestras alcobas, sino de la principal. Solo fue un pequeño susto y resoplé. Camille no se daba por vencida y regresaba para volver a darme lecciones morales.

Ni me molesté en abrir los ojos y opté por hacerme la dormida, a ver si así me libraba de ella.

De repente noté frío. Me di cuenta de que habían apartado las mantas y yo había quedado expuesta. Mi primera reacción fue volver a cubrirme.

—Ni se te ocurra...

Enfoqué la vista. Stephan estaba de pie junto a mi cama, con un candelabro en las manos, observándome con cara de estudiado aburrimiento. Como si yo fuera de lo más vulgar.

Pensé en cubrirme con las manos, pero no lo hice. No tenía sentido. Adopté por tanto una pose más relajada, insinuante incluso, mientras soportaba su escrutinio.

—¿Puedo taparme ya? —pregunté con insolencia.

No me molestaba en absoluto estar desnuda delante de él, es más, me gustaban las posibilidades que eso entrañaba, pero sabía que su objetivo no era otro que humillarme.

—No.

Se apartó lo imprescindible para dejar el candelabro sobre la repisa y regresó a donde estaba. Llevaba el bastón, lo que me hizo preguntarme de nuevo por qué lo usaba, y una bata azul hasta los pies. Imaginé que debajo estaría desnudo. No hice las preguntas que me rondaban la cabeza y me mantuve en silencio.

—Quiero disfrutar de lo que se me ha negado, teniendo todo el derecho, y que por lo visto otros han usado a placer —murmuró en voz baja, sin perder el tono de desprecio. Levantó el bastón y me encogí pensando que me iba a pegar con él. Tragué saliva y respiré cuando lo posó sobre mi muslo derecho y lo fue desplazando hacia abajo hasta mis pies.

Stephan podía hacerme daño físico, pero intuí que su idea era otra bien distinta. Su inteligencia buscaba una forma más elaborada de infligirme dolor.

—Veamos qué escondes para que tu fama de meretriz haya traspasado fronteras —añadió, fijándose en mi sexo antes de volver a mirarme a los ojos.

Le sostuve la mirada.

—Nada que no hayas visto antes —respondí desafiante y él arqueó una ceja—. Y en diferentes escenarios —añadí.

Él sonrió ante mi respuesta.

Dejó caer el bastón a un lado y se quitó la bata. Se sentó en el borde de la cama y, con una indolencia exasperante, con el dorso de la mano recorrió mi piel. Tan absorta estaba en sus movimientos, pues no tenía muy claro qué pretendía, que no me di cuenta de que se acostaba sobre mí y me inmovilizaba bajo su peso.

—¿Pretendes violarme? —pregunté seria, fulminándolo con la mirada.

—¿Sería violación?

Me tenía bien sujeta, pero no lo suficiente. Entonces me agarró de las muñecas y, no sé si para evitar que le diera un bofetón, me levantó los brazos por encima de la cabeza, sujetándomelos de tal forma que quedaba a su merced.

—Sí.

—Lo dudo.

En esa postura, mis pechos se alzaron. Tenía los pezones erectos, no solo a causa del brusco cambio de temperatura.

—He estado pensando... —murmuró él, antes de bajar la cabeza y darme el beso más agresivo, punitivo y desconsiderado que un hombre puede dar.

Me pilló tan de sorpresa que tardé más de la cuenta en reaccionar y solo pude hacerlo de una forma. Lo mordí con saña, con violencia; la misma con la que él me había agredido, pues aquello no era un beso.

Stephan se apartó y me miró con más odio si cabía. Se limpió con el dorso de la mano y descubrió que sangraba.

—No esperaba menos de ti, querida —dijo, sin levantar la voz.

—Apártate —exigí, retorciéndome bajo su peso.

Eso lo hizo sonreír.

—Verás, querida esposa, hay algo que deberías saber...

—Preferiría que me lo dijeras después de dejarme libre.

—... he estado pensando... —continuó, pasando por alto mis palabras—. Debes de ser jodidamente buena en la cama para que un tipo como Banks, acostumbrado a las putas más caras, te lleve con él y te exhiba.

Cerré los ojos; aquel era un insulto más de los muchos que tendría que escuchar aquella noche. Me preparé para ello.

Noté cómo él apretaba más la mano con la que me mantenía las muñecas inmovilizadas. La escena no dejaba de ser contradictoria. Ambos estábamos desnudos, piel con piel, mientras sosteníamos una acalorada disputa verbal.

—Por circunstancias que no vienen al caso, voy a quedarme una temporada en casa y qué mejor oportunidad para comprobar tus habilidades, Ornela. Soy un hombre, necesito distraerme y ¿para qué salir de tu dormitorio y pagar por ello?

—No tengo por qué someterme a tus caprichos —repliqué.

Lo sentía sobre mí, caliente, no todo lo excitado que podría llegar a estar, pero sí animado. No sé si de un modo inconsciente o no, separé las piernas y él se acomodó entre ellas.

Esa maniobra lo distrajo, pero no lo suficiente.

—Lo harás.

—No.

—Y te diré por qué... —Bajó un instante la mirada y se fijó en mis pechos, en la dureza de mis pezones en contacto con su torso—. Además de disfrutar de lo que me corresponde por derecho, quiero averiguar el motivo por el que te comportaste como una arpía manipuladora tras nuestra boda...

—¡Un comportamiento recatado era lo que se esperaba de mí! —lo interrumpí furiosa.

—¡Me hiciste sentir como un puto violador! —Por primera vez levantaba la voz y noté el calibre de su enfado—. ¿Te haces una idea de cómo me sentí tras nuestra noche de bodas? ¿Te imaginas lo que sufrí pensando en el dolor que te había causado? ¿Puedes hacerte una ligera idea de lo que se me pasó por la cabeza cuando vi que llorabas?

Sus preguntas hicieron que me calmara. Nunca imaginé hasta qué punto lo había trastornado mi actitud. Nunca habría creído posible que un hombre llegara a pensar así.

No era el momento más oportuno, pero mi respeto hacia Stephan creció.

—Así que ahora no tienes derecho a negarme al menos una satisfacción.

—Siento si te dolió, pero ahora no puedes obligarme a acostarme contigo bajo tus condiciones.

—No te equivoques, no busco nada tierno. Solo pretendo follar contigo, sexo. Nada más.

—No —negué por principio.

—Querida, hay algo que deberías tener en cuenta antes de rechazar cumplir con tus obligaciones. No las conyugales, pues detesto follar con una mujer que mira a otro lado cuando la toco. Lo que busco es entusiasmo, entrega, y tú al parecer posees esas cualidades. Al menos tu amante así lo atestigua.

Yo pasé por alto la mención de mis habilidades y lo miré en silencio. Quería saber qué as se guardaba en la manga para creerse vencedor.

—Desde el día que aceptaste casarte conmigo tengo la ley de mi lado —prosiguió él—. Estás supeditada a mis deseos. Aparte de los votos de obediencia y fidelidad, que tú has ignorado, tengo unas prerrogativas como marido, e incluyen disfrutar de tu cuerpo. Y no negaré que me recorre una malsana curiosidad por conocer de primera mano tus aptitudes entre las sábanas.

—No voy a someterme a tus caprichos —dije, apretando los dientes.

—Puedes negarte, desde luego —respondió, conteniendo su entusiasmo por tenerme atrapada en todos los sentidos—, pero podría hablar con un médico que acreditase tu locura y encerrarte en una institución mental donde solo podrías salir si yo firmase la autorización. Donde, si no me han informado mal, pasarías un día tras otro, aburrida y sin otra cosa que hacer que contemplar las paredes de tu habitación y donde solo recibirías las visitas que yo autorizase.

—No te atreverás... —siseé ante ese despropósito.

—Querida esposa, nada me gustaría más que me pusieras a prueba. De esa forma podrías comprobar por ti misma lo que soy capaz de hacer cuando me llevan la contraria.

—*Je ne suis pas à toi* —farfullé y él sonrió de medio lado con cinismo.

Cerré los ojos, no solo por huir de aquel instante, sino también porque comprendí que no se trataba de meras amenazas. Stephan tenía la sartén por el mango y yo no tenía escapatoria. Había jugado muy bien sus cartas, dándome cuerda para que yo sola me la pusiera al cuello.

—¿Y bien? —insistió, saboreando su victoria, pese a que yo aún no había aceptado su propuesta.

—Me parece mezquino lo que pretendes —repliqué, y respiré hondo.

Me dolían los brazos de estar en aquella postura, así que, antes de rendirme, tenía

que intentar hacerlo de una manera honorable.

—De acuerdo —mascullé y entrecerré los ojos.

Stephan volvió a confundirme. Porque no adoptó una expresión de superioridad, ni sonrió con aire arrogante, tal como yo esperaba. Parecía como si, aun sabiendo de antemano que aceptaría, esperara un último conato de rebeldía por mi parte. Pensé que no podía decepcionarlo.

—De acuerdo, pero con una condición...

—Ornela...

—Escúchala antes de negarte. Cuando reflexiones sobre mi sugerencia, te darás cuenta de que es muy razonable.

—Viniendo de ti, lo dudo —replicó.

—No quiero quedarme embarazada —dije.

Esa noche él llevaría a cabo sus planes, tenía mi consentimiento, pero yo no estaba preparada, así que tenía que apelar a la sensatez y lograr que aceptara mi petición.

—¿Sabes?, no sé con seguridad si eres estúpida o demasiado inteligente. Acabas de darme un poderoso motivo más y, teniendo en cuenta los que ya me has regalado, me parece absurdo que me sirvas en bandeja la posibilidad de encerrarte por negarte a darme hijos.

—Considéralo desde un punto de vista egoísta —aduje—. Me quieres para satisfacer tus más bajos instintos. —Por su reacción vi que no se sentía ofendido en lo más mínimo y continué—: Si me quedo en estado, mi cuerpo no podrá responderte como esperas. Sufriré las incomodidades propias del embarazo y no podré estar disponible.

Stephan sonrió y aflojó la presión sobre mis muñecas. Lo tenía. Lo supe y me aguanté las ganas de proclamar mi pequeña victoria.

—Muy astuto, pero ¿no has pensado que quizá me aburra de ti antes de un mes y después te relegue y me busque otra para divertirme, otra que me cause menos problemas?

—Como tú mismo has dicho, ¿para qué gastar una fortuna en prostitutas si me tienes a mano? —Insultarme a mí misma podía ser contraproducente, pero tuve que hacerlo para poder lograr mi objetivo.

—No utilices mis palabras cuando te conviene, querida esposa...

Decidí que solo me quedaba decir la verdad.

—No quiero ser madre tan pronto, someterme al yugo de la maternidad ahora que soy joven. Mi cuerpo pagaría las consecuencias y envejecería de forma prematura. Tengo veintiún años, no voy a ser una de esas lánguidas y aburridas esposas a las que solo les queda el triste consuelo de ver a sus hijos crecer, mientras mueren en vida encerradas en sus casas.

Stephan parpadeó ante la brutal sinceridad con que hablé. De nuevo procesaba todo lo que había dicho, mirando más allá de lo evidente.

—De acuerdo. No te dejaré preñada —concedió al final—, pero las razones son bien distintas. Me importa un pimiento lo que le suceda a tu cuerpo. Simple y llanamente, creo que ninguna criatura se merece tener una madre como tú.

Respiré aliviada. Me daba igual su insulto, sus razones y si me había condenado antes de escuchar mis argumentos. Yo me había salido con la mía.

—Una vez resueltos todos los impedimentos...

No le dejé terminar la frase. Moviéndome con dificultad, acerqué mis labios a los suyos, y lo sorprendí al ser yo quien tomaba la iniciativa.

Lo besé con fuerza, pero sin hacerle daño. Con ímpetu, dejando bien claras mis intenciones. Me sometería a sus caprichos, me dominaría y aceptaría sus propuestas, pero de ningún modo doblegaría mi orgullo. Mis pensamientos seguirían siendo libres.

Stephan gimió, entregándose a mi beso y respondiéndome como sabía que le hubiera gustado hacer desde la primera vez que tuvo ocasión.

—Suéltame —supliqué con un gemido.

Quería tocarlo.

—No, estoy seguro de que me clavarías las garras.

—No lo dudes... —dije con voz ronca mientras meneaba las caderas en una clara invitación a que diera rienda suelta a sus instintos—. Pero estoy segura de que lo disfrutarás.

Nada más decirlo me excitó. Repetí el movimiento de mi pelvis y separé aún más las piernas. Estaba totalmente a su disposición, pero no del modo sumiso que él conocía.

Noté que aflojaba la presión sobre mis muñecas y cuando sentí los brazos libres, busqué su rostro y lo acuné.

Stephan giró la cabeza, disgustado por mi gesto.

—Por favor, ahorrémonos las muestras de cariño. Ni te las he pedido ni las quiero —aseveró antes de encajarse entre mis piernas.

—Como desees —repliqué, volviendo a besarlo.

No se apartó, todo lo contrario; ahora que no tenía que preocuparse de mantenerme inmovilizada, empezó a tocarme sin ambages. Abandonó mis labios y comenzó a descender por mi cuerpo hasta detenerse sobre mis pechos. Levantó un instante la mirada y yo se la sostuve al tiempo que sujetaba uno de mis senos, ofreciéndoselo.

Lo sentí inspirar, sin duda encantado con mi actitud, y bajó la cabeza. Primero lo atrapó con fuerza, con rabia, y me hizo jadear. Después del brusco contacto inicial se entretuvo lamiéndolo con dedicación.

Estiré una mano y enredé los dedos en su cabello, sin ejercer toda la presión que hubiese querido, a causa de las sensaciones que su boca me provocaban.

Resultaba todo tan cotidiano, pero a la vez tan novedoso. Stephan sobre mí, tocándome como siempre había querido que lo hiciera. Puede que los motivos por los

que habíamos llegado a ese punto no fueran los más ortodoxos, pero no por ello iba a desperdiciar la oportunidad de disfrutar con algo que siempre deseé.

Tenía las manos libres y no pensaba quedarme quieta. Toqué donde quise. Aunque él me había advertido que rechazaría cualquier gesto amable, a mí me daba igual. Mientras su boca estuviera sobre mi piel, yo tenía todo el derecho del mundo.

—Stephan... —gemí, cada vez más desesperada.

No podía poner ni una sola pega a su técnica como amante, pero mi grado de excitación exigía algo más contundente.

Me froté con descaro contra su cuerpo, buscando el máximo contacto.

Él levantó un instante la mirada y se apartó para que no continuara, a la vez que me pellizcaba un pezón.

Lejos de ofenderme, entrecerré los ojos y me humedecí los labios, evidenciando que yo tenía tanto o más que ofrecer.

—No estás en situación de exigir nada —me dijo, aunque por su tono supe que no estaba tan molesto como me quería hacer creer.

Puse las manos en sus hombros y lo aparté. Aproveché su desconcierto y, colocándome de rodillas, alargué la mano hasta cogerle la polla. Él miró hacia abajo y después arqueó una ceja ante mi desafío. Comencé a mover la mano lentamente. Si él quería impedírmelo, solo tenía que rechazarme, pero por su expresión deduje que, como yo, esperaba que la noche fuera intensa.

Continué masturbándolo y poco a poco fui haciendo que se recostara, que abandonara su actitud defensiva. Lo percibí y sonreí mientras Stephan iba cediendo a mis pretensiones, dispuesto a disfrutar de mis habilidades.

Se puso cómodo y yo me acerqué hasta poder acercar mis labios a los suyos, sin soltar su erección. Lo besé en la boca, dejé que mi lengua jugara con la suya y después me fui desplazando hacia su cuello. Noté cómo me agarraba del trasero, instándome a que me sentara sobre él. Negué con la cabeza y le di un pequeño tirón.

Stephan no apreció la iniciativa. Por lo visto, había cosas que de momento no estaba dispuesto a tolerar.

—No intentes manipularme —masculló.

Me dio un azote en el culo y me agarró de la nuca para darme otro beso brutal, aunque al sentir mi entusiasta respuesta no le quedó más remedio que suavizarlo, hasta que empezamos a gemir el uno contra el otro.

Aquello sin duda era sexo, pero con una lucha de voluntades de por medio. Lo que daba un matiz ciertamente interesante a la situación. Ya se vería cuál de los dos quedaría en pie.

—Supongo que prefieres el método tradicional —musité junto a su oreja.

Se la lamí antes de dejarme caer hacia atrás y adoptar una pose sugerente. Separé los muslos, doblé las rodillas y esperé a que las cosas se desarrollaran según lo previsto.

Stephan me miró, sonrió de medio lado y gateó por encima de mi cuerpo hasta

alinearse conmigo. Colocó una mano entre mis piernas y comprobó lo mojada que estaba. Me mordí el labio cuando me metió dos dedos.

—Toda una profesional —dijo, mientras se posicionaba para sustituir sus dedos por su polla.

—La duda ofende.

Me embistió sin más preámbulos, dilatándome, obligando a mi cuerpo a aceptarlo sin reservas.

Le clavé las uñas como cumplimiento de mi promesa.

Entonces todo se descontroló. Sus envites fueron cogiendo velocidad. Se movía sobre mí como un loco. Yo no me quedé quieta; ahora tenía vía libre para gozar de todo aquello y me arqueé al tiempo que salía al encuentro de cada una de sus arremetidas. Apretaba las piernas alrededor de sus caderas y sin dejar de jadear en busca de aire.

—Eso es, Ornela... —gimió.

Me abracé a él con más fuerza si cabía mientras me preparaba para alcanzar un orgasmo explosivo. Lo deseaba, lo deseaba y me preparé para ello.

Stephan aún fue capaz de imprimir un ritmo más endiablado. Me penetraba con furia, moviéndose sobre mí de una manera enloquecida. Me fijé en sus gestos de tensión mientras sudaba y gemía sobre mí.

—Oh, Dios... —Me estremecí cuando alcancé el clímax.

No se parecía en nada a lo que yo, durante muchas noches, imaginé. Había superado todas mis expectativas. Suspiré una vez más mientras él embestía, hasta que se apartó de mí, dejándome vacía. Fui vagamente consciente de que se situaba de rodillas frente a mí y se agarraba la polla con una mano para eyacular sobre mi vientre.

Cerré los ojos.

Stephan era un hombre que cumplía su palabra.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me encontré sola entre las sábanas revueltas. Ni lo cuestioné. Ya me lo esperaba, por lo tanto no tenía sentido darle más vueltas.

Busqué algo para cubrirme al abandonar la cama para ir al excusado y después llamé a una doncella para que se ocupara de prepararme el baño.

Cuando la bañera estuvo dispuesta, le pedí que se fuera; quería permanecer a solas y disfrutar de ese pequeño placer sumergida en agua caliente. Antes de meterme, me di cuenta de que sobre mi vientre quedaban restos de semen, prueba inequívoca de lo sucedido la noche anterior.

Cuando estuve lista y presentable, bajé al comedor sin preocuparme de la hora. Camille estaba allí, como siempre, atenta a todo lo que ocurría en la casa.

—Buenos días —me saludó, sirviéndome el desayuno.

Al igual que en el resto de mis comidas, en el desayuno no ingería gran cantidad; sin embargo, esa mañana atacó la cestita de los panecillos. Mi doncella se fijó en el detalle, pero mantuvo la boca cerrada.

—Supongo que sabrás el paradero de mi marido —dije.

—El capitán ha salido a primera hora. Y no ha informado de adónde se dirigía.

—¿Ha dicho al menos si debo esperarlo a la hora de la comida? —pregunté con tono escéptico.

—No, tampoco lo ha mencionado.

En ese instante me anunciaron que tenía una visita y sentí temor. Me había marchado de París casi sin despedirme y podía ser que Jonathan, llevado por la curiosidad, hubiera decidido seguirme y averiguar los motivos de mi huida. Nada sería más inconveniente en aquellos momentos. Lo curioso era que no sentía ningún remordimiento. Ciertamente Banks me había llegado a importar, pero si evitaba el incómodo sentimentalismo, admití que le tenía cariño, aunque no tanto como para sufrir por su pérdida.

Teniendo en cuenta la sucesión de acontecimientos, yo no iba a poner en peligro mi futuro por un amante que, si bien me había resultado satisfactorio, podía ser reemplazable.

Cuando me anunciaron que era Charles respiré tranquila. Con mi amigo podía relajarme.

O eso creía.

Porque, no sé si informado por Camille o, peor aún, preocupado por los posibles rumores, se empeñó en darme lecciones de moral y hablarme de mi comportamiento. Yo le había contado mi intención de viajar a París y, como excusa, aduje motivos sentimentales. Charles entonces no dijo nada, pero ahora, con mi precipitado regreso, empezaba a sospechar.

Conseguí tranquilizarlo, en especial cuando supo que mi marido estaba en casa.

Por lo visto todo se arreglaba con la presencia de un hombre, pensé de mal humor. Charles podría ser comprensivo conmigo y un buen confidente, pero en algunas materias era tan obtuso como cualquier caballero.

No le di mayor importancia y cuando se marchó me dediqué a mis labores cotidianas. Se acercaban las fechas navideñas y quería organizarlo todo. Aquellas serían mis primeras fiestas como casada y deseaba agasajar a amigos y a conocidos. Cuando estaba ultimando los detalles con la cocinera, me avisaron de que el administrador esperaba en el despacho.

Se suponía que ahora que Stephan había regresado él se ocuparía de esos menesteres, pero puesto que no daba señales de vida, me encargué yo de recibir al hombre.

Departí con él, analicé la documentación y le di las indicaciones pertinentes sin esperar que mi esposo apareciera. Seguramente estaría por ahí, emborrachándose y contándole sus penas a una ramera de tres al cuarto.

El resto de la jornada fue monótono; ahora que no tenía eventos a los que asistir, me aburría muchísimo, pero con un marido acechando, cualquiera de mis movimientos podía ser malinterpretado. Llegué a la conclusión de que, con su retorcido sentido de la venganza, Stephan me estaba poniendo a prueba.

Por la noche, todavía sin noticias de él, aguardé preparada en mi cama. Sin embargo, no me visitó. Esperé hasta que se me cerraron los ojos de sueño. Nada tenía sentido. ¿Dónde se había metido?

Con la duda reconcomiéndome, me levanté de la cama, me puse una bata para cubrir mi desnudez y me acerqué a la puerta que comunicaba nuestros dormitorios.

Agucé le oído y escuché. ¿Un quejido?

Permanecí con la oreja pegada y se repitió el mismo sonido. Más intrigada que nunca, pues no lo había oído llegar, me armé de valor y bajé el picaporte. Atravesé el umbral, decidida a averiguar qué estaba pasando allí.

¿Se habría atrevido a meter a otra mujer en su cama?, pensé, preparándome para lo peor.

Avancé hasta su lecho y allí lo encontré.

—No te he llamado. Fuera —fue su «cariñoso» saludo nada más verme.

Giró la cabeza a un lado en señal de desprecio.

Estaba dispuesta a volver a la comodidad de mi cama cuando me di cuenta de que tenía la frente perlada de sudor. Me di la vuelta y vi que la lumbre estaba prácticamente apagada.

Yo, con mi fina bata como única ropa, tenía frío, por lo que allí pasaba algo.

—¿Estás sorda? Vuelve a tu cuarto —ordenó, tensando la mandíbula.

—Pensaba que, debido a nuestro reciente acuerdo, apreciarías la iniciativa y por lo tanto mi presencia.

—¡Fuera! —gritó y acto seguido vi su gesto de dolor.

—Y, por supuesto, la innovación... —añadí, abandonando mi tono provocador a

medida que pronunciaba las palabras—. ¿Qué te ocurre?

—Quiero estar solo —insistió.

De nuevo lo vi contener la respiración. Sudaba aún más y su cara reflejaba sufrimiento.

Me acerqué a su cama sin contemplaciones y me fijé en que con una mano se apretaba el muslo derecho.

Ni corta ni perezosa, pese a saber que me iba a ganar una buena reprimenda, estiré el brazo, agarré la colcha y tiré de ella.

El factor sorpresa jugó a mi favor, haciendo que no tuviera tiempo de reaccionar. Estaba completamente desnudo, pero no fue en eso en lo que me fijé. Un trapo teñido de rojo le rodeaba la parte superior de la pierna.

—¡Estás herido! —chillé como una histérica.

—Ahórrate la actuación de esposa preocupada, por favor —masculló, intentando taparse.

Me agarré la bata para no pisarla y caerme de bruces y me agaché para ver mejor.

—Ni se te ocurra tocarme —me amenazó y se movió a un lado para impedírmelo.

—Déjame ver eso —exigí, ignorando su enfado.

Tenía una pinta horrible y, pese a que yo nunca había hecho de enfermera, sí sabía cuándo una herida podía resultar dolorosa. Sin esperar su permiso, me acerqué al lavamanos, cogí una toalla y me dispuse a lavarle la herida.

—Ni hablar —se obstinó él.

—No seas estúpido —repliqué, en un tono mucho menos amable.

Le quité el trapo, le limpié toda la zona e hice una mueca. Stephan siseó, pero me dejó hacer. Eso sí, dirigiéndome miradas asesinas.

Yo le lavé alrededor de la herida lo mejor que pude y, cuando terminé, le puse la mano en la frente y vi que su temperatura no era normal.

Cerró los ojos mientras lo tocaba, aunque el rencor enseguida hizo acto de presencia. Me agarró la muñeca con fuerza antes de mascullar como un animal herido y rabioso:

—No quiero tus atenciones.

—Voy a llamar a un médico —dije preocupada; no dejaba de sangrar y aquello podía empeorar.

—Ni se ocurra. ¡Ornela!

—¿Prefieres morir desangrado o de fiebre? —pregunté.

—No, pero no voy a permitir que venga un matasanos a coserme o a sangrarme, no saben hacer otra cosa.

—¿Y vas a decirme cómo te has hecho esto? —pregunté.

—No es de tu incumbencia.

Mi papel de buena esposa preocupada por la salud de mi marido ya había finalizado. Si Stephan deseaba pasar una noche infernal, con dolores y fiebre, ¿quién era yo para impedírselo?

—Como quieras.

Obedecí sus órdenes y regresé a mi alcoba.

Iba a meterme bajo las mantas cuando el sentido común me aconsejó que no lo hiciera y, pese a que podía ganarme el odio eterno de Stephan, si no lo tenía ya, me vestí con la idea de ir en busca de Camille.

Esta no vivía con el resto de los criados. Desde que nos trasladamos a la propiedad de mi marido, ella se había instalado en una pequeña construcción aneja a la casa principal, pero con entrada independiente, lo que le daba más intimidad y libertad.

No me importó que fuera medianoche, ni que hiciera un frío atroz. Llamé a su puerta, golpeando la madera sin ninguna consideración.

Camille no tardó mucho en aparecer. En camisón y con el gorro de dormir, me miraba atónita por estar allí en plena noche de diciembre, aporreando su puerta con cara de salvaje.

—Ven corriendo y trae tus potingues —le dije casi sin aliento.

—¿Qué ocurre, Ornela?

—Stephan tiene una herida horrible, no para de sangrar y no quiere que llame a un médico.

—Por supuesto.

Parpadeé ante la rápida reacción de Camille, que en menos que canta un gallo se había vestido y caminaba junto a mí con su bolsa de medicinas en la mano, hacia la habitación de Stephan.

—Te he dicho que no quería verte más esta noche —masculló él, en cuanto aparecí. Se había tapado con la manta, pero tenía un aspecto aún peor que cuando me había ido.

—Necesito agua caliente y busca algo fuerte de beber —dijo Camille, lavándose las manos.

Stephan nos miraba como si fuéramos dos brujas dispuestas a utilizarlo para algún ritual satánico.

—Enseguida —respondí.

Por supuesto, yo no iba a bajar a la cocina, encender los fogones y calentar agua, por lo que tiré del cordón para llamar al servicio y cuando se presentó una de las chicas, le pedí lo necesario. Camille me miró enfadada, pero me encogí de hombros.

—Capitán, déjeme ver la herida, por favor.

Stephan me buscó con los ojos, diciéndome sin palabras lo enfadado que estaba. Yo puse cara de no haber roto un plato.

—Ornela... —farfulló, sujetando las mantas como si le fuera la vida en ello.

Entonces me di cuenta de que su apuro provenía del hecho de que estaba desnudo. Sonreí con disimulo y busqué una toalla limpia.

—Por favor, capitán —insistía Camille.

—Le da vergüenza —intervine, regodeándome un poco en su sufrimiento—. Deja

que le cubra sus partes.

Mi doncella lo entendió y se dio la vuelta con discreción. Stephan me fulminó con la mirada, pero colaboró. Le puse la toalla sobre las caderas, dejando libre acceso a su herida.

Camille se acercó y examinó la zona. Con sumo cuidado, tocó los bordes y cuando la criada nos trajo el agua caliente, empezó a lavársela a fondo.

La verdad es que ver aquello resultaba muy desagradable.

—Sirve un vaso de licor —me dijo Camille.

—Tienes razón.

Obedecí y, sin pensármelo dos veces, me lo bebí de un trago. Tosí, pero noté un calorcillo en el estómago.

—Se supone que el que necesita eso soy yo —protestó el herido.

—Ah, perdón.

Le acerqué la bebida y me imitó. La diferencia era que él estaba acostumbrado y no tosió, es más, levantó el vaso y, en silencio me pidió que se lo rellenara.

Durante el rato en que Camille se afanaba en solucionar aquel desaguisado, admiré tanto la concentración de ella como la paciencia de Stephan mientras hurgaban en su cuerpo.

—No es una herida reciente —murmuró él.

—Ya me he dado cuenta —contestó Camille—. No ha cicatrizado bien y supongo que cuando le prescribieron reposo hizo caso omiso.

Arqueé una ceja. Vaya forma de hablarle al dueño y señor de todo.

Como no sabía qué hacer, y en vista de la cara de sufrimiento de mi marido, me senté en la cama junto a él y le cogí una mano. Su reacción, previsible, fue mirarme con horror, pero al sentir una nueva punzada de dolor, permitió que se la sostuviera. Le limpié el sudor de la frente con el borde de mi camisón y esperé a que Camille acabara su cura.

—Voy a aplicarle un ungüento para evitar que se infecte más. Si mañana no ha mejorado, deberíamos pensar en cauterizarla, así al menos se cerrará. Pero es muy importante que guarde reposo absoluto.

—Yo me encargo de que no se mueva de la cama —intervine rápidamente.

—Joder, lo que me faltaba —protestó él.

—Hay que vigilar que no suba la fiebre —indicó Camille.

—De acuerdo, me quedaré aquí esta noche.

Stephan se volvió y me miró como si de repente me hubieran salido dos cabezas.

Camille se puso en pie tras terminar y ella misma lo tapó con las mantas. Nos contempló a los dos, allí sentados en la cama, como si no se lo creyera y procedió a recoger todos sus útiles.

—Procura refrescarlo, que no se mueva en exceso y que no se disguste.

—Me temo que Ornela no está capacitada para eso —refunfuñó él.

—Déjalo de mi cuenta.

—Capitán, por favor, pórtese bien. Esa herida, aunque no es grave, puede darle muchos disgustos si no se cura bien.

Sus palabras parecieron surtir efecto y Stephan asintió, obediente, contra todo pronóstico, mostrándose dispuesto a colaborar.

—Ya puedes irte —me dijo cuando se marchó Camille.

—Ni hablar. Acuéstate y duerme. Yo velaré por ti. —Hasta yo misma me sorprendí de la sinceridad de mis palabras.

—Ese es el problema, que no podré dormir sabiendo que tú, precisamente tú, velas mis sueños.

—Deberías ser un poco más agradecido. Me preocupo por ti. —Apagué las velas y me acomodé en su cama.

—Estoy seguro de que pagaré muy caro este gesto de buena samaritana. Lo que no entiendo es por qué te preocupas por mí.

—No me apetece pasear del brazo de un marido lisiado —repliqué, con mi actitud más déspota.

Stephan debería ir dándose cuenta de que con su actitud desagradable no iba a hacerme desistir. Por si acaso, añadí:

—Buenas noches.

—Buenas noches —farfulló, molesto sin duda por mostrarse vulnerable en mi presencia.

Conseguí que se durmiera, sin duda aliviado tras los expertos cuidados de Camille. Me fijé en que Stephan se había sorprendido de las habilidades de mi doncella. Cómo, con sus remedios y sus manos, le había aliviado unos dolores que a buen seguro hubieran derivado en consecuencias poco agradables para él. Conmigo, como era de esperar, se despachó a gusto, pese a que en ningún momento me apartó la mano con que apretaba la suya. Para él tenerme a su lado debía de ser como beber vinagre.

Yo fingí despreocupación y no sentirme molesta por su actitud despreciativa. Estaba segura de que, de haber podido, me habría echado a patadas de su cama. Pero se tuvo que aguantar y ni siquiera me dio la espalda, sino que se quedó acostado boca arriba.

Por lo menos dio prioridad a su salud en vez de a su sed de venganza.

Me desperté un par de veces, preocupada y tomándome muy en serio mi papel de enfermera. Me ocupé de refrescarle la frente con paños mojados. La fiebre no le bajaba, pero tampoco le aumentaba, lo cual ya podía considerarse un avance. Al igual que su actitud, pues no dijo una sola palabra mientras recibía mis cuidados. Cuando lo tocaba se despertaba, pero tuvo el buen tino de no decir ni pío. Un hombre pragmático, pensé, aunque lo más probable era que en cuanto estuviera repuesto se ocupara de ponerme en mi sitio.

Al ver que se mantenía estable, terminé durmiéndome, agotada, casi cuando amanecía. Me acurruqué en mi lado de la cama, tomando la precaución de no tocarlo para evitar suspicacias. Necesitaba al menos veinticuatro horas de sueño ininterrumpido para recuperarse, pero tuve que conformarme con dos nada más.

Sentí un movimiento a mi lado y abrí los ojos inmediatamente, pensando que aquel insensato pretendía desoír los sabios consejos de Camille y abandonar el lecho.

No podía permitirselo.

—Maldita sea —mascullé incómoda, al intentar incorporarme para ver mejor y no poder hacerlo.

Stephan continuaba boca arriba; las mantas no lo tapaban por completo y pensé que podría aprovechar la ocasión para observarlo a placer, pese a lo inconveniente del momento. Lo hice unos instantes en los que por fortuna él no abrió los ojos y cuando lo consideré oportuno, volví a taparlo.

—Joder, me muero de calor —protestó, destapándose de nuevo.

Yo me incliné, pero debido a mi camisón no podía maniobrar bien, así que me moví con fuerza para desenredarme, con tan mala suerte que caí de bruces sobre su estómago, o mejor dicho, un poco más abajo.

Mi idea inicial era comprobar el estado del vendaje, no averiguar si Stephan, a pesar de su herida, se levantaba animado por las mañanas.

—Lo siento —balbucí.

Intenté incorporarme con cuidado, pero el maldito camisón restringía mis movimientos.

—Vaya...

Muerta de la vergüenza, conseguí erguirme y lo miré a los ojos sin saber qué decir. Claro que él, con su expresión guasona, ya lo decía todo.

—Y yo que pensaba que tus desvelos nocturnos eran sinceros...

—No te burles —farfullé—, no estoy acostumbrada a dormir...

—¿Acompañada? —sugirió con sorna.

Seguía tumbado boca arriba, con el pecho descubierto y las manos cruzadas sobre el mismo. Una postura relajada, mientras yo forcejeaba con la tela de algodón.

—Con camisón —expliqué, pasando por alto su indirecta. Y, por si acaso aún tenía ganas de añadir algún comentario insidioso, añadí—: Es incómodo, por eso siempre duermo desnuda.

Ante esa última revelación adoptó una expresión de curiosidad.

—Supongo que mi desconocimiento de tal eventualidad se debe a la falta de comunicación entre ambos —dijo en tono indiferente, aunque yo intuía que le interesaba más de lo que aparentaba.

—No seas retorcido —lo acusé y me acerqué para ver el estado de su herida.

Había sangrado algo durante la noche, pero al levantarle el apósito, me di cuenta de que tenía mejor aspecto.

—Llama a la señora Bonnet —me indicó Stephan cuando hice amago de coger los ungüentos que Camille nos había dejado preparados para realizar la siguiente cura. También me había explicado cómo hacerlo y yo había prestado atención.

—Puedo hacerlo yo sola —repliqué, convencida de mis aptitudes. Aunque me pareció que su pretensión era despreciar cualquier cosa que viniera de mí.

—No lo dudo, pero a buen seguro aprovecharás para hacerme sufrir.

Lo miré entrecerrando los ojos.

—Gracias por confiar en mí —dije con una sonrisa deslumbrante, como si no hubiera proferido un solo insulto—. Ahora procura no moverte.

Aparté las sábanas y coloqué de nuevo una toalla sobre su sexo, para que no me despistara, y me metí en faena. Con cuidado para no causarle más dolor del necesario y evitar así confirmar su teoría, le apliqué el ungüento y procedí a taponar otra vez la herida.

—Perfecto —dije orgullosa, empezando a recoger las cosas y dejando las compresas sucias en el suelo para que las doncellas se encargaran de lavarlas.

—No está mal —replicó con desdén.

—Está perfecto —lo corregí.

Lo miré y esperé que me contradijera. Sin embargo, se limitó a cerrar el pico y a cubrirse. Una pena. Aun estando enfermo, tenía un físico digno de ser admirado. Me concentré en un asunto que teníamos pendiente desde la noche en que volví de viaje.

—Bien, y ahora hablemos.

—¿De qué? —preguntó, dando muestras de su grosería de primera hora de la mañana. Aunque por la noche no era diferente...

—De tu afición a añadir a tu atuendo un precioso bastón —dije, dando un rodeo, pero estaba segura de que él sabría captar la indirecta y agradecería un poco de conversación inteligente, algo que lo ayudara a aguzar su ingenio.

—No seas retorcida —me acusó—; si quieres saber el motivo, solo has de preguntarlo.

Vaya... si hubiera sabido que era tan fácil... No perdí el tiempo; si Stephan mostraba predisposición al diálogo, yo lo debía aprovechar.

—¿Cómo te hiciste eso?

—No es de tu incumbencia —me respondió rápidamente y de malas maneras.

—Acabas de decirme...

—Tú pregunta lo que quieras, que yo responderé lo que me dé la gana.

—Deduzco entonces que tiene que ver con tu misteriosa doble personalidad y tu estancia en París —probé de nuevo.

—Ornela...

—Querido, por lo visto no soy la única que guarda secretos y que debe dar explicaciones. —Me sentí muy bien pudiendo devolverle la pelota, o al menos intentándolo.

—No voy a hablar contigo de este asunto.

Su obstinación, aunque previsible, no iba a desanimarme e intenté darle la vuelta a la tortilla. Si podía sacar rédito de su silencio a mi favor... mejor que mejor.

—Pues entonces no te atrevas a amenazarme con recluirme en una institución mental cuando, por lo visto, mi marido —hice hincapié en este término antes de continuar mi exposición— es un lord libertino con fama de ser un excelente amante, que, aparte de tener una querida fija, no le hace ascos a una buena proposición; indecente, claro.

—¿Has comentado con alguien, por ejemplo con tu amante, que me viste en París? —inquirió muy muy serio. Tanto que me preocupé de veras.

—No. No tenía ningún interés en que desafiaras a Banks a un duelo o montaras una escena de marido ultrajado.

—Bien —contestó con sequedad.

Se acomodó mejor en la cama, moviendo las almohadas para apoyarse en el cabecero, y se cruzó de brazos. Con aquel aire de enfado a la par que seductor estaba guapísimo.

Qué pena que tuviera que hacer reposo.

Qué pena que estuviéramos en plena discusión matrimonial.

—¿Bien?! —exclamé, indignada ante su parquedad dando explicaciones—. Tuve que escuchar cómo un trío de cotorras hablaban de la forma en que prodigas tus artes amatorias allá adonde vas. Y eso no es todo, porque resulta que utilizas una falsa identidad. Al menos, hasta donde yo sé, ¡tú no eres ningún lord!

Aguantó mi diatriba, aparentemente sereno, antes de responder.

—Ya te dicho que no voy a comentar nada de eso contigo. Lo único en lo que debo insistir es en que bajo ningún concepto le menciones esto a nadie. A nadie, Ornela. Es importantísimo mantenerlo en secreto.

—No voy por ahí desvelando intimidades —murmuré a la defensiva—. No aprovecho las fiestas para intercambiar cotilleos, si es lo que te preocupa.

—Lo sé, tú asistes para buscarte amantes; por ese lado no me inquieta.

Conté hasta diez para no gritarle unas cuantas vulgaridades. Durante mi penosa vida en París, antes de llegar a Inglaterra, había tenido la oportunidad de escuchar creativos insultos que podría haber utilizado.

—Soy tu esposa, al menos debería saber de dónde vienen los tiros... —dije, señalando con un gesto su herida.

—Lo único que has de hacer es cerrar el pico. ¿Podrás hacerlo?

—No. No a menos que me des una explicación razonable. Estás herido, caminas con la ayuda de un bastón. El día que regresé podrías haberte dedicado a reposar en vez de comportarte como un energúmeno y obligarme a...

—Que yo recuerde no te obligué a... nada.

Mi malestar por no obtener las respuestas que buscaba no iba a desviarme del camino, así que me tragué mi enfado y proseguí:

—Pero preferiste salirte con la tuya y someterme a tus deseos a pesar de estar herido —le recriminé y de paso me llamé idiota en silencio por no haberme dado cuenta.

Pero ¿qué mujer, cuando recibe la visita de su ofuscado marido tras una larga separación, y este se desnuda con intenciones evidentes, se fija en si tiene una herida en el muslo?

Nadie podía culparme por ello; cuando lo vi desnudo, tenía otro punto de referencia al que dirigir mis ojos.

—Tenía que dejar las cosas claras.

—Pues hay que ser imbécil para arriesgarse así —le espeté, manteniendo un tono sosegado, aunque cada vez me costaba más.

—Sí, en eso te doy la razón. He sido un imbécil por casarme contigo, pero como eso no tiene remedio, tendré que sacar algún beneficio —me dijo, recorriéndome con la mirada.

Yo no llevaba mi mejor camisón ni tampoco, tras una noche sin dormir, estaba demasiado guapa, sin embargo, pude apreciar cierto interés de él por mi cuerpo.

Sabía que solo lo movía el afán de castigo, pero si así lo distraía un poco... eso que llevaba ganado, porque ante un hombre como mi marido, cualquier signo suyo de debilidad que pudiera ayudar a mi causa sería tenido muy en cuenta.

—De momento pediré el desayuno —repliqué, callándome lo que pensaba en realidad, ya que poco o nada iba a sacarle en aquella conversación. Stephan se cerraba en banda, pero yo tenía otros métodos para intentar dilucidar algo—. Así que

si me dices qué sueles tomar me ocuparé de que te lo sirvan.

Me crucé de brazos como él. Iba listo si pensaba intimidarme con su pose marcial. Aunque, todo sea dicho, me excitaba la posibilidad de conocer su lado militar de primera mano. Pero, tal como nos iban las cosas, de momento solo podía aguardar a que él decidiera rebajar mi condena.

—Gracias —contestó con sequedad—. Habla con mi cocinera, ella me conoce y sabe mis gustos.

—Lo haré —murmuré, tragándome una réplica hiriente.

Stephan sabía muy bien cómo minar la moral del contrario, no en vano estaba entrenado para ello; pero no contaba con mi fuerza de voluntad.

Camille apareció poco después. Tuvo la precaución de llamar educadamente a la puerta antes de entrar. Me fastidió que él la recibiera con una sonrisa de gratitud y un afile:

—Buenos días, señora Bonnet; gracias por todo.

Incluso le mostró la herida para que ella la supervisase.

—Tiene mucha mejor pinta, capitán.

—Gracias a sus conocimientos —añadió él, todo amabilidad.

—Y gracias a los cuidados de Ornela —apostilló Camille.

Yo, que seguía la conversación al margen y callada, esperé que Stephan tuviera la decencia de admitirlo, pero se limitó a encogerse de hombros y a mirar hacia otro lado.

Como saltaba a la vista que mi presencia sobraba, me dirigí a mi alcoba, eso sí, dejando la puerta entornada por si mi marido decidía tener un ataque de sinceridad y hablar con Camille. O por si, ya puestos, esta intentaba sonsacarle algo.

Como gozaba de su favor, seguro que se mostraría más locuaz con ella que conmigo.

—Ha sido muy duro con ella —murmuró Camille con respeto.

—Lo sé —suspiró Stephan, sorprendiéndome—, pero no me queda más remedio. No voy a consentir que se siga burlando de mí. Bastante ha hecho ya.

—No voy a justificar el comportamiento de Ornela, soy la primera en reprenderla. Pero forma parte de su carácter impulsivo. A veces no mide bien las consecuencias de sus actos.

—Ya... —contestó escéptico—. Aunque no estamos hablando de una salida de tono, o de un descuido. No, lo tenía todo planeado, así que de impulsivo más bien poco.

—Es una niña, todavía tiene que aprender a serenarse.

—¿Y no podía serenarse de otra manera? Da igual, no quiero enfadarme aún más.

—Capitán, sea paciente, por favor. Ornela ha cometido un error —rogó Camille, intentando apaciguar los ánimos.

—¿Uno? Es demasiado benevolente con ella. Yo diría que varios...

—Eso ahora ya no importa. Ahora está aquí y si se le da la oportunidad, se convertirá en una buena esposa.

—Empiezo a creer que se casó conmigo por interés...

—Estoy segura de que no fue así.

Él resopló incrédulo.

—¿Por qué la defiende? —preguntó interesado.

—La vi nacer y he estado siempre a su lado. A veces no piensa, o se deja llevar por ideas absurdas. Sin embargo no lo hace por maldad, se lo puedo asegurar. En algunas cosas anda confusa y solo necesita un guía para tomar el camino correcto.

—No sé si podré perdonarla... —murmuró él, con un gesto de impaciencia.

Hice una mueca. Entendía su malestar, no obstante, Stephan, como cualquier hombre, tenía una perspectiva privilegiada. Nunca podría entender la visión femenina de todo aquello.

Mi forma de proceder era cuestionable, incluso otras mujeres desaprobaban mi comportamiento, pero era una de las pocas formas que tenía de ser yo misma, de no someterme a sus deseos sin poder siquiera discutirlos.

Suspiré y perdí interés en la conversación. Al menos me quedaba el consuelo de que Camille abogaba en mi favor. Eso sí, sin entender por qué, pues había sido la primera en censurar mis decisiones. Saltaba a la vista que adoraba a mi marido y que su intención era unirnos, pero eso no iba a ser posible. Aunque lo intentara, Stephan no olvidaría nunca mi infidelidad. Era un hombre y, como todos los de su género, era capaz de asumir muchas cosas, pero nunca algo así.

A partir de ese momento, procuré comportarme como una buena esposa, intenté no enfadarlo y me mordía la lengua cuando me daba malas contestaciones. Jugaba mis cartas de la única manera que podía. Me arreglaba, poniendo especial atención en

mi atuendo, lo que me producía no pocas satisfacciones cuando él contenía el aliento al verme pasar.

No decía nada, pero se le notaba que no era tan inmune a mí como quería hacerme creer.

Durante las dos noches siguientes me empeñé en dormir a su lado con la excusa de vigilar su herida. Incluso conté con el apoyo de Camille, que de repente se había convertido en una alcahueta. Yo guardé silencio porque me convenía.

Para martirizarlo aún más, utilizaba aquellos antiestéticos camisones que yo odiaba y que además me resultaban incómodos, esperando que saltara su mal genio y me ordenara que me lo quitara. Orden que hubiera acatado, aunque tras una ardua negociación.

Mi labor como enfermera dio sus frutos y Stephan mejoró. La cicatriz, aunque desagradable a la vista, no le causaba dolor. De momento debía seguir tranquilo para evitar que se le abriera de nuevo. Él parecía entenderlo y hacía el reposo que le habíamos recomendado.

Bueno, que Camille le había recomendado, porque a mis palabras hacía oídos sordos.

Le pregunté por activa y por pasiva qué le había sucedido. Yo nunca había visto una herida de bala, ni de arma blanca, ni de ningún otro tipo, pero tenía toda la pinta de habérsela hecho en acto de servicio. Lo que me intrigaba aún más, porque... ¿para qué ocultar algo lógico en el ejercicio de su profesión?

Como militar corría ese riesgo, pero no había estado en el campo de batalla, sino en París, ejerciendo de lord aburrido y libertino. Así pues, ¿qué podía haberle sucedido?

¿Una amante despechada?

¿El marido de una amante despechada?

Cada vez que intentaba mencionarle el asunto, Stephan me ordenaba callar y me repetía que no le hablara a nadie del incidente. Lo cual solo incrementaba mis ganas de indagar.

La pena era que, al estar de reposo, se pasaba buena parte del día en sus aposentos, lo que impedía que yo buscara entre sus cosas alguna que otra información.

Bueno, tarde o temprano tendría que abandonar su encierro.

—¿No dijiste que dormías desnuda? —preguntó sin mirarme, mientras me metía en mi lado de la cama, ataviada para la ocasión con un modelo de color crema con las mangas abullonadas, el cuello cerrado y una hilera de volantes en el dobladillo. Perfecto para hacer una excursión invernal sin pasar frío. No recordaba haber ido tan tapada en mi vida.

—Sí —respondí indiferente.

Él permanecía sentado, con unos documentos en la mano.

—¿Y podrías informarme del motivo de ese cambio tan repentino?

—No.

—Comprendo.

Mi intención era entablar una especie de batalla dialéctica, porque, a pesar de sus insultos, me divertía esforzarme en darle la réplica y porque, así lo percibí, se iba ablandando. No había nada peor que la indiferencia, bien lo sabía.

Que se mostrara tan conforme me alarmó.

—Yo solo pretendo ser una buena esposa.

—Querida, no te esfuerces tanto —murmuró, sin apartar la vista de sus papeles—, no vale la pena. Tú y yo sabemos que fracasarás antes o después.

Me encogí de hombros, disimulando la rabia y mostrando la misma indiferencia de la que él hacía gala.

—Entonces ¿duermo con él puesto o me lo quito?

—Haz lo que te plazca —respondió con desdén y, para ser más dañino, añadió—: Siempre lo haces.

—Déjame revisar el vendaje —pedí, acercándome a él mientras ignoraba su tono marcadamente desdeñoso.

—No, ya se ha encargado de ello la señora Bonnet.

—Muy bien. —Le di la espalda y me tapé hasta la barbilla—. Desagradecido —mascullé en voz baja.

—Te he oído.

Procuré aplacar mi descontento y cerré los ojos, dispuesta a dormir y a descansar. No volvería a meterme en su cama, no a menos que él me lo pidiera, o, mejor dicho, que me lo exigiera.

Tenía que concentrarme en dormir, pero notar su presencia me alteraba. Lo quisiera o no, era bien consciente de las reacciones de mi cuerpo en presencia del suyo.

No había vuelto a tocarme y, por alguna extraña razón, pese a compartir cama, ni nos rozábamos. Nada, ni por descuido. Cierto que el lecho era amplio y confortable, pero no podíamos dormir y evitarnos al mismo tiempo, pensé.

Pero así sucedió. Cuando me desperté, yo seguía en mi lado y él en el suyo. Yo solía dormir hasta más tarde, aunque con el maldito camisón enredado entre mis piernas acabé por abrir los ojos.

La habitación seguía en penumbra. Hacía frío, pues en la chimenea apenas quedaban brasas. Podría levantarme y reavivar el fuego, pero se estaba tan bien allí abrigada que no me moví.

Me incorporé sobre un codo y observé cómo el gruñón de mi esposo dormía. Lo hacía de lado, sobre la pierna buena, con lo cual quedaba de cara a mí.

Me quedé mirándolo como una estúpida. Al menos esa fue la sensación que tuve por desear a un hombre que me despreciaba.

Mi mano pareció cobrar vida y la acerqué a su rostro. Con las yemas de los dedos me disponía a recorrer sus cejas, su nariz, su mandíbula... hasta llegar a sus labios.

Sin embargo, no había llegado a tocarlo cuando sentí una fuerte presión en la muñeca.

—Aparta —susurró él sin soltarme y sin abrir los ojos.

No esperaba menos. Intenté tocarlo de nuevo, pero tenía más fuerza que yo, por lo que me fue imposible rozarle la cara.

—Estate quieta —insistió en el mismo tono, casi amenazante.

Lo lógico hubiese sido soltarle un bofetón con la mano libre y abandonar su cama. En cambio actúe de forma inconveniente por completo, inclinándome sobre él y posando mis labios sobre los suyos.

Stephan me hizo daño al apretarme la muñeca con más fuerza, pero yo no me aparté. Le besé la mandíbula y el pómulos hasta llegar al lóbulo de la oreja y chupárselo.

—He dicho que no —masculló.

Decidida a salirme con la mía, le metí la lengua en la boca y me eché encima de él, teniendo la precaución de no tocarle la herida.

Lo aplasté con mi cuerpo y lo besé. Rabia y deseo a partes iguales. Supongo que el factor sorpresa jugó a mi favor, haciendo cierto el dicho de que quien da primero da dos veces.

Sin soltarme la muñeca posó su otra mano sobre mi trasero y me pegó a él. Lamenté no haberme despojado del camisón.

Al estar encima, percibí cómo se excitaba y su polla se levantaba, y al mismo tiempo me indicaba que no era tan inmune como decía ser.

Abandoné sus labios y, aprovechando su desnudez, recorrí con la boca su cuello y sus hombros, mientras lo mordisqueaba a placer. Ahora ya tenía las dos manos disponibles para maniobrar a mi antojo.

Las posé sobre su torso como punto de apoyo y me desplacé hacia abajo. Levanté un instante la mirada y vi la suya, expectante; esperaba comprobar de lo que era capaz. Bajé la cabeza y le atrapé una tetilla entre los dientes. Apreté. Él siseó y al instante sentí la presión de su mano sobre mi cabeza. La hundió en mi pelo, sin gorro de dormir, y tiró. Causándome el dolor necesario para continuar.

—Ornela...

Oír mi nombre dicho con aquel tono tan ronco me encendió aún más y fue un gran estímulo para mi determinación de sorprenderlo.

—Hummm —musité a la altura de su ombligo.

Metí la lengua, jugué con él, lo provoqué, al tiempo que apartaba del todo las mantas. Me acomodé sobre su pierna sana, dejando que mi sexo se frota con ella.

Lo miré una vez más. Los ojos entrecerrados, su mano que me sujetaba el pelo y su boca curvada en una media sonrisa me provocaron un hormigueo intenso entre las piernas.

Deseaba a mi marido. No era ninguna novedad, pero ahora podía tenerlo.

Agarré su erección y lo acaricié. Subiendo y bajando la mano por todo el tronco,

con la lentitud precisa para mantenerlo interesado en saber cuál sería mi próximo movimiento.

Me humedecí los labios y Stephan gimió. Soportaba mi peso sobre una pierna y comenzó a moverla, mientras presionaba mi sexo. Tendría que conformarme con eso.

—¿Estás húmeda, Ornela? —inquirió en tono provocador.

Me encantaba oírlo así, tan distinto del cínico de los últimos tiempos.

—Sí —respondí con sinceridad y de nuevo elevó la pierna para entrar más en contacto con mi sexo.

—Aparta ese jodido camisón y restriégate.

Vaya orden. Fácil de cumplir.

Me remangué como pude y gemí, parcialmente aliviada cuando su áspera piel entró en contacto con la mía.

Saqué la lengua y la acerqué a su polla. Reseguí todo el contorno de la punta, después me ocuparía del resto. Lo lamí con fruición, sin escatimar recursos. Disfrutando de su sabor, encantada con sus gemidos, que unidos a mis murmullos resultaban de lo más eróticos.

—Joder...

Ese tipo de exabruptos solo significaban una cosa: yo iba por buen camino.

Stephan no dejaba de mover la pierna, y así lograba que mi sexo se sintiera atendido. Yo me apliqué y ya no solo lamía la punta, sino que además fui acogiéndolo en mi boca. Relajé los músculos de la garganta para evitar arcadas y succioné al tiempo que movía la lengua para darle aún más placer.

Al estar encima, podía controlar sus envites, pues saltaba a la vista que quería hacerlo con brusquedad. No me importaba, pero si tenía intención de darle el máximo placer, debía cederme el control.

—Hasta el fondo, Ornela... —exigió, sin la menor consideración con mi melena.

Ahora tenía mi pelo alrededor del puño y marcaba el ritmo con sus tirones. Me pareció cruel y excitante al mismo tiempo y tomé nota; quizá en otro momento podría ser yo quien le infligiese dolor.

Para darle aún más placer, liberé un instante su erección y me concentré en sus testículos. Los lamí y los apreté entre mis labios. Después de dejarlo con la boca abierta, froté y apreté su erección dentro de mi puño, dejando únicamente la cabeza visible, para así pasar la lengua y que fuera más intenso.

—Ornela... —gruñó, no sé si sorprendido por mis habilidades o agradecido por ellas.

Estaba al límite, lo sentía, sus gemidos y movimientos no podían ser por otra causa. Pensé por un segundo ser mala, muy mala, y abandonarlo a su suerte. O serlo aún más y tocarlo donde ningún hombre desea.

Decidí posponer mis maldades para otro momento y continué acogiéndolo en mi boca, dejando que me la follara como a una vulgar ramera o a una experta cortesana.

—Vamos... más fuerte... —ordenó casi a la desesperada.

Apreté la base, hice una «O» perfecta con los labios y succioné con fuerza. Su respuesta fue inmediata. Gimió, se arqueó y se corrió en mi boca entre profundos jadeos.

Dejé que soltara hasta la última gota, incluso ronroneé mientras me lo tragaba. Lo limpié con la lengua y esperé a que normalizase la respiración.

Yo no había alcanzado el clímax, pero me daba por satisfecha. Mi placer quedaba aplazado a otro momento. Haberle ofrecido una excelente demostración de mis habilidades era suficiente recompensa.

Cuando noté que empezaba a relajarse, gateé por su cuerpo hasta ponerme cara a cara.

Stephan apartó un instante el brazo con el que se cubría los ojos y me miró.

No supe a ciencia cierta qué le pasaba por la cabeza, pero al menos su expresión de enfado y desprecio había desaparecido.

Lo besé en los labios y me aparté.

—Hoy utilizaré tu bañera, mi barreño de madera es incomodísimo.

Si pensaba que Stephan ya no podría hacerme más daño, estaba muy equivocada. Durante los siguientes días tuvo una postura de irritante y absoluta indiferencia.

Apenas se cruzaba conmigo. Incluso me evitaba. Una vez repuesto de su dolencia, se dedicó a hacer como si no existiera. También la servidumbre se percató de ello, lo que resultaba aún más humillante.

Cierto que presentarme ante él con pormenores domésticos podía aburrirlo, pero cuando lo veía de pasada e insistía en que me hablara, siempre me dedicaba la misma frase: «No es de tu incumbencia».

Desaparecía la mayor parte del día y, si bien al principio eso me dio la oportunidad de rebuscar entre sus cosas, hizo que después me sintiera frustrada. No por haber invadido su espacio personal, sino por no encontrar nada de nada. Ni un documento, ni una carta, ni un dibujo; nada. Solo vi un paquete sospechoso y cuando lo abrí me llevé otra desilusión, pues era correspondencia de su madre, y bastante antigua. Si al menos fuera reciente, puede que mi suegra mencionara algo de interés.

Así que Stephan, listo como pocos, me despreciaba en silencio. Primero lo había intentado coaccionándome para que mantuviera relaciones sexuales con él. Pero en vista de que yo no solo había cumplido, sino también superado sus expectativas (no merecía la pena ser modesta en este aspecto), probó otra táctica, que era observarme para ver si cometía algún error. Como mi comportamiento desde mi regreso había sido intachable, aburrido también, pero eso no contaba, nada podía recriminarme.

Aparte de las visitas de Charles, del que no podía sospechar, ya que Camille siempre daba su aprobación, y las que yo realizaba a casa de mi madre, no tenía ningún otro contacto con el mundo exterior.

Así que ahora había decidido matarme de hastío y de indiferencia. La peor manera de todas, sin duda alguna.

Faltaba poco para la comida de Navidad y, siendo la primera estando casada, quería organizarla de forma que todo saliera perfecto. Pensé en consultar con Stephan la lista de invitados, pero al final le pagué con la misma moneda.

Envié invitaciones a mi suegra, para ver si por fin la conocía, y a mi madre, pero esta se disculpó, ya que mi odiado padrastro quería organizar su propio boato, al que yo no iba a acudir. De modo que opté por ponerme en contacto con los compañeros de Stephan que había conocido el día de nuestra boda.

Estaba ocupada en estos menesteres mientras desayunaba, cuando apareció Camille y me dijo:

—El capitán quiere hablar contigo.

—Pues que espere —respondí, encogiéndome de hombros.

—Ha dicho que es urgente.

Dejé la taza en su platillo e hice unas últimas anotaciones sobre detalles para la fiesta.

—Y deja de llamarlo capitán; aquí sus galones de nada le sirven, es un civil — murmuré, cansada ya de la adoración mutua que se tenían los dos.

No eran celos, simplemente me resultaba cansino cómo se trataban.

—Un poco de respeto, Ornela —dijo ella.

—Acabo esto y voy.

Me serví otra taza y me la tomé con toda la tranquilidad del mundo. El chocolate era una de mis pocas concesiones alimentarias. Me encantaba y lo disfrutaba. Para un placer decente que me quedaba, no iba a apresurarme.

Me limpié los labios con la servilleta y, antes de salir del comedor, me acerqué al espejo para repasar mi aspecto.

—Perfecto —le dije a mi reflejo, tras pellizcarme las mejillas.

Caminé con tranquilidad hasta el estudio y cuando llegué me detuve delante de la puerta. Antes de llamar, pensé qué actitud mostrar.

¿La esposa sumisa, obediente y paciente?

¿O la guerrera, activa e inalcanzable?

Decidí que un poco de ambas.

Golpeé con los nudillos y esperé.

—¡Pasa!

Entré con parsimonia y, como si nunca hubiera pisado esa estancia, la recorrí con la mirada antes de sentarme en la silla de delante de su mesa.

Stephan estaba sentado a su escritorio, vestido de manera informal, sin chaleco, con la camisa entreabierta, ligeramente despeinado y con cara de pocos amigos.

Para comérselo. Lástima que él no iba a dejarse y yo acababa de desayunar.

—Cuando pido que te reúnas conmigo, espero que lo hagas sin más. Sin demoras.

Era la frase más larga que me dedicaba en días.

—De acuerdo —murmuré en tono suave, tanto, que contrastaba con la mirada de «Veremos quién queda de pie» que le lancé.

Él dejó la pluma en el tintero y se recostó en el sillón. Cruzó las manos por encima del pecho y me miró con indolencia, la misma de todos los aristócratas. Stephan no pertenecía a esa clase social, pero sabía comportarse como uno de ellos.

—¿Y bien? —pregunté, posando las manos sobre el regazo, a la espera de su reacción.

—Deja de aparentar lo que no eres, estás deseando sacar las garras, así que vayamos al grano.

—Como desees —ronroneé y disimulé una sonrisa cuando lo vi reaccionar.

Excelente.

—He estado revisando varios documentos...

—Si vas a regañarme por tomar decisiones en lo que a tus negocios se refiere, no me queda más remedio que recordarte que había que tomarlas. Al no estar tú presente y tampoco localizable, tu administrador y yo así lo decidimos.

Esbozó una media sonrisa que me preocupó.

—Querida, si fueras la mitad de buena en tu vida personal que en los negocios, otro gallo cantaría. —Levantó la mano para impedirme hablar—. No, no tengo queja de tus decisiones —hizo una pausa y añadió para darme la puntilla—: comerciales.

—Viniendo de ti, me lo tomaré como un cumplido. ¿Algo más? —pregunté bostezando, para ver si se daba cuenta de que aquella conversación me aburría sobremanera.

—Sí, vamos a ello. —Se estiró y agarró un legajo de papeles—. Acércate, por favor, quiero enseñarte unos documentos.

Esa repentina amabilidad me alarmó. Sin embargo, no me apetecía discutir, así que me levanté, rodeé el escritorio y me coloqué a su derecha.

—Te advierto que mi mente femenina no siempre es capaz de entenderlo todo.

—Ornela, que nos conocemos. Dudo mucho que tu condición femenina y la inteligencia sean incompatibles.

—¿Otro cumplido? Vaya... —me mofé, porque estaba segura de que solo obedecía a otra estrategia de desprecio.

Me disponía a coger los documentos que me había indicado cuando sentí una mano subiendo por el interior de mis piernas. Yo estaba de pie, a su lado, y él había decidido provocarme.

Respiré y lo miré de reojo. Se lo estaba pasando en grande.

Pues a ver si podíamos ser dos.

Separé ligeramente las piernas y su mano, áspera, tal como la recordaba, llegó hasta la unión de mis muslos. Con la ropa interior se perdían parte de las sensaciones, sin embargo, era tanta mi necesidad, que el más mínimo roce podía provocarme tal excitación que hasta él se sorprendería.

No titubeó. Metió un dedo en la abertura de mis calzones llegando a mi sexo. Di un respingo cuando lo insertó dentro de mí. Aún no estaba todo lo mojada que debería, por lo que noté una pequeña molestia.

Me eché hacia delante y apoyé las manos sobre la mesa. Mientras, Stephan jugaba con mi sexo; metía y sacaba el dedo, excitándome a cada paso. Poco a poco, mi cuerpo fue respondiendo al estímulo de tal forma que en menos de cinco minutos me encontré empapada y tensa, muy tensa.

Un dedo estaba bien, pero dos serían mucho mejor. Gemí y me eché aún más hacia delante; no conseguía sostenerme. Oí cómo se levantaba y se colocaba a mi espalda. Cambió el ángulo de su mano para continuar tentándome y se pegó a mi trasero. Pude percibir su erección a pesar de las capas de ropa.

Volví a gemir cuando sentí la presión de su cuerpo contra el mío. Me mordí el labio. Necesitaba correrme, encontrar ese punto de no retorno que en los últimos tiempos me era tan esquivo.

Le hice saber que sus avances eran bien recibidos, pero que si añadía un poco más de entusiasmo la cosa mejoraría sensiblemente. Eché el culo hacia atrás, golpeándolo justo en el centro. Su gruñido me hizo sonreír.

—Quieta... —ordenó, mientras me sujetaba por la cadera cuando repetí el gesto.
¿Es que no podía entenderme?

—No juegues conmigo —jadeé.

—Deberías haberte dado cuenta de que estás a mi disposición. No puedes exigirme nada. Cogerás lo que yo te dé.

—Pues sé generoso —le espeté, ante ese arranque de arrogancia.

Stephan se rio entre dientes.

Para mi desesperación, sacó el dedo con el que me estimulaba. Negué con la cabeza. Solo se trataba de otra prueba, de otro siniestro juego para provocarme y dejarme insatisfecho. Ahora estaba decidido a tenerme en perpetuo estado de frustración.

De repente me puso una mano en la espalda, obligándome a inclinarme sobre la mesa. Me aplastó y además me dejó doblada y con el trasero levantado.

—Agárrate al borde —exigió.

—¿Qué?! —exclamé desorientada.

No respondió, se limitó a subirme la falda. Después tiró de la cinturilla de mi ropa interior, desgarrándomela.

—Esto sobra —masculló, al tiempo que tiraba de los jirones en los que había convertido mis calzones—, tienes un trasero prometedor...

Recorrió con un dedo la separación de mis glúteos y después me dio un azote.

—No vuelvas a pegarme.

Stephan se inclinó sobre mí hasta poder hablarme al oído:

—Calladita estás mejor. —Y por si acaso tenía dudas, me obsequió con otro azote.

Yo gemí, aquello no me podía gustar. Que me pegaran como a una díscola niña pequeña era una ofensa, mi cuerpo no podía recibir aquello como un estímulo sexual. Pero así fue.

Permanecí en silencio, con la extraña sensación de que una vez más me quedaría a las puertas. Debería incorporarme, recoger los pedazos de mi dignidad y salir de aquel estudio para refugiarme en mi dormitorio y meter mi propia mano entre mis piernas y aliviarme.

Al menos de esa forma alcanzaría el orgasmo y liberaría parte de la tensión acumulada.

Por lo visto, mi fuerza de voluntad me abandonó y me quedé allí, doblada sobre la mesa llena de papeles, quieta, obediente. Como una muñeca de trapo.

Miré por encima del hombro, supongo que para amargarme al ver su expresión satisfecha por tenerme así. Sin embargo, Stephan no sonreía, tenía cara de ¿admiración? Mientras seguía con la vista fija en mi cuerpo, se llevó la mano a la bragueta y se abrió los botones hasta liberar su polla.

Tragué saliva.

—¿Vas a...? —pregunté titubeando.

—A follarte, sí.

Suspiré agradecida. Miré al frente, inspiré hondo e intenté no moverme. De hacerlo me delataría y él podía dar marcha atrás.

Noté su calor cuando se pegó a mí y colocó la punta de su erección entre mis piernas. Se posicionó, pero no embistió como yo deseaba, con ahínco.

—¿Tan necesitada estás, Ornela? —inquirió, mientras se empapaba de mis abundantes fluidos.

—No preguntes —respondí, controlando mis jadeos.

Quería que me penetrase, no que me mencionara lo obvio, mientras se frotaba contra mí con descaro, separando mis labios vaginales con la punta de su erección, pero sin dar la estocada decisiva.

—Caliente... Húmeda... —murmuró el muy sádico.

Jugaba conmigo, con mi excitación, la cual, por cierto, no hacía más que aumentar, pese a su injustificable retraso.

—Stephan... —rogué, supliqué... incluso de rodillas se lo habría pedido.

—Enseguida —respondió.

No percibí rastro alguno de burla, parecía más bien como si él mismo se estuviera poniendo a prueba. Giré la cabeza y confirmé mi impresión. Él quería disfrutar de aquello, no precipitarse, de ahí que tuviera una expresión de absoluta concentración.

Sentí cómo uno de sus dedos recorrían una y otra vez la separación de mis glúteos, deteniéndose, no sé si accidentalmente o no, en mi ano, que presionaba débilmente y se alejaba. Cada vez que lo percibía daba un respingo, asustada por lo que aquello sugería. No se lo había permitido a ninguno de mis amantes; supongo que estábamos lo bastante satisfechos con el resultado de nuestros encuentros sexuales como para buscar otras alternativas.

—Ornela... —gimió, nada más embestirme a fondo.

Yo grité y me aferré al borde de la mesa para no caer debido al ímpetu con que me penetraba. Sus empujones, bruscos pero certeros, dilataban mi sexo sin descanso, tocaban cada fibra de mi interior y me llevaban a donde yo tanto ansiaba.

Tumbada boca abajo, con los pies como único contacto con el suelo, sentía mis pezones duros y lamenté no poder liberarlos del confinamiento de mi vestido. Me dolían, necesitaban ser acariciados, mimados, pero no podía ser.

Empujé hacia atrás, al encuentro de cada uno de sus movimientos, desatándome por completo. Sintíéndome libre, como había querido ser desde la primera vez que me tocó. Ahora no me importaba ya nada, deseaba a mi marido y lo tenía.

Con el ritmo tan endiablado que Stephan llevaba era cuestión de minutos que aquello saltase por los aires; sin embargo, cuando pensaba que la cosa ya no podía ir a mejor, él me dio un argumento más para perder el control...

—¡Stephan! —grité como una loca, sin duda alarmando al servicio, que por suerte no se presentaron, cuanto sentí que insertaba un dedo en mi ano.

Alcancé el orgasmo con esa doble penetración tan inesperada como efectiva.

—Nunca me había follado a una mujer que gritara como tú —jadeó él entre embestida y embestida, antes de salir de mí y salpicar mis muslos con su semen.

Con todo aquello, yo hasta me había olvidado de las debidas precauciones. Y él ni siquiera lo mencionó.

Me quedé echada sobre la mesa, agradeciendo en silencio que Stephan fuera un hombre de palabra y disfrutando de los últimos vestigios de placer mientras me iba recuperando poco a poco.

—Deja que te ayude.

Me sorprendió su repentina amabilidad y acepté su mano para incorporarme. Observé de reojo cómo se arreglaba la ropa y pensé en lo fácil que siempre lo tenían los hombres para esos menesteres. En cambio, yo debería regresar a mi alcoba, empapada, sin ropa interior y con el peinado deshecho.

—Espera.

Se agachó, recogió lo que a primera hora de la mañana había sido mi ropa interior y se arrodilló detrás de mí para levantarme la falda y limpiarme con ella su semen de mi trasero y de mis muslos. Después, sin contemplaciones, hizo una bola con los calzones rotos y los lanzó a la chimenea.

Quise gritarle, decirle que cómo se atrevía, pero al ver su expresión cambié de idea. Había regresado el Stephan distante, dispuesto a herirme aprovechando cualquier excusa.

—Siéntate, por favor. Tenemos una conversación pendiente —indicó serio y frío, como si el interludio sexual de hacía unos minutos no hubiera existido.

—Te recuerdo que estoy con el culo al aire.

—En más de un sentido —masculló—. Bien, vayamos al meollo de la cuestión.

—Creía que ya habías ido al meollo de la cuestión —rezongué, molesta porque de nuevo tenía delante la versión déspota y sin corazón de mi marido.

—Eso ha sido simple y llanamente un alivio pasajero. Estabas a mano. No se hable más.

Hervía de furia, pero intenté aplacarla respirando y evitando responderle con contundencia.

Fracasé.

—¿Puede aplicarse ese principio con carácter recíproco?

Él arqueó una ceja.

—No. Y deja el tema.

—Pues espero que sepas asumir las consecuencias.

—No estás en condiciones de amenazar.

—Di lo que tengas que decir, quiero lavarme y eliminar cualquier rastro de ti.

Mis palabras por fin hicieron mella en su muro de frialdad. Noté cómo respiraba hondo y agarraba de malos modos una carpeta con documentos, la misma sobre la que yo había estado echada mientras me follaba.

—Faltaría más —murmuró, con excepcional cinismo—. He mandado llamar a un notario, vendrá dentro de un par de días y certificará mi testamento.

No me sorprendió que quisiera dejarlo todo atado, estaba en su derecho; lo que no entendía era por qué me hacía partícipe a mí. Al fin y al cabo, en esos asuntos a las esposas siempre se nos consideraba un cero a la izquierda.

—Poco después de casarme contigo... —lo dijo como si fuera una condena a

cadena perpetua, aunque no podía desmentirlo, así que guardé silencio— hice que modificaran el anterior para que fueras la beneficiaria de la mayor parte de lo que poseo. Tenía que incorporarme a mi unidad y no quería dejar cabos sueltos. Ahora me doy cuenta del error que cometí.

Seguía sin entender adónde quería llegar.

—No tienes que darme explicaciones.

—Yo creo que sí, al fin y al cabo estamos casados, para lo bueno y para lo malo.

—Continúa —susurré, pasando por alto la insidia de sus palabras.

—Como iba diciendo, fui un inconsciente. En primer lugar por unirme a ti, algo de lo que me arrepiento, pero a lo que no puedo poner remedio, no al menos de forma legal. De ahí que al menos quiera enderezar otro imperdonable descuido por mi parte.

—Ve al grano —indiqué, harta de todo aquel rodeo que solo servía para insultarme.

—He dejado estipulado que en caso de fallecimiento, y ya que en mi profesión esa eventualidad es muy probable, no recibas absolutamente nada. Ni en efectivo, ni en propiedades, ni en valores.

Nos miramos con fijeza el uno al otro. Él, sin duda satisfecho tras asestar un golpe casi mortal a mi orgullo, y yo soportando a duras penas el órdago que me lanzaba.

Le sostuve la mirada sin flaquear, sin parpadear siquiera ante su desafío.

Ahora entendía su juego. Primero había querido humillarme sexualmente, pensando que no sería capaz de seguir su ritmo. Yo le había roto los esquemas al demostrarle no solo mis habilidades, sino también qué tipo de mujer era. Después había intentado hundirme con su desprecio ninguneándome por completo, y ahora, para rematar, como creía que el único motivo de casarme con él había sido el económico, intentaba dejarme sin nada.

Mientras él viviera tendría que mantenerme, no podía tenerme desatendida, pero si fallecía me quedaba con una mano delante y otra detrás.

Mi bienestar económico me preocupaba, pero no en exceso. De haber querido, y al tener acceso a sus finanzas durante su ausencia, hubiera podido desviar ciertas cantidades para garantizarme un porvenir, pero no lo había hecho.

—¿Algo más?

—Por supuesto, he informado a mi madre y a mi hermana de todo. No quiero que vayas a rogarles cobijo ni a mendigar. Estoy seguro de que una mujer como tú tiene recursos para subsistir sin mancharse las manos.

—No lo dudes —repliqué con orgullo.

Lo que venía a decir era que, en caso de quedarme viuda, solo me quedaba un camino: abrirme de piernas para el mejor postor.

—Lo único que no puedo quitarte es la pensión que como viuda de un oficial te correspondería. Así que si eres lista, que lo eres, al menos podrás tener un plato que comer y un vestido con el que cubrirte mientras pones en práctica tus habilidades.

Me puse en pie y me incliné hacia él, adoptando una postura intimidatoria para dar más énfasis a mi discurso.

—Tu crueldad me deja indiferente. ¿Quieres hundirme? ¿Humillarme? —Sonreí con malicia, pese a que el ardor de estómago amenazaba con arruinarlo todo—. Pues vas por muy mal camino, capitán. —Utilicé deliberadamente su grado en vez de su nombre para burlarme—. Puedo conseguir que seas el hazmerreír del ejército. A mí no me asusta el escándalo. Vine de París sin nada, así que no tengo nada que perder.

No le di tiempo a replicar, pues me erguí, le di la espalda y caminé orgullosa hacia la puerta, que ni siquiera cerré de golpe como muestra de mi enfado. Al contrario, lo hice con cuidado. No miré su expresión. Ya estaba todo dicho.

A partir de ese momento, Stephan se comportaba con fría cortesía cuando coincidíamos en la casa. Compartíamos mesa, pero no hablábamos. Lo acompañé a una recepción que daba su superior con motivo de la Navidad, pero no bailamos.

En la práctica era una prisionera. Desde luego, su estrategia merecía un aplauso. Delante de los demás se mostraba educado, incluso considerado, pero en privado me despreciaba. Su mirada, sus gestos lo delataban.

No tenía nadie con quien hablar de eso. Me hubiera gustado que Charles me diera su punto de vista, pero explicarle la actitud de Stephan implicaba contarle mis secretos y, aunque él pudiera sospecharlos, no quería confirmarle nada.

Por otro lado estaba mi madre. Ella acabaría entendiéndome y dándome su apoyo; sin embargo, ahora que su vida se había estabilizado y vivía feliz no deseaba causarle preocupaciones.

Solo me quedaba Camille y dudaba que quisiera escucharme. Por otra parte, si lo hacía tendría que soportar lo de «Ya te lo advertí».

Pero no podía sobrellevar todo aquello yo sola por más tiempo. Me mostraba fuerte ante Stephan, pero después me desmoronaba cuando me acostaba sin saber qué nueva maldad tendría en mente.

Una noche, hastiada de todo, cuando apenas quedaban unos días para Navidad, recibí una carta de mi suegra. En ella, con suma amabilidad, decía que no podría acompañarnos, alegando como pobre excusa que no había recibido una invitación formal de su hijo, que era el cabeza de familia.

No pude más. Con la carta en las manos, me fui en busca de Stephan.

Entré sin llamar en su estudio, pero no lo encontré. Así que le pregunté al ama de llaves, que por suerte seguía siendo amable conmigo, y me informó que no tenía ni idea de dónde estaba el señor.

Solo quedaba su dormitorio y, sin perder un ápice de furia, subí los escalones de dos en dos hasta llegar allí. De nuevo atravesé el umbral sin esperar a que me dieran permiso y de nuevo me quedé con las ganas de increparlo.

Ni rastro de Stephan.

Me sequé con el brazo las primeras lágrimas de impotencia y me fui en busca de Camille. Sin coger ropa de abrigo, salí en dirección a su pequeña casa. Pero justo

cuando iba a llamar a la puerta, oí una voz.

Stephan estaba allí.

Me detuve en seco y di un paso atrás. Arrugué la misiva en mis manos y me quedé allí de pie a la intemperie, como una estúpida, sin saber qué hacer.

Tardé en reaccionar, pero cuando lo hice me moví con sigilo hasta situarme junto a una ventana. A través del visillo pude verlos. Estaban sentados a la mesa, cenando juntos.

De nuevo mis lágrimas brotaron, pero tenía que llorar en silencio para no alertar de mi presencia.

No alcanzaba a oír bien la conversación y era fundamental averiguar de qué hablaban. Podía apostar cualquier cosa, y no perdería, a que yo era su tema.

Lo que me llamó poderosamente la atención fue ver a mi marido relajado, incluso sonreía mientras daba cuenta de la cena. También me percaté de que en un extremo de la mesa había un montón de papeles, que de vez en cuando señalaban.

Para mi total asombro, vi a Camille coger alguno de ellos y leerlo, con el total beneplácito de Stephan. Tenía que haber una forma de poder escucharlo todo sin ser descubierta...

Tiritando de frío, intenté pensar. Tenía que haber un modo...

Recordé que la construcción disponía de una entrada posterior por la que se accedía de forma directa a la despensa. Me había fijado mientras Camille organizaba la casa cuando llegamos.

Rodeé la vivienda y empujé la puerta con cuidado para que no me oyeran. Conseguí entrar y, de paso, dejar de tiritar. Con las lágrimas era otro cantar, pues era tanta mi decepción y mi rabia que no conseguía controlarlas.

—No se preocupe, capitán. Guardaré todos los documentos bajo llave.

—Señora Bonnet, es muy importante que todo quede entre nosotros. Aquí... — señaló los papeles— hay datos muy comprometedores.

—Lo sé, hice las traducciones, sé que se está jugando mucho...

—Siempre le estaré agradecido.

No sabía qué pensar... Por lo visto, Stephan confiaba ciegamente en Camille. ¿Por qué? Al fin y al cabo lo había conocido casi al mismo tiempo que yo, por lo tanto... ¿de dónde había surgido esa complicidad entre ambos?

—Y ahora me gustaría darle un pequeño tirón de orejas...

—Sé lo que va a decir... —suspiró él. Lo vi molesto, cansado. Se pasaba la mano por el pelo y negaba con la cabeza—. Cada día se me hace más cuesta arriba vivir con ella y no echarla a patadas por lo que me hizo; sin embargo...

Camille se acercó a él y desde atrás lo rodeó con los brazos. Me tensé, pero al instante supe que su comportamiento era como el de una madre protectora y comprensiva.

—Sin embargo, día a día se da cuenta de que Ornela no es lo que usted creía, que es una mujer fuerte, capaz de soportar todos sus desprecios y no caer en la

autocompasión ni en las súplicas.

—Buena manera de expresarlo. Tendría que haberla visto... Cuando le dije que la eliminaba de mi testamento, y la acusé de ser una cazafortunas, se mostró altiva, nada de derrumbarse.

—Ornela ha visto lo mejor y lo peor. Era una niña cuando encarcelaron a su padre, ha conocido el sufrimiento.

—Quisiera ser capaz de perdonarla, de llegar a comprender por qué lo hizo, pero... cada vez que me viene a la mente la imagen de ella junto a aquel hombre... Y los comentarios que escuché.

—Usted tampoco ha sido sincero con ella —alegó Camille en tono suave.

—Lo sé, pero mis motivos no son tan retorcidos. Lo que ocurre es que no quiero exponerla ni que esté en peligro. Sin embargo, Ornela... ¡maldita sea! Me ha traicionado de la peor manera posible.

Vaya, él sufría, estaba atormentado... y después volcaba toda su desesperación en mí... Stephan se merecía una respuesta contundente.

—Si no olvida eso, nunca será feliz —sentenció Camille con voz serena—. La quiere, ¿verdad? A pesar de todo...

—Me casé perdidamente enamorado. Hubiera hecho cualquier cosa por ella, cualquier cosa.

Se me encogió el estómago. Hasta la fecha, ninguno de los dos había mencionado nada sobre sus sentimientos.

—Pues recuerde eso cada vez que la tenga delante.

—Lo intentaré, lo prometo. Pero no hoy. Mañana salgo de viaje, quiero dejar resueltos varios asuntos en Francia. Por favor, no le diga adónde he ido, mienta si es preciso. Nadie tiene que saber dónde estoy.

—Por supuesto.

Stephan se puso en pie. Se acercó a la ventana y apartó el visillo. Miró fuera antes de volverse hacia mi doncella.

—Espero traer buenas noticias.

—Ornela siempre se lo agradecerá. Para ella, cualquier asunto relacionado con su padre, aunque nunca lo mencione, es importante.

Me di prisa en escabullirme y regresar a mi alcoba. No quería escuchar más. Había ido a ver a Camille para desahogarme, para buscar un punto de referencia, algo que me ayudara a soportar toda aquella enrevesada situación. Sin embargo, ni consuelo ni un punto referencia, ahora estaba todavía más confusa. Cierto que mi furia se había aplacado, pero no así mi nerviosismo; más bien todo lo contrario, pues al escuchar a Stephan, ahora su comportamiento me parecía aún más imprevisible.

Cuando por fin estuve frente a la chimenea de mi cuarto, me quedé allí de pie durante un rato hasta que entré en calor. Tenía las piernas entumecidas y el pelo húmedo. Me quité toda la ropa, me acerqué al lavamanos y me asexé antes de sentarme desnuda frente a la lumbre.

La carta, arrugada, de mi suegra, se quedó olvidada sobre la repisa.

Me serví una copa de licor y dejé que la melena se secara tranquilamente mientras saboreaba el coñac.

La frase: «Espero traer buenas noticias», se repetía en mi cabeza y se le unían las que añadió Camille. Aquello necesitaba un profundo análisis.

Mientras miraba el fuego, intentaba dilucidar todos los posibles significados de la conversación que había escuchado. No encontraba ninguno válido.

En realidad lo único revelador había sido oír cómo Stephan reconocía que se había casado profundamente enamorado.

¿Era cierto o solo lo decía para ganarse el favor de Camille?

De ser sincero, desde luego era comprensible su enfado al descubrir mi engaño; había sido una doble traición.

Si se hubiese tratado de un matrimonio de conveniencia por ambas partes... ¿su reacción habría sido la misma?

¿Hasta qué punto sus sentimientos, traicionados por partida doble, eran los causantes de su vengativo comportamiento?

Yo no podía responder a tales disquisiciones de forma acertada. De haberse invertido los papeles... ¿yo tendría alguna posibilidad de devolverle la pelota?

La respuesta era no, pues había numerosos ejemplos de hombres que le ponían un anillo en el dedo a una mujer, le prometían lo indecible y después eran infieles y además con el beneplácito de una sociedad hipócrita.

Dejé la copa vacía a un lado. El licor me había caldeado por dentro del mismo modo que el fuego por fuera. Pensé meterme en la cama, de hecho la miré de reojo, pero me sentía rara y acabé tumbándome desnuda sobre la suave alfombra.

Me estiré por completo, eché los brazos hacia atrás y cerré los ojos. Me quedé así, en una postura relajada, natural. Necesitaba sentirme libre... no sabía precisar, pero meterme en la cama, como cada noche, se me antojaba monótono y ese día la rutina de cada jornada no tenía cabida en mi alcoba.

Al estar acostada sobre la alfombra notaba una agradable sensación en la espalda.

Una especie de caricia que también abarcaba mi trasero y mis piernas. Sin saber muy bien cómo, empecé a restregarme. Estaba sola, desesperada, sin entender bien qué me pasaba. Simplemente busqué el contacto con algo tangible y, por desgracia, aquella noche lo único de lo que disponía era de una alfombra, de muy buena calidad, eso sí.

Se estaba tan bien... Intenté olvidar mis inquietudes, dejar para otro día mis tormentos y disfrutar de algo tan sencillo como el contacto de mi cuerpo desnudo. Gemí. Estaba sola, podía hacerlo. Un pequeño placer para contrarrestar toda la amargura que me tocaba vivir.

Empecé a mover los pies, sintiendo también la suavidad en las plantas y poco a poco todas mis terminaciones nerviosas se fueron activando. Sin querer, comencé a excitarme, dudé un instante pero acabé aceptándolo y me llevé una mano al pecho. A pesar de estar frente al fuego, tenía los pezones duros y no titubeé; me acaricié. Despacio. Presionando lo justo para deleitarme con leves toques. Arqueé la espalda como si fuera la mano de un amante y no la mía quien me hacía aquellas caricias.

Gemí de nuevo, un poco más alto esta vez, y lo que había empezado de forma liviana iba tornándose más intenso. Ahora me tocaba ambos pechos, presionando, masajeando y pinzándomelos al tiempo que separaba las piernas y movía las caderas al compás de una música imaginaria, o quizá solo era el sonido de mis jadeos. Mi respiración se tornó pesada, me humedecí los labios y me los mordí, al tiempo que la tensión se acumulaba por todo mi cuerpo.

Moví la mano derecha y la fui deslizando hasta mi vientre con el objetivo claro de llegar a mi sexo. Me rocé con las yemas el vello púbico y no me detuve. Con los muslos separados, dejé que mi mano se posara entre ellos hasta percibir mi humedad. Me mordí el labio cuando rocé mi clítoris y comencé a frotarlo.

Podía hacerlo rápido, expeditivo y correrme en menos de cinco minutos. Entendí el valor de las lecciones que Agnus me había brindado y las puse en práctica. Buscar un orgasmo, tras una jornada cargada de altibajos, sería el contrapunto perfecto. No obstante, quería dilatar aquello y me limité a describir círculos alrededor, a tocarme mientras dosificaba mis impulsos para alargar el placer al máximo.

Sin dejar de pellizcarme los pezones con una mano, inserté un dedo de la otra en mi vagina, presionando al mismo tiempo sobre el clítoris. Todo ello de manera tenue, casi despreocupada, pese a que la tensión iba aumentando a cada segundo que pasaba en ese estado.

Añadí un dedo más y cerré las piernas para obtener más estimulación. Notaba cómo la humedad aumentaba. Gemí de nuevo, mis problemas cada vez quedaban más lejos. Quizá el licor ingerido ayudaba a ello, pero desde luego mis propias caricias resultaban muy muy eficaces.

Elevé las caderas, eché la cabeza hacia atrás y aceleré un poco mis movimientos. Solamente un poco, lo justo para mantenerme en ese estado que te insta a continuar. Tenía los dedos empapados por mis abundantes fluidos. Percibía el calor y el hormigueo de mi sexo. Había llegado a un punto de no retorno.

Comencé a retorcerme, ya entregada por completo a las respuestas y necesidades de mi cuerpo. Mis jadeos eran cada vez más incontrolables.

—¡Maldita sea!

Abrí los ojos de repente y me detuve, aunque sin cambiar de postura. Sentí frío, como si me hubieran volcado un cubo de agua helada encima, al encontrarme con la mirada dura y severa de Stephan.

Intenté no amilanarme y aguantar su escrutinio. Puede que mis gemidos lo hubieran alertado. Debería haber tenido más cuidado con mis expresiones de placer, pero eso no le daba derecho a irrumpir en mi alcoba y menos a esas horas de la noche.

—¡Creía que te ocurría algo! —exclamó, sin apartar la vista de mi cuerpo desnudo y excitado.

Me sorprendió su tono... ¿De verdad se había preocupado por mí?

—Déjame sola —murmuré y me incorporé hasta quedar sentada, una postura algo menos vulnerable. Al menos así no me sentía tan indefensa ante su persona.

Lo vi pasarse una mano por el pelo, quizá nervioso, aunque cuando me fijé bien me di cuenta de que estaba desnudo bajo la bata. Lo vi no solo porque iba descalzo, sino también porque con las prisas por venir a ver qué me pasaba no se la había anudado del todo.

Se había excitado, lo que me llevó a la siguiente pregunta: ¿cuánto tiempo hacía que estaba observándome?

—No —respondió.

Su rotundidad me puso alerta e intenté cubrirme, pero no tenía nada a mano que me sirviera para ese propósito.

—Esta noche no estoy para tus juegos —le advertí, alzando la barbilla.

Podía pisotear mi orgullo, pero me levantaría una y mil veces.

—No me apetece jugar... precisamente.

Se deshizo de su bata y, acto seguido, se arrodilló delante de mí, quedándose a mis pies. ¿Significaba ese gesto algo más?

Prefería que no fuera así.

No quise entrar en valoraciones y esperé. Si volvía insultarme de alguna manera, mandaría al cuerno mi contención y lo abofetearía para después marcharme de allí y dormir, si era preciso, en las dependencias de los criados, con tal de alejarme de él.

Me agarró de los tobillos, no con fuerza, pero sí con determinación, y me abrió las piernas. Levantó solo un segundo la mirada antes de concentrarse en mi sexo y ver lo que era un secreto a voces: estaba muy excitada.

Subió las manos hasta mis rodillas y se colocó más cerca, tanto que temí no poder defenderme si me atacaba.

No lo hizo, no al menos como esperaba. Respiró hondo un par de veces, lo vi tragar saliva y después se fue inclinando hacia delante. Temblé presa de la anticipación. Lo primero que sentí fue el roce de su pelo en la cara interior de los

muslos. Lo segundo, el aumento de la presión de sus manos sobre mis rodillas, y por último posó la boca justo en el centro, localizando mi clítoris a la primera. Lo besó, lo succionó y yo me dejé caer hacia atrás.

Aquello no era real. El alcohol y los nervios me estaban jugando una mala pasada.

—Deliciosa... —susurró y, por su forma de decirlo, me sentí especial. Quizá por cómo lo había pronunciado, me lo creí—. Dulce... —añadió, gimiendo entre mis piernas.

Levanté el cuello para contemplar la escena, para tener un recuerdo visual y no solo sensorial. Me quedé fascinada por completo al observar la imagen, la que percibía desde donde estaba y también la que me devolvía el espejo de pie en el que cada día me miraba antes de salir.

Siempre me había gustado observar, pero hasta la fecha nunca pensé que verme a mí misma en pleno acto sexual fuera tan impactante. La intensidad de mis gemidos aumentó, aquella imagen jamás se borraría de mi mente.

—Quiero saborearte entera, sentir en los labios cómo alcanzas el clímax... —musitó Stephan cual amante entregado a mí con un único objetivo: mi placer.

Qué fácil sería mentirme a mí misma y creer ciegamente en sus palabras.

—Sigue...

—El calor que emanas... La suavidad de tu piel, el olor de tu excitación...

No hacía falta que me dijese lo obvio, pero esos términos combinados con sus actos me tenían por entero entregada. Su boca, su lengua recorría cada terminación nerviosa de mi sexo, proporcionándome las sensaciones más increíbles que pudiera imaginar. Por si aquello no fuera lo bastante demoledor, empezó a penetrarme con los dedos, buscando en mi interior y encontrando cada punto especial que me hacía subir más y más. A toda esa sobredosis sensitiva había que añadir el roce de su cabello en la suave piel del interior de mis muslos.

—Stephan... —jadeé, con todo mi cuerpo en tensión.

Necesitaba liberarla, dar rienda suelta a toda la energía que se acumulaba en mi interior. No entendía el porqué de su comportamiento tan generoso; sin embargo, pese a saber que tendría contrapartidas, disfruté de cada segundo de placer que me otorgaba.

Los sonidos propios de la succión, mezclados con nuestras respiraciones agitadas, resultaban otro ingrediente explosivo en nuestro ya de por sí extraño encuentro sexual. No había nada premeditado, lo cual nos acercaba más al comportamiento de amantes dispuestos a todo con tal de pasar una noche juntos que a un matrimonio convencional.

—Córrete en mi boca, Ornela... —exigió, succionándome con más fuerza, castigando mi clítoris. Primero presionaba con la lengua para después atraparlo entre sus labios, y así lograba que gimiera como no recordaba haberlo hecho nunca.

Sentí mi clímax, estiré las piernas y mi cuerpo, ya laxo, dejó de arquearse. Di un

profundo suspiro y no hice ningún otro movimiento, preparándome para soportar sus dardos.

Con los ojos cerrados, esperé que me abandonara, así al menos sería más sencillo de afrontar. Sin embargo, no oí ningún insulto. Él continuó tocándome, ahora con más delicadeza, mientras mis constantes vitales volvían a la normalidad.

No se limitó a mi sexo, su boca fue describiendo un camino ascendente hasta llegar a mis pechos. Besó ambos con suavidad hasta situarse frente a mi cara.

—Mírame —ordenó, y añadió en tono más suave—: Por favor.

Tragué saliva. Ese timbre de voz, que en otras circunstancias me haría sonreír, me preocupó.

Yo permanecí con la cara vuelta. Sin palabras, quería decirle que no podía hacerme daño, que una y otra vez me mostraría fuerte ante sus insultos y que aceptaría sus caprichos porque no me quedaba más remedio.

—Mírame —insistió. Al notar mi pasividad, me acarició la mejilla y me hizo girar la cara—. Sentir, ver cómo alcanzas es placer, es sencillamente hermoso. Una visión única que he tenido la suerte de contemplar.

Bajó la cabeza con intención de besarme. Yo mantuve los labios cerrados y el cuerpo relajado. No era un rechazo, pero tampoco una bienvenida.

Él no se desanimó; acomodado entre mis piernas, sentí su erección aunque no hizo amago de penetrarme. Se limitó a lamer mis labios, a pedirme en silencio que los abriera para él. Me negué a darle esa satisfacción.

Stephan se incorporó sobre los brazos, liberándome en parte de su peso. Al contrario de lo que yo esperaba, no estaba enfadado. Me miraba... triste, desolado.

—Ornela... ¿qué voy a hacer contigo?

—Lo que desees, no puedo oponerme a tus caprichos —respondí con absoluta sinceridad.

Mi docilidad era fingida. Había aprendido que los enfrentamientos con mi marido, por el momento, siempre se inclinaban a su favor.

—No, así no... —suspiró, acariciándome con inusitada ternura la mejilla.

Me peinó con los dedos y lo odié por ello. No necesitaba gestos amorosos ni cuidados especiales para tenerme a su entera disposición.

—¿Soy libre? —Mi pregunta resultaba impertinente, pero no pude evitarlo.

Stephan permaneció en silencio mientras continuaba prodigándome sus caricias. Las mismas que un amante, o un amante esposo, prodiga a su mujer antes, después o incluso durante el acto sexual. Pero yo tenía plena conciencia de que aquello no era sino otra estrategia para desestabilizarme.

—Hagamos un trato, Ornela.

Oírlo pronunciar mi nombre con aquel tono ronco hasta me hacía daño. Inspiré, me aguanté las lágrimas y negué con la cabeza.

—Generalmente, un trato beneficia al que lo propone.

Él arqueó una ceja ante mi comentario.

—No siempre es así —me dijo, sin perder su tono afable.

—No entiendo por qué ibas a querer pactar conmigo, cuando tienes todo el poder de decisión. Desde tu posición de amo y señor no necesitas hacerme concesiones. Tomas lo que consideras tuyo, no veo para qué ibas a mostrarte dialogante. La ley está de tu parte. —Le recordé sus propias palabras.

—Esta noche, querida Ornela... —comenzó, e hizo una pausa para acercarse a mi oído antes de proseguir en un susurro—, déjame olvidarlo todo. Déjame creer en una ilusión. —Temblé nerviosa, excitada, enfadada—. Me gustaría imaginar que acabo de conocerte, que he sido el hombre más afortunado de la noche y he conseguido tenerte para mí.

—No puedes dar marcha atrás en el tiempo —murmuré, para no caer en su embrujo.

—Esta noche deseo estar solo contigo, Ornela. Por eso quiero que no pienses en lo que nos separa. Solamente en esta noche y sus posibilidades.

Me besó y en esa ocasión se lo permití. Separé los labios y los amoldé a los suyos. Disfruté y me sentí, aunque no fuera más que una ilusión, feliz dejándome llevar.

—Mañana me marcho de viaje... —me dijo entre beso y beso.

Que me lo contara no me lo esperaba. Me abracé a él y poco a poco me fui dejando llevar, aceptando una proposición que nada bueno podía traerme.

—Y quiero irme sin rencor por tu parte... —apostilló y noté que su voz cambiaba ligeramente. Supe que, tras haber empezado utilizando la verdad a su conveniencia, vendría la mentira—. Voy a visitar a mi madre. He recibido una carta pidiéndome consejo sobre unos asuntos...

Lo besé para acallararlo, para que no siguiera mintiéndome. Si me había pedido que olvidara, al menos que se molestara en cumplir su parte del trato.

Cruel, sin sentido, arriesgado y, por supuesto, prometedor; así consideraba aquel trato.

Puse las manos en sus hombros y empujé para quitármelo de encima.

Stephan se resistió, pero terminó rodando a un lado. Yo me senté, suspiré y lo miré. Me sonreía de medio lado. Depositó un beso en mi hombro y después recorrió mi espalda con los dedos hasta detenerse en mi trasero. Repitió el gesto pero a la inversa.

Inspiré hondo y me levanté.

—Ornela... —murmuró con voz lastimera, sintiéndose derrotado.

Caminé dejando que la visión de mi cuerpo desnudo y mi melena suelta lo entretuvieran.

—Ahora vuelvo —dije en un susurro.

Mis palabras parecieron calmarlo. Cuando entré en mi vestidor, observé de reojo cómo se acercaba al cesto de la leña y cogía dos troncos para que la temperatura continuara siendo propicia a sus intenciones.

Mientras, escondida tras la pared, yo continué mirándolo. Agarró la copa donde yo había bebido el coñac e hizo una mueca, quizá sorprendido al saber qué tipo de bebidas me gustaban.

Después se sentó en la alfombra y adoptó una postura relajada, con una pierna doblada y un brazo apoyado en la pierna. Desnudo y excitado, muy excitado. No puede evitar fijarme en su erección y al mismo tiempo pensé en el aguante que demostraba. De haber querido, teniendo en cuenta cómo me había encontrado, no le habría costado nada follarme para su desahogo y dejarme allí tirada.

Abandoné mi puesto de observación y del fondo de una sombrerera saqué la pequeña bolsita donde guardaba mis esponjas. Hacía mucho que no las utilizaba, pero siempre me ocupaba de tenerlas a punto y humedecerlas con zumo de limón.

Levanté una pierna y, apoyándola en uno de los reposapiés, me las coloqué. Estaba aún mojada y eso facilitó la tarea.

Ya lo había hecho esperar suficiente, así que, con elegancia, salí de mi escondite y caminé hacia él, poniendo especial cuidado en el movimiento de mis caderas y en cómo su expresión, a medida que me acercaba, pasaba del lógico interés a la peligrosa determinación.

Sin embargo, yo no iba a dejarle tomar la iniciativa.

—Acepto el trato —dije y me senté frente a él.

—Excelente.

Stephan quiso hacer el primer movimiento, pero yo se lo impedí. Cuando se acercó con la evidente intención de tumbarme, le puse una mano en el centro del pecho. Aparte de ser consciente de lo rápido que le latía el corazón, logré que se detuviera.

—No me conoces... —musité, instándolo a que se quedara donde estaba—, solo sabes mi nombre...

Pareció captar mi sugerencia y se mantuvo expectante, mientras me dejaba libertad de movimientos para comportarme como yo quisiera.

Suspiré y me aparté el pelo que me cubría los senos. Acto seguido, me desplacé hasta sentarme sobre él, que de inmediato me sujetó de las caderas. Su polla quedó perfectamente alineada con mi sexo, pero no dejé que me penetrara; aún no era el momento.

—No sabes nada de mí —musité junto a sus labios, y aproveché para recorrerlos con los dedos.

Stephan cerró los ojos y me conmovió su expresión serena, tan alejada de la crispación habitual. Pero debía olvidarme de todo, solo contaba el aquí y ahora.

—No, no sé nada —convino con voz ronca.

Noté cómo sus manos subían por mis costados hasta mis pechos. Me acarició primero por debajo, separando los dedos para rozar más puntos, hasta que el pulgar entró en contacto con el pezón. Presionó, primero a modo de tanteo, a la espera de ver cuál era mi reacción, y al ser esta positiva, aumentó la presión y yo jadeé.

—Y quiero saberlo todo —apostilló.

Me estaba matando poco a poco... Acuné su rostro con las manos y acerqué los labios para besarlos con todo el ardor que sentía en mi interior. Gimió en mi boca y yo en la suya. Clavé las rodillas en el suelo y me erguí, antes de meter la mano entre nuestros cuerpos para agarrar su erección. Lo acaricié suavemente, sin dejar de besarlos. Stephan gruñó, sin duda haciendo esfuerzos para no darme la vuelta y tumbarme en el suelo para follarme como un loco.

Ya había aguantado suficiente, así que reacomodé mi postura y descendí sobre él hasta sentir cómo se anclaba en mi interior de una sola vez, sin pasos intermedios.

—¡Ornela! —exclamó, sorprendido y agradecido.

—Bésame —exigí. No esperé y tomé la iniciativa.

Me atrapó entre sus brazos mientras permanecía bajo mi peso, a la espera de que yo comenzara a balancearme. Y lo hice.

Me balanceé sobre él, que, sin apartar los brazos de mí, se enredó mi melena en un puño y tiró de ella, haciendo que echara la cabeza hacia atrás hasta dejar mi cuello expuesto.

—Voy a devorarte viva —gruñó quizá algo frustrado por no poder embestirme como un loco y tener que esperar a que yo lo hiciera.

No lo defraudé. Imprimí un ritmo más intenso, subiendo y bajando sobre su erección al tiempo que rotaba las caderas para buscar la estimulación de mi clítoris. Él se percató de mis intenciones y acercó el pulgar hasta mi sexo y lo frotó justo donde más lo necesitaba.

Mi cuerpo, arqueado y entregado por completo, iba acumulando la tensión precisa para explotar como nunca. Lo monté sin compasión, desatada sin remedio, expuesta y sin ningún tipo de vacilación. Mis pensamientos, buenos o malos, no existían en ese instante, solo las sensaciones me acompañaban y guiaban mi comportamiento.

—Y esto es solo el principio... —añadió.

Dobló las rodillas para que fueran mi respaldo y me recosté de tal modo que él pudo inclinarse hacia delante y posar la boca sobre mis senos. Si con los dedos me había hecho jadear, con la boca logró arrancarme un grito. No se contuvo, no esperó a que me acostumbrara a sus exigencias, se limitó a mordirme primero, para después intentar suavizarlo pasándome la lengua por toda la areola.

—Stephan...

—Me encanta oír cómo pronuncias mi nombre cuando estás a punto de correrte en mis brazos, con mi polla enterrada profundamente en ese delicioso coño que pienso lamer de nuevo en cuanto tenga la menor oportunidad.

Mis movimientos empezaban a perder coordinación y elegancia, solo respondían a la impaciencia y la desesperación por alcanzar el clímax. Subía y bajaba, me retorció y jadeaba sin contención alguna.

—Espera un momento —suplicó, soltándome el pelo—. En esta postura no puedo controlarme...

—No —lo interrumpí, y apreté los muslos para que no se apartara.

—Por favor, Ornela, estoy a un punto de correrme —insistió, hablando entre dientes.

—Córrete dentro de mí —gemí.

Apreté mis músculos internos atrapándolo, evitando que saliera de mí.

—¿Estas segura? —preguntó, aunque supe que ya estaba perdido.

—Sí —suspiré, antes de sentir mi orgasmo.

—Joder... —gruñó mientras me abrazaba con tal fuerza que casi no podía respirar—. Joder... —repitió y noté que me mordía en el hombro, al tiempo que se retorció bajo mi peso cuando iba a alcanzar el clímax.

Nos quedamos así abrazados, unidos, jadeantes, sudados y satisfechos.

Ninguno de los dos iba a ser el valiente que pronunciara una palabra que rompiera lo que allí se había creado.

Stephan se dejó caer hacia atrás y yo con él, quedando apoyada sobre su pecho, con la cara contra su cuello, incapaz de soltarme.

A veces olvidar tiene efectos positivos a corto plazo, lástima que no sea permanente...

Empezó a peinarme con los dedos y yo tuve que controlarme para no llorar.

Se movió hasta que rodamos y él se colocó encima. Entonces buscó mi mirada y me sonrió, con los ojos fijos en los míos. Continuaba peinándome, dedicándome gestos tiernos que harían suspirar a cualquier mujer o hacer que se enamorase inmediatamente.

¿Me afectaría a mí de igual modo?

Su ternura, hasta entonces desconocida, ¿lograría hacerme cambiar de opinión?

¿Podría mi pensamiento pragmático quedar relegado y dar rienda suelta a mis sentimientos, hasta el momento abandonados?

—No solo eres hermosa, Ornela —murmuró—, eres adictiva, caliente, excitante...

Se me hizo un nudo en la garganta. No estaba fingiendo, al menos esa fue la impresión que tuve allí desnuda, saciada y abrazada por él.

—No sigas... —imploré, dispuesta a sobrellevar todo aquello sin caer derrumbada y acabar confesando que empezaba a importarme, que ya no me era tan

indiferente, que quizá, solo quizá, podría llegar a quererlo. Aunque en ese aspecto andaba muy despistada, pues ¿había querido alguna vez a un hombre de esa forma que los poetas describen tan bien?

Sé que quise a Agnus, lo deseé y que siempre lo recordaré. Significó mucho más que un mero acuerdo entre amantes, pero ¿lo amé?

No, no al menos si teníamos en cuenta que cuando me separé de él no sufrí como se esperaba, sino más bien porque al romper nuestra cómoda relación tuve que buscar un sustituto. Lamenté su pérdida, sí, pero no por él, sino por lo que representaba.

Con Jonathan se podría decir lo mismo. Ni siquiera me había molestado en averiguar qué había sido de él, claro que por su parte tampoco se había puesto en contacto conmigo. Y en cuanto vi peligro escapé de sus brazos sin el menor remordimiento, pensando únicamente en salvar mi pellejo, no en las posibles consecuencias que él pudiese sufrir.

—Vamos a la cama... —sugirió Stephan antes de darme un beso profundo que sabía a promesa.

Nos levantamos y él se ocupó de avivar el fuego, no solo de la chimenea, sino también de mi interior. Nada más cobijarnos bajo las mantas, empezó a tocarme y en menos que canta un gallo lo tuve entre mis piernas, haciendo realidad sus palabras de saborearme en cuanto tuviera la oportunidad.

Me sentía un poco extraña, quise asearme primero, pero me lo impidió. En esa ocasión se lo tomó con más calma, dando lengüetazos a mi sexo con la habilidad ya conocida, pero poniendo especial énfasis en mantenerme en constante tensión, pues en cuanto percibía que me acercaba al clímax, se apartaba, abandonaba mi clítoris y se dedicaba a lamer la suave piel del interior de mis muslos. Una caricia excitante, desde luego, pero nada comparable a lo que lograba cuando me tocaba justo en el centro.

—Esto es motivo de venganza... —gruñí, y levanté las caderas.

—No lo dudo y tengo ganas de comprobar cómo deseas resarcirte de este agravio —bromeó a modo de desafío.

Me mordí el labio y pensé en la manera de obtener una compensación justa...

Acerqué las manos a mis senos y empecé a acariciarme, del mismo modo que había aprendido hacía ya tiempo para ocuparme yo misma de mis necesidades. Intenté no pensar en que Stephan hacía de las suyas en mi sexo y me masajee los pechos mientras gemía y arqueaba la espalda.

Fui consciente del momento exacto en que él notó mi maniobra y se quedó mirándome, embobado y atrapado por la sensualidad del gesto. Estaba segura de que no esperaba algo así.

—Ornela... —murmuró con cierto tono de advertencia.

Por si acaso no había surtido el efecto deseado, desplacé una mano hasta mi vello púbico con la evidente intención de tocarme entre las piernas.

—Hummm...

—Ni hablar, esto es mío —sentenció y, apartándome la mano con brusquedad inclinó la cabeza de nuevo y esta vez sí me lamió hasta conducirme, sin etapas ni parones desquiciantes, a un orgasmo de esos que te dejan con una sonrisa en los labios.

Fui vagamente consciente de que después me penetró y terminó follándome de nuevo. Luego se ocupó de sus necesidades antes de caer dormido abrazado a mí.

Cuando me desperté, supe en el acto que no estaba sola en mi cama. A diferencia de las otras veces, en las que por circunstancias de simple conveniencia había compartido lecho con él, no terminamos separados, durmiendo cada uno en su lado. Sentí a Stephan pegado a mi espalda, respirando con suavidad en mi nuca y con un brazo alrededor de mi cintura, como si quisiera retenerme junto a él. Lo cierto era que no esperaba que al amanecer estuviera aún allí, pues pensé que el trato que me había propuesto la noche anterior ya había expirado.

Cambié un poco de postura y eso debió de despertarlo.

—Buenos días... —dijo con voz ronca, apretándome aún más contra su cuerpo y depositando un beso en mi hombro. Pensé que aún seguía dormida y que aquello era producto de mi imaginación—. ¿Has dormido bien?

—Más o menos —musité, pues Stephan, no contento con follarme frente a la chimenea y en la cama, me había despertado una vez más durante la noche con la misma intención y yo no pude oponer resistencia.

La verdad es que tenía su encanto aquello de sentir, todavía no despierta del todo, cómo unas manos se internan entre tus muslos y, de manera descuidada, poco a poco se va animando la cosa hasta que acabas sudando entre las sábanas.

Stephan volvió a besarme en los hombros y yo me removí inquieta. Desde luego me estaba dejando agradablemente sorprendida.

—Desearía poder quedarme todo el día en la cama contigo —me dijo, mirándome a los ojos.

Desde luego parecía otro, con una expresión somnolienta, despeinado y una media sonrisa de lo más insinuante.

Me acarició la cara y yo ya no sabía a qué atenerme. A cada minuto que permanecíamos así, en silencio, solo observándonos, me sentía más confusa y triste.

—Hoy te vas de viaje, si no recuerdo mal —dije.

—Así es. —Suspiró y se tumbó boca arriba.

Con un brazo doblado sobre los ojos, lo noté disgustado, como si ausentarse fuera todo un contratiempo.

—No te preocupes por mí —dije, para que al menos se marchara tranquilo.

Puede que nuestro matrimonio fuera una farsa, igual que el motivo que había alegado ante mí, pero eso no significaba que yo deseara que le ocurriera nada malo, así que prefería mentirle y que pudiera hacer lo que fuese sin pensar en mí, o al menos en si yo me quedaba sola y desamparada.

—Ese es el problema, que me preocupo, no puedo evitarlo —contestó en el

mismo tono abatido.

—Si crees que nada más salir tú por la puerta yo iré corriendo a los brazos de un amante...

—No lo estropees —me interrumpió, colocándome un dedo en los labios—, por favor. No quiero romper esta frágil tregua. Te prometo...

Entonces fui yo quien lo silenció tapándole la boca.

—Sin promesas.

—Te prometo que a mi regreso hablaremos —prosiguió él, pasando por alto mis deseos—. No podemos continuar así, Ornela.

—Supongo que no —convine con cautela.

—Me alegra oír eso. —De nuevo suspiró.

Yo me limité a permanecer recostada de medio lado. De un momento a otro abandonaría la cama y yo me quedaría sola.

—¿Cuándo regresarás? —me arriesgué a preguntar.

—Me gustaría decírtelo, pero no lo sé.

—O no quieres saberlo —mascullé, molesta por sus evasivas.

Esas palabras lo hicieron reaccionar. Con un ágil movimiento se colocó sobre mí. Noté que ya no estaba adormilado, sino muy muy pero que muy despierto. Y no solo lo noté por la erección que presionaba contra mi muslo, sino también por la tensión que reflejaba su rostro.

—Escúchame bien, Ornela —me advirtió entre dientes—, necesito que confíes en mí, que no me cuestiones. Cuando vuelva hablaremos.

—Pues no me mientas...

Él puso cara de no saber nada, un maestro del engaño, desde luego.

—No te he mentado.

—Hace dos días recibí carta de tu madre. Le había enviado unas letras para pedirle que se reuniera con nosotros durante las fiestas de Navidad. —Hice una pausa para tragar saliva y poder continuar—. Quería conocerla, ya que no vino a nuestra boda, pero por lo visto ya te habías encargado de advertirle sobre mí.

—Ornela... yo...

—¿Tú qué? —Intenté apartarlo, rabiosa, sin éxito—. Deja de comportarte con ese odioso paternalismo. Ahora de repente quieres ser un caballero conmigo, pero en el fondo sigues pensando que merezco el peor de los castigos.

—Lo que más deseo es ser capaz de olvidarlo todo, pero me lo pones muy cuesta arriba —me dijo en tono recriminatorio.

Inspiré hondo, no tenía ni tiempo ni ganas de empezar una discusión. En eso estaba de acuerdo con él, estropear la frágil tregua de la noche anterior no beneficiaba a ninguno de los dos.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer.

—Joder... —masculló.

—Ya te lo he dicho, no hace falta que mires atrás, estaré aquí cuando regreses.

—Eso no me preocupa, lo que verdaderamente me inquieta es saber en qué condiciones me recibirás.

Ese era el tema que más lo inquietaba. Desde luego, si a su regreso le llegaban de nuevo rumores de que yo había vuelto a las andadas, eso supondría un duro golpe para su orgullo y, por supuesto, para la endeble confianza que había depositado en mí.

—No te preocupes, no cerraré con llave la puerta de mi alcoba —repliqué, dando por hecho que era lo único que le interesaba de mí, mi cuerpo.

—Maldita sea...

—Creía que ese era tu único interés —dije, sabiendo que mis palabras podían volverse en mi contra y que eran producto del resentimiento porque me abandonaba, pero no las sentía.

—Ornela... busco algo más que un coño donde meterla en caliente.

Me quedé callada, no por la ordinariez de sus palabras, sino por su significado. Stephan me miró, negando con la cabeza; sin duda contrariado por mi comportamiento.

Sin preguntar, sin prepararme siquiera, sentí cómo se hundía en mí, al tiempo que me besaba. Nada de delicadeza, nada de cuidado, simple y llanamente me avasalló.

Gemí sorprendida al percibir un calor repentino. Stephan no se conformó con eso, comenzó a embestirme y me agarró de las muñecas. Fue violento, rudo, rápido... no fui capaz de oponerme.

Tampoco quería hacerlo.

Una extraña forma de despedirse.

Dos días después de su partida, empecé a sentirme mal.

Camille, a mi lado me observaba con el cejo fruncido, ya que si normalmente comía poco, aquel día hice ayuno completo.

Ella insistió en que tomara al menos un caldo para no tener el estómago vacío, pero no me entraba nada en el cuerpo. Me sentía cansada, como si llevara una semana trabajando de sol a sol sin descanso. No entendía el motivo. Al principio lo achaqué a mi estado de ánimo, pues pese a no querer reconocerlo, me sentía sola. Algo extraño en mí, tan acostumbrada a vivir sin compañía y a salir adelante por mí misma.

Sin embargo, los motivos eran físicos. Empecé a tener calor, a toser y a encontrarme desganada. Me costaba bajar la escalera o llegar hasta la puerta de entrada. Me sentía hasta mareada.

Incluso llegué a pensar que estaba embarazada, pero no tenía los síntomas. Además, hice cuentas y, la verdad, dudaba que ese fuera el motivo de mi malestar.

—¡Estás ardiendo! —exclamó Camille, poniéndome la mano en la frente—. Venga, ahora mismo a la cama.

A pesar de mi cansancio, no me quedó más remedio que levantarme, pero se me fue la cabeza y casi caí desplomada. Menos mal que ella me sujetó y evitó que me diera con el mueble.

—Te prepararé un remedio casero —dijo.

Me arrastró literalmente hasta mi alcoba y una vez allí me desvistió sin contemplaciones. Me puso el camisón como a una niña pequeña y me metió en la cama.

La verdad es que el frescor de las sábanas me alivió. Me quedé allí tumbada, boca arriba y con los ojos cerrados. Quería dormir, dormir durante horas...

—Bebe esto —me ordenó y yo, enfurruñada y obstinada, apreté los labios. Conocía muy bien los remedios caseros y su extraño sabor.

En vista de mi cabezonería, Camille me ayudó a incorporarme y, tras poner unas cuantas almohadas en el cabecero, me dejó una bandeja sobre las rodillas, se cruzó de brazos y esperó sentada a un lado a que me lo tomase por mi propia voluntad.

Negué con la cabeza.

—No, déjame... —protesté, apartando aquello.

Conocía su afición por las plantas medicinales y desde niña recordaba el mal sabor de sus brebajes, que si bien ayudaban a mejorar, te dejaban la lengua hecha un trapo.

—Ornela, haz el favor de tomártelo, te aliviará. Necesitas tener algo en el estómago —alegó inflexible.

Respiré por la nariz. Tenía razón, mi cuerpo necesitaba mejorar, pero aquello, con solo mirarlo, ya daba asco.

Aunque puse cara de repugnancia, protesté e intenté convencerla de que con

descanso me recuperaría; ella no dio su brazo a torcer y tuve que bebérmelo.

Tosí, me atraganté e intenté dejarlo a medias, pero no hubo forma de librarme.

—No sé si esto hará efecto, pero desde luego me ha dejado la lengua insensible —refunfuñé, volviéndome a acostar—. Ahora déjame sola, quiero dormir.

Para mi sorpresa, en vez de abandonar la estancia, Camille se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Después se encargó de ponerme compresas frías en la frente.

Quise protestar, pues nada más sentir el frío invernal tosí de nuevo, pero enseguida me di cuenta de que aquel frescor me aliviaba. Oí a Camille darle instrucciones a una de las criadas, pero poco a poco me fui durmiendo.

A partir de ahí no recuerdo nada más...

Cuando volví a abrir los ojos, vi a dos personas sentadas, una a cada lado de mi cama.

Enfoqué la vista y reconocí a mi madre y a Camille. La dos con signos evidentes de cansancio y de haber dormido muy poco.

Y a Charles, por supuesto. Allí de pie, apartado pero pendiente de mí, contemplándome con cara de alivio. Se lo notaba agotado. No recordaba haberlo visto nunca tan descuidado en el vestir. Nos miramos a los ojos y su expresión cambió cuando se dio cuenta de que volvía al mundo de los vivos.

Le sonreí débilmente y él, todo un caballero, desapareció de mi dormitorio. Sin hacer ruido, sin decir una palabra.

—¡Ornela! —exclamó mi madre, al ver que intentaba hacerme oír, pero tenía la garganta tan seca que me era imposible.

—¡Oh, gracias a Dios! —murmuró Camille.

Corriendo, me ofreció un vaso de agua que calmó mi sed. Me atraganté, pero al menos pude hablar.

—Mamá... —conseguí decir a duras penas. Me sentía tan tan cansada.

—Mi niña...

Camille me puso una mano en la frente y suspiró aliviada.

—La fiebre ha remitido —murmuró para tranquilizarnos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mi madre, que se sentó en el borde de la cama y me cogió la mano.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté, incorporándome a medias con enorme esfuerzo, pues todos mis músculos protestaban.

—El médico dijo que seguramente debido a tu complexión delgada y tu debilidad femenina, cogiste un resfriado que se convirtió en algo más serio —explicó mi madre y Camille negó con la cabeza.

—Menos mal que lo mandé a paseo. Ese matasanos pretendía sangrarte —dijo molesta—. Ahora vuelvo, voy a la cocina por algo de comer.

Me quedé a solas con mi madre. Hacía tiempo que no disponíamos de una oportunidad así. A pesar de vivir en la misma ciudad, nuestras circunstancias personales, en especial las suyas, nos impedían estar juntas a menudo.

—Cariño, estás débil como un pajarillo. Has estado tres días con fiebre. — Mientras hablaba con su tono suave, relajante, me iba peinando con los dedos, lo que me aportaba la serenidad que últimamente tanto me faltaba—. Ahora tienes que coger fuerzas.

—Pero es que Camille me hace beber cada cosa...

—No negaré que sus remedios tienen un sabor dudoso, pero son muy efectivos. Ornela, mi niña... creí que te perdía...

—Mamá, ¿tres días? —pregunté preocupada—. Eso quiere decir que...

—No pienses ahora en eso. Yo me encargué de anular las invitaciones.

—He fracasado... Mamá, yo quería hacerlo bien... —me lamenté, sintiéndome fatal. ¿Qué pensarían de mí?

—Ya lo harás, cariño. Nadie puede decir nada en tu contra, has estado enferma, muy enferma...

Me di cuenta entonces del motivo de mi enfermedad. Aquella noche, cuando salí de casa sin ropa de abrigo y permanecí a la intemperie, observando a través de la ventana de Camille, no fui consciente de que a esas horas, vestida de forma tan liviana, podía enfriarme, y después había pagado las consecuencias.

Aunque siempre recordaría aquella noche como una de las más intensas de mi vida, por lo que sucedió más tarde frente a la chimenea.

—No le des más vueltas —murmuró mi madre con cariño, apretándome la mano—. Ahora solo piensa en recuperarte.

Ella evitaba deliberadamente hablar de un espinoso asunto: Stephan.

Saltaba a la vista que ni se había molestado en aparecer, lo cual me llevó al borde de las lágrimas.

—Mamá... —murmuré—, ¿y mi marido?

Apartó un instante la vista, como queriendo evitar darme una explicación que a todas luces me iba a resultar dolorosa.

—No hemos conseguido ponernos en contacto con él, aunque estoy segura que de haberlo sabido, se habría presentado de inmediato —lo disculpó.

No lo habían localizado... ¿Por qué no me sorprendía?

Lo más extraño era que Camille, que parecía tener contacto directo con él, no supiese nada.

En ese instante esta entró con una bandeja en las manos y me temí lo peor. Me la puso delante y, pese a mi cara de disgusto, para evitar un enfrentamiento que a todas luces iba a perder, cogí la cuchara y empecé a tomarme aquel caldo insípido.

—¿Y el marqués? —pregunté en voz baja, refiriéndome a mi padrastro y a su casi nulo interés por mi bienestar.

—No podía dejarte sola, cariño. Anda, come, ya hablaremos.

Por sus palabras, deduje que se había enfrentado a su esposo por estar conmigo y cuidarme, así que opté por no insistir, pues sabía que Austin, al regreso de mi madre, se encargaría de recriminárselo.

—Todo —exigió nuestra doncella, al ver que apartaba el plato.

—Camille... —protesté, pero de poco me sirvió.

—Hazle caso.

—Amandine, tu hija es una insensata. Estoy segura de que ha estado por ahí, con alguno de sus vestidos de noche y sin capa.

Me acabé el caldo sin rechistar y aparté la bandeja. Me sentía débil y sin ganas de nada. También triste, pues mis primeras Navidades como mujer casada las pasaba en la cama y sin Stephan a mi lado.

Tardé un par de días más en recuperarme durante los cuales conté con el apoyo incondicional de mi madre y, por supuesto, de Camille. Disimulé mi tristeza por no saber ni una sola palabra de mi marido y creo que ellas se dieron cuenta, pero me ahorraron el mal trago de la compasión.

Llegó el Año Nuevo y seguía sin noticias de Stephan, así que dejé de preocuparme por él, o al menos lo fingía para sobrellevar aquella soledad. Estuve tentada de ponerme en contacto con Jonathan, pero al parecer se lo había tragado la tierra, pues me extrañaba que a esas alturas no me hubiera mandado recado. Supuse que sus negocios en Francia primaban sobre cualquier otro asunto y que, por lo tanto, una amante que huía sin dar explicaciones no merecía que se preocupase por ella.

Camille me vigilaba como un halcón. Me obligaba a comer y, si me apetecía salir al jardín a dar un paseo, se ocupaba de ponerme personalmente ropa de abrigo suficiente.

Pasé los días sumida en mis pensamientos, sin saber qué determinación tomar. Durante mis largas caminatas por la finca, intentaba decidir qué rumbo seguir respecto a mi matrimonio, pero cuando veía una posibilidad, me recordaba con pesar una realidad innegable: Stephan era quien tenía todo el poder.

Pensé en buscarme un nuevo amante, llevar a la práctica mis amenazas y que el capitán sufriera en público, para que supiera de una vez por todas que no iba a dejarme pisotear por él. Sin embargo, y eso me dio miedo, no deseaba a ningún otro hombre.

Si llegaba a acostarme con otro, no sería por deseo, lo cual derivaría en malestar. Me costaba reconocer que no quería herir a mi esposo, ese era otro factor a tener en cuenta. Él me había ofrecido una especie de tregua, que si bien lo favorecía por completo, lo cierto es que apreciaba el gesto.

Continué ocupándome de sus asuntos financieros y mantuve la promesa que me había hecho a mí misma de ser todo lo honesta posible, pese a que tomaba decisiones comprometidas. Tenía en mis manos la posibilidad de hacer una mala gestión que, aparte de suponerle cuantiosas pérdidas, también podría derivar en cierto descrédito comercial para él.

Pero no lo hice, mantuve el corazón apartado mientras leía informes o le daba instrucciones al administrador.

La única visita que recibí fue la de Charles; mi querido Charles, que, con su

compañía, siempre me arrancaba una sonrisa. Y de veras que lo necesitaba. Daba paseos conmigo mientras comentábamos los últimos chismes sobre la temporada que empezaba. Esos días agradecí más que nunca su compañía y su amistad. Me aportaba serenidad en momentos en los que todo me parecía muy complicado; me ayudó a sobrellevar la situación.

Cada día que venía de visita, me demostraba lo mucho que se preocupaba por mí. Yo pensaba que lo aburría, pero Charles me escuchaba sin interrumpirme. En otras ocasiones, si el tiempo lo permitía, nos quedábamos sentados fuera, siempre, por insistencia de Charles, donde pudieran vernos. El uno junto al otro, cada uno sumido en sus pensamientos, disfrutando de la mutua compañía.

Un día lo noté triste, abatido, como si le costara seguir adelante. Yo conocía su carácter melancólico, así que en principio no me sorprendí, pero luego me di cuenta de que yo tampoco estaba pasando por mi mejor momento, por lo que no era buena compañía para un hombre con tendencia a la depresión.

Normalmente, mi vitalidad, mis ganas de diversión y mis ocurrencias eran justo lo que Charles necesitaba para contrarrestar su melancolía.

Cuando me acompañó a casa y, como siempre, nos sentamos en el saloncito para tomar un refrigerio, esperé a que Camille nos dejara y comenté:

—Me tienes preocupada.

Charles miraba por la ventana, distraído, y se dio la vuelta al oírme.

Me sonrió, pero noté que era una sonrisa forzada. Algo le ocurría.

—No te angusties, no es nada —dijo.

Me levanté y me acerqué a él. Lo obligué a mirarme de frente, a los ojos.

—¿No confías en mí? —Charles apartó la vista, pero no me di por vencida—. Puedes contar conmigo, sea lo que sea.

—No me lo pongas más difícil, Ornela —masculló, apartándose de mí.

Me callé unos instantes, y así le di tiempo a recomponerse. Se pasó la mano por el pelo un par de veces, intentando calmarse. Pero yo no podía dejarlo en ese estado.

—Eres mi mejor amigo, siempre estás a mi lado —le recordé, apelando un poco al lado más sentimental de nuestra relación—, no me pidas que me quede impassible mientras veo que algo te inquieta de este modo.

—Mi padre... —dijo en voz muy baja.

Se sentó en el sillón orejero y apoyó los brazos en las rodillas mientras agachaba la cabeza.

—¿Tu padre? —pregunté.

Conocía su historia familiar. No era ningún secreto que el actual conde de Seldon responsabilizaba a Charles de la pérdida de su hermano mayor. Atacaba al actual heredero por su carácter afable y, por supuesto, lo presionaba e intimidaba para que se comportase de modo diferente. Charles hacía lo que podía para satisfacer los estrictos mandatos de su progenitor, pero su forma de ser distaba mucho de lo que se esperaba de él. Yo sabía que no era del agrado de la familia y que lo sermoneaban sin

descanso por seguir viéndome, pero Charles, por fortuna, no se plegaba ante sus presiones y permanecía a mi lado contra viento y marea.

Quise acercarme, acariciarle la mejilla y darle mi apoyo, pero sabía que le molestaría que lo tocara, pues lo consideraría impropio.

—Está cada vez más enfermo. Los médicos nos han dicho que debemos irnos preparando para lo peor —explicó, hundiéndose aún más ante mis ojos.

Mandé al cuerno sus objeciones y me agaché a su lado para cogerle las manos. Él levantó un instante la vista hacia mí. Estaba a punto de llorar y sabía lo vulnerable que se sentía. Alcé una mano y le acaricié la cara. Como era de esperar, se apartó, pero yo me mantuve firme.

—No tengo hermanos varones... —se lamentó—, nunca quise heredar su título y ahora...

Lo comprendí al instante; para él, ser conde era una pesada carga. Conocía la historia de su familia y sabía que Charles, desde que falleció su hermano mayor, se sentía cada vez más deprimido al imaginarse como conde.

Otros hubieran matado por ese título, pero él no. Al contrario, lo despreciaba, siempre había querido dedicarse a sus aficiones sin la presión social que conllevaba el título. Le gustaba el arte en todas sus manifestaciones. Sabía que escribía relatos y que pintaba, pero lo mantenía en secreto para que su padre no lo ridiculizara.

—No sé qué voy a hacer, Ornela. No lo sé... Mi vida, tal como la concibo, se desmorona... —se lamentó y yo permanecí a su lado, arrodillada a sus pies.

Me daba igual si alguien nos veía y sacaba conclusiones equivocadas. Lo quería, sufría por él.

—Tienes que aceptar tu herencia. Piensa que siendo conde podrás disponer de más facilidades para tus aficiones.

—No es tan sencillo, querida Ornela —alegó con su sonrisa más triste—; tengo que casarme cuanto antes.

—¿Sabes?, siempre he creído que serías el marido perfecto —lo animé—. No conozco a ningún hombre tan amable, paciente y cariñoso como tú. La mujer que sea tu esposa será la más afortunada del mundo.

Mis palabras de ánimo me sonaron un poco cínicas, pues yo estaba al tanto de sus sentimientos hacia mí.

—Ahora supongo que solo debo encontrar a la candidata adecuada —respondió resignado.

—Y yo te ayudaré —dije, convencida de que no dejaría que ninguna lagarta lo engañara—. Pero de todas formas eres joven, no hay prisa, la temporada acaba de empezar.

—Mi querida Ornela... —musitó y se me encogió el corazón al sentir que cada palabra que me dirigía era para él una nueva espina.

Había dejado de preocuparme por el correo. No tenía sentido cuando ni un solo día habían llegado noticias de Stephan. Al principio prestaba atención por si mi marido se ponía en contacto conmigo. Pero mi esperanza se fue desvaneciendo, pues, a pesar de que quería creer en él, las pruebas hablaban por sí solas.

Camille me observaba y sé que se mordía la lengua, pues ya había intentado hablar conmigo para apaciguarme, para que comprendiera la situación, y a mí me pareció desleal de su parte que pretendiera justificar lo injustificable. Yo podía ser comprensiva y entender las dificultades que podía suponer enviar una carta, pero aunque nuestra correspondencia no fuera regular, no aceptaba que no pudiera mandar al menos una triste nota para que me quedase tranquila.

Reconocer que vivía con la angustia permanente de si seguía vivo suponía para mí una fuerte contradicción, ya que eso significaba que Stephan me importaba mucho más de lo que quería admitir.

Había perdido toda esperanza de tener noticias tuyas, por eso, cuando aquel día, al regresar a casa tras mi paseo matinal lo vi, el pulso se me aceleró y tuve que cerrar los ojos, contar hasta diez y respirar profundamente.

Allí estaba. Junto a la entrada principal, apeándose de un carruaje. Volvía a casa sano y salvo. Me quedé allí quieta, observando cada uno de sus movimientos. Él no se dio cuenta de mi presencia y entró en la casa cabizbajo.

Decidí no seguirlo y me quedé sentada, en un banco de piedra.

Antes de irse había dicho que debíamos hablar, pero ¿estaba preparada para escucharlo?

Llegué a la conclusión de que nunca lo estaría. Nuestra relación había empezado con mal pie y, por muchas treguas que él propusiera, nunca podríamos olvidar.

Decidí entrar en casa y seguir con mis obligaciones. Había quedado con la cocinera para organizar los menús de la semana entrante, tarea que me aburría sobremanera y a la que prestaba poca atención, pero que Camille se empeñaba en que hiciera.

Nada más poner un pie dentro, oí la profunda voz de Stephan preguntando por mí.
—¿Dónde está Ornela?

Levanté la vista y lo vi hablar con una de las doncellas con cara de pocos amigos, mientras la pobre chica negaba con la cabeza. Intimidada sin duda por la agresividad con la que formulaba la pregunta.

—No lo sé, señor —balbuceó.

—¡Maldita sea! —exclamó Stephan—. ¿Y no ha dicho adónde iba?

—A estas horas suele salir de paseo —contestó la joven con cara de disculpa.

Decidí hacer notar mi presencia.

—Estoy aquí —dije, salvando a la pobre chica.

Intenté mostrar un semblante sereno, indiferente, como si su regreso no tuviera

ninguna importancia.

Stephan se volvió, la sirvienta se marchó y yo no supe si quedarme o subir corriendo la escalera y dejarlo allí plantado.

Opté por una reacción menos melodramática y, tras quitarme el abrigo y el sombrero, di media vuelta dispuesta de todas formas a reunirme con la cocinera. No iba alterar mis planes por él.

—¿Adónde crees que vas? —dijo, acercándose rápidamente a mí.

Yo continué mi camino hasta que me agarró de la muñeca y me detuvo.

Me solté y lo miré. Su expresión denotaba cansancio.

—A ocuparme de mis cosas —le respondí cortante.

—Eso puede esperar... —Me tendió la mano y suavizó el tono para añadir—: Acompáñame, por favor.

—¿Ahora?

—Sí —contestó rotundo.

No deseaba alterar mi paz interior, que tantos días y tantos paseos me había costado conseguir, así que obedecí y lo acompañé al estudio.

Me fijé en él, estaba más delgado... con ojeras... Desde luego, todo ese tiempo fuera no se había cuidado nada en absoluto.

—Bienvenido a casa —murmuré con ironía, rechazando su invitación a sentarme.

Quizá otra lo hubiera recibido con los brazos abiertos, con una reacción más efusiva, pero para ello primero tendría que haberme informado de su regreso.

—Gracias —respondió, pasando por alto mi tono mordaz.

Nos miramos. Ninguno de los dos deseaba abrir fuego. Teníamos las mismas oportunidades de acabar gritándonos como de terminar desnudos en el suelo.

Respiré. Quería comportarme de manera menos visceral, pero me alteraba verlo allí de pie, con su uniforme militar, callado, pensando sin duda lo que debía decirme para salirse con la suya.

No pude más.

—¿Qué tal tu madre?

—Muy bien, gracias —contestó con sequedad.

—Me alegro —mascullé dolida, pues mantenía su mentira hasta las últimas consecuencias.

Inspiró profundamente y se pasó la mano por el pelo; se había percatado de que yo no lo creía, pero admitirlo no entraba en sus planes.

Se acercó a mí y, sin mediar palabra, me abrazó.

—No sabes cuánto he lamentado no poder cuidarte mientras estabas enferma... La carta de la señora Bonnet me llegó con mucho retraso...

Lo noté angustiado, se sentía culpable, sin embargo, ahora ya era demasiado tarde. Sus disculpas solo me recordaban su ausencia.

—Estoy bien, no te preocupes —lo interrumpí con impertinencia.

—Ornela..., si hubiera podido estar a tu lado...

—Por favor, no seas cínico. Tu madre vive a un día y medio de aquí.

Stephan dio un paso atrás y apartó la vista. Yo aproveché para abrir la puerta, pero antes de que pudiera escapar, él puso una mano sobre la madera y la empujó con fuerza, sobresaltándome.

—No quiero escuchar ni una sola mentira más —estallé—. ¡Ni una sola!

—Dame al menos la oportunidad de explicarte...

—Te presentas aquí e intentas comportarte como si fueras un dechado de virtudes. No se te puede recriminar nada, ni un solo comentario en tu contra. Pero mientes, mientes como todos, con descaro, y, lo que es peor, te crees que no me doy cuenta.

—Ornela, no es tan sencillo, si pudiera...

—¡No me des más excusas! ¡Ni te las he pedido ni las necesito!

Él intentó abrazarme de nuevo, pero yo lo rechacé con vehemencia.

—Tienes que comprenderme, tienes que...

Levanté la mano y lo abofeteé con todas mis fuerzas, interrumpiéndolo.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Se llevó una mano a la mejilla y entrecerró los ojos. Pero no me la devolvió. Inspiró un par de veces, sin duda controlándose ante mi arranque de furia. Injustificada o no, mi rabia interior no me permitía actuar de forma sosegada. Ya no podía más con aquella situación.

—Déjame en paz —dije—. Soy tu esposa y, como bien dijiste, debo someterme a ti, a tus caprichos y a tus mentiras. No tengo escapatoria.

Se inclinó hacia mí, su boca escasos milímetros de la mía. Pude percibir su olor y cerré los ojos un segundo antes de seguir desafiante. Alcé la barbilla a la espera de su reacción.

—Estoy loco... —masculló, antes de bajar la cabeza y besarme.

—En eso estoy de acuerdo contigo —logré articular.

—Loco por ti.

Sus labios presionaron los míos, pero me negué a abrirlos. Él ejerció más presión y continué negándole mi boca. Giré la cabeza a un lado y alcé los brazos a modo de escudo, pero Stephan me sujetó de las muñecas y se apretó contra mí. Intentaba de nuevo dominarme, hacer valer su superioridad física para salirse con la suya.

—No quiero que me toques —rezongué.

Él pareció darse cuenta de que así no iba a ninguna parte y se separó de mí. Se frotó la mejilla y se sirvió una copa de licor. Se la bebió de un trago y después la estampó contra la chimenea, sin duda frustrado por mi reacción.

—¿Esperabas acaso una bienvenida por todo lo alto?

—Cállate —exigió enfadado y me dio la impresión de que era consigo mismo.

Verlo vulnerable no iba a ablandarme.

—Escúchame bien: he estado aquí sola, sin saber nada de ti, si seguías vivo o muerto. He salido adelante, no te necesito. Soy capaz de continuar sin tu ayuda. Así que puedes hacer lo que te plazca, pero por favor no me tomes otra vez por tonta.

—Ornela, joder, ¿no puedes, por una vez en tu vida, dejar de pensar en ti misma?
—replicó, negando con la cabeza—. Me hubiera gustado estar aquí, a tu lado, pero tengo obligaciones que...

—¡Obligaciones! ¡Siempre obligaciones! —exclamé irritada.

—Si pudiera...

—Ya te lo he dicho, ahórrate las palabras. —Quería salir de allí; con Stephan delante, mi paz interior se desmoronaba—. No voy a cerrar la puerta de mi dormitorio. Tranquilo, tendrás lo que buscas, pero no esperes mi entusiasmo.

Abrí la puerta y esta vez sí me dejó marchar.

Mis palabras habían logrado su objetivo. Herirlo y permitirme huir.

Corrí escaleras arriba y el resto del día lo pasé sola en mi alcoba.

Camille se empeñó en que comiera algo, pero esta vez no tuve que hacer esfuerzos para controlar mi apetito. Decidí picar algo para evitar que me sermoneara, pero el resto lo arrojé a la chimenea. Encerrada en mi dormitorio, sin otra cosa que hacer, me dediqué a mirar por la ventana. Por alguna malsana curiosidad deseaba ver a Stephan. Comprobar si salía de casa o se reunía con alguien.

No lo hizo, aunque supuse que por la noche lo haría con Camille. Y si bien me interesaba conocer los detalles de esa conversación, estaba demasiado alterada y dudaba que pudiera escucharlos sin intervenir y hacer notar mi presencia.

Pensé ver a Charles y así al menos pasar una tarde agradable, pero sabía que él se negaría a venir. Evitaba hacerlo estando Stephan en casa y yo echaba de menos a mi amigo. Lo extrañaba mucho y además me sentía mal por él, ya que, tras nuestro último encuentro, sabía que debería estar a su lado, apoyarlo, pero conociéndolo, sabía también que se encerraría en sí mismo y tardaría unos días en dar señales de vida.

A la hora de la cena, Camille insistió en que bajara al comedor. Según ella, no tenía justificación que mi marido cenara solo estando yo en casa. Intenté convencerla de que me encontraba mal, pero no tuve éxito, así que pasé al ataque y me negué en redondo.

Creo que ella intuía el motivo, seguramente estaba al tanto de nuestra discusión, pero como siempre, se ponía del lado del capitán, como lo llamaba con admiración.

—Si tanto te apena verlo cenar solo, cena tú con él —mascullé.

Su adoración incondicional por él empezaba a sacarme de mis casillas.

—Ornela, sé razonable. Tu marido está en casa y esta actitud de niña consentida no es propia de una mujer inteligente como tú —me replicó en tono seco—. Así que haz el favor de arreglarte y acompañarlo, es tu obligación.

Estaba hastiada de cumplir con mi obligación. ¿Alguna vez cumplirían los demás con la suya?

—No voy a hacerlo —me obstiné.

—Debes ir —insistió.

—Me niego a compartir mesa con un hombre que me desprecia y me humilla a la

menor oportunidad.

—¡Ya está bien! —exclamó—. Estoy cansada de tus muestras de egoísmo. ¿Por qué no te pones en su lugar? ¿Por qué no piensas por un momento en cómo se siente?

—No hace falta, sé cómo se siente: ¡el amo y señor de sus dominios y posesiones, entre las cuales me incluye! —grité exasperada.

—Niña tonta... —dijo Camille, negando con la cabeza—. Estás destrozando con tus manos la posibilidad de tener un matrimonio feliz.

—Siempre me repites lo mismo. No insistas. —Estaba hastiada de oír todo el tiempo la misma cantinela.

—Espero que nunca tengas que arrepentirte... Eres joven, Ornela, y a veces una insensata. No apruebo que un hombre humille o maltrate a su esposa bajo ningún concepto, pero el capitán está dolido, solo intenta comprender qué pudo hacer mal, se siente culpable...

—Lo dudo —murmuré, sin querer ablandarme.

—Tu marido es un hombre íntegro, eso no lo pongas jamás en duda. Y bien sabes que tu comportamiento no ha sido aceptable. Ahora, si de verdad quieres ser una mujer adulta, acepta las consecuencias.

—No —respondí—. Stephan no tiene derecho a tratarme como lo ha hecho y además hacerme pasar por estúpida mintiéndome. ¡Escribió a su madre para que se negara a conocerme!

—¿Y lo culpas por eso? ¿Cómo te iba a presentar a su familia cuando te has esmerado tanto en que tu esposo fuera el hazmerreír de la ciudad?

—Fui discreta. Nadie lo supo.

—Gracias a Dios. Pero él sí, que es lo que importa.

—¿Y crees que él ha sido un santo? ¿Solo por ser hombre tiene el derecho de engañarme?

—Eso no lo sabes a ciencia cierta.

—Stephan va y viene a su antojo. Pasan días, meses sin que sepa nada de él. No soy tan ingenua como para no saber que busca consuelo en otra parte.

—Es un hombre, Ornela.

—¡Y yo una mujer! —exclamé, cansada de aquella conversación.

—Una bastante estúpida. Abajo, esperando, tienes a todo un caballero. A uno que pondría la mano en el fuego por ti, pero que tú te empeñas en rechazar. Tu obstinación en jugar al gato y al ratón solo te traerá consecuencias negativas y cuando por fin llegues a comprender el alcance de todo esto será demasiado tarde.

No dije ni una sola palabra más. Me mantuve firme y no salí de mi dormitorio. Cuando me trajeron una bandeja, hice lo mismo de siempre. Comer lo justo para saciar mi escaso apetito y tirar el resto.

Me ocupé de mi aseo personal, lamentando una vez más no poder usar la gran bañera de Stephan, pero me asee en mi cuarto y después, antes de meterme bajo las sábanas, me ocupé de prepararme para la visita conyugal de mi marido.

Puede que vestidos y frente a frente solo supiéramos discutir; sin embargo, él tenía unas necesidades y yo también, aunque la diferencia era que Stephan podía hacer uso de sus prerrogativas sin que yo pudiera oponerme.

Me acosté, apagué la luz y dejé que tan solo la leña consumiéndose en la chimenea iluminara mi dormitorio.

Esperé tumbada boca arriba a que apareciera.

Pero no lo hizo. Ni esa noche ni las siguientes.

Al cabo de unos días debíamos asistir a un baile del ejército y, por supuesto, no podía negarme, pero me parecía muy hipócrita aparecer del brazo de Stephan, aparentando normalidad, cuando ni siquiera nos dirigíamos la palabra.

Retomé mi rutina diaria, ajena a su presencia. No sabía el tiempo que íbamos a permanecer viviendo bajo el mismo techo y tampoco lo pregunté.

Dejé de esconderme en mis aposentos y accedí a compartir mesa con él. Durante las comidas, apenas intercambiábamos comentarios más allá de un «buenos días» o algo referente a lo que nos servían.

—¿Hoy tampoco te gusta el asado? —me preguntó, señalando mi plato.

Lo cierto era que comer, o mejor dicho, fingir que comía delante de él, me resultaba difícil. No podía alegar cada día que no me gustaba la comida, o que me encontraba mal.

—No tengo hambre —murmuré, apartando el plato.

—Te he observado, apenas pruebas bocado.

—No te preocupes, no me desmayaré —repliqué, para que se quedase tranquilo y no continuara insistiendo.

—Ornela, a pesar de lo que puedas creer, me preocupo por ti. Comes poco, apenas para mantenerte en pie; no me extraña que estés tan débil.

—Gracias por tu interés —dije secamente—, pero sé cuidarme y también tengo quien me cuide.

—Ya veo —rezongó, al percibir mi tono envenenado—. ¿Y si te dijera que puedo obligarte a comer?

—Puedes, por supuesto. Solo tienes que ordenarlo —lo desafié sin amilanarme.

—Pues come, y si tengo que quedarme aquí sentado hasta que te acabes la comida, no te preocupes, no tengo otra cosa mejor que hacer.

Lo miré enfadada.

—Muy bien, si me pongo enferma por comer en exceso, allá tú.

Para mi bochorno, Stephan se echó a reír.

—Tranquila, estoy seguro de que la señora Bonnet tiene un remedio casero para eso. Come. Estás demasiado delgada.

—También puede ser debido a los disgustos —mascullé, pinchando con el tenedor y llevándome un trozo de carne a la boca. Estaba deliciosa, jugosa, y tuve que disimular para que él no se percatara de ello.

—¿Más vino? —preguntó, y me rellenó la copa—. No es ningún secreto que te gusta beber, pero con tu constitución puede sentarte mal.

—Como desees, comeré y me pondré gorda, tan gorda que te resultaré repulsiva.

—No exageres, querida. Un poco más de carne no te hará daño y, ya que lo mencionas, cuando te conocí tenías mejores curvas que ahora.

—La mala vida de casada, supongo.

—O un pésimo intento por desanimar a tu esposo, aparentando ser una escuálida, débil e insulsa mujer.

Cerré el pico, porque al parecer ese día estaba de buen humor y se divertía a mi costa. Acabé mi plato y pensé que después daría un enérgico paseo.

Por mucho que a Stephan se le antojase, yo no iba a engordar y a envejecer antes de tiempo. Comería para satisfacerlo, pero después pondría remedio a mis excesos.

Tras una estupenda y reconfortante caminata, regresé a la soledad de mi alcoba dispuesta a arreglarme para acudir a la recepción militar. Mientras me bañaba, sopesé las opciones de vestuario. Al principio, mi idea era elegir el más recatado de mis conjuntos, con la idea de parecer respetable junto a Stephan; al fin y al cabo, estaríamos rodeados por todos sus conocidos y, lo que era más importante, por sus superiores. Sin embargo, mientras me aplicaba una suave crema por todo el cuerpo, cortesía de las hábiles manos de Camille, cambié de idea. Pensé de inmediato en mi vestido de color burdeos, el más escotado que tenía, tanto, que a veces creía que las mangas no se sujetarían. Realzaba mis curvas como ningún otro y además podía tensar la cinta de debajo de mis pechos, elevándolos para crear un efecto espectacular.

No le di más vueltas. Cuando Camille se acercó para peinarme, arrugó el cejo al ver mi elección sobre la cama.

—No voy a cambiar de opinión, así que ahórrate el discurso —le advertí.

Me peinó en silencio y dando más tirones de los necesarios, como muestra de su desacuerdo, pero al final yo estaba tal cual deseaba.

—El capitán te está esperando abajo —murmuró, dando por finalizado su trabajo.

—Baja y dile que enseguida estoy con él.

Por supuesto, no me apresuré.

Me tomé mi tiempo. Pese a estar perfecta, me entretuve delante del espejo, comprobé una vez más mi peinado, la sujeción de mis medias... cualquier cosa para que pasaran los minutos.

Oí unos golpes en la puerta y, con toda la parsimonia del mundo, me acerqué a abrirla.

—¿Se puede saber por qué tardas...?

Stephan me miró de arriba abajo. De abajo arriba, con la boca abierta. Tuve que disimular mi regocijo, ya que por lo visto lo había dejado sin palabras.

—¿... tanto? —terminó de formular la pregunta a duras penas.

Yo tampoco me perdí detalle. Estaba magnífico con el uniforme de gala. Desde el día de nuestra boda no había vuelto a verlo con ese atuendo. Sí, definitivamente, verlo así me hacía recordar uno de los motivos por los que acepté casarme con él. Un motivo bastante frívolo, pero al menos me servía para sobrellevar el infierno en que se había convertido mi vida a su lado.

La verdad era que la tentación de ponerme altanera, apoyarme una mano en la cadera y replicarle resultaba interesante; no obstante, me comporté como debía y me

limité a dejarlo allí plantado para ir a mi vestidor, caminando de forma sinuosa, claro, a recoger mi capa.

Él, furioso y excitado, me la arrebató de las manos y con gestos bruscos me la colocó sobre los hombros. Me dio la impresión de que, de haber podido, además de la capa me habría puesto la funda del piano para cubrirme.

—Vamos —masculló y hasta me ofreció el brazo.

—Como gustes... —ronroneé.

La fiesta era lo que yo esperaba y tuve que hacer un esfuerzo para integrarme con las esposas de otros militares. Por supuesto, fui objeto del escrutinio de los superiores de Stephan. Se podría decir que era una especie de presentación en sociedad.

Vi que obtenía el beneplácito de sus mandos, que se esforzaban en sonreírme y mirarme a los ojos en vez de al escote. Me alegró divisar a Adam entre la multitud. Por fin alguien conocido con quien charlar un rato, ya que Stephan, a mi lado, parecía encontrarse en un funeral.

Me acerqué a él con una sonrisa, pero el teniente Steinberg, nada más verme, me saludó como mandan los cánones, con una reverencia educada y unas formales palabras.

—Hola, señora Gardner-Taylor. ¿Cómo está?

Excesivamente formales para mi gusto.

—Adam, por Dios, ¿por qué no me llamas por mi nombre de pila? —le pregunté con amabilidad. Nos conocíamos desde hacía años y siempre nos habíamos tratado con cordialidad y confianza. Me molestaba que ahora, por estar casada, se mostrara distante.

—No es correcto —me respondió.

—No veo el motivo.

Pero sí lo veía. Stephan, no muy lejos de allí, me vigilaba, nos vigilaba, por si sucedía algo fuera de lo normal. Le advertí con la mirada que ni se le ocurriera interrumpir, pero por lo visto mi sutileza no fue captada y lo vi caminar hacia nosotros.

—¿No vas a sacarme a bailar?

—Lo siento, no es posible —me contestó Adam y yo inspiré hondo para controlar mi mal humor.

Que un hombre no me invitara a bailar no era motivo de enfado, mi ego podía asumirlo, pero en este caso se trataba de un viejo amigo.

Era una verdadera lástima, pues deseaba conversar un rato con Adam, ponernos al día, pero un marido celoso no lo facilitaba.

—Capitán... —saludó Adam con respeto, en cuanto Stephan se situó junto a mí —. Si me disculpas, voy a saludar a unos conocidos.

Nos dejó a solas y yo miré a mi marido. Allí no podía decirle lo que se me pasaba por la cabeza sin montar un escándalo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté ante su absurdo alarde de

posesividad, hablando en voz baja y sin dejar de sonreír.

Iba a terminar con dolor de mandíbula.

—Nada —masculló.

—Solo es un amigo, por el amor de Dios. ¿Qué crees que iba a hacer? ¿Algo obsceno delante de tanta gente?

—Cállate.

—Nunca me ha gustado el exhibicionismo —proseguí, tensando más la cuerda de su enfado—, pero prefiero pecar por exceso que por defecto, así, ya que vas a enfadarte, al menos disfrutaré.

¿Estaba celoso de Adam? Eso era imposible. Me dije que simplemente estaba representando el papel de marido sobreprotector. Lo odiaba porque solo pretendía quedar bien, no era real.

—De ti espero cualquier cosa —masculló él a mi lado.

Sentía su tensión.

—Si conversar con un viejo conocido delante de tanta gente lo ves peligroso... desde luego, nadie te gana a malpensado.

—Ornela, no me provoques.

—No he estado con él ni cinco minutos; ¿qué crees que podría haber hecho en ese tiempo?

—Eres imprevisible, así que la respuesta es: cualquier cosa.

—Necesito más tiempo para quitarme las ligas —rezongué.

Lo vi arquear una ceja ante mi explícito comentario y su media sonrisa me hizo pensar que le había hecho gracia.

—Con ese vestido no dejas nada a la imaginación.

—Consuélate pensando que todos creerán que tú serás el afortunado que después me lo quite —repliqué, disfrutando de la contienda verbal.

—Ese es el problema... ¿o no?

Lo miré de reojo. Ya no se mostraba tan ufano. Excelente.

—Sabes que nunca cierro con llave la puerta de mi dormitorio.

—¿Es una invitación?

—No, es simple y llanamente una observación. ¿Puedo hacerte una pregunta profesional?

Ese cambio de tema tan radical lo pilló por sorpresa, esperaba que continuara con aquel rifirrafe que con toda probabilidad le estaba divirtiendo. Lo cierto era que a mí también, pero no quería seguir por esos derroteros, pues podían resultar contraproducentes.

—Sí —respondió desconcertado.

—Ya sé que te gusta dar órdenes y que se cumplan, lo sé de primera mano. ¿Debo suponer que con tus subordinados es igual?

—Por supuesto.

—Excelente. Ahora, si no te importa, habla con el teniente Steinberg y ordénale

que me invite a bailar.

Stephan no daba crédito a mis palabras. Podía apostar cualquier cosa a que esperaba alguna idea descabellada, pero no una tan fuera de lugar como aquella, y más teniendo en cuenta nuestra reciente conversación.

—¿Cómo dices?

—Me has oído a la perfección, capitán.

Tras hacerme una reverencia de lo más hipócrita, pero como no quería dar que hablar delante de sus compañeros no le quedaba más remedio, me dejó allí y se acercó a Adam. Vi cómo lo separaba del grupo para hablar con él en privado. Observé la escena, aunque hubiera disfrutado más teniendo también la oportunidad de escuchar la conversación.

Luego mi marido regresó y me preguntó con ironía:

—¿Me concedes este baile?

—Sabes que no puedo negarme... —murmuré.

Pese a tratarse de un compromiso más que de otra cosa, disfruté de la contradanza. Durante unos pocos minutos me olvidé de lo que nos separaba y hasta le dediqué a Stephan una sonrisa de lo más sincera, en especial cuando los movimientos del baile volvían a unirnos.

Lástima que no durase mucho.

Al terminar, vi a Adam acercarse hacia mí y, con una exquisita educación, me invitó a bailar. Sonreí encantada y dejé a Stephan allí de pie, mientras cogía la mano que el teniente me ofrecía.

Apenas pude hablar con él, como era mi deseo, pero pude preguntarle por Joseph; hacía muchísimo que no tenía noticias de él. Supe que continuaba en Viena dando clases, al mismo tiempo que seguía su carrera como compositor.

Adam fue en todo momento correcto y, la verdad, noté que le costaba contenerse y tratarme como a una señora, sobre todo teniendo en cuenta nuestro pasado, pero se mantuvo firme hasta que me acompañó de nuevo junto a Stephan.

No me pasó desapercibida la mirada que ambos se dedicaron. Pero a mí me daba igual, me había salido con la mía.

En más de un sentido.

Aquella noche, tras la fiesta, Stephan tampoco vino a hacer valer sus derechos conyugales. Por si acaso, yo me había preparado, aunque tenía la intuición de que no se presentaría. Sin embargo, me habría gustado que lo hiciera para ver cómo se debatía entre la obligación de castigarme y su deseo, evidente, por mí. Yo empezaba sospechar que su motivo para no venir a mi cama no era otro que hacerme sufrir. Su refinado sentido de la perversión había ideado otra manera de hacerme pagar el agravio. ¿Hasta cuándo iban a durar sus represalias?

No podía saberlo, así que me limité a no adelantar acontecimientos. No tenía sentido preocuparme por adelantado.

Como otras tantas noches, agucé el oído, pero no oí nada. Ni siquiera se veía luz por debajo de la puerta. Sentí curiosidad, pues dudaba que Stephan se hubiera acostado tan pronto. Esperé, con la oreja pegada, pero nada de nada. Empujé y entré en su dormitorio. La chimenea estaba encendida, su cama preparada, pero ni rastro de él.

—Camille... —susurré, al darme cuenta de que podía estar con ella. De nuevo compartiendo secretos que parecían vedados para mí. Algo que me sacaba de mis casillas, pues al fin y al cabo yo era su esposa.

Aunque, por lo visto, mi marido dudaba de mi capacidad para guardar secretos. No obstante, yo tenía mis propias armas para intentar desenredar aquel embrollo y disponer así de la información.

Busqué ropa con la que cubrirme, botas y una buena capa con capucha para no volver a enfriarme, y me dispuse a averiguar qué se traían entre manos y qué era tan importante como para reunirse a escondidas. No dejaba de imaginar mil y una posibilidades mientras bajaba la escalera.

Lo que no llegaba a comprender era cómo, en un espacio tan corto de tiempo, Camille y Stephan habían fraguado aquella amistad y por ende tanta confianza. Desde luego, la adoración de mi doncella por él desde el principio había sido incondicional, pero ¿y Stephan?

Siempre me había dado la impresión de que era un hombre cauto, poco dado a excesivas y repentinas confianzas, así que llegué a pensar que quizá Camille disponía de información muy valiosa para él y que ese era el motivo de su alianza. Pero ese pensamiento carecía de lógica. No hacía falta más que verlos a ambos; su respeto mutuo daba al traste con mi teoría.

Entorné la puerta de mi alcoba, asomé la cabeza y comprobé que todo se encontraba tranquilo. A esas horas no tenía que haber nadie rondando por los pasillos. El ama de llaves se mantenía firme respecto al cumplimiento del horario y por supuesto sobre el toque de queda para que toda la servidumbre estuviera en sus dormitorios.

Aquello, además de hacer más llevadera la organización doméstica, también

servía perfectamente para mis planes.

Bajé despacio la escalera de nuevo, ya que opté por hacerlo a oscuras y no deseaba caerme de bruces. Con la mano fue sujetándome a la barandilla para lograr mi objetivo.

—¿Adónde se supone que vas? —preguntó una voz burlona, cuando llegué al vestíbulo de entrada.

Me detuve en el acto y me di la vuelta. Allí estaba Stephan, apoyado junto a la puerta de su estudio, a medio vestir y con una copa de licor en la mano. Su pose, tan característica de la aristocracia a la que no pertenecía, por mucho título de lord ficticio que usara en sus correrías, me irritó. Me miraba con una mezcla de curiosidad y sospecha.

Lo de curiosidad podía entenderse, ya que mi atuendo daba qué pensar. Dudo que nunca antes me hubiese visto con semejante facha.

Se acercó a mí tras dejar la copa vacía en un aparador y, cuando estuvo a mi altura, dio una vuelta a mi alrededor con evidente regocijo ante mi aspecto, más propio de la servidumbre que de la señora de la casa. Pero como él no me consideraba una dama, tampoco tenía de qué preocuparme.

Tiró de mi capucha, descubriéndome.

—Sigo esperando una explicación... —murmuró burlón y, no contento con ello, añadió—: Si existe.

—A reunirme con mi amante —le contesté finalmente, harta de su escrutinio.

No tenía un argumento de peso que alegar en mi defensa, así que dije lo que él esperaba escuchar.

¿Para qué desilusionarlo?

Estaba segura de que desde su regreso estaba al tanto de mis movimientos y que esperaba sorprenderme.

—¿Deduzco entonces que su clase social te impide lucir algunas de tus exquisitas prendas?

No me pasó desapercibido el matiz sarcástico. Adiviné que, por alguna extraña razón, aquello le suponía todo un reto. Tenía la oportunidad de desacreditarme y yo tendría que esforzarme para no sucumbir a sus dardos verbales.

Lo cierto era que echaba de menos una de nuestras trifulcas. No había duda de que Stephan era siempre un digno contrincante.

—No he tenido más remedio que adecuarme a las necesidades —repliqué con altanería.

—Desde luego, no se te puede acusar de no saber estar a la altura de las circunstancias.

—Soy una mujer con recursos —repliqué y él continuó con su media sonrisa burlona.

—Nunca lo he dudado, querida esposa.

Inspiré hondo. No tenía sentido quedarme allí como un pasmarote, ya que mi

misión quedaba descartada, al encontrarse Stephan en casa. Ahora la cuestión era justificar mi intento de salir de casa a esas horas y, lo que era peor, con unas pintas horribles.

—Supongo que no me creerás si te digo que iba a dar un paseo —dije.

—Muy creíble no es —murmuró, sin perder su deje irónico.

—Pues es la verdad —insistí sin desmoronarme.

A esas alturas ¿qué sentido tenía lograr que me creyera? Stephan daba por sentado que, habiéndolo engañado una vez, lo haría muchas más.

—¿Problemas de insomnio?

—Sí —contesté, porque me pareció la excusa más sencilla y al mismo tiempo más verosímil.

—Eso, querida mía... —se inclinó hacia mí, mientras su cara decía a las claras que se estaba divirtiendo—... no tiene más explicación que tu mala conciencia.

Se cruzó de brazos y esperó a que yo solita me delatara. La verdad era que yo no sabía cómo salir del atolladero.

—Creo que con esta conversación tan... —bostecé de forma exagerada—... insulsa por fin me ha entrado sueño. Buenas noches.

Di media vuelta y, con toda la dignidad de la que fui capaz, di un paso adelante, dispuesta a volver a mi alcoba y lamerme a solas las heridas, pues haber hecho el ridículo de manera tan memorable era algo que tardaría en olvidar.

—Ah, no, eso sí que no —dijo, aguantándose la risa, y, para evitar mi huida, me agarró de la muñeca.

—Suéltame —siseé.

—Creo que tenemos una interesante conversación por delante.

—Lo dudo. —Intenté liberarme, pero me tenía bien sujeta.

Tiré de mi brazo, más por orgullo que por otra cosa, pese a que, y aquello necesitaba una profunda reflexión, entrar en contacto con él me encendía. Lo había sentido durante nuestro breve baile, pero no había querido darle importancia.

—Me gusta saber que te proporciono el entretenimiento adecuado —farfullé, antes de que al final no pudiera contenerse más y se carcajeara abiertamente de mí.

—Puede que como esposa seas la peor de todas y, lo que más me preocupa, que nunca aprenderás...

—Gracias por tu voto de confianza —repliqué.

—De nada. Pero debo reconocerlo, eres, con diferencia, una de las mujeres más interesantes que he conocido. Sabes muy, pero que muy bien... —a medida que hablaba iba bajando el tono de voz, adquiriendo un cariz más íntimo—... entretener a un hombre... con la ropa puesta. Es todo un logro.

Un tono de voz tan íntimo que sentí un pequeño escalofrío.

—Siempre a tu servicio —le espeté, mientras lo seguía por obligación, bueno, también con cierto placer, hasta su estudio.

Stephan no me soltó hasta que cerró la puerta detrás de sí. Sin preguntarme nada,

servió dos copas y me entregó una. Bebí un sorbo y agradecí el sabor, pero estando él delante no podía aprovechar el efecto relajante del coñac.

—Esta habitación está caldeada, puedes quitarte esa capa —me indicó, señalando la prenda.

—Supongo que sientes una curiosidad, malsana como no podía ser de otro modo, por saber qué tipo de vestido me he puesto para ir a ver a mi supuesto amante.

Arqueó una ceja.

—¿Malsana? —inquirió burlón.

—Eso he dicho. Malsana —repetí.

—Sí, se podría decir que sí. —Levantó su copa en un brindis igual de sarcástico que sus palabras.

—Será consecuencia de tu retorcida forma de pensar.

Stephan sonrió de medio lado.

—No te lo discuto, pero en lo que a ti se refiere, no puedo hallar una explicación coherente.

—Pues no me quitaré la capa. Estoy bien así —dije.

Cierto que allí hacía calor, pero parte de mi temperatura no se debía a la leña que ardía en la chimenea.

—Si te digo que mi curiosidad puede llevarme a cometer una locura, ¿qué dirías?

—¿Vas a desnudarme a la fuerza?

—No, te dejo a ti el privilegio de decir la última palabra.

—Tu repentina actitud dialogante me hace sospechar.

—Adelante, sorpréndeme.

—Tus deseos son órdenes para mí —murmuré y añadí a mis palabras una reverencia de lo más grotesca.

No sería la primera vez que me desnudaba delante de un hombre, pero sí delante de él, circunstancia que resultaba paradójica, pero aún no se había producido.

Era una oportunidad única...

Debajo de aquella horrenda capa llevaba tan solo la bata anudada, por lo que, rápidamente, podía desprenderme de todo en un único movimiento.

Metí las manos bajo la amplia prenda y desaté el nudo del cinturón de la bata. Stephan permanecía atento a todos mis movimientos, apoyado en una esquina de su escritorio, tan indolente como siempre, con su copa en la mano y sonriendo de medio lado.

Yo, sin dejar de sostenerle la mirada, aparté la capa, arrastrando también la fina bata y quedándome desnuda ante su intensa mirada.

Alcé la barbilla desafiante y disimulé una sonrisa.

—Pero ¿qué...?

De inmediato se incorporó y dejó con brusquedad su copa sobre la mesa. Me miraba como si no se creyera lo que estaba viendo. A diferencia de él, yo sí recuperé la movilidad y caminé sinuosa hasta donde se encontraba, mientras me soltaba las

horquillas que me sujetaban el pelo y las tiraba al suelo con descuido.

Nos quedamos frente a frente, desafiándonos con la mirada. Di el último paso y alcé la mano. Stephan reaccionó sujetándomela.

—Hoy no me apetece abofetearte, precisamente —dije y me soltó.

Bueno, era una manera de decirlo, ya que me soltó la muñeca, pero me sujetó por la nuca y acercó los labios a los míos, aunque se detuvo a escasos milímetros de mi boca.

Mi respiración se agitó, mi cuerpo se arqueó y mis senos quedaron aprisionados contra su torso. Llevé una mano a su cuello y lo insté a que eliminara los miserables milímetros que separaban nuestras bocas.

Gemí y abrí los labios para recibirlo. Stephan fue contundente. Me avasalló y me aprisionó contra su cuerpo, al tiempo que su lengua jugaba con la mía. Gemí de nuevo y esta vez no fui la única. Sus manos empezaron a vagar por mi espalda, sujetándome con fuerza y despertando cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Ornela... —jadeó, durante el medio segundo que se apartó de mi boca.

No quería dejarlo pensar, ni yo tampoco quería hacerlo. Suspiré y me apreté contra él, mientras notaba la suavidad de su camisa en mis pezones. Aunque, sin duda alguna, me sentiría mucho mejor si pudiera hacerlo contra el calor de su pecho.

—Hummm... —ronroneé, para hacerle saber que me tenía dispuesta.

Le saqué la camisa de los calzones para poder tocarlo. Estar desnuda frente a él, que aún seguía vestido, daba a todo aquello un componente aún más erótico.

Stephan agradeció mi iniciativa asiéndome con frenesí el trasero, con tanta fuerza que con toda probabilidad acabaría dejándome marcas. Aquella chispa de dolor me encendió aún más.

Gemí con mayor intensidad cuando me mordió levemente el cuello y bajé las manos buscando su erección. Palpé por encima de la tela y su jadeo junto a mi oído me hizo humedecer.

Mi comportamiento podía parecer incongruente, dados nuestros enfrentamientos previos; pero si dejaba a un lado lo que nos separaba, algo que de momento era insalvable, y me quedaba únicamente con el hombre que tenía enfrente, debía de reconocer que lo deseaba.

Lo deseaba y mucho. Mi cuerpo respondía a sus manos excitándose a cada segundo. Quería tocarlo, saborearlo, poder sentirlo de todas las formas posibles y entregarme por completo. Puede que aquello no fuera más que una ilusión, pero no podía remediarlo.

Metí la mano por la parte delantera de sus calzones y aparté a un lado su ropa interior para agarrarle la polla. No podía hacerlo tal como yo quería y gemí frustrada.

—Espera... —gruñó él, mientras apretaba mis pezones.

Yo continuaba moviendo la mano, disfrutando de sus roncós gemidos, consciente de que podía lograr que aumentaran de intensidad.

Volvió a apretar, ejerciendo mayor presión, uno de mis pezones. Abrí la boca en

busca de oxígeno. Aquel dolor incrementó la humedad, ya de por sí abundante, que sentía entre mis piernas.

—Más fuerte... —le exigí, al tiempo que me derretía.

Sustituyó la mano por su boca, aliviando con su lengua mi sensibilizado pezón, pero acto seguido lo succionó y mordió, tras obedecer mi petición.

Ya no podía más, quería que me tumbase sobre la alfombra, o que me doblara sobre el escritorio... cualquier cosa, cuando, de manera inconcebible, Stephan se apartó.

—Estoy demasiado excitado como para desaprovechar esta ocasión —dijo.

Yo continuaba sin entender nada. Aún tenía la mano dentro de su ropa, seguía empalmado; luego entonces ¿a qué se refería?

Dudaba que quisiera rechazarme, pero a saber, pues de Stephan y su retorcido plan de venganza cabía esperar cualquier cosa.

—¿Qué ocurre? —pregunté sin soltarlo.

Puede que, a pesar de mi intento de seducción, terminásemos enfadados y durmiendo cada uno en su cama; ese parecía ser nuestro sino. Sin embargo, la idea de satisfacerlo me atraía, quería tenerlo.

Lo echaba de menos, esa era la simple y cruda realidad.

Podía parecer una estupidez teniendo en cuenta nuestra relación. Debería pensar en mí misma y no en su placer. Incluso podía ser mala y aprovechar aquella escena para provocarlo, excitarlo y después dejarlo a medias.

Un justo pago por su larga lista de desaires.

Lo reflexioné durante medio minuto. No, no quería eso. Si algo había aprendido de mis encuentros sexuales con Stephan, exceptuando los penosos que tuvieron lugar al principio, era que con él alcanzaba las cotas de placer que siempre había anhelado. Conseguía hacerme vibrar, hacerme desear más... Y, pese a que todo podía volverse en mi contra, no podía dominar los impulsos que me llevaban a actuar así.

—No voy a follarte deprisa y corriendo sobre la alfombra... —masculló, agarrándome la muñeca para que liberase su miembro.

Me costó bastante soltarlo, pues quería seguir tocándolo, disfrutaba al hacerlo, aunque la presión de su mano sobre la mía me obligó a desistir.

—¿Por qué? —pregunté, mientras respiraba agitadamente.

A mí no me importaba acabar rodando por el suelo, con él encima o debajo. Era algo sencillo y a la vez complicado, pues no quería argumentos, quería hechos. Quería sus manos sobre mí, entre mis piernas, que sintiera mi humedad, mi calor, porque a buen seguro eso lo haría reaccionar y dejarse de demoras. Ni que decir tiene que no solo era cuestión de ser la receptora de sus atenciones; deseaba, y mucho, poder hincarle yo también el diente.

Stephan cerró los ojos un instante, inspiró hondo y me dijo con la voz cargada de deseo:

—Porque quiero hacerlo en la cama, donde pueda tenerte en todas las posturas imaginables...

—Ah... —fue cuanto pude decir, ya que su declaración de intenciones me dejó aturdida. ¿Hasta dónde era capaz de llegar?

—No deseo que esto acabe con rapidez, Ornela...

Su forma de pronunciar mi nombre me hizo temblar, allí, desnuda junto a él, esperando que hiciese algo más que hablar.

Me acarició el pecho con el dorso de su mano, una delicadeza que no necesitaba, pero que disfruté. Puse la mía encima e hice que presionara un poco más.

Gemí y ese gesto pareció gustarle. Me sonrió. Una sonrisa como para caer de rodillas ante él.

Presionó, no con toda la fuerza que yo anhelaba, uno de mis sensibles pezones a modo de adelanto. Gemí de nuevo y me mordí el labio. Me pareció insuficiente, no podía permanecer más tiempo inactiva y me lancé encima de él.

—Ornela...

Su voz, mezcla de protesta y de lamento me calentó mucho más de lo que ya lo estaba. Posé los labios en su cuello y comencé a besarlo, a morderlo, a gemir, dándole evidentes muestras de mi entrega.

Para mi estupefacción, me apartó de él, se arregló la ropa y se agachó para recoger la mía y cubrirme con ella lo imprescindible. Confusa por su proceder, no me di cuenta de que se colocaba junto a mí y, sin decir nada, me cogía en brazos.

Así, llevándome en volandas, salió de su estudio y, con la misma determinación y sin decir una sola palabra, subió la escalera hasta llegar a la puerta de su dormitorio. La empujó con un hombro y, una vez dentro, no me soltó hasta llegar a su cama.

Caí en ella de manera poco grácil, pero no me importó lo más mínimo. Aparté a un lado mi incómodo y horrendo atuendo y me quedé tumbada, adoptando una postura sugerente.

Él, de pie frente a mí, empezó a quitarse la camisa. Se la sacó por la cabeza y la tiró con gesto brusco. Mirándolo embobaba, yo tragué saliva y esperé a tenerlo completamente desnudo para posar las manos sobre su cuerpo. Tan absorta estaba, que no me acordé de un detalle de vital importancia hasta el último segundo.

—Vuelvo enseguida —dije, corriendo a mi alcoba, dispuesta a coger las esponjas.

Debido a la excitación y la intensidad del momento había estado a punto de cometer una estupidez.

—Pero ¿qué...? —masculló, sin poder atraparme.

Entré frenética en mi vestidor y me ocupé de ponerme la protección. Entonces me di cuenta de otro terrible descuido y procedí a subsanarlo. Me desaté las horribles botas que aún llevaba y me prometí no volver a usarlas.

Ahora sí, desnuda por completo, regresé al dormitorio de mi marido. En esta ocasión caminé con más tranquilidad y cuando entré de nuevo en su alcoba, le ofrecí una excelente visión de mi anatomía. Lo encontré sentado en la cama, deshaciéndose él también de las botas. Alzó la vista y temblé ante lo que sus ojos expresaban.

—Déjame a mí —dije, mientras me arrodillaba ante él.

Me ocupé de su calzado y después le quité el pantalón despacio, disfrutando a medida que iba descubriendo su cuerpo. Vi la cicatriz en su muslo, que recorrí con un dedo, y después lo sorprendí cuando me incliné para besarla.

No me quedé en ese punto. Con los labios fui resiguiendo poco a poco su piel y noté cómo respiraba cada vez con más fuerza. Habíamos modificado el escenario,

pero no la intensidad; más bien todo lo contrario. La escena de dominación, en el momento en que me subía en brazos a la habitación, había logrado ponerme aún más caliente.

—Ornela... —jadeó y puso ambas manos en mi cabeza, enredando los dedos en mi pelo.

Noté cómo se contenía y quise gritarle que si me tiraba con fuerza del pelo no me importaba. Esa dosis justa de agresividad de la que a veces hacía gala siempre iba directa a mi sexo.

Pasé por alto su súplica y continué, de rodillas entre sus piernas, aunque mi osadía no duró mucho. Me inmovilizó tirándome un poco del pelo, pues intuía adónde quería llegar con mi boca.

—Hummm —ronroneé, arqueándome cual gata mimosa, dispuesta a continuar con mi postre. Me relamí los labios para que no le quedara duda de mis intenciones.

Sentí su mirada. Sin duda, aquella postura tan sensual mía, con el trasero expuesto, mi melena cayendo y mi expresión de deseo incentivaba su excitación; sin embargo, me desconcertó otra vez al decir:

—No. De momento prefiero algo diferente.

Me ayudó a incorporarme y me instó a subir a la cama. Me acosté de lado y esperé a ver qué tenía en mente para mí.

Stephan se colocó junto a mí y no pude evitar fijarme en su erección; no obstante, respeté sus deseos y no lo toqué. Aunque mis ganas de hacerlo no disminuyeran, le concedería unos minutos, pero no muchos.

Miró mis pechos, parcialmente cubiertos por mi pelo, y me lo apartó para tener una perspectiva completa. Me humedecí los labios y esperé. Esperé que me tocara de una maldita vez, porque pese a que su mirada prometía placer, yo lo necesitaba en ese mismo instante.

—Tócame —musité y él sonrió de medio lado.

—Voy a hacer mucho más que eso —respondió con arrogancia.

Una arrogancia que me hizo temblar de anticipación. Una arrogancia que, utilizada fuera del dormitorio, me enfadaría, pero que en el momento preciso funcionaba y elevaba mi temperatura.

Acercó una mano y, como si quisiera tantearme, comprobó la dureza de mis pezones. Su suavidad me desquiciaba. No entendía el motivo de que se mostrase tan cauto. Me dolían y era preciso que se ocupara de ellos a la menor brevedad posible.

—Más fuerte —exigí.

Arqueó una ceja, pero se dio cuenta de que iba en serio.

—Como desees —murmuró—. Túmbate.

Me acosté boca arriba y, nada más hacerlo, me vi recompensada. Stephan se inclinó y posó los labios sobre mi pecho, recorrió todo el contorno inferior con la lengua y, despacio, para mi desesperación, se fue acercando hasta el centro. Comenzó a succionar, causándome cierto dolor con los dientes, que aliviaba después con la

lengua.

Alternó el derecho y el izquierdo, cosa que conseguía desesperarme aún más. Puse las manos sobre su cabeza para mantenerlo en esa postura. Enredé las manos en su pelo y tiré con fuerza, a medida que su boca seguía ocupándose de mis senos.

—Stephan... Oh, Dios... —gemí sin ningún recato.

Con mis pezones sensibilizados al máximo, no era capaz de entender cómo podía aguantar él en aquel estado de permanente excitación. Mientras continuaba jugando y torturándome, metí la mano entre nuestros cuerpos y busqué su polla.

—He dicho que...

—Calla y déjame... —lo interrumpí.

Sin embargo, me superaba en fuerza y determinación, y se movió para impedir que lo tocara, deslizándose hacia abajo. Cuando sentí su respiración a la altura de mi estómago, tragué saliva.

—Deseo descubrir cada uno de tus secretos... —murmuró entre beso y beso.

—No necesito que te pongas filosófico —repliqué—. En estos momentos no quiero bonitas palabras...

—¿Prefieres que sea grosero? —preguntó con cierto aire burlón, justo antes de que con la punta de la lengua tanteara mi ombligo.

—Sí —contesté con un suspiro.

—¿Nada de versos románticos a la luz de la luna? —continuó en el mismo tono jocoso, sin dejar de jugar sobre mi piel.

—Ahórratelos —gruñí, separando las piernas—. Tienes la experiencia suficiente como para saber que ahora, precisamente ahora, solo deseo una cosa...

—Querida, contigo es imposible ser un caballero —bromeó, mientras bajaba un poco más—. Creía que a las damas os gustaban estos detalles.

—Dudo que seas un caballero...

—Y tú una dama.

Estaba a un paso, a escasa distancia de mi sexo, ¿y pretendía discutir conmigo?

—Maldita sea... —farfullé, cuando noté su risa.

—Está bien, ¿quieres la versión más vulgar, soez y barriobajera de un hombre?

—Por supuesto —respondí sin perder un segundo. Stephan arqueó una ceja y añadí, para que se quedara tranquilo o para que actuara de una vez—: Sin duda es la más divertida. Si busco educación y fría cortesía, ya tengo bastante con los bailes y las cenas.

Él me miró con picardía, creo que estaba al cien por cien de acuerdo conmigo, pero a saber por qué, optó por limitarse a sonreír.

A pesar de tener las piernas bien abiertas, sentí sus manos en la cara interna de mis muslos; me las separó al máximo. Se fue acercando y cerré los ojos cuando presionó mi clítoris.

Empezó a friccionarlo cada vez con mayor fuerza, de tal forma que mis gemidos pasaron de escandalosos a exageradamente escandalosos. Pero aún lo fueron más

cuando sustituyó el dedo por la boca.

Clavé los talones en la cama y elevé la pelvis. Abrí los brazos y arrugué las sábanas con las manos. Una forma de tener contacto con algo tangible, porque su lengua sabía muy bien cómo volverme loca.

No se trataba solo del placer físico que aquello entrañaba, sino también de la sensación de plenitud, de estar satisfecha incluso antes de que todas aquellas atenciones desembocaran en un orgasmo. No era la primera vez que me veía en una situación similar, pero daba la impresión de que mi cerebro hubiese borrado cualquier recuerdo anterior para que todo fuera más intenso.

—¿Esto es lo que querías? —preguntó, sin apenas apartarse de mi cuerpo—. ¿Mi boca recorriendo cada porción de tu sexo húmedo?

—Sí.

—¿Mi lengua saboreándote?

—Sí —respondí con sencillez, pues no había otra explicación.

—¿Mis dedos entrando y saliendo, provocándote placer? —continuó en un murmullo—. ¿Buscando cada sensible punto de tu interior?

Sus palabras en todo momento iban acompañadas de hechos. Sentía cómo me penetraba, cómo curvaba los dedos para rozar cada terminación nerviosa, logrando que cada vez mi respiración fuera más agitada y mis jadeos más profundos.

—Hummm... —musité con la garganta seca.

A ese paso iba a acabar con toda mi fuerza de voluntad y le suplicaría, de rodillas incluso, que me diera el toque de gracia. No me importó reconocerlo como tampoco admitir que lo haría si fuera necesario.

—Y aún queda el plato fuerte... —me provocó, con una voz tan ronca como evocadora y yo solo pude pensar en una cosa.

—¿Tu polla? —solté, sin avergonzarme por utilizar un término tan explícito como vulgar, pero en aquellos momentos no me iba a andar con zarandajas.

—¿Eso deseas? —inquirió, quizá sorprendido por mi lenguaje, aunque tampoco dio muestras de que le disgustara.

Me parecía extraño estar allí los dos, teniendo aquella conversación, cuando nos encontrábamos desnudos y excitados. Sin embargo, era una de las cosas que más me atraían de Stephan. Poseía la habilidad de mantenerme en un estado de máxima expectación y al mismo tiempo me obligaba a estar al quite de sus arremetidas verbales. Desde luego, era una forma interesante de practicar sexo.

—¿Me lo darás? —respondí con otra pregunta entre jadeos.

—Faltaría más —dijo complaciente, aunque después añadió—: Te follaré hasta que no puedas más.

Me asusté, me excité aún más y, por supuesto, deseé que cumpliera su promesa en el menor tiempo posible. Que utilizara términos tan vulgares contribuyó bastante a calentar un ambiente ya de por sí caldeado.

Sin embargo, a pesar de lo que yo esperaba, permaneció sobre mi sexo,

lamiéndome con una precisión y maestría que me volvió loca. Sí, aquello me hacía gemir, me mantenía en un punto de no retorno, pero distaba de ser lo que yo tanto anhelaba. Comencé a arquearme, restregándome sin pudor contra su boca. Stephan en ningún momento se apartó ni corrigió mis movimientos. Me otorgó el poder de expresar mis necesidades y de saber canalizarlas.

Y eso me hizo sentir libre como nunca. Supo concederme la libertad necesaria para que yo me dejara ir sin ningún tipo de restricciones.

Acabé desmadejada, laxa y satisfecha, muy satisfecha; cerré los ojos y me quede tendida sobre la cama, sin preocuparme lo más mínimo de él.

Noté cómo se movía, pero no me molesté en mirar qué hacía. Me daba igual. Yo quería recrearme en mi placer, percibir cómo se iba desvaneciendo la sensación de euforia para dar paso a otra de absoluta relajación.

—Egoísta... —dijo Stephan antes de darme un mordisco en el muslo, que, debido a mi estado casi de levitación, no hice caso, por lo que procedió a repetirlo.

—Hummm... —ronroneé, esbozando una pícaro sonrisa.

—¿Así me devuelves el favor?

Tardé en responder. Me gustaba tenerlo pendiente de mí y, de paso, organizaba mis pensamientos para darle una respuesta a la altura de las circunstancias. Una que me permitiera dar muestras de mi ingenio y que al mismo tiempo lo dejara contento.

—No creo que pueda superar algo así —repliqué con absoluta sinceridad.

Me pareció justo reconocer sus esfuerzos. Mi cuerpo bien lo sabía.

—Vaya... por fin un gesto de humildad en mi querida esposa.

Stephan se acomodó a mi lado y, he de admitirlo, su paciencia era admirable, teniendo en cuenta su nada despreciable erección.

—Quizá no me conoces tan bien como crees —murmuré, pero no en tono suspicaz, sino como un simple apunte.

—Puede que tengas razón —convino y sonreí ante sus palabras.

Inspiré profundamente y abrí los ojos. Me encontré con los suyos, que parecían atentos a cualquier reacción de mi cuerpo. No pude evitarlo, alcé una mano y le acaricié la mejilla.

Creo que ese fue el instante en que las cosas empezaron a cambiar.

—Bésame —exigí y Stephan, obediente, lo hizo.

Me entregué como no recordaba haberlo hecho antes. Lo atraje hacia mí y sentí el peso de su cuerpo amoldándose al mío. Gimió, entregado a mí como yo lo estaba a él, y no esperé más. Yo misma agarré su erección y la coloqué de manera que, con un suave impulso, entrara en mí.

—Ornela... —jadeó en mis labios y yo, encantada, saqué la lengua y humedecí los suyos.

No quería limitarme a lo básico, quería darle algo especial.

—Déjame complacerte —dije, poniendo las manos en sus hombros—, déjame sorprenderte...

Stephan, apoyándose en los brazos, se separó y me miró.

—Ya lo haces.

Si no lo sabía antes, ahora ya no me quedaba ninguna duda: Me había enamorado de Stephan.

Le ofrecí a Stephan una noche inolvidable. Fui exigente, perversa e implacable con él. Merecía que me ocupara de satisfacerlo y para ello debía tomar las riendas de la situación, pese a saber que contaría con su oposición inicial.

Pero me mantuve firme y no dudé en amenazarlo para lograr mis deseos, que, casualidades de la vida, coincidían con los suyos.

Stephan se dio cuenta de que someterse a mis exigencias le reportaría una noche especial, inolvidable. Comencé recostándolo en la cama y dándole un suave masaje como adelanto de lo que estaba por llegar.

—Quieto —ordené cuando hizo amago de incorporarse.

Puede que no se fiara de mis intenciones, yo tampoco lo hubiera hecho, pero llegué a la conclusión de que Stephan, como cualquier hombre, ante la mezcla de sexo y peligro no se podía resistir.

Le hice suplicar, lo cual me proporcionó un placer extra ya que verlo así, tan entregado a mí, me confirmó una vez más lo que tanto me había costado admitir.

Enamorarme de Stephan no había entrado en mis planes iniciales.

Y, ahora que ya no había vuelta atrás, me sentía eufórica pues, al contrario de lo que en su día pensé, sentirse enamorada no era ninguna desgracia.

Lo tuve a mi merced, mientras con mi boca exploraba todo su cuerpo. Temblé cada vez que levantaba la vista y me encontraba con sus ojos. Ninguno de los dos fue capaz de expresarlo con palabras pero me sentí querida. En su mirada no quedaba ni rastro de rencor.

Una y otra vez lo oí suplicar incluso protestar, ante mis maquiavélicas caricias, todas pensadas para desquiciarlo pero al mismo tiempo procurarle la máxima excitación.

Puede que de nuevo mis sentimientos, ahora confirmados, hacia él me estuvieran jugando una mala pasada pero quería creerlo, deseaba creerlo mientras lo acariciaba por todas partes.

Cada vez que pronunciaba mi nombre en medio de sus jadeos, me sentía más poderosa. Ser capaz de satisfacer a un hombre puede lograrse con esfuerzo y técnica, pero que al mismo tiempo que su cuerpo experimentaba cada uno de mis toques su voz, su cara, sus gestos reflejaran una conexión única... No eso era sin lugar a dudas lo más difícil de todo.

Yo mandaba y él obedecía aun adoptando posturas que *a priori* podían parecer lo contrario.

Lo tuve entre mis pechos, acostada boca arriba y con él a horcajadas sobre mí apretándome los senos, dejando que mi suave piel le proporcionara la fricción adecuada. No vacilé en separar los labios y permitir que me follara la boca. Pero todo con un componente perverso, pues cuando presentía que estaba cerca de correrse me apartaba y sonreía, incluso lo azotaba en el trasero, prometiéndole sin pronunciar

palabra que aquello no era sino una justa venganza y que cuando yo quisiera, solo entonces, podría alcanzar el clímax que tanto ansiaba.

Stephan, lejos de enfadarse, supo aceptar el juego. Y la recompensa valió la pena.

No sé cuándo caímos rendidos, pero sí recuerdo que no dormimos de un tirón. Debería haber sido así, pero lo cierto era que no queríamos perder ni un minuto y, tras descansar lo imprescindible, uno de los dos volvía a activarse.

No me importó ni lo más mínimo que me avasallara, literalmente. Tampoco puse objeciones a todas y cada una de sus demandas. Supongo que poco antes del amanecer el sueño terminó por vencernos.

Cuando me desperté, por la luz que se filtraba a través de las cortinas, deduje que al menos debía de ser mediodía. Me di la vuelta en la cama y, apoyada en un codo, observé a Stephan dormir. Relajado, con los labios un poco separados y un aspecto adorable y descuidado. Me entraron ganas de comérmelo de arriba abajo. Que estuviera desnudo también influyó bastante. Me contuve y permití que continuara descansando.

Bostecé, no por aburrimiento, no podría aburrirme con semejante visión, sino por la falta de sueño, y pensé que ojalá todas mis noches de desvelo fueran por ese motivo.

Mientras lo miraba embobada, me sentí un poco tonta. En teoría, ver a un hombre desnudo ya no era ningún misterio para mí; sin embargo, algo me decía que con él ese pequeño detalle también supondría una diferencia.

Estiré el brazo con intención de acariciarlo, pero me arrepentí en el último segundo. Gemí bajito, al tener que reprimir mis deseos, y me incorporé con la idea de ir al excusado. No pude hacerlo, ya que nada más mover un pie, sentí su mano aferrándose la muñeca y tirando de mí para que me quedara junto a él.

—¿Vas a dejarme solo por la mañana? —me preguntó con aire somnoliento, sin soltarme.

¿Tenía quizá miedo de que lo abandonase?

¿Pensaba, debido a nuestro pasado, que la noche anterior solo había sido un paréntesis?

¿Cómo debíamos comportarnos tras lo sucedido?

No éramos una pareja de amantes al uso, más bien todo lo contrario, pues, como esposos, una vez cumplido mi cometido, debería regresar a mi alcoba hasta la próxima ocasión en que mi marido me reclamase, y no esperar absolutamente nada. Así que aquella pregunta contenía una carga de cinismo bastante elevada. No obstante, decidí pasarlo por alto. Eso sí, procuré no mostrarme sarcástica en exceso.

—¿No es lo que se acostumbra hacer? —repliqué.

Adoptó una pose reflexiva, algo bastante extraño en una situación como aquella, y entonces me di cuenta de que quizá le pasaba lo mismo que a mí, que gozaba poniendo a prueba su ingenio, añadiendo a todo aquel juego de la seducción un componente que con toda probabilidad no resultaba fácil de encontrar.

No iba a pensar en las amantes de mi marido, pues la lista debía de ser numerosa, pero haber compartido cama con otras mujeres le daba a Stephan la perspectiva necesaria para valorar en su justa medida lo que tenía delante.

—Depende de la dama y de sus habilidades, por supuesto —dijo sin soltarme y sin elevar la voz. Seguía pareciendo somnoliento.

—¿Deduzco entonces que estás satisfecho? —Cambié de postura, decidida a sacar ventaja de mi cuerpo. Me tumbé en la cama y dejé que sus ojos se ocuparan del resto.

—No del todo —murmuró y esbozó una sonrisa petulante de esas que daban ganas de borrar de golpe.

Lo miré, a la espera de que dejara los misterios para otro momento, pero Stephan se limitó a colocarse sobre mí, arrogante, decidido y excitado. Me levantó los brazos por encima de la cabeza, en una muestra más de su superioridad física.

—Aún puedes mejorarlo, Ornela... —añadió, antes de posar los labios en mi cuello y comenzar a besarme.

Nunca me habían excitado particularmente esas demostraciones de dominación, además de que los hombres pocas veces se daban cuenta de un hecho innegable: que un rodillazo de la mujer podía causarles serias lesiones. Por no mencionar que nunca llegarían a controlar la parte más importante de todas: la mente de su compañera.

Sin embargo, me gustó sentirme dominada, indefensa bajo su cuerpo y su fuerza, mientras me besaba el cuello y su piel se rozaba con la mía.

—Veo que aún quieres más... —murmuré encantada, al tiempo que lo rodeaba con las piernas, ya que continuaba inmovilizada y no podía utilizar las manos.

—Lo quiero todo...

Esas palabras me dejaron sin aliento, y él lo aprovechó para colocarme boca abajo y volver a aplastarme con su peso. Su boca recorrió mi espalda, al mismo tiempo que sus manos me tocaban los costados hasta detenerse en mi trasero. Una vez allí, me lo levantó dejándome expuesta. Palpó toda la superficie mientras yo comenzaba a gemir, enterrando la cara en la almohada.

Puede que mis lamentos quedaran ahogados, pero estaba segura de que Stephan los oía.

Cuando pasó un dedo por la separación de mis nalgas, me tensé. Repitió el gesto y giré la cabeza. Lo vi completamente abstraído mirando mi cuerpo, de rodillas detrás de mí.

—Prometedor... —musitó, mientras pasaba sin cesar la mano por mi retaguardia.

Mi inquietud fue en aumento; intuía a qué se refería, no era tan tonta como para no saberlo.

—No —aseveré.

—¿No? —inquirió con un deje burlón.

Sentí cómo presionaba con un dedo, sin llegar a penetrarme.

—No —confirmé.

Intenté incorporarme, pero Stephan me puso la mano en la parte baja de la espalda, obligándome a mantener la postura.

—De acuerdo, hoy no, pero... —Se inclinó y me besó la cintura—. Un día de estos suplicarás que me folle tu trasero.

Respiré, respiré y respiré, intentando asimilar aquello. Se mostraba tan seguro de sí mismo que hasta me hizo dudar de mis propias convicciones.

No me dio tiempo a recomponerme, pues de inmediato noté cómo se abría paso entre los labios de mi sexo con la punta de su pene, al tiempo que se impregnaba de mi humedad.

Gemí y me mordí el labio. Aliviada de que se decidiera por el método tradicional, pero al mismo tiempo nerviosa porque, probablemente, ahora que me había provocado, la curiosidad me mantendría inquieta, expectante y sobre todo dispuesta.

Mientras yo divagaba, Stephan me embestía sin descanso, clavando los dedos en mis caderas, pero al parecer no le parecía suficiente. Pasó la mano por toda mi columna vertebral hasta llegar a mi nuca. Sentí la presión cuando enredó la mano en mi melena y dio un primer tirón, forzándome a levantar la cabeza, pero no contento con ello, me mantuvo en esa postura impuesta mientras entraba y salía de mi cuerpo.

Me apoyé en las manos para aliviar el dolor que me causaban los constantes tirones, aunque enseguida dejaron de resultarme incómodos. La combinación de placer y dolor que experimentaba al mismo tiempo hicieron que me entregara con más fuerza. A cada envite yo respondía empujando hacia atrás.

—¿Más fuerte? —me preguntó con voz ronca.

—Sí —acerté a decir.

No tuve que insistir. Stephan impuso un ritmo frenético. Tanto que me costaba mantenerme en la posición. Las rodillas ya no me sostenían, pero él me tenía bien sujeta.

—¿Así? —insistió, sin variar un ápice la agresividad de sus embestidas.

Su pregunta carecía de sentido, pues daba igual lo que yo respondiese, su forma de follarme permanecía invariable.

—Sí —contesté, dispuesta a disfrutar de su versión más salvaje, que él tenía a bien mostrarme.

No recordaba haber disfrutado antes de un encuentro sexual tan brusco, tan animal, tan primitivo. Lo cierto era que me gustaba. Sentirme sometida, como si careciera de voz y voto. En sus manos por completo.

Estaba segura de que al día siguiente mis caderas lucirían unos moratones significativos, pero no me importaba. Miré por encima de mi hombro y me quedé sin respiración al verlo. Stephan, con los ojos entrecerrados, tenía una expresión dura, severa pero entregada. Parecía otro...

Cerré los ojos y dejé que me llevara a donde fuera. Me concentré en mi cuerpo, en las sensaciones que experimentaba, en el sonido de nuestras respiraciones agitadas, en el sudor que empapaba mi espalda, en el choque constante de su pelvis

contra mi culo y en la tensión, cada vez más insoportable, que acumulaba en mi interior.

—¡Oh, Dios! —exclamé, dejando caer la cabeza hacia abajo.

Un último toque, un último empujón y alcanzaría el orgasmo.

—Ornela —gruñó entre dientes.

Sentí un nuevo tirón de pelo, el definitivo. Aquella punzada de dolor hizo que estallara.

Jadeé en busca de aire que llevar a mis pulmones. Me desplomé y Stephan dio el último impulso antes de salir de mi interior. Con la cara apoyada en la arrugada sábana, vi cómo se agarraba la polla y se la meneaba dentro del puño, para terminar corriéndose y salpicándome el trasero y los muslos.

No le di mayor importancia. Estaba satisfecha, muy satisfecha, y si él había optado por eyacular sobre mi piel, no podía poner ninguna objeción, en especial después del orgasmo que me había brindado.

Oí su respiración acelerada y pensé que se ocuparía primero de sí mismo. Pero me sorprendió cuando, con una delicadeza inesperada, utilizó la sábana para limpiarme. Con mimo, poniendo especial cuidado. Muy diferente a la agresividad mostrada unos minutos antes.

En cuanto terminó, hizo que me diera la vuelta. Yo acostada mientras él permanecía sentado a mi lado, nos miramos.

Lo hicimos como si fuera la primera vez. Noté un nudo en la garganta. Me quedé quieta. Estaba desnuda, en más de un sentido, ante Stephan.

Me recorrió con la mirada como si de verdad fuera la primera vez, antes de volver a centrarse en mis ojos. Tragué saliva.

Se inclinó hacia mí y me dio un sencillo beso en el vientre.

Sonreí y estiré la mano para acariciarle la mejilla.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —inquirió.

Tuve que respirar para controlar mis emociones, las mismas que minuto a minuto intentaba mantener a raya; pero eran esos gestos, combinados con mis sentimientos, los que me hacían flaquear.

—Sí, hay algo que me encantaría.

Stephan arqueó una ceja. Quizá esperaba un suspiro y un «gracias», sin embargo, yo recordé una cosa muy especial.

—Si está en mi mano complacerte... —murmuró con tono provocador.

Con un dedo empezó a acariciarme el muslo y se me puso la carne de gallina. A ese paso iba a llorar antes del desayuno.

—No tienes más que pedírmelo... —apostilló.

Sonreí y me mordí el labio. Coquetear en la cama siempre aporta complicidad. Coquetear con un esposo, ¿qué implicaba?

En estos casos el juego de la seducción no era imprescindible; sin embargo, me di cuenta de que podía avivar o al menos hacer más llevadera nuestra relación.

—Tu bañera.

Nada más decirlo, dejó de acariciarme al instante.

—¿Cómo dices? —preguntó desconcertado.

Me eché a reír y ahora, ya más recuperada, me incorporé hasta quedar sentada. Le pasé una mano por la áspera mejilla y me acerqué hasta poder besarlo suavemente en los labios.

—Es un lujo al que no me puedo resistir —expliqué, sin perder el buen humor, mientras él seguía confuso.

—Ya veo... —contestó, haciendo una mueca—. De todo lo que puedo ofrecerte, vas y eliges ¿mi bañera?

Parecía dolido por mi elección, así que para no romper el buen clima creado entre ambos, volví a besarlo y decidí explicarle los motivos de una forma muy particular.

—Es sencillo de entender —comencé junto a sus labios—; tiene el tamaño justo para disfrutar del placer de sumergirse en agua, y me encantaría comprobar si, como me ha parecido desde el principio, tiene espacio para dos.

Stephan se levantó de inmediato y, sin ponerse nada encima, se acercó al cordón y tiró con energía. Apenas tres minutos más tarde, tuve que cubrirme con rapidez cuando apareció su ayuda de cámara.

Sonreí al oírlo dar, atropelladamente, las indicaciones para que le preparasen un baño.

Saltaba a la vista que estaba impaciente por comprobar mi teoría acerca de la capacidad de su bañera de cobre.

Utilizar el método empírico para saber si en la bañera de cobre cabríamos los dos fue un placer.

Stephan se ocupó de disponer todo lo necesario, incluido vociferar a dos lacayos para que el agua caliente estuviera lo antes posible. Después, haciendo gala de su generosidad, les dio medio día libre y cerró la puerta. Mientras me miraba como si fuera poco menos que un festín, echó sales en el agua, inundando el cuarto de baño de aromas increíbles.

Luego me tendió la mano, sin perder la sonrisa. Y, de manera galante, me concedió el honor de entrar primero.

Acepté con gesto provocador y esperé a que él se uniera a mí.

—Aquí hay sitio de sobra —murmuré, jugando con la espuma.

Stephan se quitó la bata con gesto impaciente y entró también en el agua. Se sentó frente a mí y, nada más hacerlo, me cogió un pie, me lo levantó y comenzó a masajearme. Apoyé la cabeza en la toalla doblada que me había puesto a modo de almohada y dejé que el agua caliente y las manos de mi marido me relajaran.

Pero cuando todo iba sobre ruedas, cuando mejor me encontraba, Stephan decidió cambiar de rumbo y empezó a hacerme cosquillas en la planta de los pies.

Y claro, yo no podía consentirlo, así que tuve que defenderme.

—Te vas a enterar —lo amenacé.

Y a partir de ahí se desató una batalla encarnizada.

Nos comportamos como dos niños pequeños, despreocupados; solo pensábamos en divertirnos. Y la verdad, me sentí feliz por primera vez en mucho tiempo. Puede que tras la noche pasada, mi percepción de la realidad fuera muy optimista, y por ello, cualquier gesto, por pequeño que fuera, me ponía eufórica.

Sin embargo, no era para menos.

Nunca imaginé que pudiéramos lograr un entendimiento así. Quizá reconocer en mi fuero interno mi condición de mujer enamorada ayudaba, y mucho, a que me sintiera así.

No tenía claros los sentimientos de Stephan, pues, al igual que yo, mantenía silencio al respecto, pero a juzgar por sus gestos, podía estar satisfecha.

En aquellos momentos no quería dejar entrar en mi ánimo nada que pudiera perturbar mi felicidad.

Sumergidos en el agua, tuve la oportunidad de ocuparme de su aseo personal. Y Stephan se mostró obediente mientras que yo, detrás de él, me dedicaba a lavarlo. No nos importó perder el tiempo y mucho menos que se nos enfriara el agua.

—Debo confesar... —dije, adoptando un tono confidencial, mientras le daba suaves pasadas con la esponja por la espalda—... que en tu ausencia... —me detuve; mencionar esa eventualidad podía suponer entrar en terreno peligroso—... he disfrutado en solitario... —lo besé en el hombro y me di cuenta de que continuaba

relajado—... de este placer —finalicé con un suspiro un tanto exagerado pero muy elocuente.

—Una imagen más para almacenar en mi imaginación.

Tenerlo así, con aquella complicidad, aceptando mis cuidados, representaba un gran avance. Pensé que ojalá aquello durase para siempre, pero al final el agua se enfrió demasiado y tuvimos que abandonar la bañera.

Envueltos en las toallas, pedimos el desayuno y, tras reponer fuerzas, no pude por menos de confesar mi excitación. Stephan arqueó una ceja, divertido ante mi estado, pero, palabras textuales, decidió aliviar en la medida de lo posible las necesidades de mi cuerpo.

Acabamos de nuevo sudorosos, entre sábanas arrugadas y sin preocuparnos de la hora.

El resto de la jornada, una vez que decidimos abandonar nuestro refugio, lo pasamos juntos. Cuando bajamos al comedor, ninguno de los criados se inmutó por vernos aparecer en compañía del otro. La única que nos miró, y con una sonrisa mal disimulada en los labios, fue Camille.

Por supuesto, se mantuvo callada, aunque saltaba a la vista que se moría por aplaudir.

Y los días que siguieron fueron muy similares. Cuando Stephan se ocupaba de sus obligaciones, eran los únicos momentos del día en que nos separábamos. Eso me permitía pensar en cómo había cambiado mi vida en tan poco tiempo.

Mientras lo esperaba, daba paseos si el tiempo lo permitía, en algunas ocasiones en compañía de Camille.

Mis conversaciones con ella se mantenían dentro de un campo seguro y de lo cotidiano. Comentábamos los pormenores domésticos y, por supuesto, yo soportaba estoicamente sus lecciones sobre lo que como mujer casada debería tener en cuenta. Nada nuevo, desde luego, y me extrañaba, pues estaba segura de que ella conocía nuestra nueva situación.

Yo, por mi parte, quería indagar, saber qué secretos compartía con mi marido, pero preguntar supondría tener que reconocer que los había espiado. Pensé que quizá ahora que estaba enterada de los cambios, Camille podía mostrarse más abierta y mencionar alguna cosa. Pero no fue así. Puede que fuera en contra de mis intereses, pero desde luego a leal no la ganaba nadie y eso, pese a no gustarme, era digno de admiración.

Pensé entrar en su refugio cuando ella no estuviera, y registrarlo hasta encontrar aquellos documentos a los que Stephan había hecho referencia, pero desistí, ya que podía sacar conclusiones equivocadas. No obstante, me propuse estar pendiente por si mi marido volvía a reunirse con ella, lo que sucedió dos noches después.

Stephan, con una educación sublime, se disculpó conmigo para ir a revisar unos documentos que había traído su administrador. Si bien era cierto que había recibido la visita mencionada, no era menos cierto que sus asuntos financieros no necesitaban

atención inmediata. Yo fingí creer la mentira y, con una sonrisa pícaro, le indiqué que me retiraba ya a mi alcoba.

Él lo interpretó tal como yo pretendía y se marchó confiando en que más tarde tendría un buen recibimiento. Ni que decir tiene que así sería, pero antes yo intentaría desenmarañar sus secretos. Claro que tenía derecho a guardar cosas para sí, no obstante, yo deseaba enterarme de lo que los dos se traían entre manos. Desde luego, si Stephan confiara en mí, todo resultaría más fácil.

—No tardes —susurré, poniendo todo el empeño en sonar provocadora.

—No lo haré.

Antes de salir, me acerqué a él y, como una esposa formal, me incliné para darle un beso en la mejilla. Un beso casto en apariencia, pero cargado de intenciones. Él me obsequió con una caricia por encima del escote y una media sonrisa.

Fingí marcharme a mi dormitorio y le dije al servicio que ya me ocuparía de desvestirme yo sola. Esperé, mirando por la ventana, un tiempo prudencial. Después busqué ropa de abrigo y, sin cometer de nuevo el error de salir por la puerta principal, me moví con sigilo por las dependencias del servicio. Crucé los dedos para que nadie me viera. Tuve suerte, pues por el camino solo me encontré con dos doncellas más preocupadas por hacer sus quehaceres que por fijarse en mí.

De todas formas, ¿quién iba a impedirme el paso?

Salí afuera y de nuevo me metí en la despensa, a la espera de que Camille y mi esposo compartieran sus secretos. No me sorprendió nada en absoluto el recibimiento que ella le brindó a Stephan y tampoco la sonrisa de afecto que este le devolvió.

—No pensé que vendría, capitán.

Él tardó en responder.

—Lo cierto es que no me siento orgulloso de ocultarle cosas a mi mujer.

—Debo decir que me alegro sinceramente de que por fin todo se vaya arreglando.

—No ha sido fácil, se lo aseguro.

Por cómo lo decía, estaba claro que aún albergaba dudas sobre mí o, mejor dicho, sobre mi lealtad. Lo comprendía, pero al mismo tiempo me dolía.

—En fin... —prosiguió él—, he venido para traer estos documentos. Los he leído por encima y necesito saber si son auténticos.

—Los revisaré.

—Espero que lo sean, no quiero correr riesgos.

—Lo sé. Conocí al señor Chavanel. Cuando vinimos a Inglaterra, Amandine me confió documentos importantes escritos de su puño y letra.

No me lo podía creer, ¿mi madre también estaba implicada?

—¿Por qué?

—La madre de Ornela temía, y con razón, que cayeran en manos indeseadas. El que ahora es su marido era la principal causa de preocupación. Si Beldford se apoderaba de ellos, podía utilizarlos en su contra.

—¿Y qué había en esos papeles?

—Principalmente apuntes y el diario personal del señor Chavanel. En él figuran nombres de personas con las que mantuvo tratos comerciales, no siempre legales, y que luego le dieron la espalda. También hay anotaciones sobre políticos que no eran todo lo honrados que aparentaban ser.

—Un tema delicado, desde luego.

—Amandine y yo pensamos que si queríamos librarnos de ser perseguidas en Francia y tener una oportunidad de empezar una nueva vida aquí, lo mejor sería ocultar esos documentos. Y lo mejor era que yo los custodiara, ya que nadie se fijaría en la sirvienta.

—Bien pensado, desde luego.

Yo, con la boca abierta por todo lo que escuchaba, intenté analizar cada palabra, pero nada tenía sentido.

¿Por qué se interesaba Stephan por los asuntos de mi padre?

—Necesito una lista de los nombres que el señor Chavanel consideraba contrabandistas. Quiero asegurarme de si Banks o su familia ya se dedicaban a esos menesteres antes de dar el siguiente paso.

¡Cielo santo! No me caí de culo porque, aparte de estar sentada y ser físicamente imposible, de haberlo hecho habría alertado de mi presencia.

—Siempre estuvieron en el punto de mira. De ahí su interés por acercarse a Ornela. Banks pensaba que ella podría proporcionarle acceso a los viejos contactos de su padre.

—Algo de eso sospeché... —masculló Stephan—, pero por lo visto pensó que de una manera u otra obtendría beneficio.

—Si le soy sincera, creo que Banks está realmente enamorado de Ornela. No hay más que leer sus cartas.

—Siga ocultándolas —contestó molesto—. Yo por mi parte ya he movido todos los hilos para que no pueda desembarcar en suelo inglés. Aunque me temo que en estos tiempos el soborno puede conseguir lo que quiera.

A cada palabra que oía mi estupefacción iba en aumento.

¿Jonathan me había utilizado debido a mi apellido?

Lo cierto era que tampoco debería sorprenderme, ya que cuando me pidió que lo acompañara a Francia fue sincero en ese aspecto. Yo intuía que su rápido éxito en los negocios, en tiempos de guerra, solo podía deberse a su habilidad para esquivar las leyes. Hecho que me traía sin cuidado o. Yo no era quién para juzgar. Lo que realmente me preocupó fue oír que Banks estaba enamorado de mí. Eso sin duda suponía un gran contratiempo, pero lo que ya terminó de dejarme perpleja fue el tono de Stephan, dispuesto a recurrir a todos sus contactos para mantenerlo apartado de mí.

¿Era esa la reacción típica de un marido celoso o la de un marido enamorado?

¿Jonathan había intentado ponerse en contacto conmigo?

Maldita fuera, a partir de entonces me encargaría personalmente de recoger el

correo. Ya vería el modo de hacerlo sin levantar sospechas.

Aunque... ¿en realidad me interesaba saber qué había sido de mi amante?

Desde luego, su aparición en aquellos momentos sería de lo más inoportuna, pues mi matrimonio empezaba a funcionar. Puede que Stephan no estuviera siendo todo lo sincero que se esperaba de un esposo, pero ¿acaso alguno lo era? ¿No eran siempre ellos quienes decidían sin consultar?

Por lo tanto, el mío, como todo hombre casado, se comportaba según los cánones establecidos. Otra cosa muy diferente era que yo aceptara aquella situación como la esposa sumisa que distaba mucho de ser.

Aun así, tenía que averiguar qué pretendía Jonathan al escribirme. Aunque simplemente fuera por curiosidad. Ni que decir tiene que bajo ningún concepto mi interés podría llegar a oídos de Stephan.

—Capitán, sé que siempre insisto en el mismo asunto, pero... por favor, sea paciente con Ornela. Tarde o temprano ella aceptará la realidad.

—No estoy tan seguro... —masculló.

Me conocía bien, desde luego.

—Es difícil, lo sé.

—Aún no sé nada, pero pronto recibiré noticias de mi coronel informándome de cuándo debo reincorporarme. ¿Cómo se lo tomará?

—Mal —confirmó Camille—, pero Ornela ha de entenderlo y me temo que es tarea suya hacérselo comprender.

—No sé cómo, la verdad. Para ello tendría que ser sincero, hablarle de mis obligaciones y de lo que estas implican y no creo que ninguna mujer lo aceptara.

—Ornela no es como todas. Es inteligente.

Con esas últimas palabras, Stephan abandonó la casa, y yo esperé apenas unos minutos para escabullirme. Como me era imposible llegar antes que él a mi cuarto, opté por ser yo quien lo sorprendiera. De nuevo atravesando las dependencias del servicio, llegué a la biblioteca. Antes de entrar, tiré del cordón para que se presentara una doncella.

—Avisa por favor al señor y dile que lo espero en la biblioteca.

Cerré la puerta y me desnudé. Con un libro cualquiera en las manos, me puse cómoda en uno de los sillones y esperé a que le llevaran mi recado a Stephan.

Enero llegaba a su fin.

Tan absorbida estaba por mi matrimonio y por los días con sus respectivas noches, que no me preocupé de nada más. La temporada arrancaba y yo aún no había encargado mi nuevo vestuario. Una cuestión muy frívola, desde luego, pero importante.

Aunque la cuestión que más desatendida tenía era sin duda la situación de mi mejor amigo. Estando mi marido en casa, Charles no se acercaba a visitarme; sin embargo, yo le echaba de menos, así que, preocupada por su estado, le mandé recado.

Lo hice sin consultar con Stephan. En este asunto él podía pensar lo que considerase oportuno, pero yo no iba a consentir que rompiera una amistad de tantos años.

Esperé impaciente una respuesta y tardó casi dos días en llegar. Una nota escrita de forma apresurada por la tía de Charles, en la que se me indicaba «con amabilidad» que no era necesaria mi presencia y que respetase la intimidad de la familia.

Traducción, Charles estaba rodeado de buitres y, tanto si era necesario como si no, iba a contar con mi apoyo.

Ordené que preparasen un carruaje y me vestí con un atuendo de lo más decente, pues no quería dar a esas hienas el placer de despellejarme.

—¿Qué pretendes? —preguntó Camille, deteniéndome en la entrada.

—Estar junto a un amigo que me necesita —respondí impaciente.

—No puedes ir. Allí no te quieren, Ornela.

—Está Charles y con eso me vale —argumenté tensa.

—Compréndelo, por favor. Lo quiero como a un hijo y bien sabe Dios que siento lo que injustamente está pasando, pero así solo conseguirás hacerle daño.

Negué con la cabeza. Mis lágrimas estaban a punto de derramarse.

—Voy a ir. Con o sin tu aprobación —aseveré.

—¡Ornela!

Las dos nos volvimos al oír la voz severa y cortante de Stephan. Por lo visto, había oído nuestra discusión y allí estaba, descuidado de una forma deliciosa dispuesto a olvidarse sin dudarlo de sus responsabilidades. No obstante, Charles merecía mi apoyo y no pasaba nada por posponer un ardiente encuentro con mi esposo.

—Ni tú ni nadie me lo vais a impedir —exclamé dolida, sintiéndome incomprendida por los dos y señalándolos por si intentaban detenerme.

—No puedes ir sola —dijo Stephan.

—Ponme a prueba —lo desafié.

—Yo te acompañaré.

Me dejó boquiabierta. Sin esperar a que replicara, dio media vuelta. Respiré y miré a Camille, que aún seguía frente a la puerta, interponiéndose en mi camino.

Apenas unos minutos más tarde, reapareció Stephan, perfectamente ataviado, dispuesto a ejercer de marido y a acompañarme como si de una reunión social se tratara.

A pesar de ir sentados juntos en el coche, no nos dirigimos la palabra. No estábamos enfadados, pero no teníamos nada que decirnos, al menos en mi caso. Lo cual resultaba triste.

La situación en sí no era para estar contento; sin embargo, tenerlo a mi lado y poder apoyarme en él hubiera sido un buen bálsamo en aquellos instantes, pero la realidad era bien distinta: Stephan solo me acompañaba por guardar las apariencias y porque estaba celoso de lo que yo pudiera hacer con Charles.

Su compasión por este era fingida, lo cual me enervaba, habría preferido acudir en solitario. Desde luego, tanta hipocresía no podía ser buena. No al menos en momentos como aquel, cuando lo que realmente debía tenerse en cuenta eran los sentimientos de Charles.

Al llegar a la residencia del conde de Seldon nadie nos esperaba, no obstante, respetaron las normas de etiqueta y nos dejaron entrar.

—Tranquila —murmuró Stephan a mi lado, en cuanto se percató de la hostilidad reinante.

Nadie como aquella familia para crear un ambiente lúgubre, fuera o no necesario.

Llevábamos más de media hora sentados a la espera de que nos atendieran, cuando, harta, me puse en pie y salí de allí, decidida a encontrar a mi amigo.

Conocía la distribución de la casa y subí al piso de arriba. Stephan, desconcertado, me siguió, o más bien intentó detenerme, pero mi determinación era mucho más fuerte.

Llegué hasta los aposentos del conde, donde se encontraba toda la familia y los allegados reunidos, a la espera del trágico final. Obvié a todos los presentes, que me miraron como si fuera el demonio, y busqué a Charles con la mirada.

Lo vi sentado, con la cabeza baja, y me acerqué a él. Sin importarme nada, me agaché y le levanté la cara.

—Ornela... —murmuró sorprendido al verme.

Tenía un aspecto deplorable, debía de llevar varios días sin cambiarse y, desde luego, sin dormir, como atestiguaban sus ojeras.

—Oh, Charles... —exclamé en voz baja, conmovida por su sufrimiento.

—Has venido...

Le acaricié la mejilla con la mano desnuda, un error imperdonable según todos los presentes, pero me importaba poco menos que nada; él, en respuesta, puso la mano sobre la mía e inclinó la cabeza, sin duda agradecido por mi gesto.

—Por supuesto que he venido. ¿Cómo estás? —pregunté en voz baja.

Su familia debía de estar rabiando por la intimidad de nuestra conversación y lo más probable era que ya hubieran sacado conclusiones erróneas. No obstante, no podía ni quería dejar que aquel trance lo pasara a solas. Únicamente yo sabía lo que

significaba en realidad para Charles todo aquello, porque lo más seguro fuera que su familia nunca se hubiera molestado en conocerlo.

Él intentó responderme, pero se le atascaban las palabras en la garganta, así que tomé el mando de la situación.

—Necesitas comer, cambiarte de ropa y, por supuesto, un baño —dije decidida.

Me incorporé y, sin miramientos, tiré de él para ponerlo en pie.

—¡Señora Gardner-Taylor! —gritó la tía de Charles con su voz estridente—. ¿Cómo se atreve?

Me volví e intercambié una mirada con Stephan. Allí estaba, de pie, como un caballero, cruzado de brazos y contemplando la escena con aparente quietud, aunque yo sabía que hervía por dentro.

—Cállese —le espeté furiosa, rompiendo la más elemental norma de comportamiento.

—Ornela, por favor —intervino Stephan con los dientes apretados.

Se acercó a mí e intentó sujetarme. Yo, por supuesto, me aparté de él para concentrarme en Charles.

—Vamos, salgamos de aquí.

—¡Desvergonzada!

Charles, ajeno a los insultos de su tía dirigidos a mí, y a todo lo que lo rodeaba en general, me siguió como un corderito.

—Haz el favor de comportarte —me dijo mi marido muy tenso.

—Déjame en paz —repliqué, mirándolo con odio.

Mi amigo pareció reaccionar y miró a Stephan para después dirigirse a mí.

—Ornela, haz caso a tu esposo —murmuró avergonzado y después volvió a mirar a Stephan—. Lo siento, capitán, siempre ha sido impetuosa —añadió con el máximo respeto.

Yo me quedé atónita cuando Stephan aceptó, con un leve gesto, las palabras de disculpa. Por lo visto, entre ellos había surgido algún tipo de entendimiento silencioso.

—Necesitas alimentarte —insistí yo, pasando por alto la evidente intención de ambos de dejarme fuera.

Por Dios, ¿es que los hombres siempre tenían que demostrar su superioridad en cualquier situación?

A Charles no le dio tiempo a responder, pues en ese instante el cirujano que atendía a su padre salió de la habitación y preguntó por él. Me miró y yo intenté contener las lágrimas para no ponérselo más difícil.

Me quedé allí de pie, rodeada de un ambiente hostil. Solo contaba con un apoyo y no era todo lo estable que desearía. Stephan mantenía una actitud seria, respetable pero tensa.

No me acerqué a él, como se esperaba, sino que me limité a sentarme donde antes estaba Charles y a aguantar las miradas asesinas de su familia. No era ningún secreto

que siempre me habían considerado una advenediza. No se molestaban en disimular que mi origen francés les molestaba, así como mi falta de linaje. Habían hecho lo indecible por separarme de Charles y creo que respiraron tranquilos cuando anuncié mi compromiso, pero aun así continuaban mostrándome su desprecio y antipatía.

Una de las criadas se acercó con una taza de té. Sonreí a la chica. Yo aborrecía ese brebaje, pero ella solo intentaba ser amable. No iba a pagar con el servicio el desprecio de sus amos.

Intenté no mirar a Stephan, que era mejor recibido que yo. Supongo que ofender a un capitán en esos tiempos no se consideraba muy patriótico. Sin embargo, de vez en cuando, mientras esperábamos el final, intercambié alguna que otra mirada con él.

Seguía con su actitud severa, pero ¿acaso esperaba que fuera corriendo a refugiarme en sus brazos, cuando se había mostrado tan contrario a mi relación amistosa con Charles?

Soporté de igual modo las miradas asesinas de la tía de Charles. Desde luego, si yo estuviera en el pellejo de mi amigo, lo primero que haría sería mandarla bien lejos. Una mujer así, viuda y sin hijos, solo podía hacerle daño a un hombre tan dado a la melancolía como era él.

La espera se nos hizo eterna, pero aguanté estoicamente. No regresaría a casa hasta asegurarme de que el nuevo conde de Seldon se encontraba bien.

Nos sirvieron un pequeño tentempié, que yo rechacé, pero que algunos de los presentes devoraron como si llevaran días sin probar bocado. Pensé, y no andaba muy descaminada, que aquellas personas solo estaban aguardando a que se produjera la noticia esperada y así saltar como hienas sobre el pobre Charles, que, sin duda abrumado por su nueva situación, no sabría decir que no a nada.

Pues no contaban conmigo, que de ninguna manera permitiría que tal circunstancia se hiciera realidad.

—El conde ha muerto —anunció el médico, saliendo de la alcoba con cara abatida.

—Dios lo tenga en su gloria —murmuró alguien y después oí el coro de lamentaciones, así como a las plañideras entrar en acción.

Teniendo en cuenta que el ya difunto conde había sido uno de los mayores déspotas de la historia, me parecía una nueva muestra de hipocresía difícil de tolerar, pero me mordí la lengua. No era el momento.

Al poco apareció Charles, alicaído, con los ojos vidriosos. De nuevo actué por impulso y me acerqué a él antes de que empezara el rosario de pésames. Lo abracé y él se dejó caer sobre mí como un niño pequeño.

Muchos consideraban que un hombre jamás debería llorar, y menos en público, pero yo siempre había pensado que eso era una estupidez. Nos mantuvimos así, abrazados, ajenos a las miradas que condenaban nuestra amistad.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se lamentó en voz baja.

—Charles, olvídate de eso, piensa solo en ti. Debes cuidarte.

—Nunca quise que llegara este momento...

—No te preocupes, yo estaré a tu lado. Puedes contar conmigo para lo que quieras. No voy a dejarte solo.

—Ornela... —se lamentó una vez más, sin soltarme.

Yo lo peiné con los dedos sin separarme de él y esperé a que se calmara. Cuando lo hizo, dio un paso atrás y en ese momento fue consciente de dónde estábamos. Se secó los ojos, sin duda abochornado por haber mostrado su debilidad delante de todos.

—Sé fuerte —susurré, levantando la barbilla.

Aquella panda de desalmados a mí no me intimidarían. Si tenía que soportar su ira e incomprensión para minimizar el daño y que Charles se sintiera mejor, no lo dudaría ni un segundo.

—Me gustaría estar solo —murmuró él finalmente, aunque por su tono de voz no logró imponer sus deseos.

Los miró a todos y se dio cuenta de que no se lo tomaban en serio.

—Fuera —dije yo, señalando la puerta—. ¡He dicho que fuera! —les grité.

Charles me apoyó y, a regañadientes, todos obedecieron.

—No sé qué haría sin ti —murmuró aliviado.

—Ahora, querido... —lo cogí del brazo—, vas a ocuparte de ti. —Tiré de él hacia fuera, dispuesta a llevarlo a su dormitorio para que descansara, previo paso por el aseo.

—Gracias —susurró y entonces se dio cuenta de que alguien nos miraba—. Capitán, gracias también a usted por permitirle venir.

Charles le tendió la mano a Stephan y mi marido le devolvió el gesto.

—De nada —respondió—. Sé lo mucho que Ornela lo aprecia. —Me dirigió una mirada fugaz. Parpadeé, pues esperaba que estuviera enfadado; sin embargo, parecía aceptar la situación—. Y extendiendo su ofrecimiento, puede contar conmigo para lo que precise.

Yo no sabía muy bien a qué se debía aquel entendimiento. Tragué saliva emocionada y, sobre todo, contenta de que ellos dos no hubiesen entablado ningún tipo de rivalidad silenciosa.

—Ornela, mi querida Ornela... —Charles me besó la mano—. Ahora ve con tu marido. Yo estaré bien, de verdad.

—¿Me avisarás si necesitas cualquier cosa?

—Sí y también te diré cuándo será el funeral.

—Allí estaremos —aseveró Stephan, colocándose a mi lado.

—Descansa, por favor —murmuré, y le acaricié la mejilla antes de salir de aquella habitación.

Cuando nos montamos en el carruaje, miré de reojo a mi esposo esperando su crítica a mi comportamiento, pero esta no llegó.

—Ven aquí —me dijo en voz baja, ofreciéndome su hombro.

Me acomodé sobre su pecho y cerré los ojos, agradecida de tenerlo.

—Gracias —musité—. Gracias por entenderlo.

—Hoy he podido comprobar hasta qué punto ese hombre es importante para ti y viceversa.

—¿No estás celoso? —pregunté en voz baja, mientras sentía los latidos de su corazón.

—No —respondió.

—Charles nunca ambicionó el título —suspiré—, siempre quiso llevar una vida tranquila, relajada, lejos de todo lo que lleva aparejado ser conde. No tiene carácter, no al menos el necesario para imponer sus deseos. Me temo que con ese hatajo de buitres a su alrededor... —negué con la cabeza y sentí la mano reconfortante de Stephan en mi espalda, mientras me acercaba más a su cuerpo—... no va a resultarle fácil.

—Tendrá que aprender a vivir con ello —contestó.

Yo levanté la cabeza y lo miré. Cielo santo, se podía estar enamorada, pero en mi caso mucho me temía que iba a ser algo aún más intenso que eso.

No era el momento más idóneo, ni el lugar más apropiado, pero sentí unas enormes ganas de besarlo.

—¿Qué ocurre? —inquirió, bajando la vista y fijándose en mi extraña expresión.

—Nada... Solo... me preguntaba si...

—¿Sí?

—Si podrías besarme.

Stephan se volvió, sin duda interesado en mi propuesta. Yo me acerqué más a él y me deshice de los guantes para poder acariciarle la mejilla, a la espera de que se mostrase algo más que interesado en mi petición.

Al parecer, le costaba decidirse, por lo que maniobré hasta poder acercar los labios a su cara. Primero lo besé en la mejilla y él por fin reaccionó. Se apartó lo suficiente para mirarme fijamente, después me agarró con violencia de la nuca y buscó mis labios con ímpetu. No hubo tanteos ni aproximaciones. Fue directo, desesperado; como yo necesitaba.

La agresividad inicial fue dando paso a una necesidad apremiante. Gemí en su boca y tardé bien poco en colocarme a horcajadas sobre él para poder sentirlo por completo.

—Ornela... —jadeó, enterrando la cara en mi cuello, mientras intentaba apartar la ropa para poder tocarme.

Noté cómo sus manos enguantadas se metían debajo de mi falda y la sensación del cuero frío sobre mis muslos disparó mi excitación. Me restregué sobre él sin reservas y lamenté que las faldas de mi vestido fueran un obstáculo, al igual que mi ropa interior.

Stephan debió de pensar lo mismo, pues oí el ruido de la tela al rasgarse. Me había roto los calzones y yo solo podía estar agradecida por ello. Empezó acariciarme

el vello púbico y yo a besarle a él, a morderle el cuello, la barbilla... Desesperada por completo, me moví con más desenfreno, hasta que él decidió darme lo que necesitaba.

—Sí... —suspiré, cuando por fin sentí sus dedos enguantados entrando en mi sexo.

Me balanceé sobre su mano, disfrutando de la estimulación que me proporcionaba. Intensa, morbosa al saber que seguía con el guante puesto. La textura del cuero en contacto con la parte más sensible de mi cuerpo me ofrecía unas sensaciones indescriptibles.

No contento con tener dos dedos dentro de mí, decidió que aún podía conseguir que aquello fuera más apasionado. Me sobresalté cuando percibí que deslizaba un dedo, posiblemente el meñique, hacia atrás hasta rozar mi ano.

—No... —murmuré apartándome.

—Lo necesitas, quieres correrte, quieres explotar y no tenemos tiempo —me contradijo.

Me sujetó sobre su cuerpo y no me dio tiempo a reaccionar, pues insertó ese dedo donde yo nunca hubiera esperado.

Grité con fuerza y acabé mordiéndolo en el cuello. Nunca pensé que fuera así. Ayudados por el traqueteo del carruaje, sus dedos tocaban mil y una terminaciones nerviosas, conduciéndome sin remisión a un clímax deseado, muy deseado.

—Vamos, córrete; estamos cerca de casa —prosiguió él, sin dejar de penetrarme por ambos lados.

—Stephan...

—Me excita como no puedes hacerte una idea cuando te oigo pronunciar mi nombre a punto de correrte. Venga, hazlo sobre mi mano...

—Dios... —gemí sin poder evitarlo.

Me balanceaba como una posesa sobre él, al tiempo que le clavaba las uñas en los hombros. Me hubiera gustado estar desnuda, sin una sola barrera textil entre ambos y que mis dedos dejaran marcas en su piel, tan intensas como lo estaba siendo aquel interludio.

—Estás al límite —me animó con voz ronca.

Metí una mano entre nuestros cuerpos y palpé por encima de su ropa aquella erección que inexplicablemente seguía confinada.

Gruñó en mi boca y absorbí cada gemido, consciente de lo que yo experimentaba. Arqueé el cuerpo y sentí mi orgasmo. Toda la tensión, no solo física, estalló liberándome y concediéndome la sensación de relajación que tanto ansiaba.

Stephan continuó acariciándome entre las piernas unos instantes más, prorrogando aquellas intensas sensaciones. Yo solo puede acurrucarme como una niña pequeña en su regazo.

Con la ropa interior hecha trizas pero satisfecha, llegamos a nuestra casa.

Le pedí que nos encerráramos en el dormitorio, pero Stephan se empeñó, mejor

dicho, me obligó, a cenar junto a él y de nuevo supervisó que me acabara todo lo que me sirvieron. Por mucho que intenté convencerlo de que no tenía hambre, él se obstinó hasta que di buena cuenta de la cena. Después, para mi alivio, accedió a acompañarme a la alcoba.

Stephan me dio el tiempo justo para prepararme. Creo que él no podía imaginar qué significaba con exactitud «prepararme». Supongo que, llevado por lo que se podría denominar lógica suposición, pensaba que yo, como mujer, precisaba unos momentos a solas.

Una vez lista, decidí adelantarme a sus deseos y atravesé la puerta que comunicaba nuestros dormitorios. Solo llevaba encima una bata tan liviana que prácticamente se adivinaba toda mi figura al situarme junto al fuego.

Un efecto muy conveniente del cual era consciente, y que aprovecharía en mi favor llegado el momento. Pero a medida que avanzaba, me di cuenta de que aquella noche no era oportuno jugar con las cartas marcadas. Durante la jornada, Stephan me había demostrado un apoyo incondicional y no debía traducirse en muestras interesadas.

Lo encontré en su cuarto, sentado en un cómodo butacón, con las piernas estiradas reposando sobre un escabel. Solo llevaba puestos los calzones, lo que me permitió deleitarme con la visión de su torso desnudo. Aún tenía el pelo húmedo y, cuando entré en su campo de visión, me sonrió de medio lado, invitándome a que me acercara mucho más.

Podía sentarme en el sillón de enfrente, pero no me apetecía una reunión formal y distante.

—Toma. —Me entregó su copa y yo la acepté—. Sé lo mucho que te gusta el licor.

—A veces me ayuda —murmuré, sin ofenderme por que expresara en voz alta una realidad. No iba a esconder uno de mis gustos.

—¿A qué? —inquirió, interesado en mi ambigua respuesta.

Me encogí de hombros y me senté a sus pies. Una postura aparentemente sumisa, pero me apetecía estar en contacto con él.

—A seguir hacia delante... supongo —respondí en voz baja, sin querer comprometerme. Hablar de mis inquietudes me resultaba complicado y no tenía claro si quería confesarme con Stephan o si él estaría preparado para escucharme.

Empezó a peinarme con los dedos y a darme un suave masaje en la cabeza. Me recliné hacia atrás, apoyándome en sus piernas mientras el *brandy* me iba calentando por dentro. Se estaba muy bien así, sin pensar. Cerré los ojos y me limité a disfrutar de aquel momento íntimo junto a mi marido. No hacía falta hablar, necesitábamos aquellos ratos, compartir gestos sencillos, algo que hasta la fecha no habíamos tenido oportunidad de experimentar.

—A veces me gustaría comprenderte —dijo él en voz baja. Sus manos continuaban obrando maravillas en mi cuero cabelludo.

—No es tan difícil —respondí en el mismo tono.

Aquella, sin duda, podía ser una conversación complicada, pero, dado nuestro

acercamiento de los últimos días, entendí que no podíamos posponerla por más tiempo. Eso sí, al menos el tono empleado invitaba al diálogo.

—Eres complicada, Ornela. —Suspiró con cierto aire de resignación antes de añadir—: Sé de lo que hablo.

—¿Basas tu opinión en tu experiencia con otras mujeres? —pregunté, consciente de que era una pregunta capciosa.

—Eres la primera con la que me caso, por tanto, mis experiencias en este terreno son bastantes limitadas. —Sus palabras estaban teñidas de un leve matiz burlón.

Al menos no se había molestado por mi respuesta.

Continuó masajeándome, lo que favorecía la conversación serena.

—Sabes a lo que me refiero. Eres un hombre y por tanto puedes presumir de tus conquistas —le recordé.

Sonrió de forma socarrona.

—Ahora no te pondrás celosa, ¿verdad?

—No, tranquilo. Si pudiera definir lo que me produce, emplearía la palabra «envidia».

Me volví para observar su reacción y lo vi arquear una ceja.

—Volvamos al principio de nuestra charla. ¿Qué te inquieta para tener que recurrir al coñac?

—¿Y por qué crees que soy complicada? —pregunté a mi vez, sin responder a una cuestión que ni yo misma tenía clara.

—Las damas primero —susurró y retomó su masaje.

—Supongo que hay días difíciles y días muy difíciles.

Stephan no dijo nada, deduje que se había quedado pensativo. Y lo cierto fue que yo también. Por mi tono, daba a entender que, efectivamente, yo era tan complicada como él había apuntado, pues las mujeres de mi posición nunca admitirían algo así.

—¿Y qué es lo que te resulta tan difícil? —insistió.

Agradecí su tono sosegado, amistoso.

—El tedio, la monotonía, la soledad...

No era una acusación directa, aunque puede que Stephan se lo tomase como un reproche hacia él.

—Te entiendo —comentó—. Y, si te soy sincero, me gustaría poder compensarte.

—No voy a entrar en ese asunto. El día que acepté casarme contigo asumí tu profesión. Ahora no voy a lamentarme por ello. —Me di la vuelta y lo miré—. Aunque me duela.

Mi confesión debió de afectarlo, pues esbozó una sonrisa triste. Quizá empezábamos a confiar el uno en el otro, a sincerarnos. Un tímido avance.

Él guardó silencio, lo que, bien pensado, era la mejor opción, ya que poco o nada podía añadir. Hacerlo suponía hablar de lo que a buen seguro él no deseaba, ya que implicaba hacerme partícipe de sus secretos.

Me hubiera gustado ser su confidente, que él pudiera descargar sus

preocupaciones conmigo. Escuchar sus inquietudes y confiarle las mías representaba sin duda una relación equilibrada, pero bien sabía que Stephan siempre estaría por encima de mí.

Recliné la cabeza y permanecí recostada sobre sus piernas. Había dejado de peinarme con los dedos, pero ahora me acariciaba la cara. Puede que hasta se sintiera culpable, aunque estaba segura de que no dudaría en volver a abandonarme cuando sus obligaciones lo reclamaran.

Tal como acababa de admitir, no tenía sentido lamentarme ahora. Es más, una de las principales razones por las que me casé con él era, ironías del destino, precisamente aquella, disponer de tiempo a solas, sin la vigilancia de un esposo.

Aparté esos pensamientos, ya que por muchas vueltas que le diera poco o nada podía solucionar y aquella noche me apetecía disfrutar de tenerlo cerca. De sentirlo cerca.

Quizá debería ser sincera y hacerlo partícipe de mis sentimientos y ver hasta dónde podíamos llegar, sin embargo, no quería que eso lo condicionara. Era terrible sentirse enamorada sin tener la certeza de ser correspondida, pues aunque sus gestos inclinaban la balanza a favor del sí, todavía me faltaba su confirmación verbal.

Cambié de postura para observarlo, algo que parecía que no me cansaba de hacer. Puse las manos sobre sus rodillas y me apoyé para contar con una perspectiva diferente. Y desde luego lo hice. Stephan seguía teniendo aspecto de hombre serio, adusto, poco dado a perder el tiempo en salones sociales, pero era muy atractivo y yo era la prueba palpable de ello. Comencé a acariciarle el muslo, conteniéndome para no llegar a su entrepierna. Podía intuir que empezaba a animarse, aunque aquello todavía podía mejorarse.

—¿Ornela?

—¿Sí? —murmuré, cual obediente esposa, con una sonrisa bastante sincera.

—Ven —me dijo, poniéndose de pie.

Me llevó junto a la cama cogida de la mano y me hizo apoyarme en el poste. Él se pegó a mi espalda y recorrió mis costados con suavidad y lentitud, hasta detenerse en mi cintura. Pasó las manos hacia delante hasta agarrar el cinturón de la bata. Lo desanudó y yo suspiré. Me empujó con suavidad y vi cómo acercaba el cinturón a mis manos. Lo pasó por mis muñecas dejándome sujeta al poste.

—Tú nunca serás una esposa obediente —musitó junto a mi oreja, mordisqueándomela—. Pero bien sabe Dios que jamás quise una esposa obediente —se corrigió.

Yo aún llevaba la bata puesta, pero me sentía desnuda bajo su escrutinio.

Se apartó de mí y, forzando el cuello, pude ver cómo se acercaba a la chimenea, echaba un par de troncos más y después se desnudaba.

—¿Impaciente? —me preguntó sin acercarse, recorriéndome de arriba abajo con la mirada y hasta creo que regodeándose por tenerme en aquel estado de desasosiego.

También me di cuenta de que se sentía orgulloso mientras lo observaba, se estaba

pavoneando delante de mí y, sin reprimirme, me humedecí los labios. Lo deseaba. O peor aún, lo necesitaba. Mucho. Apreté los muslos intentando proporcionarme algo de alivio, pero aquello no hizo sino incrementar mi excitación. Notaba mi sexo empapado y eso que apenas me había tocado.

—Sí —respondí y me tensé, presa de la anticipación.

Seguía atada al poste de la cama y dependía por completo de lo que Stephan tuviera a bien hacerme; incluso podía dejarme así, excitada y no tocarme, lo cual me frustraría, aunque por cómo me miraba, intuía que eso no terminaría pasando.

—Estar así, quieta, expectante, indefensa, sin duda debe de ser todo un sacrificio —musitó complacido.

—Deja de provocarme —respondí altiva, aunque añadí, fingiendo un tono más sereno—: Por favor.

—Ornela, eres única. Intentas dominar tu fuerza interior, pero fracasas estrepitosamente. —Recorrió mi columna vertebral por encima de la tela, haciéndome estremecer—. Y por eso me vuelves loco.

Cerré los ojos un instante. ¿Aquello era una especie de confesión?

Con las manos atadas no podía desnudarme, pero no pareció importarle. Abrió del todo la bata para dejarme desnuda por delante. Luego se situó detrás de mí, haciéndome partícipe de su calor y de su erección, que encajó en mi trasero, aún inexplicablemente cubierto.

Gemí con fuerza cuando embistió, al tiempo que levantaba desde atrás ambas manos y las llevaba sobre mis pezones. Me los pellizcó, produciéndome un repentino ramalazo de dolor que hizo durar unos segundos antes de aflojar. El contraste entre la dureza inicial y la suavidad final me derritió. Y por si aquello no fuera ya lo suficientemente intenso, su aliento junto a mi cuello no hacía más que calentarme. Notaba cómo me hervía la sangre, necesitada de algo, cualquier cosa, para salir de aquel estado.

—Me vuelves loco... —insistió; me torturaba con sus palabras y sus gestos—. En todas las acepciones del término —jadeó a mi lado, apretándome contra el poste de la cama y restregándose contra mi retaguardia.

—Suéltame —exigí, mientras tiraba de mis ataduras.

Me pellizcó de nuevo los pezones y sentí un dolor que hizo que echara el cuello hacia atrás, forzando la postura para apoyarme en su hombro. El mismo dolor que me hacía desear una dosis más intensa.

—No —murmuró, al tiempo que mantenía la presión sobre mis pezones unos segundos más, antes de aliviar parcialmente mi sufrimiento con caricias y palabras destinadas a seducirme—. Quiero que entiendas una cosa, Ornela...

Empujé hacia atrás con mi culo, y así interrumpí su discurso. Puede que tuviera miedo. Miedo a seguir escuchándolo, porque aquella noche se estaban diciendo en voz alta palabras muy comprometedoras.

—¿Que me deseas? —sugerí, optando por algo seguro.

—Sí, pero además que estás atada a mí de por vida —dijo en tono ronco, casi de enfado.

Esa aseveración, además de ser literal, implicaba un compromiso demasiado serio como para aceptarlo en aquella postura. No me estaba obligando a nada, pero en el fondo me sentía indefensa ante lo que Stephan decidiera. Podría haberme hecho aquella confesión mientras estábamos junto a al fuego, no cuando mi cuerpo solo deseaba alcanzar el clímax.

—No hables, solamente tócame —ordené.

Era preferible fingir que bajo el sopor sexual no había comprendido el verdadero significado de sus palabras.

Oí su risa socarrona y bajé la vista. Sus manos ahora se deslizaban hacia abajo y se detuvieron sobre mi vientre. Mientras ralentizaba sus movimientos, fue deslizándolas luego hasta llegar a mis muslos. Con fuerza, hizo que abriera las piernas, lo cual, al tener las muñecas levantadas y atadas, me obligó a forzar los músculos. Ese gesto imperativo me desarmó, pues tenía el componente justo de dominación masculina que siempre me había atraído de mi marido.

La precisa para evitar que me rebelara, pero con el toque sutil y picante que me proporcionaba la tensión necesaria para mantenerme a la espera de su siguiente paso.

—Siempre tan arrogante, tan decidida... —musitó con un deje de admiración.

Sus dedos se acercaron a mi sexo, tanteando, pero sin tocarme donde tanto ansiaba. Volví a retorcerme. Quería soltarme, darme la vuelta y empujarlo hasta que quedase tumbado en la cama a mi merced; sin embargo, no me quedaba más remedio que permanecer así, a su disposición.

Gemí cuando por fin separó con un dedo los pliegues de mi sexo y los acarició con la misma deliberada y desesperante parsimonia.

—¿Quieres oírme suplicar? ¿Ponerme de rodillas? —Formulé las preguntas con un jadeo, cuando la yema de uno de sus dedos me acarició entre los labios vaginales.

—Solo si realmente lo deseas —dijo y encontró mi clítoris, sobre el que comenzó a describir pequeños círculos.

Mis jadeos cada vez sonaban más desesperados... Los vaivenes de mi cuerpo más descoordinados... Mi respiración más profunda... Y él, él parecía inmune a todos esos síntomas.

Me mantenía deliberadamente en un estado de excitación, con pequeños cambios, solo los precisos para que ansiara más, para que mi ánimo no decayera.

—No es justo... —dije con voz ronca, deshaciéndome, pero incapaz de pedirle que parase y que me permitiera volver a mi cama.

Aquello podía considerarse autodestructivo para mí, pero aun así únicamente pensaba en su siguiente movimiento.

—No, no lo es. Pero verte así, entregada, luchando contra mí... Y, lo que es mejor, contra ti misma... Casi puedo oír tus pensamientos, cómo intentas racionalizar lo que te ocurre sin por ello creer que te has rendido... Esa es una de las cosas que

más me atraen de ti.

Tragué saliva. Me dolían los brazos de tanto intentar liberarme, consciente de que solo Stephan podía desatarme. Pero seguía luchando contra las ataduras y al mismo tiempo disfrutaba de mi condición de prisionera.

Él mientras tanto continuó ese lento asalto a mi sexo y me empezó a levantar la parte inferior de la bata, dejando mi trasero expuesto. Gemí cuando encajó su polla y presionó. Deseaba que me penetrara, pero se limitó a impregnarse de mis abundantes fluidos.

—Por favor —terminé diciendo. No obstante, mi voz no sonó como una súplica, sino más bien como una exigencia.

—Dobla el cuerpo todo lo que puedas —me pidió, tirando de mis caderas para dejarme con el trasero a su disposición.

Arqueé la espalda para mantener la postura, bastante forzada, aunque saber que por fin lo sentiría dentro compensaba cualquier esfuerzo.

De nuevo situó su pene en la entrada de mi sexo, se impregnó de mis abundantes fluidos y empujó, no lo suficiente, pero al menos era un buen comienzo. Movié las caderas y jugó a provocarme, a rozarme con la punta de la polla; en definitiva, a desesperarme.

—Hazlo ya —gruñí, empujando hacia atrás.

Stephan se rio entre dientes ante mi impaciencia, recreándose sin disimulo en mi estado de ansiedad. Algo de lo que él era artífice por completo.

Grité cuando mi orden se convirtió en realidad. Cerré los ojos y dejé que mi cuerpo llevara el control, que mis respuestas fueran el producto de mi necesidad.

Sentí su mano en la parte baja de mi espalda, que me instaba a mantener la postura. O al menos eso creí, pues noté, con creciente temor, que deslizaba una mano por la separación entre mis nalgas. Primero fueron unas pasadas casi inocentes, de tal forma que contribuyeron a aumentar mi tensión interior, pero cuando percibí que aquello no había sido más que un leve tanteo me asusté.

Iba a hacerlo de nuevo. Uno de sus dedos, lubricado con mis propios fluidos, penetró en mi ano. Dilatándome y procurándome sensaciones que no creí posible asimilar.

—Voy a hacerlo, Ornela, esta noche follaré tu apetecible trasero.

—No... —dije con la garganta seca—. No, por favor.

Mi súplica cayó en saco roto, pues introdujo un segundo dedo y todo mientras su erección seguía bien anclada en el interior de mi vagina.

Esa sobreestimulación me estaba desarmando por completo. No tenía muy claro si sería capaz de lidiar con las reacciones que mi cuerpo iba teniendo. Stephan pensó que podría soportarlo, pues no se detenía.

Me escocía la garganta de tanto gemir, me dolían los brazos de mantenerse en aquella postura y solo deseaba que terminara de una vez, porque estaba segura de que no iba a detenerse ahí. Continuó embistiéndome unos deliciosos minutos más. Yo no

tenía otra alternativa que soportar cuanto quisiera hacerme.

—Estás tan cerca... —gruñó, sin dejar de empujar—. Me aprietas, me exprimes... Pero no es suficiente.

Se echó hacia atrás, dejándome vacía. También sacó los dedos para, inmediatamente, sustituirlos por su polla. Sentí una presión desconocida en el ano al tiempo que su mano se clavaba en mi cadera para que me estuviera quieta.

Me resultó insoportable, incómodo, incluso doloroso... A medida que iba introduciéndose en mí no dejé de gemir. Confundida entre el placer de algo nuevo e inesperado y el dolor físico, tardé en entender por qué mi cuerpo aceptaba aquella invasión sin reservas, pese a que mi cabeza no dejaba de rechazarlo.

—Stephan... Oh, Dios...

Iba a acabar con todo el cuerpo dolorido. A duras penas conseguí girar el cuello lo justo para verlo tras de mí, con los dientes apretados, los ojos entrecerrados y una expresión dura, concentrado en lo que ambos experimentábamos.

Sus embestidas fueron algo más comedidas. Sin duda preocupado por no causarme excesivas molestias y que yo me adecuara a aquella forma tan diferente de penetración. Opté por no moverme demasiado, dejando en sus manos toda la responsabilidad. Una responsabilidad sin duda bien fundamentada en la experiencia. No quise envenenar mi mente pensando a cuántas mujeres se habría follado de aquella manera. Me limité a disfrutar de sus conocimientos.

Continuó empujando, firme, constante, clavándose en mi interior al tiempo que sus dedos lo hacían en la delicada piel de mis caderas. Seguía doliéndome y eso debería haber sido motivo más que suficiente para apartarlo; sin embargo, el extraño placer que me producía aquella sumisión compensaba con creces las molestias. Era de locos...

—Ornela... estoy al límite... —jadeó—. Voy a explotar, voy a correrme...

Quise gritar y proclamar que me sentía confusa aunque también excitada y que era tal la tensión que en aquel momento soportaba que, sin saber cómo, todo el dolor se estaba transformando en sensaciones cercanas al placer. Un placer desconocido y peligroso, aunque tangible.

Respiré profundamente, apreté los puños y me dejé llevar. Alcancé un orgasmo muy diferente a lo que hasta entonces había experimentado. No podía expresar con palabras lo que sentí, me encontraba desconcertada por completo. Confusa, pero al mismo tiempo con una sensación de satisfacción que no recordaba haber vivido antes. Recibí sus últimos envites antes de que Stephan se inclinara sobre mí, abrazándome y mordiéndome en el hombro cuando alcanzó su clímax.

A pesar de la incomodidad que suponía permanecer así, ninguno de los dos fuimos capaces de movernos. La habitación se iba enfriando poco a poco y nuestros cuerpos sudados percibían el frío. Stephan se apartó de mí y, en vez de desatarme como yo esperaba, me rodeó y, colocándose frente a mí, me acunó el rostro con las manos y me besó.

Primero con pasión, para ir disminuyendo el ímpetu y acabar con un suave beso. Yo, que continuaba aturdida, tuve que hacer un gran esfuerzo para no confesarle lo que sentía por él.

A pesar de todo, no estábamos preparados para sincerarnos.

Me desperté a primera hora de la mañana. Dolorida. Con marcas en las muñecas, unas marcas que no me importaban lo más mínimo. Sabía muy bien el motivo de las mismas. Hasta podía considerarlas heridas de guerra. Las contemplé un instante y me acaricié la suave piel de las muñecas. Tardarían unos días en desaparecer. Me pregunté si en otra parte de mi cuerpo también tendría marcas similares.

Stephan dormía a mi lado, rodeándome la cintura. Un actitud posesiva en exceso, bajo mi punto de vista, pero no le di mayor importancia. Estaba bien así, junto a él, no merecía la pena entrar en otro tipo de consideraciones.

Suspiré y cerré los ojos.

Noté algo tras de mí. Mis movimientos habían sido imperceptibles, pero por lo visto debieron de alertarlo. Empezó a acariciarme. Gemí, a medio camino entre el interés y el cansancio. Había dormido, desde luego, pero no descansado lo suficiente. Después de lo de la noche anterior, hubiera necesitado una semana para recomponerme.

Por supuesto, no cambiaría ni un solo minuto. Todo cuanto ocurrió merecía la pena y si en ese momento estaba dolorida, no era sino un pequeño precio a pagar.

—¿Qué ocurre? —preguntó, deteniendo la mano a la altura de mi vello púbico.

Yo suspiré, pero no lo aparté. Me gustaba la sensación de su mano allí quieta, como si esperase permiso para proseguir.

—No sé si voy a poder caminar —respondí, con un susurro lastimero.

Stephan se rio en voz baja en mi cuello, pero no sacó la mano. Eso sí, fue suave, delicado. Me acarició la zona con ternura, mientras me besaba la nuca, el cuello.

Pese a todo, terminé dándome la vuelta en sus brazos. Tenía aspecto somnoliento, pero igual que yo, no podía quejarse de nada. Gimió en mi boca cuando me eché encima para besarlo. Me rodeó de inmediato y poco a poco me fui acomodando sobre él.

Su erección presionaba entre mis piernas, algo que yo no podía obviar, y no le di más vueltas. Yo misma se la sujeté hasta posicionarme y moví la mano solo por el placer de observar su reacción. Después fui descendiendo hasta que me penetró hasta el fondo.

Me erguí y él levantó las manos para acariciarme los pechos al ritmo de mis vaivenes. Lo que había empezado como algo suave, casi por casualidad, se fue tornando salvaje. Me daba fuertes pellizcos en los pezones y cada uno de sus gestos iba directamente a mi sexo. La necesidad de alcanzar el clímax hizo que todo fuera aumentando de ritmo hasta convertirse en algo desesperado.

Caí sobre su pecho y me quedé allí dormida.

No necesitaba nada más.

Cuando volví a abrir los ojos, me sentí algo desorientada, pues no sabía qué hora era. De lo que sí fui consciente era que me hallaba sola en la cama. Me senté y miré a

mi alrededor. Stephan me había abandonado en su alcoba.

Con un gesto de dolor, me incorporé y me puse la bata, que encontré a mi disposición a los pies de la cama. Tiré del cordón y al poco apareció el ayuda de cámara de mi esposo. Si se sorprendió al encontrarme allí sola, no dio muestras de ello. Siempre se comportaba con seriedad, distante, inmune a lo que sucedía a su alrededor. Supongo que Stephan lo había aleccionado para ello. Ordené que me preparasen un baño, pues lo necesitaba antes de vestirme y bajar.

Camille apareció, más contenta que unas pascuas, y me ayudó a arreglarme. No hubo ningún discurso moralizante por su parte, lo cual era toda una novedad, pues aprovechaba cualquier rato a solas para hacerlo.

—Te veo contenta —comentó mientras me peinaba.

—He dormido bien —murmuré, recurriendo a un tópico para no complicarme.

Me encogí de hombros. Estaba segura de que ya podía intuir el motivo de mi expresión tontorrón, aunque cuando me observé con más detenimiento en el espejo, me percaté de que, efectivamente, mi gesto habitual de cautela había desaparecido. Se me veía relajada, satisfecha.

—Si lo deseas, puedo ordenar que te suban un tentempié a la habitación —sugirió Camille, dándome los últimos toques.

—No, gracias.

Cuando ella finalizó su tarea, le pedí que me dejara a solas unos instantes. Por alguna extraña razón, necesitaba esos minutos. Quería asegurarme de que seguía siendo yo, que no llegaría a la mesa del comedor con cara de tonta enamorada y dispuesta a proclamarlo a los cuatro vientos. No, primero debía esperar a que, tras nuestro apasionado e increíble interludio, Stephan y yo fuéramos capaces de vivir bajo el mismo techo y hacerlo en armonía.

Tenía que reprimir la tentación de ir en su busca y declararme.

Perfectamente ataviada para afrontar el día, llegué a la planta baja. Abrí los ojos como platos a darme cuenta de que la hora del desayuno había pasado hacía rato. Bueno, no importaba saltarse una comida.

Siempre me había parecido estúpido preguntarle al servicio por el paradero del señor. Sonaba distante, como si me refiriese a un desconocido. Supongo que, en cierta medida, en muchos matrimonios así era. No tenía muy claro si el mío podía seguir incluyéndose en esa categoría, pero creo que ellos también podían sentirse violentos si no guardaba las formas. Me indicaron que estaba en su estudio y hacia allí me dirigí.

¿Cómo podía volver tan rápido a ocuparse de sus quehaceres, habiendo dormido tan poco y tras una actividad sexual tan intensa?

Me encogí de hombros. No tenía respuesta a esa cuestión.

Una vez delante de la puerta, llamé con suavidad.

—¡Adelante!

No me sorprendió lo más mínimo su tono impaciente. Pero yo, lejos de imitarlo,

avancé con lentitud hasta entrar en su campo de visión. Esperé a que levantara la mirada y me viera, para después sentarme en una de las sillas dispuestas frente a su escritorio, con la elegancia y la corrección de una dama bien educada.

Sonrió de medio lado ante mi actitud y se recostó en su sillón, adoptando una postura indolente, rozando la diversión.

No era para menos, yo también estaba a punto de echarme a reír ante aquella escena de comportamiento tan correcto entre ambos.

—Buenos días —lo saludé con un tono completamente normal, incluso intenté que sonara distante.

—Buenas tardes —me respondió con ironía. Se frotó la barbilla antes de añadir —: Veo que se te han pegado las sábanas.

—Y supongo que tú no tienes nada que ver con ello.

Su sonrisa se amplió con la arrogancia masculina que tantas veces y en tantos hombres había observado.

—Aún estoy confuso —contestó, mostrándome su lado más juguetón.

Desde luego, si aquella iba a ser la tónica habitual de nuestro matrimonio a partir de entonces, yo no volvería a replantearme nada en absoluto.

—Solo he pasado para ver cómo estabas —dije, manteniendo mi tono más educado—, y ver si necesitabas... algo.

Me di cuenta de cómo variaba ligeramente su expresión ante mi predisposición, pero enseguida recuperó la compostura.

—En realidad... —hizo una pausa para dejarme expectante— sí, hay algo que puedes hacer por mí.

Esperaba que me sacara de la inopia, y lo contemplé sin parpadear, sosteniéndole la mirada. De momento prefería no recurrir a mis artimañas femeninas para obtener más datos, aunque desde hacía tiempo sabía que la mejor forma de enterarme de las cosas era escuchar a escondidas. Pero ese día no estaba por la labor de jugar a los secretitos, por lo que me limité a aparcar mis deseos de enterarme de lo que Stephan siempre se afanaba tanto en esconderme.

—Acabo de recibir una misiva de William.

Mi cara varió sensiblemente al oír ese nombre, pero me recuperé con rapidez. No era ningún secreto que entre ese hombre y yo nunca existiría la más mínima cordialidad, pero respiré y me obligué a sonreír. No era momento de discutir.

Stephan cogió el papel y me lo mostró antes de proseguir.

—Va a pasar unos días con nosotros. Ha obtenido un breve permiso y necesita un sitio tranquilo donde relajarse. Ha venido a la ciudad con la idea de comprometerse.

Yo arqueé una ceja. No podía hacerme una idea del tipo de mujer que podría caer rendida a sus pies.

—Me alegro por él —mentí.

—No te esfuerces, sé que no es santo de tu devoción —comentó Stephan sin mostrarse enfadado—. De ahí que te lo comunique con antelación. Quiero que pase

unos días aquí sin incidentes, por eso te pido que hagas un esfuerzo y seas una buena anfitriona.

Su petición resultaba de lo más razonable, no obstante, lo que me carcomía por dentro era la debilidad que demostraba hacia su amigo. Que lo invitara en esos momentos, cuando él y yo empezábamos a congeniar, me parecía poco menos que un gran retroceso en nuestra relación. Y, para más inri, que me creyera casi una amenaza para el descanso de William.

—¿Ornela? —me llamó. Al parecer, debía de llevar demasiado rato callada.

—¿Decías?

—William llegará dentro de dos días, espero que todo esté preparado.

—No te preocupes —murmuré, poniéndome en pie—. Me ocuparé de que sea recibido como se merece. —Destilaba sarcasmo y él se percató de ello con una media sonrisa, aunque me dejó continuar—. Tendrá la mejor habitación y un servicio impecable...

Me encaminé despacio hacia la puerta, con la idea de salir de allí antes de soltar alguna perla que me metiera en líos, pero a pesar de mis titánicos esfuerzos por ser una esposa complaciente, cuando agarré el pomo mi carácter se impuso y me volví para dar la puntilla.

—Y, faltaría más, me ocuparé de visitarlo personalmente por las noches, por si necesita compañía femenina antes de dormir.

—¡Ornela! —gritó Stephan, dando un fuerte golpe en la mesa.

No me detuve y salí de allí con mi orgullo un poquito más alto al observar su reacción. No me paré, a pesar de la sarta de improperios que oí y que se fueron diluyendo a medida que avanzaba. No le iba a dar el gusto de reprenderme.

Empecé a subir la escalera con una dignidad aplastante, aguantando las ganas de volverme y mirar por encima del hombro a Stephan, que seguía vociferando a mi espalda.

—¡He dicho que te detengas! —exclamó con su voz de ordeno y mando, que debía de utilizar para arengar a su tropa. Pero yo era su esposa.

Por supuesto, pasé por alto su «sugerencia» y continué mi camino. Cuando estaba delante de la puerta de mi dormitorio, sentí su presencia a mi espalda, cerniéndose sobre mí en una clara actitud intimidante. Me agarró del brazo y mandó marcharse a una doncella que en ese instante estaba limpiando.

Me revolví, pese a que en mi fuero interno reconocía mi regocijo por haberle causado semejante reacción.

—Ese comentario ha estado fuera de lugar —masculló, empujándome hacia el interior de la habitación y cerrando con un portazo.

Su enfado se reflejaba en su rostro, sin embargo, yo no iba a amilanarme.

—Solo he querido complacerte y mostrarte mi total predisposición.

—No me provoques —dijo sin soltarme.

Me revolví de nuevo y esta vez logré librarme de su agarre. Caminé hasta

ponerme tras un sillón, a modo de escudo, por si la situación se complicaba aún más.

—No entiendo tu enfado... ¿No es lo que pretendías? —repliqué con aire socarrón.

Stephan tenía que aprender a no dar las cosas por sentadas conmigo, no al menos en esas cuestiones.

—Sabes perfectamente que no me refería a eso cuando te he pedido con amabilidad que fueras buena anfitriona —me dijo con voz dura, molesto sin duda.

Estaba claro que con ciertos asuntos no podía bromear, ya que, pese a nuestro entendimiento en la cama, había temas que aún le escocían.

No obstante, él no se había molestado en ponerse en mi lugar. Volvía a decidir sin tener en cuenta para nada si sus decisiones podían afectarme. Y lo que terminaba por reconcomerme: si sabía de mi antipatía por William, ¿por qué me pedía tan encarecidamente mi colaboración?

—Mi intención al pedirte con amabilidad que te comportes con corrección —prosiguió—, es que durante la estancia de William no haya malentendidos ni momentos tensos.

Respiré, lo necesitaba, antes de responder.

—Pues perdona por ser tan suspicaz —dije, mostrándome tan arrogante como él—, pero me ha dado la impresión de que, para ti, por lo visto tu amigo está por encima de todo. —No hacía falta añadir: «incluso por encima de tu mujer». Quedaba implícito en mis palabras.

Stephan se pasó la mano por el pelo, sin duda desesperado por poner fin a aquella discusión, pero yo no se lo iba a poner fácil.

—No dramatices ni veas fantasmas donde no los hay —masculló, acercándose a mí, pero no lo suficiente como para tocarme.

—¿No? Pues te pido disculpas entonces —alegué, sin sentirlo lo más mínimo—. Supongo que mi débil mente femenina no comprende ciertas sugerencias.

Lo oí resoplar.

—No te burles, Ornela. Y no juegues conmigo, te lo advierto —rezongó, cada vez más tenso.

Sabía que estaba tensando demasiado la cuerda, sin embargo, sentía la necesidad de ver hasta dónde podía hacerlo. Supongo que, llegados a ese punto, quería ponerme a prueba, o mejor dicho, ponerlo a prueba a él.

—No es ninguna burla, al fin y al cabo, es lo que se presupone de mi condición femenina —murmuré, fingiendo ser tonta.

—Deja de decir eso de una maldita vez. Te he pedido que te comportes como se espera de una mujer de tu clase que recibe una visita.

—Muy bien —acepté.

Ya vería después la forma de escabullirme. No me apetecía nada tratar con ese hombre y mucho menos soportar sus miradas de desprecio. Empecé a idear la manera de huir, aunque... de repente me di cuenta de que quizá la visita de William, lejos de

ser una mala noticia, podía ser la respuesta a muchas de las incógnitas que me intrigaban.

—Seré la anfitriona perfecta —añadí, cambiando de actitud y abandonando mi lugar defensivo tras el sillón.

Me acerqué a él y le ofrecí la sonrisa más sincera que fui capaz de fingir. Como era de esperar, eso hizo que se mostrara suspicaz.

Estaba allí, con el cejo fruncido, mirándome como si tuviera dos cabezas. Que sospechara tenía toda la lógica, Stephan no era tonto.

Había llegado el momento de utilizar sus órdenes a mi favor.

Parecía como si esperásemos un invitado real.

Podía entender que entre mi marido y su amigo existiera una relación muy estrecha, eso no era criticable, pero me molestaba, no podía evitarlo. Quizá me sentía celosa de que le prestara tanta atención, cuando ni siquiera había llegado aún a nuestra casa.

Y los celos nunca son buenos. Podían hacer que la persona más sensata se convirtiera en una estúpida irracional... Y de ninguna manera quería caer en ese pozo, así que los celos debían quedar fuera por completo de nuestra convivencia.

Poco a poco fui calmándome, ya que esperaba obtener información, eso al menos compensaba mi disgusto interior, porque los abrazos y besos de Stephan brillaban por su ausencia.

De nuevo se había instalado entre nosotros un silencio destructivo, pues intentábamos ignorarnos. Por supuesto, sin éxito, pues yo era tan consciente de todos sus movimientos como él de los míos.

Después de que me siguiera hasta mi alcoba hecho un basilisco tras mi comentario, yo había intentado suavizar la situación recurriendo a mis armas de mujer. Como cabía esperar, Stephan, como representante genuino de su género, no se mostró muy reacio a que pusiera en práctica tales artimañas, pero, para mi eterno bochorno, cuando todo acabó, retomó su postura distante, me dejó sola en mi habitación y permaneció callado y mostrándose reservado después.

Incomprensible pero cierto.

Sin embargo, para mi mayor perplejidad, acudía a mí cada noche, eso sí, sin tocarme más allá de un roce accidental. Tenía que reconocer que me producía cierto placer saber que quería estar cerca de mí y mi ego aumentaba, pues estaba casi segura de que, a pesar de sus esfuerzos, no era tan inmune a mí como aparentaba. Me dirigía la palabra con mera educación y trataba de mantenerse distante. Por más que lo intentaba, no lograba entender a qué jugaba. ¿A ponerme de los nervios? ¿A desquiciarme? ¿A que terminara suplicando su perdón de rodillas?

Daba vueltas al asunto una y otra vez, y hasta pensé disculparme por mi comentario; no obstante, mi orgullo me mantenía firme. De nuevo, a pesar de mi arrebato, Stephan manejaba los hilos, pues, siendo sincera, me encontraba en sus manos.

Era el precio que debía pagar por estar enamorada. Pese a no atreverme a decirlo en voz alta, sin duda era la única explicación. De ahí que me sintiera nerviosa.

Aunque iba a ponerme aún más nerviosa...

Como cada noche, nos encontrábamos en el comedor y, a la mesa, nos comportábamos como cualquier matrimonio, distantes y educados. Los monosílabos eran las únicas palabras que se oían. Viéndonos, pocos podrían imaginar lo que subyacía bajo toda aquella capa de normalidad. Yo no podía saber a ciencia cierta qué

pensaba Stephan, aunque intuía que aquello no era lo que había pensado cuando nos casamos.

De nuevo, tras una cena que podía denominarse como correcta, fui la primera en levantarme. Como venía siendo habitual, le di las buenas noches y a cambio obtuve los mismos buenos deseos. Me permitía retirarme antes que él para ocuparme de mis asuntos.

Pero aquella noche no era como las demás y yo tardé más de la cuenta en salir de mi vestidor. Odiaba dormir con ropa, pero no me quedaba más remedio.

Cuando salí, Stephan ya estaba en mi cama, no sé si esperándome como un esposo o como un amante. Disimulé como pude cuánto me desagradaba que hubiese venido.

Ignorando las miradas de curiosidad que me dirigía al verme caminar hacia el lecho, me metí dentro y apagué la vela de la mesilla con un soplido indignado, al tiempo que me cubría hasta la barbilla, confiando en caer dormida pronto.

Se mantuvo callado durante un rato, mientras mi malestar y yo intentábamos ponernos cómodos para poder descansar.

—¿Qué te ocurre? —gruñó a mi espalda, al notar que me movía más de la cuenta.

—Nada —mascullé.

Agarré con más fuerza las sábanas en un vano intento de ignorarlo. No sé cuánto tiempo aguantaría así, rígida, inmóvil, para no alertarlo de que era incapaz de conciliar el sueño.

Pocas cosas me avergonzaban, pero que él estuviera tan cerca en esos días... En cualquier otro momento me daría igual, pero no me encontraba precisamente en un estado óptimo.

Hasta entonces, mi menstruación era el síntoma de que todo iba bien, de que todo funcionaba a las mil maravillas y que no debía preocuparme, pero siempre me las había arreglado para estar sola. No sentía molestias, como había oído decir a otras damas. Sin embargo, la incomodidad de llevar unos antiestéticos y abultados paños atados a la cintura siempre me ponía de mal humor, de ahí que aprovechara mi periodo para descansar y ocultarme del mundo.

—Pues no lo parece...

Miré por encima del hombro y lo vi cambiar de postura, tumbándose boca arriba, con los brazos doblados bajo la cabeza. Me hubiera gustado estar completamente a oscuras, pero la luz que proyectaba la chimenea me lo impedía.

Gruñí, farfullé...

—Parece como si tuvieras hormigas recorriéndote el cuerpo —añadió él indiferente. Aunque yo creo que no se sentía así, si no, no habría preguntado.

—Cosas mías —dije entre dientes.

Durante unos minutos no volvió a preguntar y pensé que se había quedado dormido, pero pronto vi mi gozo en un pozo.

Cambió de postura y de repente lo tenía cerniéndose sobre mí con expresión

curiosa a la par que preocupada, pues yo no dejaba de fruncir el cejo.

—¿Estás enferma? —preguntó y mis nervios, a flor de piel, hicieron que me enfureciera más de la cuenta.

—No, déjame en paz.

—Estás muy tensa, y a todo esto... ¿por qué te has puesto un camisón? —preguntó, tirando de la tela—. ¿No se supone que siempre duermes desnuda? —Esto último lo dijo con tono acusatorio.

—Hoy no me apetecía —respondí a la defensiva—. ¿Podemos dormir ya?

—Solo intento ser amable. Te noto rara, algo te pasa y te dedicas a contestarme hecha una furia.

—No quiero seguir hablando —refunfuñé, mientras me revolví para que se apartara de mí. Resultaba muy difícil sintiéndolo tan cerca.

—Pero ¿se puede saber por qué estás tan irritada?

Resoplé y, de haber tenido espacio, me habría apartado de él. ¿Es que no podía dejarme tranquila? ¿No podía respetar mi deseo de estar sola? ¿Estaba obligada a hablar de algo que de ninguna manera quería compartir con él?

—No hay quien te diga nada —prosiguió—, todo te irrita y encima pones caras raras. ¿Seguro que no te duele algo?

—Stephan, déjame, por favor —exigí, cada vez más cerca de ser maleducada.

—Ahora mismo voy a llamar al médico, esto no es normal —dijo él, y se apartó de mí dispuesto a traerme un médico a esas horas.

—No es necesario —farfullé.

—O me dices qué te pasa o lo hago llamar —me amenazó, perdiendo la compostura.

Estaba claro que no iba a dejarme tranquila y molestar a esas horas al buen hombre me parecía estúpido; además, en cuanto me visitara terminaría dándose cuenta de mi situación, por lo que se marcharía enfadado por haberle hecho perder el tiempo.

—Cosas de mujeres —murmuré, con la esperanza de que me dejara en paz.

—¿Cosas de mujeres? —repitió, sin saber a qué me refería.

—Stephan, por favor —mascullé, poniendo los ojos en blanco.

Casi podía oírlo pensar, intentando establecer la conexión, pero dudaba que fuera mucho más espabilado que otros hombres en asuntos de intimidad femenina.

De repente noté cómo su mano se posaba en mi estómago y empezaba a acariciarme lentamente. Trazando pequeños círculos muy relajantes.

—Ah, eso... —musitó, variando por completo de tono.

Yo, forzando un poco la postura, lo miré por encima del hombro, perpleja ante su brusco cambio. Ahora parecía otro. Puede que sus facciones duras dieran otra impresión, pero Stephan quería ser tierno y, lo peor de todo, quería serlo justo en aquel momento.

—No hace falta que... —Intenté quitármelo de encima, porque, lejos de

calmarme, su mano en aquella parte de mi cuerpo únicamente lograba que me tensara.

Moví el brazo, a ver si con un poco de suerte se echaba hacia atrás. Fui desconsiderada; sin embargo, me resultaba complicado tenerlo cerca, aun deseándolo. Hasta entonces, de esas cosas solo había hablado con Camille o con mi madre.

—Ornela, no te avergüences.

Resoplé. Seguía sin entenderlo.

—Te agradezco la intención —dije tirante—, pero preferiría estar sola.

—No seas estúpida. Lo que le pasa a tu cuerpo es algo natural —dijo, tratándome poco menos que de tonta—. Sé que no son días fáciles, pero no me voy a apartar de ti por eso.

Bajó la mano unos milímetros más y yo casi salí disparada de la cama.

—Por favor —gemí.

—¿Sabes?, quizá si te relajaras... Si dejaras que yo hiciera algo por ti...

Abrí los ojos como platos ante lo que insinuaba.

—¿Estás loco?

Como pude, me volví en sus brazos para tenerlo cara a cara y, de paso, evitar que su mano continuara bajando por mi cuerpo.

—Mira que eres ridícula —dijo él, negando con la cabeza—. A estas alturas conozco tu cuerpo como la palma de mi mano. He estado entre tus piernas, he visto lo que tienes, lo he saboreado... ¿Por qué iba a apartarme?

—Porque es algo sucio, desagradable.

—Ay, Ornela... ¿Piensas que me da asco?

No le respondí, pues ya me sentía lo bastante mortificada como para seguir hablando del asunto. Quería dejarlo zanjado de una vez y no pasarme toda la noche dándole vueltas.

—Pues estás muy equivocada —continuó él—. Ya te he dicho que es un proceso natural. Te recuerdo que, por desgracia, he estado en el campo de batalla, aquello sí da asco. Te dan ganas de echar a correr y no parar. Aquel olor que nunca parece irse de tu ropa y ni mucho menos de tu cuerpo...

Respiré, era la primera vez que lo oía mencionar algo relacionado con sus obligaciones. Siempre pensé que me mantenía deliberadamente en la inopia, porque, como muchos, pensaba que las cosas de la guerra eran solo cosas de hombres y que las impresionables mentes femeninas no podrían soportarlas; pero yo, no mucho antes de venir a Inglaterra, había visto lo peor de una sociedad desgarrada, así que poco podía sorprenderme.

Recordé que él apenas sabía nada de mi pasado, al menos narrado por mí, pues Camille, con toda seguridad, lo habría puesto al día. Sin embargo, contar lo que viví personalmente podía variar mucho las sensaciones.

—Lo siento, no debería haberte mencionado algo así —se disculpó, frotándose la cara.

—Tuve que convivir con la miseria, la desesperación, no sabiendo qué nos depararía el día siguiente. Vi a mi padre en la cárcel poco antes de morir... No voy a desmoronarme.

—Ornela... no era mi intención que recordaras aquellos momentos, al fin y al cabo, eras una niña...

Vaya... por lo visto, cuando se lo proponía, Stephan resultaba de lo más tierno. Lo cierto era que cuando estaba decidida a pensar lo peor de él, principalmente por meterse donde no lo llamaban, me mostraba su lado más humano.

—Han quedado muy atrás, no te preocupes.

Hablábamos en susurros, mirándonos a los ojos... ¿Cómo podíamos tener tantos altibajos en nuestra relación? Pasábamos del distanciamiento absoluto al entendimiento completo. ¿Así iba a ser siempre nuestro matrimonio?

Estiró la mano y empezó a peinarme con los dedos, a acariciarme la cara. Cerré los ojos y me limité a disfrutar de aquellos toques tan suaves, asexuales.

Empezaba a sentirme por fin relajada. Tenía que admitir que Stephan sabía cómo calmarme, cómo conseguir que algo incómodo pasara a segundo plano. Nunca pensé que llegaría a comportarse así, pues los hombres, en esos casos, siempre se mantenían prudentemente distantes.

Me di la vuelta de tal forma que pudiera abrazarme desde atrás y encajar su cuerpo con el mío. Para mi sorpresa, vi que no estaba excitado, lo cual era de agradecer, pues demostraba que todo su discurso no estaba destinado a follar.

—¿Ornela? —preguntó en un murmullo.

No quise abrir los ojos, se estaba tan bien así que... ¿para qué estropearlo?

—¿Hummm? —ronroneé, mientras su mano continuaba describiendo relajantes caricias sobre mi abdomen. Ahora ya no me resultaban molestas.

—Tengo una duda —prosiguió en el mismo tono casi somnoliento.

—¿Sí?

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—No es algo que me preocupe especialmente, pero sí me pica la curiosidad. Digamos que... con la actividad sexual que hemos llevado...

La que tuvo que tragar saliva fui yo al escucharlo. No hacía falta que continuara para saber qué tipo de duda tenía.

—Y teniendo en cuenta que no siempre me he retirado antes de correrme... Me parece un poco extraño que no estés embarazada.

¿Cómo le explicaba yo mis conocimientos, adquiridos a causa de la experiencia, sobre métodos para evitar embarazos?

—Yo... pues... —titubeé, con la intención de fingir ignorancia.

—Supongo que no es el mejor momento para traer un hijo al mundo —acabó diciendo, aliviándose, y todo ello sin dejar de acariciarme— y que por tanto la suerte nos ha sonreído.

¿Cómo debía tomarme esas palabras?

¿Un alivio?
¿Un desprecio?
¿Una crítica?

Al final, nuestro querido señor William Perlman llegó dos días más tarde de lo previsto. Tras los previsibles y efusivos abrazos entre los dos hombres, llegó mi turno. Bajo la atenta mirada de Stephan, William se acercó a mí y me cogió la mano para hacerme la más elegante y educada de las reverencias. Mantuve la sonrisa forzada y vislumbré un brillo pícaro en sus ojos. Ambos estábamos disimulando ante mi marido.

Hasta la noche no volví a verlo. Durante la cena, pude observar la gran camaradería que existía entre los dos. Algo de lo que ya tenía constancia, pero que así, de cerca, se acentuaba aún más.

—Yo me retiro por esta noche —les dije, levantándome de mi asiento.

Ellos hicieron lo mismo como muestra de cortesía y aproveché para acercarme a Stephan y darle un casto pero sugerente beso en la mejilla. Él arqueó una ceja y su mano se posó sobre mi trasero durante los apenas tres segundos que duró nuestro contacto.

—Buenas noches, querida Ornela —murmuró nuestro invitado en tono ligeramente socarrón.

Salí caminando con mi altivez habitual, consciente de que era el centro de atención de las miradas de ambos hombres. Cerré la puerta con suavidad.

Puesto que mi intención no era retirarme a mis aposentos, sino escuchar lo que William y mi esposo hablasen, me había preocupado de buscar un buen sitio desde donde poder oírlos sin ser descubierta. El comedor pequeño que usábamos a diario disponía de dos accesos. Uno, el principal, por el que se llegaba desde el vestíbulo, no servía para mis propósitos. Por el segundo, una entrada lateral, se pasaba a pequeña sala que servía de almacén, donde se guardaba el menaje y que conectaba con las cocinas a través de un corredor.

Como señora de la casa, había dado órdenes de que, una vez servidos, nadie molestara al señor y a nuestro invitado, por lo que podría sentarme tranquilamente y enterarme, si hablaban de algo relevante, de lo que tanto se afanaban en ocultarme.

—No te fíes de las apariencias —estaba diciendo Stephan cuando llegué a mi puesto de vigilancia.

—Pues me ha dado la impresión de que la vida doméstica os sienta bien. ¿Problemas?

—Yo no los llamaría así —resopló mi marido—, más bien podríamos decir que ahora estamos en una fase tranquila.

—Con una mujer así, querido amigo, ¿de verdad quieres tranquilidad?

—En eso tienes razón —admitió Stephan—. Sin embargo, tengo muy presente que, con mi querida esposa, no puedo dar nada por sentado y que, por desgracia, no siempre voy a poder estar aquí con ella.

—¿No la has perdonado pues?

—Hay momentos en los que no deseo otra cosa...

Se me encogió el estómago. No era la primera vez que lo oía mencionarlo, de ahí que no dudara de la sinceridad de sus palabras.

—Pues o aprendes a vivir con ello, o jamás podrás vivir con ella, y si aprecias mi opinión, Ornella es una mujer por la que merece la pena arriesgarse.

No sé qué expresión adoptaría Stephan, pero yo desde luego me quedé anonadada.

—Lo sé...

—Bien, no te tortures más. Ahora, sigue mi consejo. No pierdas el tiempo aquí conmigo y ve al dormitorio de tu mujer.

—Vaya... parece que ya estás metiéndote en tu próximo papel de hombre casado.

—No veo el momento. Desde el principio he odiado este compromiso tan largo. Entre las exigencias de la familia Danks y mis obligaciones, no veo el momento de llevarla al altar. Ni que decir tiene que quiero que seas mi padrino.

—Faltaría más. No tienes ni que pedirlo.

—Y ahora, vete. Disfruta de la noche acompañado.

—Tenía idea de aprovechar para ponerme al día sobre otros asuntos —dijo mi marido.

Yo esperaba ansiosa esa conversación. Aunque tener como principal valedor al hombre que consideraba una mala influencia, también había resultado revelador.

—Dejemos los asuntos desagradables para el día, la noche se ha hecho para dormir abrazado al cuerpo caliente y satisfecho de una amante.

—Desde luego, no tenía constancia de tu vena romántica.

—La edad, supongo —contestó William con tono irónico.

—Entonces, no se hable más.

Cuando oí el chirrido de las sillas, me puse en pie, tenía que ir lo más deprisa posible a mi alcoba, desnudarme y esperarlo en la cama como si llevara un buen rato allí.

Salí por las cocinas y, utilizando la escalera de servicio, llegué hasta la puerta de mi habitación. Esa noche Camille la tenía libre y, por lo tanto, encontré a una de las doncellas esperándome para ocuparse de mí. Como no quería darle explicaciones de por qué necesitaba ir tan rápido, la despedí con la idea de ocuparme yo sola.

Oí ruido en la habitación contigua y me di cuenta de que estaba perdida, pues no lo conseguiría.

—¿Qué haces? —me preguntó Stephan entrando en mi cuarto.

No se había cambiado aún de atuendo. Vestía igual que durante la cena, a excepción de la levita, que se había quitado.

—Pensar —respondí.

Ante la imposibilidad de estar tal como él esperaba, opté por acercarme a la ventana, apartar la cortina y quedarme mirando la noche. Solo me quité los zapatos y adopté una actitud reflexiva, como si llevase allí un buen rato, la pose de alguien

sumido en sus pensamientos, ajeno al paso del tiempo.

Giré un instante la cabeza para mirarlo, pero enseguida recuperé la postura inicial.

Stephan parecía tener una especie de debate interior, sin duda, las palabras de su amigo estaban haciendo mella en él. Podía comprenderlo y confiaba en que el veredicto se inclinara a mi favor.

Se quedó allí de pie, mirándome, ¿esperando que dijera algo? ¿Que fuera hacia sus brazos?

—Pues no pienses —murmuró, deteniéndose tras de mí.

Sentí sus manos en mi cintura, su cuerpo presionando en mi espalda y sus labios en mi cuello. Respiré profundamente y solté la cortina. Quise volverme para mirarlo a los ojos, pero me lo impidió. Sus manos empezaron a ascender por mi talle hasta llegar a mis pechos. Percibí la presión con que me sujetaba y eché la cabeza hacia atrás, recostándome en él.

—Stephan... —gemí.

Entregada por completo, dejé que me tocara con aquella tosquedad que me excitaba. Él bien lo sabía y no dudaba en ponerlo en práctica.

—Solo quiero que pienses en mis manos sobre tu cuerpo...

Vi el reflejo de ambos en el cristal, fundidos con la oscuridad, una imagen que quedaría grabada para siempre en mi memoria. Como otras tantas junto a mi marido.

—En cómo reaccionas a mis caricias...

Sin pensárselo dos veces, tiró de mi escote, aprovechándose de la delicadeza del tejido, hasta bajarlo y liberar mis pechos.

—En lo que puedo hacer con mis manos, con mi boca...

No podía protestar por tal acción, ya que deseaba incluso más que Stephan, sentirlo piel con piel. Mis pezones esperaban, duros, que se ocuparan de ellos y así lo hizo. Sin andarse con delicadezas, noté cómo empezaba a pellizcármelos, a ejercer presión durante unos segundos en los que yo contuve la respiración.

—Desnúdame —exigí, echando las manos hacia atrás para aferrarme a sus muslos, clavándole las uñas.

—Faltaría más.

Me quitó la ropa sin tener cuidado de no estropearla o dejarla inservible, y, en menos que canta un gallo, me quedé tan solo con las medias y los zapatos. Podía sentirme vulnerable mientras él permanecía vestido, pero no fue así, más bien todo lo contrario, pues sabía que lo tenía en mis manos. Nunca había estado tan sometido a mis encantos.

Permanecí de espaldas, contemplando nuestra imagen en el cristal, y sonreí. Stephan me devolvió el gesto y vi cómo se desanudaba el pañuelo del cuello. Después lo pasó por debajo de mis brazos y la suavidad de la seda entró en contacto con mis pezones.

Rodeó mi torso con él, deslizando el tejido por mi piel, logrando que todas mis terminaciones nerviosas se pusieran en pie de guerra. Luego movió aquel trozo de

tela arriba y abajo, al tiempo que elevaba mis pechos o presionaba sobre mis pezones.

Sentí un escalofrío, pese a que mi alcoba estaba bien caldeada.

Moví una mano por su muslo y, pese a la dificultad que entrañaba aquella postura, logré situarla sobre su entrepierna y apretar. Él, en respuesta, gruñó junto a mi oreja y me sujetó la muñeca para que no continuara martirizándolo. Pero lo que yo no esperaba era que me atara la tela alrededor para mantenerme inmovilizada.

—Quieta —ordenó con su voz más autoritaria.

—No es justo —protesté—. Quiero igualdad de condiciones.

—Ornela, eso nunca sucederá.

—Eso ya lo veremos... —dije bajito.

A pesar de sus intentos por dominarme en todos los sentidos, conseguí darme la vuelta y quedar frente a él. Le rodeé el cuello con los brazos y le pasé su propio pañuelo, con el fin de tirar y atraerlo hacia mí. Separé los labios y busqué los suyos con la misma intensidad y aspereza que él utilizaba conmigo.

Gimió en mi boca y sentí en el acto sus brazos alrededor de mi cuerpo. Su lengua no me daba tregua, devorando mi boca y obligándome a respirar entrecortadamente para poder seguir aquel ritmo que no quería perder bajo ningún concepto.

Sin interrumpir el beso, me levantó en volandas y yo le rodeé las caderas con las piernas. Haciendo gala de su fuerza, caminó conmigo así hasta la cama. Sabía que quería dejarme caer para echarse encima, sin embargo, yo tenía otros planes.

Enredé una mano en su pelo y tiré con fuerza. Stephan me miró y durante su breve desconcierto, aproveché mi ventaja.

—Quiero desnudarte... Poco a poco... —Lamí sus labios antes de proseguir—. Pasar la boca por cada punto que vaya descubriendo...

—Ese era mi plan inicial —dijo sin soltarme.

Yo volví a poner los pies en el suelo. Posé una mano en su pecho y empecé a quitarle la camisa, todo sin dejar de mirarlo a los ojos. Stephan respiraba entrecortadamente, mientras mis manos revoloteaban por su cuerpo. Mi impaciencia hizo que acabara por rasgar la tela y él me sujetó de las muñecas, impidiéndome continuar.

—Déjame —exigí, tratando de liberarme.

Pero no lo logré. Me ganaba en fuerza y en determinación.

Me empujó y caí sin mucha elegancia sobre la cama. Mientras yo intentaba adoptar una postura más digna, Stephan se quitó la ropa sin zarandajas y se quedó desnudo ante mí, erecto, pidiéndome sin palabras que hiciera algo más que devorarlo con la mirada.

Me senté en la cama y le puse las manos en los muslos, teniendo la precaución de clavarle las uñas para que fuera todo mucho más intenso. Acerqué los labios y le besé el estómago, el ombligo, obviando deliberadamente su polla.

Yo aún llevaba el pelo recogido y, mientras le daba aquellos besos, él comenzó a quitarme las horquillas, dejándolas caer descuidadamente al suelo. Nada de amables

gestos, sus manos me daban tirones y no se molestaba en desenredarme el pelo.

—Ornela... —jadeó, cuando empecé a mordisquearlo cerca, muy cerca de su entrepierna.

Pequeños y provocadores mordisquitos, lo imprescindible para volverlo loco. Así era como más me gustaba, desesperado, ansioso por tenerme, aunque yo prefería que no solo buscara mi cuerpo, quería que de una vez por todas no fuera lo único que lo atrajera de mí.

Era una ilusa por creer, por desear que alguna vez Stephan dijera en voz alta lo que yo me moría por escuchar. Lo que yo misma ansiaba proclamar, pero que, por alguna estúpida razón, quizá miedo, me callaba.

Me humedecí los labios, alzando la mirada para buscar la suya. Me sujetaba con firmeza y sus ojos pedían a gritos que siguiera. Arrastré las manos hacia arriba, hacia sus pectorales, y sentí bajo mi palma sus latidos. Iban tan desbocados como los míos. Saqué la lengua y dejé un rastro húmedo desde su ombligo hasta su vello púbico. Él clavó los dedos en mi cabeza y me incliné un poco más para atrapar solo la punta de su erección.

—Diosss —jadeó de nuevo, mientras yo empezaba a succionar con fuerza.

Recorrí con la lengua cada pliegue de su glande, todo ello sin que mis manos abandonaran su pecho ni mis uñas dejaran de clavarse en su piel.

—Hummm —musité, encantada con tenerlo en mi boca.

Fui acogiéndolo aún más profundamente. Notaba cómo Stephan quería embestirme con fuerza; seguir su instinto, no obstante, mantenía un férreo control.

Pero yo no.

Con mis manos marcándolo le fui exigiendo que mandara su contención a paseo, con mis labios ejerciendo la presión justa, instándolo a que hiciera lo que de verdad quería. No tenía sentido que él o yo disimulásemos, ya no era necesario.

—Espera, maldita sea —masculló, intentando apartarme, pero no estaba dispuesta a perderlo, así que lo mantuve sujeto con mis manos.

Stephan gemía y movía las caderas hacia delante cada vez con más ímpetu y yo continué ofreciéndole mi boca sin dejar que marcarlo con las uñas. Me sentía poderosa, muy excitada con lo que estaba sucediendo, con lo que era capaz de hacerle. Inspiré profundamente, él estaba muy cerca y deseaba como ninguna otra cosa que se corriera en mi boca, saborearlo por completo. Sin embargo, me quedé perpleja cuando él consiguió liberarse.

Cayó de rodillas ante mí y posó sus enormes manos sobre mis muslos para abrirme las piernas. Tiró de ellas, acercándose al borde de la cama para así poder meter la cabeza y acceder a mi entrepierna.

—Yo también tengo derecho a saborearte —gruñó, acercando la lengua a mi empapado sexo—. No se te ocurra negármelo.

Caí hacia atrás en cuanto sentí el primer contacto. Cielo santo, no fui consciente de cómo lo necesitaba hasta que me tocó.

—Oh, Dios... —jadeé.

Puse los pies en el borde para así arquearme y restregarme contra su boca sin ningún pudor.

Me mantuvo en ese estado durante apenas unos minutos antes de dejarme otra vez a medio camino. Se incorporó y no tardó ni medio segundo en echármese encima y aplastarme con su cuerpo. Fue directo a por mi boca, compartiendo mi propio sabor. Lo abracé de inmediato con todas mis extremidades, al tiempo que él se acomodaba para que su erección siguiera el camino natural.

Estaba dilatada, mojada y, sobre todo, necesitada. Por fin lo sentía en mi interior, duro, grande, empujando y tocando cada fibra. Haciéndome jadear.

Nuestra postura en la cama no resultaba muy estable y tuvimos que reacomodarnos para no caer al suelo. Sus envites cada vez más furiosos ponían en peligro nuestra integridad, pero había que reconocerlo, resultaban increíbles.

Stephan tiró del extremo de su pañuelo que yo aún llevaba anudado en la muñeca y me levantó el brazo por encima de la cabeza e inmediatamente después repitió el gesto con el otro. No me los ató, pero entendí lo que pretendía y me mantuve así mientras entraba y salía de mi cuerpo.

Me humedecí los labios resecos, pidiéndole sin palabras que me besara. Stephan resollaba a causa del esfuerzo y yo apreté los muslos cuando sentí el primer aviso de que iba a correrme.

Tensé todo el cuerpo, él me miró y, justo en ese instante, exploté. Stephan me acompañó con un gemido ronco que me hizo sonreír de oreja a oreja.

Lo tenía, pero... ¿por cuánto tiempo?

Despertarme sola en la cama no era mi ideal. Lo que en otros tiempos resultaba una bendición, ahora me era extraño. Después de la intensidad que vivía por las noches, deseaba tener a Stephan a mi lado y despertarme con él.

«No todo es posible», pensé, y acabé levantándome para prepararme antes de enfrentarme a mis tareas cotidianas.

Mi marido se había marchado con William a ocuparse de sus asuntos, los cuales, por supuesto, no compartirían conmigo.

Mientras desayunaba, Camille se acercó para comunicarme su intención de pasar unos días en casa de mi madre. Al parecer, el marqués de Beldford estaba de viaje, lo que permitía a mi doncella visitar la mansión sin crear problemas. Tomé nota de ese detalle con la intención de aprovechar yo también tal circunstancia.

Pero cuando me quedé de nuevo a solas, lo que me vino a la mente fue algo mucho más interesante. Tener fuera a Camille suponía la oportunidad que tanto esperaba de poder registrar su casa y hallar algún documento que aclarase mis dudas.

Resuelta como nunca, una vez que ella se hubo marchado, me acerqué a la casita que ocupaba y entré. A plena luz del día podía abrir y cerrar armarios sin llamar la atención, pero me aseguré de echar todas las cortinas; no quería que algún sirviente advirtiera movimiento en el interior y diera la voz de alarma.

Tuve un breve conato de arrepentimiento, pues al fin y al cabo estaba invadiendo su privacidad; sin embargo, mi determinación de aclarar el galimatías creado a mi alrededor mandó al olvido ese leve temor.

Fui directa al dormitorio, pues intuía que allí, en el arcón que siempre viajaba consigo, encontraría mucho más que ropa y sábanas. Lo abrí con cuidado, intentando memorizar todo cuanto iba sacando para después volverlo a dejar tal cual y que no se notara.

Llegué al fondo del baúl y ni rastro de documentos. Gruñí presa de la frustración, sin embargo, no lo di todo por perdido. Había oído claramente a Stephan pedirle que guardara unos documentos, así que... solo era cuestión de escudriñar cada rincón. Disponía de tiempo.

Me senté en medio de la pequeña sala y me quedé observándolo todo con detenimiento. Camille siempre era meticulosa, ordenada y muy muy lista, así que lo más probable era que lo que yo buscaba pudiera estar tan sutilmente a la vista que en mi afán de husmear en lo más recóndito lo había pasado por alto.

En uno de los estantes había media docena de libros viejos llenos de polvo. Daba la impresión de que nadie los había tocado en mucho tiempo, lo cual me resultó extraño. Camille y su obsesión por la limpieza chocaban frontalmente con ese descuido.

Me acerqué y, teniendo la precaución de no tocar nada, pues de hacerlo quedarían huellas, me fijé en la disposición. Cogí una silla para poder subirme encima y mirar

de forma concienzuda.

Y allí estaba; tras los polvorientos volúmenes, vi una pequeña marca. Extendí el brazo y, con cuidado de no caerme, posé la mano, empujé y vi cómo se abría una portezuela que daba acceso a una hornacina.

Me llevé la mano al pecho como si no me lo pudiera creer, antes de meterla dentro y coger lo que tanto deseaba. Saqué una caja de madera y, con cuidado, me bajé hasta poner los pies en el suelo. Mi corazón latía a un ritmo frenético ante lo que podía encontrarme y tuve incluso miedo de conocer secretos relativos a mi padre o, peor aún, sobre Stephan.

Siempre había oído decir que la ignorancia facilita la felicidad. Respiré profundamente y durante un rato miré indecisa la caja de madera.

—Sé valiente —murmuré y levanté la tapa.

Allí estaban, un montón de papeles. ¿Eran los que me desvelarían los secretos que tanto querían ocultarme?

Extraje el primer legajo y lo dejé a un lado. Después aparecieron un par de libros con las tapas desgastadas. También vi un fajo que parecían cartas, atadas con una cinta marrón, y debajo un sinfín de hojas sueltas, muy amarillentas, que fui sacando poco a poco.

Con todo el botín extendido sobre la mesa, dudé por dónde empezar. Leer sin ton ni son aquellos papeles podía confundirme aún más.

Abrí uno de los libros y reconocí de inmediato la letra de mi padre. Eran los que Camille había mencionado. Vi allí reflejados nombres, lugares de entrega, fechas... pero tan antiguas que no supe el motivo de que resultaran tan importantes. Los aparté a un lado. Si en un futuro necesitaba consultarlos, sabía dónde estaban.

Entonces recordé la conversación que había escuchado aquella noche, en la que mencionaron las cartas que Jonathan me había escrito, pero que me habían ocultado desde el principio. Deshice la lazada y las conté. Once misivas. ¿Estarían ordenadas cronológicamente?

Abrí la primera...

París, 20 de diciembre de 1806

Querida Ornela:

Aún sigo desconcertado por tu repentino e injustificado abandono. No puedo por menos de darle vueltas una y otra vez hasta averiguar si he hecho algo que haya podido molestarte hasta el punto de que hayas huido de mí.

Solo me queda rogarte, por favor, que tengas a bien ponerte en contacto conmigo. Esta incertidumbre me causa gran pesar.

Ornela, pienso constantemente en ti y en los momentos que aún nos quedan por vivir juntos. Dame al menos la oportunidad de estar contigo una vez más.

De momento, mis negocios me retienen en Francia, pero ansío como ninguna otra cosa en el mundo poder volver a verte.

Tuyo,

J. BANKS

Dejé a un lado la primera y continué leyendo las siguientes.

Venían a decir más o menos lo mismo. Que me extrañaba, que no comprendía mis motivos para marcharme y continuaba demostrándome que para él era importante. Ahora bien, ¿importante como mujer o como posible inversión?

Lo cierto era que, a medida que iba leyendo, me sorprendía la elegancia que denotaban aquellas cartas, muy poco acordes con el carácter de Jonathan.

Poco a poco fui perdiendo el interés, pues en todas se repetía la misma cantinela. Decía sufrir por mi ausencia y esperaba que le respondiera. Podía hacerlo, sin duda, pero la verdad era que en aquel momento ya me importaba muy poco o nada lo que le deparase el futuro. Había sido mi amante, sí; no obstante, quien ahora ocupaba mi mente era Stephan y en él quería concentrarme.

Desdoblé la undécima y me dispuse a leer. Con el mismo interés que se dedica a un libro aburrido, el justo para acabarlo y olvidarlo.

París, 15 de enero de 1807

Añorada Ornela:

Mi situación se va tornando cada vez más angustiada.

No saber nada de ti me está matando lentamente, junto con otros problemas que me han surgido y de los que sin duda el capitán Gardner-Taylor es responsable, o, mejor dicho, lord Sterling es el culpable.

Me enderecé con interés renovado. Ahora que Jonathan abandonada las cursilerías, todo parecía más interesante.

Debo confesar que, debido a sus influencias, me han acusado de traición, por lo cual me es imposible regresar a suelo inglés. Tu esposo no ha hecho otra cosa que torpedear mis negocios, difundiendo falsas informaciones contra mí y ahora me encuentro en una situación complicada. Por si fuera poco, lord Sterling ha movido sus contactos con las autoridades francesas para que también desconfíen de mi persona.

Con gran pesar, debo avisarte de que estás casada con un traidor. Con un hombre que te engaña. He indagado y sé que mantiene a una amante en París cuyo nombre espero averiguar en breve, y no solo eso, sino que además colabora estrechamente con altos cargos, dispensándoles mercedes para que hagan la vista gorda ante sus excesos. No me atrevo a repetirlos aquí, pero sí quiero advertirte que te cuides.

Yo, mientras, intento por todos los medios escapar y regresar a Inglaterra. Deseo ayudarte, estar junto a ti. Reuniré las pruebas suficientes para que salgan a la luz sus secretos y tú puedas ser libre. Y entonces, querida mía, ya nada nos separará.

Tuyo,

J. BANKS

Esa última carta era, sin duda, de lo más reveladora.

En primer lugar, Banks me confirmaba la doble identidad de Stephan y, lo que era más importante, no era un militar al uso. Puede que tras una lectura rápida la conclusión evidente fuera que mi marido era un traidor, pero la realidad era bien distinta: era un espía.

De ahí que, a pesar de existir una guerra en el continente, estuviera en casa,

recluido o más bien escondido. Apenas acudía a actos sociales y se pasaba el día metido en su estudio, haciendo a saber qué, pero nada de dejarse ver en público. Mi aparición imprevista en París debió de desbaratar sus planes de tal forma que su misión se fue al traste. Entendí por qué tanto Stephan como William fingieron no conocerme en la fiesta.

La segunda conclusión que saqué fue que mi marido se había encargado de mi amante. Para ellos nada mejor que mover los hilos y dejarlo a su suerte.

¿Qué interpretación debía sacar de esto último?

¿Se había limitado a vengarse para satisfacer su ego masculino o, por el contrario, yo le importaba realmente hasta el punto de poner en riesgo su misión?

A la primera cuestión, la respuesta era bien sencilla: sí. Cualquier hombre con sangre en las venas, y Stephan no era una excepción, teniendo al alcance de la mano las armas para ajustar cuentas, no desaprovecharía la ocasión.

Empecé a recoger todas esas cartas, mientras le daba vueltas a la posible segunda interpretación. ¿Hasta qué punto su reacción había sido consecuencia del orgullo masculino, mezclado con sus sentimientos hacia mí?

La posibilidad de que él de verdad sintiera algo, me animó el día. Hasta podría considerar perdonar su afán sobreprotector. Lo había oído confesar que se casó enamorado, pero no era ninguna novedad que multitud de matrimonios empezaban con los mejores deseos y al cabo de unos meses todo eran buenos recuerdos casi olvidados, ya que la realidad era bien distinta.

Sonreí esperanzada, contemplando la posibilidad de que poco a poco mi esposo hubiera ido olvidando todos los motivos por los que debía distanciarse emocionalmente de mí.

Me concentré en el resto de los papeles. Allí aparecían datos de personas a las que no conocía, de diferentes nacionalidades, a juzgar por los nombres que figuraban. No seguí con ello, pues nada me aportaba. Fui mirando por encima un papel tras otro sin prestarles mayor atención, ya que se trataba de anotaciones que tendrían importancia en el Ministerio de la Guerra, pero no para mí.

Hasta que vi unos salvoconductos a nombre de Stephen Smith, lord Sterling y William Perlman, lo que me extrañó, ya que lo más lógico era que este último también adoptara un nombre falso.

Empecé a recogerlo todo, procurando dejarlo en el mismo orden. Ya no tenía la cabeza para más secretos. De todas formas, todo aquello, sin una explicación, carecía de sentido para mí.

Una vez que comprobé que no quedaban huellas de mi paso por allí, regresé a casa con la idea de ver si Stephan había regresado.

Aun a riesgo de discutir, pues me había advertido en repetidas ocasiones que no me metiera en sus asuntos y que no comentara con nadie lo ocurrido en París, yo no podía seguir así por más tiempo.

No era justo vivir en aquella incertidumbre. Stephan me debía muchas

explicaciones.

Tenía que hablar con él.

Stephan y nuestro ilustre visitante no regresaron hasta la hora de la cena, así que dispuse de todo el día para dar vueltas y más vueltas a las opciones que tenía a la hora de sonsacarle información de primera mano.

Desde luego, planteárselo directamente era sin duda la mejor forma de no obtener nada, puesto que él se pondría a la defensiva y cualquier otro intento estaría condenado al fracaso. Además, con la presencia del teniente Perlman aún resultaría más difícil, pues Stephan se sentiría apoyado.

Por eso decidí que el primer paso era sentarme a la mesa vestida de manera impecable y con una actitud relajada, casi frívola, como si por dentro no estuviera impaciente por averiguarlo todo.

—Mi querida Ornela... —murmuró William al verme.

No me pasó desapercibido su tono ligeramente provocador, pero no podía enfadarme por ello, pues mi escote dejaba poco o nada a la imaginación.

—¿Nos sentamos? —propuso mi marido, aclarándose la voz tras desnudarme con la mirada. Ojalá sus manos hicieran en breve lo mismo.

¿Estaba celoso?

Sentí un breve placer al ver su actitud, pues si bien los celos pueden ser peligrosos, al menos me demostraban que Stephan reaccionaba.

Durante la velada, me limité a hacer comentarios inocentes, casi estúpidos, lo cual provocó miradas curiosas por parte de ambos hombres, que me conocían lo suficiente como para saber que yo distaba mucho de ser una cabeza hueca. Podía deberse al consumo de vino, pero apenas había tomado una copa, por lo que quedaba descartado que estuviera bebida.

Sonreí y me limité a continuar con mi plan de provocación encubierto. Cada vez que me llevaba un bocado a la boca, miraba a mi esposo y, cuando este me prestaba atención, lo saboreaba de forma exagerada, con lo que lograba dos objetivos: el primero y más obvio, distraerlo y provocarlo para tenerlo a mi merced y el segundo, más ladino, que no se fijara en lo poco que comía.

Lo vi moverse incómodo en su asiento. Por supuesto, miraba también de reojo a William, que parecía estar divirtiéndose de lo lindo contemplando los apuros de su amigo. Confieso que tener público me excitó, ser observada suponía una perversa satisfacción extra.

Para cuando llegaron los postres, yo apenas había comido nada, pero mi plan principal había surtido efecto, así que, como mandaba la etiqueta, dejé a los caballeros a solas para que disfrutaran de los licores o de lo que tuvieran a bien.

Sin pensármelo dos veces, me acerqué hasta Stephan y me incliné para darle las buenas noches. Por supuesto, aproveché la ocasión para susurrarle al oído:

—No tardes...

Sonreí de medio lado cuando lo vi apretar los puños, sin duda tenso por todo mi

despliegue de aquella noche. Y, como broche final, caminé hacia la puerta con la lentitud necesaria para que las curvas que acentuaba mi vestido pudieran ser contempladas a placer.

No había llegado a la mitad de la escalera, cuando oí sus pasos y noté su presencia detrás de mí. Me agarró de la muñeca, deteniéndome bruscamente.

—¿A qué estás jugando? —preguntó, furioso pero interesado a la vez.

—¿A seducir a mi marido? —sugerí, sin perder la sonrisa.

Inspiré profundamente, de tal forma que mi pecho amenazó con desbordarse de mi escote y, como era de esperar, Stephan dirigió de inmediato allí los ojos.

—Ornela...

Me di la vuelta y continué mi ascenso, sin prestar atención a su advertencia. No me hacía falta mirar por encima del hombro para saber que me pisaba los talones. Le ofrecí un movimiento sensual de mis caderas para caldear innecesariamente un ambiente ya de por sí caliente. Entró tras de mí en la alcoba y cerró de un portazo.

No me sobresalté.

Sin decir una sola palabra, me empujó contra la pared, cerniéndose sobre mí. Todo mi cuerpo se encendió al instante. Alcé la barbilla, desafiante, y me humedecí los labios. Dos gestos contradictorios.

—¿Qué pretendes... —metió un dedo en mi escote y separó la tela— mostrándole a todo el mundo tus pezones? —Cuando terminó la pregunta no sacó el dedo, sino todo lo contrario, lo insertó aún más, hasta poder atraparme un pezón y tirar de él.

—Yo no he...

De pronto oí el sonido de la tela rasgándose y miré hacia abajo. Sus manos, impacientes, tironearon hasta destrozarse el vestido y dejar mis pechos al aire.

—Mucho mejor —gruñó, viendo el desaguisado—, así no quedan dudas de lo que quieres mostrar.

—Este vestido es..., era decente —repliqué, arqueándome. Daba por bueno haberlo perdido, siempre y cuando resultara rentable.

No quería conformarme con su mirada, deseaba su boca, sus manos...

—Te has pasado toda la cena provocándome... y no solo a mí —me reprochó, aunque no parecía muy molesto.

—Solo he sido una anfitriona amable —respondí, sabiendo que eso lo encendería aún más.

—Juegas con fuego, Ornela... —Su intento de prevenirme no sirvió de nada.

Yo quería quemarme.

Alcé el brazo, le rodeé el cuello con él y lo acerqué para poder besarlo. Se resistió, seguramente por orgullo masculino, pero al final cedió y me besó. Como yo esperaba, un beso brutal, de aquellos que me dejaban sin respiración, al tiempo que mis piernas temblaban y mi sexo se humedecía.

—No juego... —lo contradije jadeante.

Empezó a desnudarme, sin tener en cuenta los cierres del vestido. Terminó de

desgarrarlo, sin detenerse hasta tenerme expuesta por completo ante su mirada. Incluso se arrodilló a mis pies para bajarme las medias y quitarme los zapatos. Me besó el estómago mientras sus enormes manos me separaban los muslos para acercar los labios a mi sexo.

Cerré los ojos. Eché la cabeza hacia atrás y me aferré a su pelo con ambas manos.

Sentí la primera pasada de su lengua y tuve que morderme el labio para no gritar ante lo que provocó en todo mi ser. Le tiré del pelo y comencé a restregarme sin pudor para obtener el máximo contacto.

—Cielo santo... —gemí.

Todo mi cuerpo se iba preparando y tensando para un orgasmo rápido e intenso. Con cada lametón iba ascendiendo un peldaño más y, de seguir así, acabaría cayéndome de culo, eso sí, satisfecha.

No solo era el contacto de su boca sobre mi sexo, también el roce constante de su cabello o la presión de sus dedos sobre mis piernas para mantenerlas abiertas.

—¿Señora?

Abrí los ojos de golpe al oír que llamaban a la puerta. Una de las sirvientas, al verme abandonar el salón, había acudido para ayudarme a que me preparara antes de acostarme, como cada noche.

—¡Fuera! —gritó Stephan con rabia al verse interrumpido.

Retomó sus atenciones en el acto y yo me olvidé de todo, mientras allí, apoyada en la pared, sintiendo la suavidad del entelado en mi espalda, me retorció de placer.

—Más... —rogué, desesperada por alcanzar el clímax.

—Hummm —musitó él, logrando transmitirme aquella vibración en la parte más sensible de mi cuerpo—. No me canso de pasar la lengua por tu coño.

Que utilizara vocablos tan vulgares, lejos de asustarme me encendía, pues no solo lo llevaba a cabo estimulando el sentido del tacto, sino también el del oído.

—Sigue... —exigí, mientras le tiraba del pelo.

No oí ninguna queja, más bien todo lo contrario; se aplicó con más ahínco en su tarea de llevarme al orgasmo con su boca.

—Pero hoy no voy a conformarme con eso.

No fue una promesa que cayó en saco roto...

Su lengua excitó sin piedad mi clítoris. Lo atrapó con los labios, incluso lo rozó con los dientes hasta que oyó mi grito de liberación. Chillé sin avergonzarme, sin pensar en la posibilidad de que alguien me oyera. Me dejé llevar por completo sin preocuparme por nada más. Di rienda suelta a mis deseos, a mi instinto.

Aun así, Stephan no se apartó, con su perversa lengua continuó lamiéndome, prolongando mi placer con lentas pero muy eficaces pasadas.

—Eres deliciosa..., adictiva..., peligrosa...

Cuando volví a abrir los ojos lo tenía pegado a mi cara, con expresión arrogante, consciente de lo que mi cuerpo había experimentado gracias a él.

Le acaricié los labios, los mismos que acababan de proporcionarme un intenso

placer, y él me mordió los dedos. Sin duda estaba juguetón.

Posé la mano libre sobre su bragueta y presioné lo justo para que su mordisco fuera más intenso. Apreté su erección, haciéndole saber que de ninguna manera iba a defraudarlo, o aún peor, a sentirme intimidada ante su aparente superioridad.

—Y dime, ¿qué puedo hacer por ti? —le pregunté con voz sensual y muy baja, para darle mayor efecto a mi sugerencia y que me prestara toda su atención.

Por cómo me miró, estaba claro que su interés no decaía.

—¿Qué propones? —inquirió burlón.

—Puedo desnudarte y posar las manos en cada parte de tu cuerpo o, si lo prefieres, la boca... —musité, todo ello sin dejar de acariciar su cada vez más abultada bragueta, presionando lo justo para mantenerlo expectante—. O quedarme acostada boca arriba y dejar que deslices tu miembro entre mis senos... —añadí intencionadamente.

A modo de adelanto, desabroché parte de los botones de su pantalón para poder meter la mano y dejarme de tanteos. Busqué el contacto entre su piel y la mía.

Stephan permanecía inclinado sobre mí, con una mano apoyada en la pared, media sonrisa indolente y los labios entreabiertos, mientras comenzaba a masturbarlo.

—Tus manos son excelentes, querida esposa, pero lo considero insuficiente... si tenemos en cuenta los antecedentes.

Estaba jugando conmigo y a mí me gustaba que lo hiciera. Sonreí de nuevo, altanera, dispuesta a aceptar el reto.

—¿Crees que no estoy a la altura de tus expectativas? —lo provoqué. Lo tenía en mi mano, pero podía escaparse. Acerqué a su boca la mano con la que le estaba acariciando la polla y dije—: Humedécemela.

Stephan sacó la lengua y dejó un rastro de saliva y yo, con rapidez, volví a coger su pene y a acariciárselo, ahora con más fluidez debido a la lubricación. Con el pulgar presioné el glande, acariciando cada pliegue, y observé satisfecha cómo su respiración iba tornándose más irregular.

—Ornela... —gruñó, mientras acercaba la boca a mi oreja.

—Y esto es solo el principio.

Me volví hasta poder acceder a sus labios y besarlos, todo ello sin apartar la mano de su miembro. Primero le lamí el borde, la comisura y después todo el labio superior. Gimió. Su entusiasta respuesta logró que moviera la muñeca con más brío, tanto que sus gemidos me dejaban bien claro que estaba a punto de correrse.

De repente sentí su mano aprisionando la mía para detenerme. No entendí por qué.

—Esta noche resulta demasiado prometedora como para que te limites a esto.

—No voy a limitarme a eso —contesté con rapidez, intentando retomar mis movimientos.

Stephan dio un paso atrás y yo me quedé allí, desnuda, apoyada en la pared, mientras él iba separándose de mí. Llegó hasta la cama y se sentó. Hizo un gesto con

la mano, instándome a que me acercara; una actitud excesivamente dominante, pero que decidí no cuestionar.

Caminé hacia él, sin nada más que las horquillas que mantenían mi cabello recogido y que fui soltando una a una al ritmo de mis pasos. Me contoneé con descaro y me detuve frente a él, tomando la precaución de hacerlo a una distancia prudente, de tal forma que no pudiera tocarme.

Me puse en jarras y esperé.

—Como buena esposa, deberías ocuparte de mi bienestar —dijo— y eso incluye servirme.

Para mi más absoluta sorpresa, levantó una pierna y señaló su bota.

—¿Cómo?

—Y servirme significa ser...

—¿Pretendes tenerme como ayuda de cámara? —lo interrumpí ojiplática ante lo que me proponía.

—Si te sirve de algo, te diré que jamás me acostaría con mi ayuda de cámara, con o sin ropa.

—¿Debo vestirme como tal? —pregunté con ironía.

—Esa perversión la dejaremos para otra vez —dijo, y sonó a promesa. Lo cual, por supuesto, me provocó un escalofrío.

Me arrodillé ante él y me ocupé en primer lugar de su calzado, para después, con eficiencia, seguir con cualquier prenda que se interpusiera entre su cuerpo y mis codiciosas manos.

Stephan permaneció impasible a mis intentos de hacerle perder la concentración, pues para quitarle la ropa lo tocaba más de lo necesario. Resultó una curiosa perversión ejercer como sirvienta, y desnuda, además. Por fin lo dejé sin nada y, apoyándome en sus rodillas, le separé las piernas para colocarme entre ellas. Lo miré a los ojos fijamente, al tiempo que mis manos ascendían hasta la parte superior de sus muslos para descender de inmediato. Respiré y repetí la maniobra, deleitándome con las reacciones que le provocaba y que él intentaba disimular.

—¿No crees que deberías hacer algo más que manosearme?

—Faltaría más, señor —respondí con mi voz más servicial—. ¿Qué desea?

—Haz tu trabajo —indicó con altanería y desdén a partes iguales, tal como se trata a la servidumbre.

—Solo espero órdenes, señor.

Stephan me sujetó de la nuca obligándome a acercarme. Se cogió la polla con la mano y, acordándose de mis sugerencias, me instó a que me colocara de forma que pudiera frotarla entre mis pechos. Me relamí. No creo que se tratara de un gesto de sumisión, mi intuición femenina me indicaba que mis labios podían hacer algo especial.

Lo dejé que disfrutara cuanto quisiera entre mis senos.

—Ornela... —jadeó, entregado a mí.

Volví a humedecerme los labios y lo miré a los ojos. Él debió de pensar lo mismo que yo cuando llevó el pulgar a mi boca para introducirlo. Se lo chupé con decisión y supe cuál era el siguiente paso.

Me incliné, perdiendo el contacto entre mi pecho y su erección, pero a cambio obtuvo algo mejor. Le besé la punta. Dos veces antes de sacar la lengua y recorrerle todo el glande, a modo de adelanto, antes de acogerlo en el interior de mi boca.

—Ya era hora... —gruñó, agarrándome del pelo. Tirando de él para ofrecerme la dosis justa de agresividad que me volvía loca y para aplicarme aún más.

En esa postura era yo quien controlaba todos los tiempos. Stephan estaba obligado a permanecer quieto y a disfrutar con lo que yo le daba, fuera o no lo que él pretendía.

Al principio me limité a succionar la punta, pese a que me empujaba hacia abajo para que me la metiera hasta el fondo. Me salí con la mía y entonces, cuando por fin se dio cuenta de que el «señor» estaba a merced de la «sirvienta», todo fue sobre ruedas.

Sus gruñidos mezclados con mis ronroneos no hacían sino excitarme cada vez más, pese a ser yo quien le daba placer a él. Con las manos, acuné sus testículos y me di cuenta de que mi boca también podía acariciarle aquella parte del cuerpo. Me arqueé aún más para desplazar la cabeza hacia abajo y llegar hasta donde yo quería. Sentí su mano en mi columna, presionando para que mi trasero se elevara aún más. Saqué la lengua y lo lamí.

—Ornela... —El tirón de pelo con que me obsequió fue sin duda la respuesta que yo esperaba y, por supuesto, el estímulo para proseguir.

A partir de ese instante, no di ni un paso atrás, ni siquiera para coger impulso. No era preciso. Stephan se rindió a mis habilidades y tardó bien poco en correrse en mi boca. No me aparté, todo lo contrario, lo acogí hasta que terminó, e incluso después dejé que se relajara por completo antes de apartarme y liberarlo.

Me incorporé y me senté a horcajadas sobre él. No había terminado de acomodarme cuando Stephan acunó mi rostro y, robándome de nuevo el aliento, se apoderó de mi boca. Respondí a su exigente beso, entregándome sin reservas.

Sentí cómo buscaba mis manos y entrelazaba sus dedos con los míos antes de dejarse caer hacia atrás y yo con él.

No nos quedamos conformes con aquello. No podíamos. Cuando nuestros cuerpos se recuperaron del primer orgasmo, nos volvimos aún más codiciosos y no nos detuvimos hasta estar verdaderamente saciados. Aunque tenía la sensación de que ese estado apenas me duraría algunas horas, después volvería a desearlo como si nunca hubiera acariciado su piel.

Empezaba a entender las palabras de algunos poetas cuando describían la necesidad de estar con el ser amado. Nunca pensé verme en esa situación, pues resultaba confusa, ya que tras una especie de neblina producida por la satisfacción sexual, le seguía la etapa de frustración al no saber con seguridad si aquello se repetiría. A corto plazo, Stephan, a pesar de no haberlo mencionado, se marcharía, y yo, ahora dependiente de él por completo, no tenía muy claro cómo saldría adelante.

Pero no quería enturbiar aquel momento. Lo tenía a mi disposición y sería absurdo desperdiciar una nueva noche juntos. Desconocía la fecha exacta de su partida, así que, al no saber cuántas noches más lo tendría junto a mí, quise que fuera todo lo especial posible.

Con la única iluminación de la chimenea, creando un ambiente íntimo de luces y sombras, Stephan se recostó en la cama, ofreciéndome una imagen imborrable de todo su cuerpo, ese que yo pretendía tocar y lamer de mil maneras, y se puso cómodo, a la espera de que yo me subiera encima y eligiera la mejor forma de complacerlo.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Encantada ante la sugerencia, me acomodé a horcajadas. Él se limitó a doblar los brazos por detrás de la cabeza y a mirarme con una ceja arqueada, aguardando mi próximo movimiento. Podía limitarme a lo básico, a situarme sobre su polla y dejar que fuera penetrándome, para después moverme y acabar en menos de cinco minutos. Opté por el recorrido más sinuoso a la par que satisfactorio.

Comencé deslizándome arriba y abajo, de tal forma que mi sexo se rozara con su cuerpo, obteniendo así una estimulación muy placentera. Sin prisas, ahora disponíamos de todo el tiempo para explorar. Utilicé las manos para recorrer su torso y así llegar hasta sus labios. Dibujé el contorno con la yema del dedo índice y Stephan lo lamió, lo atrapó, mejor dicho, y se entretuvo así hasta que yo lo privé de su entretenimiento. Llevé aquel dedo húmedo hasta uno de mis pezones y me toqué bajo su atenta mirada.

—Déjame lamerlo otra vez —me pidió y de nuevo se lo acerqué.

Pero cambié de idea y, en vez de llevarlo luego a mi otro pezón, me elevé y lo metí entre mis piernas para tocarme allí, donde más caliente estaba. Recorrí mis labios vaginales e impregné mis dedos de mis propios fluidos sin dejar de estimularme.

Gemí al llegar a mi clítoris y me balanceé siguiendo el ritmo de mis propias caricias. Disfrutando de tener sus ojos fijos en mí, atento, expectante por saber cuál

sería mi próximo movimiento.

Yo me sentía especial, muy especial, pese a que Stephan no hacía nada, o al menos nada en apariencia, pues notaba la presión de su polla entre mis piernas, a pesar de tenerla descuidada.

—Ornela... eres increíble... —gimió, apretando los dientes ante el espectáculo que le estaba ofreciendo.

—Aún puedo serlo más —ronroneé.

Me restregué sin control, permitiendo que mi vello púbico lo acariciara, sin dejar de penetrarme a mí misma.

Stephan perdió la batalla y reaccionó. Sentí sus manos en mi trasero, instándome a deslizarme con más velocidad.

Obedecí encantada, aunque podía hacerlo mucho mejor si lo tenía en mi interior. No le di más vueltas; yo misma agarré su erección y me la metí.

Su gruñido de satisfacción fue el detonante para que perdiera por completo el control y a él le ocurrió lo mismo. Lo que había empezado siendo algo suave, se volvió salvaje hasta alcanzar un clímax que nos dejó satisfechos.

A pesar del intenso ejercicio físico, no podía dormir. Me quedé recostada sobre su pecho, escuchando ahora su relajada respiración, y me di cuenta de que a Stephan le sucedía algo parecido. Entonces supe que era el mejor momento para plantear algunos asuntos pendientes.

—¿Puedo pedirte un favor? —pregunté, consciente de que cualquier hombre se mostraría más propenso a complacer una petición tras sentirse sexualmente satisfecho.

Era una verdad universal que había aprendido hacía tiempo, primero observando y más tarde poniéndolo en práctica. Con un amante no solo se aprende a obtener y a dar placer físico.

Puede que con Stephan fuera distinto, pues, aparte de ser mi esposo y por tanto mi dueño según la ley, me unía a él un lazo quizá invisible, pero mucho más fuerte. Mucho más de lo que yo hubiese deseado alguna vez.

—¿Otro más? —replicó con aire burlón, al tiempo que su mano se paseaba por mi espalda de forma distraída.

Una caricia reconfortante y una postura que invitaba a las confidencias. Justo la situación propicia que yo buscaba.

—¿Consideras que lo acontecido ha sido un favor? —pregunté, incorporándome para escuchar su respuesta, mientras lo miraba a los ojos. Albergaba una pequeña duda y podía ser una estupidez, sin embargo, quería oírsele decir.

—No, Ornela, jamás será un favor —aseveró con seriedad absoluta. Tanta que tuve que concentrarme para no llorar allí mismo, presa de una gran emoción.

Sin embargo, yo deseaba, de una vez por todas, averiguarlo todo acerca de él y por tanto no iba a desperdiciar una ocasión así.

—¿Nunca lo ha sido? —insistí, puede que por pura vanidad.

—No, desde la primera vez que te besé...

Tragué saliva. Ansiaba una declaración formal, una en la que ciertas palabras fueran pronunciadas, aunque su indecisión final me hizo comprender que aún no estaba preparado para ello.

—Siempre te he deseado —añadió, al tiempo que me peinaba con los dedos, demostrándome una ternura que me hacía flaquear—, incluso cuando fingías, incluso cuando me rechazabas.

No eran las palabras exactas, pero se aproximaban bastante.

—Gracias por tu sinceridad —murmuré y me incliné para darle primero un beso en los labios y después otro en el pecho.

—¿Qué más puedo hacer por ti?

—Hoy he recibido una carta de Jonathan Banks —anuncié, y sé que nada más hacerlo rompí en mil pedazos nuestra armonía.

Era una gran mentira, por supuesto, pero la cara que puso me sirvió para constatar que él era el responsable de que las misivas de mi examante no llegaran a mis manos. Me importaba muy poco lo que aquellas cartas contenían, era el hecho en sí lo que me exasperaba.

Su reacción no se hizo esperar; se sentó en la cama, apartándome de él bruscamente, y vi cómo tenía que contenerse para no estallar. Bueno, a ningún marido le gusta que le mencionen el nombre del amante de su mujer, y mucho menos estando en la cama. Yo eso podía entenderlo, y sabía que mencionar a Banks era encender la mecha, aunque si no había cera para arder no tendrían por qué existir problemas.

Excelente.

—¿Qué quiere ese desgraciado? —inquirió, y me miró con recelo.

Sin duda se estaba preguntando cómo había llegado a mis manos esa supuesta carta, pues significaba que algo de su plan había fallado. Estaba segura de que al día siguiente investigaría concienzudamente para averiguar por dónde se había filtrado.

—Mi ayuda —contesté.

Desde luego, llegados a ese punto, me importaba bien poco lo que le deparase la suerte a Jonathan, pero era la llave para abrir la puerta de los secretos de Stephan.

—¿Y por qué recurre a ti? —indagó molesto. Su voz dura, muy diferente a la cariñosa de hacía unos instantes, resultaba intimidante; no obstante no me detendría.

Yo podía entender su enfado, al fin y al cabo estábamos hablando de mi examante, pero no me quedaba más remedio que jugar las únicas cartas de las que disponía.

—Me considera su única opción, supongo —expliqué, mientras procuraba sonar despreocupada.

Stephan se lo tomó como cabría esperar. Farfullando algún que otro impropio que yo no conocía, abandonó la cama, se puso una bata y caminó furioso hasta el aparador para servirse un licor. Después, mirándome como si no se lo creyera, bebió

un buen trago y, tras señalarme con la copa, dijo:

—No se te ocurra intervenir.

Yo no iba a mover un dedo, aunque su orden me enfadó. Daba por hecho que yo era otro de sus subordinados y que su tono marcial era ley, pero estaba muy equivocado.

—¡No tiene a nadie más! —exclamé—. Por eso te lo estoy pidiendo a ti. Tienes contactos, conoces a quien puede ayudarlo a abandonar Francia sin exponerse al peligro. —Era lanzar el anzuelo y esperar que picase.

Mi propuesta debió de sonarle humillante, ya que lo exhortaba a que recurriera a los mismos contactos a los que primero había debido de pedir que le hicieran la vida imposible a Jonathan.

—¿Tienes el valor de pedirme que ayude a tu amante? —inquirió con expresión casi de asco.

Cierto que sonaba muy mal dicho así, no obstante, yo quería reconducir la conversación.

—Tú estabas allí, conoces gente a ambos lados...

—Ornela —me interrumpió—, ya te lo advertí una vez, no menciones aquello. Nadie debe saberlo.

Por fin, pensé; por fin llegábamos al meollo de la cuestión.

—¿Ni siquiera yo, tu esposa? —Era una pregunta capciosa, de eso no cabía ninguna duda.

—Nadie —masculló.

Nos quedamos en silencio. Con su última palabra creía haber dado por finalizada la conversación. Nada más lejos de la realidad. Dejé que se calmara un poco, pues cada vez se mostraba más a la defensiva, antes de levantarme de la cama y caminar hasta él.

No busqué nada con lo que cubrirme.

—Tengo derecho a saber por qué mi marido estaba en París, bajo otra identidad...

—Ornela...

—... fingiendo que no me conocía —apostillé.

Si las miradas matasen... yo hubiera caído fulminada en el acto. Ya sabía que ese tema era tabú, pero no podía serlo por más tiempo.

—He dicho que olvides ese asunto —me repitió por enésima vez, y yo estaba hastiada de esa respuesta.

—¡No puedo! —le grité, exasperada ante su tozudez.

Rellenó su copa antes de proseguir.

—No voy a hablar de ello, no insistas —dijo, dándome la espalda, como si así quedara zanjada la conversación.

—Entonces no me exijas respuestas y mucho menos un comportamiento ejemplar.

—Ornela...

—Deja de repetir mi nombre —lo interrumpí enfadada—. Pretendes que te sea

fiel cuando tú no lo eres.

—No tienes idea de lo que estás diciendo —masculló, sujetando su copa con tanta fuerza que pensé que se haría añicos.

—No te haces una idea de cómo me sentí al oír hablar de un tal lord Sterling. — Utilicé deliberadamente su alias, para dejar claro que estaba al tanto.

—No vuelvas a pronunciar ese nombre en voz alta.

—Oí alabar sus proezas amorosas y comentar la suerte que tenían las mujeres presentes, porque su amante fija no estaba allí aquella noche —añadí, obviando su para nada amable sugerencia.

—No es lo que parece —alegó y vislumbré una pequeña fisura en su armadura.

Eso significaba que debía presionar hasta el final.

—¿No? Todas se mostraban interesadas en intimar contigo. Ahora sé que no mentían, yo misma he sido testigo de tus habilidades en la cama. No me extraña que estuvieran tan ansiosas por hincarte el diente.

Respiré y lo observé inhalar antes de estampar la copa contra la chimenea, para después situarse frente a mí, intentando sin duda intimidarme. Sin embargo, yo no iba a dar ni un solo paso atrás, no había llegado hasta ese punto para luego retroceder. Alcé la barbilla.

—Me amenazaste con recluirme a causa de mi desliz y tuviste la desfachatez de decirme eso cuando tú nunca me has sido fiel. —Le recordé aquella bochornosa conversación que había tenido que soportar.

—Yo tengo una justificación —dijo y, a pesar de lo que sentía por él, tuve que contenerme para no abofetearlo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Una esposa que me hacía sentir como un violador cada vez que me acercaba a ella. Soy un hombre, tengo mis necesidades. Busqué en otros brazos lo que tú no me dabas.

Esa no era la respuesta que quería oír.

—Ahora no creo que tengas quejas...

—Lo que yo haga no te concierne, Ornela. Son asuntos que yo... —Se detuvo y, por su expresión, llegué a pensar que, a lo mejor, ya no le resultaba tan sencillo encontrarse con esas otras mujeres.

De acuerdo, en mi plan original había contemplado esa eventualidad y la acepté. Lo importante ahora era saber el motivo por el cual se acostaba con ellas bajo un nombre falso.

—Y supongo que ahora, cuando tengas que incorporarte a tu regimiento y yo no pueda servirte, buscarás en cualquier cama ese alivio al que tienes derecho por ser hombre, pero yo no podré disfrutar de la misma consideración.

—¡Maldita sea! ¡Estás tergiversando mis palabras! —estalló ante mi argumentación.

Me fulminó con la mirada, pero yo no me detendría. Permanecí de pie ante él, sin

importarme lo más mínimo mi estado de desnudez. Quería respuestas, era lo justo. Mi marido no podía continuar ocultándome sus andanzas.

—No tergiverso nada, solo expongo los hechos —repliqué—. Tu hipocresía es evidente.

—Ornela... estás metiéndote en camisa de once varas. Son asuntos que no te conciernen, por seguridad, por tu seguridad.

—¡Estoy harta! —exclamé—. ¡Harta de tus secretos! ¡De que me tomes por tonta!

Y con esa expresión apenas abarcaba una parte de la realidad.

—Dejemos este tema, te lo ruego —murmuró, mostrándose hastiado, incluso abatido.

—¿No puedes confiar en mí? —pregunté algo más calmada.

Me acerqué a él y me apoyé en su espalda. Recostándome ligeramente, pasé los brazos por debajo de los suyos para posar las palmas de las manos sobre su pecho. Quizá presionarlo con gritos y recriminaciones no fuera la mejor manera de sonsacárselo.

—No es cuestión de confianza... —musitó, negando con la cabeza.

Puso la mano sobre la mía y con ese gesto me di cuenta de que al menos entendía mi postura, aunque su deber fuera guardar silencio.

—Entonces ¿por qué?

—Es complicado. Maldita sea, nada me gustaría más que poder ser libre para contarte ciertos asuntos. Pero tienes que entenderlo, Ornela, es peligroso. No se trata de un capricho, ni de un juego.

—¿Crees que me dedicaría a airear lo que tú me confiases? ¿Crees que sería tan insensata como para exponerte al peligro?

—No —respondió categórico—, pero puede que, inconscientemente me causes algún perjuicio.

—No soy tan estúpida, Stephan —me defendí—. Puede que, por mi condición femenina, me subestimes, que tú y el resto creáis que se me puede manipular, pero te garantizo que cualquier cosa que tengas a bien contarme nadie la sabrá.

—Me pides algo imposible...

—Algún día tendrás que confiar en mí.

—Esa no es la cuestión, joder...

Se volvió para quedar frente a mí y me acunó la cara con las manos. Con los pulgares me acarició las mejillas y, al ver su expresión triste, supe que en su interior se libraba un importante debate.

—Stephan, esto nunca podrá salir bien si a mí, a tu esposa, le ocultas la verdad. No quiero entrar en una sala y volver a oír cómo un buen número de arpías se te rifican o alardean de haber estado en tus brazos.

Me aparté de él y volví a la cama.

De nuevo sola.

Cuando me desperté, ni siquiera me molesté en comprobar si Stephan seguía a mi lado. Tenía asumido que no lo estaría, pero me daba pena, pues nada era mejor a la hora de comenzar la jornada que tenerlo junto a mí.

Puede que lo aceptara, pero me resultaba duro no poder abrazarlo, no sentirlo a mi lado. Siempre terminaba haciéndome la misma pregunta: ¿cuándo disfrutaría de un matrimonio normal?

Me tumbé en la cama e intenté quedarme con lo positivo, pues poco o nada me ayudaría enfadarme. A pesar de las muestras de cariño, Stephan tenía sus prioridades y de momento yo no encabezaba esa lista.

Desde luego, mientras estuviera metido en a saber qué líos, nunca podríamos vivir de una forma más acorde con lo que yo esperaba.

Algo convencional tampoco estaba dentro de mis preferencias, pues no había más que observar a otras parejas para sacar la conclusión de que, a pesar de los años juntos, eran dos extraños. Llegar al punto de compartir techo, pero no cama, como venía siendo lo habitual, no me atraía en absoluto. No quería ser una de esas mujeres casadas, que, tras haber dado hijos a su marido, se marchitaban en una vida dedicada a los demás, olvidándose de sí mismas. Sin pasión, sin nada excitante. Yo me había propuesto evitar como fuera acabar así.

Sin duda estaba variando mi plan inicial, pero no me importaba ajustarlo para adecuarme a las circunstancias. Estar junto a Stephan me había hecho recapacitar. Puede que al comienzo mi intención hubiera sido mantener las distancias, por comodidad principalmente, pero la realidad ahora era bien distinta.

No me importó aceptar esos cambios. Desde que asumí que estaba enamorada de mi marido, me di cuenta de que existían otras variables a tener en cuenta.

Me levanté y, tras arreglarme, tuve claro que después de nuestra interesante conversación nocturna, Stephan habría ido en busca de William para ponerlo al corriente. No hacía falta ser muy lista para llegar a la conclusión de que su querido amigo estaba al tanto de todo.

Confié en la suerte y bajé decidida. Puede que ambos se hubieran reunido en el estudio de Stephan dispuestos a discutir una nueva estrategia para mantenerme al margen.

Para no alertar de mis intenciones, me dirigí a la sala del desayuno, donde me ocupé de supervisar algunas invitaciones que nos habían ido llegando y que, por estar más pendiente de otros asuntos, había desatendido. Que Stephan evitara a toda costa, ahora entendía que por razones obvias, mostrarse en público, también había sido una razón de peso. Para él la discreción lo era todo y, por la razón que fuera, todas las noches se recluía en casa.

Pregunté a una de las doncellas si sabía dónde estaba mi marido y me confirmó

que se encontraba en su despacho. Había dado órdenes estrictas de que no se lo molestara. No me sorprendió, así que, tras tomar un frugal desayuno, pensé en la manera de acercarme por allí.

Era imperativo que escuchar lo que allí se decía, únicamente existía un gran impedimento: no había forma de hacerlo desde ninguna sala anexa, pues la estancia se encontraba junto a la biblioteca y, desde allí, con las estanterías repletas de libros resultaba complicado oír nada.

Así que solo me quedaba una opción. Escogí dos invitaciones al azar y, con ellas en la mano, me encaminé hacia su estudio toda resuelta.

Llamé con los nudillos a la puerta y esperé.

Lo primero que oí fue el juramento de Stephan al ver que, pese a sus órdenes, alguien lo molestaba. Respiré hondo mientras escuchaba sus pasos furiosos. A saber cuál sería su reacción cuando me viera.

La puerta se abrió con brusquedad, tanta, que de haber estado apoyada en ella me habría caído de bruces.

—Ornela... —masculló, quedándose en la entrada e impidiéndome el paso.

Sin duda no esperaba verme allí. Me miró de arriba abajo y apenas se suavizó su expresión de desconcierto y, por supuesto, de enfado.

Por su postura, saltaba a la vista que no quería dejarme entrar, pues no se apartaba. Yo sonreí, ignorando su lenguaje no verbal. De vez en cuando, fingir ser una cabeza hueca tenía sus ventajas.

—La misma —repliqué, sin dejar de sonreír. Y, mirándolo con coquetería, para desconcertarlo pregunté—: ¿Acaso esperabas a otra?

Parpadeó y, durante ese breve lapsus, aproveché para apartarlo y colarme dentro.

Como esperaba, William se encontraba también allí, sentado y rodeado de un buen montón de documentos, y, al igual que Stephan, con cara de pocos amigos.

Nada más verme, se puso en pie dispuesto a cumplir con las normas de educación, aunque me di cuenta de que intercambiaba una mirada con mi esposo, preguntándole en silencio por mi inoportuna aparición.

—¿Ocurre algo? —preguntó Stephan sin cerrar la puerta, signo evidente de su invitación a que me marchara lo antes posible.

No contesté de inmediato, sino que me demoré unos segundos, consciente de que a Stephan eso le crisparía los nervios. Finalmente, parpadeé con inocencia y dije:

—Quería comentarte un par de asuntos sobre unas invitaciones que acaban de llegar.

Disimulé una sonrisa al ver su cara de estupefacción por haberlo interrumpido con un asunto tan baladí.

Se frotó la cara como si no diera crédito a mi estupidez y me miró antes de murmurar en tono impaciente:

—Elige las que consideres oportunas, es algo que no me preocupa —contestó, dispuesto a dar por zanjada la conversación y a regresar a sus asuntos.

—Stephan, por favor —insistí, adoptando ese tono de mujer casada que no tiene otra meta en la vida que ocuparse de la vida social—, esto es serio.

—Muy bien, hablaremos de ello a la hora de la comida.

William nos observaba en silencio, puede que divertido ante la escena. Sabía que no le convenía interrumpir.

—No, debo enviar la respuesta cuanto antes. Ya sabes lo puntillosos que son algunos y no quiero que nos dejen fuera. Es importante mantener nuestro estatus.

—¿Y no puedes decidirte sin mi colaboración? —preguntó, estupefacto ante cada uno de mis peregrinos argumentos.

Hice un mohín propio de una cabeza hueca.

—No, tu opinión es importante —aduje, consciente de que su paciencia se iba agotando y que terminaría estallando ante mi estupidez. Pero necesitaba sacarlo de sus casillas para salir de allí dejándolo tan ofuscado que pasara por alto un detalle vital para mí: que la puerta no quedara cerrada del todo.

—¿Desde cuándo? —inquirió, cada vez más enfadado.

—A la menor oportunidad, siempre me recuerdas quién manda aquí, por tanto, no quiero aventurarme a tomar una decisión sin antes contar con tu aprobación.

Fue un ataque directo a su paciencia, y por supuesto, una burda manipulación de sus palabras, de ahí su reacción.

—Ornela... —dijo en aquel tono de advertencia que me enfadaba y excitaba a partes iguales.

—¿Sí? —murmuré, con un parpadeo lo más inocente que fui capaz de fingir.

—Tienes mi permiso para elegir los actos a los que consideres oportuno asistir —masculló, cada vez más tenso ante mi insistencia.

—¿Sin saber de antemano cuáles son? —Mi obstinación iba a dar sus frutos en breve.

—Sí —aseveró.

—¿Y asistirás conmigo?

—Sí.

—Perfecto... —Observé a William de reojo. No había abierto el pico, pero sin duda estaba tomando nota de lo que suponía el matrimonio—. Es justo lo que necesitaba saber.

Me acerqué a él y, para agradecerle su paciencia, le di un beso en la mejilla. Al estar tan cerca de su oído, aproveché para ronronear. Un sonido perversamente erótico que seguro que fue directo a su libido.

Me retiré despacio, con las invitaciones de la discordia en mis manos, las cuales revisaría más tarde para ver si merecían la pena. Dejé que admirasen mi elección de vestuario y salí del estudio ocupándome yo misma de cerrar la puerta, tal como deseaba.

—¿De nuevo sumido en un conflicto conyugal? —preguntó William, cuando se quedaron de nuevo a solas.

—Sí y no. Si te soy sincero, Ornela es desconcertante.

—Desde luego, con una mujer así es imposible aburrirse —comentó William con cierto aire burlón y esperé la réplica de Stephan, que no tardó en llegar.

—No, desde luego que no —murmuró, dando a entender que mis sorpresas no siempre eran de su agrado, pero que si quería la parte buena, también debía aguantarse con la menos buena—. No le demos más vueltas a ese asunto. Volvamos a concentrarnos en lo importante, en ese cabrón de Banks.

—Ya me he encargado de redactar una nueva petición para que nuestros contactos se ocupen de él y siga donde está. Lo que no entiendo es cómo ha conseguido hacerle llegar esa carta.

—Yo tampoco y de hecho lo voy a investigar. En cuanto la señora Bonnet esté de vuelta, hablaré con ella, estoy seguro de que tomará medidas para que no vuelva a suceder. No podemos permitirnos un nuevo fallo.

Mi mentira iba a tener consecuencias entre el personal. Lo lamentaba, pero tendría que mantener silencio.

—¿Qué pretendía?

—Por lo visto se ve con el agua al cuello y, no te lo creerás, le pide ayuda a Ornela para que lo ayude a salir de Francia.

—Pero eso no tiene sentido; ¿qué puede hacer ella?

—Pedirle a su esposo que mueva los hilos para facilitar sus planes —respondió Stephan en tono sarcástico.

—Jodidamente retorcido —corroboró el teniente.

—En efecto.

—Excelente. Y ahora vamos con la parte más peliaguda...

—No me lo recuerdes —masculló mi marido.

—¿Está listo lord Sterling para reaparecer?

Nada más oír ese nombre me tensé. Ese era el asunto primordial del que quería tener conocimiento, pues suponía un doble reto. Por un lado significaba que Stephan me abandonaba y, además, para ir derecho a los brazos de otras mujeres.

—No, joder. ¿Sabes a lo que me expongo? —preguntó molesto, algo que me alivió un poco. Un pobre consuelo, pero al menos supe que mi esposo no era tan inmune.

—Desde el principio conocíamos los riesgos... Los aceptamos y sabes que, de ser posible, yo te sustituiría.

—Esa posibilidad no es factible —aseveró Stephan.

—Una pena, la verdad. Conozco los riesgos.

—No me refiero a eso. De mil amores volvería a meterme en la piel del maldito lord con tal de seguir adelante con nuestro plan inicial, eso no me causa ningún temor; sin embargo, ahora mi situación personal ha variado...

Me llevé una mano al pecho y tragué saliva. ¿Estaba a punto de decir en voz alta delante de su amigo lo que yo tanto ansiaba?

—Te entendiendo, pero...

—Joder, ella ya sospecha y acabará sabiendo cada detalle, eso lo cambia todo. Al principio, cuando me casé, tenía remordimientos, no obstante podía ignorarlos, pues nuestra situación era extraña. Ahora no sé si voy a ser capaz de hacerlo... Sabes perfectamente que esas mujeres son solo un medio para despistar, para que todos crean que soy el perfecto libertino incapaz de controlar sus impulsos. Una fachada poco o nada decente.

—Puedo entender tus recelos, sin embargo, es un poco tarde para echarse atrás.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no lo he meditado una y otra vez?

—Igual que tú, yo solo puedo rezar para que todo esto acabe cuanto antes y es mi triste deber recordarte que estamos metidos hasta el cuello y, por tanto, si ahora damos un paso atrás, todos nuestros esfuerzos habrán sido en vano.

Por el tono de William, sin rastro de su cinismo habitual, me di cuenta de que ambos se tomaban muy en serio sus obligaciones y que estaban metidos en algo muy grave, mucho más de lo que *a priori* podía imaginar.

—Maldita sea...

—Y, sin ánimo de meter el dedo en la llaga, te recuerdo que parte de toda esta charada se debe a tus motivos personales, los cuales respeto y en los que te apoyo sin reservas. Pase lo que pase, estoy contigo.

—Lo sé. Estoy a la espera de que me traigan los informes sobre el paradero de los nombres que aparecían en el diario del señor Chavanel. La señora Bonnet asegura que son reales y por tanto no tengo ninguna duda, pero tú y yo sabemos que las lealtades cambian.

—Yo dirían que se compran y se venden. Nada nuevo.

—Sí, por desgracia así es. Pero espero llegar hasta el fondo de la cuestión y averiguar por qué un hombre respetado, poco proclive a causar problemas, fue despojado de todo. Y no solo eso, sino que además añadieron un vergonzoso proceso público, condenando a su mujer y a su hija a la indigencia y, por supuesto, al escarnio.

Stephan hablaba con firmeza, y parecía que toda mi triste historia de verdad le hubiese afectado. No sé si de manera genérica, como cualquier otro de los muchos casos que por desgracia aquellos días se dieron, o, por el contrario, sus palabras se debían a un sentimiento más personal.

—Supongo que no eran buenos tiempos —apuntó William, recurriendo a una respuesta poco comprometida.

—Ya, no lo dudo, pero muchos otros se encontraron en su situación y en cambio conservaron la mayor parte de sus propiedades o incluso llegaron a incrementarlas.

Hablaban de mi padre, lo cual tenía cierto sentido, pero ¿por qué Stephan, que no lo había conocido, se interesaba tanto por un asunto tan personal y que a esas alturas estaba olvidado? ¿Por qué removía recuerdos que podían causarle gran perjuicio?

—Las aguas aún no han vuelto a su cauce, amigo mío. Todavía son muchos los

que aprovechan las excusas que una situación inestable ofrece para hacer fortuna a costa de gente honrada —añadió William.

—Desde luego, lo que le ocurrió al pobre hombre tiene toda la pinta de deberse a envidias —adujo mi esposo.

—Lo que no entiendo es por qué teniendo al principio de sus problemas recursos para emigrar no lo hizo. ¿Por qué se arriesgó a un proceso judicial, plagado de irregularidades, teniendo una esposa y una hija?

—Eso es lo que sigue sin cuadrarme. Según la señora Bonnet, se desvivía por su esposa y por Ornela. Podría haberlas sacado del país sin contratiempos y reunirse después con ellas.

—Yo tampoco me lo explico.

—La señora Bonnet insiste en que el señor Chavanel envió varias cartas a la familia de su esposa en Inglaterra pidiéndoles que las acogieran ante su inminente detención. Incluso ofreciéndoles buenas sumas de dinero, pero no obtuvo respuesta.

—Tengo a gente investigando eso, como me pediste. Todos los indicios apuntan a que el actual marqués de Beldford recibió esas misivas, aunque no lo hemos podido confirmar. Desde luego, si alguna vez existieron esas cartas, ya se habrá deshecho de ellas —explicó un William apesadumbrado y, desde luego, aparentemente implicado como el que más en aquello, lo que evidenciaba su total lealtad a mi esposo.

Yo, mientras estaba atenta a cuanto allí se decía, intentaba asimilar cada una de las revelaciones. Que Austin, mi «querido» padrastro, hubiese dado la espalda a su familia no era para mí ninguna novedad. Su maldad y su falta de sentimientos habían quedado patentes desde el primer momento, cuando, bajo una capa de caridad, se ocupó de nosotras. No obstante, ahora, tras escuchar aquella conversación, pensé que quizá estuviera también detrás de las desgracias de mi padre, si bien no por acción, sí por omisión.

¿Estaba mi madre al tanto de aquello?

Desde luego, Camille sí. De ahí que no comprendiera por qué, estando siempre tan unidas, no hubiese puesto al corriente a mi madre de esos hechos.

Y, de haberlo hecho, ¿cómo había sido capaz esta de mirar a su primo a la cara?

Cierto que su intervención me libró a mí de caer en las garras de semejante despojo humano. Y ese era un favor que nunca podría devolverle a mi madre.

Y, por último, lo que más aturdida me dejaba, era el interés de Stephan por todo eso.

Puede que una parte se debiera a temas profesionales, no obstante, lo que no llegaba a comprender, y de verdad que me intrigaba, era por qué tanto interés por los bienes que mi padre perdió.

Parpadeé y sentí una especie de temor, pues me vino a la cabeza la única explicación posible: ¿pretendía Stephan recuperar las posesiones de mi padre, que de haberse sucedido los hechos de forma normal, ahora estarían en mis manos? ¿Lo movía, por tanto, la ambición?

Desde luego, yo no sabía qué pensar. La única forma de saberlo era que Camille rompiera de una vez su silencio, pues ella tenía la clave de todo. Había estado al servicio de mi familia desde mucho antes de que yo naciera, por lo tanto conocía todos los secretos y, además, se había preocupado de guardar papeles y documentos que podían avalar sus palabras.

Fruncí el cejo. ¿No era mucha casualidad que precisamente hubiera elegido aquellos días para visitar a mi madre?

No tenía la respuesta a esa cuestión, pero debería ir pensando yo también en hacerle una visita, aunque quizá recordar ciertas cosas a mi madre le haría daño. No obstante, algún día tendríamos que hablar de lo que había ocurrido; yo no quería seguir en la ignorancia toda mi vida.

—Esto se complica por momentos... —masculló mi marido, enfadado consigo mismo, sin duda sintiéndose impotente ante una situación que se le podía escapar de las manos.

Y entre esos asuntos estaba yo.

—De ahí que sea imperativo actuar —concluyó William.

—Lo sé... —murmuró Stephan apesadumbrado, como si la situación lo superase—. Voy a hacerle daño a mi mujer y no sé si merece la pena arriesgar lo que tengo por esa maldita causa.

—No puedo decir nada al respecto, pues solo serían palabras vanas. Solo quien se ve en tus circunstancias puede saber lo que se siente.

—Te agradezco que me ahorres un sinfín de palabras amables.

—Por tu actitud, deduzco que Ornela es importante para ti.

—No solo eso, querido amigo, lo es todo.

—¿La has perdonado, entonces?

—¿Cómo no hacerlo?

Yo me sequé una lágrima que no pude contener y me alejé despacio.

Mi alegría inicial al saber que Stephan me quería de verdad se fue diluyendo al comprender que me iba a hacer un daño irreparable.

Decidida a seguir investigando, le mandé una nota a mi madre anunciándole mi intención de visitarla. Su entusiasta respuesta no se hizo esperar y dos días después me desplazé hasta la residencia del marqués de Beldford, que por suerte para todas seguía de viaje.

Encontrarme con esa sabandija, además de causarme acidez de estómago, eliminaría las posibilidades de mantener una conversación a solas con mi madre.

Austin pensaba que tanto Camille como yo éramos una mala influencia para su esposa y, por supuesto, para el pequeño Austin; de ahí que pocas veces pusiéramos un pie en su residencia.

Resultaba triste, desde luego, pero la única esperanza era que tarde o temprano tuviera su merecido, por ejemplo, que contrajera alguna penosa enfermedad, propia de quienes cometen excesos en el comer y el beber.

Aunque, como solía decirse: mala hierba nunca muere.

Cuando le comuniqué a Stephan mi intención, solo a título informativo, pues no necesitaba su aprobación para ir a visitar a mi madre, se mostró conforme y hasta se ofreció a acompañarme. Por supuesto, yo no podía permitirlo, pues quería mantener una conversación a solas con ella y con él presente eso no sería posible.

—¿Estás segura? —insistió, tras darle una peregrina explicación para que quisiera ir sin su compañía.

—Sí.

—Ornela, ¿me estás diciendo toda la verdad? —preguntó con retintín, dando por hecho que mentía.

—Quiero pasar tiempo con mi madre, la echo de menos.

—Sabes lo mucho que la aprecio.

Stephan se cruzó de brazos, mirándome mientras yo daba instrucciones a la doncella para que me preparase una pequeña maleta.

—Lo sé y me consta que el sentimiento es mutuo.

—Dale recuerdos de mi parte —dijo, resignándose ante mi determinación.

—Por supuesto.

Le agradecí amablemente su interés, acercándome a él y, mientras le daba uno de aquellos besos en apariencia castos, le hice una silenciosa promesa. A mi vuelta lo compensaría con creces y, por su sonrisa, supe que no eran necesarias más explicaciones.

—Te echaré de menos —murmuró, acariciándome la mejilla.

—Y yo a ti. —Me pareció extraño que, ante una separación tan breve, y más teniendo en cuenta que yo ni siquiera abandonaría la ciudad, sus palabras sonaran tan trascendentes.

Parpadeé; esos gestos suyos eran los que me causaban más confusión. Stephan parecía vulnerable...

A pesar de todo, mi opinión no varió y me fui a casa de mi madre, dispuesta a desenredar la madeja. A través de la ventanilla del coche de caballos, vi que se abría la puerta principal y sentí un nudo en la garganta.

—¡Ornela, mi vida! —exclamó mi madre nada más verme bajar del carruaje.

Yo sonreí y corrí hasta ella para abrazarla. Desde que estuve enferma no habíamos vuelto a vernos y, la verdad, la echaba mucho de menos. Las circunstancias nos habían separado, o más bien su marido, de ahí que cada encuentro fuera tan importante.

—Hola, mamá —respondí, sin dejar de abrazarla.

—Mírate, cariño, estás guapísima.

Cerré los ojos en cuanto me acarició la cara, igual que cuando de niña me daba las buenas noches antes de acostarme.

Entramos en la casa y lo primero que hicimos fue acercarnos a la habitación de mi hermanastro. Austin júnior crecía sano, aunque, por desgracia, físicamente cada vez se parecía más a su progenitor. Solo esperaba que los cuidados de mi madre hicieran de él un buen hombre, pues si también acababa pareciéndose en el carácter...

Mi hermanastro me miró con el recelo propio de los niños ante los desconocidos y me pareció triste, pero me iba a ser difícil estrechar lazos, debido a nuestras circunstancias familiares.

Camille se unió a nosotras, lo que frustró mis planes de preguntar nada, así que me conformé con una agradable tarde en compañía de las mujeres más importantes de mi vida. Mi madre tuvo que ausentarse unos minutos para atender algo relativo al funcionamiento de la casa y entonces Camille aprovechó para hacer sus conjeturas sobre mi presencia allí.

—¿Está bien el capitán?

Puse los ojos en blanco ante su pregunta.

—Sí, perfectamente —respondí.

No sé por qué me molestaba tanto que preguntara por Stephan, si sabía que lo idolatraba.

—Tu sitio está con tu marido —me recordó de forma innecesaria—. Debes aprovechar el tiempo junto a él.

—Lo sé —convine, porque a pesar de que me enfadara su consejo, tenía toda la razón.

Y, además, confirmaba algo que ya no era una simple sospecha: Camille estaba al tanto de cuándo Stephan se iba a marchar.

Mi madre regresó y, a partir de ahí, solo conversamos de cosas banales. Como era de esperar, me preguntó también por mi matrimonio. Le tenía un cariño muy especial a mi esposo, y eso, viniendo de una suegra, era toda una novedad.

Cuando había perdido toda esperanza de quedarme a solas con mi madre, Camille se disculpó y abandonó la salita donde estábamos reunidas.

Sonreí antes de preguntar:

—¿Alguna vez piensas en lo que le sucedió a papá?

Ella apartó un instante la mirada. No quería hablar de eso, pues era volver a recordar las calamidades, y no solo las de tipo monetario.

—Ornela, tú eras una niña —murmuró, esquivando la cuestión.

—Lo sé, mamá, y no pretendo causarte dolor con los recuerdos, pero siempre he querido saber la verdad de lo que pasó.

—¿Y qué importa ya? —respondió, dispuesta a enterrar todo aquello, por muy injusto que fuera.

—A veces pienso que hubo una mano negra, alguien interesado en destruir nuestra familia de forma deliberada —especulé.

Quise que sonara despreocupado, como si no estuviera al tanto de las maquinaciones de Stephan y su más fiel colaboradora.

—Deberías mirar hacia delante —me aconsejó.

—Lo sé, pero sigo pensando en ello.

Mi madre abandonó su postura evasiva y se acercó a mí. Me cogió la barbilla y me miró fijamente a los ojos.

—Tu padre era un gran hombre. Fue bueno, demasiado bueno, y eso, en los tiempos que nos tocó vivir, era desaconsejable. Sus enemigos no tuvieron piedad y se aprovecharon de él. Pudo haber delatado a muchos y así salvarse, pero su integridad se lo impidió. Ve siempre con la cabeza muy alta, Ornela.

—¿Y existen pruebas de todo eso?

Ella suspiró.

—Por favor, no remuevas el pasado. No te hará ningún bien.

—Pero...

—Hazme caso —me interrumpió, antes de que continuara indagando—. Ahora eres una mujer casada. Tienes a tu lado a un hombre que te quiere, te protege y que haría cualquier cosa por ti. No pongas en peligro todo lo que has conseguido, mi niña.

—Es tan injusto... —murmuré, negando con la cabeza.

—Ya no se puede hacer nada.

Tanta resignación me exasperaba.

—¿Y si investigáramos? —sugerí—. Papá tuvo que dejar documentos, era muy puntilloso con sus papeles.

—La mayor parte de sus anotaciones se perdieron cuando tuvimos que abandonar nuestra casa —me explicó ella y yo intuí que no estaba siendo sincera.

Su intención, sin duda, era desanimarme, sin embargo yo tenía muy claros mis objetivos.

—¿Dejó algo?

—No, no pudimos traerlo a Inglaterra.

—Pero ¿existen documentos?

Negó con la cabeza. De nuevo mentía. Quizá para protegerme, o bien para no desenmascarar a Camille, o para que Stephan pudiera continuar con sus pesquisas sin

mi injerencia.

—Hazme caso, cariño. Olvida nuestro pasado en Francia, ahora tenemos una buena posición; no merece la pena arriesgarla por cuestiones que ya no van a ninguna parte.

Me tragué una réplica, ya que era evidente que mi madre no iba a soltar prenda, pero si algo había sacado en claro era que estaba al tanto de los movimientos de mi marido, aunque no lo aprobase.

No desistí de mi empeño, pese a que decidiera no preguntar más. Tendría que buscarme otra fuente de información.

Seguiría escuchando a escondidas e intentaría descifrar el resto de los documentos que Camille tan celosamente guardaba en su pequeña vivienda.

Al día siguiente, me despedí de ambas y regresé a mi casa, con la idea de compartir la cena, y lo que venía después, con Stephan.

Nada más atravesar el umbral de la puerta pregunté por su paradero, mientras el mayordomo recogía mi capa, mis guantes y mi sombrero. El hombre me indicó que no estaba en casa, pero que había dejado dicho que regresaría a tiempo para la cena.

No le di mayor importancia y supuse que sus quebraderos de cabeza, entre los cuales yo estaba incluida, lo obligaban a salir de casa y hacer gestiones varias. Me dirigí a mi alcoba con la idea de cambiarme para la cena.

Sin embargo, todos mis esfuerzos fueron en vano, pues Stephan no dio señales de vida. Ni esa noche ni las dos siguientes.

Una de las cosas que más me soliviantaron fue que me tomara por estúpida y pensara que me quedaría en casa sola y triste, lamentando su ausencia.

Pensé en ir en busca de su superior, pues lo más probable sería que tuviera alguna información, algún dato que me tranquilizara hasta que apareciera. No obstante, caí en la cuenta de que si mi propio esposo no me había dejado una triste nota, un superior no iba a tener tal deferencia conmigo, y menos aún dada la índole de sus actividades.

Presentarme en su cuartel, además de improductivo, sería como gritar a los cuatro vientos que era otra esposa histérica y aburrida, incapaz de comprender el deber de su marido. Es decir, confirmaría la opinión que los hombres siempre tienen de nosotras. De modo que decidí guardar silencio y fingí despreocupación, aunque me carcomiera por dentro.

Ahora bien, eso no significaba que fuera a permanecer enclaustrada en casa. Si Stephan decidía aparecer y no me encontraba, tendría que entender que no podía hacer y deshacer a su antojo y esperar que yo me quedara de brazos cruzados.

Decidí salir por mi cuenta. Tenía invitaciones suficientes como para escoger, así que me arreglé como solía hacerlo cuando estaba soltera y me dirigí a una velada teatral.

Como mujer casada, podía moverme con mucha más libertad, y estaba fuera del control insoportable de las viejas, y no tan viejas, amargadas matronas.

Recibí con una sonrisa los saludos de algunas de ellas, que si bien murmuraban a mi espalda llevadas por la envidia, debían comportarse como corresponde ante la esposa del capitán Gardner-Taylor.

Por parte de los hombres recibí otra clase de atención. Posaron las miradas en mí con más o menos descaro, y si bien su comportamiento fue impecable, estaba claro que sus pensamientos no lo eran. En cierto modo eso me ayudó a superar la ausencia de un marido que se debatía entre aceptarme sin rencores o seguir castigándome, pero que, en cualquier caso, anteponía sus obligaciones a nuestro matrimonio y, para más inri, ni siquiera tenía la decencia de informarme.

Me divertí. Al principio reconozco que me sentí ligeramente culpable, no debería, pero así era. Sin embargo, poco a poco fui olvidándome del desaire de Stephan, de tal modo que pude disfrutar de la obra de teatro, a pesar de no ser gran cosa, y, por supuesto, de la recepción posterior.

Uno de los actores, pésimo por cierto, pero muy atractivo, se acercó a saludarme. Puede que alguien le hubiese dicho mi nombre y, con la excusa de alabar al capitán, entabló conversación conmigo.

Tuve la precaución de mantenerme en todo momento a la vista de los invitados, para que nadie pudiera decir una palabra de más. Guardé asimismo las distancias y en todo momento procuré que nuestra conversación tratara de temas inocuos.

Sin embargo, el actor, Frédéric se llamaba, intentaba por todos los medios llevarme a su terreno, es decir, a un rincón apartado, donde mostrarme su talento en privado.

Desde luego, consideré su ofrecimiento como un halago y mi ego se mostró encantado de recibir proposiciones de ese tipo. No obstante, esa invitación era un regalo envenenado, pues si bien en otra época yo no hubiera vacilado ni un segundo, ahora ni siquiera lo deseaba. Uno de los efectos secundarios de estar enamorada, sin duda alguna.

Ningún otro hombre podía tentarme como Stephan lo hacía y eso podía traerme problemas, pues cuando él me abandonase (puede que su ausencia se debiera a sus obligaciones, pero el resultado era el mismo: me quedaba sin su compañía) no encontraría atractivo a ningún otro.

Rechacé la propuesta del actor con una sonrisa y un «Quizá», porque nunca hay que cerrar todas las puertas, y continué la velada en compañía de otros asistentes.

Cuando regresé a casa, y una vez que me hube preparado para acostarme, me acerqué al dormitorio de Stephan con la esperanza de encontrarlo allí. Llamé suavemente, para no despertarlo en caso de que estuviera dormido. Al no obtener respuesta, me adentré en su alcoba donde vi su cama hecha, sin rastro de mi marido.

Sola, enfadada no con él, sino conmigo por echarlo de menos, acabé por acostarme. Ni siquiera el triste intento de autosatisfacerme hizo que conciliara el sueño.

Caí dormida por agotamiento.

Y así, en ese estado estuve tres días más. Sin una noticia. Desesperándome. Maldiciéndolo por su abandono y hasta imaginando mil formas de vengarme.

Pero ninguna, en caso de llevarla a cabo, mitigaría mi dolor. Además, en cuanto lo viera aparecer, todas mis maquinaciones quedarían en nada.

Con la idea de un largo y solitario día por delante, bajé al salón del desayuno y después decidí aprovechar unos tímidos rayos de sol para salir y dar un breve paseo alrededor de la casa. Con un vestido bastante recatado y un chal para no enfriarme, salí afuera y disfruté de aquella pequeña tregua que nos daba el clima. Tuve la tentación de acercarme hasta la casa de Camille, pero lo cierto era que no me encontraba con ánimo para hacer investigaciones.

Tras un buen paseo, decidí sentarme en la parte trasera. Perder el tiempo, intentar no pensar. Era un buen plan. Me acomodé en un banco de piedra y me ajusté el sombrero de paja para que los tímidos rayos de sol no estropearan mi piel, y me quedé allí, sin otra cosa en mente que pasar la mañana. De vez en cuando, mi cerebro necesitaba relajarse y no dar vueltas a mis inquietudes. Me entretuve mirando cómo los sirvientes realizaban sus tareas cotidianas, algo que pocas veces hacía, pues desde que mi posición económica había cambiado, no quería volver a saber nada de ellas.

Pero hubo un sonido que no se correspondía con ninguna de esas actividades domésticas y, al llamarme la atención, decidí averiguar de qué se trataba. Era un ruido constante de metal chocando contra metal y no procedía del exterior, por lo que fui rodeando la casa hasta llegar a las puertas traseras acristaladas, por las que se accedía al gran salón; si se quería disfrutar de los jardines, se podía salir por ellas sin necesidad de rodear toda la casa. Las puertas estaban cerradas, igual que las ventanas, pero las cortinas se encontraban descorridas, de modo que se veía perfectamente el interior.

El sonido procedía de dos espadas chocando. Parpadeé. ¿Cuándo había regresado Stephan? Y, lo que era más grave, ¿por qué no me lo había comunicado?

Me quedé allí de pie, como un pasmarote observando cómo se ejercitaba junto con William. Habían retirado los muebles y las alfombras para disponer del máximo espacio posible. Entrenaban, de eso no cabía duda, pues ambos se reían y, lo que más me impresionó: se habían quitado parte de la ropa. Stephan tenía la camisa fuera de los calzones y abierta del todo, y el teniente llevaba el atuendo de forma similar.

Se detuvieron un instante y vi cómo William se secaba el sudor de la frente con el faldón de la camisa, ofreciéndome una panorámica espectacular de su torso. Me pareció turbador y, sobre todo, inapropiado excitarme contemplando el cuerpo de otro hombre, pero no pude evitarlo.

Retomaron el ejercicio y esta vez fue Stephan el que hizo que se me secara la boca al quitarse la camisa para moverse con mayor libertad.

Gemí. Allí, de pie frente a la ventana, estaba viendo a dos hombres practicar con

la espada. Me llevé la mano al pecho. Aquello era el sueño de cualquier mujer.

No sé el tiempo que permanecí en ese estado, pero no me perdí ni un solo detalle. De sus movimientos, de sus expresiones de burla, de diversión, de concentración... y todo ello sin apenas ropa encima.

Tan absorta estaba, que cuando Stephan se dio cuenta de mi presencia y abrió la ventana para llamarme, di un respingo al ser descubierta espiándolos.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, secándose el sudor con una toalla.

—Yo... yo... —balbucí y me sentí ridícula, en especial cuando vi que William me miraba con expresión de burla.

¿Qué mujer de sangre caliente no reaccionaría ante aquella visión?

¿Y cómo no pensar en las mil y unas posibilidades que aquella panorámica ofrecía?

Mis pensamientos, nada decentes, empezaron a revolotear por mi mente. Ideas extrañas, diferentes, aunque todas ellas excitantes. Picantes. Novedosas... y todo por la simple contemplación de dos hombres sin camisa.

Puede que, para ellos, estar de esa guisa mientras practicaban esgrima fuera lo más habitual, pero para mí no lo era. Había observado y disfrutado del cuerpo de mi marido en el ámbito de mi dormitorio, sin embargo, allí, con aquel aspecto medio indecente, me ofrecía una nueva imagen para soñar con él y pensar en las posibilidades que entrañaba.

—Anda, pasa, no vayas a enfriarte —me dijo, abriéndome las puertas, no sin cierto aire guasón.

A saber el tiempo que llevaba mirándome.

Lo cierto era que mi temperatura corporal distaba mucho de ser fría.

Obedecí y accedí al salón. William no hizo amago de cubrirse; por lo visto, se sentía tan cómodo como Stephan, algo que yo consideré inadecuado.

Cierto que ya no iba a impresionarme la visión de un hombre sin ropa, pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas a ciertos pensamientos de lo más inoportunos. Para mi equilibrio mental, debía vestirse y marcharse.

Yo deseaba quedarme a solas con mi esposo. Tenía que escuchar de sus labios una excusa que justificara su ausencia y que no me hubiese dejado ninguna nota.

—Os dejo, voy a ocuparme de unos asuntos... —William nos miró a los dos e hizo una mueca burlona que me molestó sobremanera... personales.

Se tapó de manera precipitada y salió a los jardines, dejándonos solos por fin.

Yo podía exigirle respuestas a Stephan, pedirle una explicación, pero mi lado irracional tomó el control. Me acerqué a él y puse una mano en su pecho sudado, sin importarme lo más mínimo que necesitara un buen baño.

Recorrí su pecho con la palma de la mano y los dedos separados. Él me sujetó de la barbilla y nos miramos fijamente a los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó, imaginé que sorprendido por mi silencio.

Tragué saliva, no le iba a mentir.

—Te he echado de menos...

No pude continuar. Sentí una presión en la nuca. Su mano me acercaba a él con fuerza hasta que su boca se posó en la mía. Me abrazó y lo abracé. Me aferré a su cuello y separé los labios para él. Ahora sabía lo que había necesitado durante esos días de ausencia.

Gemí y me entregué por completo a sus exigencias, de tal forma que apenas sin darme cuenta me fue llevando hasta uno de los divanes, junto a la pared. No pude conformarme solo con besarlo, así que lo toqué. Mis manos empezaron a palparlo, a sentir todo el calor de su torso. Sus labios buscaban cada punto sensible en mi cuello y yo me deshacía con cada uno de ellos.

—Yo también te he echado de menos —me confesó.

Y por su tono supe dos cosas: una, que era sincero, y dos, que a pesar de ello se volvería a marchar.

Suspiré en sus brazos, pero no me aparté. ¿Qué otra opción me quedaba, estando irremediabilmente enamorada de él?

Noté el borde del asiento y me eché un poco hacia atrás. Quería ver su expresión, fijarme en cada detalle. Sus ojos me lo decían todo, estaba tan excitado como yo tras aquel breve pero vehemente contacto.

Levanté la barbilla, al tiempo que llevaba las manos a ambos lados de sus caderas, cuyo contorno recorrí hasta llegar a su entrepierna. Oí satisfecha su siseo cuando apreté. Acerqué la cara y froté mi mejilla.

—Ornela... Espera... —suplicó, sujetándome de los hombros.

Sin embargo, ya era tarde. Empecé a desabrocharle el pantalón de forma frenética, hasta que por fin pude acceder a su erección. Levanté un instante la vista y me fijé en su mirada, tan intensa que me hizo temblar.

Antes de que me lo impidiera, o de que yo me dejara llevar por el rencor y por tanto me levantara para irme, me humedecí los labios y me incliné hasta poder atrapar su polla en mi boca.

Stephan clavó los dedos en mi cabeza y adelantó las caderas para que la penetración fuera lo más profunda posible. Yo puse las manos en su culo para acercarlo aún más.

Sentía cómo iba creciendo mi dependencia de él y cómo iba relegando mi propio placer para complacerlo. Y eso, por extraño que pareciera, me satisfacía como si fuera yo quien recibiera las atenciones.

Con la lengua, recorrí la punta, buscando cada pliegue, cada recoveco, mientras sus gemidos iban en aumento, lo que me indicaba el camino a seguir. Aumenté la presión de mis labios, incluso dejé que mis dientes lo rozaran.

—Ornela... —gemía una y otra vez—. Déjame tocarte, déjame sentirte...

—Hummm —me limité a contestar, sin soltarlo.

—Dios, querida, vas a acabar conmigo...

Deseaba no solo saborearlo como anticipo, lo quería al completo, que se corriera

en mi boca.

—Eso espero —murmuré, soltándolo un instante para retomar mi actividad con más ímpetu. Me fijé en su expresión de concentración. Tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta y respiraba agitadamente.

Me removí inquieta en el asiento, pues mientras lo acogía con los labios sentía cómo la humedad entre mis piernas aumentaba. Apreté los muslos, intentando aliviar, aunque fuera de forma leve, el calor que sentía en mi sexo empapado. Sabía que, si se lo permitía, Stephan se metería bajo mi falda y se ocuparía personalmente de satisfacerme. Continué chupándolo, gimiendo sin poder evitarlo. No cerré los ojos y entonces me recorrió un escalofrío. Una extraña sensación... Algo inesperado.

Giré levemente la cabeza y me quedé inmóvil. Desde la ventana, William estaba observándonos con una expresión cercana a la indolencia. Se había arreglado, hasta ahí todo normal, pero... ¿por qué había salido afuera? ¿Había intuido algo al verme entrar? ¿Tan evidente había sido mi mirada mientras los observaba?

Mi primera reacción fue retirarme, fingir que no estaba haciendo nada, sin embargo, no lo hice. Por alguna extraña e inexplicable razón, que él estuviera allí mirando me gustó. Alcé un instante la vista para comprobar si Stephan se había percatado de la presencia de su amigo, pero ahora tenía los ojos cerrados, disfrutando mientras me follaba la boca.

Envalentonada al sentirme observada, una eventualidad que jamás me había planteado llevar a la práctica, continué lamiéndolo sin apartar la vista de la ventana.

Nuestro invitado permanecía impasible, apoyado en el marco, con los brazos cruzados y una sonrisa perversa en el rostro. Me di cuenta, además, de que estaba excitado. No lo ocultaba.

No apartaba la vista y yo tampoco.

Nunca antes me había visto en una situación similar, ya que todos mis encuentros sexuales se desarrollaban en la intimidad de un dormitorio. Ni una sola vez había roto esa norma y ahora... ahora me sentía diferente.

Sin dejar de lamer a Stephan, pensé que quizá para ellos aquello no suponía ninguna novedad. A saber qué tipo de aventuras habían vivido en el pasado.

Stephan jadeaba y me tiraba del pelo, mientras yo proseguía demostrándole mis habilidades. No recordaba haberme encontrado en un estado de excitación similar. A las sensaciones físicas que experimentaba mientras lo tenía en mi boca, se sumaba la extraña perversión de ser observados.

No tenía ni idea de si mi marido se había percatado de ello. Desde luego, por la forma en que movía las caderas para que mi boca lo acogiera hasta el fondo, no daba la sensación de haberse enterado de nada o, de aun sabiéndolo, sentirse molesto.

Sus manos me apretaban con más fuerza, estaba a punto. Yo controlaba de reojo a nuestro espectador, al mismo tiempo que con las manos apretaba los testículos de Stephan, masajeándoselos para que tuviera claro que no iba a detenerme.

—Voy a correrme —gruñó él e hizo amago de apartarse.

Yo se lo impedí, quería que llegara hasta el final. Le agarré con fuerza el trasero, incluso le clavé las uñas. Lo noté temblar, sin duda el paso previo a su clímax.

Mantuve los labios alrededor de su miembro y me concentré en disfrutar, en proporcionarle placer, tanto si William seguía observándonos como si no.

Stephan cayó de rodillas a mis pies y recostó la cabeza en mis piernas. Jadeante. Yo me incliné y lo abracé. La curiosidad me impulsó a echar un último vistazo a la ventana. Allí seguía William. Al ver que todo había acabado, me hizo una reverencia de lo más burlona y dio media vuelta.

Esperé a que a mi esposo se le regularizara la respiración, pero por lo visto él tenía otros planes, pues metió las manos por debajo de mi vestido, buscando la unión de mis muslos.

—No... —balbucí.

Él alzó la vista con expresión burlona, pero no se apartó. Continuó hasta llegar al cordón que sujetaba mi ropa interior. Lo desató y comenzó a desprenderme de los calzones. Después levantó la falda para meterse debajo, con el evidente propósito de llegar a mi sexo.

—Estás empapada —musitó, sin sacar la cabeza.

Me eché hacia atrás y separé las piernas, dándole mayor acceso. Gemí con fuerza ante el primer contacto de su lengua. No iba a durar mucho más. Me encontraba en un punto de máxima excitación.

Puso las manos en mis rodillas obligándome a levantarlas hasta apoyar los talones en su espalda. No podía quedar más expuesta. Recostada por completo en el diván, me dejé llevar hasta que apenas cinco minutos más tarde su boca me condujo a un rápido orgasmo.

Me quedé desmadejada y, cuando abrí los ojos, me encontré su mirada intensa y ligeramente burlona.

—¿Sigues viva? —preguntó, acariciándome los labios con el pulgar.

Para demostrarle que sí, aunque a duras penas, le chupé el dedo.

Vi cómo tragaba saliva ante mi gesto lascivo y lo mantuve en mi boca. Stephan gruñó y me privó de mi diversión, aunque me dio algo mucho mejor.

Me besó.

Stephan y su posible sentimiento de culpabilidad fueron los responsables de los dos días más felices de mi vida, pues tras su regreso no se separó de mí ni un instante. Incluso llegó a desatender a William, lo que sin duda suponía toda una novedad.

Durante esas dos jornadas, me trató mejor que a una reina, compartiendo conmigo todos los momentos. Y no solo de puertas para adentro, sino también acompañándome en mis paseos matutinos o hablando conmigo.

Era curioso cómo, a pesar de llevar meses casados, apenas habíamos dedicado tiempo a conocernos. Podría haber aprovechado para sonsacarle algo y así seguir encajando piezas, pero al final me olvidé de ese asunto y terminé preguntándole por su infancia. Sentía curiosidad por saber cómo era de niño y eso derivó en una agradable tarde plagada de sonrisas, contándonos anécdotas.

Acabamos recostados en el suelo, sobre un improvisado lecho de cojines, con dolor de estómago de tanto reírnos. Me contó que había sido un niño travieso, un constante quebradero de cabeza para sus distintas institutrices, hasta que su padre, harto de que causara tantos problemas, lo alistó en el ejército. Así, aparte de aprender disciplina, continuaba con la tradición familiar.

También me habló de su madre y de su hermana, a las que yo no conocía, por lo que no sé si obligado por las circunstancias, o bien porque de verdad así lo sentía, me prometió que les escribiría para que vinieran a pasar unos días con nosotros y poder presentarme oficialmente.

Sonaba tan sincero... aunque si de verdad mi suegra hacía acto de presencia, ¿qué pensaría de mí? ¿Cómo reaccionaría al verme si Stephan, que con anterioridad la había predispuesto contra mí, ahora la invitaba como si tal cosa? ¿Qué sabía la madre sobre las actividades de su hijo?

Mientras estaba allí, recostada en el pecho de mi marido, intenté que todas esas preguntas no estropearan el momento, y también vigilaba de reojo la ventana por si de nuevo teníamos espectadores. Cierto que no estábamos en actitud indecente, pero quería que continuara siendo íntima, solo de nosotros dos.

Por suerte, nuestro querido señor Perlman por lo visto había decidido recluirse, lo que me facilitaba la tarea de no pensar en lo que había pasado, pues aún sentía cierta inquietud. Por desgracia, tenía muy presente su mirada mientras yo, sentada a la vista de cualquiera (circunstancia en la que caí más tarde, al darme cuenta de la hora del día que era y en donde estábamos) daba placer a mi marido con la boca.

Cierto que mientras ocurría me sentía más perversa de lo que nunca antes me había sentido, pero luego, en frío, me dio hasta vergüenza, pues podría haber sido algún sirviente.

Y eso me llevó a la siguiente preocupación: ¿por qué me había excitado más al saber que era precisamente William quien nos observaba?

¿Albergaba algún tipo de sentimiento, sin duda contradictorio, hacia él?

No se podía negar que el señor Perlman era atractivo y eso, unido a su carácter seductor, su imagen de hombre de mundo y su sonrisa perversa podía atraer a cualquier dama. Como era probable que ocurriera.

Podía caer en la tentación de indagar y, para ello, nada mejor que preguntarle a Stephan, que a buen seguro conocía sus andanzas, pero me di cuenta de que mostrar un excesivo interés por tal cuestión podría volverse en mi contra y mi esposo incluso quizá sospecharía. Por lo tanto, me quedaría con esa duda y me concentraría en disfrutar del momento. Tensar la cuerda, cuando aún no las tenía todas conmigo, tal vez me causaría graves perjuicios.

Tras nuestra interesante y reveladora tarde de conversación, en la que yo hablé un poco de mi propia infancia y nuestra posterior caída en desgracia, acabamos de nuevo en el dormitorio, donde al parecer no existía ningún tipo de barrera entre nosotros.

Stephan fue tierno y exigente al mismo tiempo. Salvaje y atento. Todo un marmágnum de contradicciones que me dejaron exhausta y con una agradable sensación.

Lo último que recuerdo es que me dormí acurrucada en sus brazos, pensando que así me gustaría despertar.

Abrí los ojos una fría mañana de febrero, con el calor de Stephan a mi lado. Un hecho que agradecía sobremanera, ya que no sucedía muy a menudo.

—Buenos días —murmuró a mi espalda, estrechándome entre sus brazos.

Me hice la remolona con una sonrisilla en los labios, solo para que él intentara despertarme con más creatividad.

—Hummm —suspiré, cuando sus manos se posaron en mis pechos, apretándomelos.

Dejé que me acariciara, que me pellizcara, mientras movía el trasero contra su erección matutina. Aquello empezaba a ponerse interesante y separé las piernas. A buen seguro, Stephan aprovecharía mi iniciativa.

Lo hizo, bajó la mano, pero se detuvo justo encima de mi vello púbico. Lo oí maldecir entre dientes y, por si acaso, cubrí su mano con la mía, indicándole sin palabras que podía proseguir.

Pero no pasó de ahí, y mi euforia de desinfló cuando se apartó, eso sí, con un gruñido molesto.

—Eres una tentación, Ornela y una de las grandes...

Junto con esas palabras, recibí un beso en el hombro, pero poco más.

—¿Qué ocurre? —pregunté poniendo mala cara, pues sabía que ahora venía una mentira.

Me volví y lo vi abandonar la cama y ponerse la bata. Me daba la espalda, ni siquiera se iba a molestar en mentirme mirándome a la cara.

—Lo lamento profundamente —se disculpó y, aunque parecía sincero, a mí me daba igual—. Hoy tengo compromisos ineludibles.

Me tumbé boca arriba, aunque evité mirarlo, pues la desilusión estaba pintada en

mi cara. Debería haberlo sabido, aquellos dos días solo habían sido un paréntesis.

—Cuándo no —murmuré molesta.

Él se acercó a la cama, pero se quedó de pie, marcando sin duda las distancias.

—Lo siento —dijo, y se pasó la mano por el pelo—. Hoy no puedo quedarme, pero te prometo que...

Me senté en la cama, cubriéndome con la sábana antes de responderle.

—No me hagas promesas cuando sabes que vas a tardar muy poco en romperlas —repliqué con acidez.

—Ornela... no me lo pongas más difícil.

Pero su ruego cayó en saco roto, pues me crucé de brazos y adopté una postura de lo más intransigente.

—Vete, haz lo que tengas que hacer.

Stephan comprendió por mi tono que no iba a poder convencerme, así que se marchó, dejándome enfadada y con ganas de hacer alguna estupidez. Sin embargo, a los cinco minutos me di cuenta de que una mujer enamorada no hace estupideces para molestar a su marido.

Grité frustrada cuando oí el clic de la puerta al marcharse y negué con la cabeza por sentirme tan infeliz. ¿Cómo era posible que estar enamorada me trajera tanta desdicha?

¿No se suponía que en este estado todo sería felicidad?

Terminé levantándome de la cama, más por rutina que por ganas, y decidí mantenerme ocupada, pero mis quehaceres apenas me distrajeron media mañana.

Pasé el resto del día deambulando por la casa. Cuánto me hubiera gustado tener a Charles cerca para hablar con él. Era sin duda el mejor paño de lágrimas que una mujer podía tener, pero por desgracia, mi amigo estaba de viaje, poniendo al día sus asuntos como conde.

Solo deseaba que todo le fuera bien y que poco a poco se hiciera con las riendas de su vida y se alejara lo máximo posible de su familia, porque, de no ser así, nunca podría vivir tranquilo.

Esperé que Stephan al menos se dignara dar señales de vida a la hora de la cena y, por si acaso, decidí subir a mi habitación y arreglarme con especial cuidado.

—Buenas noches, Ornela.

Me detuve en el último escalón, sorprendida al encontrar a William allí, pues había supuesto que estaría maquinando junto a mi esposo. Respiré hondo para calmarme y preparar mentalmente una réplica contundente, en caso de que hiciera alguna mención de lo que había presenciado.

—Buenas noches —respondí, intentando sonar educada.

Le dediqué una leve inclinación de cabeza y continué mi camino. Ya que él no decía nada, opté por una retirada honrosa. Lo mejor era que evitara exponerme a sus mordaces comentarios y fingiera que nada había pasado.

Oí sus pasos siguiéndome, lo cual era de lo más extraño, pues su habitación

estaba al otro lado del pasillo. Puse una mano sobre el picaporte de la mía y miré por encima de mi hombro.

Allí estaba, detrás de mí, con aquella media sonrisa burlona suya tan característica, pero en esta ocasión además me miraba de una forma que me inquietó.

Quizá no fuera a tener tan buena suerte, después de todo.

—Me gustaría tener unas palabras contigo, si eres tan amable —me dijo, dejándome aún más contrariada.

Intuía por qué quería hablar conmigo y negarme denotaría una actitud muy cobarde por mi parte, así que asentí.

—De acuerdo, bajaré en unos minutos —contesté sin perder las formas.

Él arqueó una ceja y se cruzó de brazos, adoptando una pose indolente que me molestó sobremanera.

Yo abrí la puerta, dispuesta a darle con ella en las narices y hacerle esperar más de la cuenta por mostrarse tan altivo conmigo. Debería saber que yo no iba a permitirle a nadie, y mucho menos a él, aquellas demostraciones de arrogancia.

Entré en mi cuarto y me quedé de piedra cuando vi que William, lejos de respetar mis deseos, se adentraba conmigo en mis aposentos y cerraba la puerta tras de sí.

Con las manos en las caderas, me dispuse a enfrentarme a semejante osadía.

—¿Cómo te atreves a entrar aquí?

—Ornela, no hace falta que finjas escandalizarte. Eres una mujer demasiado inteligente como para eso —replicó, para mi más completa estupefacción.

—Fuera —exigí, señalando la puerta.

William negó con la cabeza y su sonrisa se amplió, como si toda aquella situación le resultara graciosa.

—Creo que deberías mostrarte un poco más comunicativa —dijo, acercándose a mí. Acechándome, más bien.

Por instinto, no por cobardía, di un paso atrás. Quería poner toda la distancia posible entre ambos. Que él estuviera allí, pese a que no hubiese ocurrido nada, podía malinterpretarse de mil maneras.

Y yo no podía correr ni un solo riesgo.

—Esto es del todo inapropiado. Si quieres hablar conmigo, puedes esperarme en el saloncito, no tardaré en bajar —respondí, con la idea de poner fin a aquel despropósito.

Recurrir a la vía diplomática me pareció la mejor solución. Esperaba que él fuera medianamente razonable y se diera cuenta de la situación.

—No hace falta tanta formalidad, ¿no crees? —replicó en tono burlón, haciendo que se me erizara el vello.

Dio un paso más hacia mí y yo me tensé. Aquello empezaba ponerse muy feo. En cualquier momento podría aparecer Stephan y, debido a lo ocurrido en el pasado, sin duda pensaría lo peor de mí. Y, claro, William saldría mucho mejor parado, ya que entre la lealtad de su amigo y el honor de su esposa, sin duda él elegiría la primera

opción.

—Disiento —murmuré, nerviosa ante su cercanía. Si continuábamos aquel extraño baile en el que yo daba pasos hacia atrás y él hacia delante, no me quedaría espacio para seguir retrocediendo—. Es del todo inapropiado que estés en mi dormitorio, siendo yo una mujer casada.

—Vamos, Ornela, entre nosotros carece de lógica mostrarse discretos —dijo, cuando sentí el borde de la cama tras mis piernas.

Levanté el brazo, dispuesta a abofetearlo si era preciso para pararlo, pero él me lo interceptó.

Apretó mi muñeca, suspendida cerca de su objetivo, pero no lo suficiente. Tiré, con la idea de liberarme, pero su fuerza era muy superior a la mía. Y eso, unido a su sonrisa burlona, me desesperaba.

—Eres un indeseable. —Insultarlo me parecía poco, comparado con lo que a mí me podría ocurrir si Stephan aparecía. Ninguna explicación podría aplacarlo.

Nos miramos fijamente, sin parpadear, un reto silencioso... Esperando que uno de los dos cometiera un error...

Y entonces lo supe. La intención de William no era otra que ponerme en un compromiso y echar a perder mi matrimonio, de tal forma que de nuevo ambos pudieran marcharse por ahí sin que Stephan tuviera remordimientos y sin rendir cuentas a nadie.

Desde que su amigo se había casado, sus correrías, idas y venidas estaban abocadas a la desaparición, pues mi marido, tarde o temprano regresaría a casa y, al estar yo presente en sus pensamientos, quizá su temeridad se atenuaría.

Y eso, para cualquier hombre acostumbrado a no dar ningún tipo de explicación suponía una gran contrariedad, así que, ¿qué mejor solución para volver a las andadas que deshacerse de mí?

—Si no te conociera, pensaría que estás ofendida de verdad, pero tú y yo sabemos que no es cierto —me provocó y, no contento con eso, se inclinó hacia mí de tal forma que pudo inmovilizarme colocándome ambos brazos a la espalda y acercar sus labios a mi oído.

Apreté los dientes y respiré. De ninguna manera le pondría las cosas fáciles. Me resistiría y, a la menor oportunidad, le clavaría las uñas. Un bonito recordatorio de que conmigo no se jugaba.

—Suéltame —ordené sin amilanarme.

Me dominaba físicamente, eso era evidente, sin embargo, no podría obligarme a colaborar.

—Desde el momento en que te conocí he querido saber, de primera mano, qué tienes para volver locos a los hombres... —me dijo en un tono susurrante, erótico y provocador.

Quise levantar la pierna y darle un rodillazo con todas las ganas para zafarme; no obstante, de nuevo se adelantó a mis movimientos y esta vez acabé tumbada en la

cama, con él encima.

—Aparta tus sucias manos de mí —le espeté rabiosa.

—No finjas. Estoy seguro de que toda esta situación te excita...

—Antes muerta que permitir que me toques.

—Ay, ¿qué voy a hacer contigo? Eres como dicen las matronas: una casquivana. Provocas a los hombres y luego esperas que mantengamos las manos quietas.

—Eres un indeseable...

—Soy un hombre y como tal respondo ante determinados estímulos, y tú, mi provocadora Ornela, eres única lanzando señales —me acusó, mirando mi escote.

Resoplé indignada ante tales acusaciones. En ningún momento me había insinuado y, en todo caso, si estando delante había presenciado algún gesto de seducción, desde luego no iba a dedicarlo a él.

Aprovechando un descuido, logré soltarme una mano y comencé a pegar, sin saber si acertaba o no.

—Quiero a Stephan y no voy a permitir que arruines mi matrimonio.

—Ah, pero mi querida Ornela, él no tiene por qué saber nada.

—¡Suéltame! —insistí, cada vez más nerviosa, consciente de que tenía mucha menos fuerza que él.

—Seremos discretos... —murmuró en tono sugerente.

—He dicho que no. —Me retorcí por enésima vez.

—Puedo hacer que grites, que gimas de placer... que lo olvides.

—Eso es imposible. Nunca serás como Stephan. Ningún otro podrá sustituirlo —aseveré con convicción, pues era cierto.

Decirlo en voz alta reafirmó mis convicciones. Era la primera vez que lo reconocía delante de otra persona, aunque en este caso fuera ante un indeseable, capaz de humillar a una mujer y traicionar a un amigo.

Todo un récord.

—Eres irrepetible... —murmuró él, justo antes de inmovilizarme de nuevo y besarme.

Aquello era sencillamente una locura. Me pilló tan de sorpresa que tardé más de lo prudente en responder. Besaba bien, pero aquello no podía ser y, cuando por fin pude reaccionar, le mordí el labio con saña.

William me miró contrariado, como si no se lo creyera, y entonces aproveché para darle el bofetón que se había ganado a pulso.

—Eres una fiera...

—Y esto no es nada —añadí, dispuesta a darle otro.

—Ah, desde luego hay fuego en tu interior.

—Algo que tú nunca podrás disfrutar —repliqué enseguida ante su falso elogio.

Él sonrió de medio lado, sin duda divertido ante la situación. Su expresión burlona no era sino un argumento más para odiarlo de por vida.

—Creo que deberíamos ponernos cómodos —insinuó, mirando mi escote. No

parecía afectado por mi mordisco—. Apuesto cualquier cosa a que estás excitada, que entre tus piernas podré pasar un buen rato.

—Lo dudo. No me excitas, no me atraes.

—Eso es cuestión de tiempo...

—¡No! —grité, horrorizada ante sus intenciones deshonestas.

—Ya es suficiente —ordenó una tercera voz.

La reconocí de inmediato. ¿Cómo no hacerlo?

Cerré los ojos un instante, ordenando mis pensamientos. Aquello tenía que ser una mala pasada de mi imaginación. El miedo hacía que oyera la única voz que significaba problemas. Aún tenía encima a William y aún sentía su aliento cerca de mi cara.

—He dicho que ya es suficiente.

No era producto de mi mente febril.

Giré la cabeza y lo vi.

Allí estaba... Cruzado de brazos con expresión seria, contemplando toda la escena apoyado en el marco de la puerta que comunicaba nuestras alcobas.

Me quise morir.

Ahora montaría en cólera, porque tal como nos había encontrado solo sacaría una conclusión y, para mi desgracia, yo sería la peor parada.

Cerré los ojos un instante y contuve las lágrimas.

¿Cómo hacer que me entendiera? ¿Qué explicación podía ofrecerle para que creyera que el canalla de su amigo había abusado de nuestra hospitalidad y de mí? ¿Cómo hacerle comprender que yo era la parte inocente, que toda aquella absurda situación no era sino una artimaña del que hasta ese momento llamaba amigo, para dejarme a la altura del barro?

Mientras yo divagaba, buscando una salida, caí en la cuenta de que Stephan no había vociferado y exigido respuestas al encontrarnos en mi dormitorio y en una situación peliaguda...

Pero hubo algo... que me dejó aún más sorprendida que su repentina aparición.

En su rostro no había muestras de enfado. Ni rastro de marido ultrajado ante la evidencia... Aquello no podía ser.

—Ya era hora —intervino William, resoplando.

Empezó a incorporarse para liberarme de su peso y miró a mi marido.

Y entonces me di cuenta de todo. Observé a uno y a otro alternativamente y mis peores temores se confirmaron.

Presa de la rabia, empujé a mi acosador, que parecía divertido. Pero tardó más de la cuenta en apartarse y, aprovechando que aún lo tenía a tiro, levanté la rodilla y le acerté de pleno en la entrepierna.

—¡Maldita sea! —gritó, llevándose de inmediato ambas manos a sus partes y mirándome como si estuviera loca.

Una pequeña compensación por haberme hecho pasar tan mal rato y por haberse prestado a ello. Por supuesto, aún quedaba otra parte de la ecuación de la que ocuparme.

Me incorporé sobre los codos y miré a Stephan con rabia, ignorando completamente a mi agresor, que seguía lamentándose. Mi marido hizo una mueca,

supongo que debido a la solidaridad masculina.

Debería haberle atizado con más fuerza. No me haría sentir mejor, pero al menos esa rata rastrera se lo pensaría dos veces antes de volver a acercarse a mí.

—Ornela, por favor, escucha... —comenzó Stephan, al ver cómo me acercaba a él con el enfado pintado en la cara.

No le di tiempo a terminar la frase; avancé decidida, iracunda por haberme hecho pasar por semejante apuro, y le solté un buen bofetón.

Pretendía expresar mi indignación con ese gesto, pero no lo logré. Mi enfado era considerable y, para apaciguarme, no bastaba con una sola bofetada.

Me sentía tan impotente ante aquella crueldad...

—¿Cómo has podido?! —pregunté, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano. Lágrimas que no pude contener, a pesar de que lo intenté. Odiaba que me viera así.

—Déjame que te explique... —intentó él calmarme de nuevo, con voz serena.

No obstante, iba por muy mal camino.

—Ten cuidado —intervino William desde la puerta, aún con expresión de dolor— y protege tus partes —añadió, haciendo lo propio por si volvía a atacarlo—. Tu mujer es letal.

Lo fulminé con la mirada. Incluso hice amago de ir a por él. Desde luego, ganas no me faltaban. Ni motivos tampoco. Haberse prestado a semejante charada significaba, entre otras cosas, que no me respetaba.

—¡Fuera de aquí! —le espeté rabiosa.

Ante la agresividad de mis palabras, entendió que no quería verlo ni en pintura.

—Déjanos a solas, por favor —le pidió el conspirador de mi marido.

Me dio la impresión de que, más tarde, en privado, le daría las gracias, pero que delante de mí disimulaba para no enervarme aún más.

En el acto supe que la que sobraba en aquel escenario rocambolesco era yo. Al menos tenía derecho a una digna retirada.

—La que se va soy yo —dije, dándome la vuelta dispuesta a abandonar mi alcoba. A huir de allí y buscar un sitio apartado donde lamerme las heridas y recomponerme. Estaba herida, dolida, pero de ninguna manera aquello iba a poder conmigo.

Stephan estaba equivocado por completo si pensaba que con su humillante plan me iba a pillar en falta. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Las palabras no iban a arreglar aquel desaguizado, si acaso enredar aún más la madeja.

—Espera —me pidió, sujetándome la muñeca.

Yo tiré con brío para soltarme y evité mirarlo a la cara. No quería caer en la tentación de escucharlo. Desde que nuestras miradas se habían encontrado por primera vez, tenía claro que sus ojos eran peligrosos.

William se marchó con discreción, tanto que ninguno de los dos se percató de ello.

Stephan no me soltaba. Me aferraba con fuerza, incluso llegó a hacerme daño, aunque prefería mil veces ese dolor antes que el que sentía en mi interior. Intentaba tragarme las lágrimas sin éxito; intentaba no odiarlo; no obstante, me lo había puesto muy fácil.

Ahora era yo la que no sabía si podría perdonarlo.

—Ornela... —suspiró y aflojó un poco su agarre.

Giré la cara cuando vi que pretendía limpiarme las lágrimas que corrían por mis mejillas. Sus gestos de ternura solo empeoraban todo aquello.

—Déjame —mascullé.

—No. Vamos a hablar. Tú y yo —dijo categóricamente.

Respiré hondo. Su tono autoritario me enervó aún más.

—Eres odioso. Indigno. Y no quiero tener nada que ver contigo.

—Eres mi esposa —me recordó de forma absurda, recurriendo al juego sucio.

—No lo soy, a una esposa no se la trata así —repliqué, por si no era consciente de ese hecho.

—Por supuesto que eres mi mujer —me espetó ofendido.

¡Ofendido! Tenía el descaro de sentirse así. Él, que hasta hacía unos instantes había presenciado impasible mi apuro, a saber por qué extraña perversión.

—Soy simple y llanamente una posesión más y por tanto estoy sujeta a todos tus caprichos —lo corregí con sarcasmo, echándole en cara sus propias palabras.

—Estás muy confundida —me dijo con voz tierna, echando más sal a la herida.

Yo no quería ternura, ni bonitas palabras, ni mucho menos gestos comprensivos. Sobraban las explicaciones, aquello carecía de sentido.

—No me trates con condescendencia —dije entre dientes.

Negó con la cabeza e hizo una mueca ante mi obstinación; pero ¿qué esperaba? ¿Que aplaudiera? ¿Que estallara en carcajadas? ¿Que me acercara a él, sonriera y lo perdonara sin más?

Qué poco me conocía. Cuánta arrogancia.

Para mi más completa estupefacción, tiró de mí arrastrándome hasta su dormitorio. Una vez allí, me dejó de malas maneras sobre la cama.

Abrí los ojos como platos. ¿Pretendía que me acostara con él?

Por cómo me miraba, intuí que así era.

—Ni se te ocurra moverte.

Obedecí su orden. Iba en contra de mis principios, no obstante, sentí curiosidad por saber hasta dónde era capaz de llegar.

Bostecé solo para desanimarlo.

—Te quiero —me soltó a bocajarro.

Aquello era lo último que esperaba.

La alegría inicial al oírlo se difuminó rápidamente al darme cuenta de lo hábil que era Stephan con tal de salirse con la suya. Había adivinado mis sentimientos hacia él y pretendía usarlos en mi contra.

—Y sé que quizá no ha sido la forma más ortodoxa de comprobar tus sentimientos hacia mí —prosiguió.

Lo observé en silencio. Parecía afectado, molesto incluso con sus propias decisiones. No dejaba de pasarse la mano por el pelo. Me miraba de reojo, esperando mi reacción o, mejor dicho, mis gritos e insultos.

Respiré una vez más. No quería perdonarlo. No debía perdonarlo. No era bueno perdonarlo.

—No me mientas —murmuré, poniendo cara de repugnancia ante su burda manipulación sentimental.

Caminó hasta situarse frente a mí y se acuclilló. Me cogió las manos y me sujetó la barbilla. Su mirada, la misma peligrosa mirada que me había hecho elegirlo como esposo, me inmovilizó.

—Es la verdad. Desde la primera vez que te vi. He intentado olvidarte, me he recordado una y otra vez que eres peligrosa para mi paz interior. Que de forma deliberada rompes todos mis esquemas, que no puedo dejar de pensar en ti y que, por mucho que te empeñes en negarlo, estamos hechos el uno para el otro.

Tragué saliva ante esa declaración. No se podía negar que la sinceridad impregnaba cada una de sus palabras; sin embargo, aún me sentía dolida, tanto como para no poder apreciar lo que eso entrañaba en realidad.

—Has jugado conmigo.

—Ornela...

—Y has jugado con ventaja.

—Te pido perdón, yo... —Volvió a pasarse la mano por el pelo.

¿Arrepentimiento, quizá?

—¿Necesitabas humillarme primero para compensarme después?

—Eso no es así.

—¿No? Solo dices lo que quiero oír cuando previamente te has asegurado de que tu orgullo está a salvo.

—Solo digo lo que siento... —se defendió.

Menos mal que no se llevó la mano al corazón. No hubiera soportado tanto teatro.

—¿Habrías dicho lo mismo sin someterme antes a semejante bajeza?

—Maldita sea... —masculló, al ver que no todo iba según sus planes.

Debería saber que no podía manejarme con un chasquido de dedos, como a cualquiera de sus subordinados. Yo acataba sus órdenes porque no me quedaba más remedio, pero las cuestionaba y, por supuesto, se lo hacía ver.

Siempre estaba en desventaja respecto a él, pero al menos, dejar clara mi postura me hacía sentirme mejor. Nunca sería un perro amaestrado que hace cualquier cosa al oír la voz de su amo.

—Encima no tengas la desfachatez de mostrarte ofendido —lo reprendí, pues no tenía ningún derecho a ello.

—Ornela... escúchame, por favor.

—¿Has visto lo que querías ver?

—Ya he reconocido que quizá el método no haya sido el más ortodoxo, sin embargo...

—Dilo todo —exigí—. Desconfiabas de mí —terminé yo por él.

Ese era el quid de la cuestión y Stephan estaba siendo prudente en exceso al evitar tocar el tema.

Nos miramos fijamente. Su artimaña para pillarme en un renuncio se iba a volver en su contra. Él lo intuía y yo no estaba por la labor de ponerle fáciles las cosas.

—Estaba equivocado —admitió con pesar.

Y yo decidí ser cruel.

—¿No te has parado a pensar que podía estar fingiendo? —murmuré y ambos supimos que en lo que a fingir se refería yo tenía experiencia.

Stephan arqueó una ceja.

Me tragué las lágrimas, el dolor y mis propios sentimientos para continuar.

—¿Y si sabía que estabas observando?

—Ornela... —dijo, negando con la cabeza ante tal posibilidad.

Daba la sensación de que no me creía. Pensaba que su plan carecía de fisuras, pero no dejaba de mirarme, como si una pequeña duda se hubiera instalado en su interior.

Una mínima ventaja que yo debía aprovechar.

—Me lo has puesto tan fácil... —dije con fingido desdén—. Reconozco que me he excedido al darle un rodillazo, pero tenía que resultar verosímil.

Stephan hizo una mueca, hay cosas que siempre duelen.

—Tanto si fingías como si no —murmuró en tono escéptico, cogiéndome la mano —, no tiene sentido negar lo que siento.

—Maldita sea... —mascullé, intuyendo lo que vendría a continuación.

—Te quiero, eso es lo que importa.

Refunfuñé. Mi treta no había surtido el efecto deseado.

Hice amago de incorporarme y, como esperaba, Stephan me lo impidió.

—¡Deja de decir esas cosas!

—Ornela... ¿es que aún no te has dado cuenta?

Fruncí el cejo. Ya no soportaba más aquella actitud comprensiva. Así resultaba muy complicado odiarlo. Sin embargo, cuando mi rabia alcanzaba su punto máximo, Stephan mantenía la calma y se empeñaba en diluir mi enfado con palabras suaves y gestos tiernos.

Continuaba arrodillado a mis pies, acariciándome la cara con dulzura y declarándose. Sin embargo, no podía dejarme convencer con tanta facilidad. Me recordé el único motivo por el que habíamos llegado a esa situación e intenté mantenerme en mis trece, pero como toda mujer enamorada, me resultó misión imposible soportar sus gestos.

Tenía que salir de allí, pero él, agachado delante de mí, me lo impedía. Le di la espalda, quería recomponerme, odiarlo con todo mi ser. Stephan podía hacerme caer con solo una mirada y, aun siendo consciente de ello, no grité ni lo empujé para salir corriendo.

—¿Aún no te has dado cuenta de que eres la única mujer a la que perdonaría cualquier cosa?

Tragué saliva. Cerré los ojos y me tapé la cara con las manos.

Él me sujetó de las muñecas y descubrió mi rostro, mientras me miraba con cariño y una media sonrisa.

—No me hagas esto... —susurré, volviendo la cara para evitar sus ojos.

—Y siempre serás la única —remató, dejándome desarmada.

Así era imposible luchar.

Negué con la cabeza. Me puso una mano en la espalda y se acercó a mí con la intención de abrazarme, de mirarme y, si su mirada ya era letal, sus caricias lo eran mucho más.

Me revolví y conseguí apartarlo y ponerme en pie.

—No te atrevas a tocarme —lo amenacé, rabiosa no por sus palabras, sino por mi propia debilidad.

Sin embargo, mi victoria fue efímera. Él se encargó de hacerme caer en la cama y de inmediato se puso encima de mí para cortar de raíz cualquier nuevo conato de resistencia.

Lo miré echando chispas por los ojos ante semejante despliegue de dominación y

en especial por su media sonrisa burlona.

En esa postura, con la respiración agitada y forcejeando inútilmente, mis pechos se elevaban y amenazaban con desbordarse del escote y él se percató de ello. Cómo no, sus ojos se posaron en esa parte de mi anatomía y una sonrisa de lo más perversa asomó a su boca.

Un nuevo motivo para odiarlo y aquella noche la lista no paraba de incrementarse.

Tenerlo así, encima de mí, inmovilizándome, me hacía sentir incómoda pues dos veces en una misma noche, desde luego no era plato de gusto para nadie. La diferencia respecto a la bochornosa situación vivida con William era que a este podía arañarlo, pegarle o lo que fuera menester con tal de defenderme, pero ¿qué podía hacer para quedar a salvo de las intenciones —dudosas o no— de mi marido?

Con los ojos enrojecidos por el llanto debía de estar horrible; sin embargo, ahora ese detalle, que en otras circunstancias hubiera sido importante para mí, carecía de relevancia. El objetivo más inmediato no era otro que refugiarme a solas y evitar que él continuara viendo cómo me derrumbaba poco a poco. Después de su charada, al menos me debía ese favor.

—Quiero ir a mi habitación. Sola. —Puse énfasis en esto último, para evitar ambigüedades.

—Y yo quiero mucho más que una esposa respondona —me replicó de buen humor, pese a que la situación era de todo menos cómica, al menos para mí.

Inspiré profundamente, ya no aguantaba más.

Le puse las manos en los hombros y lo empujé con todas mis fuerzas. Intentó sujetarme, pero empecé a patear y a revolverme, dando manotazos a diestro y siniestro. Quizá de esa forma solamente malgastaba mis energías y, como mucho, le procuraba un rato de diversión.

—¡Ya basta! —me gritó con su voz marcial y, por supuesto, yo no hice ni caso, continué mi inútil plan de defensa—. O te estás quieta o juro por lo más sagrado que te ato a la cama y te amordazo.

Abrí los ojos como platos.

—No te atreverás... —farfullé, resollando a causa del esfuerzo. En mi voz se reflejaban el temor y la curiosidad a partes iguales.

—Oh, sí, nada me gustaría más que tenerte de ese modo, aunque, por supuesto, nos quedaría una condición indispensable.

—¿Cuál? —preguntó mi lado irresponsable, dándome cuenta de mi error en el acto.

Su sonrisa se amplió; ahora además de perversa era lobuna.

—Desnuda, Ornela. ¿Te lo imaginas?

Tragué saliva y cerré los ojos. De inmediato la imagen apareció en mi cabeza, algo que resultaba muy pero que muy peligroso, aunque... ¡tan excitante!

Giré la cabeza a un lado, fingiendo no haberlo oído, fingiendo no querer dar el

siguiente paso; sin embargo, mi esfuerzo por obviar la realidad se diluía a cada segundo, ya que su respiración se acercaba a mi oreja.

—Podría utilizar los cordones de las cortinas... —prosiguió con voz ronca, apretando mis muñecas contra el colchón—... o tus medias... —Me mordió el lóbulo y gemí—. Podría estar toda la noche observándote... sin apenas tocarte..., y no te quedaría más remedio que aguantar, indefensa, excitada, a que yo me decidiera a acariciarte, a lamerte o a lo que se me pasara por la cabeza. Al tener todo el tiempo del mundo y a ti disponible, no sabría decidirme.

Quizá, y era un quizá muy grande, Stephan y yo deberíamos haber pasado por la fase de cortejo, como cualquier otra pareja, para que él pudiera escandalizarme convenientemente, tras convencerme de que lo acompañara a un jardín retirado, a salvo de las miradas de las matronas. No obstante, nunca tuvimos lo que se dice un proceso típico. Yo lo elegí porque me convenía y él, al parecer, porque le impresioné.

¿Esos eran fundamentos suficientes para un matrimonio?

Yo estaba convencida de que sí, o al menos al principio. Sin embargo, todos y cada uno de los movimientos de Stephan parecían encaminados a contradecirme.

—Déjalo ya, hoy no tengo ganas —mentí lo mejor que pude.

—Ornela, tienes los pezones duros y no es de frío. No me hace falta meter una mano entre tus piernas para saber lo húmeda que estás.

—No me hagas reír —respondí.

—No me obligues a hacer las comprobaciones precisas, aunque... ahora que lo pienso, sí, obligame a ello. Nada me gustaría más.

De nuevo le daba la vuelta a la tortilla y yo no sabía qué más hacer.

—Muy bien —dije altiva y, mientras me relajaba, separé las piernas indicándole que me tenía a su entera disposición.

Él, que de tonto no tenía un pelo, frunció el cejo. Mi respuesta no le había gustado nada.

—No quiero volver a ver a aquella mujer de nuestra luna de miel, ¿entendido?

Respiré y mantuve mi actitud pasiva. Desde luego, resultaba el mejor modo de luchar con él, pues por la fuerza siempre llevaría las de perder.

—¿Entendido? —insistió, alzando más la voz.

Incluso me zarandé, molesto por mi actitud. Una actitud que le recordaba momentos sin duda penosos. Entonces me di cuenta de que la única forma de librarme de él era recurrir a mi papel de esposa sumisa.

—Estoy a tu entera disposición —le dije.

Stephan se apartó de mí en el acto. Lo había conseguido, por fin estaba libre y había logrado herirlo. Aunque aún podía darle la última estocada. Me levanté la falda, mostrándole así mis piernas y lo que podía encontrar entre ellas.

—¿Alguna vez, Ornela, alguna vez te darás cuenta de que me tienes completamente a tus pies y que con esa actitud de chiquilla inmadura solo estás destrozando con tus propias manos algo realmente importante? —me dijo,

mirándome a los ojos, sin desviar una sola vez la vista hacia mis muslos.

Tenía razón. Había que perdonar o, si no, mis rencores solo me llevarían a cavar un fosa para mi matrimonio. Era entonces o nunca.

—Te quiero, y eso es lo único que debería importar ahora —prosiguió él en el mismo tono enfadado y desilusionado ante mi actitud tan pueril—. Respeto tus deseos más de lo que puedas imaginar. —Esto último lo dijo en tono resignado—. No voy a obligar a ninguna mujer, y menos a la mía, a la que quiero, a acostarse conmigo.

¿Qué mujer no se derretiría al oír semejantes palabras?

No resistí más aquel despliegue romántico y me eché encima de él, rodeándolo con los brazos. Con tanto ímpetu que lo tiré al suelo y caí encima.

—La única a la que deseo. La única a la que podré querer y que, sin duda, en algunos momentos me vuelve loco —añadió con un aire incluso solemne.

No me apetecía separarme de él, ni en ese momento ni nunca.

No era la primera vez que un hombre se me declaraba, pero sí la primera vez que yo no me asustaba al oírlo, ni sentía la necesidad de huir. Es más, solo pensaba en las palabras que yo debería pronunciar. Pero se me atascaban en la garganta, no lograba expresar lo que sentía. Stephan me había ganado la partida.

Me tenía en sus manos por completo y no merecía la pena mentirme a mí misma, yo deseaba que así fuera.

—Ornela... —jadeó, cuando me moví sobre él, rozándolo—. Creo que deberías besarme.

Sonreí débilmente. Por supuesto que besarle era una opción apetecible, pero por alguna extraña razón, quería posponer ese momento. Mirarlo embobada, mientras permanecía recostada sobre él, con sus manos en mi cintura.

Negué con la cabeza y le toqué los labios. Un gesto delicado, puede que insuficiente, pues sentía su excitación bajo mi cuerpo.

Stephan se quedó quieto, sin apartar los ojos de mí, mientras yo continuaba mi exploración táctil. Podía parecer absurdo perder el tiempo en algo tan nimio en apariencia, pues llevábamos a nuestras espaldas encuentros mucho más íntimos e intensos. Sin embargo, creí conveniente dedicar aquellos minutos a memorizar sus rasgos con mis manos. Mis roces parecieron relajarlo y se quedó tendido, con los brazos en cruz, mientras yo continuaba tocándolo.

—Cierra los ojos —musité, acercándome para besarle los párpados.

Esperé hasta que obedeció y después deposité un suave beso, tal como era mi deseo.

Lo oí gemir y acto seguido esbozó una sonrisa bobalicona.

—¿Eso es todo con lo que vas a obsequiar a un hombre que te ama?

—Sí —respondí y agradecí que tuviera los ojos cerrados y así no viera mi expresión de absoluta adoración. Puede que lo supiera, pero prefería no ser tan transparente.

—Mujer cruel...

—Sé paciente y obtendrás tu recompensa —susurré, sin dejar de recorrer su rostro con la yema de los dedos.

—Cruel y sin sentimientos —añadió con aire burlón—. Yo, que haría cualquier cosa por ti, y mírame, casi tengo que suplicar que acerques tus labios a los míos.

Me miró de reojo e hice un puchero de niña mimada para que me dejase continuar. Por supuesto, mi intención no era pasarme toda la noche vestida. Pero Stephan no tenía por qué saberlo y por su actitud deduje que se resignaba a quedarse quieto. Me moví con suavidad sobre su cuerpo, apretando los muslos, y oí un gemido muy elocuente. Lo repetí solo por darme el gusto de oírlo de nuevo.

Le desanudé el pañuelo. La seda era un excelente complemento en la indumentaria masculina, pero aquella noche podía, además, ser un invitado de excepción.

—¿Qué pretendes? —inquirió, haciendo amago de incorporarse.

—Disfrutar de mi marido —respondí con la verdad, algo que por cierto deseaba como nunca antes había hecho.

—No lo dudo, pero... hay otras formas de hacerlo... —dejó caer; sin embargo, yo no necesitaba precisamente ideas.

Me ocupé de su camisa y se la abrí para tener acceso a su pecho, que recorrí con mis manos. Primero con cuidado, para después clavar las uñas y dar un toque más agresivo a mis caricias. Me detuve en su cintura y me eché un poco hacia atrás, arrastrándome sobre sus piernas. Un leve contacto que, lejos de aliviarme, me encendió aún más. Decidí que quitarme el vestido podía considerarse caso de extrema necesidad.

Dejé caer el pañuelo sobre su cara, dificultándole de modo parcial la vista, y me puse en pie. Stephan se lo apartó de un manotazo y fijó los ojos en mí y en especial en mis manos, cuando se afanaron en ir a los enganches de mi ropa y soltarlos, para permitir que mi vestido se deslizara por mis curvas, hasta quedar ante él solo con una camisola transparente y las medias.

Vi cómo tragaba saliva, pero aún podía mejorarlo, así que me lo quité todo, inclinándome hacia delante y adelantando la pierna para bajarme una media, que le arrojé a la cara y él atrapó al vuelo. Sin duda dispuesto a utilizarla conmigo si era menester. Repetí el proceso hasta quedarme desnuda y, una vez logrado ese objetivo, me agaché y recuperé el pañuelo de seda, que me coloqué alrededor del cuello.

Él permanecía apoyado en los codos, maravillado con la visión que tenía delante, mudo incluso. Excitado. Podría decirse que yo me hallaba en una situación similar.

Me arrodillé a sus pies y me ocupé de sus botas; después, gateando, fui ascendiendo, mientras procuraba durante el proceso acariciar sus piernas. Sé que en esa postura le ofrecía una interesante visión de mis senos y vi cómo se relamía al pensar en poder atrapar mis pezones en su boca. No se lo negaría, sin embargo, pospondría ese premio hasta terminar de desnudarlo a mi manera.

—Me estás matando, Ornela —gruñó y no me quedó más remedio que ponerle una mano en el pecho y obligarlo a que se recostara.

—Exageras.

Cual gata mimosa, acerqué la mejilla al bulto de su entrepierna y me froté por encima de la tela, consciente en todo momento de su mirada de deseo, así como de su respiración entrecortada. Imaginé la clase de esfuerzo que debía de estar haciendo para contenerse, mientras yo jugaba y lo torturaba.

—Prometedor —murmuré, apretando su erección con las manos.

—Definitivamente, vas a acabar conmigo.

—¿Es verdad eso de que me permitirías cualquier cosa? —pregunté, haciéndome eco de lo que había dicho, todo eso que tanto me había afectado.

—¿Lo dudas acaso? —preguntó él a su vez, con una profunda respiración ante lo que mis manos hacían sobre su pene, y eso que aún llevaba los pantalones puestos.

Por desgracia, así era, en mi interior aún albergaba dudas, pues sus palabras podían diluirse y quedar en nada. Sin embargo, decidí no responder a aquella pregunta capciosa y me concentré en su cuerpo y en lo que mis manos podían hacer con él.

Lo quería desnudo y me ocupé de ello. Como era de prever, Stephan colaboró. Ahora estábamos en igualdad de condiciones. Me acomodé sobre sus piernas y retomé mis caricias, pero añadí un ingrediente nuevo: su propio pañuelo.

Primero rodeé su miembro con él, suavemente, para después dar un tirón y desenrollar la tela, proporcionándole una intensa sensación. Repetí y enrollé su polla con el pañuelo, dejando que la suavidad de la seda acariciara su piel, mientras mis manos se desplazaban arriba y abajo por toda la longitud de su erección.

Movió las piernas bajo mi peso y las fue separando de tal modo que su muslo quedó justo a la altura de mi sexo. Comenzó entonces a moverlo, logrando así rozarme y que yo empezara a gemir. Por supuesto, lo hice sin abandonar mis atenciones.

—Tu boca... —gimió, incorporándose sobre los codos para atraerme hacia él—, necesito tu boca.

Entendí que anhelaba besarme y me humedecí los labios encantada de cumplir su exigencia. No obstante, a medio camino pensé que no me había especificado dónde quería que posara los labios, por lo que me incliné hasta rozar su ombligo, con lo que acuné su polla entre mis pechos, mientras me balanceaba con descaro.

En respuesta a mi osadía, él levantó el muslo y me rozó el clítoris. No se quedó en ese punto, pues lo movió con fruición y me estimuló con acertada precisión.

Mi boca empezó a recorrer ansiosa su cuerpo; sabía que debía ir hacia abajo. Levanté un instante la mirada y me relamí, expectante ante la visión de mi marido con los ojos entrecerrados, recostado y pidiéndome más.

Agarré su miembro con las manos y seguí frotándolo con la seda enrollada a su alrededor. Me incliné un poco más hasta que mis labios estuvieron a la altura de sus

testículos y se los chupé, por supuesto sin desenredar el pañuelo.

—¡Joder! —exclamó en un siseo.

Apreté un poco más la tela con la que cubría su polla y seguí recorriendo con la lengua cada punto sensible bajo su miembro, al tiempo que disfrutaba de los gemidos y las imprecaciones que soltaba.

Yo también gemía; sentía mi sexo arder con el roce continuo de su pierna y comencé a moverme a su ritmo, de tal forma que se iba creando una tensión en mi interior muy difícil de controlar.

Me entretuve todo lo que quise, notando cómo cada vez levantaba con más ímpetu sus caderas, pese a que yo lo intentaba controlar y evitaba chuparlo donde seguramente más lo deseaba.

—Quítame eso, maldita sea —gruñó, tratando de despojarse de la funda que le había hecho con la tela de su pañuelo.

—No —dije muy bajito pero firme y le mordí el muslo; con cuidado de no hacerle daño en exceso, pero sí de dejar mi marca personal.

—No puedes tenerme así de manera indefinida —protestó y lo obsequié con una nueva pasada de mi lengua por sus testículos.

Después me incorporé para mirarlo y, con mi cara más traviesa, fui desenrollando el pañuelo de la discordia. No perdí el tiempo y acerqué la boca a su pene para albergarlo por completo. Me recosté sobre él y cerré los ojos, decidida a llevarlo al orgasmo, pero no como él imaginaba, basándose en nuestra experiencia.

Le anudé el pañuelo en la base y apreté. Stephan dio un respingo, preocupado al principio por aquella extraña idea, pero, igual que yo, se dio cuenta de que con la presión en la base de su miembro, todo lo que le hiciera resultaría más intenso.

Me puso una mano en la cabeza, instándome a que me lo metiera hasta el fondo. Y yo lo hice encantada. Lo acogí con sumo gusto, recorriendo cada recoveco de su piel con la lengua y buscando cada punto sensible, todo ello mientras le arañaba el estómago, las piernas... cualquier contacto me parecía insuficiente.

Mi excitación andaba pareja a la suya, con la fricción constante de mi sexo, no solo debido a sus movimientos, sino a mi descarado contoneo.

—Ornela... —gimió, tirándome del pelo.

—Quiero que te corras en mi boca —murmuré, sin apenas apartarme.

—Y yo deseo estar bien enterrado en tu coño.

Respiré por la nariz. Su vulgaridad provocaba en mí una revolución interna. A una mujer de mi clase no se le hablaba en esos términos y menos aún a una esposa, pero sí a una amante con la que uno quiere retozar entre las sábanas y dormir abrazado a ella, agotado totalmente para después regresar satisfecho y planear un próximo encuentro.

Eso debía ser Stephan para mí. Nada de obligaciones, nada de compromisos. Un hombre al que complacer. Un hombre para hacerme gozar.

Si alejábamos de nuestro dormitorio todo lo demás, podríamos disfrutar como

nunca.

Y esa noche estábamos muy cerca de lograrlo.

Me esforcé aún más, sintiéndolo al máximo, unida a él como nunca antes, y pensando incluso que solo su placer era lo importante. Yo renunciaría al mío con tal de complacerlo, aunque por cómo Stephan frotaba el muslo entre mis piernas, dudaba que me quedase a las puertas.

Tiré de nuevo de la atadura de la base y noté cómo se estremecía unos segundos antes de eyacular en mi boca. No me aparté. Controlé la respiración y mantuve su pene entre mis labios hasta que finalizó y, por supuesto, me tragué su semen. Todo; quise ser egoísta.

Él dejó de tirarme del pelo y entonces fui liberándolo.

Me quedé sin aliento cuando vi su rostro. Relajado por completo y al mismo tiempo visiblemente interesado por mí.

Me hizo un gesto con la mano para que ascendiera. Negué con la cabeza solo por llevarle la contraria y deposité un beso en su ombligo, mientras le atrapaba el vello entre los dientes. Siseó y gruñó.

—Ven aquí, maldita sea —ordenó y yo seguí negándome con obstinación—. ¿Cuándo serás una esposa obediente?

—Nunca... —respondí, repitiendo el gesto. Causarle ese leve dolor me proporcionaba cierta satisfacción y, por la reacción de él, dudaba que le molestara demasiado.

—Entonces tendré que meterte en vereda y hacerte comprender de una vez quién manda aquí.

—Inténtalo —repliqué, y me eché hacia atrás para que no me agarrase de los brazos.

—¿Es un desafío? —inquirió.

—En toda regla —le confirmé.

—No cambies nunca...

Cuando me desperté a la mañana siguiente, sabía que él no estaría a mi lado.

Por la noche, en la intimidad de nuestro dormitorio no existían barreras; sin embargo, y no llegaba a entender la razón, Stephan nunca se despertaba conmigo. Eso me decepcionaba, pues tenerlo a primera hora de la mañana significaba mucho para mí. Quería poder darle los buenos días con la intimidad que solo se logra tras haber pasado toda la noche unidos.

Me volví en la cama, aún sin abrir los ojos, y recreé lo acontecido la noche anterior. Una tonta sonrisa apareció en mi rostro. Incluso tuve que apretar los muslos debido a la excitación que experimenté tan solo con recordarlo.

—¿Por qué sonríes?

Me quedé inmóvil al darme cuenta de que no estaba sola, tal como creía. Su voz, somnolienta pero risueña, me llegó hasta lo más profundo. Un deseo hecho realidad. Tragué saliva y abrí los ojos lentamente. Aquello podía ser un sueño y puede que no estuviera preparada para llevarme una decepción.

No me dio tiempo a responder, pues sentí su dedo recorriendo mis labios y su respiración acercándose a mi oído, algo que no presagiaba nada bueno.

¿O sí?

—¿Ornela? —insistió, cuando me limité a ampliar la sonrisa.

—Hummm —murmuré, sintiéndome un poco tontorróna, pero la ocasión lo merecía. Stephan se había despertado junto a mí.

—Esa cara que has puesto me resulta sospechosa.

—Pellízcame —le pedí con un suspiro y me preparé para ello.

Él se tomó mi petición al pie de la letra y apartó la sábana de un tirón para ir directo a uno de mis pezones. No me di cuenta de que a primera hora de la mañana la habitación estaba fría, pero mis pezones reaccionaron a otro estímulo bien diferente: el calor de Stephan. Y yo, enamorada perdida, arqueé la espalda buscando más. Sus dedos continuaron pellizcándome, hasta que lo sentí moverse y fue su boca la que se ocupó de darme los buenos días.

Como era de esperar, aquello se descontroló y mis manos empezaron a buscarlo, primero a tientas y después ya más seguras, hasta dar con su erección y, a partir de ahí, todo fueron prisas, algún que otro encontronazo, muchas risas y sobre todo sexo del que solo una mujer entregada por completo podía apreciar.

Tuve que morderme el labio cuando él, en vez de seguir sus instintos más primarios y echarse encima de mí para penetrarme, se dedicó a recorrer cada poro de mi piel con la lengua.

—Me haces cosquillas —protesté cuando, en su afán de lamerme completa, se acercó a mis pies. Para contrarrestar el roce de su barba sobre mi piel atrapó mi dedo gordo y me lo mordió, logrando que me recorriera un escalofrío y que solo pensara en qué sería lo siguiente.

—Voy a hacerte mucho más que cosquillas, Ornela...

Cuando pronunciaba mi nombre de esa manera... resultaba complicado ser coherente, su voz sonaba como la caricia más experta.

Sus manos comenzaron entonces a subir por la cara interna de mis muslos y su boca inmediatamente detrás. Su lentitud me ponía de los nervios, notaba mi sexo húmedo y no veía el momento de sentirlo dentro; sin embargo, tuve que conformarme con sus dedos y su boca.

Un excelente premio de consolación, desde luego, pero como la mujer enamorada que era no quería permanecer quieta recibiendo sus atenciones. Mis sentimientos hacia él me empujaban a desear ser yo la que lo atendiera.

—Quiero... —balbuceé justo en el instante en que su lengua se abría paso entre los labios de mi sexo hasta alcanzar mi clítoris y presionar. Tragué saliva y de nuevo intenté hablar—. Quiero... —gemí con fuerza; así no había manera. Entonces me di cuenta, si no lo había hecho ya, de que todo cuanto Stephan quisiera hacerme lo aceptaría y que por tanto solamente quedaba una cosa por decir—: Te quiero...

Mi confesión debió de espolear sus ánimos sexuales porque se volvió más agresivo, más impetuoso y ello derivó en un intenso clímax.

Percibí cómo se movía hasta quedar encima y penetrarme. Arquee las caderas para recibirlo y que pudiera hacerlo de la manera más profunda posible. Busqué su boca y lo besé con la misma voracidad que él siempre me demostraba, probando mi propio sabor en sus labios. Algo que nunca me había atraído particularmente; no obstante, me pareció excitante.

Stephan se apoyó en sus antebrazos y se puso de rodillas frente a mí. Me agarró por detrás de las rodillas y yo con los pies apoyados en el colchón pude salir al encuentro de cada una de sus embestidas, creando así una coreografía perfecta.

—Siéntelo... —gruñó. ¿Cómo no iba a sentirlo?—. Me vuelves loco, Ornela, completamente loco... —dijo él al terminar—. Nunca podré estar con ninguna otra, siempre serás tú. Pase... lo... que... pase...

Lo escuché sumida en la satisfacción sexual y no capté el significado completo de sus palabras. O, mejor dicho, no quise entender que aquello era una despedida.

Una mujer enamorada no es capaz de hacerlo.

Una semana más tarde, y de golpe, averigüé la verdad.

Todo comenzó de manera inocente, durante una comida. Mi odiado señor Perlman nos había privado de su compañía durante unos días, lo que me permitió disfrutar de la compañía de mi marido sin interrupciones, pero todo lo bueno se acaba y William regresó. Para mi sorpresa, acompañado de una inocente muchacha de dieciocho años llamada Claire Danks, su prometida.

Nada más verla, supe que la pobre no sabía qué clase de hombre era él y que por tanto estaba destinada a un matrimonio cómodo para William y seguro para ella, pero nada de pasión o de atracción. Por supuesto, Claire adoraba al canalla de su prometido y, por lo poco que Stephan se avino a contarme, la familia de la chica,

adinerada pero sin tiempo para ocuparse de las féminas, había aceptado el compromiso con tal de quitársela de encima, añadiendo una generosa dote. Así que el mujeriego y traidor de William iba a disponer de una fortuna nada despreciable y de una mujercita dócil y abnegada.

Yo me comporté como una anfitriona modélica y, cuando, tras acomodar a su prometida en su habitación, el despreciable señor Perlman me pidió hablar conmigo en privado, miré a Stephan hecha una furia, pero mi marido se limitó a servirse una nueva copa de licor y a observarnos.

—Quiero pedirte un favor —me dijo William y, a pesar de que sonaba sincero y especialmente amigable, yo no me fiaba.

—No tengo nada que hablar con usted —repliqué, dispuesta a abandonar la sala.

De nuevo, mi marido me ponía en un compromiso. A él lo había perdonado como una idiota, desde luego, pero no al hombre que ahora intentaba congraciarse conmigo.

—Por favor —insistió William y, por alguna extraña razón, decidí escuchar lo que tuviera a bien decirme.

—Muy bien —murmuré, cruzándome de brazos.

—Quiero pedirte que cuides de Claire —me solicitó con tal cariño y ternura que casi lo creí—. No voy a poder atenderla como desearía y sé que tú, a pesar de todo, eres una mujer fuerte. Sé que me odias, pero te pido este favor no por mí, sino por ella.

Parpadeé... ¿sería posible que ese canalla redomado estuviera de verdad enamorado de Claire? Su tono al hablarme de ella y, por supuesto, el mero hecho de hacerlo, ya que no era ningún secreto que él no era santo de mi devoción, así lo atestiguaban.

—Ornela —intervino Stephan desde su sillón—, hazlo por mí.

Y entonces me di cuenta de que mi marido se iba a marchar. Su petición no respondía a otra cosa que a su necesidad de dejarlo todo atado antes de partir.

—Confío plenamente en ti —añadió William.

Negué con la cabeza ante lo que aquellos dos insensatos me proponían. Visto desde fuera, era un encargo de lo más habitual, pero yo sabía que no era así y me dolía hasta lo más profundo que ambos continuaran tramando a mis espaldas. No aprendían la lección y, lo que era mucho peor, yo tampoco.

Acoger a la futura señora Perlman bajo mi techo no tenía nada de especial, yo era una mujer casada y, por lo tanto, las formas quedaban a salvo. Pero, y ahí estaba el quid de la cuestión, al pedírmelo, y con tanto énfasis, mostraban sus cartas, es decir: en breve partirían a saber adónde y de nuevo yo me quedaría esperando una triste carta semanal, seguro que escrita por un subordinado, en la que Stephan me diría que todo iba bien.

—No sé si es adecuado —murmuré, intentando que al menos uno de los dos tuviera la decencia de hablar claro.

—Sé que Claire estará muy bien contigo, que la cuidarás y que hasta podríais ser

amigas —añadió William en tono amable.

Stephan, tan traidor o más que su amigo, pues al fin y al cabo William era un extraño, se acercó a mí con la intención de utilizar mis sentimientos a su favor. Me cogió de la barbilla para darme un suave beso en los labios antes de añadir:

—Ambos te estaremos eternamente agradecidos.

—Siempre estaré en deuda contigo —apostilló William.

Y sus palabras eran bien ciertas.

Acepté su petición y, para ser sincera, tuve que admitir que una de las razones fue aleccionar a la chica para que él, a su regreso, se encontrara a una mujer capaz de hacerle frente, nada de la tímida flor que había dejado a mi cuidado.

Aquella noche, cuando Stephan acudió a mi dormitorio, temía lo que se iba a encontrar: una esposa enfadada y poco proclive a un acercamiento sexual.

—No quería decírtelo para no preocuparte —murmuró, acostándose junto a mí.

Por supuesto, yo estaba lo bastante enfadada como para no dignarme mirarlo. Él pareció pasarlo por alto y me abrazó desde atrás, pegando su cuerpo desnudo al mío, que fue un traidor y se excitó en el acto.

—Ornela, sé razonable —prosiguió—, es mi obligación incorporarme. La situación es cada vez más inestable, no puedo permanecer al margen más tiempo.

—¿Y mentirle a tu esposa sí? —repliqué, concentrándome para no sucumbir ante su calor.

—No te he mentado, solo he pospuesto comunicártelo.

—Siempre será así, ¿verdad? Siempre tendré que conformarme con las migajas. Para ti lo primero es el deber, hacer lo que te venga en gana a saber dónde, porque ni siquiera te dignas mantenerme al corriente.

—No empecemos con eso, por favor —gruñó, apartándose de mí sin duda molesto por mis recriminaciones.

Pero ¿qué esperaba? ¿Una fiesta de despedida?

—Sí, será lo mejor —convine, disimulando la rabia y el dolor. Tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos me destrozaba.

No sabía la fecha exacta de su partida, tampoco se la pregunté.

Desde luego, todo sería muchísimo más sencillo si volviera a mi plan original de tener un marido como complemento ideal para una vida confortable, en vez de amar a un hombre que anteponía sus obligaciones a mí. Y si además entre esas obligaciones se incluía cambiar de identidad, indagar en el pasado de mi familia, acostarse con otras mujeres para dar credibilidad a su fachada, andar por esos mundos de Dios, exponerse al peligro, llevar como amigo a William y ordenar a sus subordinados que escribieran una carta desapasionada para su mujer, yo no podía quedarme tranquila de ninguna manera.

Cerré los ojos y solo me concentré en dormir, en no pensar, en ser fuerte y en tener muy claro que no podía permitir un matrimonio así.

De nuevo me tocaba tomar las riendas de mi vida. Estar enamorada no significaba

ser imbécil y dejarme avasallar.

Stephan se marcharía, muy bien, pero yo no iba a quedarme sola, aburrída y marchitándome en su casa, bordando cojines y esperando que un día, sin previo aviso, se presentara en casa como si nada hubiera pasado, para darme esas migajas que tanto aborrecía y después marcharse de nuevo con total impunidad.

Esa no era yo.

Como bien había temido, por la mañana, al abrir los ojos, comprobé, ya sin sorprenderme, que la cama estaba vacía. Suspiré y no quería llorar, deseaba aguantar estoicamente; sin embargo no pude contenerme.

Acostada en posición fetal lloré. Maldije y renegué de todo.

Dolida como nunca antes, pues ahora ya no tenía la mejor arma a mi disposición para enfrentarme a ese hombre: la indiferencia.

En ese instante, entendí las palabras de mi primer amante, Agnus, cuando me dijo que ojalá encontrara el verdadero amor y después lo perdiera para saber lo que se sentía.

Stephan se había asegurado de ello. Aceptarlo me hizo llorar con más fuerza. Tanto que debí de alertar al servicio, pues oí que llamaban a la puerta.

No respondí; me acurruqué en mi cama, tapada hasta la barbilla, ignorando por completo las preguntas de si me encontraba bien.

Camille, como era de suponer, no se anduvo con zarandajas y entró en mi alcoba.

Abrió las cortinas, pero ni unos tímidos rayos de sol me animaron. Dio órdenes para que me trajeran el desayuno a la cama y se acercó para ponerme la mano en la frente y comprobar que no estuviera enferma.

—No parece tener fiebre —murmuró aliviada.

—Quiero estar sola.

—Me lo figuraba —dijo ella ante mi protesta, pero haciendo caso omiso.

Esperó a que me hubieran servido y, tras colocarme una servilleta en el regazo, como si fuese una niña pequeña, me puso encima la bandeja del desayuno, mirándome de tal forma que no admitía réplica.

—El capitán ha dado órdenes de que supervise tu alimentación.

No me extrañó en absoluto.

Picoteé un poco de pan para complacerla, aunque no tenía hambre. Sentía el estómago revuelto, una consecuencia más de mi desasosiego, pero al que pondría fin en breve. Que me afectara físicamente su abandono era más de lo que debía permitir.

—¿Puedo entrar?

Una vocecilla pidió permiso desde la entrada. Era la última persona a la que esperaba y a la que menos me apetecía ver. La tímida y delicada Claire.

—Pasa, querida —dijo Camille con una leve sonrisa.

—Solo quería saber si te encontrabas bien —murmuró la joven, casi avergonzada por haberse atrevido a venir.

Desde luego, la idea de espabilarla un poco iba ganando peso.

Camille me miró para que le agradeciera amablemente su interés, pero cuando iba a pronunciar esas consabidas palabras carentes de sentido, me vinieron ganas de vomitar y aparté de un manotazo la bandeja del desayuno, volcando todo su contenido en la cama y en el suelo, y salí corriendo hacia el excusado.

No me dio tiempo y eché el poco contenido de mi estómago junto al lavamanos. Noté las manos de Camille sujetándome el pelo y a la modélica Claire acercándome una toalla, pero mis náuseas no remitían y continué allí, tirada en el suelo, hasta que poco a poco mi cuerpo me dio una tregua.

—Avisaré al médico —dijo Camille, mientras me ayudaba a recostarme en un sillón, ya que no podía regresar a mi cama hasta que pusieran sábanas limpias.

—Yo me quedaré con ella, vaya tranquila.

—Muchas gracias, señorita Danks —dijo Camille agradecida.

Había tomado a la chica bajo su protección y la trataba como a una hija. No me sentía celosa, pero sí sorprendida, aunque la verdad, no sé de qué, porque cualquier cosa que le pidiera Stephan se afanaba en cumplirla.

La prometida de William se ofreció pues a cuidarme mientras mi doncella de toda la vida hacía todas las gestiones. Me cubrió con una manta y se sentó a mi lado, cogiéndome la mano. Me sentía morir y seguramente mi aspecto era el de una moribunda.

No tenía nada que decir, pero sí mucho que pensar.

Cerré los ojos.

No hacía falta mucha agudeza para saber el motivo de mi malestar.

Camille estuvo todo el rato a mi lado mientras el médico me reconocía y, en cuanto él confirmó lo que yo ya sabía, sonrió de oreja a oreja. No ocultó su satisfacción mientras yo me echaba a llorar.

El médico atribuyó mi reacción a los cambios que mi cuerpo experimentaba, algo que era de lo más habitual en las mujeres encinta. Cuando se marchó, Claire insistió en entrar y yo no tuve fuerzas para mandarla a paseo.

—¡Es una noticia estupenda! —exclamó, en el momento en que Camille se lo comunicó, aunque sospeché que ella ya lo intuía.

Puede que su sonrisa y su tono fueran sinceros, pero yo no deseaba felicitaciones de ningún tipo. Otro de mis objetivos se había derrumbado.

Y, lo que era peor, estaba sola.

Mi madre vino al día siguiente, emocionada ante mi próxima maternidad, y me recordó la gran responsabilidad que ahora tenía. Nada de fiestas, bailes ni otro tipo de saraos. Debía cuidarme y, por supuesto, llevar una vida tranquila, lo que traducido venía a ser aburrimiento día tras día.

—He rezado tanto para que esto ocurriera —afirmó risueña y emocionada.

Todo un contraste con mi estado de ánimo, que oculté para evitar enfadarla, ya que, para ella, tener hijos era la finalidad del matrimonio.

Yo había rezado para que no pasara, pero ya no tenía vuelta atrás. Lo que más me molestaba, aparte de los síntomas físicos, era que, sin duda debido a mi enamoramiento, me había comportado de forma irresponsable.

Mi malestar matutino me impedía levantarme de la cama hasta bien entrada la mañana. Cuando por fin lo lograba y me miraba al espejo, me daba cuenta de que el embarazo, lejos de iluminar mi rostro y hacer resplandecer mi piel, como todas afirmaban, me dejaría huellas imborrables en todo el cuerpo.

Nunca había querido ser madre y envejecer antes de tiempo, pero mi mala cabeza, ayudada por la excitación y la presencia de Stephan, habían dado al traste con mis precauciones y ahora me encontraba allí sola, embarazada y con ganas de hacerle daño a alguien.

Claire mostraba una paciencia infinita a mi lado, pese a mi total desdén cuando proponía cualquier entretenimiento. Reconozco que estaba insufrible con ella y con el resto. El día que la modista vino para confeccionarme mi ropa de embarazada, casi la eché a patadas, negándome así a aceptar que mi cuerpo cambiaría en breve y que, por lo tanto, debía adecuar mi vestuario a las circunstancias.

—¿Has escrito al capitán para contarle la buena nueva? —me preguntó Claire una tarde, mientras intentábamos pasar las horas recluidas en el saloncito, a causa de una incesante lluvia primaveral.

Una más que se obstinaba en llamar a Stephan capitán, algo que me enervaba sobremanera. Estar casada con, al parecer un héroe, me ponía enferma. Prefería mil

veces a un simple hombre a mi lado que a un héroe salvando el mundo alejado de mí.

Y, para más inri, no solo nos separaba una distancia física, sino todos los secretos que Stephan guardaba celosamente.

—No —murmuré.

—¿No? —preguntó sorprendida. Corrió a mi lado y me cogió de la mano—. Es lo primero que yo habría hecho.

—No está. Cuando regrese hablaré con él.

Claire negó con la cabeza.

—Es difícil soportar la ausencia de alguien a quien se quiere con toda el alma —comentó soñadora y yo me limité a cerrar el pico, porque aquella cuestión tenía miles de matices—. Pero piensa en él, en lo que se alegrará al saberlo.

Yo tenía la intuición de que Stephan ya lo sabía, pues mi fiel Camille ya lo habría puesto al corriente.

—Tiene razón, Ornela, el capitán ha de conocer la noticia —dijo ella, dejándome pensativa.

Miré a la mujer que desde siempre me había cuidado. Quería estar segura de no meter la pata. ¿Era cierto que no se me había adelantado escribiéndolo para tenerlo informado?

—Para un esposo, es la mejor noticia que una mujer puede darle —apostilló la ingenua de Claire.

—Es algo que solo tú puedes decirle —corroboró Camille.

Dejé a un lado mi labor, que, aparte de salirme fatal, me aburría, y me levanté. Apenas se notaba mi estado, pero ya empezaba a sufrir los síntomas del embarazo, entre ellos la constante somnolencia. La única parte positiva era que se me consentía casi todo, siempre y cuando estuviera dentro de las cuatro paredes de la casa.

A pesar de la oposición de Camille, le envié una carta a Charles, quería hacerlo partícipe de mi estado y, siendo egoísta, que estuviera conmigo en aquellos momentos. Pero no recibí contestación. Entendía que él tenía derecho a vivir, ahora que podía, de la forma que quisiera, pero necesitaba tener a mi lado a alguien coherente, alguien con la suficiente templanza como para hacerme soportable toda aquella situación. Y solo Charles me aportaba la dosis justa de serenidad para que no todo se me hiciera tan cuesta arriba.

Por supuesto, Camille se empeñaba en repetirme lo de «Deja en paz al muchacho, bastante confundido lo tienes ya».

—Y estoy segura de que, nada más saberlo, correrá a tu lado —apostilló Claire, refiriéndose a mi esposo.

Fue como si me hubieran pinchado, pues nada más oír esto último, me di cuenta de que mi estado podía ser una excelente arma para atraerlo de nuevo a casa.

¿Cómo no había pensado antes en esa posibilidad?

Y no solo eso, además, si jugaba bien mis cartas, Stephan se quedaría conmigo.

Me acerqué a la ventana y maldije la lluvia que me obligaba a permanecer

encerrada en casa durante días y días. Había tenido que renunciar a mis paseos diarios, privándome del ejercicio; a ese paso, iba a engordar de forma considerable y tras el parto me asemejaría a esas horrendas matronas que reventaban las costuras de sus trajes.

Sentí la presencia de Claire detrás de mí. Como siempre, inasequible al desaliento, me puso una mano en la espalda intentando reconfortarme, pese a mis innumerables intentos por ahuyentarla.

—Sé que el capitán se sentirá el hombre más feliz del mundo cuando lo sepa — insistió en tono amable—. Escríbele.

—No.

—¿Por qué? —inquirió.

Miré por encima de mi hombro y observé a Camille, que, pese a tener una labor de costura en las manos, no perdía ripo de nuestra conversación. Sonreí de medio lado antes de contestar:

—Porque una noticia de esta envergadura únicamente puede comunicarse cara a cara.

Nada más pronunciar esas palabras, mi vieja amiga se dio cuenta de lo que me proponía y me advirtió con la mirada que no hiciese ninguna estupidez. No obstante, yo tenía derecho a cometer no una, sino mil estupideces.

Camille insistió por activa y por pasiva en que reconsiderase mi decisión de ir en su busca. Lo cierto era que yo no tenía ni idea de dónde encontrarlo y tampoco contaba con la ayuda de nadie.

Claire, faltaría más, fue la única que me comprendió y que, de haber sabido el paradero de su prometido, me lo habría comunicado sin tardanza. La chica creía en el amor verdadero que sorteaba cualquier dificultad y yo me aprovecharía de tal circunstancia.

Esperé a que el tiempo fuera favorable y mandé recado al coronel Smithson para que me recibiera. Él era el superior directo de Stephan y por tanto sabría dónde estaba.

Su respuesta, o más bien la ausencia de ella, me desesperó. Cada día me encargaba de revisar el correo para comprobarlo. Entre las misivas recibidas, encontraba la de mi esposo, puntual cada semana. Empecé a dejarlas sin abrir, o a fingir hacerlo para evitar las reprimendas de mi doncella o un sinfín de argumentos románticos por parte de Claire.

Yo solo esperaba la contestación del coronel.

Desesperada, aburrida y al notar cómo mi cuerpo iba experimentando los cambios de la maternidad, fui asumiendo que en aquello estaba sola. Si al menos tuviera noticias de Charles... pero este, sin duda como se sentía libre, habría decidido viajar y conocer todas esas ciudades de las que siempre me habló.

Guardé la carta de Stephan de esa semana junto con el resto y, cuando salía de mi alcoba, me miré de nuevo al espejo. Ya resultaba imposible disimular mi estado. No

terminaba de hacerme a la idea, cuando lo más normal era que, si tan enamorada estaba de mi marido, deseara más que nada en este mundo darle un hijo. No obstante, el miedo que sentía a no sobrevivir al parto o a que mi cuerpo ya no resultara atractivo para él, me causaba una gran congoja.

Cuando ya había perdido toda la esperanza de ser recibida por el coronel Smithson, recibí una escueta nota suya en la que me indicaba que me recibiría como favor personal.

Camille insistió en acompañarme, pero me negué en redondo; con ella delante no podría hablar con absoluta libertad.

Me hubiera gustado poder vestirme de manera mucho más atractiva para que el coronel me prestara más atención, al fin y al cabo, era un hombre y en ese aspecto tan fácil de enredar como cualquier otro. No pude recurrir a mi vestuario habitual debido a mi cada vez más abultado vientre, y eso que aún me faltaban más de tres meses para dar a luz. El verano se me iba a hacer eterno, recluida en casa y rodeada de una ingenua amiga, una doncella cascarrabias y una madre sobreprotectora.

Acudí a mi cita con el coronel acompañada, contraviniendo mis deseos, de Claire, ya que al final comprendí que, dado mi estado, podía ser arriesgado moverme sola por la ciudad. La chica representaba la opción menos mala, así que acepté.

—Ornela, debo confesar que siento un poco de envidia de ti, casada con un oficial tan atractivo y valiente —murmuró Claire a mi lado, mientras tomábamos asiento al llegar al cuartel.

Sabía que estaba siendo sincera; su particular visión de la vida, alejada completamente de la realidad, era la causa de su ingenua devoción.

—Tranquila, tu querido señor Perlman también lo es —mentí con descaro, pero a juzgar por la sonrisa que iluminó su rostro, saltaba a la vista que había sido de lo más convincente—. Ya verás como regresa condecorado.

—Yo... bueno, no voy a negar que me proporcionaría una gran satisfacción; sin embargo, lo quiero tal como es, no me importa nada más.

«Qué suerte tienen algunos», pensé y de nuevo me vino a la cabeza la idea de aleccionar a la dama. Aquel cretino de William no se merecía una mujer así. Alejé ese recurrente pensamiento y me concentré en la tarea de averiguar el paradero de Stephan.

—¿Ornela?

Me volví al reconocer esa voz, lo haría en cualquier parte. Me incorporé y sonreí.

—¡Mi querido Adam! —exclamé, feliz al ver una cara conocida y amable.

Como yo esperaba, él se limitó a hacerme una respetuosa inclinación de cabeza.

Deseché cualquier estúpida etiqueta y lo abracé. No todo lo efusiva que hubiese querido, pero sí establecí contacto.

—Por favor, Ornela —gruñó él, apartándose.

—No sabes cuánto me alegro de verte.

—Yo también, créeme. —Miró mi abultado vientre con cariño—. Enhorabuena,

de verdad. En cuanto vea al capitán Gardner-Taylor le transmitiré mis felicitaciones.

—Él aún no lo sabe. —Adam parpadeó ante la noticia—. Por eso estoy aquí, quiero ponerme en contacto con él.

Vi la incomodidad del teniente. Pensaba, y no iba descaminado, que intentaría sonsacarle el paradero de mi esposo y que, debido a su lealtad hacia él, tendría que mentirme, lo que sin duda le acarrearía un dilema.

Podría haber insistido, pero preferí no hacerlo. Claire, a mi lado, mantenía la compostura, pero era evidente que no entendía mi efusividad al saludar al teniente Steinberg.

—Tengo una cita con el coronel —expliqué, para que se quedara tranquilo.

—Me ha alegrado mucho verte. Rezaré para que todo vaya bien —dijo Adam, despidiéndose de nosotras.

—Un hombre muy amable —comentó Claire sin rastro de malicia. Ella era así, solo veía el lado bueno de las personas.

—Es un viejo amigo; su hermano, Joseph, fue mi profesor de baile.

Como siempre, nada mejor que la verdad para desviar la atención. No me apetecía explicarle que el teniente, en su momento, había sido alguien importante para mí, pero que Stephan se cruzó en mi camino.

Por fin se dignaron llamarnos al despacho del coronel Smithson, lo que me ahorró otra insípida conversación con mi acompañante. La muchacha ponía voluntad, pero necesitaba madurar un poco, dejar de verlo todo con esa ingenuidad que me hastiaba.

—Buenos días, mi querida señora Gardner-Taylor. Siéntese por favor.

—Buenos días, coronel, le presento a la prometida del teniente Perlman, Claire Danks.

—Mi querida señorita...

El coronel se deshizo en halagos hacia las dos; sin duda, quería que aquella entrevista discurriera por los cauces habituales, es decir, agasajar a las damas con galanterías y así contentar nuestras «débiles» mentes para que no causáramos problemas.

Sonreí. Me tomaría agradecida un refrigerio, pero preguntaría por el paradero de Stephan.

—Déjeme decirle que es todo un honor contar con alguien como el capitán bajo mis órdenes. Su valor, su aplomo...

Puse buena cara ante aquellas exageradas alabanzas sobre mi esposo. No las ponía en duda, pero yo me acostaba con el hombre de carne y hueso, no con ese dechado de virtudes.

—Y el teniente Perlman no se queda atrás... —prosiguió, ganándose de inmediato a una enamoradísima Claire, que no dejaba de sonreír, sin duda orgullosa.

Sí, definitivamente necesitaba que le quitasen la venda de los ojos.

—Muchas gracias —se apresuró a contestar mi acompañante y yo, por inercia, asentí también.

—¿Y a qué debo el placer de su compañía? —nos preguntó el hombre, sin dejar de sonreír.

—Deseo ponerme en contacto con mi esposo, señor —dije, con la barbilla levantada.

—La señora Gardner-Taylor tiene un feliz y buen motivo para ello, coronel —añadió Claire cogiéndome la mano, más emocionada incluso que yo.

—Quiero ser la primera en decirle a mi esposo que espero un hijo en otoño.

La mirada de él se dirigió de inmediato a mi vientre e hizo un gesto de asentimiento. Sin duda pensaba que esa era mi obligación y que, como toda mujer, me sentía dichosa y con ganas de presumir de mi estado.

—Enhorabuena, mi muy querida señora Gardner-Taylor. Pero no se preocupe, yo mismo le transmitiré la noticia al capitán, quédese tranquila.

Negué con la cabeza.

—Está muy ilusionada con decírselo ella, coronel. Compréndalo, es un hijo muy deseado por ambos —se me adelantó Claire—. Estoy segura de que a nuestro querido capitán le gustará verla y poder atenderla personalmente.

Puede que su discurso sensiblero me pusiera de los nervios, pero hube de reconocer que utilizar ese recurso podía jugar a mi favor. Odiaba parecer tonta, sin embargo, ante hombres como el que teníamos delante no quedaba otra opción.

—Lo comprendo perfectamente, señorita Danks, pero háganse cargo de la situación en la que nos encontramos, el conflicto que amenaza el continente...

Su tono paternalista me enfadó y mucho. ¿Pensaba que éramos tontas e ignorantes?

—Soy consciente de lo que ocurre, señor.

—No debe de ser agradable ver cómo su país natal pone patas arriba al resto —dijo él.

Eso fue un ataque en toda regla. Cogí la mano de Claire antes de responder.

—No, no es agradable, y menos aún cuando me priva de la compañía de mi marido y debo sufrir en silencio a la espera de noticias que nunca llegan. Sobre todo, sabiendo que está arriesgando la vida. No, no lo es —concluí en tono firme.

—Puedo, como una excepción debido a su estado, hacerle llegar una misiva de su puño y letra.

—Eso sería... —empezó mi defensora, pero la detuve apretándole la mano.

—No, necesito verlo, que esté a mi lado.

—Señora, lo comprendo, pero el capitán se debe a la causa —me recordó el coronel una vez más.

—Es mi esposo, su principal obligación es cuidar de mí.

—Mire, señora Gardner-Taylor, su egoísmo en estos momentos está fuera de lugar. Cuando miles de hombres están luchando contra sus compatriotas.

—Sin motivo —contesté, enfadándolo.

—¿Sin motivo?! —exclamó, elevando el tono ante mis palabras—. Escuche

bien, señora, puede que usted se haya criado en un ambiente de libertinaje, pero aquí las reglas de nuestra sociedad son otras. No podemos permitir que nuestra forma de vida se desmorone por las aspiraciones de un francés dispuesto a adueñarse del mundo.

—¿Y no harían lo mismo los británicos de ser posible? —repliqué, jugándome la expulsión del país y el crédito de Stephan.

—Váyase ahora mismo, señora Gardner-Taylor.

Escupió las palabras y supe que mi marido se enteraría de aquella conversación y que incluso podía acarrearle problemas. El coronel casi se había atragantado al pronunciar mi apellido de casada, dando a entender que, si de él dependiera, no tendría derecho a usarlo.

—Vámonos, Ornela —murmuró Claire abochornada, poniéndose en pie.

Hice lo propio, pero antes de salir por la puerta, supe que yo tendría la última palabra.

—Solo espero que mi esposo regrese sano y salvo, que pueda conocer a su hijo y que usted no tenga sobre su conciencia a un niño huérfano por culpa de su absurda ambición. La próxima vez que quiera jugar a los soldaditos hágalo con los de plomo y no con personas de carne y hueso. Buenos días.

Mi primer aniversario de boda lo pasé sin Stephan.

Mi vigésimo segundo cumpleaños lo celebré sin él.

La primera vez que sentí moverse a mi hijo lo disfruté sola.

Mi enfado, mi nostalgia y mi desesperación me tenían en vilo. Dormía a deshoras y me pasaba noches enteras despierta hasta el amanecer, con la vana esperanza de que Stephan apareciera.

Podía afirmar, sin temor a equivocarme, que su odioso superior ya lo habría puesto al corriente de mi estado y que, faltaría más, también le daría indicaciones precisas de cómo tratar a una esposa como yo.

«Rebelde», «deslenguada» y «antipatriótica» serían los adjetivos elegidos para describirme y, junto con ellos, iría una velada sugerencia de que me internase en algún sanatorio para mujeres histéricas.

Lo que me extrañaba era que mi esposo, con toda probabilidad enterado no solo de mi estado sino también de mi incidente con su coronel, no hubiera aparecido ya con el firme propósito de meterme en vereda, pues mi enfrentamiento con ese misógino podía acarrearle consecuencias, empezando por el descrédito dentro de su regimiento.

Pero analizándolo con detenimiento, llegué a la conclusión de que Stephan estaba por encima de todo aquello. O era indispensable para llevar a cabo ciertas misiones que ningún otro soldado se atrevía ni siquiera a intentar, o bien disponía de algún tipo de dispensa especial, de ahí su valor y que pasaran por alto a una esposa de origen francés y con tendencia a pensar por sí misma.

Todo un desafío, ya que como el noventa y nueve por ciento de los hombres se veían perdidos ante una dama capaz de replicarles, de ahí que las normas sociales dejaran a la altura del barro a la que quisiera salirse del redil.

Sus cartas seguían llegando puntualmente y yo seguía guardándolas sin leer. Sabía que Stephan no las escribía, por lo tanto, ¿para qué sufrir pensando en que otro hombre se encargaba de ello, mientras él creía cumplir su obligación?

Y, lo que más me enervaba, que un extraño me hablara de sentimientos por encargo. Llegué a pensar que tal vez era William quien se ocupaba de la tan, al parecer, engorrosa obligación, pero luego lo descarté. Él me conocía y por tanto podría hacerse pasar por mi marido mucho mejor.

Reflexioné sobre ello y llegué a la triste conclusión de que Stephan, metido en su papel de lord, no podía arriesgarse a enviar una carta y que esta fuera interceptada, echando por tierra su coartada.

Lo que más me dolía era su falta de confianza. Si al menos se hubiera dignado hacerme partícipe de sus planes, yo podría fingir ser una esposa abnegada y dispuesta a cualquier cosa por el éxito de sus empresas, ayudándolo incluso. Pero no, me dejaba al margen, como a un trasto más, sin voz ni voto.

Camille, cómo no, seguía defendiéndolo a capa y espada. Me repetía incesantemente que el sacrificio no era solo mío y que al final todo ese sufrimiento tendría una gran recompensa. Y yo me preguntaba:

«¿Necesito esa recompensa? ¿Qué puede aportarme en un futuro estar separados en el presente? ¿Nadie era consciente de los riesgos? ¿Para qué quiero un héroe?».

Nadie podía dar respuesta a todas mis inquietudes, así que opté por callar. En ocasiones me distraía y dejaba de pensar en ello durante algunas horas, pero cuando más cuesta arriba se me hacía era por las noches, al acostarme sola.

Y, por supuesto, cada vez que recibía la maldita carta en la que, sin necesidad de leerla, sabía que me decía que todo iba bien.

Poco a poco fui pasando los días, recluida en casa, sin otra compañía que mi amiga Claire, porque, a pesar de nuestra disparidad de opiniones, ella siempre estaba a mi lado, me animaba, intentaba distraerme, me soportaba...

Hablábamos mucho, en especial de sus ilusiones cuando fuera una mujer casada. Mientras la escuchaba, procuraba morderme la lengua y no ser mala, pues mi resentimiento hacia su prometido no había disminuido. Además después de ser capaz de prestarse a aquella charada, ahora estaba apoyando a Stephan en otra aún más dolorosa.

—No puedo evitar tener miedo —me confesó un día, aprovechando que Camille nos había dejado a solas.

—¿De qué? —pregunté distraída.

Era una de aquellas largas y tediosas tardes en las que me sentía tan cansada que me recostaba y Claire, un amor, me masajeaba los tobillos.

—De la noche de bodas —musitó avergonzada.

—No tienes por qué —respondí, haciéndome un poco la tonta, pues la entendía a la perfección.

—¿Tú podrías...?

—¿Explicarte con todo lujo de detalles lo que va a pasar? —terminé yo por ella, al ver que se ponía roja como un tomate.

—Sí —contestó tímida.

Sonreí con cariño y comprensión.

¿Adónde puede acudir una recién casada para aclarar sus dudas?

De ahí que supiera cómo se sentía. Puede que mis circunstancias fueran diferentes, pero ambas éramos mujeres que, a falta de información, intentábamos suplir esa carencia del mejor modo posible.

Le podría haber mentado, o, peor aún, empujarla a los brazos de otro hombre, para que William se llevara una desagradable sorpresa. Pero si hacía esto último, haría pagar a una inocente. Ya que Claire me aguantaba día tras día sin rechistar, decidí explicarle lo que yo sentí, obviando, por supuesto, que no fue Stephan quien me brindó mi primera noche de placer.

Acordarme de Agnus me puso nostálgica. Con él había vivido una intensa

relación, que, pese a acabar abruptamente, siempre recordaba con cariño. El vizconde me enseñó no solo a estar bajo el cuerpo de un hombre sin sufrir lo que algunas exageradas comentaban por ahí, sino también a ser capaz de no tener miedo de mi cuerpo, de mis reacciones, a aceptar con naturalidad lo que sentía en cada momento y, por supuesto, a disfrutar de ello sin avergonzarme.

Lástima que nuestra historia no desembocara en una amistad.

—Lo primero es evitar dramas y olvidarte de cuanto hayas oído por ahí —dije en tono suave, para que Claire no se violentara—. No debes tener miedo de las reacciones de tu cuerpo. Al principio puede que tengas que dejarte hacer, pero nunca te quedes con la duda. Nunca.

—¿Debo hablar de eso con William? —preguntó atónita, ya que mi explicación contravenía todas las reglas.

De nuevo sonreí para tranquilizarla.

—¡Por supuesto! Él tiene experiencia —me mordí la lengua y no añadí «por desgracia»—, por lo tanto, sabrá qué hacer; pero cada mujer es diferente.

Claire dejó de masajearme los pies, sin duda tenía mucho en lo que pensar tras mi afirmación. Se paseó por la sala, inquieta, antes de continuar indagando.

—¿Y si no me gusta?

—Te aseguro que si todo va bien, lo disfrutarás —aseveré—. Es más, lo desearás.

Negó con la cabeza, aún le quedaban muchas dudas. El amor romántico, etéreo y platónico de las novelas poco o nada se asemejaba a la vida real. Claire debía descubrirlo por sí misma, pero yo, con mi experiencia, podía ayudarla.

—¿Y si me causa dolor? —preguntó con verdadera preocupación, llegando al quid de la cuestión, pues ese era el tema que más daba que hablar y lo que más temían las mujeres.

—No te dolerá —afirmé sin vacilación.

—¿Estás segura? —insistió, mordiéndose el labio.

Me di cuenta de que me había precipitado al responder. Claro que podía causar dolor si las cosas no se hacían del modo correcto, de ahí que optara por recordar mi primera vez.

—Mi primera vez estaba nerviosa, no lo negaré, sin embargo, deseaba que pasara. Me sentía inquieta, excitada, pues él ya me había besado con anterioridad, provocando interesantes reacciones en mi cuerpo. No me asusté cuando noté humedad en mi sexo...

Claire abrió los ojos desmesuradamente, quizá me había excedido al utilizar tan pronto las palabras «sexo» y «humedad»; no obstante, si quería explicárselo bien, debía ir al grano.

—Poco a poco fui aceptando mis deseos y sus caricias me ayudaron. No permitas que te tumbe en la cama, te levante el camisón y se ponga encima de ti con la intención de penetrarte —le advertí muy seria. Claire tragó saliva—. Si estás nerviosa, pídele que se tome más tiempo, no dejes que las prisas estropeen una

experiencia inigualable.

—Pero yo no sé lo que tengo que hacer —se lamentó con verdadera congoja.

—Es bueno que te toque, que busque tus puntos más sensibles, aquellos que te hagan gemir y desear el siguiente paso.

—Ornela, no sé si...

—No voy a adornarte la verdad con palabras bonitas —la interrumpí—. Me has pedido consejo y estoy siendo sincera.

—Lo sé, pero...

—¿Alguna vez te has desnudado delante del espejo? —pregunté y, como suponía, negó con vehemencia—. Pues hazlo, esta misma noche. Obsérvate y tócate.

—¿De verdad? ¿Eso no es pecado?

—Probablemente —convine riéndome—, pero si de verdad quieres disfrutar de uno de los pocos placeres que el matrimonio te reportará, pecarás todas las noches.

—¿No pensará mal William si yo... bueno, si me gusta? ¿O si, como tú dices, le pido algo?

—Podría ser, pero entonces te habrás casado con un hipócrita y acabará buscando mujeres con las que realizar todo tipo de prácticas sexuales y a ti te tocará lo indispensable, a oscuras y solo hasta dejarte embarazada. —Esto último lo dije con bastante rencor.

Por la cara que iba poniendo, estaba claro que la pobre lo estaba pasando muy mal. Intentaba conciliar su imagen romántica y adulterada del amor con la realidad carnal y excitante del sexo.

—Puedes suspirar todo lo que quieras —continué, pese a su apuro, porque en esos temas cuanto más claro mejor—, sin embargo, tengo la intuición de que William no se enfadará si su esposa tiene iniciativa o, al menos, se muestra proclive a colaborar.

Porque, si llegaba a enterarme de que ese cretino se enfadaba con la pobre Claire, yo misma me encargaría de coger el atizador y darle hasta que cambiara de parecer. No iba a tolerar una actitud tan hipócrita y menos aún teniendo en cuenta su pasado, del cual, de momento, preferí no hablar.

—Pero... ¿en estas cosas no siempre mandan ellos?

—No; de ser así, en más de la mitad de las ocasiones apenas disfrutaríamos. Por eso es importante que conozcas tu cuerpo. Tocarte, saber qué puntos son los más sensibles, observar tus reacciones...

—Sigo sin...

—Olvida el pudor.

—No es tan sencillo —musitó, todavía ruborizada.

—¿Cómo entonces podrás pedirle que te acaricie? ¿O indicarle qué te da más placer? Claire, querida, él puede intuirlo por tus respuestas, por tus gemidos, por la excitación de tu cuerpo, pero siempre es mejor mostrar el camino. A veces, los hombres, son un poco torpes. Piensa que ellos también están excitados y su instinto

los lleva a atropellar a quien se ponga por delante.

—La parte de desnudarme la puedo entender —admitió, y supe que ese ya era un gran paso.

—Tu marido no solo te verá desnuda, querrá mucho más. Querrá ver cada detalle de tu cuerpo, cómo tus pezones se endurecen o cómo cierras los ojos cuando alcances el clímax.

—Yo pensaba que esas cosas se hacían con la luz apagada —musitó sonrojada. A ese paso, le iba a durar hasta la noche de bodas.

—Depende de cada ocasión. Lo importante es sentirse a gusto en cada momento. A veces la oscuridad será tu aliada, otras veces querrás ser tú quien pueda ver cada detalle, explorar el cuerpo de tu amante. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí.

—¿Has visto alguna vez a un hombre desnudo?

—No —respondió con un hilo de voz, y entonces caí en la cuenta de que si ella no se había mirado a sí misma, tampoco habría puesto los ojos en un varón—. ¿Cómo es? —preguntó, llevada por la curiosidad.

Pensé un instante en llevar la teoría a la práctica; si nos acercábamos con cuidado a la zona de los sirvientes, podríamos encontrar a alguno en paños menores y así la sacaría de su ignorancia.

—Diferente pero igual. —Mi ambigua definición no aclaraba sus dudas y continué—: Su piel se sensibiliza cuando se acaricia. Su cuerpo se excita... su respiración se agita... Es imprescindible conocer el cuerpo de tu amante; ¿cómo si no le proporcionarás placer? Ellos, a pesar de lo que se diga por ahí, también quieren recibir atenciones, que los mimen. Para ello puedes usar las manos, la boca...

—Besar sí me gusta —admitió, aunque pondría la mano en el fuego a que ella solo conocía una clase de besos.

Probablemente el canalla de William ya habría besado a su prometida, pero no de la forma que, con seguridad, pretendía besarla más adelante.

—No me refiero a un tímido beso en la mejilla, querida.

Claire tragó saliva, sin duda intentando asimilarlo todo sin sufrir un síncope.

—Me ha besado en los labios —comentó soñadora.

—Me temo que hay más tipos de besos.

—¿Sí? —inquirió emocionada.

—Enseguida te darás cuenta de que cualquier punto de su anatomía puede besarse. Y no me cabe la menor duda de que él hará lo mismo contigo.

—¿En cualquier sitio?

—Sí, incluido el que estás pensando.

Claire se acercó a la ventana para abrirla un poco y que le diera el aire. La entendía, pero de diferente modo, pues al hablar de ello mi cuerpo se había encendido. Llevaba meses sin recibir las caricias de un hombre, sin sentirlo en mi interior. Mis manos no eran sino unas pobres sustitutas, porque, a pesar de mi

embarazo, continuaba excitándome.

—¿Y da placer? —preguntó al final, curiosa ante las posibilidades que aquello ofrecía.

Puede que fuera ingenua, pero al menos no era estúpida. Otras habrían empezado a abanicarse y a hacer aspavientos o, peor aún, habrían salido chillando con destino a la iglesia más cercana en busca de perdón.

—Sí —contesté simplemente, y no pude hacer otra cosa que cerrar los ojos y evocar la última noche que pasé junto a Stephan, preguntándome cuándo volvería a tenerlo a mi lado. Cuándo volvería a sentir sus manos sobre mi piel, su boca sobre mi sexo, su respiración junto a la mía...

—Ay, Ornela, no sé si podré —balbuceó, acercándose de nuevo.

Puede que nos llevásemos pocos años, pero me hacía sentir mayor. Quizá a causa de las experiencias que llevaba a mis espaldas. Las buenas y las malas, y no pude por menos de abrazarla. Cuánto me habría gustado tener conmigo a una amiga capaz de hablarme así.

No niego que descubrir por una misma los placeres del sexo resultara atractivo. Lo inesperado, las expectativas, las primeras caricias... todo lo que sentí siempre lo llevaría conmigo.

—Disfrutarás, no lo dudes.

—¿Y cuando él quiera... meterme... *eso*?

No pude evitar reírme.

—No te asustes. Puede que cuando veas por primera vez una erección pienses que te va a partir en dos —contesté en tono ligero—, por eso es recomendable que primero lo toques, lo sientas... mientras tu sexo se humedece. Eso es imprescindible, Claire, imprescindible. —Se lo recalqué porque seguramente había por ahí más de un bruto de los que solo piensan en follar sin mirar, aunque mi «querido» señor Perlman no tenía pinta de ser de esos. Por lo poco que había podido comprobar durante aquel bochornoso incidente, sabía seducir a una mujer, engatusarla, excitarla para poder llevársela al huerto.

—¿Y si no cabe? —preguntó nerviosa.

Me eché a reír. Y ya que estábamos con la costura... ¿qué mejor ejemplo?

—¿Cómo lo haces para que el hilo pase por el ojo de la aguja? —le pregunté, y como me miraba sin comprender, le hice una demostración práctica. Aun así, ella seguía igual, por lo que añadí—: Chupando, querida Claire.

No se cayó de culo de milagro. Abrió los ojos como platos y yo asentí, despejando todas sus dudas.

—¿De verdad? —inquirió, mientras tragaba saliva.

—De verdad —corroboré.

—Tengo tantas ganas de ser suya... —suspiró.

No la contradije. Pero siempre había odiado esa expresión. Puede que las leyes nos considerasen precisamente eso, una propiedad más; sin embargo, yo luchaba con

todas mis fuerzas por evitarlo.

—... de darle todo lo que me pida...

Puse los ojos en blanco. Así no había manera.

Iba a ser verano más espantoso de mi vida.

Todos los indicios así lo indicaban y en especial mi inestable humor.

Mi cuerpo había cambiado y cada vez que me miraba al espejo maldecía una y otra vez mi mala cabeza.

¡Ni siquiera podía verme los pies!

Mi madre intentaba convencerme de que todos aquellos sacrificios serían recompensados ampliamente cuando cogiera en mis brazos a mi hijo.

Claire aportaba su granito de arena cursi añadiendo: «El fruto de vuestro amor» y yo tenía que contenerme para no chillar como una loca de atar.

Seguía sin querer abrir las cartas que recibía de Stephan y al final Camille, tras enfadarse conmigo por mi incomprensible actitud, decidió hacerlo por mí y leérmelas. Por supuesto, presté la atención justa. Escuchar aquello en voz de mi doncella solo confirmaba mis hipótesis. De haber sido mi esposo quien las redactara, desde luego no habrían sido tan formales ni tan aburridas. Ni aptas para que las leyera una tercera persona.

Saber que tenía razón tampoco me ayudaba a sentirme mejor. Estaba cansada tras noches en vela esperando a que Stephan apareciera. Incluso había ocasiones en las que quería creer en él, dar por hecho que estaba deseando regresar a mi lado, pero cualquier vana esperanza se diluía cuando veía una de sus cartas en la bandeja del correo.

Sabía que mi marido no era un poeta y que componer estrofas no era lo suyo, pero había muchas maneras de dirigirse a una esposa expresando lo que se sentía, y en ningún caso debía hacerse de una forma tan anodina.

La única buena noticia fue que mi querido Charles por fin regresó y no pude por menos de lanzarme a sus brazos, pese a la torpeza con que me movía, para darle el abrazo más efusivo.

—¿Por qué lloras? —me preguntó asustado cuando por fin me separé de él.

Me sequé las horribles lágrimas que últimamente no hacían más que enrojecer mis ojos y lo miré.

—Estás... estupendo, no como yo. —Mi lamento lo hizo sonreír.

—Mírate, Ornela... —Me cogió de las manos y me extendió los brazos para admirarme de arriba abajo—. Siempre has sido la mujer más bella de todas, pero ahora... lo eres mucho más.

—Eres un adulator —rezongué, aceptando el pañuelo que me acababa de ofrecer.

—Ya sabes que no.

Camille también se mostró encantada de su regreso, aunque no dio muestras tan elocuentes de ello. Por supuesto, yo quería quedarme a solas con él y la despaché sin mucha consideración.

—Cuéntame, Charles, ¿dónde has estado? ¿Qué has hecho? ¡No me tengas en

ascuas!

—Quizá debas ser tú quien me ponga al día en primer lugar —contestó, sentándose a mi lado.

Lo observé con detenimiento. Había cambiado. Daba la sensación de haber madurado.

Lo cierto era que al asumir su título temí por él. Nunca había deseado aquella situación pero al parecer la estaba aceptando. No se lo veía muy alicaído, la verdad.

—No hay mucho que contar. —Suspiré y señalé mi vientre hinchado.

—Ornela, ¿estás bien? —preguntó cogiéndome la mano—. Te veo triste, cuando, en tu estado, todas las damas resplandecen de alegría.

De nuevo se me saltaron las lágrimas, odiaba aquellos constantes altibajos. Pasar de la euforia a la tristeza en un minuto me enervaba, carecía de toda lógica. Me dejaba agotada y confusa.

—Eso son falacias que nos cuentan para tenernos contentas —mascullé.

—Pues no estoy de acuerdo —dijo y de nuevo sentí su mirada intensa y dulce fija en mí.

Me dieron ganas de acariciarle la cara, sin embargo, me frené a tiempo. Hacerlo sería un gran error, no por mí, no por mi marido, sino por él. No se merecía que le diera falsas esperanzas.

—Eres un hombre —le dije con cariño—, nunca llegarás a comprender algo así.

—El capitán debe de estar ilusionado —comentó refiriéndose a Stephan con la prudencia y el respeto que siempre lo caracterizaban.

—Supongo —murmuré con desdén.

—¿Supones? —preguntó con una sonrisa.

—Llevo sin verlo una larga temporada, creo que aún no lo sabe.

Charles abrió los ojos como platos ante aquella revelación. Deduje que, de haber sido él el padre de la criatura, no se hubiera separado de mí ni un solo instante. Desde que lo conocí, me di cuenta de lo mucho que le gustaría tener hijos; lástima que aún no hubiera una mujer a su lado capaz de dárselos.

—Eso es... —se detuvo.

La diplomacia de Charles le impedía ser sincero, pero yo no respetaba esa regla, no al menos delante de él.

—Una vergüenza, puedes decirlo. No me ofenderé —acabé la frase.

No tenía ningún sentido esconder la verdad. Mi estado de ánimo no se debía únicamente a mi embarazo y tarde o temprano Charles se percataría.

Me levanté de mi asiento y caminé unos pasos, apoyándome las manos en los riñones para aliviar un poco la tensión de mi espalda.

—Pero él siempre se preocupa por ti. —Otro más que defendía lo indefendible.

Suspiré, harta del tema. No me apetecía seguir tratando algo tan doloroso. Stephan había escogido su deber y sus obligaciones por encima de mí. No había más que hablar.

—Yo no estaría tan segura —musité, volcando en ese comentario todo el rencor acumulado durante todos esos meses de ausencia.

Si él supiera por todo lo que había pasado. Los altibajos de lo que era nuestro matrimonio y cómo me afectaba... Nadie estaba al corriente de esos pormenores y dudaba si Charles podría entenderlo si se lo contaba.

¿Cómo reaccionaría el bueno de mi amigo si le hablaba de mi infidelidad? ¿Cómo se tomaría las humillaciones de Stephan? ¿De qué lado se pondría? Al fin y al cabo, era un hombre, y como tal podría verse influido por una especie de solidaridad masculina.

Me volví y me di cuenta de que me miraba fijamente. No pasaba desapercibido mi malestar y él se vio obligado a preguntar:

—Ornela, ¿te has puesto en contacto con él?

La cuestión tenía un leve matiz acusatorio. No lo culpé por ello, pues a pesar de su bondad y su incapacidad para ver el mal, me conocía, y por ello era lógico que formulara la cuestión de ese modo.

—Lo intenté, créeme —respondí abatida y a punto de llorar de nuevo.

Maldito embarazo, iba a acabar loca con tantos cambios de humor. Según el médico, no salía de cuentas hasta octubre y yo no veía el momento de que todo aquello acabase.

Era tan injusto tener que sufrir aquel sinfín de incomodidades, que me prometí a mí misma no pasar nunca más por esa situación. No volvería a dejarme llevar de forma tan inconsciente, porque ahora era yo quien debía pagar las consecuencias, mientras que Stephan andaba por ahí libre y sin preocupaciones, ajeno a todo mi padecimiento.

Intenté controlar un nuevo un ataque de llanto, pero me fue imposible.

—Está bien, no llores.

Charles se acercó con suma rapidez hasta mí. Y me ofreció no solo un pañuelo limpio para mi apuro más inmediato, sino también el consuelo que tanto necesitaba para poder soportar aquella soledad. Me abrazó y aguantó mi enésima crisis de llanto sin protestar. Sujetándome y siendo mi paño de lágrimas. Cuando mis sollozos fueron remitiendo, intenté ofrecerle una sonrisa de disculpa por mi comportamiento.

—Te he puesto perdido... —musité, viendo las marcas en la solapa de su chaqueta. Me odiaba por sentirme tan estúpida.

—No te preocupes por algo tan nimio, Ornela. Lo importante es que tú estés bien.

Asentí como una niña obediente, sin saber muy bien a quién debía dar gracias por tener a mi lado a un hombre como Charles.

—De acuerdo —dije, forzando una sonrisa, y él se dio cuenta.

—Escúchame, conmigo no hace falta que finjas ni que te esfuerces por ser lo que no eres. Somos amigos, ¿recuerdas? Para lo bueno y para lo malo; lo que necesites, cualquier cosa, pídemelo.

—Gracias, de verdad.

—Fuiste mi mejor apoyo cuando murió mi padre, estuviste ahí sin preguntar. Pocos estuvieron a la altura de las circunstancias.

Tragué saliva. La fuerza de sus palabras me llegó muy adentro. Sabía que la amistad de Charles siempre sería incondicional, no sé por qué me sorprendía.

—Y por eso, ahora que eres tú quien me necesita, aquí estoy, a tu entera disposición —dijo y por fin logró arrancarme una sonrisa sincera.

Me acompañó hasta el pequeño sofá y de nuevo nos acomodamos, dispuestos, al menos por mi parte, a olvidar lo que me causaba sufrimiento, y para ello nada mejor que dejar de ser el centro de atención.

—Tienes razón —convine y suspiré, sintiéndome mejor ahora que él estaba de regreso—. Háblame de dónde has estado, qué has hecho por esos mundos de Dios que tan olvidada me has tenido —le pedí y procuré que mi tono no sonara a reprimenda.

No tenía derecho a ello, al fin y al cabo, Charles era libre de ir y venir a su antojo.

—No quiero aburrirte —me advirtió.

—¡No seas tonto! —lo reprendí de mejor humor—. Cuéntamelo y no te dejes nada, soy toda oídos.

—Está bien...

Escuché atenta todos los pormenores de su viaje. Nada más morir su padre, y por tanto convertirse en conde, decidió que, ya que no podía obviar sus responsabilidades, debía intentar hacer cambiar las formas de proceder. Poner en práctica sus ideas de cómo debían hacerse las cosas y para ello nada mejor que trasladarse a las diferentes propiedades de su familia, que ahora quedaban bajo su mandato.

—Pero ¡yo pensaba que te habías ido a conocer mundo! —exclamé divertida, después de que me contara una anécdota sobre su estancia en una de las granjas, donde al parecer tuvo que ponerse a trabajar codo con codo con los lugareños para reparar los daños de la crecida de un río.

—Qué más quisiera yo... —dijo, riéndose de su incapacidad para el manejo de herramientas—. Tendrías que haberme visto allí, vestido como un campesino, sin saber qué hacer, estorbando más que ayudando...

—Me hubiera encantado estar allí contigo.

No sé el tiempo que estuvimos hablando, pero de nuevo me sentí a gusto y la verdad era que lo necesitaba. No me acordaba ya de cuándo me había sentido así por última vez.

Por supuesto, pese a sus reticencias habituales, insistí para que nos acompañara a la mesa y que así pudiera conocer a Claire, la cual, por cierto, se mostró tímida e intrigada cuando hice las oportunas presentaciones.

En su idílica visión de la vida, a buen seguro no encajaba que un hombre y una mujer pudieran ser amigos, más aún cuando Charles era un hombre soltero. Pero en mi casa yo decidía quién nos acompañaba en la mesa o con quién pasaba una

agradable tarde de conversación. Durante un fugaz segundo, tuve la idea de intentar emparejarlos. Pero si bien mi amigo, como cualquier hombre, admiró la belleza de mi invitada y le dedicó algún que otro cumplido, no mostró más atención de la puramente cortés. Si a eso se le añadía el nulo interés de Claire por otro hombre que no fuera su prometido, mi empresa estaría abocada al fracaso desde el principio.

No insistí pues y entonces me di cuenta de que los tres podíamos formar un estupendo grupo de amigos para acabar de pasar el verano. Charles me había informado de su intención de permanecer en la ciudad, pues tenía asuntos que resolver, y me prometió venir siempre que le fuera posible a visitarme.

—El conde es una bellísima persona —me confió Claire unos días después, mientras nos aburríamos y pasábamos calor, recostadas a la sombra de un árbol.

—Lo sé —respondí distraída.

—Es una suerte poder contar con alguien así —continuó, mientras ambas nos abanicábamos.

—Nos conocemos desde hace años. Desde el principio nos hemos llevado bien.

—Sí, se nota... ¿Puedo ser indiscreta?

La miré de reojo. Claire, paradigma de la corrección, pocas veces, por no decir ninguna, se metía en mis asuntos o en los de los demás. No cotilleaba y por eso me extrañó su pregunta.

Podría haberme negado y ella no hubiera insistido, pero no quería quedarme con las ganas.

—Adelante.

—El conde ¿alguna vez...? —Se detuvo presa de uno de sus habituales sonrojos —. Quiero decir si él y tú...

—¿Hemos sido amantes? —sugerí, pues intuía el motivo de su pregunta. Al fin y al cabo, no era la primera persona que lo pensaba.

—¡No, por Dios! —exclamó, escandalizada ante mi sugerencia.

No sé por qué se mostró tan exaltada. Iba a romper el abanico de la fuerza con que se daba aire.

—¿Entonces?

—Bueno, da la sensación de que él... esté enamorado de ti.

«Vaya con la percepción de la ingenua», me dije, abanicándome con más brío.

Lo cual me llevó a la siguiente cuestión: ¿tan evidente era? Porque si alguien como Claire, tan verde en esos temas, se había percatado, todo el mundo lo habría hecho, incluido un marido celoso que a saber dónde andaba.

—Perdona, no quería molestarte —se disculpó ante mi silencio.

—No tiene importancia —la tranquilicé para que no pasara un mal rato.

—Lo siento de verdad, yo no quería insinuar nada, simplemente me ha dado esa impresión y, como siempre me pides que hablemos con franqueza...

—Tranquila —murmuré, decidida a dejar pasar el asunto.

Y así, tumbada, ajena a las preocupaciones del mundo, encerrada en la propiedad

con las únicas visitas de mi madre, que no cabía en sí de felicidad, y de Charles, que me aportaba al menos buenos momentos que disipaban un poco mi angustia, pasaba las horas, los días, contando cada aciago minuto hasta que Stephan diera señales de vida, o para dar a luz.

Sentí los primeros dolores al amanecer.

Días antes ya había sucedido algo parecido y Camille me tranquilizaba diciéndome que todo iba bien, que no me preocupara, que en unos instantes desaparecerían, y eso ocurría, por lo que tras unos minutos angustiosos, todo volvía a la normalidad.

Siempre y cuando pudiera denominarse así aquella situación.

Por las noches, apenas conciliaba el sueño. Mis preocupaciones, mis incomodidades no hacían posible un descanso normal. Pero aquella mañana del 10 de octubre todo fue diferente. No lo esperaba. No sabía qué me estaba pasando, solo intentaba superar el dolor que me partía en dos apretando los dientes y cambiando de postura en la cama.

Llevada por mi instinto, me coloqué las manos en el vientre e intenté tranquilizarme con inhalaciones profundas, pero nada parecía funcionar. Me puse muy nerviosa, pues, como primeriza, no sabía a lo que me enfrentaba. Recordaba las penurias que había afrontado mi madre con valentía y me di cuenta de que yo no iba a ser capaz.

Me ponía en lo peor: ¿soportaría horas y horas, como algunas mujeres relataban, mientras daba a luz? ¿Y si mi hijo nacía muerto? ¿Y si era yo la que no sobrevivía?

Todas esas preguntas sin respuesta me atormentaban, ahora más que nunca, cuando mi cuerpo se preparaba para el momento decisivo, ese que jamás parecía llegar.

Los dolores no disminuían como en otras ocasiones cuando cambiaba de postura en la cama. Notaba como si desde el interior me estuvieran golpeando. Nunca antes había experimentado un dolor semejante.

Grité incapaz de controlarme. Debió de ser un grito espeluznante, puesto que una de las doncellas entró en mi alcoba sin siquiera llamar, asustada. Nada más verme retorciéndome en la cama, salió apresurada de allí en busca de ayuda.

—¡La señora se ha puesto de parto! —chilló la chica alarmada, dejándome de nuevo a solas con mi desgracia.

—¡Sí, ve! —dije, con los dientes apretados.

«No voy a poder con esto», pensé, cada vez que un latigazo recorría mi cuerpo.

Camille apareció enseguida y lo primero que hizo fue apartar las mantas que me cubrían y separarme las piernas, alzándome para ello el camisón sin ningún tipo de consideración.

—¿Qué haces?! —grité, apretando los dientes cuando una nueva sacudida me atravesaba.

—Ha llegado el momento —murmuró con cara de preocupación.

Escuché cómo daba instrucciones a la chica, pero no supe con exactitud qué pedía, pues yo solo intentaba respirar para soportar aquel dolor.

—Camille... —gemí, incapaz de seguir con aquello—. No puedo más...

—Ya, mi niña, ya... —Se ocupó de limpiarme la frente en primer lugar y de calmarme—. Tienes que ser valiente y hacer todo lo que te diga.

—Mi madre, quiero que venga —exigí tensa.

—No te preocupes, ya está avisada.

Claire, aún en bata y camisón, apareció en mi dormitorio y corrió a mi lado. Preguntó muy seria qué debía hacer para ayudar.

—¡Ya viene el bebé! —gritó extasiada, tanto que me dieron ganas de abofetearla.

—Espero que nunca tengas que pasar por esto —dije con inquina, mientras se ocupaba de ponerme varias almohadas para que estuviera más cómoda.

—Todas dicen lo mismo a la hora de parir —murmuró Camille, mientras hurgaba entre mis piernas—. Y luego se les olvida de inmediato cuando ven por primera vez la cara de su hijo.

Me abstuve de contradecirla. No tenía muy claro si todo ese sufrimiento merecería la pena.

A partir de ese momento, las horas pasaron con odiosa lentitud, mientras yo no paraba de quejarme ante las contracciones que me dejaban sin aliento. Camille se ocupó de todo. Yo intentaba seguir sus indicaciones, lo que me resultaba extremadamente complicado, pues no lograba mantener la concentración ya que, cuando me sobreponía de una contracción, llegaba la siguiente.

Insulté sin miramientos a diestro y siniestro como el más vulgar de los marineros. Maldije a mi marido y a todos sus antepasados juntos, ya que por su culpa tenía que pasar aquel mal trago, y para más inri sola. Hasta que al final, cuando pensaba que me desmayaría a causa del dolor, cuando creía que las fuerzas me abandonarían y ya empezaba a anochecer, todo acabó.

Apreté con fuerza la mano que Claire me había ofrecido desde el primer momento, cerré los ojos y suspiré. Estaba agotada como nunca antes me había sentido y entonces oí el llanto del recién nacido.

—¡Es un niño! —exclamó Camille emocionada, colocándomelo sobre el vientre.

Yo tenía los ojos cerrados a causa del esfuerzo y los abrí despacio. A mi alrededor, las criadas se afanaban en quitar la sábanas sucias. Claire no me soltaba la mano y yo miré a mi hijo.

Supongo que por instinto, lo abracé con sumo cuidado y, con los restos de mi camisón ensangrentado, le limpié la cara.

—Déjame lavarlo mientras tú te adecentas un poco —me pidió Claire, pero yo me negué.

Después de lo que me había costado traerlo al mundo no iba a separarme de él.

—Ornela, por favor —murmuró Camille, sin ocultar su satisfacción.

—En un niño precioso —comentó Claire con su voz dulce y, por supuesto, comprensiva con mi actitud.

—El capitán estará orgulloso —añadió mi doncella, nombrando al hombre que

me había dejado sola y a mi suerte en aquel difícil momento.

Asentí a regañadientes y oí llorar de nuevo al bebé cuando lo separaron de mí.

Me ayudaron a cambiarme de ropa, me lavaron, me peinaron; todo ello sin yo perder de vista a mi amiga, que se ocupaba del pequeño con diligencia, a pesar de no ser madre. Cuando por fin mi cama estuvo impoluta y yo aseada, me trajeron de nuevo a mi hijo, ahora vestido.

No podía creerlo. Lloré sin poder controlarme al tenerlo en mis brazos y ver bien su cara.

—Ahora necesitas descansar —me dijo la siempre atenta Camille.

—¿Dónde está?! —gritó mi madre, entrando a la carrera y deteniéndose frente a mi cama.

Vi cómo se llevaba las manos a la boca, emocionada y con una sonrisa deslumbrante.

—Mamá... —murmuré.

—Ornela, mi niña...

Estiró los brazos para poder coger a su nieto y yo se lo entregué. Fue entonces cuando vi a Charles en la puerta, semioculto y en silencio.

Me sonrió con cariño y yo le hice un gesto para que entrara. Como esperaba, negó con la cabeza.

—Dile que entre —le pedí a Claire y esta se sorprendió. Los hombres nunca estaban en primera línea cuando de partos se trataba.

—Es... es del todo inusual —dijo, pero yo me mantuve firme y fue a buscarlo.

Él, bastante azorado, caminó despacio hasta mí. Estiré el brazo y él me cogió la mano, dándome sin palabras la enhorabuena.

Me conmovió enormemente que hubiera querido estar a mi lado. No se lo pregunté, pero a buen seguro llevaba allí bastante rato. Su pañuelo, siempre impecable, se veía arrugado y su pelo rubio despeinado.

—¿Quieres cogerlo? —le pregunté, cuando mi madre me tendió al bebé.

Vi cómo tragaba saliva, al fin y al cabo, era el único hombre allí presente. Mi madre, que le profesaba gran cariño, le dio al niño.

—Cógelo —lo instó.

—Yo... —titubeó él, pero al final lo cogió en brazos.

—No me negarás que tengo un nieto precioso —dijo la orgullosa abuela a su lado, supervisando que no le pasara nada al pequeño.

Me emocioné al ver a Charles allí, con mi hijo en brazos, acunándolo con el mismo cariño y cuidado que si fuera suyo.

Intercambié una mirada con Camille. Estaba segura de que en ese momento se dio cuenta de lo que aquello significaba, pues nadie podía justificar la ausencia del padre.

—¿Qué nombre le vas a poner? —me preguntó Charles, devolviéndomelo con un cuidado extremo.

Me fijé en su forma de sostenerlo y supe que, aunque nunca me lo hubiera dicho,

anhelaba ser padre.

En cuanto estuviera repuesta, me ocuparía yo misma de encontrar la mujer perfecta para él y que así pudiera ser feliz y realizar uno de sus mayores sueños. Ninguna otra persona merecía tanto ver cumplidas sus ilusiones.

Su pregunta me hizo caer en la cuenta de que durante todos esos meses ni siquiera me había molestado en pensarlo. Todo lo había vivido de forma irreal, como si transcurridos los nueve meses no fuera a pasar nada. Estar embarazada solo había supuesto incomodidades, por lo que en ningún momento llegué a darme cuenta, hasta ese instante en que sentía una nueva vida en mis brazos, que yo era la responsable de todo cuanto le sucediera a mi hijo, empezando por elegir su nombre.

No tenía a mi lado un esposo que me ayudara en tales menesteres. Si bien los hombres rara vez se implicaban en el cuidado de sus retoños, Stephan al menos se habría preocupado de escoger el nombre de su primogénito.

—No lo sé —contesté con sinceridad, sin poder apartar los ojos de la criatura.

No terminaba de creérmelo. Era madre, ahora sí empezaba una nueva etapa en mi vida.

—Llámalo igual que su padre —sugirió Claire alegremente.

Lo pensé. Otro Stephan en el mundo, y me di cuenta de que mi rencor hacia él por haberme hecho pasar ese trance sin estar a mi lado no desaparecía. No, de ninguna manera le pondría su nombre. Él no daba señales de vida, por lo tanto, en todo lo referente a aquella criatura, yo tomaría las decisiones sin contar con nadie.

Sopesé llamarlo igual que mi padre, sería un justo reconocimiento. Sin embargo, caí en la cuenta de que no eran buenos tiempos para hacer referencias a mi país de nacimiento.

—Sí, sería lo más lógico —opinó Camille tras las palabras de Claire.

—Cariño, ¿qué nombre habías pensado? —intervino mi madre.

De los allí presentes, solo ella había pasado por ese trance, y por lo tanto solo ella podía comprenderme.

—Ornela, me parece que tiene hambre... —dijo Claire y mi madre se encargó de colocarme de forma que pudiera amamantar al recién nacido.

Charles se retiró con discreción. Era impensable que un hombre presenciara un acto tan íntimo. Yo no tenía ni la más remota idea de cómo darle el pecho a un bebé, pero por lo visto mi hijo y su instinto facilitaron la tarea.

—¿Cómo se llamaba el padre de Stephan? —preguntó Claire, y la miré parpadeando, sin entender la cuestión.

—Edward —murmuré.

Me resultaba doloroso estar casada con un hombre que ni siquiera me había presentado a su familia. Ciertamente que su padre había fallecido hacía tiempo, pero mi suegra aún vivía; sin embargo, con la frialdad con que me respondió la única vez que me puse en contacto con ella, dudaba que quisiera conocer a su nieto. Lo más probable era que, debido a lo que Stephan le había dicho de mí, hasta pusiera en

entredicho la paternidad de mi hijo.

También se me pasó por la cabeza escoger un nombre que a mi marido lo enfadara o le trajera malos recuerdos, pero lo descarté. Bajo ningún concepto quería que, llegado el caso, Stephan volcara sobre mi hijo cualquier rencor. No obstante, llegué a la conclusión de que no iba a perder más tiempo ni a adentrarme más en aquellos vericuetos.

A esas alturas ya me daba igual. El bebé era mío. Solo mío.

—Alexander —murmuré, mirando embelesada de carita de mi hijo y acariciando su rostro con una ternura que jamás creí que pudiera poseer.

En ese mismo instante entendí lo que me habían explicado que sentiría durante mi atormentado embarazo. Palabras que incluso llegué a despreciar, pues no podía a imaginar que pudieran llegar a ser realidad.

—¿Alexander? —inquirió la siempre cariñosa Claire, a la cual, por cierto, no se le borraba la sonrisa de alegría.

No quería ni imaginar cómo se comportaría el día en que ella fuera la parturienta. Para empezar, no soltaría improperios a destajo, ni mucho menos acabaría maldiciendo a su marido por ser el causante de su dolor.

—Me gusta —dijo mi madre, a la que tampoco se le borraba la sonrisa de satisfacción—. Alexander Gardner-Taylor suena poderoso, mi querida niña.

Asentí. El rencor hacia el padre era el único motivo que empañaba aquel día de alegría, pero no podía negar que sonaba muy bien.

Ni yo misma daba crédito a mi comportamiento.

Si unos meses antes me hubieran dicho que yo, tras renegar una y mil veces, ahora me pasaría las horas embobada viendo dormir a Alexander, no lo habría creído.

Pero así era. Con apenas dos meses estaba creciendo sano y fuerte, sin apenas darme mayores problemas. Todos coincidían en que había tenido suerte. Yo no podía saberlo, lo único que me preocupaba era que no se pusiera enfermo.

Y yo me había recuperado de una forma asombrosa. Apenas quedaban signos visibles del embarazo en mi cuerpo y ya podía llevar de nuevo mis prendas favoritas. La única diferencia era que mis senos estaban más abultados, pero no podía quejarme por ello.

Comprobé que todo estaba bien antes de abandonar la habitación que Claire y Camille habían preparado con mimo durante mi embarazo, pese a mis constantes desaires. Miré a Alexander una vez más y me incliné para darle un beso en la frente. Nada podía borrar la sonrisa de mi cara.

Nada excepto una cosa.

Me volví y allí estaba él.

Cerré los ojos. Tenía que ser una mala pasada de mi imaginación. Sin embargo, al abrirlos allí seguía. Sin apartar los ojos de los míos. Como un mal sueño. De repente, toda la serenidad y sensación de bienestar que había experimentado desapareció. El nudo que se me formó en la garganta me impidió pronunciar palabra.

Stephan se encontraba en una situación similar. Caminó hasta mí y pude darme cuenta de su estado. Demacrado, sin afeitarse, el pelo demasiado largo, la ropa hecha un desastre... Aquel no era el mismo hombre que me había abandonado unos meses atrás.

Sabía que su intención no era únicamente contemplarme, por lo que me hice a un lado. Vi cómo tragaba saliva cuando se detuvo frente a la cuna y cayó de rodillas. No pude verle bien la cara, pero por el gemido que emitió, me imaginé que estaba conteniendo las lágrimas. Agachó la cabeza. Una señal de respeto y de arrepentimiento, sin duda. No se atrevía a tocarlo. No me hizo preguntas, pero supe en el acto que no eran necesarias, él no albergaba dudas.

Me fui retirando, dándole el espacio que necesitaba y me quedé en la puerta. Hice un gesto a la niñera, que aguardaba en el corredor, para que no entrase.

Yo también esperé a que Stephan saliera y, cuando lo hizo, me miró a los ojos y yo no pude soportarlo. ¿Qué pretendía de mí?

Di instrucciones a la niñera y me dirigí a mi alcoba. No podía, ni quería, comportarme como una arpía recelosa. Su inesperada aparición iba a romper mi armonía y eso sí que no lo consentiría.

Oí sus pasos siguiéndome. Por lo visto, él tenía intenciones muy diferentes. Mi rencor hizo acto de presencia nada más cerrar la puerta.

—¿No vas a preguntarme quién es el padre? —le espeté sin pararme a pensar en el daño que mis palabras podían hacerle.

—Cállate —replicó furioso, quitándose su deslucida casaca.

La tiró de mala manera al suelo y vi su camisa. Poco faltaba para que se deshiciera en pedazos. Daba asco.

En dos pasos, se plantó delante de mí y me sujetó por la cintura. El factor sorpresa jugó en su favor y me vi arrastrada a un abrazo que no deseaba.

Me apretó contra su pecho y, a pesar de lo mal que olía, no hice nada por apartarme.

—Hace tres días que recibí tu carta —murmuró contra mi pelo, dando muestras de su frustración—. ¡Tres días!

Yo parpadeé. ¿A qué carta se refería? Yo no le había escrito ninguna, pues tras mi intento fallido de contactar con él a través del coronel Smithson, no me molesté en leer sus misivas y mucho menos en responderlas.

—No sé qué ocurrió... supongo que se traspapeló, que alguien metió la pata y la envió a la persona equivocada —continuó explicándome con voz angustiada—, pero no he sabido nada hasta hace tres jodidos días...

Solo había una persona en el mundo capaz de hacer algo así en mi nombre y arriesgarse a mi enfado: Camille.

Ella, por su cuenta y riesgo, le había escrito unas letras a Stephan sin respetar mis deseos. Entendí por qué, a pesar de la ausencia de mi marido, por qué a pesar de mi desinterés, ella no insistió, más allá de lo normal.

—Al leer tu carta me volví loco... He abandonado mi puesto... Solo William lo sabe. No sé las consecuencias que tendrá todo esto...

Hablaba nervioso, como si ni él mismo fuera consciente de lo que se le venía encima, y yo no sabía cómo reaccionar ante su apuro.

—Ornela... no he parado hasta llegar junto a ti... —Suspiró y su tono lastimero me conmovió. Nunca antes me había hablado así—. Solo me detenía lo justo para dormir y no caerme del caballo...

Me abrazó aún con más fuerza y yo no opuse resistencia. Es más, a pesar de su deplorable aspecto y de su cuestionable olor, lo acogí entre mis brazos. No sé cuánto tiempo permanecimos de ese modo. En silencio. Dejando que los minutos pasaran. En mi caso con la idea de seguir así, pues no quería que mi rencor arruinara el momento.

Sentí que él aflojaba su abrazo y de repente cayó de rodillas a mis pies, rodeándome las caderas y apoyando la cabeza en mi vientre.

—No sé el tiempo que me permitirán estar junto a ti. William ha prometido ayudarme y dar las excusas pertinentes hasta que pueda solucionar todo esto y que no me acusen de deserción...

Su tono daba a entender lo mucho que todo aquello lo afectaba, pero que podía mandar aquellas obligaciones a las que parecía prestar tanta atención a paseo si era

menester, pues había cosas que para él estaban muy por encima. Y, al parecer, existía una muy poderosa, tanto que hasta había abandonado su puesto, arriesgándose a unas más que graves consecuencias.

Le acaricié el alborotado y sucio cabello.

—Pero no podía hacer otra cosa. Cuando leí esa maldita carta... lo dejé todo. Tenía remordimientos y necesitaba venir a verte. Mientras cabalgaba desesperado por llegar, hice cuentas y entonces me sentí aún peor, porque todo esto has tenido que pasarlo sola...

Tragué saliva. Quería ser mala, hacerle pagar su abandono, pero él solito se estaba mortificando lo suficiente como para que lo perdonara.

—Stephan... —musité, peinándolo con los dedos, conmovida por su actitud.

—Si lo hubiera sabido, Ornela... ¿por qué no me dijiste nada antes de mi partida?

Su pregunta me pilló por sorpresa, pues tenía un leve matiz acusatorio.

Me aparté de él y le di la espada. Su arrepentimiento había sido efímero, en el fondo terminaba recayendo sobre mí la responsabilidad. Comencé a alejarme de él. La distancia, aunque solo física, podía servir para que no acabara gritándole. Me escondí en el vestidor, con la vana esperanza de que se marchara, pero ni yo misma creía en esa posibilidad.

No tenía sentido seguir fingiendo por más tiempo. Me di cuenta en aquel instante de que uno de los problemas fundamentales de mi matrimonio era precisamente ese, dar rodeos.

Me miré un instante al espejo donde cada mañana comprobaba mi estado. De nuevo había recuperado mi figura y de nuevo podía utilizar cualquiera de aquellos vestidos que me sentaban a la perfección.

—No te escondas —gruñó él y nuestras miradas se encontraron en el espejo.

Me di la vuelta con rapidez y entrecerré los ojos. Al menos podía tener la consideración de dejarme unos segundos de intimidad.

Stephan permanecía apoyado en la entrada, de nuevo con su actitud más indolente. Lo empujé para que saliera de allí, preparándome para el enfrentamiento.

—Ornela, ¡para de una puta vez!

—¿Cómo te atreves a venir aquí como si nada?! —estallé finalmente.

—Mira, necesito un baño. —Empezó a desnudarse—. Encárgate de llamar a mi ayuda de cámara para que me lo prepare. Después, cuando te calmes, hablaremos de esto.

—¡No estoy histérica si es lo que insinúas! —repliqué—. Lo que estoy es indignada.

—Ornela, sé que has pasado todo esto tú sola.

Estaba a punto de quedarse desnudo. Me fijé en su cuerpo; desde luego, necesitaba recuperar peso.

—Pero ¿qué puedo hacer cuando, como siempre, me mantienes al margen? —continuó él.

—¡Oh! —exclamé ojiplática ante semejante falsedad—. ¿Que yo te mantengo al margen? —pregunté de forma retórica.

—Exacto —confirmó, ahora sin una sola prenda encima—. Ya veo que sigues sin obedecer a tu marido —me reprochó, caminando hacia la puerta que separaba nuestros dormitorios—. Ya me ocupo yo de mi baño, no se me caerán los anillos por ello.

Podría dejarlo ahí, no continuar discutiendo; no obstante, mi orgullo me empujó a seguirlo. No podía permitir que él dijera la última palabra.

¿De qué había servido su actuación de hombre arrepentido de hacía unos minutos?

Fui hasta el arcón donde guardaba la ropa limpia y me dispuse a ser una «buena esposa». Lo encontré de pie, aseándose con agua fría. Me quedé allí, con sus prendas en la mano. Stephan me miró por encima del hombro durante un instante. Supuse que, acostumbrado a las malas condiciones de la milicia, estar de nuevo en su casa era un gran avance. No me perdí detalle y él no parecía incómodo siendo observado.

Lo cierto era que me resultaba extraño, pero a la vez cercano. Terminé sentándome; quizá las palabras no siempre mostraban el camino adecuado.

Stephan se puso una toalla alrededor de las caderas y se acercó al lavamanos. Se dispuso a afeitarse, algo que hasta la fecha yo no le había visto hacer, y me quedé como una tonta mientras llevaba a cabo un ritual tan cotidiano para él. Lo hizo de manera rápida, con movimientos precisos.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —inquirió burlón, sacándome de mi estado de contemplación.

—¿Perdón? —respondí parpadeando.

Él se volvió y se cruzó de brazos, con sus útiles de afeitar aún en la mano y una mirada socarrona. Parpadeó como si no se creyera que yo continuara allí, con cara de tonta y su ropa en las manos. Tenía que hacer algo, así que, sin pensar en la conveniencia o no de la locura que podía cometer, me acerqué a él y tiré de la toalla que lo tapaba.

Desde luego, por su expresión no lo esperaba, pero como todo hombre, creyó que el paso siguiente sería que yo cayera de rodillas.

—Da igual —murmuró ante mi silencio.

Quizá pensó que ni siquiera le prestaba atención. Nada más alejado de la realidad. Puede que la atención que le dispensaba fuera diferente de la que él pretendía, pero desde luego, cualquier cosa que hiciera, tenía mi completa consideración.

No caí de rodillas en el sentido literal, aunque no por falta de ganas, pero sí lo dejé confundido cuando le ofrecí ropa limpia. Y no solo eso, sino que, además, cual ayuda de cámara, me dispuse a vestirlo.

—Hagamos una cosa... —musité, sosteniéndole la camisa abierta para que metiera los brazos. Cuando lo hizo, me situé delante de él para continuar con mi labor.

—No me pidas que olvidemos el pasado... —me interrumpió malhumorado.

Seguramente el motivo de su mal humor no era la tensión inicial, sino que yo me estuviera comportando de forma tan «decente».

—No. —Hice una pausa para inspirar—. Simple y llanamente no quiero hablar. No quiero que las palabras sean armas arrojadas. Está claro que tú y yo jamás podremos dialogar —dije en tono abatido.

Stephan entendió mi punto de vista y terminé de vestirlo en silencio. Y lo cierto es que así, sin decir ni una sola palabra, parecía haber cierto entendimiento. Yo podía ponerle la mano encima sin riesgo y él agradecía mis cuidados de diligente esposa.

Sin embargo, los problemas de nuestro matrimonio seguían ahí y el principal, los secretos, nos traería más quebraderos de cabeza. Ahora bien, Stephan acababa de regresar y, por tanto, como yo pensaba, el silencio nos ayudó a serenarnos.

Nos quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos. Levanté una mano y le acaricié la cara recién afeitada. Cerró los ojos, llevaba mucho tiempo fuera de casa y, por mucho que discutiéramos, había gestos que podían lograr serenarnos.

No sé quién dio el primer paso, pero acertamos la distancia física que nos separaba y me acunó la cara con las manos. Con los pulgares me acarició las mejillas.

Resoplé. Me llamé estúpida por no ser capaz de odiarlo.

No pude esperar más; acerqué los labios a su boca y lo besé.

En ese mismo instante se borraron de un plumazo todas las noches de soledad. Las horas frente a la ventana, soportando las incomodidades del embarazo. El aburrimiento por estar enclaustrada. La desesperación por no tener noticias...

Me eché en sus brazos. Él me había confesado en una ocasión que yo era la única mujer a la que se lo perdonaría todo. Pues bien. El sentimiento era recíproco.

—Ornela —gimió, apretándose contra su cuerpo.

Me tragué las lágrimas y no perdí el tiempo.

Lo había echado tanto de menos...

Mentirse a una misma es absurdo y Stephan era el hombre de mi vida. Podía insultarlo, darle la espalda... pero seguía enamorada de él y ante el más mínimo contacto, mi cuerpo y mi mente responderían sin dudar. Como así ocurrió.

Sus manos empezaron a buscar los cierres de mi vestido. No me importaba que acabara desgarrado. Necesitaba sentirlo piel con piel.

—Hagámoslo bien —murmuró, llevándose a su cama.

Nos detuvimos junto a esta y, una vez allí, empezamos a desnudarnos el uno al otro como si nos fuera la vida en ello.

Yo sabía que mi cuerpo había experimentado cambios y puede que me encontrara menos atractiva, pero cuando su mirada recorrió cada una de mis curvas, se dibujó una sonrisa de aprobación en su rostro que me hizo sentirme más deseada que nunca.

Puso las manos sobre mis pechos, ahora más plenos que antes, y los sostuvo y acarició antes de inclinarse y llevarse un pezón a la boca. Tiró de él con los dientes y gemí con fuerza.

No intentó calmarse, sino todo lo contrario; repitió el mordisco y me caí hacia atrás en la cama, arrastrándolo conmigo.

—Stephan...

Al oír su nombre pronunciado con una mezcla de lamento y necesidad, apartó unos instantes la boca de mi piel y me miró de nuevo a los ojos.

No hacía falta que me dijera nada. Lo sentía encima de mí.

Eché los brazos hacia atrás, dejándole claro que podía hacerme cuanto quisiera, que me tenía a su disposición y que yo le correspondería.

—He echado tanto de menos tu sabor... —musitó, sujetándose con fuerza de la cintura para mantenerme quieta y así poder deslizarse por mi cuerpo.

Con la punta de la lengua recorrió mi ombligo y me mordí el labio sabiendo lo que llegaría a continuación. La humedad que fue dejando por mi vientre hasta llegar a mi sexo me disparó las pulsaciones.

Yo había separado las piernas y doblado las rodillas por voluntad propia, pero Stephan forzó aún más la postura, obligándome a abrirlas mucho más. Vi cómo se relamía y mi respiración se volvió más errática.

Bajó la cabeza y con la lengua me recorrió la cara interna del muslo antes de llegar a mis labios vaginales y separarlos, sin utilizar los dedos, hasta poder rozar mi clítoris.

Grité y arqueé el cuerpo en busca de más.

—Deliciosa, como yo recordaba... —gimió sin apenas apartar los labios de mi sexo—... caliente... muy caliente...

—Stephan, por favor —exigí, supliqué sin ningún tipo de pudor. Hacía ya tiempo que en nuestra cama no había cabida para él.

—La de noches que, como único consuelo, recurría a ti, a la imagen de tu cuerpo... a tu sabor...

Continué retorciéndome al ritmo de sus constantes lengüetazos. Me sentía como la primera vez que había experimentado algo así. Puede que nuestra larga separación física me hiciera ver las cosas de modo diferente, pero lo viví como nunca antes.

Mis jadeos se mezclaban con sus murmullos de placer, mientras me devoraba con una pericia increíble. Y cuando añadió los dedos, creí desmayarme... Comenzó a penetrarme con fuerza, tocando cada punto sensible de mi interior, haciéndome recordar por qué era el único hombre al que amaba y al que se lo perdonaría todo.

Sin embargo, no contento con tenerme así, entregada por completo y al límite, sentí cómo esos mismos dedos impregnados de mis fluidos se movían un poco más abajo.

Abrí los ojos como platos cuando un dedo, supuse que el meñique, presionó mi ano.

—Tranquila... —susurró, intentando que no saltara de la cama—, hoy solo quiero acariciarte este punto.

—No pierdas el tiempo —gruñí. La sola idea me excitaba, superando con creces

el lógico temor.

—Querida Ornela, tu precioso culo también me pertenece...

Dicho esto, arremetió con más fuerza y yo alcancé el clímax. Grité y todo mi cuerpo experimentó una gran y satisfactoria sacudida. Me quedé laxa y con media sonrisa en los labios, mientras mi marido gateaba hasta ponerse frente a mí.

Abrí los ojos y me di cuenta de que mi comportamiento había sido de lo más egoísta, pues el pobre había llegado exhausto tras su precipitado viaje.

—Déjame a mí —murmuré, instándolo a que se tumbara de espaldas.

Con rapidez, me coloqué a horcajadas y me acerqué a sus labios para besarlos. Él gimió con fuerza y compartimos mi propio sabor. Con una mano, me sujetó de la cintura y con la otra se agarró la polla para que, con un suave movimiento, yo pudiera acogerlo por completo.

Entonces, al tenerlo bien dentro, me erguí y Stephan me rozó un pezón. Le agarré inmediatamente la muñeca y me llevé un dedo suyo a la boca, chupándoselo al mismo tiempo que cabalgaba sobre él. Disfruté del hecho no solo físico de tenerlo dentro, sino de observar cómo gozaba. La tensión de su cuerpo bajo el mío.

—Ornela... —gruñó, mientras me embestía desde abajo.

—Permíteme complacerte... —respondí con un murmullo, sin detenerme.

Él se rindió a mi petición y yo me encargué de todo. Balanceándome sobre él, arañando su pecho, apretando mis músculos internos y susurrándole una y otra vez que gozara, que no hiciese nada, que estaba en mis manos...

Observé con deleite cómo se acumulaba la tensión y supe que estaba cerca, a un paso de correrse. Me incliné hacia delante, puse las manos a ambos lados de su cabeza y dejé que mis pechos quedaran a la altura de su boca, mientras continuaba mi asalto en toda regla.

—Muérdeme —exigí, sin darle otra opción.

Stephan atrapó un pezón con los dientes y tiró de él. Confirmando en el acto la ley de causa y efecto, pues me causó el dolor justo para alcanzar mi propio orgasmo.

Pero tal como le había prometido, él no debía hacer nada, así que me aparté y lo dejé un instante confundido, para, con rapidez, gatear hacia atrás y poder acogerlo en mi boca, donde apenas unos minutos después se corrió jadeante, al tiempo que repetía mi nombre sin cesar.

A la mañana siguiente me desperté y, sin abrir los ojos, noté las manos posadas sobre mi vientre y el cuerpo que dormía pegado a mi espalda.

Podía sacar mi lado egoísta, darme la vuelta y tocarlo para mi propio placer; sin embargo, pensé por primera vez en él, en que necesitaba descansar, y, por tanto, me levanté con cuidado de no despertarlo.

—Ornela, no me dejes... —murmuró medio dormido, sujetándome de la muñeca.

Me hizo sonreír. Me acerqué a él y le di un suave beso en los labios antes de susurrar:

—Descansa. —Le puse una mano en la mejilla y lo acaricié para que se relajara y se volviera a dormir tranquilo—. No me voy a ningún lado.

Mi promesa, hecha con voz suave, lo calmó y yo pude marcharme sin remordimientos. Stephan necesitaba recuperar fuerzas. No sabía cuánto tiempo iba a permanecer esta vez a mi lado, pero podía aplazar unas horas estar junto a él como tanto ansiaba. Además, tenía obligaciones que atender.

Me vestí con rapidez para acercarme a la habitación de Alexander. Saludé a la niñera y me quedé a solas con el pequeño. Todas las mujeres me desaconsejaban que le diera el pecho, pero yo había desoído el consejo y despedí a la nodriza a las cuarenta y ocho horas de contratarla. Puede que me horrorizara la idea de ser madre, pero iba acostumbrándome poco a poco y no me cansaba de tener a mi hijo en brazos.

—¿Ya está despierto? —preguntó Claire, sonriente como siempre, asomándose a la puerta.

Asentí y le hice un gesto para que entrara. Su ingenuidad y candidez me ponían de los nervios en algunas ocasiones; no obstante, en ningún momento se había enfadado y siempre había estado a mi lado.

Alexander pareció estar saciado y Claire se ocupó de sostenerlo para que expulsara los gases. Desde luego, iba a ser una madre excepcional cuando llegara el momento.

Poco después apareció Camille, también con una sonrisa radiante, y me comentó algunos pormenores de la casa.

Mi niño tenía ganas de jugar y, mientras las tres nos dedicábamos a hacerle carantoñas, me di cuenta de que alguien nos observaba desde la puerta.

—Capitán... —Claire se puso de inmediato en pie, igual que Camille.

La admiración de ambas hacia mi marido era sincera, aunque me pesara.

Mi doncella cogió a Alexander en brazos y se acercó hasta Stephan para que lo sostuviera por primera vez. Vi su torpeza. Como todos los hombres, a excepción del inigualable Charles, no sabía qué hacer. Eso sí, su expresión de completa emoción era innegable.

Sonreí y controlé mis sentimientos al verlo allí. El momento con el que tanto había soñado. Me acerqué y lo ayudé a sujetarlo mejor.

Stephan me miró y articuló con los labios un «gracias» que me llegó muy adentro. Ellas dos nos dejaron a solas, comprendiendo que aquel era un momento muy íntimo.

—Es increíble —comentó, sin apartar la mirada del niño.

—Lo sé —musité.

—Ornela, te prometo que...

Le puse un dedo en los labios, impidiéndole continuar. No quería escuchar promesas. Solo importaba el presente, porque de esa forma evitaríamos más enfrentamientos.

—Te prometo que cuando todo esto acabe, no me separaré de ti —terminó diciendo.

Lo que Stephan no entendía era el daño que podía hacerme al pronunciar tales palabras. Preferí mantenerme en silencio y dejarlo pasar. Aunque tarde o temprano nuestros desacuerdos volverían a surgir.

Durante la semana siguiente tuve la gran suerte de poder dedicarme a los preparativos para las Navidades. Incluso Stephan quiso ayudarme y, para ello, mandó recado a su madre.

Me sentía algo nerviosa, por fin iba a conocer a mi suegra, pero mi marido intentó tranquilizarme, aunque sin éxito, pues una pequeña espina seguía clavada en mi interior. ¿Por qué había esperado tanto tiempo? La respuesta era obvia, Stephan la invitaba ahora para que conociera a Alexander.

Pero por si mis dudas no me atormentaban lo suficiente, entró en escena el que menos deseaba ver: William se presentó en nuestra casa. Me dio un poco de pena verlo tan flacucho y desaliñado, pero seguía odiándolo.

La que chilló como una posesa nada más aparecer él, mandando al cuerno cualquier actitud serena y respetable, fue Claire, y yo tuve que morderme la lengua, pues en los ojos del señor Perlman vi auténtica adoración.

Por lo visto, el canalla había sido sincero en sus sentimientos hacia mi amiga.

—¡Amigo mío! —exclamó Stephan, bajando a recibirlo.

—Entenderás que prefiera seguir abrazando a mi prometida antes que a ti —le respondió su amigo sonriente.

—Lo siento, capitán —murmuró Claire, cohibida tras su arrebató inicial.

—No pasa nada. Es comprensible.

Yo observaba toda la escena desde una prudente distancia. William me miró y se limitó a hacerme un gesto educado, pero nada más. No me alegraba en absoluto que estuviera de nuevo bajo nuestro techo.

—Bueno, y ahora, si no os importa, me gustaría descansar. El viaje ha sido agotador.

Me di cuenta de que en realidad pretendían escabullirse y ponerse al día. No me defraudaron, pues Stephan, con la peregrina excusa de acompañar a William a su dormitorio, se fue con él.

Yo tenía que lograr la manera de escuchar esa conversación y recé para que eligieran el estudio de mi marido. Mis oraciones surtieron efecto y allí se encerraron.

—¿Cómo lograste explicar mi repentina partida? —preguntó Stephan ansioso.

—Escribí una carta con caligrafía femenina, en la que se te informaba de que Ornela estaba gravemente enferma, al borde de la muerte.

—¿Cómo?!

—Aquí la tienes, destrúyela.

—Maldita sea... ¿Qué van a decir cuando sepan que está recuperada y de forma tan envidiable?

—Un milagro. A veces ocurren —alegó William con cierto aire burlón.

—¡Joder!

«Vaya con el manipulador teniente Perlman...», pensé, a la espera de que continuaran hablando.

—No quedaba otra opción —se defendió William—. Estaban cursando ya la orden para arrestarte por deserción y preferí adelantarme, antes de que llegara a oídos del coronel.

—Te lo agradezco de corazón, pero ¿y si alguien descubre la farsa?

—Si hasta el momento nadie ha dicho nada, será porque el comportamiento de tu esposa ha sido intachable y, además, tras dar a luz, muchas mujeres enferman y esas cosas. Ahora solo debes procurar que continúe siendo discreta.

—Y tú ¿cómo has conseguido el permiso?

—Quiero casarme, Stephan. No puedo seguir por ahí sin saber cuándo regresaré o si podré cumplir mi promesa. Así que solicité un permiso especial de quince días. Amigo mío, ¡necesito organizar una boda lo antes posible!

—Faltaría más. Hablaré con el párroco y te ayudaré en lo que precises —convino Stephan de buen humor.

—Aprovechemos bien el tiempo, pues en cuanto tu esposa esté «recuperada» y la mía satisfecha, deberemos reincorporarnos. Y ahora sí me vendría bien un baño caliente, lástima que mi querida prometida no pueda frotarme aún la espalda.

Tuve ganas de interrumpir y decirle que, gracias a mis consejos, no iba a encontrarse a una mujer tan tonta como pensaba, pero me di cuenta de que así, en su noche de bodas, la sorpresa sería aún mayor.

Desde ese momento, toda la casa empezó con los preparativos de la boda. Fueron los cinco días más frenéticos que recuerdo. Pero todo nuestro esfuerzo colectivo se vio recompensado cuando el día 24 de diciembre asistimos a la emotiva ceremonia.

Dos días antes y con el respeto que la caracterizaba, Claire se acercó a mi marido para pedirle de forma muy solemne si podía hacerle el honor de llevarla al altar. Por supuesto, Stephan se mostró encantado y yo, la verdad, me alegré por ella. Puede que su futuro marido me pareciera el hombre más deleznable de la historia, sin embargo estaba realmente enamorado. Lástima que en breve tuviera que abandonar a su recién estrenada esposa y Claire se fuera a unir a mi desdichado club de mujeres desoladas.

Pero no quería que nada empañase el día y, por tanto, aparté de mi cabeza esos funestos pensamientos. Stephan, una vez cumplida su misión como padrino, se acercó a mí sonriente, e intuí que, una vez que nos retirásemos a nuestra alcoba, también gozaríamos de una noche de bodas especial.

Y así fue.

Puesto que no éramos los protagonistas del evento, pudimos escaparnos, como dos jóvenes enamorados, sin llamar la atención. Mi idea, lógica por otra parte, de acabar en el dormitorio, se diluyó en cuanto Stephan, sin soltarme, me arrastró hasta el invernadero.

Yo me negué, pues hacía un frío de mil demonios y no entendía por qué pretendía que pasáramos incomodidades disponiendo de una amplia cama caliente.

—Siempre quise comprometerte en medio de un baile, con palabras picantes y actos impuros —me confesó en tono sugerente.

Tan sugerente que me desprendí de mi capa nada más entrar en el invernadero.

El muy truhan lo había preparado todo y, tras repasar el escenario donde a buen seguro no solo pasaríamos un rato confortable, di un paso al frente.

—Ya no soy una jovenzuela impresionable —murmuré con un mohín picarón.

—Ni yo un joven imberbe, dispuesto a componer sonetos para llevarte al huerto.

Su réplica me hizo sonreír y excitarme al mismo tiempo. No era ningún secreto que mi marido carecía de dotes artísticas, pues era un hombre de acción. Directo al objetivo.

—Pero podrías intentarlo, demostrarme lo mucho que me deseas —lo provoqué, recolocándome el escote para que casi vislumbrara mis pezones, ya duros a la espera de sus caricias.

—Prefiero demostrártelo con hechos, no con palabras, pero si así lo deseas...

Se acercó a mí y me agarró por la cintura para pegarme a su pecho y hundir la cara en mi cuello. Lamió toda mi piel hasta llegar al lóbulo y morderme, de tal forma que gemí y me tuve que agarrar para no caerme.

—Desde que te he visto bajar esta mañana con este maldito vestido, no he podido pensar en otra cosa que en levantártelo y meter la mano entre tus piernas para romper tu ropa interior y así acariciar tu coño.

No, definitivamente, Stephan y la poesía no casaban.

—Hummm... Sigue —ronroneé, cuando noté que sus manos trabajaban sobre mi cuerpo a la par que sus palabras.

—Y no solo eso..., quiero... —Hizo una pausa en cuanto halló la abertura de mis calzones y me penetró con dos dedos. No se sorprendió al encontrarme mojada—. Quiero follarte... lamerte... cualquier cosa con tal de hacerte gritar y después regresar delante de toda esa gente y que se mueran de envidia en el momento en que vean tu rostro con un rubor fruto de los orgasmos más intensos.

—Tienes razón. Demuéstramelo con hechos.

—No voy a desnudarte. Nunca hemos tenido encuentros ilícitos de amantes, por

eso me limitaré a levantarte el vestido y a caer de rodillas ante tu sexo para recorrer con la lengua lo que me pertenece.

—¿Después tendré yo el mismo privilegio?

Noté cómo se reía ante mi retorcida pregunta y me mordió en el hombro mientras sus dedos continuaban masturbándome con una pericia envidiable.

—Depende... —me desafió, mientras me insertaba los dedos con más violencia.

—¿De qué? —pregunté gimiendo.

—De mi estado de ánimo —respondió con altanería—. Nunca sé si me es más placentero correrme en tu boca o en tu sexo.

Tragué saliva; a mí cualquiera de las dos opciones me parecía perfecta.

—No tienes por qué elegir —aduje; me derretía a cada segundo que pasaba. Me notaba cerca, a un paso de alcanzar el clímax sin haberme desnudado siquiera.

—No, la verdad es que no... Sin embargo, también podrías ofrecerme otra parte de tu cuerpo donde alcanzar el éxtasis.

Su comentario me dejó momentáneamente confusa.

No me respondió con palabras. Yo era muy consciente de lo que me estaba pidiendo. Volvió a rozarme por detrás, al tiempo que me estimulaba y me lubricaba con mis propios fluidos.

—Y sé que te encanta —remató, dejándome a un paso del orgasmo al sacar los dedos y, para mi mayor consternación, lamérselos.

Me aparté de él en señal de protesta e intenté que mi vestido volviese a su sitio; sin embargo, Stephan me lo impidió, pues me arrastró, literalmente, hasta la alfombra que había dispuesto en el suelo y se colocó de rodillas frente a mí, preparado para llevar a cabo sus fantasías.

Me levantó el vestido para dejarme expuesta y después se deshizo de mi ropa interior. Lo miré con recelo y expectación, pues su cara no presagiaba nada bueno.

—Voy a follarte como yo solo puedo hacerlo... —prometió, a punto de hacerlo.

Tragué saliva y me pregunté cómo podía estar tan seguro de tal aseveración, pero me di cuenta, apenas cinco segundos más tarde, de que mi reacción, al mencionarlo, había resultado de lo más esclarecedora.

Se tumbó sobre mí y buscó mis labios y así, de ese modo, no pude protestar cuando sentí su fuerza al penetrarme. Lo deseaba, lo necesitaba y respiré tranquila, al tiempo que le devolvía el beso, al sentirlo en mi interior de forma tradicional.

Empujó con brío, con la rudeza de la que yo tanto disfrutaba, mientras ambos comenzábamos a jadear sin control.

Y otra vez, cuando me aferraba a sus hombros con desesperación al estar cerca, cuando boqueaba en busca de aire y ya no sabía cómo soportar aquella tensión, Stephan se retiró, dejándome a las puertas, vacía y enfadada.

Sin darme una explicación, porque no la había, me dio la vuelta, poniendo mi trasero a su disposición. Metió una mano por debajo de mi estómago y me levantó para colocarme a cuatro patas.

—¡Stephan! —grité cuando me metió el primer dedo.

—Tengo que prepararte, respira.

Quise obedecerlo, pero mi cuerpo reaccionaba desoyendo sus recomendaciones. No era la primera vez que me follaba así; no obstante, como si lo fuera, pues experimenté los mismos temores mezclados con los mismos placeres. Cerré los ojos, intenté no pensar en el alcance de lo que me hacía, quise disfrutarlo tal como él decía, pero cada vez que pensaba por dónde me penetraba..., no alcanzaba a asimilarlo.

—Relájate... —insistió tenso ante mi negativa a acatar sus, para nada, amables sugerencias—. Te encantará...

Respiré y poco a poco me fui acostumbrando a aquella invasión. Puede que al haberme estimulado previamente de forma tan acertada, y al estar tan excitada, aceptara algo que consideraba antinatural, pero lo cierto es que fui apreciando los diferentes matices y deseando que sustituyera los dedos por su polla.

—¿Estás lista? —inquirió. Percibí cómo se situaba tras de mí y cómo se agarraba con una mano su erección, bien lubricada debido a mis fluidos.

—No —dije con la garganta seca—. Pero hazlo ya.

Empujó con cuidado y apreté los dientes. El grosor de su pene nada tenía que ver con el de sus dedos. Jadeé cuando arremetió de nuevo y avanzó un poco más.

Arqueé la espalda y me retorcí, presa de una extraña sensación de dolor. Extraña porque, a pesar de hacerme daño, no deseaba que acabase. Era un dolor que me provocaba el sorprendente deseo de querer más. Me moví hacia atrás, cansada de su lentitud, y grité al sentirlo por completo en el interior de mi culo.

—¡Dios! —exclamó, clavándome las uñas en las caderas.

De nuevo empujé hacia atrás, mientras lo instaba a que hiciera algo, a que se moviera; ahora no podía dejarme de aquella manera.

—Stephan... —rogué con la garganta seca.

—Ornela... nunca imaginé que fuera tan increíble...

Cuando más desesperada estaba, comenzó una lenta cadencia de movimientos, quizá temiendo hacerme daño, pero lo cierto era que deseaba sentir ese dolor, que aumentase incluso, pues me provocaba reacciones muy cercanas al placer.

Ninguno de los dos estábamos preparados para sentir aquello. Mis gritos y gemidos, junto con los gruñidos de Stephan, daban buena fe de la magnitud de lo que ambos experimentábamos.

Él dejó a un lado la prudencia y sus envites se tornaron bruscos, salvajes, algo descoordinados, pero lo suficientemente certeros como para lograr que yo me corriera de una forma hasta entonces desconocida.

Caí hacia delante y él conmigo, aplastándome contra la alfombra y temblando encima de mí, al tiempo que se derramaba en mi interior y me susurraba al oído que yo siempre sería la única.

Lo creí.

A la mañana siguiente me hubiera quedado en la cama hasta tarde, pero ahora era madre y por tanto eso ya me resultaba impensable.

Dejé a Stephan acostado y gruñendo un poco porque, según él, lo abandonaba, pero como cada mañana me acerqué a la habitación de Alexander y me ocupé de sus necesidades. Confiaba en nuestra niñera, no obstante siempre me gustaba supervisar todo.

Me estaba comportando como esas madres sobreprotectoras que antes tanto criticaba, sin embargo, no podía evitarlo.

Una vez que comprobé cada detalle y me quedé conforme, regresé a mi alcoba y me arreglé para bajar, con la idea de tomar un frugal desayuno y después volver al dormitorio de Stephan para ofrecerle un buen desayuno a él.

Saludé a los criados, que se afanaban en recoger los restos de la fiesta del día anterior y en preparar la mesa de Navidad. Di algunas instrucciones para que todo saliera a la perfección y me despedí del ama de llaves. Por supuesto, Camille andaba por allí y yo sabía que en sus manos todo saldría a pedir de boca. Lamenté que, un año más, mi madre no pudiera acompañarnos, pero su educada respuesta al rechazar la invitación no ocultaba la verdad: mi «querido» padrastro no se lo permitía.

Lo único que me consolaba era pensar que un día de aquellos, el odiado marqués de Beldford dejara viuda a mi madre. Por eso, cuando oía algún que otro comentario sobre sus excesos a la hora de comer y beber, sonreía. Tarde o temprano acabaría sufriendo de gota.

Tampoco iba a acompañarnos mi suegra, lo que retrasaba una vez más que la conociera. Stephan no esperaba esa respuesta de su madre y sin duda se quedó más contrariado que yo. Me prometió que en cuanto pudiéramos viajar, él mismo me llevaría a su residencia. No tenía intención de amargarme por ello, así que desterré esos pensamientos y me concentré en el día que tenía por delante. No quería que nada lo estropease.

—Me gustaría hablar un instante contigo.

Me detuve justo en la puerta del comedor. Reconocí en el acto la voz y me tensé. No me apetecía lo más mínimo mantener una conversación con él.

Sí había algo que podía echar a perder un bonito día de Navidad.

—Por favor —añadió William en tono suave.

No me dejé engañar, esa falsa docilidad obedecía a algún oscuro propósito y no iba a dejar que de nuevo me pusiera en un compromiso.

Me volví, dispuesta a plantarle cara.

—No tenemos nada de qué hablar —sentencié, regresando a mi plan original de ignorarlo.

—Por favor, Ornela —insistió él.

—Tengo que ocuparme de varios asuntos; para cualquier cosa, habla con Stephan

—dije, pensando en huir de allí.

Aquel loco era capaz de jugar conmigo y de nuevo reírse de mí, con o sin la complicidad de mi esposo, solo por diversión. William era así de retorcido.

—Solo quería darte las gracias —dijo serio, sin rastro de su sarcasmo habitual—. Has cuidado de Claire y ella habla maravillas de ti. Te confieso que dudaba de que fueras capaz de hacerlo, pero he de reconocer mi error.

—¿Algo más? —repliqué con sequedad. Seguía sin fiarme.

—Sí. Quería pedirte perdón. Lo que hice... no estuvo bien. No debí aceptar, aunque, si te sirve de consuelo, fui el primero en advertirle a Stephan de lo impropio de su proceder; aun así, accedí llevado por una especie de solidaridad masculina.

—Muy bien, acepto tus disculpas —mentí.

Bajo ningún concepto deseaba seguir escuchándolo. Si se lo permitía, terminaría por darle la vuelta a la situación y hasta parecer que me había hecho un favor. Por mucho que se esforzara, yo solo podía verlo como un traidor.

—Nunca seremos amigos, ¿verdad? Te limitarás a tolerarme por no discutir con Stephan y yo seré correcto y distante por la misma razón.

—Seamos francos, nunca podré perdonarte. Lo que hiciste fue indigno, vil y rastrero. Podrías haberte negado, pero no, preferiste hacerme pasar aquel mal trago.

William tuvo la decencia de mostrarse afectado por mis acusaciones.

—¿No te has parado a pensar que quizá deseaba besarte?

—¡¿Cómo?! —exclamé, al darme cuenta de que nunca debía bajar la guardia ante ese hombre, pues a la menor oportunidad atacaba sin piedad.

—Es broma —añadió rápidamente ante mi desconcierto.

—Buenos días, señor Perlman —dije, con la idea de poner punto final a aquella odiosa conversación.

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo, sin embargo, no voy a engañarte. Pronto tendré que reincorporarme a mi puesto y...

—Stephan también, supongo —lo interrumpí y por su cara supe que estaba en lo cierto.

—Sí. Por eso quiero que cuides de mi esposa. Sé que sois amigas y que no podría dejarla en mejores manos...

—Claire es para mí como una hermana —contesté.

—Por eso mismo. No sé cuándo podré regresar y me gustaría partir sabiendo que está bien acompañada.

No me apetecía que ese traidor terminara cayéndome bien. Sin embargo, por cómo me lo pedía, deduje que de verdad se preocupaba por su esposa, lo cual ya decía mucho en su favor.

—Muy bien, Claire se quedará conmigo, como hasta ahora.

—Así me marchó mucho más tranquilo. No sé cómo acabará todo esto y no voy a mentirte: las cosas tienen pinta de ir cada vez peor, por eso necesito saber que Claire estará en segura y no hay nadie mejor que tú para protegerla. Confío plenamente en

ti.

Parpadeé ante tal arranque de sinceridad. Por una vez me hablaba sin rastro de burla y sin doble sentido. Y, además, había sido mucho más explícito que Stephan a la hora de contar lo que les esperaba.

—Gracias, de verdad —repitió y no quise ser desagradable en exceso.

—De nada.

Di por finalizada la conversación y comencé a alejarme, dispuesta, ahora sí, a tomar mi desayuno.

—Y... ¿Ornela?

Me detuve al oírlo de nuevo. Lo miré por encima del hombro. Otra vez, tras su extraño arrebatado de sinceridad, había adoptado su pose más burlona.

—¿Sí? —pregunté tensa.

En dos zancadas llegó a mi lado y se inclinó. Vi el peligro y quise apartarme; sin embargo, William sonrió sin despegar los labios.

—Gracias también por explicarle a mi esposa cómo atenderme en nuestra noche de bodas —susurró junto a mi oído, antes de estallar en carcajadas.

Sintiéndome estúpida, terminé sentándome a la mesa del desayuno y me puse a reflexionar sobre la ridícula conversación que acababa de tener. Desde luego, mi odiado teniente Perlman sabía muy bien cómo dejarme en ese estado.

Poco después apareció Claire, con una sonrisa deslumbrante y un sonrojo evidente al decirme buenos días. No quise mortificarla demasiado y no hice preguntas.

De todas formas, nos esperaban muchos días a solas y a buen seguro saldría ese tema. Y lo más probable era que ella, ahora que conocía los placeres del matrimonio, quisiera indagar más.

Las fiestas finalizaron y a principios de enero llegó el momento de la partida.

En esta ocasión, Stephan no se despidió de mí con una mísera nota escrita de forma apresurada, sino con un encuentro íntimo en el que de nuevo pronunció las palabras que necesitaba oír.

De esa forma nos quedamos de nuevo a solas. Claire, un mes después de la partida de su marido, lloró amargamente sobre mi hombro cuando descubrió que no estaba embarazada. Para ella supuso un gran disgusto. La consolé con las palabras típicas, diciéndole que en la próxima visita del teniente se quedaría en estado.

La verdad era que no tenía mucha idea de cuándo se produciría tal circunstancia y sospeché que a mi invitada tampoco la habían informado. Pero por si acaso decidí mentir para animarla.

—En primavera, Claire, en primavera estará de vuelta.

Ella negó con la cabeza; a pesar de mi intento por sonar convincente, no daba muestras de animarse y la verdad era que la comprendía. Yo me mostraba con más fortaleza, pero por dentro me sentía igual.

—Lo dudo —gimoteó.

Por supuesto, emitió un suspiro tan evocador que yo acabé poniendo los ojos en blanco. ¿Cómo podía tomárselo con tanta calma? Yo quería chillar, ir en busca de Stephan, gritarle... cualquier cosa para no continuar amargándome y más aún cuando no solo su ausencia me reconcomía por dentro, sino también sus mentiras y sus malditos secretos.

—¿No te ha dicho cuándo va a volver? —pregunté, exagerando un poco mi preocupación. El regreso de su esposo iba unido al del mío.

Me miró y me di cuenta de que estaba a punto de llorar.

—He preferido no saberlo —me respondió conteniéndose, aunque yo estaba segura de que acabaría hecha un mar de lágrimas.

—¿Y eso por qué? —insistí sin entenderla.

—Porque... —hizo una pausa para limpiarse la nariz— no quiero preocuparme si, llegado el día, le es imposible cumplir su palabra. No quiero que se angustie pensando en regresar junto a mí. Prefiero que cumpla sus obligaciones sin inquietarse.

Nada más oírlo, me di cuenta de que en Claire no había ni una gota de egoísmo. Era capaz de sufrir en silencio y con resignación la ausencia de un recién estrenado esposo.

Pensé que yo nunca sería tan abnegada como ella.

Mi orgullo volvía a ponerse al frente.

No tardé en recibir la primer carta de Stephan y, aunque la abrí más por curiosidad que por interés, supe antes de leerla que de nuevo había alguien con la dudosa tarea de mantenerme contenta con misivas redactadas por obligación.

Pensé que debía quemarlas, deshacerme de ellas, pero luego me di cuenta de que un día Stephan regresaría y yo tendría la oportunidad de pedirle respuestas, no solo de esa desagradable cuestión, sino de todas las demás.

Porque la próxima vez que lo tuviera delante no me dejaría llevar por confusos pensamientos románticos. Él conocía mis sentimientos y podía utilizarlos en mi contra. Entendí entonces la antiquísima frase de que el amor es ciego, pues yo así me había comportado al pasar por alto todos sus secretos.

Sin embargo, mientras transcurrían los días e iba recuperando la cordura, me daba cuenta de que una cosa no excluía la otra. Sí, estaba enamorada de Stephan y por supuesto ansiaba su regreso, pero no por ello iba a consentirle que continuara tratándome como a una estúpida. Era su esposa y por lo tanto bien podía confiar en mí.

Camille seguía defendiéndolo a capa y espada y con toda probabilidad estaba al tanto de su paradero, pero como siempre, no estaba dispuesta a decírmelo. Lo cierto fue que tampoco insistí para no ponerla sobre aviso y que se volviera más cauta. En cuanto mis obligaciones como madre me dejaran un poco más de tiempo libre, pensaba retomar mis indagaciones, porque intuía que mi doncella continuaba recibiendo documentos.

De todas estas elucubraciones no comenté nada con Claire, pues a buen seguro me intentaría convencer de que tanto Stephan como William no eran sino dos valerosos soldados dispuestos a cumplir con su obligación y yo no tenía ganas de explicarle todo lo que sabía. Además, ella, a diferencia de mí, era feliz viviendo en la ignorancia.

Claire y yo fuimos estableciendo una rutina. Ninguna de las dos podíamos asistir a eventos sociales. Mi caso era más evidente, pero ella prefería mantener las formas. Para divertirnos y estar al día teníamos a Charles, que nos acompañaba siempre que sus obligaciones se lo permitían.

Alexander era sin duda el centro de mi vida. No me cansaba de pasar horas y horas junto a él observándolo. Claire me miraba con una sonrisita, sin duda se mordía la lengua, pues, tras haberme pasado todo el embarazo refunfuñando y renegando, no daba crédito a mi comportamiento.

Ni que decir tiene que a la menor oportunidad posible Claire ejercía de madre y se deshacía en arrumacos con mi niño.

Y así, sin muchos sobresaltos, iban pasando los días de tal forma que en breve llegaría mi segundo aniversario de boda y de nuevo no tendría a mi lado a Stephan para celebrarlo. Miré una vez más mi alianza y llegué a la conclusión de que de nada me servía.

Me la quité, algo que no había hecho en dos años, y la guardé en el joyero. Puede que fuera un gesto insignificante, pero para mí suponía un acto de rebeldía.

Decidí que solo volvería a ponérmela cuando entre Stephan y yo no hubiera secretos.

Esa fue la promesa que me hice a mí misma y que tenía la intención de cumplir; no obstante, a primeros de mayo de aquel fatídico año de 1808 llegó la peor de las noticias.

Lucía el sol.

Por fin, tras unos inicios de primavera lluviosos teníamos un día soleado. Claire y yo habíamos planeado salir de compras y de paso dar un buen paseo. Ser dos mujeres que por circunstancias de la vida vivían solas no significaba que tuviéramos que estar enclaustradas. Apenas asistíamos a eventos sociales, pero al menos bien podíamos distraernos un poco comportándonos frívolamente.

Los periódicos hablaban de guerra y de problemas, pero yo no me molestaba en leerlos. Mi amiga por el contrario sí.

Aquella mañana, mientras nos preparábamos para salir, Camille vino a anunciarme que el coronel Smithson preguntaba por mí. Me llevé una gran sorpresa, pues desde nuestro primer y único encuentro supe que me había incluido en su lista de personas non gratas.

—¿Qué querrá ese hombre ahora? —murmuré, sin darme prisa en absoluto por bajar a recibirlo. Me retoqué el peinado de forma innecesaria.

—Ornela, no lo hagas esperar, por favor —me dijo la siempre atenta y educada Claire.

—No seas maleducada —intervino Camille en tono seco—. De ese hombre dependen muchas de las decisiones que afectan al destino del capitán.

—De acuerdo —contesté, poniéndome en pie no sin antes mirarme una vez más en el espejo del tocador para comprobar mi estado.

No iba a bajar la escalera corriendo, ni tampoco a disimular lo poco que me apetecía ver al coronel, y menos aún en mi casa. No solo había sido grosero conmigo, sino además una completa pérdida de tiempo ir a verlo, pues no me ayudó en absoluto. Por no mencionar cómo dejó patente su disgusto sobre mi origen francés.

—Buenos días, coronel —dije, al entrar en la sala de recibo.

Él se volvió para mirarme y no encontré al tipo odioso y desconsiderado de la primera vez, sino a un hombre con evidentes signos de cansancio.

Entonces tuve un presentimiento. No había venido de visita, sino a darme una mala noticia.

—Señora Gardner-Taylor...

—¡Hable! —exigí, mandando una vez más al cuerno todas las normas de etiqueta.

Él no dio muestras de desagrado ante mi tono impertinente. Debía de estar acostumbrado a tratar con esposas histéricas.

—Señora, ¿no desea sentarse? —preguntó, aclarándose la voz.

—No, estoy muy bien así —me obstiné, pues no iba a acatar ni una sola de sus indicaciones, por muy amables que sonaran.

—Es mi triste deber informarle que...

—Stephan... —susurré, temiéndome lo peor.

—Siéntese, señora —insistió, tragando saliva.

—¿Está herido?

—No. Me temo que...

Le costaba hablar y a mí respirar. Y cerré los ojos para escuchar en voz alta la peor de todas las noticias.

—Es mi triste deber —prosiguió, repitiendo esa maldita fórmula— informarle de que el capitán Gardner-Taylor ha fallecido en acto de servicio.

—¡No! —grité.

—¡Señora!

Fue lo último que oí, los gritos del coronel Smithson al ver cómo me derrumbaba delante de sus ojos.

Cuando volví a abrirlos, Camille estaba a mi lado. En su cara se reflejaba el dolor al saber la funesta noticia. Claire también estaba junto a mí, sosteniéndome la mano y con los ojos enrojecidos de llorar.

—Mi niña...

Giré la cabeza y vi a mi madre acercándose. Me incorporé de inmediato y me eché en sus brazos. De nuevo comencé a llorar. No podía ser cierto.

—Stephan... —gimoteé. No me debían de quedar lágrimas que derramar. Sentía los ojos doloridos y una presión insoportable en el pecho.

—Ya... ya... —canturreaba mi madre para consolarme. Me peinó con los dedos en un vano intento de mitigar mi desazón—. Lloro cuanto quieras, mi vida. Desahógate.

—Tienes que comer algo, Ornela —dijo Claire con voz suave.

Vi que lo estaba pasando realmente mal, como si ella fuera la viuda.

—¿Por qué me ha pasado esto a mí? —lloriqueé, sin soltarme de los brazos de mi madre.

—Tienes que afrontarlo, es difícil, lo sé —apuntó ella, con el cariño y la comprensión de siempre. Por su parte, también había pasado por un trance similar.

—Ornela, come algo, por favor —pidió Camille seria.

Yo negué con la cabeza.

—Come un poco, mi vida —intervino mi madre, uniéndose a la petición de nuestra doncella—. Si no lo haces, acabarás enfermando.

—Tienes un hijo al que cuidar, al que ver crecer. No puedes pasarte días tumbada en la cama, llorando la pérdida de su padre —apostilló Camille en tono firme.

Vi cómo mi madre le hacía un gesto para que dulcificara un poco su actitud. Pero comprendí que su petición era de lo más razonable. Hundirme en la autocompasión, descuidar a Alexander y ponerme enferma no era una opción viable.

Me sequé los ojos con el dorso de la mano y los cerré un instante para respirar y así afrontar, paso a paso, mi nueva vida.

Claire se ocupó de acercarme una bandeja para que llevara algo de alimento a mi estómago. Hice verdaderos esfuerzos por comer, bajo la atenta mirada de aquellas mujeres que tanto velaban por mí. Cuando acabé, me levanté dispuesta a ir en busca

de lo único importante: mi hijo.

Abracé a Alexander y pedí a todo el mundo que me dejaran con él. Necesitaba ese momento de soledad. Miré su cara inocente y tragué saliva. Llegaría un día en que tendría que hablarle de su padre.

Pero en aquel instante solo tenía un pensamiento: en apenas dos meses cumpliría veintitrés años y ya era viuda.

Ciertamente, no me esperaba un futuro muy halagüeño.

Charles, cómo no, acudió enseguida a mi llamada y fue mi mejor apoyo en esos terribles y aciagos días. No se separó de mí y fue quien se ocupó de todos los trámites burocráticos, lo que agradecí sobremanera, pues me resultaba una tarea penosa.

Recibí carta de mi suegra diciéndome que deseaba estar presente en el funeral, algo que me dejó sin palabras. Por fin iba a conocerla, pero en unas circunstancias de lo más desafortunadas.

Di instrucciones para que todo estuviera dispuesto para su llegada y les pedí a Claire y a Camille que permanecieran a mi lado. Ellas, como no podía ser de otro modo, aceptaron.

La noticia del fallecimiento del capitán Gardner-Taylor tuvo gran repercusión en los periódicos y hasta entonces no comprendí el alcance de la fama de mi difunto esposo. Recibí multitud de condolencias, unas más sinceras que otras, a las que respondí con el desánimo propio de mi estado. Aunque hubiera mandado a paseo a más de uno.

Tuve que soportar ver a un secretario que me dijo que a partir de ese instante cobraría una pensión como viuda y que por tanto no debía preocuparme por mi bienestar económico.

Charles fue quien se encargó, en mi nombre, de redactar los documentos y traérmelos para firmar, ya que me enervaba la actitud indiferente de aquel hombrecillo.

William se presentó en mi casa dos días antes del sepelio. No me dejé engañar por su deplorable aspecto y mucho menos por su actitud comprensiva. Lo odiaba. Él seguía vivo y Stephan no.

Estaba siendo deliberadamente cruel por desear la muerte de otra persona, pero no podía pensar con lucidez. Solo sabía que a partir de aquel momento estaría sola y que, a pesar del cariño que le profesaba a Claire, iba a acabar odiándola a ella también, por no ser yo la que tenía un marido al que abrazar.

Solo me quedaba un consuelo y era Alexander.

Constance, la madre de Stephan, llegó un día antes de lo previsto, pero no me importó, pues todo estaba preparado. Salí a recibirla yo misma y me encontré con la fría mirada de una mujer que me saludó de manera educada pero distante.

—¿Dónde está mi nieto? —preguntó en tono exigente.

Me consolé pensando que al menos no negaba la paternidad de Stephan y eso ya era un gran paso.

—Sígame, por favor —murmuré, tragándome el orgullo ante su manifiesto intento de ningunearme.

Fuimos hasta el dormitorio de mi hijo y la invité a pasar. Sin mirarme siquiera, se acercó a la cuna donde descansaba Alexander y, sin pedir permiso, lo cogió en brazos.

Pude ver una pizca de vulnerabilidad en ella mientras observaba con detenimiento a mi niño.

—No cabe duda, es hijo de Stephan —comentó, con la intención de hacerme daño.

A pesar de no poner en duda la paternidad de mi marido, lo insinuaba. Aunque supongo que, tras la muerte de él, ella, como madre, necesitaba creer que era su nieto.

De nuevo me mordí la lengua. ¿Cómo podía elegir precisamente aquellos momentos para ser cruel conmigo?

—¿Vas a criarlo sola? —inquirió en tono despectivo.

—Es mi hijo.

—Pero eres joven, seguro que piensas en volver a divertirte, como cualquier muchacha de tu edad.

—¿Qué está insinuando?

—Alexander es mi nieto. Dispongo de los medios, así como del tiempo para educarlo de forma conveniente. De ese modo podrás rehacer tu vida; eres guapa y joven, viuda de un héroe de guerra. No te faltarán los pretendientes.

—No la echo de mi casa por respeto, pero una vez que concluyan las exequias, no quiero que vuelva a poner un pie aquí. ¿Me ha entendido?

—¿Vas a impedir que vea a mi nieto?

—Sí, si con ello logro evitar verla a usted y que me cause más dolor.

—Tu actuación como viuda desconsolada es del todo ridícula. Además, dados los tiempos que corren y tu origen francés... —negó con la cabeza—, solo puedes causarle problemas a él —remató, mirando a Alexander.

—Mire, señora...

—No voy a soportar una de tus famosas salidas de tono. Mi hijo, que en paz descanse, ya me advirtió de tu carácter.

Entrecerré los ojos.

—Pues si ya sabe cómo soy, ¿por qué se molesta en enfrentarse a mí?

—Porque eres descarada y vanidosa y solo le has causado sufrimiento a mi hijo. No puedo tolerar que ahora hagas lo mismo con lo único que me queda de Stephan.

—Váyase a su habitación y no salga hasta la hora del funeral.

Me acerqué a ella y cogí a mi hijo en brazos, dispuesta a todo con tal de no tener que volver a verla. Llamé a la niñera y di orden de que trasladasen todos los enseres del niño a mi alcoba.

—Dentro de poco, tú también abandonarás esta casa —me dijo a modo de despedida y entonces recordé lo que mi marido me había advertido sobre sus bienes.

La muy bruja estaba al tanto del testamento de Stephan y sabía que, o bien me plegaba a sus deseos, o bien me pondría de patitas en la calle con un niño pequeño y sin posibilidad de ganarme la vida de forma honrada.

Sin embargo, bajo ningún concepto iba a reconocer mi derrota delante de ella. Y, por supuesto, no me rendiría sin luchar antes por lo que le pertenecía a mi hijo.

No volví a cruzarme con Constance y, por suerte, rechazó mi hospitalidad, por lo que no nos vimos más hasta el día del entierro.

Flanqueada por Claire y Charles, me senté en primera fila. Oí los murmullos malintencionados sobre la presencia a mi lado de mi amigo, pero no me importó. También tuve que soportar la mirada asesina de mi suegra y la no menos hiriente de mi padrastro, al que había tenido la suerte de no ver desde hacía bastante. No me desmayé. Oculté el rostro tras el velo y derramé las lágrimas en silencio, evitando dar el espectáculo. Soporté las muestras de respeto y condolencia hasta el final.

Tal como mi madre me dijo, un día seguía al otro y ya apenas lloraba. Para ello, nada mejor que mantenerme ocupada el mayor tiempo posible y la verdad era que las más de las veces tenía éxito. Solo por las noches, acostada en la cama de Stephan, se me escapaba alguna que otra lágrima y terminaba durmiéndome abrazada a alguna de sus prendas, pensando en que un día aquella odiosa Constance vendría a echarme.

Como todos los días desde hacía un mes, Charles vino a media mañana para acompañarme en mi paseo matutino. Procuraba hablarme de cosas banales, que me distrajeran o que me hicieran sonreír. Yo fingía hacerlo e incluso lo regañaba por ser tan frívolo, cuando nunca antes se había comportado de esa forma.

Sabía que jamás podría agradecerle a mi amigo lo suficiente todo lo que estaba haciendo por mí, y tampoco el tiempo y la paciencia que demostraba, y más aún cuando él tenía obligaciones que atender. Además, como conde de Seldon algo cuestionado, se jugaba su prestigio al pasar tanto tiempo conmigo, pues, aparte de que los cotilleos sobre nuestra relación, basados en nuestra incomprendida y antigua amistad, podían perjudicarlo, yo ahora era una viuda. Puede que de un héroe, sin embargo no dejaba de ser una mujer que debería vivir enclaustrada por lo menos durante un año.

Por desgracia, el negro no era un color que favoreciera mi figura, y ya que me había esforzado tanto por recuperarla tras el embarazo, no iba a permitir que durante los próximos doce meses me obligaran a utilizar el negro y los doce siguientes el gris o el morado.

Nunca había entendido por qué a las viudas se las trataba así, pues bastante teníamos con habernos quedado solas, sin posibilidad de acudir a eventos para distraernos, como para encima tener que vestir de una manera tan deplorable.

Yo no estaba dispuesta a obedecer a una dictadura así y, como casi todo mi tiempo lo pasaba fuera del círculo social que imponía tales majaderías, podía llevar las prendas que consideraba oportunas. Eso sí, algunos días, pese a haberme tomado esa prerrogativa, no me encontraba con el ánimo suficiente como para hacerlo.

Camille insistía en que enviara todos mis vestidos a la beneficencia y me hiciera hacer unos nuevos más apropiados, tal como debía ser, pero yo me negué. Si alguna vez me deshacía de mi vestuario sería porque estaba pasado de moda.

Charles me miraba y el pobre se abstenía de hacer comentarios al respecto, pues siempre había sido mucho más tolerante con lo que algunos consideraban mis extravagancias.

Cuando el tiempo nos lo permitía, llevaba conmigo a Alexander de paseo, pese al empeño de Camille en recordarme que el niño no debía permanecer tanto tiempo a la intemperie. En esas ocasiones, Charles me sorprendía demostrando por mi hijo todo el cariño del mundo.

Me sentía muy afortunada por seguir teniéndolo a mi lado.

—¿Sabes?, he estado pensando mandar construir una sala nueva para albergar la colección de arte que pienso ir reuniendo —me comentó contento.

Yo sabía de sus inquietudes artísticas y, aunque no era la más indicada para apreciarlas, me alegraba por él. Toda su vida había deseado ser coleccionista, sin embargo, en su familia nunca respetaron ese deseo.

—¿Incluirás tus propias pinturas? —pregunté con media sonrisa.

Lo miré de reojo. Siempre me había parecido guapo pero así, sin el rigor de la etiqueta y ligeramente despeinado, me resultaba mucho más atractivo. Lástima que no me provocara otros sentimientos, porque Charles sería el compañero perfecto.

—Ornela, sé que eres mi amiga y que por tanto estás obligada a halagarme...

—No digas bobadas —lo interrumpí—. Sabes tan bien como yo que tienes talento; simplemente, debes empezar a creértelo y no hacer caso de los comentarios insidiosos de tu familia.

—Un conde no se gana el respeto de sus iguales a base de pintar cuadros —murmuró, mientras expresaba una triste realidad.

—Mándalos a paseo y disfruta ahora que puedes —acabé diciéndole, para que no abandonara su proyecto.

Cuando el tiempo no nos acompañaba, optábamos por sentarnos junto a la ventana y charlar. Sin embargo, yo seguía necesitando salir afuera y, aun a riesgo de resfriarme y de soportar la posterior reprimenda de Camille, me escabullía y recorría toda la propiedad bajo la lluvia, al tiempo que me fijaba en cada recoveco y cada lugar donde antes ni me molestaba en detenerme. Por extraño que pareciera, quería almacenar en mi memoria detalles *a priori* insignificantes, pero que me hacían sentir bien y me aportaban un poco de paz interior.

Claire me observaba desde la ventana y me dedicaba alguna que otra sonrisa triste y comprensiva, pues ella también sufría, no solo por la ausencia de su marido, al que yo seguía odiando con todo mi ser, sino también por verme tan abatida.

Yo fingía sentirme bien, pero mi necesidad de momentos de soledad desmentía ese estado de falsa normalidad. Echaba de menos a Stephan, aun maldiciéndolo por haberme dejado sola. Siempre terminaba llorando, porque nunca regresaría.

Una de esas mañanas en las que Charles y yo habíamos dado nuestro paseo, regresamos a casa y nos sentamos en el despacho.

Tras comentar algunos asuntos urgentes en los que me estaba ayudando, se despidió de mí con un suave beso en la mejilla y yo, para tener algo que hacer hasta la hora de comer, me dediqué a revisar el correo. Había varias invitaciones para fiestas, que descarté de inmediato. También algunas facturas, que dejé pendientes para que mi amigo las revisara, y al final encontré algo que me puso un nudo en la garganta.

Cogí el papel doblado y lo miré con recelo. Era tan similar a las cartas que durante tanto tiempo había recibido de Stephan que exclamé:

—¡Dios mío!

Aquello era sin duda una broma de mal gusto.

Desdoblé la misiva y me fijé en la letra. Iba dirigida a mí, la caligrafía no era del escribano que tanto conocía y el remitente...

No podía ser cierto...

Entonces caí en la cuenta de que, debido a los problemas con el correo de Francia,

lo más probable era que esa carta se hubiese extraviado y llegase con más de un mes de retraso.

Me eché a llorar. Qué cruel era el destino.

Quise gritar, pero me di cuenta de que de nada me serviría. Respiré hondo. Lo mejor era dejarlo pasar y guardarla con el resto, pero por un impulso tonto me dispuse a leerla.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y enfoqué la vista...

Lo primero que me llamó la atención fue la fecha, veinte de mayo de 1808, lo cual no tenía sentido, pues la fatídica visita del coronel anunciándome la muerte de mi esposo había sido unos días antes... Así pues, ¿Stephan había dado órdenes a otro subordinado y este no había sido informado del devenir de los acontecimientos?

Continué leyendo...

Mi amada Ornela:

Nunca se había dirigido a mí de ese modo, por lo que me inquieté. Inspiré un segundo para calmar la ansiedad que se iba apoderando de mí y fijé de nuevo la vista en la carta.

Sé que cuando este documento llegue a tus manos empezarás a hacerte preguntas a las que de momento no te puedo responder.

Mi vida siempre estará en tus manos, igual que mi corazón. Tu recuerdo y la esperanza de volver a sentirte son mi religión.

Solo te pido una cosa: espérame.

Tuyo, pase lo que pase...

STEPHAN

Nada del solemne capitán Gardner-Taylor, como acostumbraba...

Me levanté de repente y dejé caer la carta al suelo.

No podía ser...

Pero lo era. Reconocí la caligrafía, así como la forma escueta de escribir tan característica de mi marido. Me agaché para recoger el papel del suelo y allí sentada, con el alma en los pies y el corazón en un puño, releí una y otra vez la carta, intentando encontrarle una explicación lógica. Sin embargo, a cada minuto que pasaba me daba cuenta de que no existía.

La parte en la que decía que aún quedaban preguntas sin respuesta no me sorprendió, hasta ahí había llegado yo sola. Lo que de verdad me inquietó fue su última petición.

«Espérame...».

¿Qué significa exactamente?

Aquellas no eran las palabras de un muerto, esa era la conclusión evidente.

Arrugué la maldita carta en mis manos y estallé. Aquella era sin duda la mayor de las canalladas que Stephan podía hacerme. No contento con abandonarme cuando más lo necesitaba, ahora además era capaz de fingir su propia muerte para llevar a cabo sus planes, de los que, por cierto, me seguía manteniendo al margen.

También llegué a otra evidente conclusión: Camille estaba al tanto. Y al

analizarlo, caí en la cuenta de que no se había mostrado tan compungida como cabría esperar. Puede que yo, trastornada por la terrible noticia, hubiera pasado por alto su reacción, sin embargo, en aquel momento encajé las piezas.

Durante el entierro no derramó ni una sola lágrima y, aunque yo lo atribuí a su contención y estoicismo habituales, en ese instante entendía el verdadero motivo. Y, por supuesto, sus comentarios respecto a mi comportamiento, recordándome que tenía un hijo y que debía mirar hacia delante, como lo haría una mujer casada.

Otro factor que pasé por alto fue la actitud de William. ¿Cómo había podido ser tan necia de no percatarme de ello?

Si de verdad Stephan hubiera fallecido, como me habían hecho creer, el primero en lamentarse habría sido el teniente Perlman.

¿Y por qué justo ahora, más de un mes después, decidían que ya era hora de decirme la verdad?

Camille había estado, como siempre, a mi lado, y había tenido la desvergüenza de callar, viéndome sufrir, desesperarme y llorar pensando cómo iba a ser mi vida a partir de ese momento. Por guardar un maldito secreto habían sido capaces de hacerme padecer de ese modo. ¿Y todo por qué?

Definitivamente, ella tenía toda la información y yo debía averiguar por qué Stephan había obrado de semejante manera, sumiéndome en un dolor que no le desearía ni al peor de mis enemigos.

Rabiosa, cogí uno de los jarrones y lo estrellé contra la pared. No contenta con ello, fui directa por la licorera y la media docena de copas. Tampoco fue suficiente y las figurillas de porcelana corrieron la misma suerte.

No me di cuenta del estropicio causado hasta que llamaron a la puerta, sin duda alertados por el ruido y por mis gritos de rabia, con los que maldecía cada minuto de mi existencia junto a Stephan.

—¿Ornela? —Claire asomó la cabeza, asustada.

Me encontró de pie en medio de la estancia, rodeada de cristales y fragmentos de porcelana.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Camille, aproximándose.

—¡Dejadme sola! —exigí entre dientes, y las fulminé con la mirada.

Mi petición cayó en saco roto, pues ambas se acercaron con la intención de sacarme de allí, creyendo que me había vuelto loca y que pensaba autolesionarme.

—Tranquilízate —murmuró Claire en tono suave.

—¡No! —chillé, y evité que me abrazara.

No podía calmarme. Aquella carta era una jugarreta más de Stephan, del hombre que me había mentido una y mil veces haciéndome creer que de verdad me quería. Sus palabras no eran sino estudiadas frases para tenerme contenta y yo, como una tonta, había caído en la trampa.

Pues no. Buscaría la forma de devolvérsela. De dejarle bien claro de una vez por todas que nunca iba a ser su dócil mujercita y mucho menos la resignada dispuesta a

seguir sus caprichos.

Respiré y miré con indiferencia aquel desaguisado.

—Manda a alguien para que lo limpie —ordené a Camille.

Ella mantuvo el tipo a pesar de mi tono arrogante y yo tuve que morderme la lengua para no recriminarle su actitud. Seguía siendo fiel a su capitán contra viento y marea, incluso pasando por alto que había sido como una segunda madre para mí.

Algún día tendría que averiguar qué tipo de conexión se había creado entre Stephan y ella para que le guardara los secretos de ese modo.

Algo más calmada tras el arrebato, me fui a mi dormitorio. Por supuesto, con la prueba de que mi marido estaba vivo bien guardada.

Seguramente él esperaba que, tras leer su carta, fuera en busca de Camille, dispuesta a confiarle la buena nueva, y así, de nuevo, tenerme controlada. Pues no, esta vez no podía confiar en ella. De ahí que mi primera decisión fuera seguir fingiendo que no había pasado nada. Si me preguntaban, que lo harían, por mi arrebato de hacía unos instantes, tendría que decir que seguía sin asimilar la pérdida de Stephan y buscaba una manera de encauzar mi rabia.

Sí, en definitiva: en esta ocasión sería yo quien impusiera las reglas.

Durante los días siguientes me comporté de forma modélica, intachable. Así nadie podría sospechar qué era lo que daba vueltas en mi cabeza. Tal como yo había imaginado, atribuyeron mi episodio de histeria a mi condición femenina, que me hacía incapaz de asumir los infortunios de la vida, lo cual me permitió evitar las incómodas preguntas.

Ahora bien, yo seguía sin saber cómo afrontar la situación, pues, por más vueltas que le daba, no encontraba la forma de devolverle el golpe a mi marido.

La rabia que tenía superaba, y con creces, mi amor por él. Además de sentirme estúpida por haberme desviado de mi proyecto inicial, también sabía que, como bien decían algunos, siempre que las mujeres se enamoran pierden el rumbo, son inestables y, por supuesto, fáciles de manejar.

A cada segundo me convencía más de que si alguna vez Stephan regresaba, yo no estaría allí para recibirlo.

Cuando ya empezaba a desesperarme por no encontrar la manera de vengarme, y agobiada por el calor, se me ocurrió inesperadamente la mejor solución posible.

¿Cómo no lo había pensado antes?

Me preparé a conciencia para mi paseo diario. Camille siempre me decía que exponerme al sol era la mejor manera de que me salieran manchas en la piel, pero me encantaba cerrar los ojos y dejar que sus rayos calentaran mi cuerpo. Incluso había días en los que, oculta tras los setos, me levantaba la falda y dejaba que el sol acariciara mis piernas. Aunque en esa ocasión lo que menos me importaba era eso.

Charles, atento y puntual como siempre, me esperaba en el vestíbulo. Bajo el brazo llevaba una carpeta con las acuarelas que había prometido mostrarme.

—Hoy preferiría no salir a pasear —dije sin darle importancia.

—Como gustes —convino él, siempre dispuesto a complacerme, hasta en lo más insignificante.

—¿Por qué no me muestras tus acuarelas en el saloncito? —sugerí, toda candor e inocencia, y, como era de esperar, la caballerosidad de mi amigo hizo que estuviera de acuerdo al instante.

—Muy bien —aceptó sin sospechar nada.

Una vez dentro, y puesto que nadie en la casa iba a extrañarse de que a esas alturas permaneciéramos a solas, contraviniendo cualquier norma de decoro, me senté junto a él, dispuesta a mirar sus trabajos y a elogiarlos. No dudaba de la calidad de los mismos, pero sabía que llamar a la puerta de la vanidad masculina podía ayudar a mi empresa.

Empezó a mostrarme las pequeñas acuarelas en las que sobre todo había plasmado paisajes de su finca y que, si bien podían considerarse de una calidad aceptable, resultaban aburridas, por ser todas parecidas. Técnicamente no se les podía poner pegas, pero no emocionaban.

Sin embargo, pospuse para más adelante mi opinión, es decir, que si cambiara los paisajes por otros motivos, su obra mejoraría mucho.

—¡Son preciosas! —exclamé, sonando frívola en exceso, como esas damiselas que sin entender nada de arte hablan y sonríen para no desentonar, y me di cuenta de que él podía sospechar, por lo que enseguida moderé mi tono para añadir—: Se nota que has trabajado mucho en ellas.

Charles me sonrió con ternura y me mostró la siguiente. Y la siguiente. Y la siguiente.

Yo, como pude, disimulé un bostezo y guardé la compostura a la espera de que acabase. Cuando por fin llegó a la última, suspiré y decidí que ya era el momento de pasar a la acción.

Me acerqué aún más a él y apoyé la cabeza en su hombro, adoptando una actitud melancólica. Como esperaba, Charles, que siempre estaba atento a todo lo que me ocurría, se percató de ello.

—¿Estás bien?

Suspiré de nuevo y cerré los ojos, al tiempo que negaba con la cabeza.

Me cogió la mano y me dio un apretón afectuoso. Era, junto con el beso en la mejilla y el abrazo, el único contacto físico que se permitía.

—Me siento tan sola...

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que desees —se apresuró a decirme—. A cualquier hora del día.

—¿Y las noches? —musité con tiento, dispuesta a llevar la conversación al terreno que me convenía.

Mi pregunta lo inquietó, algo que yo ya esperaba, y lo miré de reojo. Estaba buscando la respuesta correcta.

—Ornela, eres madre —respondió y yo agradecí que lo dijera sin connotaciones. Ni con ese sospechoso aire de paternalismo, ni tampoco con el resquemor de que no era él el padre—. Y aunque eres joven y entiendo tus inquietudes, debes volcar todo tu cariño en Alexander.

Yo contaba con que dijera algo así, pero no me rendiría.

—Lo sé —admití, siendo sincera a medias para no desviarme de mi objetivo—. Pero paso muchas noches en vela, sin poder conciliar el sueño...

Me detuve ahí; de ninguna manera iba a nombrar a mi «difunto» marido, ya que hacerlo sería contraproducente para mis planes.

—Dale tiempo al tiempo...

Reprimí una mueca ante esa frase tan manida.

—No sé si podré... —recurrir a otra era un mal necesario.

Me di cuenta de que así solo íbamos a marear la perdiz y decidí pasar a la acción. Me levanté y me puse frente a él, que, sorprendido ante mi reacción, se quedó sentado, mirándome.

Me humedecí los labios y lo miré fijamente. Inspiré hondo para que mis senos se

elevatoran, amenazando con desbordar mi escote. Vi cómo arqueaba las cejas, sorprendido por mi audacia, pero aún podía sorprenderlo mucho más.

Sin embargo, conociéndolo, sabía que si yo tomaba la iniciativa él se sentiría violento, pues en el mundo de Charles solo los hombres disponían de esa prerrogativa y, por lo tanto, nosotras siempre debíamos ser las seducidas.

—Charles... —musité, cual damisela a punto de sufrir un desvanecimiento.

Él se mostró preocupado y se puso en pie, dispuesto a ayudar a la dama en apuros.

Me abrió los brazos y yo me refugié en ellos. De forma deliberada, dejé que mis labios se apoyaran en el cuello y establecer así contacto.

Sentí cómo se debatía acerca de si poner las manos sobre mi cuerpo, pero afortunadamente al final lo hizo. Por supuesto, en zonas poco o nada peligrosas.

Suspiré de nuevo y mi aliento le puso la piel de gallina.

—Todo esto es tan difícil... —continué en mi papel de estúpida, vulnerable y necesitada de protección masculina.

Quería que me apretase, que dejara de ser tan correcto, que recorriera mis curvas con las manos y se olvidase de tantas normas.

—Lo sé, querida, lo sé.

Me puse de puntillas para que mis labios pudieran posarse sobre su piel, ahora con más intensidad, y al hacerlo noté cómo su respiración se iba alterando a la par que los latidos de su corazón.

Oculté una sonrisa cuando, en vez de permanecer a la espera, le pasé las manos alrededor de la nuca. Con una empecé a acariciarle distraídamente el nacimiento del pelo y Charles quiso apartarse, intuyendo el peligro; sin embargo, yo no se lo permití.

—Abrázame —le rogué—. Hace tanto tiempo que nadie me abraza...

—Ornela... —suspiró y me di cuenta de que sonaba azorado ante las connotaciones de todo aquello.

—Abrázame, Charles —insistí y no le dejé que se apartara ni un milímetro.

Noté el temblor de sus manos, su deseo de tocarme con más intensidad, pero también cómo se frenaba. Me moví sinuosamente, de tal forma que hice que sus manos cambiaran de sitio. Lo oí inspirar con fuerza. Se estaba debatiendo entre lo correcto y sus deseos. Precisaba de un empujoncito.

No me limité a rozarlo con los labios, fui más atrevida con ellos y supe el momento exacto en que sus resistencias se diluyeron. Una de sus, hasta ahora, cautas manos se posó en mi cintura para apretarme contra su cuerpo, y al hacerlo noté su erección y giré la cara para que pudiera besarme.

Cerró los ojos y, como si me pidiera perdón, unió su boca a la mía. Fue delicado, tanto que pensé que no pasaría de un liviano acercamiento. Gemí, invitándolo a profundizar el beso, sin apartar mis manos, que seguían despeinándolo.

Tuve que contenerme para no tirarle del pelo y que todo aquello ganara intensidad; sin embargo, era consciente de que si lo presionaba demasiado él podría

echarse atrás. Tuve que cederle toda la iniciativa.

Por fortuna, sus besos fueron cobrando fuerza y me alegré de que su amor incondicional hacia mí ahora se pusiera a mi servicio. Una actitud egoísta, desde luego, aunque necesaria.

—Charles... —jadeé, exagerando. Solo quería que supiese que no lo confundía con ningún otro, que era a él a quien deseaba.

Lo cierto era que sí me sentí excitada, pero ni de lejos como cuando estaba en los brazos de aquel traidor que tenía por marido. No me importó. Para que todo mi plan saliera adelante, debía borrar los intensos recuerdos del hombre que una vez dijo que yo siempre sería la única.

Aquello no tenía vuelta atrás.

Me concentré en vivir el momento y, sin dudar, a medida que ambos respirábamos con más intensidad, me di cuenta de que necesitábamos un entorno más adecuado, pero separarnos suponía correr el riesgo de que Charles se arrepintiera.

—Siempre te he deseado, Ornela... —me confesó y me dio la impresión de que se avergonzaba de ello.

Le sonreí y le acaricié la cara, dándole a entender que todos esos años a mi lado, como fiel amigo, ahora serían recompensados.

—No hables, tócame —sugerí.

Al fin y al cabo, Charles era un hombre y como tal reaccionaba ante determinados estímulos. Se encargó de recostarme sobre la alfombra, con un cuidado desconocido para mí, sin dejar de mirarme a los ojos y diciéndome con palabras lo importante que todo aquello era para él.

Tuve un amago de remordimiento al darme cuenta de que estaba jugando con sus sentimientos; no obstante, era consciente de que no podía hacerlo de otro modo.

Me quedé tumbada, quieta y adoptando una postura expectante, como si no supiera qué vendría a continuación. Ser una viuda no significaba automáticamente ser una mujer experimentada y lo más probable era que Charles creyera que yo era una de esas criaturas casi etéreas a las que venerar y que por tanto no gimen como mujerzuelas ni nada parecido.

Se recostó sobre mí y de nuevo buscó mis labios. No parecía cansarse de besarme, mientras con una mano de forma muy tímida me rozaba el escote. A ese paso tardaríamos una eternidad en acabar desnudos, así que cuando sentí su boca junto a mi cuello, aproveché para aflojarme el vestido y que así mis pechos quedaran más a la vista.

Charles no dijo nada, solo me miró y vio mi grado de excitación, que si bien no era el habitual, sí podría decirse que existía.

Me mordí el labio cuando con los dedos me rozó un pezón. Una caricia casi imperceptible. Levanté la mano y le aflojé el nudo del pañuelo. Eso pareció animarlo y se quitó la casaca y se desabrochó los botones superiores de la camisa. Me incorporé a medias, para posar los labios en el hueco de su garganta y de paso soltarle

unos botones más.

—Ornela... —suspiró, ante lo que para él suponía todo un atrevimiento por mi parte.

Moví los hombros para que mi vestido se fuera bajando «accidentalmente» y puse las manos sobre su pecho. Sentí su corazón acelerado y, si bien me abstuve de tocarlo, un vistazo rápido me confirmó que estaba empalmado y listo para mí.

Permití que me tumbara de nuevo en el suelo y separé las piernas para que continuara avanzando. Al verme en aquella postura, se inclinó para depositar dos suaves besos sobre mis pechos, sin morderme; solo me lamió.

Por suerte, una de sus manos se mostró más atrevida, se coló por debajo de mi falda y fue ascendiendo por el interior de mi muslo hasta llegar a mi sexo. Allí me acarició por encima de la ropa interior y, cuando notó la humedad, me miró como si no se lo creyera.

—Estás... —balbuceó.

—Te deseo, Charles... —musité, convenciéndolo a él y de paso a mí misma.

—Y yo a ti, más de lo que puedas imaginar —contestó en un tono de total admiración hacia mí, expresando su rendición.

Volvió a besarme y, con suavidad, fue desnudándose, mientras me prodigaba besos dulces y cariñosos en cada parte de mi cuerpo. Se me hizo eterno, aunque era tan tierno que no podía criticarlo por ello.

Charles era un hombre delicado, educado, capaz de reprimir sus propios deseos con tal de satisfacerme y lo demostró en cada uno de sus gestos.

Lo ayudé a deshacerse de su ropa; no se sintió azorado por mi habilidad a la hora de desnudar a un hombre y por fin lo tuve sobre mí.

Las prendas que habitualmente usaba no le hacían justicia. Charles ocultaba un cuerpo increíble. Me mordí el labio, ahora entendía por qué algunas damas se interesaban tanto por él. ¿Quién lo habría dicho?

Mis manos, avariciosas y curiosas, recorrieron cada porción de piel que tenían a su alcance y él me dejó hacerlo. Sin meterme prisa, disfrutando de mis caricias.

—Sigue, Ornela... —me rogó, cuando me detuve justo en su cintura, temerosa de que si continuaba hacia abajo se mostrara reacio.

Bajé la mano y toqué su erección. Confieso que, de haber sido otras las circunstancias, no me lo hubiera pensado dos veces: lo habría acogido en mi boca y le habría ofrecido una demostración de mis habilidades.

Comencé a palparlo, acariciando su polla arriba y abajo, sin dejar de observar su rostro. En aquel momento no parecía tan aniñado. Su pelo rubio despeinado, su expresión de absoluto deleite y su cuerpo respondiendo a mis caricias me hicieron quererlo aún más.

Nunca me cansaría de dar las gracias por haberlo conocido.

—Ornela... —gruñó, de una forma que me calentó la sangre. Respondía tan sumamente bien que me hizo darme cuenta de que hasta la fecha no lo había visto

como un hombre—. Déjame complacerte...

Acepté su sugerencia y dejé que se tumbara sobre mí. Con una mano comprobó que mi sexo podía recibirlo sin causarme daño alguno. Utilizó los dedos, abriéndome con cuidado, una precaución innecesaria, pero que me confirmó lo importante que todo aquello era para él.

Respiré y le rodeé el cuello con los brazos para atraerlo hacia mí y que me besara. Lo hizo, obediente y cariñoso, y por fin con un poco más de fuerza.

Sentí cómo se colocaba para penetrarme y gemí al sentirlo en mi interior. Con una odiosa lentitud, como intuía.

Comenzó a moverse con una cadencia suave. Cerré los ojos y le cedí todo el control a mi cuerpo, a mis emociones, procurando que mi cabeza quedara al margen por completo.

Sus envites fueron ganando velocidad. No dejaba de besarme y de murmurarme palabras de cariño. A veces me daba la impresión de que se sentía indigno, como si no fuera lo bastante bueno para tocarme y estuviera profanando mi cuerpo, lo cual enfriaba el momento.

Aumenté la intensidad de mis gemidos. Le arañé la espalda. Respondí a sus palabras con otras igual de intensas para que se olvidara de una vez de ser un caballero. Quería un hombre que me hiciera sentir, gozar, gritar...

—Ornela... —musitó, besándome con una desesperación que indicaba lo cerca que estaba de correrse.

—Sigue... —dije entre jadeos.

—Eres un sueño hecho realidad...

Alcé las piernas y apreté mis músculos internos, atrapándolo entre mis muslos. Charles persistía en su idea de ser suave y yo me desesperaba... Tuve que tomar las riendas.

Me moví con astucia y logré que quedara tumbado de espaldas, que la alfombra le hiciera ahora a él caricias en el culo. Me puse a horcajadas y empecé a moverme con el ímpetu que aquel acto precisaba.

Charles se arqueó y, agarrándome de las caderas, por fin me embistió. Todo ello sin dejar de gemir. Yo me contoneé sobre él, notando cómo el sudor resbalaba por mi espalda e incluso me atreví a llevarme las manos a los pechos para acariciarme delante de él, lo que desembocó en un gruñido de lo más intenso y masculino.

Yo sentía la tensión entre mis muslos, síntoma inequívoco de que estaba a punto de llegar al orgasmo, así que me incliné hacia él y busqué sus labios para ahogar sus gemidos con los míos, mientras percibía la forma en que alcanzaba el clímax en mi interior.

Yo me quedé a las puertas, pero fingí una plena satisfacción.

—Ornela, ¿qué hemos hecho? —inquirió, sacándome de mi estado de euforia. No debido al acto sexual sino a lo que aquello significaba.

Decidí pasar por alto su tono y me incorporé levemente para mirarlo. Aún seguía

en mi interior y poco a poco se fue relajando hasta perder el contacto por completo.

—Algo que ambos llevábamos tiempo deseando —dije, mientras le acariciaba la mejilla.

Entendía su preocupación; sin embargo, aquello no era sino un paso más en mi nuevo plan, y la colaboración, inconsciente, de Charles era fundamental.

—Hemos sido impulsivos... —se quejó con amargura.

Él y su carácter responsable podían amargar a cualquiera, así que de nuevo tomé cartas en el asunto.

—No hemos hecho nada malo —murmuré en tono ligero, intentando aliviar su culpa—. Solo nos hemos dejado llevar. Charles... ¡ha sido maravilloso!

—Pero... pero...

Lo besé para que se dejara de peros. Él me respondió y de nuevo sentí sus brazos rodeándome. Podía luchar cuanto quisiera contra lo que sentía, pero su cuerpo hablaba por sí mismo.

—Siempre he sabido que tú y yo teníamos algo especial —susurré junto a sus labios y noté cómo de nuevo se excitaba.

—Ornela...

Estábamos desnudos en el saloncito, recostados sobre la alfombra, a plena luz del día, arriesgándonos a que alguien nos encontrara en esa comprometida postura. Desde luego, de ser así me vendría estupendamente, aunque prefería que todo surgiera de forma más natural.

Me separé de él, a pesar de ver que estaba excitado de nuevo, y, de forma deliberada, lo dejé en ese estado para que su deseo hacia mí aumentara. Para compensar, le ofrecí una buena panorámica de mi cuerpo desnudo y comencé a recoger todas las prendas desperdigadas con la intención de vestirme.

Vi cómo sus ojos no se apartaban de mí y de nuevo supe lo que tenía que hacer. Se incorporó sobre los codos para verme mejor y le sonreí. Estaba guapísimo allí tumbado y me esforcé por ofrecerle un buen fin de fiesta.

Charles podía tener mil remordimientos, pero los mandaría a paseo, de eso me encargaría yo. Muy despacio, comencé a mirar el estado de mi ropa. Sabía que solo encontraría alguna que otra arruga; no obstante, cuanto más tiempo permaneciera desnuda ante él, mejor.

Empecé por las medias. Para ello me senté en una de las sillas y separé las piernas mientras me las ponía, de tal forma que Charles pudiera ver no solo cómo iba subiéndomelas, sino también mi sexo.

Tragó saliva y yo proseguí. Me ocupé a continuación de los calzones y la camisola y al final del escotado vestido. Sin mirarme al espejo, solo mirándolo a él.

Cuando ya no me quedaba ninguna prenda más, Charles se puso en pie y me ayudó a darme el último toque para salir de aquella estancia como si no hubiera ocurrido nada.

Él se vistió con mucha más celeridad.

Cuando abandonamos el saloncito, nos encontramos cara a cara con Camille. En el rostro de Charles se leía la palabra «culpable», pero no así en el mío, pues adopté una expresión indiferente.

Él se despidió entre titubeos, mostrando de ese modo su nervio sismo.

—Voy a echarme un rato —le dije a Camille—, quiero descansar un poco. Hoy he tenido una mañana agotadora.

Sin esperar respuesta me dirigí a la escalera.

Que pensara lo que le viniera en gana y que informara a quien considerase oportuno.

Charles estuvo más de quince días sin venir a verme. A mí no me sorprendió, pero sí a Claire, que lo apreciaba mucho y, por supuesto, nos acompañaba en alguna ocasión.

Camille, estaba segura, se mordía la lengua respecto a mis intenciones, pues mis actos dejaban entrever claramente cuáles eran. Sin embargo, y para mi alivio, se abstuvo de hacer comentarios.

No volví a recibir ninguna carta sospechosa y eso me hizo pensar que, o bien mi doncella no había sido capaz de contactar con mi marido, o bien a este le resultaba imposible dar señales de vida, porque a saber dónde estaba.

Claire, afortunada ella, sí recibía misivas de su esposo y, claro, las compartía conmigo. Yo sentía cierta envidia, no solo porque ella estaba al tanto de las andanzas de su marido, sino porque la joven solo era capaz de ver la parte buena, cuando lo más probable era que el teniente Perlman tuviera algún que otro escarceo por esos mundos de Dios.

Yo seguía concentrada en mi vida. El centro de la misma era sin duda alguna Alexander. Mientras lo tenía en brazos, pensaba una y otra vez en si mis actos, algún día, se volverían en mi contra. Esas dudas, de las que no hablaba con nadie, me hacían replantearme muchos aspectos, pero después de reflexionarlo siempre llegaba a la misma conclusión: ¿me quedaba acaso otra alternativa?

Estaba segura, casi al noventa y nueve por ciento, de que Charles actuaría de forma previsible. Así que cuando dos semanas después de nuestro encuentro vino a visitarme, me preparé.

Nada más abandonar mi alcoba, Camille me detuvo en lo alto de la escalera. Su mirada era acusadora, pero yo no me di por enterada.

—No hagas ninguna locura más —me advirtió sin soltarme.

—No sé de qué me hablas. Charles y yo somos amigos.

—Deja de fingir conmigo. Puede que engañes a todos con tu perfecta representación, pero ambas sabemos que tu comportamiento de niña malcriada traerá consecuencias.

—Haré lo que estime conveniente —aseveré, soltándome el brazo.

—Ese hombre no se merece sufrir por tus juegos de niña consentida.

—Él y yo nos conocemos desde hace años —mascullé, enfadada por su intromisión.

Nos miramos fijamente a los ojos. Saltaba a la vista que callábamos la parte más importante. Ella lo sabía y yo también. No obstante, ninguna de las dos lo íbamos a admitir.

—Debes guardar las formas. En tu situación, resulta aún más escandaloso tener cualquier relación, por muy platónica que digas que es.

—Soy viuda, sí, pero ¿eso quiere decir que debo encerrarme en mi casa para el

resto de mi vida?

Esperé algún tipo de reacción ante la mención de mi estado, pero Camille encajó a la perfección mi tono tan escéptico.

—Tienes que ser paciente, Ornela. Deja que pase el tiempo... —me dijo por enésima vez.

—Haré lo que me plazca, no necesito tu aprobación ni de la nadie.

Con esto último, me di la vuelta y comencé a bajar la escalera, dispuesta a encontrarme con Charles y a aceptar su propuesta.

Él me esperaba en el saloncito donde habíamos tenido nuestro encuentro. Supongo que por precaución, dejó abiertas puertas y cortinas, quizá temeroso de volver a dar rienda suelta a sus deseos.

Tanta contención me pareció ridícula, pero entendí que él siempre sería así y que, en aquel momento, era mejor no incomodarlo. Si lo presionaba, saldría huyendo.

—Buenos días, mi querida Ornela.

Su saludo formal y tímido me hizo sonreír.

Yo, como si entre los dos no hubiese ocurrido nada, me acerqué a él y lo abracé como siempre. Con cuidado de que aquel abrazo pareciera fraternal.

—¿Dónde has estado? ¡Me sentía tan abandonada! —fue mi entusiasta recibimiento.

Noté su rigidez al tocarlo, pero enseguida lo solté.

Me sonrió triste y melancólico.

—Yo...

—Da igual, lo importante es que ya estás aquí.

Con premeditación, me aparté de él, y caminé de forma seductora hasta sentarme en un sillón. Una distancia solo física, pues sus ojos no se apartaban de mí y ese era, precisamente, el factor clave.

Vi cómo intentaba ordenar sus pensamientos, cómo buscaba las palabras precisas, y me limité a permanecer quieta, sentada de una forma más o menos recatada, hasta que él estuviera preparado para hablar.

Se pasó la mano por el pelo, se recolocó la casaca, suspiró y aun así no se atrevía.

Quise avanzarme; sin embargo, sabía que si yo no actuaba de manera convencional, es decir, permanecía a la espera como una virtuosa dama, Charles se sentiría incómodo, incapaz de afrontar el siguiente paso.

Se dio la vuelta y caminó hacia mí, se detuvo a mis pies, con cuidado de no rozarme, y apoyó una rodilla en el suelo.

—Ornela, sé que lo que hice estuvo mal...

Aguanté las ganas de contradecirlo. ¿Mal? Desde luego, lo que tenía que oír.

—No digas eso...

—He reflexionado día tras día sobre lo ocurrido y sé muy bien que es del todo inapropiado, dada tu condición de viuda...

Otro con el mismo cantar...

—Charles... —murmuré con cariño, ante el apuro que el pobre estaba pasando.

—Por eso no encuentro otra forma mejor de compensar mi tremendo error que...

Inspiré, había llegado el momento. Por fin mi plan daba resultado. Cerré los ojos y me concentré. Tuve un atisbo de duda, consciente del lío que se podía organizar, pero aquella era la única forma de devolver el golpe.

—... pidiéndote que seas mi esposa —remató, cogiéndome las manos con una cara de absoluta devoción.

Asentí y comprobé el alivio en sus ojos.

—Sí, Charles, acepto.

Yo esperaba un beso, un abrazo; en cambio él me puso un precioso anillo de compromiso en el dedo y me besó la mano. Una fórmula tan convencional como anodina.

De nuevo el remordimiento hizo acto de presencia. No por mí, pues por fortuna tenía el arrojo y el coraje necesarios para afrontar cualquier situación, sino por él, pues solo una de las partes de ese matrimonio se casaba por amor.

Y esa parte no era yo.

—Sé que es precipitado, que debemos esperar al menos un año...

Fruncí el cejo.

—¿Esperar? —pregunté contrariada.

—Eres viuda, Ornela. Casarnos durante el luto solo daría pie a habladurías.

Más habladurías, en todo caso, pensé, pues no eran pocos los que siempre sospecharon que entre él y yo había mucho más que una bonita amistad. Envidiosos, y especialmente envidiosas, de mente retorcida, aunque ahora yo misma hubiera confirmado esas sospechas.

—Pero... —Me mordí el labio.

¡Esperar un año! Aquello era una locura. En un año todo podía desmoronarse, y yo quería estar casada antes de Navidad.

Debía encontrar una razón lo bastante buena como para acortar ese periodo lo máximo posible.

La encontré. Sin pensar en lo miserable que estaba siendo, hallé el modo de que Charles, de nuevo, asumiera responsabilidades que en realidad eran mías.

—Charles, ¿y si hay consecuencias de lo que... hicimos? —pregunté, imprimiendo a mis palabras un considerable tono preocupado.

Cerró los ojos al darse cuenta.

—Tienes razón —admitió tras unos segundos, apesadumbrado por el posible devenir de sus actos. Su sentido del deber siempre jugaría a mi favor.

Esperaba no tener que arrepentirme nunca.

—Yo también soy consciente de los comentarios que puede haber, sin embargo, creo que es lo mejor —añadí con suavidad, solo para que creyera que estaba tan preocupada como él.

—Entonces no se hable más.

Se puso en pie y yo hice lo mismo. Quería que me besase, que sellara de alguna forma nuestro compromiso, pero él se limitó a sonreírme y a dar un paso atrás, dejándome compuesta y sin beso.

—Iré enseguida a pedir tu mano —apostilló y yo parpadeé.

¿A quién le iba a pedir mi mano?

—¿Perdón?

—Sé que tu padrastro no es santo de tu devoción, ni tampoco de la mía; no obstante, Ornela, debemos seguir las normas. Y es imprescindible su autorización.

—Carezco de dote —mascullé.

—Sabes perfectamente que me casaría contigo en cualquier circunstancia —afirmó él, ofendido por mi insinuación—. Y por si tienes dudas, dejaré escrito ante notario que nada de lo que posees ahora como viuda del capitán podré tocarlo; al fin y al cabo, es la herencia de Alexander.

—Charles... —gemí, al darme cuenta de que su sentido del honor, siempre tan exacerbado, se había sentido ofendido—. No me refería a eso.

Me acerqué a él con premura y lo abracé. Charles tardó unos segundos en responder a mi gesto.

—Simplemente sabes lo mucho que odio a ese hombre.

—Lo sé, lo sé —me consoló—, pero es preciso. No quiero que haya ni una sola nube de tormenta en nuestro matrimonio.

Torcí el gesto; si él supiera...

—Está bien —accedí entre dientes, confiando en que ese malnacido no se opusiera.

El anuncio de nuestro compromiso causó el revuelo esperado. Las especulaciones y los rumores malintencionados no se hicieron esperar. Sabía que a Charles todo eso le afectaba, pero a mí no mucho, pues había aprendido a no dar pie a las cotorras deseosas de amargarme desde que hice mi presentación en sociedad.

Claire se mostró comprensiva, aunque moderó su entusiasmo, pues no se explicaba cómo me casaba de nuevo tan pronto. Al menos me ahorró un discurso sobre lo que estaba bien y lo que no. Entendió que me sentía sola y que Alexander necesitaba un padre para crecer feliz. Y no había en el mundo hombre más indicado que mi futuro marido.

La que, por supuesto, se puso hecha un basilisco, fue Camille.

—¡Da marcha atrás, Ornela! Por Dios te lo pido —me dijo, nada más hacerla partícipe de mis planes.

—No —respondí sin mirarla.

¿Cómo tenía el valor de decirme eso?

—No sabes lo que vas a hacer. ¡No puedes casarte!

—Ya he fijado la fecha —repliqué sin enfadarme, mostrando mi desdén.

Si de verdad quería impedir aquella boda, solo tenía que ser sincera.

—Reflexiona, por favor.

—Antes de que finalice el año, seré condesa —respondí con arrogancia, como si ese detalle fuera de vital importancia, que no lo era, pero no estaba de más mencionarlo.

No contenta con intentar amargarme, hizo llamar a mi madre y trató de ganarla para su causa.

—Amandine, haz que entre en razón, por favor, se está equivocando —le dijo, cuando mi madre llegó a mi casa.

—Yo también lo siento así, pero ya sabes cómo es Ornela y lo difícil que resulta para una mujer salir adelante sola y con un niño.

Yo escuchaba a escondidas la conversación sin sorprenderme en absoluto.

—¡Es una insensatez! —exclamó Camille conteniendo la rabia.

—Siempre han estado muy unidos, será un buen matrimonio —apuntó mi madre, serena, viendo el lado positivo.

—Lo va a hacer un desdichado. Ese hombre idolatra a Ornela y tu hija se aprovecha de ello —continuó Camille, intentando disuadirme.

Para ello esgrimía todos los argumentos a su alcance menos uno. El único que podría poner fin a mis propósitos.

Era verdad lo que decía, así que no me enfadé al escucharlo, aunque me molestaba que hablara así de mí. ¿Qué derecho tenía cuando ella me ocultaba la verdad?

—Tienen derecho a ser felices.

—Ornela lo conducirá a la ruina, Amandine, por favor. Solo lo hace por...

Se detuvo a tiempo, ahí estaba la clave. Si utilizaba la palabra «despecho» o alguna parecida, se delataría a sí misma.

—... por no estar sola —remató y mi madre no se percató del esfuerzo que le suponía morderse la lengua—. No tiene en cuenta los sentimientos de él, está siendo egoísta.

Vaya, Camille no escatimaba esfuerzos para denigrarme.

—Pero Charles es un buen hombre y sabe entenderla. Si te das cuenta, con él a su lado se calmará, se volverá más sensata, madurará —opinó mi madre, y yo, que no me había dado cuenta de ello, reconocí que podía tener razón.

¿Y si casarme con Charles, aparte de satisfacer mis ansias de venganza, podía aportarme la serenidad que necesitaba? ¿Y si estar al lado de un hombre cauto, poco dado a los excesos, me ayudaba a llevar una vida sin altibajos?

Porque, debía reconocerlo, mi existencia junto a Stephan había sido un constante tira y afloja. Unos días me sentía eufórica y otros, en cambio, tenía el ánimo por los suelos.

Con Charles eso no ocurriría. Con él no habría cabida para discusiones absurdas, ni para enfrentamientos llenos de medias verdades y, por supuesto, nada de exigencias o de peleas para ver cuál de los dos ganaba.

—Terminará arrepintiéndose —aseveró Camille, dispuesta a mantenerse en sus

trece, pese a que mi madre, sin saber la historia completa, desmontaba sus argumentos despejándome el camino. Ni yo lo habría hecho tan bien.

—Parece enamorada de Charles —apuntó.

—Yo sé bien lo que me digo, Amandine, ese matrimonio no puede celebrarse.

Camille, enfadada por no conseguir sus objetivos, dejó a mi madre sola y yo aproveché para hacer acto de presencia. Intercambiamos una mirada. La de ella estaba entre el desprecio por lo que consideraba una traición hacia el capitán y la súplica, por si recuperaba el sentido común.

Mi madre, nada más verme, me acarició la mejilla, igual que cuando era una niña, y me sonrió.

—Cariño, me siento tan feliz por ti... —murmuró.

No quise empañar su alegría, pues al fin y al cabo para ella solo contaba mi bienestar y creía que junto a Charles podría lograrlo. Además, yo sabía que desde el principio había albergado la esperanza de vernos casados y ahora se cumplía uno de sus sueños.

—Ay, mamá... —Me eché en sus brazos y cerré los ojos. De esa forma me sentía segura, como si no existiesen preocupaciones.

—Solo lamento una cosa, vida mía —musitó ella, peinándome con los dedos y secándome una solitaria lágrima.

—¿El qué, mamá?

—Que no podré estar a tu lado el día de tu boda... —dijo con pesar, acariciándome la cara con ternura.

—¿¡Qué?! —exclamé con un nudo en la garganta, pues sin ella me sentiría desamparada.

—A Austin le han recomendado climas menos húmedos y nos mudamos. Sus pulmones empeoran a cada momento.

—¿Y no podrías posponer el viaje? —pregunté angustiada.

—Ya sabes cómo es él —comentó, resignada a aceptar la decisión de su marido, aunque eso conllevara no estar junto a mí en un día tan importante.

—Oh, mamá...

Me mordí la lengua y no le dije que, si de mí dependiera, podría morir en ese mismo momento y así dejaría de fastidiarnos.

Me casé con Charles el día 1 de diciembre de 1808, en la pequeña capilla de su mansión. Cuando firmé el acta matrimonial, me convertí en condesa de Seldon.

Nota de la autora

No te pertenezco es mi primera incursión como autora en el periodo más clásico de la novela romántica. Sin duda un riesgo, pues hay tantas y tan buenas historias publicadas que temí meterme en un jardín lleno de espinas. Por eso, cuando comencé a escribir la historia de Ornela me planteé alejarme de las tramas más clásicas para intentar (vosotr@s juzgaréis el resultado) escribir desde otra perspectiva.

La chispa que encendió esta locura se inició gracias a unas amigas que me «provocaron» para que me atreviese y, si bien al principio me parecía un imposible, fue escribir las primeras palabras y sumergirme en la novela.

Existía una enorme tentación de dar todo tipo de datos y detalles históricos de la época; sin embargo, los reduje al mínimo, pues mi intención era contar la apasionada vida de Ornela, no reproducir lo que ya existe en los libros de historia.

Ahora está en vuestras manos disfrutar, emocionaros y hasta sufrir en cada una de las páginas de *No te pertenezco*.

NOE CASADO



No me gusta hablar de mi misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas.

Algún día descubriré que es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *El perfume* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera.

Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera

de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a presentarlo a las editoriales. Y he aquí el resultado.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).